



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

PQ2260

.G36

C6

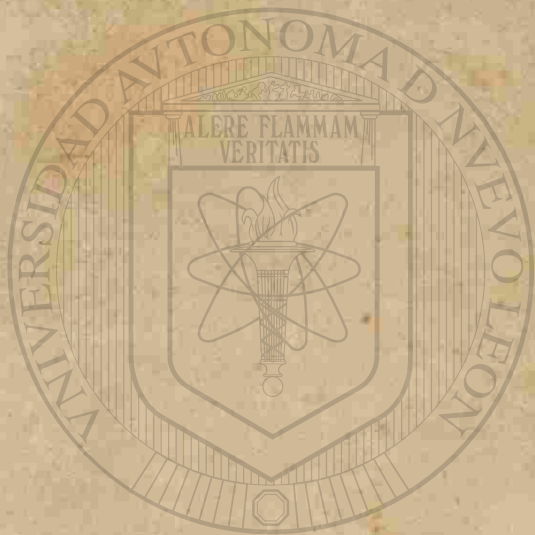
v.2

c.1

008249



1080020797



EL CONDE DE VALMONT,

ó

LOS EXTRAVÍOS DE LA RAZÓN.

Obra escrita en frances por el Abate Gerard,

y

traducida al español de la XVIIª edición francesa,

POR

El Sr. Miguel Martínez.



TOMO II.



IMPRENTA DE IGNACIO ARANGO,
Calle del Veterano, núm. 6.

1848.

44908

mente acaeció que Valmont me diera señales de toda su indiferencia delante de Senneville, sin duda para darle pruebas mas sensibles del amor que le tiene; y parece que esta niña amable se enterneció por mi suerte; y cuando mi marido nos dejó solas en el bosquecillo que termina el jardín á que habíamos bajado, cogiendo con trasporte una de mis manos la roció con sus lágrimas. Yo la abracé y me enternecí con ella.

Despues de las vivas y penetrantes expresiones de este lenguaje mudo, pero tan fácil de comprender: Senneville, dije á mi buena amiga, tu corazón está oprimido; cerrado por el dolor, recerrado por el temor, y requiere que le abra la amistad. Amiga mia! mucho tiempo ha que nos matan á las dos. Sus lágrimas comenzaron á correr con mas abundancia. Haciéndose violencia para contenerlas: ¡que desgraciada soy, me respondió, en haber llegado á ser tu tormento! No lo ignoras, y me cuesta trabajo confesármelo yo misma. Al pronunciar estas palabras, sus lindos ojos en lágrimas mojados se dirijieron á mí, y en el instante volvieron á bajarse con una especie de rubor. Amiga mia querida, volví á decirle, haciéndome un esfuerzo para consolarla, yo que tanto necesitaba de consuelo: ¡por qué parece que te avergüenzas de un mal involuntario, y te afliges tan demaciado por lo que nosotros no hemos podido ni evitar ni prever? Ah! un monstruo fuera yo me dijo, si con todo esto fuera ménos sensible. ¿Puedo yo castigar bastantemente mi falta, por involuntaria que haya sido? Yo debia hacerlo todo, emprenderlo todo para despegarme de tí, desde que advertí que te seria funesta; yo debí tornarme al asilo de que me sacaste, condenarme yo misma al retiro mas sombrío, y si era menester sepultarme allí para siempre. Mas yo te amaba, tenia esperanza; por otra parte, tenia temor de dar escandalo; y no podia mi timidez avenirse á un paso demasiado atrevido, y que hubiera podido dar ocasion á mil diferentes interpretaciones. Yo habria debido consultarte por lo ménos, y apenas me

hallaba con animo de hablarte. Sin embargo, tus penas han crecido tanto como mis aflixiones: mi apego crecia con ellas, y la amistad se habia hecho en mi una verdadera pasión. He aquí todos mis yerros, pues que mi corazón no tiene otros que reprocharse; y si Valmont hubiera tenido cien veces mas atractivos, su conducta contigo me hubiera hecho insensible por siempre. Juzga de esto, amiga mia, por estas dos cartas; de las cuales, la primera ahora nada puede añadir á tus penas, y la segunda te instruirá mejor de mis mas secretas disposiciones.

Al decir esto, sacó de su cartera una carta, cuya lectura sola me hizo estremecer: era de Valmont, y ved aquí lo que lei en ella.

„Amabilísima Senneville! ¿será un crimen el „amaros? Despues que habeis leído en mis ojos el „fuego que me devora, despues que una confesion „indiscreta confirmó casi á pesar mio lo que ellos „habian osado deciros, ¿por qué sustituis la indife- „rencia y el encogimiento, á la franqueza y á la „tierna amistad que reinaba entre nosotros? ¿Créis „que asi se curan los males que me habeis causado, „ó temeis participar de ellos? Ah! no son temi- „bles estos males, sino para quien tiene que sufrir- „los solo, y no para dos corazones unidos por una „misma inclinacion: no son temibles mas que para „quien combate un sentimiento tan dulce; y si al- „go tengo que reprocharme, es no haber cedido á „él mas temprano. El amor es el encanto de la „vida; y obstinarse á no conocerlo, seria obstinarse „á no conocer la felicidad. Vivid, Senneville; vi- „vid para amar y para ser amada. Si el amor mas „vivo y mas constante puede bastar á vuestros de- „seos, vuestras gracias os garantizan la fuerza y la „duracion del mio.”

Despues de esta carta, Senneville me hizo leer otra mucho mas lisonjera para mí: era una copia de la respuesta que le habia dado ella.

„No estoy bastantemente instruida, Señor, de los „efectos del sentimiento que me quereis inspirar,

para discurrir con vos sus penas ó dulzuras; ni es esto tan poco el objeto de mi respuesta. Lo que únicamente me afecta es vuestra injusticia, y el dolor muy real que causais á mi mejor amiga. ¿Cómo ha merecido ella vuestro olvido y vuestra indiferencia? ¿Es ménos amable que cuando empujasteis á quererla? Ha perdido de sus derechos, de sus gracias mas verdaderas, despues que os habeis impuesto la obligacion y el deber de amarla siempre! ¡Aun cuando no me pudieran tanto la vergüenza y los peligros de un casio ilicito, las desgracias de vuestra esposa bastarian para prevenirme hasta de la pasion mas inocente. Oh! ¡cómo prontamente pasaron sus bellos dias! ¡qué poca duracion ha tenido vuestro amor! Y os atreveis á prometer á otra un amor eterno! ¿Qué! cuando la belleza, el espíritu, el sentimiento, las virtudes, los talentos y las gracias no han podido fijar vuestra inconstancia, ¿osareis todavía jurar fidelidad? Ah! comensad por serlo al primer amor que habeis tenido; enjugad el llanto que habeis hecho verter; volved á la mas digna esposa un corazón que le pertenece; solo á este precio volveré á tener la confianza que me habiais inspirado. Pero si al contrario, os obstináis en afligirnos á una y otra, no aguardéis de mí mas que indignacion, menosprecio, aborrecimiento, si se me puede permitir aborreceros, y no os sorprendais, de que nada en el mundo haya que no emprenda yo por alejarne de vos." El mismo dia que Mr. de Valmont recibió esta carta, volvió á decir mi jóven amiga, encontré en su librito de memorias que dejó caer á mis pies estas pocas palabras que habia escrito en él. Pues que es menester callarue, seréis obedecida; pero nada podrá en adelante arrancar de mi corazón el dardo que le traspasa. Vuestra separacion no haria mas que exacerbar mis males y los de la Condesa; está bien. Solo mis ojos os dirán todavía, que solamente á vos podia yo sin temor jurar fidelidad."

Desde este dia, continuo Senneville, el Conde no ha empleado para conmigo una palabra que no fuese menester para tener contenta en un sentido mi delicadeza, y suficiente para no lastimar á cada instante mi amistad contigo. Yo le huia, pero á tu lado me encontraba, y no dejaba de amargarme el placer que yo sentia viéndote, con la indiferencia que él te manifestaba y las muestras de preferencia que afectaba darme. Tanto como su conducta me irritaba secretamente y me hacia sufrir, tanto la tuya me interesaba en tu favor, y de dia en dia te hacia mas amable y mas querida para mi corazón. Tu presencia era para mí una necesidad; se me habia hecho necesaria, y conozco muy bien que siempre lo ha de ser. Parece que mi alma se pasó enteramente á tí; no veo mas que á tí; en cierta manera solo vivo para tí; mi cariño para tí ha llegado al exceso, ya lo sé, y estoy convencida de ello; y será menester que sufra yo por esto el mas justo castigo. Con todo mi ternura era digna de excusa; amándote, solo me habia apasionado de la virtud. No importa, te dejaré; ello me costará la vida... porque toda mi dicha se cifraba en verte. Mas con tus ejemplos me siento bastante fuerte para semejante sacrificio: ¡feliz de mí, si con morir puedo devolverte la quietud que te he arrebatado sin quererlo!"

Juzgad, padre mio de la sorpresa que sentiríamos ambas, cuando en el momento en que ella se expresaba de este modo, vimos caer á Valmont á nuestros pies. Oculto tras de un seto de laberinto en que estabamos metidas, habia escuchado todo. No, dijo tomándonos la mano, amabilísima pareja y muy desgraciada por culpa mia, no os separareis; no, Senneville, no nos dejareis... ó mas bien se me arrancará la vida. Dejad que yo me vengza; ya el cielo me es testigo de cuanto he combatido mi pasion antes de ceder á ella. Yo no he nacido para la injusticia ni para el crimen, ni he nacido para causar vuestra desgracia. He podido extraviarme, pero nuevas luces brillan

á mis ojos, y disipan en parte las tinieblas en que hasta hoy me he visto sumergido; respeto la virtud... Ay! al tiempo mismo que la combatia con mis discursos, querida Esposa, querida Senneville, la respetaba en vosotras.

Tan sobrecogidas estábamos mi buena amiga y yo, que le dejamos hablar sin sacarle de la situacion penosa en que se hallaba, ya lo habia dicho todo: y todavía parecia que le oíamos nosotras. Sin embargo, su silencio, la viva emocion, la turbacion, la agitacion que se echaban de ver en él, nos volvieron de la especie de letargo en que habiamos caido; nos apresuramos á levantarle y hacerle sentar en medio de nosotras. Una escena muda sucedió á estos primeros trasportes. Un aire de confusion parece que se comunicaba de uno á otro y se difundia entre todos: nuestros pensamientos estaban como reprimidos; nada deciamos porque teniamos mucho que decir. Por fin el sentimiento de que estábamos penetrados se dió á luz, si puedo expresarme así, y se exhaló en lágrimas. Yo necesitaba de explayarme para tener alivio; y si esta situacion hubiera durado mas tiempo, qué sé yo si habría tenido que temer por el estado en que me hallo y por el hijo que llevo en mi seno. Se confundieron nuestras lágrimas: mi marido me hizo las mas tiernas caricias. Senneville al verlo, parece que recobró su franqueza y su alegría: en un entusiasmo digno de ella, quiso que nos prometieramos los tres no tener nada oculto el uno para el otro, pues que así nuestros corazones estarian á descubierta; y nos comprometimos á rivalizar en quien hiciera mas esfuerzos para ser virtuoso.

Subimos al salon en esta disposicion feliz. Desde este momento estamos mas tranquilos. Mi marido ya no tiene aquel porte frio y helado que empleaba conmigo, parece que me trata como amiga; pero se percibe muy bien que su anhelo, su pasion son todavía por Senneville. Sin embargo los modera, y sus proceder es mas prudentes para

con ella y mas francos para conmigo, dejan reinar mas amenidad y confianza entre nosotros. Yo fuera feliz aun en medio de Senneville y de Valmont, si la amistad de la una pudiera indemnizarme de la ternura del otro, mas para una esposa fiel, ¿qué corazón puede compensar la pérdida de su esposo? Senneville lo conoce como yo y se aflige mil veces por ello. Pero tiembla de perderme, y yo no sé si tendría mas fuerza para permitir su separacion y para soportar su ausencia. De suerte que de algunos dias á esta parte, con el corazón bien lleno de sentimientos contrarios, somos un poco ménos dignos de lástima que ántes; pero ay! qué lejos estamos de la felicidad!

Lo que mas me consuela es la nueva luz que haceis brillar á los ojos de mi marido. Parece que en efecto ha adquirido mas rectitud. Su modo de pensar y de expresarse es mas exacto y mas modesto; ya no incide como antes en las paradojas mas singulares; ni afecta ya el falso honor de ser solo en su modo de pensar; y tampoco se le oye defender sucesivamente las opiniones mas opuestas. Sus razonamientos son algo mas sólidos y mejor enlazados; parece que quiere ser virtuoso por gusto y por principios. Yo estoy convencida de que se hace una especie de violencia, y sin el Barón de Lausane que sin cesar le rodea, no dudo que ahora seria muy fácil convertirle totalmente. Mas este peligroso amigo, precisado á variar de ataque, y queriendo ademas ponerse siempre entre mi marido y yo, da tanta fuerza á los principios de razon que ve germinar en el espíritu y corazón de Valmont, que le adhiere únicamente á la razon, y á lo que puedo entender, le previene mas y mas contra la autoridad. Valmont solo habla ya de beneficencia, virtud, equidad, ley natural; pero siempre muy indiferente á lo que debe á su Dios, y hablando propiamente, todavía no tiene religion. Se ha impuesto un yugo, pero se lisongea de poderle restringir ó extender á su agrado; y temo mucho que esta ley tan bella que quiere seguir, se con-

vierta dentro de poco en la de sus inclinaciones. ¡Quiera por fin el Dios de luces y de gracia, concluir mediante vuestros cuidados lo que ha comenzado en mi marido! es ya mucho en él reconocer alguna especie de obligacion y de deber. Me atrevo á creer que un discipulo celoso de la ley natural, dotado de alma recta y sincera, no tiene mas que dar un paso para convertirse en un cristiano fiel. La ley que nos prescribe la simple razon y la que el Evangelio nos ofrece, tienen entre sí la union mas íntima, y se sostienen mutuamente: aquella conduce á esta; son dos hermanas, de las que la una hace á la otra mas amable todavía, enseñando á conocerla mejor.

Así es como todo contribuye á fortificar mi esperanza. Lo que sabemos los tres de nuestras disposiciones mutuas y de nuestros sentimientos mas secretos, no puede ménos que redundar en provecho de la virtud: al ménos yo me lisongeo con esto, y mi conversacion con Senneville es para mí una fuente de consuelos. En ella descubro mas y mas la falsia de Lausane, y el poco caso que debo hacer de lo que pretendió avisarme tocante al antiguo amor de Valmont á mi jóven amiga, y de la violencia que se hizo casándose conmigo. Así es, que me hallo mas dispuesta que nunca á guardarme de las asechanzas y sorpresas de este falso amigo. Pues no sé por que presentimiento he aguardado siempre de él todas mis desgracias. ¡Quiera el cielo que su pasion á mí y los cumplimientos que me veo en precision de usar con él, no me preparen para lo futuro otras todavía mas funestas!

Al concluir, me queda que pedir os un consejo; porque solo á vos, tierno padre mio, es á quien recurro en mis dudas. Bastante nos habeis ilustrado á Senneville y á mí sobre la lectura de las novelas y de los libros contra la religion; pero se presenta otra red, que son los espectáculos. Hace dias que mi marido me persigue para llevarnos á gozar de este género de diversiones, y ademas emplea las razones mas especiosas para hacernos mi-

rar como inocentes. Hace mui poco, que para simular mejor nuestra triple alianza y poner el sello á nuestra reconciliacion, quiso con todo empeño llevarnos á ellos, y gozar así de sus placeres en comun con nosotras. Por fortuna Senneville ha tenido hasta aqui que lastar la resistencia: porque ya sabeis, padre mio, que en esta materia es mui difícil á una esposa, no ceder á un marido que urge y manda resueltamente. Pero Senneville es jóven, y no aborrece los placeres permitidos. Si Valmont puede al fin persuadirla de que los teatros son de este número, somos perdidas; y aun yo misma, os lo confieso, no tendria fuerza para resistirme, si no los creyera prohibidos absolutamente. Sin embargo, hay tantos ejemplos que hablan en su favor; sus partidarios dicen tan bien de ellos, y pintan muchas veces el teatro como el templo del gusto y la escuela de las costumbres, que á veces me veo tentada de condescender. Quitadnos á las dos, os pedimos, nuestros escrúpulos, ó suministradnos para siempre armas contra la tentacion. Nosotros tendríamos siempre bastante fuerza para diferir todo el tiempo que gustéis; yo os ruego, padre mio, que os ocupeis todavía mas de las necesidades de mi marido, que de las nuestras.

CARTA VIGECIMA SEXTA.

EL CONDE DE VALMONT Á SU PADRE.

Si, padre mio, al Dios de toda verdad debo el mas vivo reconocimiento, por las luces que me dá y la nueva claridad que hace brillar á mis ojos. Mas á vos, excogido para ilustrarme, y que lo haceis con tanto celo y sabiduría, ¡qué amor, que gratitud no os debo! Padre tierno, vuestras bondades me confunden todavía mas que el sentimiento de mis debilidades y la vista de mis errores. ¡Con cuanta consideracion y cuanta dulzura combatis, deshaceis sofismas vergonzosos, que repugna mi corazon y que en la realidad me ruborizan! Ha-

blando á mi corazon, ¿podria no escucháros? Si, soy libre; y mis pasiones debieran dejar de murmurar y de conmovirse por ello. Siento, reconozco en mi esta facultad elevadísima, que tenia yo la baja de disputarme. Soy libre, y hubiera querido engañarme todavía: poco acostumbrado al crimen, susceptible de remordimientos, siempre me reprocharia mal de mi grado el mal que hago, y el bien que omito y debiera practicar. Ah! si soy culpable, no agregaré por lo ménos á mis culpas una culpa mas grande, la denegacion de mi libertad, ni á mi oprobio, un oprobio eterno, el de no escuchar mis remordimientos y el avergonzarme de la virtud. Puesto que soy libre y susceptible de bien y de mal, sin duda que una y otra cosa me son imputadas como á verdadera causa; hay ademas entre ellos una diferencia real tomada de la naturaleza misma de las cosas, la cual es inmutable como esta; y yo percibo y siento en el fundo de mi corazon esta diferencia. Un Dios necesariamente amigo del orden, un Dios bueno me forma del amor y de la practica del bien una ley verdadera: me veda el mal que se le opondrá; luego la virtud no es un vano nombre; no le es indiferente: la recompensará como Dios, y esta recompensa será eterna como él. En el siglo venidero encontraré la felicidad que no hallo en la tierra, y que bajo el imperio de un Dios justo debe ser el premio de la justicia, ó la desgracia, si la tengo merecida. ¡Verdades importantes, ya no sereis borradas de mi memoria! El prestigio de las pasiones ya no será bastante fuerte para inducirme á volveros dudosas. Ya no me degradaré hasta confundir mi naturaleza con la de la planta que vejeta, ni con la del animal que ramonea ó que rumia. Capaz de hacer bien, susceptible de sentimientos mas elevados, voy á entregarme del todo á su entusiasmo. ¡Equidad, beneficencia, amor al orden, amor al bien comun, venid á extender mis designios, á reglamentar mis inclinaciones, á ennoblecer mis afectos y mis gustos, á ejercitar todas mis facultades, á vivificar mi espíritu

y mi corazon, y á darme un nuevo ser! Ó virtud! ¿cómo he podido olvidar tus atractivos y cubrir de nubes tu existencia! ¡Ay padre mio! me habeis pintado tan bien sus bellezas, me la presentais tan amable, tan seductora y tan hermosa, que hallando en vos, en Emilia, en todo lo que me rodea, el sagrado caracter suyo, seria el mas culpable y vil de los hombres, si aun pudiera desconocerla.

Mas esta virtud, cuyos primeros principios están esculpidos en todos los corazones, esta ley natural que el sentimiento nos indica, que la razon nos desarrolla, y que no es otra cosa que la razon misma; esta ley comun á todos los hombres, ¿no es bastante para ellos? ¿No es suficiente la luz que nos ministra? ¿Y alguno se atreveria á decir, que no nos ilumina cuanto debe sobre lo que nos obliga á practicar? ¿No basta el yugo que ella nos impone? ¿Será menester agregar nuevas trabas? ¿Será menester añadir instituciones arbitrarias, enseñanzas humanas, el lenguaje de los hombres erigidos en intérpretes de las voluntades divinas? É instruido por la naturaleza misma y por mi razon, por este guia tan seguro cuando sé consultarlo, ¿será menester para enseñarme á conocer, servir, honrar á Dios como debe ser honrado, acudir á semejantes auxilios, y que por todas partes halle hombres entre Dios y yo?

Ah! ¿que me dejen al ménos esta dichosa libertad que me ha dado la naturaleza; que me dejen creer y seguir en paz lo que ella me dicta; y que no se constituyan los tiranos de mis opiniones y de mis pensamientos, á nombre de este Dios á quien hacen hablar y obrar! Ó padre mio! conociendoos cual os conozco, ¿podria yo reprocharme mi franqueza y mi sinceridad? ¿Temeré pareceros demaciado atrevido, expresándome así? Vos no teneis un carácter que aspire á dominar las conciencias. Ningun interes os mueve sino el de la verdad: me habeis ayudado á conocerla en lo que tiene de esencial; y sin duda os contentais, como ella, con el homenaje que le tributo. ¿Podriais no agradecerme mi

indiferencia respecto á las opiniones particulares que dividen entre sí á las naciones y á los hombres? Y despues de haberme ilustrado en cuanto á la ley natural, ¿podriais inculparme, por que no piense como vos en cuanto á lo demas! La verdad, la virtud, el honor, están en seguridad bajo los principios que ya nos son comunes; si ellos bastan para hacerme justo y bienhechor, ¿qué mas se ha menester? ¿No lo han sido sin otra luz, Sócrates, Aristides, Catón, Tito y Marco Aurelio? ¿Dejaria yo de tener mérito teniendo sus virtudes? ¿Tendriais que temer de mí, si yo fuese justo como ellos? Padre mio, no es propio de vos el compeler, y solamente lo es el persuadir: y aunque no me hagais un verdadero creyente, un discípulo fiel, os deberé mucho con que me hagais virtuoso.

CARTA VIGECIMA SETIMA.

EL MARQUEZ DE VALMONT Á SU HIJO.

¡Bendito sea Dios que me ha hecho recobrar á mi hijo...! Mi hijo creé ya en la virtud. Mas ¿qué digo Valmont? Nunca has dejado de creer en ella; no, jamás has estado perdido para tu padre. Si á su vista te desfiguraba tu lenguaje, si te hacia indigno de él, ah! siempre lleno de indulgencia para contigo, tenia lástima de tu juventud; hacia distincion entre los sentimientos de tu corazon, los sofismas de tu espíritu, y el delirio de tus pasiones; en tus combates, en tus confesiones, en tus remordimientos, volvía á encontrarte, y conocia mui bien que aun vivias para el deber y para el honor. ¡Cuántos recursos hay en una alma en que no se ha extinguido el sentimiento! Tarde ó temprano, él basta para volverla á la razon.

Al fin reconoces el imperio de ésta, y estamos de acuerdo sobre la autoridad santa de las leyes de la naturaleza. ¿Mas la ley natural, la sola razon basta para nuestras necesidades? Querido Valmont, si ella te basta en efecto, no temas que te

imponga un yugo nuevo, un yugo inútil, y una ley arbitraria. No pretendo ilustrarte con objeto de hacerte mas dura y penosa la virtud; sino con el de hacértela mas dulce y fácil; ni quiero para tí ninguna ley que no pueda servir á tu felicidad. ¿De qué me serviría constituirme el tirano de tus opiniones, y querer dominar sobre tu conciencia? ¿Tengo por ventura otro interés, tengo que agnardar todavía en la tierra otro placer que el de hacerte dichoso? Si pues no puedes serlo sin fijar la ligereza de tu espíritu, sin aumentar y asegurar tus luces, sin fortificar y purificar tu corazon, sin armarte contra las pasiones que de nuevo te descarrien y causen tu tormento; si la sola razon es un recurso débil para proporcionarte ventajas tan grandes; si hay un guia todavía mas seguro y mas fiel que el cielo te haya dado, ¿dejarias de agradecerme que te lo hiciera conocer? Puesto que la verdad, la virtud, son ahora de algun precio á tus ojos, ¿podrias ser indiferente á lo que te hiciera verdaderamente sábio y sólidamente virtuoso?

Pero sobre todo, hijo mio, si Dios por miras dignas de él, ha unido realmente tu suerte futura á una economia mui superior á la de la naturaleza, ¿te atreverias á rebelarte contra su voluntad? ¿Te atreverias á inculpar su sabiduría, á condenarle sin oírle, á poner vanos razonamientos en ves de los hechos, á reprochar al cielo los auxilios mas abundantes que á tu debilidad conceda, ó á atribuir á los hombres lo que te viene de la divinidad misma, y á poner en riesgo, por un aferramiento que seria el fruto de la prevencion, tu felicidad eterna?

La razon es nuestro primer guia: ah! hijo mio, ¿quién lo confesará mejor que yo? ¿Y no fui el primero que te enseñó á respetarla? Mas este guia que yo reverencio, ¿es el único que debemos seguir? ¿No serian de desearse nuevas luces, una autoridad mas precisa, una regla mas fácil?

Pon cuidado, querido Valmont; tan insensato es deprimir mucho la razon, como formarse una mui

indiferencia respecto á las opiniones particulares que dividen entre sí á las naciones y á los hombres? Y despues de haberme ilustrado en cuanto á la ley natural, ¿podriais inculparme, por que no piense como vos en cuanto á lo demas! La verdad, la virtud, el honor, están en seguridad bajo los principios que ya nos son comunes; si ellos bastan para hacerme justo y bienhechor, ¿qué mas se ha menester? ¿No lo han sido sin otra luz, Sócrates, Aristides, Catón, Tito y Marco Aurelio? ¿Dejaria yo de tener mérito teniendo sus virtudes? ¿Tendriais que temer de mí, si yo fuese justo como ellos? Padre mio, no es propio de vos el compeler, y solamente lo es el persuadir: y aunque no me hagais un verdadero creyente, un discípulo fiel, os deberé mucho con que me hagais virtuoso.

CARTA VIGECIMA SETIMA.

EL MARQUEZ DE VALMONT Á SU HIJO.

¡Bendito sea Dios que me ha hecho recobrar á mi hijo...! Mi hijo creé ya en la virtud. Mas ¿qué digo Valmont? Nunca has dejado de creer en ella; no, jamás has estado perdido para tu padre. Si á su vista te desfiguraba tu lenguaje, si te hacia indigno de él, ah! siempre lleno de indulgencia para contigo, tenia lástima de tu juventud; hacia distincion entre los sentimientos de tu corazon, los sofismas de tu espíritu, y el delirio de tus pasiones; en tus combates, en tus confesiones, en tus remordimientos, volvía á encontrarte, y conocia mui bien que aun vivias para el deber y para el honor. ¡Cuántos recursos hay en una alma en que no se ha extinguido el sentimiento! Tarde ó temprano, él basta para volverla á la razon.

Al fin reconoces el imperio de ésta, y estamos de acuerdo sobre la autoridad santa de las leyes de la naturaleza. ¿Mas la ley natural, la sola razon basta para nuestras necesidades? Querido Valmont, si ella te basta en efecto, no temas que te

imponga un yugo nuevo, un yugo inútil, y una ley arbitraria. No pretendo ilustrarte con objeto de hacerte mas dura y penosa la virtud; sino con el de hacértela mas dulce y fácil; ni quiero para tí ninguna ley que no pueda servir á tu felicidad. ¿De qué me serviría constituirme el tirano de tus opiniones, y querer dominar sobre tu conciencia? ¿Tengo por ventura otro interés, tengo que agnardar todavía en la tierra otro placer que el de hacerte dichoso? Si pues no puedes serlo sin fijar la ligereza de tu espíritu, sin aumentar y asegurar tus luces, sin fortificar y purificar tu corazon, sin armarte contra las pasiones que de nuevo te descarrien y causen tu tormento; si la sola razon es un recurso débil para proporcionarte ventajas tan grandes; si hay un guia todavía mas seguro y mas fiel que el cielo te haya dado, ¿dejarias de agradecerme que te lo hiciera conocer? Puesto que la verdad, la virtud, son ahora de algun precio á tus ojos, ¿podrias ser indiferente á lo que te hiciera verdaderamente sábio y sólidamente virtuoso?

Pero sobre todo, hijo mio, si Dios por miras dignas de él, ha unido realmente tu suerte futura á una economia mui superior á la de la naturaleza, ¿te atreverias á rebelarte contra su voluntad? ¿Te atreverias á inculpar su sabiduría, á condenarle sin oírle, á poner vanos razonamientos en ves de los hechos, á reprochar al cielo los auxilios mas abundantes que á tu debilidad conceda, ó á atribuir á los hombres lo que te viene de la divinidad misma, y á poner en riesgo, por un aferramiento que seria el fruto de la prevencion, tu felicidad eterna?

La razon es nuestro primer guia: ah! hijo mio, ¿quién lo confesará mejor que yo? ¿Y no fui el primero que te enseñó á respetarla? Mas este guia que yo reverencio, ¿es el único que debemos seguir? ¿No serian de desearse nuevas luces, una autoridad mas precisa, una regla mas fácil?

Pon cuidado, querido Valmont; tan insensato es deprimir mucho la razon, como formarse una mui

elevada idea de su poder: desconocerla, ó presumir mucho de sus fuerzas, son dos excesos igualmente peligrosos. En otra ocasion te complacias en degradarla; la mirabas como un instrumento móvil y variable, como una regla incierta; le rehusabas todo crédito: estabas engañado, y te has visto obligado á convenir en ello. Hoy, mui diferente de tí mismo, todo lo concedes á su luz; y te engañas tambien.

Ah! sin duda la autoridad sin la razon no tiene ningun fundamento sólido; no se apoya en nada que la distinga del error, y le imprima el sagrado carácter de la verdad; puede ser igualmente la autoridad mentirosa del bonzo ó del druida, puede tomar sucesivamente la voz de la ninfa Egeria y el alfange de Mahomet. Creer sin la razon, y contra la razon, es propio de los imbéciles, de los supersticiosos y de los fanáticos; es, bajo el pretexto imponente de sacrificar el entendimiento á la divinidad para recibir lecciones mas seguras, arrancarse los ojos para ver mejor. Todas las reglas de verdad que Dios nos ha dado, pueden mui bien esclarecerse en cierto modo y ayudarse mútuamente: nunca pueden contradecirse, á ménos que no se quiera poner á Dios en contradiccion consigo mismo. Ved aquí, hijo mio, mi profesion de fé acerca de la autoridad de la razon.

Pero que, supuesto el estado en que se hallan los hombres, la razon brille suficientemente y se sostenga sin otro apoyo ninguno; que sea el único maestro á quien debemos consultar; que para instruirnos, nada sea menester sino consultarla; y que al enseñarnos nos diga todo lo que nos importa saber, he aquí lo que no probarás jamás, y lo que probarias envano contra la experiencia de todos los siglos.

Abre, hijo mio, la grande y admirable historia del género humano; regístrala donde quieras; considérala en todas las edades; vé siguiendo en ella las revoluciones de todos los pueblos que solo tuvieron por guia su entendimiento; que fije tu atencion y tus miradas en las regiones nnevamente

descubiertas en el Nuevo Mundo, lo mismo que en el que tanto tiempo ha conocemos: oh! ¿qué te presenta sino la historia de nuestros errores en todos tiempos y lugares? En otro tiempo un pueblo solo, en un rincon de este vasto universo, tuvo sanas nociones de la Divinidad, de los deberes del hombre, porque Dios mismo fué quien le instruyó. Fuera de allí, y sobre los objetos mas interesantes, ¿qué extraña estupidez, que extravios y que tinieblas por donde quiera! Sin pretender ofuzcarte con la vana ostentacion de una erudicion que otros han costado antes que yo, y pasando rápidamente por lo demas, solamente insistiré en un artículo, por que es el primero y mas interesante á los ojos de la razon; porque es ademas la regla esencial de las costumbres y el fundamento de la ley natural; porque de él pende en gran parte lo que debemos creer y esperar. Este artículo, el mas interesante de todos, es la idea que nos debemos formar de la Divinidad.

Aquí, Valmont, mide bien las fuerzas del entendimiento humano, y ruborízate de tu débil razon. ¿Qué cuadro el que presenta bajo este aspecto el mundo entero! El verdadero Dios, el Dios de todos los seres, ignorado y desconocido; este Dios único, independiente, existente por sí mismo, dividido en tantos dioses dependientes y mudables, cuantos habia en los cielos, y cuantos seres habia criado en la tierra; las divinidades mas ridiculas puestas en lugar del Ser mas perfecto; mortales viles adorados por sus semejantes; el buey, el perro, el gato y el cocodrilo, incensados por sacerdotes; el sol, la tierra, las cebollas y las plantas, nombres vanos, la fortuna y el miedo, hechos el objeto de los homenajes de un ciego fanatismo; pueblos de sábios postrados delante de dioses de palo, de piedra ó de metal, delante de figuras grotescas, de que el artista malhecho se reia al formarlas, y á las que adoraba con todo su pueblo despues de haberlas formado; nuestros padres mismos... Ah! me estrenezco con este triste recuerdo; nuestros padres de

rodillas ante simulacros vergonzosos; y nosotros, hijo mio, ¿qué seriamos todavía sin la fé de nuestros primeros Apóstoles? Supersticiones comunes á los simples y á los sábios, pollos consultados de buena fé por los héroes; el vuelo de las aves haciendo estremecer á los mas bravos guerreros; cultos infames, sacrificios impuros, dioses perjuros, incestuosos, adúlteros; divinidades crueles y barbaras, víctimas humanas; el vicio en los templos, en los altares, y en casi todos los corazones: tal es, hijo mio, tal es el hombre avandonado así mismo. . . . O ceguedad! ó demencia! de que apenas se le creeria capaz, y que se veria uno tentado á reputar como una calumnia contra el género humano, si no estuviera testificada por la experiencia de todos los siglos, y por el ejemplo de todas las naciones. Gran Dios! De qué profunda noche sacasteis al universo! ¡Y en qué siglos felices, bajo que amable ley nos has hecho nacer!

Hasta ahora solo te he manifestado los extravíos de la razon en la muchedumbre; y esto, hijo mio, ya seria mucho probar contra tí, pues que al fin el mayor número, el comun de los hombres, es el que mas necesita de instruccion. Él es principalmente, quien careciendo de fuerza de espíritu, de tiempo, de voluntad, de medios necesarios para hacer un estudio razonado de la religion y de la moral, tiene tambien necesidad mas urgente de ser ilustrado y afirmado por una autoridad.

Mas con respecto á los filósofos y á los sábios mismos; ¿qué viene á ser de la sola luz natural! ¿Y hasta hoy les ha podido ser suficiente? ¿Qué de escuelas y de sectas contrarias entre sí! ¿Qué de opiniones diversas en orden á la naturaleza de Dios, al origen del mundo, al destino del hombre y á los principios de la moral! Apesar de todas las investigaciones de los sábios de la antigüedad, Dios, el verdadero Dios les era casi tan desconocido como al resto de los hombres; le columbraban solo al travez de un velo que les ocultaba los atributos mas esenciales, y les escondia todo el

brillo de su magestad. Unas veces querian que solamente un destino ciego presidiese á sus determinaciones, y les sirviese de ley: el fatalismo tan absurdo en sí mismo, era la opinion mas comun: otras limitaban el poder del Ser Soberano contraponiéndole una segunda divinidad, á la que atribuian todos los desórdenes que creian percibir en algunas partes de este mundo: en este sistema tan absurdo como impío, un principio bueno y otro malo, el Dios del bien y el Dios del mal (¿y puede nunca haber semejante dios?) se dividian igualmente el imperio del universo. Muchos imaginaban una materia eterna y súbita, que circulando por toda la naturaleza, la modificaba, la animaba y hallaba en su propio fondo el movimiento que la imprimia, ¿cómo si el movimiento, por sus leyes y sus cambios diversos, no supusiera un motor en el universo! [a] Algunos aunque pocos, distinguian es verdad el ser puramente espiritual de todo lo que es materia, y siempre le consideraban no como el autor de la naturaleza, sino como aquel que habia regularizado los movimientos de ella, que habia ordenado con sabiduría todos los seres que la componen, y que existian como él desde la eternidad: insensatos! ¡no advertian que haciendo de todas las partes de esta grande obra otros tantos seres eternos y necesarios, hacian de ellos otras tantas divinidades! ¡tan cierto es, hijo mio, que toda la sabiduría segun el mundo, solo es locura delante de Dios!

Estos sábios tan ensalzados, no estaban mejor instruidos en lo que concierne al hombre, á su estado actual y á su destino. Varron, el mas sabio de los autores paganos, cuenta como trescientas opiniones diferentes sobre la sola cuestion del Soberano bien; no se hallaban mui de acuerdo tocante á la virtud; y acerca de la inmortalidad del alma, solo formaban conjeturas: en todo titubean, vacilan y se contradicen entre sí; y los mas sábios en-

[a] Vease la carta 4.ª, tomo 1.º

tre ellos son los que confiesan mas francamente su ignorancia. Sócrates reconocia sin dificultad que necesitaba luces mas seguras para conducirse, ó que la palabra de Dios mismo le sirviera de guía, no creia que se pudiera conseguir la reforma de los hombres, á ménos que no pluguiese á Dios enviarnos alguno que nos instruyera de su parte: ¡confesion admirable de nuestra debilidad en la boca de un sábio como este! ¡sentimiento de nuestras necesidades, que es el esfuerzo mas bello á que puede alcanzar la sabiduría humana! Platon, al referirnos la muerte de su maestro, nos da parte de sus temores: despues de haber dirijido á sus amigos el discurso mas sublime sobre la inmortalidad del alma, Sócrates le termina, dudando si el alma es inmortal. El mismo Platon, que distingue tan claramente el espíritu y la materia, que reconoce un Criador Supremo, y es admirado por paginas tan bellas, se contradice vergonzosamente, haciendo participantes de los honores de divinidad á los astros, á la tierra y á los demonios [a]; quiere en su *República* que se embriague uno en las fiestas de Baco; prescribe luchas en que deja los dos sexos sin las armas ni los vestidos del pudor; parece que aprueba la comunidad de mugeres; y Philon, el mas grande de sus admiradores, se indigna á pesar suyo, de que todo su banquete se vuelva conversaciones de amor y de liviandad contra natural. Otro sábio no ménos célebre, despues de haber reprobado con severidad todos las imágenes deshonestas, exceptua la de aquellos dioses que querian ser honrados con tales infamias [b]. Ciceron comienza su *Tratado de la naturaleza de los dioses*, confesando que nada es mas difícil, ni nada mas obscuro que esta materia, en la que, dice, los pareceres de los hombres mas ilustrados son tan diversos y separados. ¡Ó razon! débil razon! ¡hasta donde llegan pues tus

[a] En el *Epinomis*, en el *Timéo* y en el lib. 8.º de las leyes.

[b] Aristóteles, *Política* VII.

fuerzas? ¿Son estas las maravillas producidas por tus sábios [a]? [1] Que los espíritus fuertes de nuestros dias, Valmont, se apoyen ahora en sus propios conocimientos: yo les preguntaré si tienen mayor fuerza de espíritu que los sábios de la antigüedad pagana. Haré mas, contrapondré los unos á los otros, y manifestaré cuanto discrepan entre sí [b]; les demostraré oponiéndolos á ellos mismos, cómo se contradicen y se extravían diariamente sobre muchos artículos de la ley natural; haré mas todavía, quitaré la máscara que los cubre, y se conocerá, que bajo una apariencia de respeto hácia la ley natural, ocultan un grande fondo de indiferencia para con toda ley en general, un espíritu de vértigo, de sistema, y

[a] Montaigne, dice, hablando de la religion: „En una cosa tan divina y tan altamente superior á la inteligencia humana, es menester que Dios nos preste su socorro con un favor extraordinario y privilegiado, para poderla concebir y abrigar en nosotros; y no creais que los medios puramente humanos fuesen de ningun modo capaces de ello, y si lo fueran, tantas almas raras y sobresalientes de los siglos antiguos, tan abundantemente provistas de fuerzas naturales, hubieran podido con solo sus discursos llegar á este conocimiento. Despues de lo cual, refiriendo los errores de los filósofos y de los pueblos paganos, exclama: ó Dios! ¡qué obligacion tenemos para con la benignidad de nuestro Criador Soberano, por haber despertado nuestra creencia de esas opiniones vagabundas y arbitrarias, y por haberla sentado sobre la basa eterna de su santa palabra! Todo está flotante en la mano del hombre; yo no puedo tener el juicio tan flexible.” [*Ensayos*, lib. 2.º cap. 12.]

[b] „La insuficiencia del espíritu humano es la primera causa de esta diversidad prodigiosa de opiniones, y el orgullo es la segunda... misterios impenetrables nos rodean por todas partes; son superiores á la religion sensible; creemos, que, para comprenderlos, tenemos inteligencia, y solo tenemos imaginacion.” (*Rousseau*.)

muchas veces de pirronismo, acerca de toda verdad. Deberas, hijo mio; tu les has oido hablar, has leído sus escritos, has pensado con ellos y como ellos; dime pues, y pregunta con fidelidad á tu conciencia y á tu memoria, ¿qué has oido en sus conversaciones? ¿Qué has visto en sus obras, sino la teología del materialismo y la moral de las pasiones? En medio de sus sistemas sutiles é ininteligibles, ¿qué son efectivamente la mayor parte de ellos, sino materialistas disfrazados? Deistas en la forma, epicúreos en la sustancia [a]; hablemos mejor, y sin imputarles nada que tu puedas negar á su nombre; no sabiendo ellos mismos lo que son; hoy dogmáticos, mañana pirrónicos; cambiando de opinion y de lenguaje, segun las circunstancias y los tiempos; no teniendo jamás la misma filosofía, de una obra á otra, ni en dos dias de intervalo [b]; envolviéndose en muchas palabras vacias de sentido, y reemplazando con el gergon filosófico la ciencia sencilla y modesta; razonando entusiasmados, y sentando con todo el fuego del genio y todo el

[a] Epicuro habia renovado el sistema de Demócrito, que miraba el átomo como la causa primera por la que todo existe, y la materia prima de que todo se forma.

[b] No es esto bastante: no solo entre nuestros filósofos, cada hombre tiene su sistema; no solo un mismo hombre de una obra á la otra, cambia de opiniones y adopta sistemas diferentes, estableciendo alternativamente sobre la misma cuestion el sí y el no: lo mas singular que hay es, que á veces le sorprende uno, diciendo juntamente el sí y el no, el pro y el contra en un mismo pasage. Nadie ha probado mejor, con la confrontacion de textos mui formales estas verdades tan humillantes para la sabiduría humana, que el autor de las *Helvecianas*, ó *Cartas provinciales filosóficas*. Vea-se, por ejemplo, sobre el origen del mundo, sobre el de la especie humana, el tomo 1.º; y acerca de la divinidad, del alma, de la libertad, los tomos 2.º y 3.º de esta obra, tan propia para echar sobre nuestros pretendidos sábios un ridiculo indeleble.

relumbron de la elocuencia, absurdos por principios; dandose como los restauradores y los guias del género humano; y creyendo hacernos encontrar la luz en el cenó de la obscuridad mas profunda; ¡oh! ¿dónde está pues, en materia de religion, la regla fija de aquellos que no tienen otra que la de su razon?

Y en cuanto á las verdades concernientes á las costumbres, ¿nuestros filósofos nuevos son mas sábios y mas ilustrados que sobre las que pertenecen á la religion? ¿Cuáles son los fundamentos sagrados de su moral? En este punto, la conformidad de origen, de inclinaciones y de ley entre los brutos y los hombres, es la única basa de la ley natural: las convenciones y las instituciones políticas son en esto las que constituyen todo el mérito y demérito de lo que se llama *vicio y virtud*. Para unos la utilidad pública, la salud del pueblo, en oposicion al bien mismo de la humanidad entera, es lo que en cada sociedad, en cada estado, determina lo que es justo ó injusto, lo que es virtuoso ó vicioso. Para otros el interes personal es la fuente y la regla de toda justicia. Algunos dan por principio de las grandes y bellas acciones, la sensibilidad física, el amor y el deleite. Todos en fin, favoreciendo igualmente el libertinaje, el lujo, la independenciam, el orgullo y todas las pasiones, causan sucesivamente, ó quizas á la vez horror y compasion [2].

¡O hijo mio! menos filósofos bajo muchos respetos, y menos consecuentes que los sábios de la antigüedad pagana, fácilmente se mira en sus extravios monstruosos, que, nacidos en el seno del cristianismo, han abusado de mayores auxilios que aquellos no habian recibido de él, y extinguido en el fondo de su alma luces mas verdaderas. Han caido como los antiguos sábios en la ceguedad y en las tinieblas; pero han caido de mas alto. Muchas veces admiro en la moral de estos, aunque tan imperfecta todavia, á Sócrates, á Platon, á Ciceron, á Séneca, á Marco-Aurelio, á Epitecto; mientras que mi corazón y mi razon se levantan contra

las máximas indecentes y perversas de los falsos sábios de nuestro siglo.

Y aun cuando sus conocimientos fueran mas puros, ¿á quién tocaría el mérito y el honor de ellos, sino á la Religion santa que los ha formado? ¡ingratos! por no reconocer lo que le deben, olvidan todo lo que han tomado de ella. Ah! si desdeñan acordarse del primer rayo que iluminó su cuna, de las primeras lecciones que les dió en su infancia, confiesen que todo lo que han aprendido mas verdadero, lo adquieren de esta religion que desprecian; que ántes que pudieran gloriarse de ser sábios, ella les habia inculcado la ciencia y la sabiduría; y que ninguno enseña ni practica mejor los deberes de la ley natural, que el humilde fiel, alumbrado por la luz del Evangelio [3].

Esta ley Evangélica es la que determina el culto que se debe á la Divinidad. Por que en fin, si Dios existe; si le debemos un homenaje como al autor de nuestro ser, que nos ha creado para él; si le debemos un homenaje y un culto externo, un homenaje de espíritu y de cuerpo, como á quien ha formado el uno y el otro, y á quien ha puesto entre ambas sustancias una correspondencia reciproca y una relacion necesaria; si le debemos un culto público, como á padre comun de todos los hombres, que los ha reunido en sociedad, que ha hecho de ellos una misma familia de que es el gefe, que les ha dado el uso de todas las criaturas para que con ellas ofreciesen juntamente un mismo tributo á su gloria; ¿quién es el que determinará con solo las luces naturales un culto verdaderamente digno de él, y la especie de sacrificio, que para honrarle, para volvérsle propicio, para expiar nuestras culpas, puede ofrecérsele sin degradar su magestad? [a] ¿Admitiré-

[a] Los verdaderos sábios de la antigüedad, siempre estuvieron con graves dificultades acerca de la naturaleza de este sacrificio. Vease lo que Platon hace decir á Sócrates sobre los sacrificios y sobre la oracion, en el diálogo titulado, *El segundo Alcibiades*.

mos igualmente todos los cultos? Son contradictorios entre sí; la mayor parte contradicen los atributos esenciales del Ser Supremo; son contrarios á la perfeccion y á la felicidad del hombre: pretender que todos son igualmente propios para glorificar al Ser Soberano, es querer que Dios sea honrado dignamente por contradicciones y absurdos.

La ley evangélica, es tambien la que apoyada en hechos sensibles, ofrece á los hombres un ministerio propio para instruirles, y una autoridad suficiente para hacerse escuchar de ellos. ¿Qué fuerza y que poder tendrá sobre la multitud la sola voz de los filósofos? [4] ¿Qué hombres si no pertenecen á un ministerio público y suficientemente autorizado, serán bastante generosos para consagrarse totalmente á la instruccion de sus semejantes, y para hacerles entender con riesgo de su vida el lenguaje de la sabiduría y de la verdad? Esta necesitaba por intérpretes, almas fuertes; necesitaba héroes y mártires; y entre los paganos, solo Sócrates sufrió por ella [5]; todos los demas la traicionaron en vez de servirla: no contentos con encubrirla bajo las sombras del misterio, en público la acomodaban á las supersticiones paganas. Nuestros pretendidos sábios, tan prudentes y tan débiles como aquellos, ¿no sientan así mismo por principio, acomodarse al culto recibido en la nacion de que uno es miembro? Solo la religion revelada ha podido dar á la verdad Apóstoles dignos de ella.

Confesémoslo por tanto, hijo mio, pues que los hechos nos forzan á ello: la degradacion del género humano, el oscurecimiento de la razon en la multitud, sus extravios, sus contradicciones, sus límites, la insuficiencia de su autoridad en los sábios, todo nos prueba la necesidad extrema de un recurso mas abundante, de un guia mas seguro, de una luz mas fija, y la necesidad de una revelacion [6]. Mas aquí vuelve la primera dificultad que formas contra ella; no dilataré en resolverla, como todas las que me opongan tus pasiones.

NOTAS.

PÁG. 21.

[1] ¿Son estas las maravillas producidas por tus sábios? Con todo, es verdad que entre todos los filósofos hay algunos que han alcanzado verdades importantes. „Pero no han sabido jamás, dice Lactancio, lo que es un cuerpo de doctrina, aunque hayan entrevisto cada parte de él. Cada uno por su lado, ha encontrado alguna de las piezas que deben entrar en él; pero no han llegado á reunir las, ni á sacar las consecuencias de los principios. Se vé mui bien, que todas las verdades se hallan esparcidas entre las diversas sectas; no estando ninguna de ellas tan desprovistas de buenos espíritus, cada una habia recibido una porción de la verdad: empero mientras que para disputar, cada una de ellas defende sus opiniones aunque falsas, y combate las de otra aunque verdaderas, sucede que la verdad que al parecer buscan se les escapa, ó mas bien la pierden por su propia culpa. De modo, que si se hubiese hallado un hombre de génio bastante alto para reunir lo que hay de mejor en cada escuela, y formar un cuerpo completo, este hombre no discreparia de nosotros. Mas esto exigia necesariamente que poseyera el discernimiento de la verdad en grado supremo. Ah! ¿y quién la pudiera, sin estar instruido por el mismo Dios?“ (Lactancio, de la vida feliz, lib. 7.º)

PÁG. 23.

[2] *Crusan sucesivamente ó quizás á la vez horror y compasion.* Tales son los dos sentimientos que la lectura de sus obras excita en los corazones rectos y en las almas bien nacidas. Pero sin remontarnos hasta estas fuentes envenenadas, se puede juzgar de ellas por su compendio que nos ofrecen las *Memorias* y el *Catecismo de los Cacouacs* [*].

[*] „La Memoria para servir á la historia de los Cacouacs. Este libro á la vez mui picante y mui juicioso, apareció algun tiempo despues de las Pequeñas Cartas sobre grandes filósofos, y tenia el mismo objeto, el de hacer sentir la ridicula vanidad de una secta imperiosa y altanera, que habia usurpado mucho tiempo la mayor consideracion, haciendo servir á su celebridad la palabra imponente de filosofia.

„Moliere murió sin duda mui temprano. Si hubiera

así como la pequeña *Enciclopedia* ó el *Diccionario de los filósofos*. Estas obras ingeniosas, en que el antidoto se puso al lado del veneno, son interesantísimas en materia de crítica, y mui propias para hacer avergonzar al incrédulo y para confundir á la incredulidad.

Se puede juzgar tambien de la verdad de lo que dice aquí Mr. de Valmont por esta confesion del mismo Rousseau, que mas que nadie tiene derecho de ser creído en esta materia. Despues de haber invitado á las academias á mirarse como encargadas no solo del depósito de los conocimientos humanos, sino tambien del depósito sagrado de las costumbres, despues de exigir en consecuencia de los miembros que ellas reciben obras y costumbres irreprochables; despues de elegir para el premio con que honran el mérito literario, los asuntos mas capaces de reanimar el amor á la verdad en el corazón de los ciudadanos, y de refrenar así las máximas licenciosas de los que entre nosotros usurpan tan indignamente los bellos nombres de filósofos y de sábios, añade: „Cuáles son las lecciones de estos amigos de la sabiduría? Al oírles, ¿no les tomaria uno por una turba de charlatanes, que gritan cada uno por su lado en una plaza pública, venid á mí, solo yo no me engaño? El uno pretende que no hay cuerpos y que todo es representativo; el otro, que no hay otra sustancia que la materia. Este asienta que no hay vicios ni virtudes, y que el bien y el mal moral son quimeras; aquel, que los hombres son lobos y en conciencia segura pueden devorarse. . . el paganismo, entregado á todos los extravíos de la razon humana, ¿ha dejado á la posteridad algo que pueda compararse á los monumentos vergonzosos que le ha preparado la imprenta en el reino del Evangelio?“ (Discurso que obtuvo el premio de la Academia de Dijon, en 1750).

PÁG. 24.

[3] *Ninguno enseña ni práctica mejor los deberes de la vida hasta nuestros dias, qué ridiculo inmortal no hubiera echado sobre uno de los mas absurdos delirios que jamás hayan hecho época en nuestra historia literaria!* Cuando la nacion halla recobrado su sangre fria para con escritores llenos de orgullo, que á fuerza de manejos, habian llegado á robarle una especie de admiracion, tendrá dificultad de concebir con que arte se pueda echar en ella tal espíritu de vértigo: pero como somos Franceses concluiremos cuerdatamente riendonos.“ (Palissot, *Memorias literarias*.)

ley natural que el humilde fiel &c. „Hay proyectos que parecen bellos en la idea, y que son insostenibles en la práctica: el de los deístas es de este número. Forjan á su gusto cuadros de religion natural y relaciones de ciertos países imaginarios, para hacer creer que uno viviria feliz bajo esta ley. Por desgracia toda existe solo en su cerebro; es la República de Platon. Todavía no han podido hallar bajo del cielo un pueblo que profesase realmente su *naturalismo*; y verdaderamente no lo hay. Suponiendo que se consiguiera llevar á una nacion hasta este punto, no permaneceria mucho tiempo en él; muy pronto la veriais caer ó en un olvido completo de Dios, ó en las últimas supersticiones; y por un corto número de espiritus que supiesen guardar un justo medio, la muchedumbre iria derechamente ó á la irreligion ó á la extravagancia. Tal es lo que ha sucedido á todos los pueblos que no han sido favorecidos por la luz celestial.” (*Turrelin, Tratado de la verdad de religion cristiana, tomo 1.º, seccion 2.ª, cap. 6.º*)

PÁG. 25.

[4] *¿Qué fuerza y qué poder tendrá sobre la multitud la sola voz de los filósofos?* „Cuando se hubieran recogido, dice Locke, en su cristianismo racional, todos los preceptos de Solón, de Bias, de Zenon, de Ciceron y de Séneca, y que para hacer la obra mas completa fuesemos hasta la China á consultar á Confucio, y al sábio Ancharsis en Seythia, ¿cómo esta coleccion habria podido ser una regla fija, y una verdadera cópia de la ley bajo que vivimos? ¿Habria recibido su autoridad de Aristipo ó de Confucio? ¿Zenon tenia derecho de dar leyes al género humano? Si no le tenia, todo lo que el ó cualquiera otro filósofo podia decir, solo se contaba como la opinion de un simple hombre, que los demas pueden recibir ó desechar: de otro modo seria menester admitir igualmente todo lo que ha enseñado este filósofo, &c.” (*Cristianismo racional, tomo 1.º cap. 14*).

He aquí el razonamiento que hacia Ladtancio. „Los filósofos pueden proponer bellas leyes á los pueblos; pero estos preceptos no tienen fuerza, porque son humanos, y carecen de una autoridad superior que es la de Dios. Nadie cree, porque el que escucha se reputa tanto como el que manda.” (*De la falsa sabiduría lib. 3.º núm. 27*).

„La sociedad, dice un sábio Genoves, ¿no perderia infinitamente con que la moral misma no estuviera recomendada sino por la fé de los filósofos, mientras que puede estar revestida de una sancion divina? Tambien la predicarian los filósofos. Pero, si no me engaño, la diferencia en este punto solo se reduciria á emplear hombres con otra denominacion y otro vestido. Aun la moral llamada de Hel-

vecio, mas bien que moral judaica ó cristiana, y predicada por hombres vestidos de color en ves de vestido negro y sobrepelliz, ¿estará ménos sujeta á ser explicada por ignorantes, hará ménos petulantes, estará ménos expuesta á ser pervertida, podrá servir ménos para encubrir á los viciosos? ¿y con qué por si misma no tenga autoridad arastrará mas seguramente á los hombres? Con que un filósofo predique en una concurrencia el *El libro del Espiritu*; con que en otra se explique *El sistema de la naturaleza*; en otro lugar el de Hobbes, y en las congregacion mas favorable los de Sócrates y de Platon, con esto digo, ¿los hombres podrán contar mejor los unos con los otros? Ah! buen Dios! ¿que seria de semejante sociedad!

„Y ¿que seria tambien de la virtud? ¿cómo se convendria en el sentido de esta palabra? Se estableceria una autoridad *filosófica*, como hay una autoridad eclesiástica para fijar al ménos la moral del Estado? Ah! cuando tendriamos un código. . .

„¿Qué hatemos con los ignorantes, es decir, con una parte tan crecida del pueblo que no tiene ni tiempo, ni los conocimientos preliminares que le es posible adquirir? Este pueblo que *siente* que Dios ha debido dictar á los hombres las leyes de la justicia y de la *beneficencia*, ¿recibirá tambien de un modo implícito las especulaciones del filósofo subalterno, que titulará en su parroquia?

„Es fácil censurar, y la censura casi siempre muy atrevida seduce por su seguridad. Ved aquí toda la fuerza que han tenido contra la Religion los ataques de todo género dirigidos contra ella y contra los eclesiásticos. Aquellos á quienes los han dirigido, y que los han animado escuchándolos, no han considerado que eran del todo necesarias unas instituciones públicas, para traer á los hombres á sus deberes: y que independientemente de la debilidad de la autoridad humana para los demas hombres, debilidad que las legislaciones humanas experimentan; independientemente de la felicidad individual que solo la religion puede producir, sustituir un cuerpo de *moralistas* á un cuerpo de *eclesiásticos*, solo es cambiar los nombres: añadamos, para obtener menores resultados, ó mas bien para obrar los efectos mas peligrosos. Veanse las *Cartas físicas y morales* sobre la historia de la tierra, por Mr. Deluc, tomo 1.º pág. 44 y siguientes, y observad que el hombre recto y sensato, que el verdadero sábio que habla de este modo, es un hombre del mundo y un ciudadano de Genova

PÁG. 25.

[5] *Solo Sócrates murió por ella* „Se dice comunmente que fué mártir de la unidad divina, por haber reusado su

homenaje á los dioses de la Grecia; pero es un error. En la apología que Platon hace de este filósofo, Sócrates reconoce dioses subalternos, y enseña, que los Astros y el Sol, están animados por inteligencias, á las que es menester tributar culto divino. El mismo Platon, en su *Diálogo sobre la santidad*, nos enseña, que Sócrates no fué castigado, por haber negado que hubiese dioses inferiores, sino porque declamaba fuertemente, contra los poetas que atribuían á estas divinidades, pasiones humanas y crímenes enormes. (De Ramsai, *Discurso sobre la mitología*)

PÁG. 25.

[6] *Y la necesidad de una revelacion.* „Si la verdad, dice Santo Tomas, estuviese abandonada á las investigaciones de la razon, resultarían tres inconvenientes. El primero sería, que el conocimiento de Dios no pudiera ser patrimonio, sino de un corto número de hombres; porque tres cosas, que son, la pobreza, la pereza y una complejion débil, ponen á la mayor parte en incapacidad de aplicarse utilmente á indagaciones relativas á las ciencias.

„El segundo inconveniente sería, que aquellos hombres, que pudiesen llegar al conocimiento de la verdad, solo llegarían muy tarde y despues de una larga série de años empleados en el estudio.

„El tercero por fin consiste, en que tal es la debilidad del entendimiento humano, que de ordinario tiene muchos errores, mezclados en los descubrimientos que hace la razon. (Lib. 1.º, *Controversias gentiles*, cap. 4.º)

„No hay nadie, ha dicho el mismo Bayle, que sirviéndose de la razon, no haya menester la asistencia de Dios: porque sin esto, es un guia que se extravía, y la filosofia se puede comparar á esos polvos tan corrosivos, que despues de haber comido las carnes muertas de una llaga, carcomerían la carne viva, cariarían el hueso, y penetrarían hasta las médulas. La filosofia refuta ciertamente los errores; pero si no se la detiene, ataca las verdades; y cuando se la deja hacer su antojo, va tan lejos, que no sabe ya donde está, ni encuentra donde sentarse.

CARTA VIGECIMA CCTAVA.

CONTINUACION DE LA PRECEDENTE.

„¿Cómo se atrevería uno á decir, que la ley natural, que la razon, esta ley comun á todos los

„hombres, no nos ilumina cuanto debe sobre lo que nos obliga á practicar? Ó si no ha dejado de ilustrarnos á medida de nuestras necesidades, sea cual fuere la causa, ¿ha dejado de obligarnos.?”

Tal es, hijo mio, la primera dificultad que me opones, en favor de tus nuevas opiniones. La respuesta es tanto mas fácil, cuanto mas especiosa es la objecion. La ley natural no está de tal modo obscurecida en el estado de depravacion y de ceguedad en que nacemos, la razon del hombre no es tan impotente y estéril, que sea imposible á quien le pregunta con un espíritu recto y un corazón limpio, obtener luces tenues, que le conduzcan de seguida á luces mas considerables. Esta débil razon, nos obliga á proporcion de lo que nos enseña, y de lo que podría enseñarnos todavía, si la consultásemos con fidelidad. Ella vá tan léjos como puede y debe ir. Llega hasta hacernos sentir la necesidad de otro socorro; hace sentir al alma sencilla y veráz su insuficiencia y las tinieblas en que la deja sumergida; hace suspirar por una claridad mayor; la conduce á las puertas del Santuario, en que la verdad eterna reside; y con tal que sean sinceros los gemidos de esta alma recta y pura, el Dios de la verdad no le falta. [1]

„¿Mas por qué, este otro socorro tan necesario, no se ha dado á todos los hombres? ¿Por qué no son todos iluminados con esta antorcha de la revelacion? ¿Y por qué tambien, aun en aquella parte de la revelacion mas interesante, cual es la fe del Evangelio, han comenzado á serlo tan tarde?”

Porque era menester, hijo mio, que los hombres, abandonados á sí mismo, sintiesen sus necesidades, su miseria, y tuviesen tiempo de cansarse, por decirlo así, de su propia debilidad y de lo vano de sus investigaciones. Era menester la experiencia de muchos siglos, y de los pueblos mas cultos, como de las naciones mas sábias. Era menester, que las tinieblas precediesen á la luz é hiciesen comprender todas las ventajas de ella; que la religion revelada, sostenida en los hechos, tuviese sus desarro-

homenaje á los dioses de la Grecia; pero es un error. En la apología que Platon hace de este filósofo, Sócrates reconoce dioses subalternos, y enseña, que los Astros y el Sol, están animados por inteligencias, á las que es menester tributar culto divino. El mismo Platon, en su *Diálogo sobre la santidad*, nos enseña, que Sócrates no fué castigado, por haber negado que hubiese dioses inferiores, sino porque declamaba fuertemente, contra los poetas que atribuían á estas divinidades, pasiones humanas y crímenes enormes. (De Ramsai, *Discurso sobre la mitología*)

PÁG. 25.

[6] *Y la necesidad de una revelacion.* „Si la verdad, dice Santo Tomas, estuviese abandonada á las investigaciones de la razon, resultarían tres inconvenientes. El primero sería, que el conocimiento de Dios no pudiera ser patrimonio, sino de un corto número de hombres; porque tres cosas, que son, la pobreza, la pereza y una complejion débil, ponen á la mayor parte en incapacidad de aplicarse utilmente á indagaciones relativas á las ciencias.

„El segundo inconveniente sería, que aquellos hombres, que pudiesen llegar al conocimiento de la verdad, solo llegarían muy tarde y despues de una larga série de años empleados en el estudio.

„El tercero por fin consiste, en que tal es la debilidad del entendimiento humano, que de ordinario tiene muchos errores, mezclados en los descubrimientos que hace la razon. (Lib. 1.º, *Controversias gentiles*, cap. 4.º)

„No hay nadie, ha dicho el mismo Bayle, que sirviéndose de la razon, no haya menester la asistencia de Dios: porque sin esto, es un guia que se extravía, y la filosofia se puede comparar á esos polvos tan corrosivos, que despues de haber comido las carnes muertas de una llaga, carcomerían la carne viva, cariarían el hueso, y penetrarían hasta las médulas. La filosofia refuta ciertamente los errores; pero si no se la detiene, ataca las verdades; y cuando se la deja hacer su antojo, va tan lejos, que no sabe ya donde está, ni encuentra donde sentarse.

CARTA VIGECIMA CCTAVA.

CONTINUACION DE LA PRECEDENTE.

„¿Cómo se atrevería uno á decir, que la ley natural, que la razon, esta ley comun á todos los

„hombres, no nos ilumina cuanto debe sobre lo que nos obliga á practicar? Ó si no ha dejado de ilustrarnos á medida de nuestras necesidades, sea cual fuere la causa, ¿ha dejado de obligarnos.?”

Tal es, hijo mio, la primera dificultad que me opones, en favor de tus nuevas opiniones. La respuesta es tanto mas fácil, cuanto mas especiosa es la objecion. La ley natural no está de tal modo obscurecida en el estado de depravacion y de ceguedad en que nacemos, la razon del hombre no es tan impotente y estéril, que sea imposible á quien le pregunta con un espíritu recto y un corazón limpio, obtener luces tenues, que le conduzcan de seguida á luces mas considerables. Esta débil razon, nos obliga á proporcion de lo que nos enseña, y de lo que podría enseñarnos todavía, si la consultásemos con fidelidad. Ella vá tan léjos como puede y debe ir. Llega hasta hacernos sentir la necesidad de otro socorro; hace sentir al alma sencilla y veráz su insuficiencia y las tinieblas en que la deja sumergida; hace suspirar por una claridad mayor; la conduce á las puertas del Santuario, en que la verdad eterna reside; y con tal que sean sinceros los gemidos de esta alma recta y pura, el Dios de la verdad no le falta. [1]

„¿Mas por qué, este otro socorro tan necesario, no se ha dado á todos los hombres? ¿Por qué no son todos iluminados con esta antorcha de la revelacion? ¿Y por qué tambien, aun en aquella parte de la revelacion mas interesante, cual es la fe del Evangelio, han comenzado á serlo tan tarde?”

Porque era menester, hijo mio, que los hombres, abandonados á sí mismo, sintiesen sus necesidades, su miseria, y tuviesen tiempo de cansarse, por decirlo así, de su propia debilidad y de lo vano de sus investigaciones. Era menester la experiencia de muchos siglos, y de los pueblos mas cultos, como de las naciones mas sábias. Era menester, que las tinieblas precediesen á la luz é hiciesen comprender todas las ventajas de ella; que la religion revelada, sostenida en los hechos, tuviese sus desarro-

vos y sus pruebas, así como todo se prepara y se desarroya en la naturaleza. Era menester sin duda, en los designios del Altísimo, que nunca conociéramos en la tierra, sino imperfectamente, que esta luminaria de la fe, semejante al astro que ilumina el mundo, no despidiese repentina y simultáneamente su luz; que recorriera sucesivamente los diversos territorios; que fecundara los gérmenes de razón, de sabiduría y de virtud, que solo aguardaban su presencia, para deplegarse cual bella rosa, ó para ponerse al ménos en su verdadero punto de perfeccion y de madurez; y que su viva claridad, ora concedida meramente como gracia, ora dada juntamente como gracia y como recompensa, á veces quitada á los hombres por modo de castigo, se distribuyera en todo lugar, segun las leyes secretas, de una Providencia siempre llena de sabiduría y de equidad.

Oh! hijo mio, en el sistema del naturalista, ¿qué dificultad puedes formar contra la revelacion, que no se convierta en objecion contra tí? Porque en fin, esta religion natural, te preguntaré yo á mi vez, esta ley de la razon, comun á todos los hombres, á todos impuesta, y que segun tus principios vasta igualmente para todos, ¿por qué es tan poco conocida de la mayor parte? ¿Y por qué tantos medios en unos para extender sus conocimientos, y tantas dificultades y obstáculos en otros?

Concluyamos pues, así respecto de la ley natural como respecto de la ley revelada, que aunque las dos sean esencialmente verdaderas, y las dos sean necesarias, nosotros hemos de ser juzgados por ellas á medida de lo que hallamos podido y debido conocer de ellas; y que aquellos, que hallan cerrado sus ojos á su luz con la misma obstinacion, al ser iluminados por ellas, serán igualmente inexcusables [a].

[a] „Tribulacion y angustia para toda alma del hombre que obra mal, del judío primeramente y del griego: gloria, honor, y paz para el que obrare bien, para el

„Mas ¿por qué, agregas, hombres como yo serán para mí los intérpretes de las voluntades divinas? „¿Por qué para aprender yo á honrar dignamente el Ser Supremo, es menester que pida los socorros „de mis semejantes? ¿Y en todas partes he de „hallar hombres entre Dios y yo?”

Sí, hijo mio; porque Dios al criar seres sociales, quiso formarlos en el seno de la sociedad, ligarles juntamente por las necesidades del alma como por las del cuerpo, instruir á los unos por los otros, y establecer entre ellos una dependencia mútua, y una comunicacion recíproca de socorros y de conocimientos. ¿Y cuál es el hombre, á quien otros hombres no hayan instruido? ¿Cuáles son los conocimientos naturales, que en el estado de sociedad no hayamos recobrado, desarroyado, perfeccionado, con el auxilio de nuestros semejantes? ¿Y por qué quieres que en la economia de la religion revelada, Dios se sirviera de otros instrumentos, de otros medios, que aquellos de que se sirve en el plan de la religion natural? [a]

Hombres es verdad, se te presentan para instruirte, que se dicen enviados de Dios; pero no por esto te privan del ejercicio de tu razon. Has de ella el uso mas natural, mas fácil, mas acomodado al entendimiento humano; examina los hechos sensibles y públicos que establecen su mision; considera atentamente los caracteres de la religion que te anuncian, caracteres sencillos y verdaderos; su antigüedad, su unidad, su perpetuidad, su santidad; su relacion con la gloria de Dios, con la felicidad de hombre y con la virtud; porque estas son cosas de hecho y de sentimiento, de que todo

judío primeramente y para el griego, pues ante Dios no hay diferencia de personas, los que sin ley pecaron, sin ley perecerán: y los que pecaron contra la ley, por la ley serán juzgados.” (*San Pablo, Rom. cap. 2, v. 9.*)

[a] „El orden de la naturaleza, es de tal manera, que cuando aprendemos alguna cosa, la autoridad precede á la razon.” (*S. Agust, del Ord. lib., 2., cap. 9.*)

hombre puede juzgar sin dificultad, son cosas que han conmovido, ilustrado y convertido al mundo entero: y despues de esto, si es realmente Dios, quien ha hablado por boca de tus semejantes, sométete. Atiende, querido Valmont, á que la revelacion una vez probada, te demuestra del modo mas sencillo y mas abreviado todas las demas verdades: sin ella, es menester probárselas uno mismo una á una, si puedo hablar así. ¡Qué trabajo! ¡y qué riesgo de engañarse en cosas en que el error es de una trascendencia tan grande, y en que apesarse de esto, ha sido siempre tan comun!

„Mas por qué tambien un yugo nuevo y nuevas trabas? ¡Y qué importan todas las instituciones arbitrarias, si la virtud, el honor están á cubierto, con solo los principios de la ley natural.“

¡Cuántas cosas, hijo mio, hay que responder á tan pocas palabras, si fuera menester decirlo todo! Mas por lo ménos, escúchame algunos momentos todavía. „¿Para qué un yugo nuevo y nuevas trabas?“ Para hacerte mas dulce y mas fácil el yugo de la virtud, el de la razon misma. La ley que el cristianismo te impone, es una ley de gracia y de amor; sin ella todo cuesta, todo es penoso á la naturaleza; por el contrario, con su socorro nada es costoso. Esta ley amable nos fortifica, nos sostiene, nos eleva sobre la flaqueza humana. Es para el hombre, como son para el pájaro tímido las alas que le ayudan á volar: si son un peso para él, es un peso muy lijero; con ellas hiende los aires, sin ellas se arrastraria.

„¿Qué importan instituciones arbitrarias?“ ¡Oh! ¿por qué las reputas como tales, si no lo es la religion que las contiene? ¡Qué importan!... ah! hijo mio, importan mucho, si tienen la fuerza de hacernos solidamente virtuosos.

„Pero sin ellas, ¿Sócrates, Aristides, Caton, Tito y Marco-Aurelio, no lo han sido?“ Valmont, no pretendo calumniar su virtud: la tuvieron sin duda; pero bien evaluada. ¿qué pesaba en la balauza del gran juez, comparada con la del simple fiel? Ser

justo y bienhechor, es una parte del hombre moral, solo es el primer bosquejo del cristiano; y aun en aquel, ¿para nada cuentas el ser casto, el honrar al verdadero Dios, el ser humildemente sumiso á su voluntad suprema? Sócrates, sospechoso de ser amante de Alsibiádes, acusado por sus propios conciudadanos de corromper á la juventud de Atenas bajo pretexto de instruirla; ó sin atenernos á clamores públicos, á sospechas mal fundadas, y que son de considerarse ménos con respecto á los grandes hombres, Sócrates que moria por la verdad, y encargó á sus amigos que sacrificaran un gallo por él á Esculapio; Caton, que cedió su muger á Hortensio despues de manifestarse dispuesto á cederle su hija; el inflexible Caton, independiente de los dioses, (dijo hablando de sí mismo,) y que se dió la muerte, mas bien que implorar la clemencia de un vencedor; Marco-Aurelio (sin embargo que nombre!) que honró con un culto supersticioso á los dioses de todas las naciones, y que por complacer al senado, sufrió que se persiguiese á los cristianos; que cerró los ojos para no ver los crímenes de los senadores, ni obligarse á castigarlos; que filosofaba tranquilamente en el fondo de su palacio, mientras que los gobernadores pillaban las Provincias; que puso á su muger en el número de las divinidades, despues que la dejó en vida ensuciarse con la mas vergonzosas liviandades á vista de todo el imperio; Marco-Aurelio, que con la mas cruel condescendencia y la mas indigna debilidad, puso á su hijo por segunda vez en manos de los maestros viciosos que le habian perdido; y que sin embargo de tener bastante libertad en su eleccion, dió á su pueblo por Emperador á Cómodo: ¿son estas por ventura virtudes irreprochables? ¡Y cuántos nombres célebres en esté género, falta que citarme? Yo te manifestaria una muchedumbre de hombres perfectamente virtuosos, por donde quiera que la religion ha formado verdaderos discípulos, por donde quiera que el cristianismo estuvo en su vigor.

Con todo esto, te lisongeas de practicar la vir-

tud, sin las fuerzas que aquel nos dá. Ah! mal conoces la virtud, querido Valmont, ó cuando ménos, no te conoces á tí mismo lo bastante. En otro tiempo pensé yo como tú. Tenia yo entonces amigos con quienes estaba ligado en sentimientos y costumbres, si alguna vez puede hallarse amistad pura, donde no se halla la religion: ah! sonrojábame de sus extravios, y no tenia que avergonzarme ménos de los míos. Verdad, virtud, equidad, beneficencia, humanidad, [2] costumbres honestas, bellos nombres, que nunca fueron tan comunes, estais en la boca de todos los sábios, y jamás ha sido mas raro lo que expresais! No, la idolatría misma, nunca produjo costumbres mas depravadas, que las que hace nacer entre nosotros la incredulidad. Si hay todavía virtudes en la tierra, ¿dónde se hallan, hijo mio, sino en los sentimientos y en la conducta del verdadero cristiano? Tu esposa, tan tierna y tan virtuosa, la fiel y valerosa Emilia, ¿seria tan constantemente virtuosa si no estuviera inspirada y sostenida por la religion? Oh! ¿qué puede uno prometerse sin ella, sino la presuncion mas vana y las mas vergonzosas flaquezas? [3]

Amigo mio, no temo confesarlo; luego que fondo mi espíritu y mi corazón, hallo en él la necesidad de la religion cristiana: este es el grito interior mas vivo y mas fuerte que hay en mí. Sin la religion, cada circunstancia un poco crítica, cada ocasion peligrosa, cada movimiento de pasión un poco ardiente, influyera mucho sobre mí: la idea de satisfacer una sola de ellas, encenderia luego todas las demas; el deseo de satisfacerme una vez, haria nacer el de satisfacerme siempre; el olvido de un principio, me condujera insensiblemente al olvido, al abandono de toda verdad; mis propensiones, se convirtieran á gusto mio, en la única ley de la naturaleza. El alma muere, me diria yo, ya nada existe; todo es igual; ¿y aun Dios existe? ¿La religion es pues para mí la ilusion de la virtud? ¡Ó que bella ilusion, y que parecida es en todo á la misma verdad!

Mas para reconciliarte mas fijamente con el cristianismo, me falta que hacerte una observacion importante: te asustas de su yugo, miras sus leyes como de cadenas; ¿y qué diras, si te hago convenir en que la ley natural, no pone freno menor á tus pasiones, ni yugo menor á tu flaqueza, sino con mucho menores auxilios para llevarle?

De todas las inclinaciones que nos incitan mas vivamente, y que mas contribuyen para hacer odiosa la religion cristiana en el juicio del incrédulo, la mas comun, es aquella que nos adhiere á los placeres de los sentidos: de todas las leyes, la que mas nos espanta, es la de la castidad. El amor, esa pasión tan universal, pero tan resgosa en sus consecuencias, tan funesta en sus desarreglos, ved aquí la divinidad querida, por la que tan obstinadamente combate el naturalista [a]. Y bien, hijo mio, analiza sobre este punto la ley natural en que te fundas, y examina lo que te permite y lo que te prohíbe.

Ella pone límites ante todo á nuestras inclinaciones, condena todo exceso en ellas, detiene su impetu de fuego, somételas á la razon, y devuelve á esta la autoridad que los sentidos pretendian usurparle [b].

Mas mirémosla en un pormenor mas grande, Prohíbe á su discípulo todo compromiso, todo comercio con aquella que ha comprometido su fé. El adulterio es un crimen á los ojos de todas las naciones: lo es á los del sábio verdadero; y la ley na-

[a] El editor ha encontrado en estas cartas la palabra naturalista para designar el *partidario de la ley natural*: la conservó, por creerla mas propia para explicar esta idea de un modo mas preciso que los términos *teista ó deista*, que no tienen una acepcion tan determinada ni tan clara.

[b] „La fuerza de alma, que produce todas las virtudes, pende de la pureza que las nutre todas.” Y en otra parte: „quiero ser casto, porque esta es la primera virtud que alimenta todas las demas.” (Rousseau.)

tural sola ve al adúltero cual monstruo que horroriza [4].

Esta misma ley le manda respetar el derecho de un padre, de una madre, de un tutor, de una familia entera, sobre una niña querida que han educado en la virtud, en el honor, y cuya religiosidad no se puede corromper sin abusar de la confianza de aquellos, sin engañar indignamente sus cuidados y su esperanza, sin clavar el puñal en su corazón, y aun sin deshonra de ella misma. Que por un momento se ponga este discípulo en su lugar, que suponga en riesgo la felicidad de su esposa, el honor de su hija, el de su hermana ó de su pupila; y si algun sentimiento de equidad le queda, que juzgue y pronuncie.

La ley natural no le permite seducir la inocencia de una niña honesta y sin experiencia, que no conoce bastante las consecuencias del compromiso que se la quiere hacer contraer, ni echa de ver todas las funestas consecuencias de la pasión que se le inspira. El honor verdadero exigiría por el contrario, que la iluminase, que la contuviera en el borde del abismo en que esta pasión la induce á precipitarse: porque al fin, ¿es justo hacer desgraciado á uno, favorecer su ceguedad, hacerle nacer y traicionar á sus verdaderos intereses por complacerse? ¿No se sabe además de esto, que una niña seducida una vez, por ignorada que sea su primer caída, se vuelve por lo comun débil, viciosa y desgraciada para toda la vida?

Esta ley rechaza, aborrece toda union de los dos sexos, toda accion cualquiera que tuerce los fines de la naturaleza; y la naturaleza pide llorando al cielo venganza de un crimen que muy pronto despoblaría la tierra.

Esta ley natural y recta razon no nos hace mirar con indignacion y vengüenza menores, todo comercio fundado en el interés; y en este punto el sentimiento y la razon se levantan contra esos tráficos vergonzosos, puestos en lugar de una union legitima.

¿Qué diré por fin? reprueba toda union clandestina, todo enlace pasajero, todo compromiso irregular [5]. Como no solo hemos sido hechos para nosotros, sino tambien para la sociedad, á la sociedad misma pertenece arreglar las condiciones de este convenio sagrado, que une la mitad de sus miembros á la otra, y en el que descansan, como en un fundamento inalterable, el órden y el interés público, las distinciones y la perpetuidad de las familias, el estado y la educacion de los niños, la seguridad y el reposo de los particulares.

El discípulo fiel de la ley natural, ¿suplirá con la imaginacion lo que no puede permitirse de parte de los sentidos? Mas el deseo, el pensamiento criminal reflexionado, es un crimen en sí, y el medio mas seguro que conduce á cometerlo. Si aquel que se ocupa voluntariamente en la idea del mal no lo comete, es porque el mal en cuyo pensamiento se complace, no está en su poder; sus costumbres pueden ser aun sin reproche, pero ya su espíritu y su corazón son culpados.

¿Qué resta pues al naturalista conmovido por las pasiones, pero contenido por la conciencia? ¿qué le queda, querido Valmont? La misma obligacion que se impuso al cristiano, la obligacion de reprimirlas sin los socorros propios para conseguirlo. Pues que en fin, algun día convendrás conmigo, en que todo es medio, todo es auxilio para el bien en la religion, todo es preservativo, todo es remedio contra el mal; y el naturalista carece de estos socorros. Luego no son, hijo mio, nuevas trabas las que te presento. En todo aquello que se opone á las propenciones de una naturaleza depravada, la religion cristiana, muy pocos deberes añade á los que la razon te impone; pero vuelvo á decir, aquella te ayuda á llenarlos; te ayuda tambien á llevar este yugo de la razon.

Hablas de trabas; oh! el naturalista verdaderamente recto y que discurre un poco consecuentemente, las halla por todas partes, sin poderse soltar de ellas, á no ser que renuncie toda comuni-

cacion con sus semejantes. En sus verdaderos principios, todo culto exterior que no sea el de la sencilla naturaleza, que esté ligado esencialmente á dogmas que mire como falsos y mentirosos, que suponga artículos de fé que desaprueba en el fondo de su corazon, no podrá nunca ser el suyo; tomar en él parte con sus ciegos conciudadanos, sería en su modo de pensar, una idolatría quizás, pero siempre una impostura cometida contra el género humano, y una traicion contra la divinidad. ¿Á donde irá pues para servir á Dios á su manera, puesto que todos los pueblos tienen un culto que no le conviene?

En sus principios, el derecho que nos arrogamos sobre la vida de los animales, ¿es un derecho incontestable? Y en la sola duda, ¿con qué especie de hombres viviera en sociedad?

En sus principios repito, débil como el resto de los hombres, culpable algunas veces, ¿podrá en todo estado del crimen, contar mucho con la validéz y la fuerza de su arrepentimiento para estar tranquilo? Y despues de haber ultrajado al Dios de la naturaleza, ¿enándo y cómo se creyera suficientemente reconciliado? Así, por todas partes inquieto, urgado, embarazado, no pudiendo practicar acto ninguno en que intervenga la religion de los demás hombres, (y en casi todos interviene), no pudiendo satisfacerles ni asegurarles con la suya, no sabiendo como vivir en medio de ellos, y no atreviéndose ni á sentarse con ellos á la mesa, ni á participar de las dulzuras de su compañía, aislado en la tierra, rodeado de abismos, deslizando á cada paso, y no hallando ni aun en que sentar el pié, este naturalista, hijo mio, cuya libertad encomias tanto, con principios y un fondo de providad, sería el ménos libre, y el mas desgraciado de todos los hombres. Da crédito, querido Valmont, á la experiencia triste que tengo de los dias tempestuosos de la incredulidad mia; materialista, pirrónico, al último naturalista y por esta vez incrédulo sistemático, naturalista de buena fé, ah! no acertaba en

el obrar, segun mis opiniones, en el seno de esta sociedad en que apesar de todo habia nacido. Mil veces estuve á puntos de abandonarla; y quizás esta irresolucion preparó en parte mi cambio.

¡O amigo mio! nunca olvidaré, que en una de aquellas sesiones académicas, en que nosotros espíritus fuertes juzgábamos en último recurso sobre los necios juicios de los hombres, yo comuniqué temblando á mis ilustres asociados, mis reflexiones acerca de las dudas inquietantes en que nos deja la ley natural, acerca de las dificultades en que su sola práctica nos pone, acerca de los deberes que nos prescribe aun esta misma ley tomada en todo su rigor, acerca de la sujecion en que nos mete. Mis reflexiones acerca de todas estas relaciones, eran á la verdad mui verdaderas, pero sentaban mui mal á nosotros. Sin atrevernos á negarlas directamente, ni á tratarlas de escrupulo, se contestó á ellas haciendo piruetas, y la sesion acabó con esto [a].

„Pero en fin, ¿por qué no tolerar las opiniones? „No habría en ellas ya trabas para nadie.” En efecto la solucion sería cómoda. Ah! hijo mio, no lo sería mas que en apariencia. Piensa pues en que la religion es la que une á todos los hombres; que su culto exterior es la basa y el nudo de su sociedad; que permitiendo que cada uno disponga de ella en particular, se corre peligro de no dejarles ya nada comun para lo sucesivo, y de abolir mui pronto la práctica de ella en todo el mundo. Atiende ademas de esto, y no te apartes de este principio, á que no autoriza la persecucion [6], atiende, hijo mio, á que la religion verdadera, es intolerante por su naturaleza [b]; á que este ca-

[a] Citaré una persona á quien pasó lo mismo en circunstancias iguales: esta persona soy yo.

[b] „Una religion que crea permitidas todas las demas religiones, no es religion, sino una irrision del culto religioso, porque hace de la divinidad un idolo para el que es igual cualquier homenaje.”

„Solamente la religion verdadera tiene derecho de es-

racter que se reprocha á la religion cristiana, es lo que dá testimonio en su favor; á que la verdad es una, indivisible, y no puede conciliarse con lo que se le opone; á que si Dios ha hablado, quiere la suision á su palabra santa, y rechaza todo culto que no sea establecido por él, porque cualquier otro es indigno de él; á que como ya he observado contigo, no puede aprobar dos cultos contradictorios, que con solo esto se hallarán, al ménos para uno de los dos, en contradiccion con sus atributos [a].

¿Qué quieres á mas de esto, que la sociedad te permita? ¿El modo de pensar que mejor te convenga, y la libertad de creer solamente lo que quieras?

tablecerse por todas partes sobre las ruinas de la supersticion, porque solo ella trae consigo sus pruebas." (*Pensamientos teológicos de Jamain.*)

[a] „Dios es el mismo siempre y en todo lugar, es un espíritu de verdad. La verdad es pues la misma en todas partes, y Dios en todas partes la aprueba, como reprueba en todas partes la mentira y el error. No puede ser verdad en Turquía, que el Alcoran sea obra de Dios, y verdad en Francia que no lo es: el Evangelio no puede ser verdadero en Europa, y falso en Africa; ni el Papa ser en Roma vicario de Jesucristo y el anticristo en Génova. El Dios de verdad no puede pues querer, que en Turquía y en Génova se crea de un modo, y en Roma y Francia se crea del contrario.

„Dios es un espíritu de santidad y de sabiduria, no puede por lo mismo aprobar el vicio y las locuras del espíritu humano. Pero si Dios aprobara todas las religiones, querria que yo viviese como idólatra entre los idólatras, como pagano entre los paganos, que honrase á Jupiter y á Venus, con ceremonias impúdicas, y con bacanales infames como aquellos pueblos. Pensar de esta manera es ya no conocer á Dios. El ateismo, bajo cierto respeto, es algo ménos horroroso, que semejante sistema." *Veanse los pensamientos sobre las mas importantes verdades de la Religion, por Humbert, cap. 113.*

¡Ah! no es esto solo lo que el incrédulo pide; tendrá esta libertad sin que se le otorgue; y ¡quién podrá quitársela, sino aquel que lee en el fondo del corazon, y que, como fuente única de toda verdad, juzgue con arreglo á ella nuestros sentimientos y nuestras opiniones? Pretende que se le deje conducir á los demas segun sus propios principios, amoldarlos á sus gustos y á sus intereses, á su modo de ver y de pensar; dogmatizar en los corrillos; filosofar á su anchura en sus escritos peligrosos; pervertir la fe de los sencillos; volver problemáticas las verdades mas importantes; minar los simientos de la moral bajo pretexto de destruir el imperio de las preocupaciones; y darse solo él como el sábio por excelencia y la luz del linage humano. Mas ved aquí, lo que por dicha de los hombres, hijo mio, nunca se ha de tolerar [a].

Ah! una especie de tolerancia fué necesaria para la tranquilidad de los Estados, la cual ofrece mil dificultades, segun lo enseña la experiencia y el hecho mismo [7]; en cualquiera sociedad por poca virtud que le quedase, no se tolerarian opiniones semejantes á las de nuestros sábios.

Tengo buen concepto de la tuya, querido Valmont, para creer que te obstinases en repeler una ley amable y santa, única que puede darte quietud y felicidad. Al ménos no creeria, que tan esclavizado estuvieras á las preocupaciones que te has formado contra ella, para negarte á practicar un exámen mas serio de sus pruebas. He dichote lo bastante para infundirte el deseo de que sea verdadera, y de que Dios mismo te diese semejante guia. He hecho mas: he acudido á socorrer tu debilidad, he quitado el obstáculo que tus pasiones podian poner á la religion, demostrándote que tu propia razon bastará para condenarlas; que la ley natural no las favorece mas que la ley evangélica,

[a] „Los nuevos filósofos predicán la tolerancia, y no quieren tolerar la religion de su propio pais. ¡Qué inconsecuencias!" (*Pensamientos teológicos.*)

y que antes bien aquella te ministra ménos auxilios para vencerlas. Tu mismo lo confiesas, hijo mío; ellas causan tu desgracia y la de Emilia; teme que sean tambien la causa principal de tu ceguera, comiensa por lo ménos á sentir el riesgo y la vergüenza de las cadenas que te hacen arrastrar. ¡Alma noble y generosa, ó nacida para serlo! arroja esas cadenas: indignate de tu esclavitud: dirige otra vez tus miradas al cielo: pídele la fuerza que en tí mismo no puedes hallar: busca la en el desprendimiento y en la fuga, si pueden verificarse, pues que huyendo del objeto que se ama, mas bien que combatiendo el amor, se puede triunfar de los atractivos que la pasión ofrece para seducirnos. Lleva si es posible á la investigacion de la verdad, una alma mas libre y ménos comprometida, y la verdad cediendo á tus primeros esfuerzos, te volverá la paz volviéndote la luz.

NOTAS.

PÁG. 31.

[1] *El Dios de la verdad no falta.* Cuando la luz evangélica, llamada por aquel grito interior, si puedo explicarme así, de una alma verídica y fiel que sentía sus necesidades, fue llevada á pueblos salvajes y bárbaros (dos veces ha estado en las Indias, como lo atestiguan las tradiciones de aquellos pueblos, y como lo admiten sin dificultad algunos de nuestros filósofos), no ha sido llevada por el ministerio de los Angeles, tan indeciblemente ridiculizados en nuestros dias: ha sido por el ministerio de los hombres. ¡Cuántos recursos desconocidos para nosotros, quedan aun al Omnipotente para lavar en un bautismo de deseo la culpa de una alma, medio instruida sí, pero recta y verdaderamente digna de agradarle por su rectitud! ¿Lo que antes de la venida de Jesucristo, aunque siempre por su gracia y en consideracion á sus méritos, era suficiente, no lo será después que Jesucristo nos ha sido enviado? ¡Y el beneficio inestimable de la redencion habia de hacer hoy ménos ventajosa que antes la condicion humana?

PÁG. 36.

[2] *Beneficencia, humanidad, bellos nombres.* Esta palabra humanidad no me engaña poco; y la oigo repetir por tantos bribones, que los creo de concierto en hacerla admitir. Algun interes llevan en hacerla de moda; es un velo horroroso á la par que cómodo, con que tapan la nulidad de sus sentimientos, y que deja un buen exterior á su codicia. He visto pocas gentes de estas que se preconizan sin cesar, que tengan mas ternura para los desgraciados, que se manifiesten en la necesidad amigos mas fervorosos, que sean mas generosos ó mas compasivos, que den á los beneficios algo ménos de importancia, que denoten mas indulgencia para con los defectos ajenos, que consuelen el mérito, que busquen los medios de hacerlo, en una palabra, que se vuelvan mejores ciudadanos; y hablando la verdad como la creo, sospecho que estos tales aman al género humano, pero para no amar á nadie." (*Los filósofos, Comedia.*)

El antiguo Cura de San Sulpicio, decia, hace algunos años en una junta de caridad: „Sabeis, Señoras mías, que tenemos muchos pobres en esta parroquia. Dia con dia escucho que se habla de filosofía y humanidad; pero no son los filósofos quienes alivian á nuestros pobres; son las almas piadosas y verdaderamente cristianas.”

Sin embargo, si hubo una especie de beneficencia que se volvía de moda, como parece que sucedió en época muy próxima, demos gracias al cielo: entonces estaba de moda una buena cosa. La desgracia es que con mucho fasto y ostentacion, no dura; y aunque durase, ¡supliria jamás á la caridad?

PÁG. 36.

[3] *Sino la presuncion mas vana y las mas vergonzosas flaquezas.* Rousseau hace que su Julia emita esta confesion en favor de la religion que al fin toma por guía. „Yo amaba desde mi infancia la virtud, y he cultivado mi razon en todos tiempos. Quise gobernar me con sentimiento y luces, y me conduje mal. Antes de quitarme el guia que excoji, dadme algun otro con que poder contar. Mi buen amigo, siempre hay orgullo, hagase lo que se quiera: este es el que os educa; y este es el que me numilla. Creo valer tanto como otra, y otras mil han vivido mas cuerdamente que yo. ¿Tenian por ventura socorros que yo no tenia? ¿Por qué sintiéndome bien nacida, me fue menester esconder mi vida? ¿Por qué aborrecia yo el mal que á mí pesa hacia? Solo conocia mi fuerza; ella no pudo bastarme. Creo haber opues-

to, toda la resistencia que una puede sacar de sí; y siempre he sucumbido: ¿cómo hacen aquellas que resisten? Ellas tienen un apoyo mejor." Y en otro pasaje: „Entrad al fondo de vuestra conciencia, y buscad allí algun principio olvidado que sirviera mejor para ordenar todas vuestras acciones, enlazarlas con mayor solidez entre sí, y con un objeto comun. Creedme; no es bastante que la virtud sea la basa de vuestra conducta, sino sentais tambien esta basa sobre un simiento inalterable. Acordaos de aquellos Indios, que hacen descansar el mundo sobre una tortuga; y cuando se les pregunta en que se para la tortuga, no saben que decir."

PÁG. 38.

[4] *La ley natural sola ve al adúltero cual monstruo que horroriza*. „No solo el interes de los esposos, mas tambien la causa comun de todos los hombres, exige que no se altere la pureza del matrimonio. Siempre que se unen dos esposos por un vínculo solemne, interviene tácitamente una obligacion de toda la especie humana de respetar este vínculo sagrado, de honrar en ellos la union conyugal: y esto es á mi entender, una razon muy fuerte contra los matrimonios clandestinos, que por no presentar ningun signo de esta union, arriesgan á corazones inocentes á encenderse en un fuego adúltero. El público es en cierto modo garante de una convencion que ha pasado en su presencia; y se puede decir que el honor de una muger pudorosa, está bajo la proteccion de todas las personas honradas. Asi, quien se atreve á corromperla, peca en primer lugar haciéndola pecar, y participando siempre de los crímenes que hace cometer; peca tambien el mismo directamente, porque viola la fé pública y sagrada del matrimonio, sin la que nada puede subsistir en el órden legitimo de las cosas humanas. . . Habrá en el mundo un hombre honrado que no se horrorize de cambiar un niño por otro, como nutrizo? ¿Y el crimen es menor cambiándolo en el seno de su madre?" (Rousseau.)

¿Y qué responderia el adúltero infame que soborna á la muger de su prójimo, si se le preguntara como contemplaria á un hombre, acaso titulado amigo, que aprovechándose de la entrada libre que tiene en su casa, le usurpara el corazon de su muger, quitara el honor á su esposa y le diera hijos que no fueran suyos? ¿Qué responderia, si todavia le quedase algun sentimiento de honestidad? ¿Cuánto me agrada ver que el autor que acabo de citar toma por su cuenta los intereses de la virtud en un punto tan esencial al órden civil, tan respetable, y desgraciadamente tan poco respetado en nuestros días! Permítaseme copiar todo lo que dijo sobre esta materia.

„La rigidez de los deberes matrimoniales concernientes á los dos sexos, no es ni puede ser la misma. Cuando la muger se queja demasiado de la injusta desigualdad que el hombre introduce en ellos, hace mal; esta desigualdad no es una institucion humana, ó por lo ménos no es obra de la preocupacion, es de la razon. Aquel de los dos, á quien la naturaleza encargó el deposito de los hijos, debe responder de ellos al otro. Sin duda que no es lícito á ninguno quebrantar su fé; y todo marido infiel, que priva á su muger del único precio de los deberes austeros de su sexo, es un hombre injusto; pero la muger infiel hace mas: disuelve la familia, trosa todos los lazos de la naturaleza, dando al hombre hijos que no son suyos; hace traicion á unos y otros; á la infidelidad añade la perfidia. Tengo dificultad en hallar algun desórden y algun crimen, que no esté unido á este. Si hay una situacion horrorosa en el mundo, es la de un desgraciado padre, que sin confianza en su muger, no se atreve á entregarse á los afectos mas dulces de su corazon, que al abrazar á su hijo, duda si abraza al hijo ageno, al monumento de su deshonra, al usurpador de los bienes de sus propios hijos. ¿En qué se torna la familia, sino en una reunion de secretos enemigos, armados el uno contra el otro por una muger culpable, que les compele á fingir que se aman entre sí? Importa pues, no solamente que la muger sea fiel, sino que así sea reputada por su marido, por sus parientes, por todas las gentes; importa que sea modesta, circunspecta, recatada, y que así en su propia conciencia, como en la opinion de otro descansa el testimonio de su virtud. Si es importante que un padre ame á sus hijos, tambien lo es que aprecie á la madre de ellos. He aquí las razones que colocan el bien parecer en el número de las obligaciones de las mugeres, y les hacen el honor y la reputacion, no ménos indispensables que la castidad. De este principio dimana, á mas de la diferencia moral de ambos sexos, un motivo nuevo de obligacion y de conveniencia, que prescribe con especialidad á las mugeres atender con mas escrupulosidad á su conducta, á sus maneras, á su porte. Sostener con vaguedad que los dos sexos son iguales, y que tienen los mismos deberes, es perderse declamando vanamente; es no decir nada, mientras no se conteste á esto."

PÁG. 39.

[5] *Reprueba toda union clandestina, todo enlace pasajero, todo compromiso irregular*. „No sucitaré aquí la cuestion, se dijo en un artículo de la Enciclopedia, si el adulterio es un crimen, y si desfigura la sociedad. No hay persona que no sienta en su conciencia, que esta no es cuestion que se deba mover, á ménos que no afecte aturdirse con razo-

namientos que solo son sutilezas del amor propio. Pero hay una cuestion digna de ser discutida, y cuya solucion resuelve tambien la precedente, y es averiguar, quien de dos hace mas daño á la sociedad, si el que prostituye á la muger de otro, ó el que se dirige á una persona libre, y evita que se asegure el estado de los hijos con un contrato arreglado.

„Nosotros juzgamos con razon, y segun el sentimiento de todas las naciones, que el adulterio es, despues del homicidio, el mas punible de todos los crímenes, por que es el mas cruel de todos los robos, y un ultraje capaz de ocasionar las muertes y los excesos mas deplorables.

La otra especie de union ilegítima, comunmente no da lugar á los mismos escándalos que el adulterio. Los males que produce á la sociedad no son tan visibles, pero tampoco son ménos reales; y aunque con ménos grados de gravedad son acaso mucho mas grandes por sus consecuencias.

„El adulterio, á la verdad, es la union de dos corazones corrompidos y llenos de injusticia, que deberian ser objeto de horror el uno para el otro, en razon de que dos ladrones se aprecian tanto ménos cuanto se conocen mejor. El adulterio puede dañar con extremo á los hijos que de él proceden, porque es menester no aguardar para ellos, ni los efectos de la ternura maternal de parte de una muger que solo mira en ellos objetos de inquietud y reprecaciones de su infidelidad, ni vigilancia ninguna tocante á las costumbres de parte de una madre que no tiene moralidad y que perdió el gusto de la inocencia. Mas aunque estos sean grandes desórdenes mientras que el mal sea secreto, la sociedad sufre poco en apariencia: los hijos son alimentados, y reciben tambien una especie de educacion honesta. No sucede lo mismo con la union pasagera de las personas que no estan obligatoriamente unidas.

„Los placeres que Dios quiso poner en la sociedad conyugal, tienden á propagar el género humano; y el resultado corresponde á la institucion de la Providencia, cuando los placeres se someten á una regla: empero la ruina de la fecundidad y el oprobio de la sociedad, son consecuencias indefectibles de los enlaces irregulares. Son desde luego la ruina de la fecundidad. Las mugeres que no conocen obligaciones, aman poco la cualidad de madre, y se encuentran muy expuestas á ello: ó si llegan á ser madres, nada temen tanto como el fruto de su comercio. Con despecho se mira que nazcan aquellos hijos desgraciados; y como si no tuvieran derechos, se trata de impedir su nacimiento con remedios homicidas, ó se les mata luego que nacen ó se les aleja exponiéndolos. De este conjunto de niños dispersos á la ventura, se forma un populacho vil, sin educacion, sin patrimonio, sin industria. La suma libertad en que siempre vivieron, les deja necesariamente sin principios, sin regla y

sin recato. Muchas veces el despecho y la rabia se apoderan de ellos; y para vengarse del abandono en que viven, se dan á los excesos mas funestos.

„El ménos de los males que los amores ilegítimos pueden producir, es el de cubrir la tierra de ciudadanos desgraciados, que perecen sin poder emparentar por casamiento, que solo han causado mal á esta sociedad, ó que solo se les ha visto con desprecio.

„Nada es por tanto, mas contrario al acrecimiento y al reposo de la sociedad, que la doctrina y el celibato infames de esos falsos filósofos que el mundo escucha, y que nos hablan del bien de la sociedad, al mismo tiempo que arruinan efectivamente sus verdaderos fundamentos. Por otra parte, nada es tan saludable á un estado, como la doctrina y el celo de la Iglesia, pues que honrando el celibato solo pretende hacer á quienes lo abrazan, mas perfectos y mas útiles á los demas: ella es la que se aplica á inculcar á los grandes como á los pequeños la excelencia del matrimonio, fijando á todos en una union santa y honrosa; y la que por fin trabaja con inquietud en recoger, en alimentar, en educar á esos niños, que un filósofo muy bestial dejó abandonados.”

PÁG. 41.

[6] *No autoriza la persecucion.* El celo amargo y el espíritu de persecucion han hecho casi en todos tiempos mucho mal á los hombres. Son contrarios á la humanidad: por esta todos somos hermanos, todos somos susceptibles de error, y nos debemos sobrellevar: á la religion; esta es una ley de dulzura, de persuacion, de caridad y no de violencia y de barbaria; se horroriza del fanático cruel é insensato, que clava el puñal en el seno de sus prójimos, en honra de aquel Dios de bondad que vino para salvarnos: á la razon; por que si se admite una vez el derecho de perseguir á los que no piensan como nosotros, ¡cuánto no deben temer en todas partes los que piensan bien, ó que son los mas débiles! Tambien los antiguos padres de la Iglesia se quejaban de aquella intolerancia de los paganos, que llegó hasta querer compeler á los fieles á que ofrecieran sacrificios á sus falsas divinidades. Nuestra santa religion, decian, muy diferente de la vuestra, persuade y no compele á nadie. *Pia religiones, sed suadere.* ¡Pluguiese á Dios, que este lenguaje no se hubiese olvidado tan fácilmente! Pero no se infiere de estas reflexiones, ni que Dios tolera los falsos cultos, ni que los hombres deban permitir que se ataque un culto establecido sólidamente, racionalmente probado por las mas respetables autoridades, conveniente al orden y á la felicidad pública, para remplazarlo con sistemas impíos y máximas licenciosas

y depravadas. Restringir entonces, y castigar aun en los principios de muchos malcreyentes de nuestros días, no es propiamente lo que se llama perseguir.

PÁG. 43.

[7] Una especie de tolerancia fué necesaria para la tranquilidad de los Estados, la que ofrece mil dificultades, segun lo enseñan la experiencia y el hecho mismo. „En toda República bien ordenada, el primer cuidado debe ser establecer en ella la religion verdadera, no una falsa ó fabulosa, y no elegir para jefe, sino á quien haya sido educado en ella desde su infancia. El culto verdadero, es el apoyo de la República.” (Platon, lib. 2.º de la República, y lib. 4.º de las leyes.)

„No se debe permitir á nadie, segun el mismo filósofo, que tenga dioses particulares, que adore al Dios verdadero conforme á su capricho, ni que se forme una religion aparte.”

En efecto, la unidad de culto en un Estado, dice el autor de los pensamientos teológicos, es un centro en que se vienen á reunir todos sus miembros; mas la variedad de cultos, es un gérmen de discordia, que tarde ó temprano la produce.

Hay mucha diferencia, segun observa el autor de los tres siglos, entre los afectos que la caridad exige de todos los cristianos para con quienes están en el error, y las precauciones que la autoridad tiene obligación de tomar para evitar los trastornos. Toda secta débil reclama la tolerancia, y se vuelve intolerante cuando ha conseguido superioridad. Es la perla de la fábula, que pide suplicante un asilo para poner á sus chiquillos, y echa fuera al propitario luego que estos cachorros son bastante fuertes para sostener la usurpacion. Tal es la marcha de las pasiones humanas: tímidas y artificiosas en su nacimiento, muy pronto son injustas y tiránicas, por ménos apoyo que hallen.

„Es menester pues mirar como inconsecuencias las declamaciones de nuestros filósofos, que quieren que se toleren todos los modos de pensar, porque su primer interes está en ser tolerados. Se puede juzgar sin embargo de su tolerancia practica, por las maniobras que emplean contra quienes los atacan, ó no los aprecian. ¿Qué sería si fueran los mas fuertes?... Nada mas natural despues de esto, que concluir, que una tolerancia indiscreta, cual parece la pretenden para todas las sectas, es tan quimérica en la ejecucion como la paz universal del Abate Saint-Pierre. Examínense los gobiernos mas tolerantes de la Europa, y se verá si la conducta que observan respecto á los que toleran, puede llamarse verdaderamente una tolerancia. En Holanda, en Inglaterra, en Prusia, las religiones toleradas están en tal aba-

timiento y servidumbre, que no se diferencia mucho de la opresion.” (Tom. 1.º, art. Basnage de Beauvad.)

CARTA VIGECIMA NOVENA.

EL MARQUEZ DE VALMONT Á LA CONDESA.

Encantado estoy, hija mia, de la ingenuidad que predomina en el carácter de tu jóven amiga. Sus afectos hácia tí me interesan mas que nunca en su favor. Su amistad es, como ella dice, una passion; pero en un corazon como el suyo, esta passion es el entusiasmo de la virtud; ella no te ama tan ardentemente, sino porque te mira con los rasgos que halagan su amor al bien; su inclinacion hace honor á su razon. Es justo que te sea querida, y solo debes compadecerla por el efecto que ha producido en Valmont.

¿Qué escena tan interesante ha causado en ambas la sorpresa que él os dió! ¿de buena gana hubiera sido testigo secreto de vuestras mútuas espansiones! ellas habrian sido á mis ojos la expresion mas verdadera de la bondad del corazon, y el triunfo del sentimiento. ¿Por qué razon, el cuadro que nos presentan ya no es de este siglo, y hace tan gran contraste con nuestras costumbres!

No me admiro de que los días que han seguido á esa especie de reunion, hayan sido para vosotros, días mas serenos y mas puros; pero cuidado, hija mia, es una calma engañosa, á la que pueden seguirse muchas tempestades. Vosotros tres teneis un corazon excelente, sois jóvenes todavía y sin experiencia: creed á la mia, es el fruto de los años, y su lenguaje, dictado por mi afecto á vosotros, no ha tomado nada de las ideas sombrías de una triste y temerosa vejez. La passion de Valmont, está por algun tiempo reconcentrada, reprimida interiormente por la virtud y las lecciones de Senneville; por las que él mismo ha tomado; por una tierna compasion de los males de una esposa que no

y depravadas. Restringir entonces, y castigar aun en los principios de muchos malcreyentes de nuestros días, no es propiamente lo que se llama perseguir.

PÁG. 43.

[7] Una especie de tolerancia fué necesaria para la tranquilidad de los Estados, la que ofrece mil dificultades, segun lo enseñan la experiencia y el hecho mismo. „En toda República bien ordenada, el primer cuidado debe ser establecer en ella la religion verdadera, no una falsa ó fabulosa, y no elegir para jefe, sino á quien haya sido educado en ella desde su infancia. El culto verdadero, es el apoyo de la República.” (Platon, lib. 2.º de la República, y lib. 4.º de las leyes.)

„No se debe permitir á nadie, segun el mismo filósofo, que tenga dioses particulares, que adore al Dios verdadero conforme á su capricho, ni que se forme una religion aparte.”

En efecto, la unidad de culto en un Estado, dice el autor de los pensamientos teológicos, es un centro en que se vienen á reunir todos sus miembros; mas la variedad de cultos, es un gérmen de discordia, que tarde ó temprano la produce.

Hay mucha diferencia, segun observa el autor de los tres siglos, entre los afectos que la caridad exige de todos los cristianos para con quienes están en el error, y las precauciones que la autoridad tiene obligación de tomar para evitar los trastornos. Toda secta débil reclama la tolerancia, y se vuelve intolerante cuando ha conseguido superioridad. Es la perla de la fábula, que pide suplicante un asilo para poner á sus chiquillos, y echa fuera al propietario luego que estos cachorros son bastante fuertes para sostener la usurpacion. Tal es la marcha de las pasiones humanas: tímidas y artificiosas en su nacimiento, muy pronto son injustas y tiránicas, por ménos apoyo que hallen.

„Es menester pues mirar como inconsecuencias las declamaciones de nuestros filósofos, que quieren que se toleren todos los modos de pensar, porque su primer interes está en ser tolerados. Se puede juzgar sin embargo de su tolerancia practica, por las maniobras que emplean contra quienes los atacan, ó no los aprecian. ¿Qué sería si fueran los mas fuertes?... Nada mas natural despues de esto, que concluir, que una tolerancia indiscreta, cual parece la pretenden para todas las sectas, es tan quimérica en la ejecucion como la paz universal del Abate Saint-Pierre. Examínense los gobiernos mas tolerantes de la Europa, y se verá si la conducta que observan respecto á los que toleran, puede llamarse verdaderamente una tolerancia. En Holanda, en Inglaterra, en Prusia, las religiones toleradas están en tal aba-

timiento y servidumbre, que no se diferencia mucho de la opresion.” (Tom. 1.º, art. Basnage de Beauvad.)

CARTA VIGECIMA NOVENA.

EL MARQUEZ DE VALMONT Á LA CONDESA.

Encantado estoy, hija mia, de la ingenuidad que predomina en el carácter de tu jóven amiga. Sus afectos hácia tí me interesan mas que nunca en su favor. Su amistad es, como ella dice, una passion; pero en un corazon como el suyo, esta passion es el entusiasmo de la virtud; ella no te ama tan ardentemente, sino porque te mira con los rasgos que halagan su amor al bien; su inclinacion hace honor á su razon. Es justo que te sea querida, y solo debes compadecerla por el efecto que ha producido en Valmont.

¿Qué escena tan interesante ha causado en ambas la sorpresa que él os dió! ¡de buena gana hubiera sido testigo secreto de vuestras mútuas espansiones! ellas habrian sido á mis ojos la expresion mas verdadera de la bondad del corazon, y el triunfo del sentimiento. ¡Por qué razon, el cuadro que nos presentan ya no es de este siglo, y hace tan gran contraste con nuestras costumbres!

No me admiro de que los dias que han seguido á esa especie de reunion, hayan sido para vosotros, dias mas serenos y mas puros; pero cuidado, hija mia, es una calma engañosa, á la que pueden seguirse muchas tempestades. Vosotros tres teneis un corazon excelente, sois jóvenes todavía y sin experiencia: creed á la mia, es el fruto de los años, y su lenguaje, dictado por mi afecto á vosotros, no ha tomado nada de las ideas sombrías de una triste y temerosa vejez. La passion de Valmont, está por algun tiempo reconcentrada, reprimida interiormente por la virtud y las lecciones de Senneville; por las que él mismo ha tomado; por una tierna compasion de los males de una esposa que no

ha merecido su indiferencia por los principios de equidad, de virtud, que reviven en el fondo de su alma, y producen allí el clamor de la conciencia y la voz de los remordimientos; pero esta pasión no está extinguida, y la violencia que sufre no puede prolongarse mucho. El fuego existe y crece bajo la ceniza que le oculta de nuestra vista; pronto se descubrirá, y se manifestará mas ardiente que nunca. Es menester, á fin de apagarle totalmente, alejar el objeto que serviría para inflamarlo de nuevo. Mientras que Senneville permanezca con vosotros, á pesar suyo á pesar de mi hijo, las pasiones, los riesgos, la turbación y las alarmas permanecerán juntamente con ella. La separación será dura para todos vosotros; pero se ha hecho necesaria. Será el mal de un momento; sin esto, los tres quedais expuestos á males cuyo término no vereis.

Á tí corresponde, hija mia, por mas que cueste á tu adhesión á tu jóven amiga, por mas pesar que á ella misma le cueste, á tí corresponde prepararla para un sacrificio que la razon y la religion exigen igualmente. Conozco los medios de hacerlo agradable á Valmont, haciéndolo sumamente ventajoso para Senneville; y todo está dispuesto ya con Mr. d'Orval para un designio tan grande. Este amigo, mui ménos venerable todavía por su edad que por sus virtudes, me ha hecho concebir esperanzas que te he dejado entrever, pero en las cuales no has parado mucho tu atención: él se apresura á realizarlas; y por mas obscuridad que halles en ellas, permíteme dejarlo todo para su tiempo, con el fin de causarte el placer de la sorpresa. Ello servirá para templar el sentimiento mui vivo que te causa la separación de la Señorita de Senneville, y para hacértela ménos penosa.

Ahora, mi querida Emilia, quiero solamente ocuparme en esta carta, del encargo que me haces de ilustrarte, á la vez que á tu amiga, sobre un artículo mas interesante de lo que se cree, el de los espectáculos. Me complace en que tú misma me

ofrezcas la ocasión de añadir algunas reflexiones acerca de esta materia, á las que te hice formar tocante á las lecturas. Acuérdate que al escribirte como padre y como amigo, no pretendo conseguir en tu concepto el mérito de la novedad, ni en los pensamientos, ni en el modo de presentarlos; solo pretendo el de ser útil.

Pero ante todo, dime hija mia, ¿es á Emilia virtuosa y racional solamente, ó tambien á Emilia cristiana y prudente, á quien voy á hablar? Dichosamente para tu padre y para tí, no es difícil resolver la cuestión: escribo para aquella virtuosa y fiel Emilia, que mui léjos de separar aquellos dos títulos, está creída en que solo puede hallar virtud verdadera en la religion. Sea enhorabuena, voy pues á usar desde luego del lenguaje del cristianismo. Pero haré mas; te ayudaré despues á usar con los demás tan solo el idioma de la razon.

Como cristiana, hija mia, ¿crees que se pueden conciliar la escuela del mundo y la de Jesucristo, las máximas del teatro con la moral evangélica? Hay entre el espíritu que reina en la escena y el que ilumina y anima al verdadero fiel, tanta diferencia, como hay entre la luz y las tinieblas. Hacer morir en nosotros todo lo que tiende al mundo y á sus locas pasiones, es decir, hablando como el discípulo amado del mas santo y mas amable de todos los maestros, todo lo que lisongea en el hombre la concupiscencia de la carne, la de los ojos y el orgullo de la vida, ved aquí, el espíritu del cristianismo; fomentar en nuestra alma el apego al mundo y á sus desarregladas inclinaciones, ved aquí, si no todo el objeto, por lo ménos todo el fruto de nuestros espectáculos. En el Evangelio, Jesucristo anatematiza por todas partes al mundo: en el teatro, el mundo está donde quiera, en lo que se vé, en lo que se oye, y en el fondo de nuestro corazón; él es quien en la escena establece los usos, determina el bien parecer, dicta los sentimientos, dirige las afecciones, y pinta con sus colores los vicios y las virtudes; solo

él fija la regla de nuestras costumbres allí, juzga de ellas en último recurso, y cual monarca supremo legisla sobre ellas. Ahora bien; ¿tu pretendes formarte é instruirte al pie de la Cruz, en el Evangelio de Jesucristo crucificado por los hombres, ó por ventura en la escuela del mundo y de las pasiones? De dos maestros completamente opuestos, Jesucristo y el mundo, ¿a cual eliges? Si es el último, ¿que me quedará ya que decir hija mia? Me estremeceré; y el anatema pronunciado por tu Dios recaerá totalmente sobre tí [a]. ¿Y con qué cara, bajo que pretexto irías á ver en el teatro intrigas de amor, de ambicion, de venganza ó de odio, que con todo el arte peligroso que las acompaña no te atreverías á leer en las novelas? Cómo irías á escuchar allí máximas de galantería, falos principios de honor, lecciones de placer y de voluptuosidad, que te incomodarian en las conversaciones, y en ninguna parte podrias escuchar friamente teniendo religion. Ah! qué suplicio no sería tal espectáculo para el alma verdaderamente cristiana que entrase á él, que de él saliera igualmente fiel, si esta alma en presicion de entrar allí, pudiese ponerle algun cuidado.

Pero puede uno, me dirás, elegir solamente piezas santas; y en tal caso, ¿qué tendrán de incompatible con el espíritu del cristianismo? Todavía casi todo, mi querida Emilia, al ménos cuando las acompaña y las afea.

Solo tres á lo mas conozco yo, en que la moral y los caracteres nada tienen de reprehensible; y en las cuales, lo que hay mas puro, forma contraste con las costumbres de quienes las representan, se adultera en cierto modo por el juego de los actores, y se vuelve dañoso por las ideas que infunden.

„Tales asuntos, dice Madama de Sevigné, no con-

[a] No se debe olvidar que Mr. de Valmont, casi en toda esta carta escribe mas bien para la Señorita de Senneville, que para Emilia, cuyo modo de pensar conoce bastantemente.

„vienen á semejantes actores. Para cantar las desgracias de Sion, es menester personas inocentes, y almas virtuosas para ver con fruto su representación.” Por lo demas, estas piezas tan santas, ¿de qué otras piezas no van seguidas! y con el gusto que ellas inspiran por el teatro, ¿a cuales otros dramas conducieran en todo género [a]!

Ademas de esto, hija mia, sin mas discusion, tu eres hija de la Iglesia, y nacida por felicidad en su seno: si la Iglesia es tu madre, es quien te ha hecho nacer en Jesucristo; si este nombre tan tierno no es una palabra vana; si exige de tí el mismo respeto y la misma obediencia, que tu tendrás derecho de exigir de tus propios hijos, no te debe ser indiferente su lenguaje tocante á los espectáculos, y es deber tuyo consultar lo que ha mandado en materia tan interesante. ¿Qué ha pronunciado acerca de esto? El mismo anatema, que Jesucristo pronunció contra el mundo. En ningun siglo ha variado su lenguaje: en sus Concilios, por voz de sus soberanos Pontífices, por la boca de sus Doctores, por la predicacion diaria de sus ministros, por los vínculos de excomunion con que liga á los acto-

[a] „Se acaba de representar á *Polyeucte*: cambia el teatro, se representa la *Escuela de los maridos*; ¿hay una de amor conyugal? ¿Y esta sátira del matrimonio pondrá fin á los bellos sentimientos que la virtud de Paulina habia comenzado á inspirar? Acábase de representar á *Athalie*; he visto la casa del Señor, los libros de la Ley, las ceremonias de la consagracion de los reyes de Judá, tengo la cabeza llena de nuevas profecias, de las grandezas y del poder de Dios: todo esto me ha penetrado de un religioso terror y de un respeto profundo al Rey de los reyes: suenan los violines, aparece *George Dandin*; y en el mismo lugar en que estaba el templo de Jerusalem, veo la cita nocturna de un jóven con una muger casada. Yo quisiera saber, si los efectos de estos diferentes contrastes pueden redundar jamás en provecho de la religion y de la moralidad.”
(*Le Franc*, en su Carta á *Luis Racine*.)

res, por la infamia que sobre estos han echado las leyes de los principes poseidos del mismo espíritu que ella, por la creencia comun de los pueblos á quienes instruye, ¿no dice con una voz bastante fuerte para ser escuchada, que es pecar contra su espíritu y sus leyes [1], contra las leyes de la religion entera, concurrir á este género de espectáculos?

Si sus defensores alegan en su favor algunos ejemplos, si citan algunos textos, ¿quién no sabe que estos textos y estos ejemplos nada prueban en su favor? Hay espectáculos en el centro de la Iglesia romana, es verdad: pero solo el poder temporal los tolera, y en el mismo príncipe, la potestad eclesiástica restringe su duracion, los reduce á ciertos tiempos del año, disminuye á lo posible su peligro, de día en día los reforma, y diariamente los condena [2]. Hay en Roma lugares destinados por el poder público para las prostitutas, con el fin de marcarlas demasiado y de hacer ménos comunes los riesgos de la seducción: de que sean tolerados allí por una especie de necesidad, estos locales de prostitucion, [3] ¿se atreviera uno á inferir que está permitido allá el libertinage?

„Hombres que por su estado debieran prohibirse los espectáculos, asisten á ellos.” Pero esto solamente prueba que deshonoran su estado con su conducta, y que sus costumbres están en contradicción con sus principios [a].

„Algunos doctores particulares han dejado escapar expresiones favorables al teatro.” ¿Pero cómo? Hablando de los espectáculos considerados en su naturaleza, y haciendo abstraccion de los abusos que se introducen en ellos; permitiendo aquellos, en que ni el pudor ni la virtud cristiana pueden escuchar

[a] Todo el mundo sabe la respuesta que dió Bossuet á Luis XIV. „Hablabamos de los espectáculos, dijo este príncipe cuando le vió entrar: ¿qué pensais de ellos?—Señor, respondió el gran prelado, hay grandes ejemplos en pro, pero hay grandes autoridades en contra.”

ni mirar nada que los alarme; y anatematizando con textos formales todo teatro, toda concurrencia, que como nuestros locales de diversiones ordinarias, puede lastimar las buenas costumbres. [a]

No queda pues, mi querida hija, para una alma verdaderamente cristiana, ningun apoyo sólido para fundar el derecho y la libertad que se tomase de asistir á los espectáculos, aun en las circunstancias mas comunes: no es pues permitido á ella, ni acompañar, ni conducir allí á los demas: con solo su presencia contribuye al mal que allí se causa y sirve de ejemplo. Á medida que sus costumbres son mas puras, y que su piedad es mas edificante donde quiera, autoriza mas esto, y en aquellos lugares peligrosos y profanos, sirve para los débiles de un objeto de escándalo. Aun cuando se tratara tan solo de puras comedias, ¿contará por nada pertenecer al número de aquellos, que asistiendo á sus representaciones, dan á su alma el golpe mortal que la debe perder eternamente [4]? ¿Y habria espectáculos sino hubiera espectadores? Y lo que se hace para todo un público, no se hace particularmente para cada uno de quienes le componen?

„Mas no se pretende hacer de ellos una diversion cotidiana: irá uno al espectáculo de tarde en tarde, ó solo una vez para satisfacer su curiosidad.” ¡Ah hija mia! Si el espectáculo está prohibido para quien se gloria de ser hijo de la Iglesia, lo está aun para esta vez que quieres exceptuar. Si considerado en general, es malo en sí, no debe uno

[a] „Los sofismas, dice Mr. Gresset, las palabras sagradas y venerables de que se abusa para justificar la composicion de obras dramáticas y los peligros de los espectáculos, los pretendidos textos favorables, las anécdotas fabricadas, todo esto no es mas que ruido, y un ruido muy débil para quienes no rehusan escuchar las reclamaciones de la religion, y que conocen, que cuando uno se reduce á disputar con la conciencia, siempre sale mal.”

permitírselo ni una vez por curiosidad: porque ¿á donde llegaran las costumbres, si bajo este pretexto, fuera menester verlo y conocerlo todo? Por otra parte; ¿quién se puede asegurar, que aquello que de suyo es atractivo, no nos inspirará el deseo de verlo mas á menudo? ¿Y para qué crearse un deseo mas, que luego se reprimirá con pena, ó nos pondrá en el riesgo de sucumbir á él [5]?

„Mas uno necesita diversiones, y es permitido algunas veces solazarse.” Es verdad, hija mia; mas una alma verdaderamente cristiana, necesita solaces conformes al espíritu del cristianismo. No temas, que cual censor austero y reformador indiscreto, ose prohibirte, á pretexto de anunciarte la mortificación evangélica, todos los placeres que te son permitidos: pero es menester que lo sean; es menester que no comprometan, ni las costumbres ni la piedad; es menester que no inspiren gusto á los falsos placeres, ni amor á la frivolidad y al espíritu de disipacion; es menester que no nos hagan salir mucho de nosotros mismos, para apegarnos á ficciones vanas, para suscitar nos pasiones turbulentas, y para entregarnos á ímpetus, que la virtud y la razon reprueban casi siempre que no puede uno divertirse sin este género de placeres. Cuando San Luis creyó que debia desterrar de su reino los espectáculos, ¿no quedaba por ventura algun recreo para quienes lo necesitaban?

Pero sobre todo, una alma bella y sensible, ¿no halla en el seno de su familia, en la sociedad de amigos virtuosos como ella, en los tiernos ensanches de la confianza, en el gusto mismo de las letras y de las artes, placeres mas puros que se puede permitir? Ah! si es todavía mas bella y mas virtuosa, ¿no tiene un espectáculo bastante interesante que puede procurarse, cual es el de los infelices que sufren y son por ella consolados? ¿No hay lágrimas que derramar con mas dulzura, las de compasion hácia á los desgraciados á quienes visita y alivia? ¿No hay un empleo mas noble y mas importante que dar á sus riquezas, y es el de convec-

tirlas en obras que honran á la humanidad y á la caridad? ¿Qué delicioso espectáculo para ella, ver á un anciano decrepito, que á su vista reanima la fria y trémula senectud á que viene á servir de apoyo; el de una viuda falta de todo consejo y recurso, que le abre su corazon con cuanto libertad inspira la confianza, y á su presencia se deja llevar de aquellos arranques de alborozo de que fuere todavía susceptible; el de huérfanos abandonados, que acorren á su presencia para recibir sus tiernos cariños, volvérselos con demasia, y rosear sus manos con lágrimas arrancadas, ménos aun por la necesidad que por el reconocimiento! Ah! hija mia, estos son placeres verdaderamente dignos de tí.

Todo el que busca otros en el seno del mundo y de la vanidad, en medio de los placeres ruidosos y tumultuosos, en los juegos [6] en los círcos, en los bailes [7] y en el teatro, si todavía se dice cristiano, recuerde las fuentes sagradas en que se le regeneró. Allí es donde á su nombre se hizo la renuncia del mundo y de sus vanos entretenimientos; el sello de la religion aseguró estos votos solemnes; fueron escritos en el libro de la vida. En el gran dia, cuando este libro se abrirá para él, en el que será juzgado por lo que este contiene, en el que árbitro de su suerte le recuerde sus primeros compromisos, ¿todavía tendrá valor para decir que con permitirse estas diversiones profanas no ha violado sus promesas, y que cuanto ha visto y escuchado en estas concurrencias y en nuestros teatros, no desmentia para nada el espíritu del cristianismo?

„Mas vivimos, hija mia, en un siglo en que este lenguaje ya no es de moda, y en que solamente se suele atender á la sencilla razon. Pues bien, querida Emilia, raciocinemos si es menester, y que la sabiduría humana por su voz penetrante y persuasiva, desengañe á quienes la religion no hubiere podido desengañar. En primer lugar, hija mia, si se quiere discurrir por principios, juntar

lo útil y lo agradable, sazonar nuestros placeres con la sal de la sabiduría, y guardar circunspeccion en nuestros pasatiempos; si en último resultado se trata de la moralidad, se querrá sin duda sacrificar en su favor cuando ménos la comedia italiana, la ópera, y otros mil espectáculos ménos honestos y todavía mas peligrosos. El primero de los que acabo de nombrar, está bien lleno de equívocos, de fastidiosos juegos de palabras, de ademanes indecentes, de intrigas de criados, de representaciones bajas de las mas viles costumbres, de parodias vergonzosas hasta de la razon y del buen gusto, si hemos de creer sobre esto al tan conocido epigrafe que Santeuil hizo para tal espectáculo.

El teatro lírico, mas funesto todavía, solamente ofrece á el alma la embriaguez de los placeres vanos y los atractivos de la seduccion. En él es, donde la voluptuosidad entra por todos los sentidos; donde las artes concurren para embellecerlo; donde la poesía casi siempre solo compone sobre amor y sus delicias; donde la música solo hace oír los consentos de las mas vivas pasiones; donde el baile trasa á la vista ó trae á la memoria las imágenes mas terribles para un corazón casto; donde la pintura contribuye al encanto con sus decoraciones y sus prestigios; donde una especie de magia nos traslada al país de las Hadas, á Pafos, á Syterea, y nos hace respirar insensiblemente todo el daño del aire impuro que allá se absorbe. Allí todo nos conduce á esta sola máxima, á esta leccion única: *Ceded sin resistencia á los atractivos de la inclinacion.*

Allí es donde el alma, gradualmente afeminada, pierde toda su fuerza y todo su valor; decae uno, suspira, un fuego secreto se enciende y amenaza con la mas terrible quemazon, se llora por el vicio; olvídense las virtudes; y careciendo de toda reflexion, se reduce uno á la facultad de sentir; atado uno con cadenas vergonzosas que le parecen de flores, ni aun sabe indignarse de su debilidad. ¡Qué escuela para todos los ciudadanos y para to-

das las edades! [a] No hablaré de aquellos otros espectáculos que mas ó ménos participan de la naturaleza del que acabo de describir. Ah! hoy los hay de todos géneros. La risa, los juegos nacen atropeyadamente ante los pasos de la juventud: por todas partes, y á donde quiera que se dirija le tienden redes, pican su curiosidad con las perspectivas mas encantadoras, tientan sus gustos con las mas brillantes fiestas, engañan su inocencia con todos los atractivos de la voluptuosidad, con los placeres la disgustan de los deberes. Esta gran ciudad que yo he dejado y tu habitas, solo presenta la imagen de los antiguos Sybaritas; en medio de ella puede uno decir, puede uno mostrar á cada instante donde se hallan las diversiones, donde los vicios; trabajo costaría decir donde se hallan las virtudes y la moralidad. ¡Triste fruto de nuestros teatros!

Mas pasemos al espectáculo nacional por excelencia; al que sus apologistas reputan como el espectáculo de las buenas costumbres y de la verdad. Se obstinan mas en defender este, por ser el único que puede ofrecer armas á quien qui-

[a] No se trata de la ópera pintada feamente y ridiculizada con tan justo motivo por la pluma ingeniosa de un autor moderno, si de la ópera cual se ha visto y sentido por la muchedumbre que concurre á ella.

Un conocido mio se acordará siempre de que siendo mui jóven y casi niño, le premiaron por haber obtenido segundo lugar, con llevarle á la ópera que jamás habia visto. El primer efecto de este espectáculo sobre su alma, fué causarle una especie de delirio del que no se recobró en mucho tiempo. Nunca le pareció tan larga la comida: anhelaba por el momento en que pudiese á solas consigo mismo, reproducir todas las imágenes de que estaba lleno, todos los sentimientos de que estaba poseido. Pasábase una parte de la noche en estas agitaciones; y segun él confesó despues, nada cooperó tan temprana ni tan fuertemente á desarrollar las pasiones que le descarriaron tanto tiempo.

siere conciliar la diversion y la decencia, la utilidad y lo agradable.

En dos géneros está hoy dividida la escena francesa: la tragedia y la comedia, la última se divide ahora en mil especies diferentes. La tragedia, cuyos efectos son inspirar compasion y terror, y la comedia que tiene por objeto divertir con la pintura de lo ridículo.

Consideremos ambos géneros en lo que tienen de comun: por lo poco que digámos, se distinguirá fácilmente lo que es peculiar de cada uno de ellos.

El fin de este espectáculo, como de cualquiera otro propiamente llamado así, es interesar no solamente á ciertas personas, sino generalmente á todos los hombres. Se propone satisfacer el gusto del público, y no puede conseguirlo sin alhagar las pasiones. Y que pasiones! aquellas que los hombres universalmente hallan en sí, aquellas que afectan y conmueven demasiado á la muchedumbre. Concederé que su objeto segundo sea instruir; pero no se me negará que el primero es agrandar: y por desgracia, creo poder probar, que segun el modo que de ordinario se vé obligado á tomar, este primer objeto es nocivo al otro, y comunmente da un resultado enteramente opuesto.

¿Qué multitud es aquella á la que se quiere complacer, y que se procura interesar? Son hombres que ciertamente, por mas que se diga, solo asisten al espectáculo para ser divertidos, y que no pueden ser afectados cual desean, si en la pintura que allí se hace de las costumbres, no se cuida de no contrariar hasta cierto grado sus inclinaciones; si no se atienden ni se lisongean sus pasiones favoritas; si no se dá á los vicios con que estan mas connaturalizados un barniz de heroismo y de grandeza, que á sus ojos disminuya lo que tendrian de odioso un colorido mas verdadero y una imagen mas parecida. Son hombres en su mayor parte veleidosos y disipados, mucho mas susceptibles de impresiones nocivas y peligrosas, que de impresiones buenas y útiles: hombres á quienes

causara tedio y hostigaría una moral exacta y una razon severa, ó que no pueden sufrir su lenguaje á ménos que vaya templado con otro mas dulce, y trocado en máximas que se acomoden mejor á sus debilidades [8]. Son hombres que quieren ser conmovidos, agitados, exitados con fuego, á condicion siempre de no causarles remordimientos, de no infundirles terror y compasion de su propia miseria; sino solamente aficionándolos á ficciones vanas en las que la sombra que perciben pueda quitarles la memoria de la realidad; en que se les interese con el espectáculo de pasiones y desgracias que ni estén mui lejos ni mui cerca de ellos, y que puedan contemplar sin dar una mirada dolorosa y afflictiva sobre su propio corazon: á condicion vuelvo á decir, de que si se quiere hacerles reir con sus propias debilidades, sea no quitando á sus pasiones la especie de retribucion que mas les importa, sin dejar que sufra mucho su orgullo, y contrayéndose á la pintura de algunos vicios que todo el mundo aborrece, y cuidando mucho de que nadie se vaya á reconocer en ellos. Ved aquí, es menester convenir en ello, los hombres á quienes se procura interesar, á quienes se pretende divertir, y reduciéndonos á términos mas sencillos y verdaderos, ved aquí la poética de todos nuestros teatros.

¿Quienes son por otra parte, los que trabajan en el teatro? Generalmente son hombres mui poco ocupados de cosas esenciales y en estudios verdaderamente útiles; mui dados á cosas de puro agrado; mui llenos de pensamientos, de imágenes y de lecturas que mas alhagan sus pasiones; mui disipados en lo exterior, ávidos de los aplausos que se prodigan á talentos fútiles, y que solo debian concederse al mérito real; mui empeñados en acomodarse, al gusto de los espectadores, para quienes trabajan del modo mas adecuado á conseguir sus elogios, empleando toda su imaginacion en seducir la imaginacion de los demas, en vez de aplicarse á iluminar su razon, á fin de que su gusto mas ordinario manifestado mas en sus obras, no sea el gusto del vicio, mas bien que el de la virtud.

Vemos tambien en la mayoria de las piezas representadas, pasiones violentas ennoblecidas con arte; neceidades heroicas consagradas por viejos errores de fábulas ó de historias [a]; sentimientos bellos, que para decirlo bien, solamente son impetus extravagantes de ambicion y de venganza [b]; fantasmas de virtud que engañan con vanos coloridos de grandeza; personajes que por su caracter, su rango, sus opimones y sus hazañas, exitan en el fondo del alma ó lisongean aquellas inclinaciones viciosas de que proceden las mas funestas revoluciones en nosotros. Allí se ve que la pasión mas generalmente extendida y la mas temible, se levanta sobre la ruina de todas las virtudes, domina en casi todos los corazones, y funda los principales intereses [c]; allí se ven las debilidades y los crímenes que esta pasión trae consigo, disfrazados, pallados por el aire ingenioso de una moral tan falsa como seductora, justificados, autorizados con grandes ejemplos, presentados de un modo que los hace aparecer mas dignos de compasion que de censura y de aborrecimiento: allí se aprende á urdir las intrigas de amor, á emplear su lenguaje, á tomar sus pretextos, á repetir sus ex-

[a] Estas son expresiones de Voltaire.

[b] La Mothe: (*Reflexiones sobre la critica*.) Estas dos frases han sido añadidas al texto por el editor, asi como algunas otras que no siempre se ha tomado el trabajo de anotar.

[c] El mismo Voltaire, en la disertación que precede á su Semíramis, habla de este modo: „De cerca de cuatrocientas tragedias que se han dado al teatro desde que disfruta de alguna gloria en Francia, no hay diez ó doce de ellas, que no estén fundadas en una intriga de amor. Casi siempre es la misma pieza, el mismo nudo, formado por un zelo y un raptó, y desenlazado con un matrimonio..... Esto es una coqueteria perpetua.”

„Las mugeres, dijo en otra parte, que afean nuestros teatros, no quieren sufrir que se les hable de otra cosa que de amor.”

cusas [a]. Míranse allí aquellas otras pasiones mas ardientes y resgosas, aquellas pasiones que son secretos móviles del corazon humano y causan todas nuestras desgracias. El orgullo, el hipo de mandar, el resentimiento por injurias, toman un aire de nobleza y de dignidad, que parece asemejarlos á la grandeza de alma y al verdadero valor. Junto á ellas y á su luz, la bellaquería es una política sagaz y el arte de gobernar: el espíritu de facciones, es el carácter de una alma atrevida, nacida para reinar sobre sus semejantes; el desafío, una ley del honor; la venganza, un deber; el suicidio un derecho sobre la propia vida, desconocido solo de cobardes y flacos. Las grandes culpas son atribuidas allí casi todas al destino, y solamente los dioses son allí responsables del crimen de los hombres. Allí finalmente se acostumbra el espíritu á horrores en que jamás habria pensado; y estoy persuadido, de que un hombre acostumbrado á nuestros teatros, se admirará y se conmovirá ménos por un gran crimen, que una alma nueva que jamas vió sino la imágen penetrante de la virtud, ó la marca ligera del ridículo.

Se ven allí los caracteres viciosos adulterados á gusto del interes que se les quiere dar, haciendo ménos odiosos los grandes vicios, convertidos de escena en escena en cualidades brillantes. No se sabe allí si la virtud ó el vicio pierden ó ganan; todo se sacrifica al fuego de las pasiones. Solo se ven reinar allí hinchazon continua de ideas y de afectos; solo se oyen máximas falsas, junto á otras verdaderas [b];

[a] „Si los heroes de algunas piezas, sujetan el amor al deber, admirando su fuerza, el corazon se presta á su debilidad; aprende uno ménos á darse el valor de aquellos, que á ponerse en la situacion de haberlo necesitar. (*Rousseau*.)

[b] „Aborrezco, dijo en cierto lugar, el autor poco citado, las malas máximas, todavía mas que las malas acciones.” En seguida daba razon de esta opinion. „Las pasiones desarregladas inspiran malas acciones;

y cada uno adopta, según su gusto y su géneo, la que le conviene mejor [9]. La religion misma es tratada, principalmente hoy, con indecencia; los dioses, los altares, los oráculos, los prodigios, los sacerdotes, solo aparecen allí, para ser la materia de un paralelo cercano; presentándose solo para inducirnos artificiosamente á confundir el culto verdadero con cultos falsos, marcados allí con el sello del odio y del desprecio.

En las comedias, el criado aprende á engañar á su amo; la criada, á servir á la pasión de su señora; el hijo de familia, á burlarse de la confianza de su padre; la pupila, á sorprender la vigilancia de su tutor; la muger, á sacar partido de la credulidad de su marido. Todos aprenden allí las expresiones, los rodeos, los ardidés de la galantería y de la seducción, y los manejos de la coquetería [a]. En ella, casi siempre el hombre mas honrado es el mas ridículo, y toda la ventaja es para el mas bribon y mas astuto. En las piezas mas honestas, el mentir se tiene por nada: en las mas útiles, en las composiciones de caractéres, el efecto que se vé de ordinario, flaquea por la necesidad de recargar el caracter principal, para hacerle resaltar volviéndolo mas interesante. Muchas veces á pesar de sus flaquezas, de tal modo se le revisita de atractivos, y se le dejan tantos recursos, que mas bien quisiera uno el papel principal, que aquel que se le contrapone [10]. Por lo comun, si el fondo de la composicion es buena, los pormenores son peligrosos; y las lecciones mismas que serian útiles á unos, se hacen perjudiciales á otros, según

pero las malas máximas corrompen la razon misma, y no dejan ya recurso para convertirse al bien."

[a] „Estas no son imputaciones falsas, ni declamaciones vanas. Abrase á Molière, á Dancoret, Regnard &c, qué se halla casi donde quiera en ellos, si no semejantes lecciones! Cuando mas, nos corrijen quizas una flaqueza, y nos desenvuelven el gérmen de todos los vicios."

las circunstancias y las disposiciones de quienes las reciben [11].

Añade, hija mia, á cuanto acabo de decir los prestigios de la declamacion; ese lenguaje mudo, tan elocuente, tan persuasivo, tan seductor, que con un gesto habla á los ojos y penetra el corazon, da vivacidad á las pasiones, al sentimiento fuerza, vehemencia al discurso; que expresa en toda su energía los movimientos del alma, que aun el poeta solo trasó débilmente; que alucina con la falsedad de los pensamientos y de las máximas, y hace aplaudir la mentira, mas acaloradamente que se aplaudiera la verdad. Añade los atractivos, el encanto del espectáculo entero, el concurso brillante de una muchedumbre de personas de ambos sexos, que ostentan á porfía todos los refinamientos del arte y del adorno, que muestran todas las galas de la moda y todo el esplendor del lujo, que acuden para ver y ser vistas, que en sus ojos tienen todo el fuego de aquellas pasiones presentadas en la escena. Añade por último las ideas que inspiran los actores, las actrices, desgraciadamente muy conocidos á la mayor parte por la licencia de sus costumbres; envilecidos, por mas que se diga, por una preocupacion racional [12], por una conducta que es indudablemente mas bien el vicio de su profesion, que el de su corazon y de su espíritu; que envían, que irritan las pasiones con su sola presencia, y quitan á los sentidos y á la imaginacion el freno poderoso que al ménos les pone generalmente el caracter elevado del recato y del pudor que brilla en las almas honestas [a]. Reúne todos estos principios de corrupcion, hija mia, y juzga por ellos de los efectos que debe producir el teatro. ¡Qué

[a] Riccoboni, autor y actor juntamente, aquel hombre tan experto y tan distinguido en su arte, nos asegura que los sentimientos mas sanos en el papel, se corrompen pasando por la boca de los actores, y degeneran en criminales por las ideas que infunden hasta en el espectador mas indiferente.

efectos: dejense adulterar allí las primeras ideas de verdad, de inocencia y de virtud, que la educación había podido darnos. Crecen allí, y se fortifican las preocupaciones adquiridas en el comercio del mundo. Se trocan los modales decentes y naturales en ridículas afectaciones. Fórmase un espíritu romántico, una gerigonza de teatro, ó tambien un tono de fatuidad y de impertinencia, que hace á nuestros jóvenes intolerables para sus mismos compatriotas, y aborrecibles ó despreciables para los extranjeros. Con ellos aprende uno á desdeñar las costumbres antiguas, á menospreciar las ocupaciones serias, á desatender los deberes domésticos, á dejarse poseer del furor del canto, del baile y de los versos, á sufocar con gustos frívolos y habilidades fútiles, el dichoso gérmen de los talentos preciosos. El espíritu de disipacion, de lujo y de galantería, sustituyen al amor del recogimiento, de la sencillez y de la virtud. Se adquiere con ello el hábito de pensar con falsedad y con libertinaje; él atiza el fuego de las pasiones; en él se reciben ó se acrecientan las primeras impresiones del amor. La fuerza del interes, el calor de la opinion, el fuego de la accion, los adornos de la poesia, todo el conjunto del espectáculo nos conmueve y nos trasporta. Está uno enteramente en lo que vé y en lo que siente. Llénase uno y se penetra despacio de los mismos designios, de las mismas inclinaciones que manifiestan los personajes representados. Siéntese uno enterado; vierte lágrimas contra su voluntad, olvidase de todo; olvida uno su entendimiento y su propio corazon. Está uno embaucado, está uno seducido sin tener fuerza para volverse contra impresiones tan dulces y tan fuertes. Todo causa ilusion, y todo contribuye á mantenerla.

No siempre son tan sensibles los efectos del teatro: pero ¿en quien? En aquellos á quienes nada conmueve, á quienes nada afecta, cuyo espíritu lento y peroso comprende á medias los objetos, cuya razon predomina sobre la imaginacion y la adormece: mas estos se fastidian en el teatro; porque este

solo divierte á los que se interesan y apasionan por él. ¿Para quien son ménos sensibles sus efectos vuelvo á decir? Para aquellos cuyas pasiones ya están acostumbradas á emociones muy vivas; que están estragadas con los placeres; que nada sienten ya, por haber apurado toda clase de sentimiento y de deleite; que ya no reparan en los extravios de su espíritu y de su corazon, por el hábito que contrajeron de dejarse descarriar impune; y que se creen siempre inocentes, porque ya no saben distinguir lo que les hace culpables. Para aquellos, en una palabra, que consienten en todo, que con todo se divierten sin escrúpulo, y que arrastrados por cuanto les parece agradable, se entregan á cuantas impresiones en ello reciben, sin cuidarse de lo que pueden tener de criminal. Ved aquí quienes no sienten los efectos y los riesgos del teatro: porque ¡ay! ¿se siente toda la impetuosidad de un torrente cuando se deja libre su curso? Quitad al teatro todo lo que tiene de peligroso, todo lo que la virtud verdadera reprueba en él, y pronto dejará de tener para ellos los mismos atractivos.

Ademas de esto, hija mia, convendré, si se quiere, en que el teatro no produzca repentinamente sus efectos mas perniciosos; pero los prepara. No induce inmediatamente á urdir intrigas, pero las sugiere: no produce al punto derrotas y caidas, pero dispone secretamente al corazon, para que algun dia caiga lastimosamente.

¡Y en cuantos espectadores, obra el teatro efectos mas pronto y funestos! ¿Qué prueba mayor necesitamos de su influencia sobre las costumbres? Cabalmente á la salida de la comedia, de la opera, se va á tender redes á la juventud; puntualmente en las cercanias de nuestros teatros se alojan las prostitutas. Estas cuentan muy bien, ó con los efectos que aquellos producen, ó con la poca virtud de quienes van á buscar en ellos sus desahogos y sus placeres [a].

[a] No considero los teatros, ha dicho el mismo

¿Es menester añadir autoridades, á razones tan convincentes? Sirva la de los legisladores, la de los antiguos sábios de Grecia y Roma [13], quienes casi todos miraron los espectáculos como fuente de mil desórdenes; la de nuestros hombres de la corte, que conocieron mejor el juego de las pasiones y el corazón humano, de la Rochefoucault [a], de Bussy-Rabutin, del príncipe de Conti, que compuso un tratado expreso contra los espectáculos, la de un magistrado tan esclarecido como era el Canciller d'Aguesseau, que ha hecho sobre ellos observaciones tan interesantes; finalmente, la de nuestros géneos mas distinguidos, de nuestros mismos poetas, de Corneille, de Racine, de Quinault, de La Mothe [b], que se arrepintieron de haber trabajado para el teatro, y que despues de haber estudiado mui bien la ciencia de él, han sido los primeros en confesar sus peligros y su seduccion: tantas autoridades en todo género, darán ciertamente un nuevo peso á la razon. ¿Y quién se lisongeará de saber mejor que los maestros en el arte, cuales son los efectos que puede producir [14]?

¿Qué pretextos pues, hija mia, quedan á sus partidarios! Que desnaturalicea cuanto quieran nues-

Voltaire, como una ocupacion que aparte á las jóvenes de la prostitucion; está idea sería la de un cura ignorante. Hay mucho tiempo antes y despues de los espectáculos, para que se hiciera uso de estos pocos momentos consagrados á placeres fugitivos y seguídos inmediatamente del disgusto." (*Micelanea de literatura.*)

[a] „Todas las grandes diversiones, dijo al Duque „de la Rochefoucault son peligrosas: sale uno del teatro con el corazón tan lleno de todas las dulzuras del „amor, y con el espíritu tan persuadido de su inocencia, que está uno preparado para recibir sus primeras „impresiones, ó mas bien para buscar ocasion de causarlas en el corazón de algúno, para recibir los mismos „placeres y los mismos sacrificios que uno ha visto „tan perfectamente representados en el teatro.”

[b] Veanse en las notas sus pesares y los de Le Franc, de Gresset, de Riccoboni etc.

tros teatros, que los consideren abstractamente cuales deberían ser, cuales quisieramos que fuesen, no persuadieran á ninguna persona de prudencia y moralidad, que siendo como son, se les puede ver y frecuentar sin riesgo y sin pecado.

¿Cuántos padres débiles, madres imprudentes, maestros y directores indignos de serlo, se hacen efectivamente culpables, llevando á sus hijos y á sus discípulos á ellos, brindándoles ellos mismos la copa envenenada del placer y del deleite! Ah! sin esto, ¿no la beberán bastante temprano? ¿sus pasiones no se despertarán por sí mismas? ¿es necesario hacerlas nacer anticipadamente ó irritarlas?

Ó hija mia! mas ilustrada en tus deberes y mejor dispuesta á cumplirlos, mas instruida de los peligros del teatro, á fé mia que tu no irás á buscar en él un desahogo vano, ni conducirás allí á la Señorita de Senneville; ni correrás el riesgo demasiado real de extraviar allí su juventud; jamás llevarás allí á tus hijos; no habrás de ser su madre para coadyuvar á pervertirlos. El teatro no es la escuela de las costumbres; y aunque parezca serlo en cierta manera, los auxilios que ofrece á la virtud son mui insuficientes, y los motivos que le presenta son mui inferiores á ella. Si es la escuela del gusto, á lo sumo lo es de un gusto frívolo, que divierte el espíritu perjudicando á la razon. No conocerás gusto puro y sólido, ni discernimiento exquisito, que no sea el de la virtud; y siempre crearás que el arte de pensar bien, está unido al arte de buen vivir.

No olvides, hija mia, la facilidad con que nuestras ideas toman el tinte de cuanto nos rodea, y cuan ligadas están á nuestras primeras ideas nuestras primeras inclinaciones. Has pues de modo que tus hijos, que cuantos dependieren de tí, principalmente siendo todavía de tierna edad, nada vean ni oigan que no les de idea de la verdad y del amor al bien, sin mezcla ninguna.

Respecto de tí, mi querida Emilia, si tu marido redobla para en adelante sus instancias mas vivas en favor de los espectáculos, oponle las armas tan

poterosas que la naturaleza misma ofrece á tu sexo, cuando quiere hacer uso de ellas: redobla tus complacencias y las muestras de tu adhesion: hasle ver que tu corazon mismo no podria consentir en desviarse del amor que le tienes, por diversiones que imperceptiblemente tienden á alterarle, y que si se resiste á esto constantemente, es para conservarse siempre puro y fiel [15].

NOTAS.

PÁG. 56.

[1] *Que es pecar contra su espíritu y sus leyes.* „La distincion que algunos hacen de cómicos Franceses e Italianos, es mirada como irrision por las gentes sensatas e instruidas. Al contrario, es menester atenderse al principio incontestable, de que no se introduzcan distinciones, donde las leyes del reino y de la Iglesia no distinguen.” (Coleccion de decisiones de jurisprudencia, por Denisart, en la palabra cómico.)

Se pueden consultar sobre todo esto las *Máximas y reflexiones sobre la comedia*, por Bossuet, el *Tratado de la comedia*, que se halla en el tomo 3.º de los *Ensayos de moral* por Nicole, y sus *Pensamientos sobre los espectáculos*, que están en el tomo 5.º; el *Tratado de la comedia y de los espectáculos*, del Principe de Conti; una excelente obra de Despres de Boissi, abogado del parlamento, titulada: *Cartas sobre los espectáculos* de las que se hace mucho uso en estas notas; una coleccion de disertaciones sobre esta materia, compuestas por el padre Consina á instancias de Benedicto XIV. Este mismo Pontifice, dió en 1.º de Enero de 1748, una declaracion auténtica, en la que protestó que a su pesar toleraba los espectáculos.

PÁG. 56.

[2] *Y diariamente los condena.* „No por negligencia, ni por relaciones, decia el Papa Gelacio, han usado nuestros predecesores de tolerancia para con ese escándalo, que yo espero abolir. Estoy persuadido de que han hecho las tentativas mas sinceras para destruirlo, y que siempre fueron frustradas sus buenas intenciones.”

PÁG. 56.

[3] *De que sean tolerados allí por una especie de necesidad estos lugares de prostitucion.* Necesidad verdadera ó pretendida: porque yo creo, que cualesquiera que fuesen las autoridades empleadas para este asunto, leyes mejores formarían otras costumbres; y sería posible sin duda, que unos príncipes virtuosos hicieran desaparecer y extirparan en los Estados que profesan el cristianismo, lo que no se conocia ni aun en los bellos dias de Roma pagana. Hasta 1738, no se habia llegado á ver ni una prostituta en una de nuestras ciudades mas distinguidas por su poblacion y su comercio; las mugeres honradas estaban en ella con mas seguridad: una desgraciada, venida de otra ciudad en aquel mismo año, dió como la señal de la prostitucion y del libertinaje; ahora la, ciudad de que hablo está llena de ellas.

PÁG. 57.

[4] *Dan á su alma el golpe mortal que la debe perder eternamente.* El Abate Clement refiere este bello rasgo de Madama Henriqueta de Francia.

„Ella decia un dia á una persona á quien honraba con alguna confianza, que no concebía como se pudiese gustar algun placer en las representaciones del teatro, que para ella era un suplicio verdadero. La persona que la oyó hablar así, no pudo ménos que admirarse, y se tomó la libertad de preguntarle la razon. Os confieso, respondió la princesa, que por contenta que esté cuando voy á la comedia, luego que veo aparecer en la escena los primeros actores, caigo de súbito en la mas profunda tristeza: ved aquí, me digo á mi misma, hombres que se condenan con proposito deliberado por divertirme. Esta reflexion me ocupa y enteramente me absorbe mientras dura el espectáculo: ¿qué placer puedo sentir en esto? (*Máximas para conducirse cristianamente en el mundo.*)

Si la reflexion de Madama Henriqueta es verdadera, nada hay mas natural ni mas justo que el sentimiento que tan vivamente la afectaba, cuando estaba precisada á concurrir al teatro, y esta reflexion es toda verdad para cualquiera que tenga religion.

PÁG. 58.

[5] *O nos pondrá en el riesgo de sucumbir á él? ; Cuantos hay que pretendieron ir una sola vez, ó por curiosidad,*

ó por condescendencia, y fueron de tal modo y tan repentinamente seducidos por el teatro, que se volvieron sus partidarios mas celosos, y sus mas solícitos espectadores!

„Testigo Alypio, primer discípulo y despues amigo de San Agustin. Estudiando derecho en Roma, algunos de sus condiscipulos le propusieron un dia que fuese con ellos al anfiteatro. Alypio en otro tiempo habia amado apasionadamente los espectáculos; y San Agustin siendo su maestro en Cartago le habia curado de esta pasion. Alypio se creia disgustado de ellos para siempre: resiste á las invitaciones, á los ruegos, á las instancias urgentes de sus amigos, mas estos le llevan por fuerza. „Es vano, les dice, que me hagais violencia; vosotros podeis hacerla á mi cuerpo, pero nada podeis sobre mi espíritu; en medio de vosotros, en el anfiteatro, estaré en mi gabinete con mis libros.” En efecto, Alypio cerró constantemente los ojos mientras duró el espectáculo; y en vez de tomar parte ninguna en él, solo se ocupó de sus reflexiones. Mas de repente un clamor extraordinario irió sus oidos y excitó su curiosidad, abrió los ojos: apenas vió el espectáculo, quando se sintió interesado por él; arrebatado, sacalo fuera de sí, mezcla sus gritos y sus aplausos á los de los otros espectadores, y sale por fin mas poseido que nunca del amor al teatro.” (*El Abate Clement, en el lugar citado.*)

PÁG. 59.

[6] *En los juegos, &c.* Puesto que aquí se trata de todas las especies de placeres que la religion condena, quanto se podría decir de esa manía del juego, tan comun en nuestros dias, que indistintamente hace entrar y comer en la misma mesa al príncipe y al vagabundo, a la duquesa y á la prostituta, al hombre honrado y al pícaro; que hace que los unos arriesguen la pérdida del honor y de la provida, los otros la pérdida del pudor y de la inocencia, y todos la pérdida del tiempo y de la fortuna: que hace aventurar en una carta lo que hubiera bastado para la dicha de veinte familias; y que á veces reduce á la mas espantosa indigencia, á las que entre no-otros eran mas distinguidas y opulentas!

PÁG. 59.

[7] *En circos, en bailes.* Lo que se dice aquí de los espectáculos, se debe decir con mucha mayor razon de los bailes que no son menos peligrosos. Un autor dramático muy conocido, (*Mr. de Boissi, Talentos á la moda*), en el teatro italiano, y con motivo de los bailes, hace decir

á uno de sus personajes, por otra parte muy aficionado á toda clase de placeres.

„Las mugeres, sin guardar el menor miramiento, dirigen á los hombres, con cabriolas y brincos, con perneadas y saltos. ¡Oh siglo! Oh tiempos! Oh costumbres! Que indecencia!”

El célebre Bussy-Rbutin, de la Academia Francesa, aquel famoso cortesano cuyo testimonio no será sospechoso para las gentes de mundo, escribia sobre este mismo asunto á Mr. de la Roquette, Obispo de Autun, una carta que no será inoportuno transcribir aqui.

„He leído, señor mio, el dictámen sobre los bailes, que me enviasteis; y pues que deseais saber lo que pienso de él, os diré, que jamás he dudado que fuesen peligrosos. No solamente mi razon, mas tambien mi experiencia me lo han hecho creer así; aunque sea muy respetable el testimonio de los padres de la Iglesia, tengo para mí que en esta materia debe ser de mayor peso el de un cortesano sincero. Bien sé que hay personas que corren menos peligro en estos lugares que otras: apesar de esto los temperamentos mas frios se acaloran allí; y aquellos que son bastante helados para no ser conmovidos allí, como que ningun placer tienen, tampoco concurren. Así, ni es menester prohibirlos; ellos se lo prohiben á sí mismos. Quando no se tiene placer en esto, los cuidados de adornarse y las desveladas cansan; y aunque no haya placer, hay ciertamente un gran riesgo de ofender á Dios. Estas concurrencias ordinariamente se componen de personas jóvenes, que dificilmente resisten las tentaciones en la soledad y muchísimo menos en estos lugares, en que los bellos objetos, las luces, la música, y la agitacion de bailar encenderian á los anacoretas. Las personas ancianas, que pudieran hallarse en los bailes, independientemente de su conciencia, serian ridiculas concurrendo allí; y los jóvenes, á quienes la condescendencia lo permite, no podian hacerlo sin exponerse á muy grandes peligros. Así pues, soy de sentir que quando uno es cristiano es menester no ir á baile, y creo que los directores llenarian su deber, exigiendo que no asistiesen á ellos las personas cuyas conciencias dirigen.” (*Vease el tomo 4.º de la Coleccion de las cartas de Bussy, edicion de Amsterdam, 1738.*)

[*] *La indecencia es hoy mayor que nunca por la naturaleza de esos bailes nuevos, de esos alemandus, que á juicio de los menos prevenidos, hacen sonrojar el pudor y debieran desconsertar la virtud menos severa. Con todo, en esta clase de bailes se forma la edad mas tierna; y ahora tenemos casi en todas partes los bailes de los niños.*

[8] *Trocado en máximas que se acomoden mejor á sus debilidades.* „Tambien el hábil poeta, el poeta, que procurando agradar al pueblo y á los hombres vulgares, sabe el arte de conseguirlo, se guarda bien de presentar la imágen sublime de un corazón dueño de sí, que solo escucha la voz de la sabiduría; antes bien complace á los espectadores con caracteres siempre contradictorios, que quieren y no quieren; que hacen resonar el teatro con gritos y gemidos; que nos obligan á compadecerlos aun cuando están cumpliendo su deber, y á pensar que la virtud es cosa muy triste, pues que hace tan miserables á sus amigos. Pues este medio, con imitaciones mas fáciles y mas diversas, el poeta conmueve y halaga demasiado á los espectadores.

„Este hábito de someter á sus pasiones á las gentes que se nos hace amar, altera y cambia de tal modo nuestros juicios acerca de las cosas laudables, que nos acostumbramos á honrar la flaqueza de alma bajo el nombre de sensibilidad; y á tratar de hombre duro y sin sentimientos á quienes la severidad del deber sobrepone en todas ocasiones á las afecciones naturales. Por el contrario, apreciamos como personas de buena índole aquellas que afectadas vivamente de todo, son el eterno juguete de los acontecimientos, aquellas que lloran como mugeres la pérdida de lo que les fué querido, aquellas á quienes una amistad desordenada induce á cometer injusticias por servir á sus amigos, aquellas que no conocen mas reglas, que la inclinacion ciega de su corazón, aquellas que siempre alabadas de mugeriles, no tienen otras virtudes que sus pasiones, ni otro método que su flaqueza. Así, la igualdad, la fuerza, la constancia, el amor de la justicia, el imperio de la razón, insensiblemente se vuelven cualidades aborrecibles, vicios que se denigran. Los hombres se hacen honrar con cuanto los hace dignos de desprecio; y ese trastorno de las sanas opiniones, es el efecto infalible de las lecciones que se van á recibir en el teatro.” (Rousseau.)

[9] *Y cada uno adopta, segun su gusto y su génio, la que le conviene mejor.* Es muy necesario que tengamos sobre esto la misma delicadeza que los Atenienses tenían en tiempo de Eurípides. Este poeta habia puesto en boca de Bellerophon un elogio magnífico de las riquezas, que terminaba con estas palabras: „Son las riquezas el soberano bien del linage humano; y con razón exitan la admiracion

de los Dioses y de los hombres.” Todos los espectadores dieron una señal de reprobacion; y se hubiera lanzado al cómico, si Eurípides no hubiese venido á suplicar á la concurrencia, que aguardara el fin de la pieza, en que el admirador de las riquezas recibia el castigo merecido.

El mismo Eurípides estuvo á punto de ser citado ante los magistrados con motivo de aquella respuesta que hace dar á Hipólito: „Mi lengua ha pronunciado el juramento, mas mi corazón no ha consentido en él.”

En general, es bueno observar que los antiguos sabian mucho mejor que nosotros aprovecharse de los espectáculos. Los ligaban en cierto modo al sistema de la legislacion; ordinariamente los hacian servir para confortar la moralidad, el espíritu nacional y la religion. Los poetas y los filósofos, en el siglo en que estamos, las mas veces los emplean para destruirlos.

D'Arnaud, en su discurso preliminar sobre el Conde de Comminge, y con motivo de un espectáculo mas peligroso todavía y mas licencioso que todos los demas, hace una reflexion que merece toda la atencion del poder público. „Los hombres ilustrados, que conocen el poder de lo fisico, no podrian ser muy cuidadosos en elegir los objetos que los rodean, y las impresiones que reciben. Las almas conmovidas con imágenes nobles y tiernas de virtud, de humanidad, de amor á los deberes, estarán seguramente mas preparadas á las buenas acciones, que aquellos espíritus alimentados con fuegos incipientes, y dedicados á la frivolidad y á triviales bufonadas. Cuando los Atenienses resistieron las fuerzas del gran rey, no concurrían á escuchar músicos (6 poetas) afeminados; iban á inflamar su valor á la representacion de los dramas inmortales de Sófocles y de Eurípides.

[10] *Que mas bien quisiera uno el papel principal, que aquel que se le contrapone.* Tal es lo que se experimenta en cierto modo en el Misántropo, tanto como en el Glorioso, esta pieza de caracteres y sentimental, por la que, mas que por ninguna otra, se sentiria uno inclinado á favorecer el teatro, si no presentara tantos inconvenientes á la vez: allí se ofrece el Glorioso tan grande bajo ciertos aspectos, luego que se presenta en escena; tiene su papel tan nobleza y magestad, pero de magestad falsa que sin embargo lisonjea nuestro loco orgullo; sobresale tanto su afable rival, y triunfa de él tan perfectamente, que por poco inficionado que uno esté del mismo vicio, quisiera mejor, ser como apatece el Conde de Turfière, que ser el muy honesto, muy ridículo y muy desgraciado Philinte. En una pieza tan bella

cuantas otras cosas hay que reprender acerca de las costumbres!

Se vería uno tentado de analizar aquí nuestras mas bellas piezas, así tragedias como comedias, si fuera permitido formar una disertacion en una simple nota: y me atrevo á creer, que á excepcion de Esther y Atalia, que no fueron compuestas para nuestro teatro, hubiera sido fácil probar que no hay tal vez ninguna en la que se gane mas que perderse con respecto á la moral.

Rousseau ha realizado con mucha exactitud los inconvenientes que relativamente á la moral presenta el poner en manos de los niños las fábulas de La Fontaine: con un analisis tan exacto, cuantos inconvenientes aun mas sensibles no hallaríamos en poner nuestras mejores composiciones dramáticas á la vista y en manos de los hombres, y principalmente de la juventud!

PÁG. 67.

[11] *Segun las circunstancias y las disposiciones de quienes las reciben.* „Con pintar el ridículo de los estados que sirven de ejemplo á los demas, mas bien se les propaga que se les extingue; y el pueblo siempre mono é imitador de los ricos, concurre al teatro menos para reirse de las locuras de estos, que para estudiarlas y hacerse mas loco que ellos imitándolos. He aquí de lo que fué causa el mismo Moliere: corrigió la corte inficionando la ciudad; y sus marquezes ridículos, fueron los primeros modelos de los petimetres lugareños que vinieron despues de aquellos.” (Rousseau).

PÁG. 67.

[12] *Envilecidos, por mas que se diga, por una preocupacion racional.* Por mas que se diga de las pasiones, tan inclinads á lisongear á quienes contribuyen á satisfacerlas, el oficio del cómico será siempre envilecido por su naturaleza, porque de cualquiera manera, siempre será bajo darse uno en espectáculo, para divertir á los demas por interés de dinero, hacer por profesion papeles que nos son extranos: representar por obligacion una persona que no es uno mismo, siendo tan pronto rey de teatro como ciado, ora un heroe y las mas veces un bribon, sucesivamente Alejandro y Crispin; hacer al público que compre la facultad de censurar nuestros gestos, nuestros modales, de silvarnos en la cara, y de insultarnos en persona.

Ved aquí como habla el filósofo de Ginebra: „¿Cuál es pues en realidad el espíritu que un cómico recibe de su estado?”

„Una mezcla de bajeza, de falsedad, de orgullo ridículo y de abatimiento indigno, que le hace propio para toda clase de personajes, ménos para el mas noble de todos, para el del hombre, de que se desprende. Sin duda es un gran mal ver á tantos criminales en el mundo haciendo papel de hombres honrados; empero, ¿hay cosa mas odiosa, mas chocante, mas baja, que ver á un hombre honrado hacer en la comedia el papel de un criminal, y apurar todo su talento en hacer prevalecer máximas criminales, de las que él mismo está profundamente horrorizado?”

„Si en todo esto solo se ve una profesion poco honesta, todavia se debe mirar un órden de malas costumbres en el desórden de las actrices, que el de los actores produce inevitablemente y trae consigo. Mas ¿por qué tal desórden es inevitable? Oh! por qué? En cualquiera otro tiempo, no fuera menester preguntarlo. Pero en este sí, en que reinan tan ferrozmente las preocupaciones, y el error bajo el nombre de filosofía, los hombres embrutecidos con su vano saber, han cerrado su entendimiento á la voz de la razon, y su corazon á la de la naturaleza. Yo pregunto pues, ¿cómo un estado cual es el del cómico, cuyo único objeto es mostrarse al público, y lo que es peor todavia, mostrarse por dinero, podria convenir á mugeres honestas y avenirse en ellas con la modestia y las buenas costumbres? ¿Se necesita por ventura discutir sobre las diferencias morales de los sexos, para conocer cuan difícil es, que aquella que por precio se franquea en representacion, deje mui pronto de franquearse en persona, y que alguna vez no se deje inducir á satisfacer deseos, que tanto cuidado ha puesto en evitar?”

„¿Qué! ¿una muger honesta y virtuosa, sin embargo de mil tímidas precauciones, puesta en el menor peligro tiene mucha dificultad todavia para salir ilesa de la prueba; y estas jóvenes audaces, sin otra educacion que un sistema de coqueteria y de papeles amorosos, con un adorno mui poco modesto, cercadas de una juventud ardiente y temeraria, en medio de gratos recursos de amor y de placer, resistirán á su edad, á su corazon, á los objetos que les rodean, á los discursos que se les dirigen, á las ocasiones siempre renovadas, y al oro á que estan ya medio vendidas? Seria menester suponerlos con la sencillez de un niño, para que retinos engañar en este punto.” (Cartas sobre los Espectáculos).

PÁG. 70.

[13] *Sirva la de los legisladores, la de los antiguos sábios de Grecia y Roma.* Solón se opuso fuertemente al establecimiento de los teatros; preveía las consecuencias funestas de ellos, y el resultado comprobó que habia previs-

to muy bien. Plutarco atribuye la corrupcion y pérdida de los Atenieses, á la pasion que el pueblo tuvo por este género de diversiones. En Lacedemonia, no se representaban tragedias ni comedias. Platon las reprobaba como diversiones conducentes á volver los hombres apasionados. Cicerón, en las Tusculanas exclama sobre esta materia: „Oh bella escuela! Si de ella se quitara lo que presenta de vicioso, no habria en ella espectadores.” El tierno y galante Ovidio exclama de esta manera; „no toques aquellos poetas que solo respiran ternura: *teneros ne tange poetas.*”

El año 400 de la fundacion de Roma, los censores propusieron al Senado que mandase construir un teatro de piedra. El gran Scipion se opuso á ello, y dijo sobre esto un discurso tan vehemente, paró probar que los teatros corromperian infaliblemente á los Romanos, que inmediatamente se vendió por orden del Senado, cuanto se habia preparado para la construccion del teatro. Los sucesos posteriores hicieron ver que Scipion no se habia engañado; el establecimiento de los espectáculos en Roma fué la época del lujo y de la molice, que al fin corrompieron aquella famosa República.” (*Máximas.*)

„Se cree responder á todo, dice el Abate Clement que refiere este último rasgo, con decir que los teatros de hoy son muy diferentes de lo que fueron en otro tiempo. ¿A quién se cree que se habla de este modo? ¿No tenemos el teatro de Eurípides, de Sófocles, de Menandro, ni el de Séneca, de Plauto, de Terencio? Que se les compare con los de Racine, de ambos Corneille, de Moliere, y se verá cuales son mas propios para corromper el corazon. Y la impiedad que algunos autores trágicos han afectado poner en sus obras, ¿no es una de las causas de la irreligion que de dia en dia se difunde y se establece?” (*Allí mismo*)

PÁG. 70.

[14] „Y quién se lisonjeará de saber mejor que los maestros en el arte, cuales son los efectos que puede producir? Corneille no se tranquilizó nunca del todo acerca del abuso que habia hecho de sus talentos.

Ved aquí lo que Racine escribió á su hijo tocante á los espectáculos: „Creeme, hijo mio, cuando supieres hablar de comedias y novelas no habrás adelantado poco para con el mundo, y esto no será la cualidad porque serás mas estimado. . . . Sabes lo que he dicho de las óperas y de las comedias; se va á representar á Marly. El rey y la corte saben el escrupulo que hago de concurrir á ellas; y formarían mal concepto de tí, si en la edad en que estas, tuvieras tan poco miramiento á mi persona y á mis opinio-

nes.” (Veanse las *Memorias sobre la vida de Juan Racine*, por su hijo Luis Racine, autor del *Poema de la religion.*)

Quinault se arrepintió, aunque algo tarde de un talento tan facil como mal empleado.

La Mothe ha manifestado los mismos pesares: y trabajando todavia para la escena francesa, ved aquí la confesion que hizo al público en su discurso sobre la tragedia: „Nosotros no nos proponemos ilustrar el espíritu acerca del vicio y de la virtud, pintándolos con sus verdaderos colores. Nos proponemos mover las pasiones con la mezcla de uno y otra; los homenajes que á veces tributamos á la razon, no destruyen el efecto de las pasiones que lisonjeamos. Instruimos un momento, pero hemos seducido mucho tiempo; y por grande que sea la leccion de moral que pueda ofrecer la catastrofe con que termina la pieza, el remedio es muy débil y viene muy tarde.” A estas autoridades pueden añadirse las de autores mas modernos todavia.

Le Franc, de la Academia francesa; y autor de Dido así habla contra los teatros, declarándose contra cualquiera que los defendiere: „Mucho tiempo ha que se toma empeño en reducir á problema teológico esta proposicion: *¿es pecado ir á la comedia?* No se olvida fundar la negativa en todas las distinciones posibles, en todas las condiciones capaces de asegurar; se pide que la pieza no tenga nada de deshonesto ni criminal; que quien concurre al teatro, no vaya por una inclinacion al vicio, ni tenga una alma fácil de conmoverse; que sea dueño de su corazon, de sus pensamientos, de sus miradas: que ni lo que oye, ni lo que vé, le sean ocasion de caída ni de tentacion. Es por cierto admirable semejante teoria. ¿Quién me responderá de la práctica? ¿Será por ventura este nuestro casuista? Que vaya pues á la comedia; á la vuelta yo apelo sobre esto á él mismo.”

Gresset, tambien de la Academia francesa, despues de habernos hecho observar, que la historia del arte dramático es mucho mas la série de pecados célebres y de arrepentimientos tardíos, que la de triunfos decorosos y la de la gloria sin remordimientos, él mismo declara su arrepentimiento, por el buen éxito que alcanzó siguiendo la misma carrera. Ved aquí algunos de los motivos que expone en su carta impresa en 1759, y que le indujeron á formar esta especie de abjuracion. „Yo os confieso, dice, que hace algunos años tenia mucho que sufrir interiormente, por haber trabajado para el teatro: estando convencido, como siempre lo he estado, de las verdades luminosas de nuestra religion, la única divina, la única incontestable. Levantábanse dudas muchas veces en mi alma, tocante á un arte tan poco adecuado al espíritu del cristianismo; y sin quererlo, me hacia reproches infructuosos, que yo procuraba no examinar ni profundizar: siempre combatido y siempre débil, diferia juzgarme por el temor de convertirme y por el deseo de complacermé. ¿Qué fuer-

za podían tener unas reflexiones involuntarias, contra el poder de la imaginación y la embriaguez de la falsa gloria! Animado por la indulgencia con que el público había honrado á Sydney y al Malvado, fascinado por las solicitudes mas influentes, seducido por mis amigos, juguete de otros y de mí mismo; llamado al mismo tiempo por aquella voz interior siempre severa y siempre justa, padecía yo, y no por esto trabajaba ménos en el mismo género. No hay á la verdad situación mas penosa, cuando se piensa, que ver uno su conducta en contradicción con sus principios, encontrarse uno mismo falso, y mal consigo propio. Yo procuraba sofocar aquella voz de los remordimientos, á la cual no se puede imponer silencio; ó procuraba responderle con malas autoridades, que yo me daba por buenas. . . Yo debí reconocer desde entonces como lo reconozco ahora sin duda y sin entusiasmo, que no se llegaría jamás á justificar la composición de las obras dramáticas y la frecuentación de los teatros. . . Todo fiel, sea quien fuere, cuando sus extravíos han tenido alguna publicidad, debe olvidar su retractación, y dejar un momento á su arrepentimiento, y cuando hay algunos escritos que reprenderse, es menester condenarse sin reserva, luego que los remordimientos le condenan; sería muy incierto contar, con que tales escritos sean quemados en la vela que debe alumbar nuestra agonía. . . Yo me retracto pues solemnemente, de cuanto tengo escrito en tono poco reflexivo en mis bagatelas rimadas. . . El único pesar que me queda, es no poder horrorar suficientemente el escándalo que con esta clase de obras haya dado á la religión, y el de no tener posibilidad de reparar el mal que hubiere causado sin quererlo. . . Las gentes de buen tono, los medio razonadores, los compasivos incrédulos, pueden á su gusto burlarse de mi retractación; yo me quedaré siempre muy recompensado de su pequeña censura y de sus sátiras insultas, si las personas sensatas y virtuosas, si las almas honestas y piadosas, ven mi humilde retractación con aquella satisfacción pura que produce la verdad luego que se manifiesta.”

Riccoboni se explica de este modo en el prologo de su *Tratado de la reforma del teatro*: „Creo que puntualmente á un hombre como yo, le conviene escribir sobre esta materia; y esto por la misma razon de que habiéndose hallado en medio del contagio, y habiendo tenido la dicha de salvarse de él, está mas capaz de hacer una descripción exacta de ella. . . Lo confieso pues con sinceridad; conozco en toda su extensión el gran bien que produciría la supresión completa del teatro, y convengo sin dificultad en todo lo que tantas graves personas y de un génio superior han escrito sobre este asunto.”

El mismo autor, con mucha fuerza y verdad hace ver los efectos del teatro, con respecto á la juventud. Comunmente,

dice, los niños están muy bien educados hasta los diez años; de los diez años á los quince la educación decae, y los niños comienzan á ser echados á perder, las mas veces aun por su padre y por su madre; por fin, de los quince años á los veinte, los jóvenes dueños de sus acciones, acaban por corromperse á sí mismos.

„Los padres ordinariamente se ocupan mas de la apariencia de lo exterior, que del fondo y de lo esencial de la educación de sus hijos. Solo se procura enseñarles la urbanidad, bellas modales y el uso del mundo; de suerte que á los diez años ellos están capaces de aparecer en lo que se llama las mejores concurrencias, en donde se tiene gran cuidado de presentarlos. Allí es donde oyen hablar de esta especie de materias; que pueden, ó excitar su curiosidad ó desarrollar el germen de sus pasiones. Allí es donde, á una edad todavía tierna y tan susceptible de impresiones de vicio, empiezan á conocer este y á familiarizarse con él.

„Estos principios de corrupción reciben una nueva fuerza en los espectáculos públicos, á donde los padres y madres tienen la imprudencia de empeñarse á llevar á sus hijos de uno y otro sexo [*]. Pero qué mortales golpes no deben dar á su inocencia, el número infinito de máximas

[*] *Ah! ¿qué será cuando en las sociedades ó en los colegios se permitiese á los jóvenes hacer ellos mismos de actores! Perderán, como se ha observado, el curso de sus estudios, el amor al trabajo, y adquirirán gusto por la disipación; este inconveniente, siendo tan grande, dice el Abate Bailleux en su Curso de Bellas Letras, quizá el menor que se puede presentar.*

La distribución de los papeles, es otro mas importante todavía. Elígese para desempeñarlos, á quienes pueden hacerlo mejor, y que por ciertas cualidades tienen una disposición muy natural: lo cual, dice el mismo autor, les afirma un defecto y á veces tambien un vicio para toda la vida.

„Por ejemplo, un joven es rico, elegante; se le excoge por este motivo, para hacer al marquesito, al presumido. Es perezoso, indolente, se le elige para representar la indolencia, la pereza. Si es elevado hará de glorioso; si mentiroso, hará el primer papel en la comedia de Corneille; si duro, representará á Atreo. Si es dicipato, pillo, aturdido, representará el criado. De manera, que aquellos defectos y vicios, que con la educación se debieran corregir, se refunden por este medio en el carácter. ¿Qué diremos de aquellas otras pasiones mas vivas to-

pestilentes que se esparcen en las tragedias y en las operas, y las expropciones, las imágenes licenciosas que ofrecen las comedias! Jamás las borran de su memoria. . . Ven á los grandes, á los funcionarios públicos, á los ancianos, &c. que las aplauden. Se imaginan que cuanto se les expone es digno de retenerse. . . Obran consiguientemente, cuando gozan de su libertad; y vedlos aquí corrompidos en el corazon y en el espíritu, para todo el resto de su vida. . . Pero, ¿qué inconveniente hay, se dice, en que oigan hablar de la pasión del amor? Es menester que la conozcan tarde ó temprano. He aquí lo que estoy muy lejos de creer: siempre se debe ignorar el libertinaje. Mas aun cuando en el teatro se manejara con más reserva esta pasión, ¿habría ménos inconveniente, y, si me atrevo á decirlo, ménos crueldad en darles lecciones prematuras é infinitamente peligrosas en una materia tan delicada? ¿Lo habría ménos en hacerles correr el riesgo de perder su inocencia, aún antes que sepan cual es su precio, y cuan terrible é irreparable sea esta pérdida? ¿Y los padres se interesarán en conservarles esta virtud, si conocen su precio? Con todo, eso se les espera despues, cuando sus hijos dan en desórdenes perjudiciales á su fortuna."

Por último, Rousseau, tambien autor dramático, y que segun su confesion jamas faltó voluntariamente á ninguna representacion de Moliere, ha reunido y presentado en toda su claridad los peligros de los teatros. Hombres célebres han pretendido contestar á la carta que escribió sobre esta materia; pero en mi concepto, no han respondido, ni á la menor parte de los argumentos que el opone; y a pesar de tanto espíritu, tanto arte y talento, ¿la respuesta de ellos hubiera sido tan débil, si la causa que se encargaron de defender no hubiera sido la ménos buena?

PÁG. 72.

[15] *Es para conservarse siempre puro y fiel.* Un ejemplo sorprendente me ha confirmado la exactitud de esta reflexion. Cierta persona a quien yo queria, se acababa de casar con una jóven que habia sido educada en los mejores principios. El creyó aumentar su dicha y la suya, infundiéndole gusto por los placeres á la moda, y obligándola en cierto modo á concurrir al teatro. Yo me esforcé envano á darle á conocer los peligros y las consecuencias de esto.

davia, cuyo propio papel, y circunstancias que fácilmente se preven, inducirán á los jóvenes actores á penetrarse de ellas? ¿Para cual edad no serán peligrosos semejantes papeles!

La jóven esposa se apasionó muy pronto por cuanto hasta entónces habia repugnado mas. De estos primeros gustos nacieron otras pasiones, y a muy pocos años produjeron una separacion; cuando esa sucedió, mi desgraciado amigo me dió parte de todos sus pesares, que han acabado con abreviar sus dias.

CARTA TRIGESIMA.

EL CONDE DE VALMONT AL MARQUEZ.

¿En qué embarazos, en que triste y cruel perplexidad me poneis! Yo empesaba á adquirir una especie de tranquilidad, y vos me la quitais. Ah! ¡compadeseos de mí, no me dejéis en mi ceguedad! Mas ¿qué digo? y que compasion bárbara es esta que me alludáre á engañarme! Padre mio, vos queréis mi felicidad mas que yo mismo: pues por qué será menester que yo no me sienta con fuerzas bastantes para cooperar á ella con vos! Quereis que huya yo del objeto que me es querido, que le aleje... yo, para quien un dia de ausencia es todavía muy largo. Oh cielo! ¿Cuán arrepentido estuve de mi indiscrecion, cuando lei este consejo que me dais! ¡Alejar á la infortunada Senneville, á esta amiga de la Condesa, á este depósito precioso que le ha sido confiado! Porque, lo diré por fin, ella es á la que amo; y ved aquí el resto de mi secreto, que todavía no me habia atrevido á descubrirlo enteramente. ¿Mi esposa podria consentir en esto? Su adhesion iguala casi á mi amor, y solo discrepa en que aquella es mas perfecta y mas pura: ellas se han hecho necesarias la una para la otra; nosotros tres, solo tenemos ya un espíritu y un corazon. ¿Qué diria el mismo público, si Senneville se alejara? ¿Y con que pretexto podria verificarse una separacion que los miramientos han hecho como imposible....? Por otra parte, ¿no podré yo amar sin crimen? La ley natural no me prohibe tener un corazon sensible. ¿Pues por qué el cielo le ha hecho tan tierno, si me ha vedado amar....? Mas ¿qué digo? y querré

pestilentes que se esparcen en las tragedias y en las operas, y las expropciones, las imágenes licenciosas que ofrecen las comedias! Jamás las borran de su memoria. . . Ven á los grandes, á los funcionarios públicos, á los ancianos, &c. que las aplauden. Se imaginan que cuanto se les expone es digno de retenerse. . . Obran consiguientemente, cuando gozan de su libertad; y vedlos aquí corrompidos en el corazon y en el espíritu, para todo el resto de su vida. . . Pero, ¿qué inconveniente hay, se dice, en que oigan hablar de la pasión del amor? Es menester que la conozcan tarde ó temprano. He aquí lo que estoy muy lejos de creer: siempre se debe ignorar el libertinaje. Mas aun cuando en el teatro se manejara con más reserva esta pasión, ¿habría ménos inconveniente, y, si me atrevo á decirlo, ménos crueldad en darles lecciones prematuras é infinitamente peligrosas en una materia tan delicada? ¿Lo habría ménos en hacerles correr el riesgo de perder su inocencia, aún antes que sepan cual es su precio, y cuan terrible é irreparable sea esta pérdida? ¿Y los padres se interesarán en conservarles esta virtud, si conocen su precio? Con todo, eso se les espera despues, cuando sus hijos dan en desórdenes perjudiciales á su fortuna."

Por último, Rousseau, tambien autor dramático, y que segun su confesion jamas faltó voluntariamente á ninguna representacion de Moliere, ha reunido y presentado en toda su claridad los peligros de los teatros. Hombres célebres han pretendido contestar á la carta que escribió sobre esta materia; pero en mi concepto, no han respondido, ni á la menor parte de los argumentos que el opone; y a pesar de tanto espíritu, tanto arte y talento, ¿la respuesta de ellos hubiera sido tan débil, si la causa que se encargaron de defender no hubiera sido la ménos buena?

PÁG. 72.

[15] *Es para conservarse siempre puro y fiel.* Un ejemplo sorprendente me ha confirmado la exactitud de esta reflexion. Cierta persona a quien yo queria, se acababa de casar con una jóven que habia sido educada en los mejores principios. El creyó aumentar su dicha y la suya, infundiéndole gusto por los placeres á la moda, y obligándola en cierto modo á concurrir al teatro. Yo me esforcé envano á darle á conocer los peligros y las consecuencias de esto.

davia, cuyo propio papel, y circunstancias que fácilmente se preven, inducirán á los jóvenes actores á penetrarse de ellas? ¿Para cual edad no serán peligrosos semejantes papeles!

La jóven esposa se apasionó muy pronto por cuanto hasta entónces habia repugnado mas. De estos primeros gustos nacieron otras pasiones, y a muy pocos años produjeron una separacion; cuando esa sucedió, mi desgraciado amigo me dió parte de todos sus pesares, que han acabado con abreviar sus dias.

CARTA TRIGESIMA.

EL CONDE DE VALMONT AL MARQUEZ.

¿En qué embarazos, en que triste y cruel perplejidad me poneis! Yo empesaba á adquirir una especie de tranquilidad, y vos me la quitais. Ah! ¡compadeseos de mí, no me dejéis en mi ceguedad! Mas ¿qué digo? y que compasion bárbara es esta que me alludáre á engañarme! Padre mio, vos queréis mi felicidad mas que yo mismo: pues por qué será menester que yo no me sienta con fuerzas bastantes para cooperar á ella con vos! Quereis que huya yo del objeto que me es querido, que le aleje... yo, para quien un dia de ausencia es todavía muy largo. Oh cielo! ¿Cuán arrepentido estuve de mi indiscrecion, cuando lei este consejo que me dais! ¡Alejar á la infortunada Senneville, á esta amiga de la Condesa, á este depósito precioso que le ha sido confiado! Porque, lo diré por fin, ella es á la que amo; y ved aquí el resto de mi secreto, que todavía no me habia atrevido á descubrirlo enteramente. ¿Mi esposa podria consentir en esto? Su adhesion iguala casi á mi amor, y solo discrepa en que aquella es mas perfecta y mas pura: ellas se han hecho necesarias la una para la otra; nosotros tres, solo tenemos ya un espíritu y un corazon. ¿Qué diria el mismo público, si Senneville se alejara? ¿Y con que pretexto podria verificarse una separacion que los miramientos han hecho como imposible....? Por otra parte, ¿no podré yo amar sin crimen? La ley natural no me prohibe tener un corazon sensible. ¿Pues por qué el cielo le ha hecho tan tierno, si me ha vedado amar....? Mas ¿qué digo? y querré

yo siempre engañarme á mi mismo? ¿Por ventura ha estado en mí arreglar mejor este corazón? ¿Á quien debía yo mi amor? ¿Quién lo ha merecido mejor, de Senneville ó Emilia? ¿Quién de las dos habia ganado derechos mas justos sobre él?... Ah! ¡el corazón conoce acaso semejantes leyes? ¿Y aguarda para rendirse á la del deber y del reconocimiento? Á pesar de esto, la pasión no debe ser mi guía, bien lo sé; á mi razón corresponde reprimirla y vencerla. ¡Impotente razón! Tan débil es ella para triunfar de mis inclinaciones, como lo hubiera sido sin vos para disipar mis tinieblas....? ¿Qué haré pues, padre mio? ¡Oh cuánto affligis á mi alma iluminándola! ¿Y era indispensable que la verdad, en vez de traerme la paz, fuese para mí el origen de un tormento nuevo? Dejádme algun tiempo todavía, sacar de Senneville misma los auxilios que necesité para llegar á separarme de ella. Tal vez la amistad....¿Qué insensato soy! ¿Qué nombre tan bello profano! ¿Puedo esperar acaso substituir un sentimiento tan santo, un afecto tan sosegado y tan casto, en lugar de un fuego adultero? Por que al fin, vos me habeis desvendado los ojos: sí, la ley natural tan solamente, la sola razón basta para condenarme; ella me impone un yugo tan duro como el que pretendo sacudir. Donde quiera, oh! donde quiera encuentro las trabas que quisiera evitar. ¿Qué poco se ha menester para que yo no retracte las confesiones que me habeis obligado á hacer; para que no recobre mis primeras dudas; y para que no me sumerja por siempre en una noche mas profunda todavía....! Ved aquí pues con lo que terminaria esta franqueza y esta recititud de que me glorio delante de vos, con hacerme mas culpable y ménos digno de excusa. Todo en mí reclamaria contra los nuevos extravíos. Me habeis ilustrado demasiado, para que yo pudiera dudar cuando quisiera; y mis pasiones me son ya muy sospechosas, para que pusiera las murmuraciones importunas en vez de la verdad.

Acabad vuestra obra, dejaos mover mas que nun-

ca por el trastorno que padezco. Decis que la ley natural no es la única que yo debo seguir; y que por mas argumentos que yo forme á su favor, si Dios me ha dictado otra, no me toca poner limite á sus dones. Si ha hablado, de cualquier modo que se explique, no tengo facultad de rehusarme á escucharle. La razón humana es de hecho muy limitada: abandonada á sus propias fuerzas, ¿qué mas ha producido sino luces muy imperfectas en solo algunos, y extravíos monstruosos en casi todos? ¿Qué responder á esto? Confieso ciertamente, que tal es la historia del universo; tal es desgraciadamente la mia; y ¿qué puede repito, mi débil razón, así en favor de la virtud como de la verdad? Sin embargo, ¿qué otro apoyo me dareis? El cristianismo. Y qué, ¿el cristianismo con todos sus misterios? Oh! yo no pretendo blasfemar de él; vuestro ejemplo me lo haria respetar mas que nunca. Pero en fin, ¿cuántas contradicciones extrañas envuelven sus principales dogmas! ¿Cuánta oposicion con la razón, con esta primera guía que me habeis enseñado á consultar! ¿qué se tan ciega exige de mí! ¿qué votos cuenta en su favor? ¿qué filosofía pudo conformarse con él? ¿Y no es el tribunal de la razón misma, el de las ciencias, de las artes y del ingenio, donde está mas descreditado? ¿Cómo pues creeré yo encontrar en él, aquel apoyo mas sólido, aquel guía mas seguro que me ofrecéis?

Así, en cualquiera parte á donde dirija mi vista, nada veo que me pueda satisfacer, y estoy todavía mas descontento de mí mismo. Toda mi carta os lo prueba suficientemente. Yo quiero el bien; amo la virtud que me habeis hecho conocer; pero no me siento con bastante fuerza para practicarla. Soy pues á mis ojos un enigma; me examino y no me comprendo; yo mismo me causo vergüenza; mas la causa á vos.... ¿Cuánto degradan las pasiones á este mismo ser que la razón ennoblece y ensalza!

CARTA TRIGESIMA PRIMERA.

EL MARQUEZ Á SU HIJO.

Todavía sufres combates, hijo mio, mas estos conducen á la victoria; al ménos dan á conocer un corazon naturalmente virtuoso. Este corazon es flaco todavía; siente dificultad en hacerse violencia; sin embargo, conoce bastante lo que debe y lo que necesita practicar; y teme tan solo no poderlo hacer. Por una parte la pasión, las ilusiones que esta trae consigo, y los pretextos con que se excusa; por otra el honor, la razón, el deber: qué oposición! qué contraste! ¡y que duro es y penoso combatir de este modo, y estar á cada instante combatido por sí mismo! mas tambien, ¡qué bello es y que glorioso triunfar de sí! ¡Cuán dulce y consolador vencerse uno mismo! Amigo mio, esta victoria es digna de tí: y yo me atrevo á esperarla de tus esfuerzos. Aquel que preside á la virtud, aquel Dios cuyas leyes reverencias ahora, y enyo poder conoces, despues de haberte dado libertad, no te dejará sin socorro y sin fuerza para que hagas buen uso de ella. La paz que infructuosamente buscas en tus pasiones, que inútilmente quieres sacar de tus errores, será el premio de tu triunfo; y en la calma de que gozará tu conciencia te devolverá con usura el precio de los sacrificios que hayas hecho. Permite pues querido Valmont, que la verdad, para que gane mas imperio sobre tu alma, acabe de iluminar tu razón. No eludas con excusas frívolas las leyes que el deber te impone; y para estar enteramente de acuerdo con él, comienza por ser de buena fé con tigo mismo. Alegar la fuerza de tu inclinacion, sería exagerar como vil esclavo la pesadez de tus cadenas para dispensarte de romperlas: mirar como un obstáculo invencible para separar á Senneville la amistad que la tierna y virtuosa Emilia le ha profesado, sería suponerla tan débil como tu en su afecto, ó no considerarte capaz de mostrarte tan fuerte y

tan generoso como ella, cuando sea tiempo: en fin, respecto del público y de los miramientos, respecto de la Señorita de Senneville y de sus verdaderos intereses, ¡qué te quedará que objetar, si por uno de aquellos manejos felices que una providencia solícita sabe tan bien emplear en nuestras necesidades y en nuestras desgracias, el mundo mismo prescribe á Emilia un sacrificio que debe redundar en dicha suya y de su amada?

Mas he dicho lo bastante. Estos amigos, que el cielo me ha dado por precio de mi desgracia, y que estimarás en poco, te dirán demasiado.

Sin embargo, es menester, para resolverse á renunciar tan penosas, algo mas seguro todavía que el sentimiento, y mas fuerte que la razón: es menester, amigo mio, el socorro de la religion, tal cual te la presento. La religion cristiana con todos sus misterios, te parece una ley mui ciega, un monton mui absurdo de contradicciones y de errores; te parece una invencion humana mui impropia para ser la creencia de verdaderos sábios, mui desacreditada en el tribunal de la razón, de las ciencias y del ingenio, para que siquiera pudieses pensar en adoptarla.

¡Qué preocupaciones te has formado contra la creencia de tus padres! Trabajar en destruirlas, es, de cuantos medios puedan sugerirme mi celo y mi cariño á tí, el primero que debo emplear para reconciliarte con ella.

Ya te lo he dicho, Valmont, y no he tenido dificultad en convenir en ello: una fé que no descansara sobre ningun fundamento sólido, una fé contradicha evidentemente por la razón, sería por esto mismo indigna de un ente racional; sería la obra de la seducción, del error, y el fruto de la preocupacion. Admitirla, sería quitarse todo medio de distinguir la mentira; sería destruir toda regla de verdad. Pero digo tambien con la misma seguridad, que es calumniar á la religion y conocerla mui mal, atreverse á pretender que ella nos compele á creer sin razón, ó contra la razón misma. No, hijo mio,

no; la sencillez de la fé, no es la credulidad de una ignorancia ciega y estúpida: es la sumision ilustrada de un espíritu humilde y cuerdo, que sucumbe á la autoridad de Dios, luego que se cerciora de que Dios ha hablado.

La fé, á la verdad, se parece á aquella columna de fuego que guiaba á los Israelitas en el desierto: tiene su lado obscuro como su naturaleza lo exijia; pero tiene tambien su lado luminoso donde brillan los mas puros rayos de la verdad. La fé debia tener su obscuridad. Ella fué dada al hombre para instruirle en objetos, que supuesto el estado presente de las cosas, le importa mas conocer, pero que no tienen generalmente ninguna proporeion natural con su entendimiento; en objetos que no entran por sí mismos en la cadena de sus ideas, y de los cuales no se puede instruir sino por medio de la autoridad y de la revelacion. Le fué dada para suplir de una manera trascendental, si puedo explicarme así, á su débil razon, á esta razon limitada, que tendria mucho que trabajar, si fuera menester que de principio en principio, de racionio en racionio, llegase hasta el conocimiento de los secretos que Dios encierra en su esencia, y que él mismo nos ha descubierto proporcionadamente á nuestras necesidades. Pero hay mas todavía: esta fé cuyo precio desconoces, fué dada al hombre, para que hiciese al autor de su ser, un sacrificio, no de su propia razon, si de la demasiada confianza que en ella habia tenido; confianza presuntuosa y vana, castigada en casi todos los hombres, y principalmente en los falsos sábios con extravios muy vergonzosos. Bajo estos respetos, la fé debia sin duda ser obscura. Mas con relacion á los fundamentos en que descansa, á las pruebas que acreditan su certeza, á los motivos que inducen á recibirla, ella debe ser distinguida de toda invension humana, de toda creencia vana y superficial, de todo género de fanatismo y de impostura; y bajo este otro respeto, era menester que trajese consigo su especie de demostacion y su luz.

La trae en efecto, hijo mio, como espero manifestártelo mui pronto; y lo que teme de nuestra parte, ménos á la verdad por ella que por nosotros mismos, no es el exámen severo é imparcial de una alma recta, que solo quiere conocer la verdad y sacrificarle todo al punto que la encontrare; es la fria y estólida indiferencia de aquellos discípulos falsos, que la signen sin discernimiento y sin motivos, que casi ni saben lo que creen, y que se inquietan todavía ménos por el cuidado de practicarla; es la ojeada desdeñosa é insultante que echau sobre ella esos entendimietos orgullosos, que desde la altura de su pretendido ingenio, desprecian su interesante y noble sencilléz; son esos fantasmas, que levantan en su contra esos hombres vanos, hinchados con su saber, que no quieren otros conocimientos que los que han adquirido, ni mas opiniones que las que los hacen singulares, ni otra creencia que la que se han formado [a]; es el exámen crítico pero infiel, de esos maldicientes de nuestros días, á quienes la prevencion y la pasion, hacen ménos atentos al encadenamiento y á la fuerza de sus pruebas, que á las dificultades que puedan oponerle y á las burlas que puedan hacer de ella; es tambien el exámen superficial de esos espíritus ligeros y dicipados, á quienes un folleto divierte, á quienes una sátira contra la religion hace reir y persuade, á quienes obras ingeniosas y frívolas fijan por algun tiempo, pero que tienen verdaderamente repugnancia á obras serias, á racionios profundos, y que mas bien prefieren el no creer nada, que trabajar con eficacia en ilustrarse y vencerse; son finalmente, de parte de sus propios hijos, las investigaciones curiosas y vanas, en las que por querer escrutar la magestad divina, son

[a] „El abuso del saber, produjo la incredulidad. „Todo sábio desdeña la opinion del vulgo; cada uno „quiere tener la suya propia. La orgullosa filosofia con- „duce al espíritu fuerte, como la ciega devocion al „fanatismo.” (Rousseau.)

oprimidos por su gloria, y en las que se sustituyen opiniones humanas en vez de las luces del mismo Dios: ved aquí, hijo mio, lo que la religion teme respecto de nosotros.

Empero si por el contrario, queremos estudiarla y meditarla con las disposiciones convenientes, ah! ella nos invita á esto, mui léjos de prohibirnoslo, y de este estudio, forma el principio de nuestra fidelidad y la materia de su triunfo.

„Hijo mio, te dice hoy por mi boca, depon tus preocupaciones peligrosas: no te pido para que me creas, nada sino que me profundises; no necesito para ser amada, mas que ser conocida. Luego que me hayas visto tal como soy, tu único pesar será el de haberme ultrajado, tu celo por mi gloria será mayor que el odio que te armaba contra mí. Luego que comenzares á amarme, haré tu felicidad. Entónces fijaré tu espíritu, y tranquilizaré tu corazon; santificaré tus acciones; arreglaré tus inclinaciones, disminuiré tus necesidades, aliviaré tus males; aseguraré y perpetuaré tus placeres purificándolos.“ Escucha este lenguaje tan dulce, Valmont querido, estas promesas tan alhagüeñas, cuya realidad yo mismo tengo experimentada; y ante todas cosas, hasme la gracia de pensar, que si creo en la religion cristiana, no es una verdad sin fundamento y sin pruebas.

„Á pesar de esto, la fé tiene sus misterios, y estos misterios, dices tú, son contradicciones y absurdos.“ La fé tiene sus misterios; te he dicho la razon de ellos: y aunque no la hubiera dicho, ella se presenta por sí misma. Misterios! Pero Valmont, ¿dónde no los hallará el hombre? Por donde quiera la razon y la naturaleza tienen los suyos. [1]

La metafísica tiene sus profundidades y sus abismos; la física tiene sus fenómenos inexplicables; entre sus insectos, tiene sus polipos; la materia, segun se gusta creer y segun se pretende demostrar, tiene su divisibilidad infinita: la geometria tiene sus líneas asigmtotas, que se aproximarán siempre sin cortarse jamás, aunque se prolonguen á lo

infinito: el conocimiento de Dios por solo la razon, fuera de otras dificultades, nos deja conciliando en sus atributos la necesidad del ser y de la libertad: solo el hombre, sin el socorro de la revelacion, es un misterio para sí mismo....¿Y no permitirás, que una religion mui superior á los conocimientos y á las leyes de la naturaleza, que nos descubra lo que hay mas insondable y mas oculto en la divinidad, nada tenga de obscuro y misterioso? ¡Mortal audáz! Si el vuelo atrevido de tu razon orgullosa debe hallar límites en algun punto, ¿no será por lo ménos en el borde de lo infinito [a]?

„La fé tiene sus misterios, y estos misterios son contrarios á la razon.“ Dí mas bien, Valmont querido, son superiores á nuestra razon, á la razon humana; pero no son contrarios á ella: y por mas que diga un sofista ingenioso, es inmensa la diferencia que hay entre una y otra cosa.

Sin subir hasta proposiciones geométricas tan ciertas para un geómetra, tan conformes á su luz, y con todo tan superiores al entendimiento rudo y grosero de un aldeano y de un artesano sencillo, ¿cuántas otras verdades, sensibles para un hombre de razon ejercitada, dejan de serlo para el de una razon sin ejercicio y sin cultivo! ¿Crees que sea incomprendible para un ángel ó para Dios, lo que no puede comprender el hombre? ¿Tienes por falso cuanto excede á tu débil inteligencia? ¿Y te atreverías á tomar á tu razon por medida de la posibilidad [b]? ¿Y á los ojos de la recta razon, que

[a] Esto mismo explicó Voltaire en estos versos.

„La razon te conduce; adelántate á su luz; dá todavía un paso, pero deten tu marcha; todo curso debe parar al borde de lo infinito; allí comienza un abismo; es necesario respetarlo....¿Por qué pues afligirme, si mi débil mirada no puede penetrar la obscuridad que me circunđa? No he de imitar al sábio desgraciado, que por escudriñar imprudentemente los fuegos del Etna, andando sobre sus montones de betun y ceniza, fué devorado por el fuego que trataba de comprender.“

[b] Los geómetras demuestran que la diagonal de

cosa es un absurdo y una contradiccion? Lo que presenta el ser y el no ser en un mismo objeto y bajo la misma relacion, es lo que á la vez contiene bajo el mismo punto de vista negacion y afirmacion. Mas los misterios, que á primera ojeada mas bien asustan á la imaginacion que á la razon, considerados de cerca, no presentan una cosa semejante. La manera de ser, el *como* de ellos, es inconcebible; pero en la verdad axacta, nada tiene absolutamente incompatible.

La Trinidad v. g., ofrece términos obscuros bajo ciertos respectos, pero no envuelve ideas contradictorias. No se nos dice que lo que es *uno* es tambien *triple* bajo el mismo respecto y en el mismo sentido; que *tres* cosas de cierta especie, solo hacen *una* de la misma especie, lo cual fuera un absurdo: ni se propone á mi fé un Dios y tres Dioses á la vez, sino solamente tres personas en Dios, que forman un solo Dios. La Trinidad se dice de las personas, y no de la substancia: [a] en aquellas no hay límites, no hay division, no hay separacion; el cristiano adora un solo ser omnipotente, eterno, inmenso, infinito; y sus atributos son comunes, son totalmente de cada persona, en la unidad y la simplicidad perfecta de una misma esencia [2]. ¿Cómo explicar esta fecundidad divina, esta union de tres personas en una sola substancia, toda la energía de esta palabra *personas*, empleada para expresar, dice San Agustin, [b] lo que hay verdaderamente superior á toda expresion? Nada sé de esto; y en esto consiste el misterio que la fé me propone: pero me basta por quanto á las ideas que contiene, que nada se pueda demostrar en el que sea un absurdo [3].

Así tambien respecto de la Encarnacion, la fé nos enseña que un cuadrado es incomensurable con los lados del mismo cuadro, y es imposible explicar como pueda ser esto así.

[a] Neque confundentes personas, neque substantiam separantes. (*Simbolo de San Atanacio.*)

[b] De la Trinidad, lib. 5.º cap. 9.

ofrece, no un Dios que haciendose hombre alterara en sí esta naturaleza divina esencialmente inalterable; sino un Dios, que sin dejar de ser cuanto es por sí mismo, se dignó unirse á la naturaleza humana. Las variaciones, los abatimientos, los sufrimientos no recaen en el Verbo hecho carne, sino en la humanidad; y en Jesucristo, por la union de ambas naturalezas, los méritos son de un Dios, los sufrimientos son de un hombre. Esta reunion es admirable, la idea es incomprendible, pero no es contradictoria.

En la Eucaristía, el mismo cuerpo inmolado en la cruz, está en el cielo y en la tierra; pero segun fisicos ilustrados y filósofos profundos, no es menester que haya por todas partes la misma cantidad numérica de materia, y absolutamente las mismas partículas, para que haya en todas partes el mismo hombre, y hablando propiamente el mismo cuerpo [a].

En todo esto pues no veo mas que dignos efectos de su causa, de una causa soberanamente fecunda interior y exteriormente, soberanamente poderosa, soberanamente buena. Veo con admiracion y con trasporte á la divinidad con una calidad inmensa, que así como todos sus atributos, participa de su infinitud; y muy léjos de que mi fé se altere por estos misterios, al ver en el Dios de los cristianos tanto amor á los hombres, reconozco á mi Dios.

En el pecado original, misterio el mas incomprendible de todos y sin el cual nosotros somos todavía mas incomprendibles, los niños han contraído la mancha de su primer padre, pero á modo de arroyuelos ensuciados en su fuente. Están degradados, no hay duda, nacen hijos de cólera; pero en su degradacion Dios les deja mas de lo que tendrían derecho de pretender, en la redencion de Jesucristo les dá mucho mas de lo que pudieran esperar. Acaso alguna vez te forzaré á convenir, en que sin el

[a] Para mayor ilustracion, vease la obra citada en seguida, nota 4.ª, sobre el misterio de la Eucaristía.

pecado del primer hombre, Jesucristo, si puedo hablar así, hubiera faltado al universo [a].

En todos estos misterios no veo pues cosas obscuras; nada veo á que la recta razon, la sana filosofia puedan llamar absurdo, pues que nada hay que esté contenido en el principio de contradiccion [b].

En efecto, amado Valmont, las cosas absurdas en sí mismas, las que se oponen á proposiciones evidentes, á las primeras nociones del sentido común, son absurdas para todos los hombres. Has creer á una pequeña porcion del género humano que la parte es mayor que el todo; que una misma cosa puede ser y no ser aun mismo tiempo, que dos unidades hacen tres; y á pesar de esto, una parte del género humano creó nuestros misterios; [c] los mas grandes hombres los han creído; han hecho mas, han trabajado en defender y justificar en este punto su creencia [d]. [4]

[a] Los teólogos y los filósofos han formado sistemas diferentes acerca del pecado original. Ya no nos detendremos aquí; pero creemos poder enviar al lector á una disertacion que vá despues del *Aviso á los religionarios de Francia*, por de *Fouboune*; y para prevenir todo abuso de los sistemas de esta clase, nos contentaremos con observar, que tratándose de la enunciacion del dogma, se debe cuidar mucho de no dar una opinion particular por la doctrina de la Iglesia universal, única regla suficiente de nuestra fé.

[b] Así le llama Leibnitz, considerándole como regla esencial de lo que es verdaderamente imposible.

[c] „Si el incrédulo tuviese armas victoriosas contra los dogmas del cristianismo, si estos dogmas fueran tales que pudiera demostrarse su imposibilidad, nadie seria cristiano, ni podría serlo.” (*Ensayos de filosofia moral*, por Maupertuis.)

[d] „El grande argumento de los espíritus fuertes contra nosotros, está fundado en la imposibilidad de nuestros dogmas: y en efecto, si estos dogmas fueran imposibles, la religion que manda creerlos seria destruida. Por capciosos que hayan sido en este punto

Y qué, ¿despues de tantas reflexiones, no habrian podido ver en ellos, lo que la incredulidad nos hace ver como contradicciones tan palpables? Qué! ¿han descubierto tan perfectamente todos los absurdos que en su desarrollo y consecuencias contienen los sistemas de nuestros pretendidos espíritus fuertes, y con todo su ingenio no habrán podido penetrar las que en la religion se presentasen por sí mismas?

„Mas no podrán separar, me dirias por ventura, la religion de sus dogmas y de su obscuridad?” ¡Separar la religion de sus dogmas! Y si Dios los ha unido á ella, ¿cómo quieres tu separarlos? Los dogmas son los que forman esencialmente el espíritu del cristianismo: no nos presentan especulaciones inútiles y frívolas: ellos son los que fundan toda la moral evangélica; los que despues de habernos hecho conocer toda la bondad, todo el amor de Dios á los hombres, sirven de los mas poderosos motivos para el reconocimiento y amor del hombre hácia Dios, de mas firme apoyo á su valor, de sosten á su esperanza, y de principio á sus méritos; son los que uniéndole mas intimamente al autor de su ser, le ligan con mas estrechez á sus hermanos; los que para el verdadero fiel se convierten en fuente de las alegrías y consuelos mas puros; los que constituyen la basa de sus virtudes mas sublimes; los que le hacen capaz de los esfuerzos mas heroicos y de la constancia mas perfecta; son los que hacen de la religion cristiana el cuerpo de doctrina mas seguido, el sistema mejor entazado en todas sus partes, el conjunto mas uno y completo, y la obra mas digna de la divinidad. ¡Separar la religion de sus dogmas! Oh hijo mio! ¡Seria ciertamente aniquilarla! Deja para los in-

„los razonamientos de algunos incrédulos, quienes leyeren las respuestas que les dieron hombres muy superiores, (Leibnitz, Mallebranche, &c.) verán cuan frívolos son tales razonamientos.” (*Maupertuis, en la obra citada.*)

ventos de nuestros falsos sábios el triste privilegio de poder ser alterados, modificados, reformados conforme á su capricho: deja para hombres vanos sistemas tan poco enlazados, tan trancos, tan mal adecuados; sistemas en que el error se contradice á cada instante, y desmentidos en tantas partes. El plan de doctrina que la religion nos presenta, no puede perder uno de sus artículos de fé, sin dejarnos ver bambolear, desplomarse y caer enteramente por sí mismo el edificio magestuoso levantado por ella.

De suerte, hijo mio, que el universo ha recibido la religion cristiana con sus dogmas y sus misterios. Preguntas por los votos que puedo contar en su favor. Pregunta mas bien, amado Valmont, en casi todos los siglos alumbrados por su luz, á todos los pueblos á donde ha sido llevada, entre todos los grandes hombres que han brillado en el mundo por su génio y sus talentos, y que la han examinado tan escrupulosamente y discutida con tanto cuidado, pregunta con cuales votos no cuenta.

Apenas habia nacido la Iglesia, el cristianismo estaba todavía en su cuna, y ya sus apologias, difundidas por todas partes, eran la obra de los filósofos mas virtuosos y mas ilustrados. Tu contarás mas bien el pequeño número de aquellos que pretendieron combatir y destruir la religion en el tribunal de la razon y de la filosofia, los Celsos, los Julianos, los Porfirios, y no la muchedumbre de aquellos que en este mismo tribunal la defendieron y la hicieron triunfar tan gloriosamente. Repasa en estos primeros tiempos las obras de los Justinos, de los Arnobios, de los Lactancios, de los Tertulianos, de los Origenes: recorre las de todos los Santos Doctores que la Iglesia reconoce por sus padres, y que en sus escritos, apesar de las incorrecciones y defectos de su siglo, son todavía bajo tantos aspectos y por tantos títulos, dignos de la admiracion del nuestro: los Irineos, los Ciprianos, los Atanacios, los Hilarios, los Basilio, los Cirilos, los Gregorios de Nasianso, los Ambrosios, los Gerónimos,

los Agustinos, los Crisóstomos: ve tantos génius diversos, de tantas naciones diferentes, bajo tantas épocas notables, que se someten al yugo de la fé: acuérdate que eran hombres literatos, sábios, oradores, imbuidos por lo general en preocupaciones absolutamente contrarias, nutridos con ideas y máximas de una filosofia orgullosa, y que por el carácter de su espíritu, por el género de sus estudios, por el interes mas exigente, por la resistencia de las pasiones opuestas, por el temor de los peligros y por la vergüenza de creer, eran llevados al examen mas severo: acuérdate, que despues de la predicacion de Jesucristo y de sus Apóstoles, el cristianismo comenzó por tantos hombres ilustres, que nada tenían ménos que cristianos cuando trataron de serlo: y pregunta todavía, que género de examen y que votos cuenta la religion en su favor.

Pero acaso, Valmont, todos estos siglos no fueron para tí bastantemente ilustrados. Sin duda sólo hallarás verdaderas luces en el siglo de Bayle, de Espinosa, y en tiempos mas modernos todavía, en que por moda, por gusto, por falta de moralidad, por preocupacion, de todas partes se alistan bajo las banderas de la irreligion. Pues bien, hijo mio, elige el que te agrada con preferencia á cualquier otro, el siglo de los grandes hombres, elige el de uno de nuestros mas grandes monarcas, el siglo de Luis XIV, [a] mas grande quizás á nuestros ojos que el siglo de Augusto, si tuviera la misma antigüedad que él: en esta época tan distinguida, y entre todas las naciones ilustradas, cuenta, pesa, examina las autoridades, puesto que autoridad invocas; y veamos quien gana, si la religion ó la incredulidad.

[a] Este gran siglo, como le llama Voltaire en su carta, que sigue de las Observaciones del Abate Olivet sobre la lengua francesa. En otra parte le ha llamado el preceptor del siglo presente, al cual en sus Miscelaneas llama siglo de pequeños. Este como se ve, es su discípulo, que al ménos en ciertos géneros, honra mui poco á su maestro.

Á ese pequeño puñado de hombres que en el siglo XVII levantaron el estandarte de la impiedad, que generalmente solo fueron célebres por su libertad de pensar, que todos y tanto se han desmentido, contradicho y opuesto, sin distincion de secta, ni de lo que mezcló á la creencia general, contrapon los Descartes, [5] los Leibnitz, [6] los Newton, [7] estos tres hombres, honor permanente del espíritu humano, que tanto se levantan sobre la esfera común, que dominan con esplendor en el imperio de las ciencias, y dividen entre sí los respetos de todos los filósofos modernos que se colocan en seguida; contrapon los Mallebranche, [8] los Bernovilli, [9] los Euler, [a] los Wolfio, [10] los Wollaston, los Cumberland, los Le Clerc, los Grocio. [11] Los Clarc, los Abbadie, los Derham, los Nieuwentyt, los Bacon, [12] los Adisson, [13] los Pascal, los Arnaud, los Nicole, los Bossuet, los Fenelon, que no se contentaron con ser cristianos ó parecerlo, sino que todos han probado mui bien su creencia: qué nombres (y no te miento otros), que hombres te he citado, hijo mio! ¡Y cuán pequeño te hallarás á su lado, tu y los partidarios de tus errores! Opon sábios que el incrédulo ignorante ó malicioso se atreve á citar en su favor; sábios á veces mui osados en sus sistemas, poco mesurados en sus expresiones, arrebatados por el fuego del génio mas allá de los límites fijados por la religion, seducidos tal vez por un vano deseo de gloria; porque ah! ¡cuánto ha empañado la gloria el deseo de aumentarla! pero que siempre conservaron en su corazon y en sus escritos, aun en medio de sus extravios, la religion que en ciertas partes parecian abandonar. Tales fueron con respecto al cristianismo un Locke, [14] un Pope, [15] un Hobbes, acaso con todos sus falsos principios, [16] y tantos otros del mismo género:

[a] Digno discípulo de Bernovilli, y de quien dijo Condorcet hablando de sus conocimientos físicos y matemáticos: *uno de los hombres mas grandes y mas extraordinarios, que la naturaleza produjera jamás.*

porque es un abuso grande y peligroso, hijo mio, que la incredulidad vocifere fácilmente, contando entre los enenigos de la religion hombres de cierta nombradía, que hasta en sus sistemas la han querido ó por lo ménos respetado, repugnándolo ellos.

Á estos filósofos, á estos sábios, añade los padres de nuestra buena literatura, los Corneille [17], los Racine, los Despréaux [18], un La Mothe, un J. B. Rousseau, un La Fontaine [20] que tan amargamente ha deplorado los desarreglos de su imaginacion y las licencias vergonzosas concedidas á su pluma.

Este era el siglo de las grandes cosas, el siglo de los grandes hombres, y era tambien el siglo de la fé: y en nuestros dias en que todo se vuelve tan limitado, tan pequeño, tan estéril, excepto quizas en punto á futelezas, ¿se gloriará uno de ser incrédulo? Ah! cuando nosotros nos jactamos de mirar mejor que los que nos precedieron, cuando nos li-songeamos con dar el tono á los que vengan despues de nosotros, ¿en qué se fundan pues nuestras pretensiones? ¿Dónde están nuestros inventos? ¿Cuáles son nuestros descubrimientos, comparados con los de aquellos hombres raros y sublimes que nos han ilustrado? En el siglo XVII, por donde quiera se vieron brillar los rayos del génio; se vieron, si me puedo explicar así, los espíritus ensendiéndose, inflamándose, produciendo á porfia las obras maestras, y haciendo brotar en todas partes el brillo y la luz. Hoy, mas ocupados en el deseo de parecer profundos, que en el cuidado de serlo; poniendo por donde quiera el cartel de la ciencia, sin poner la ciencia misma; colocando hasta en la elocuencia grandes palabras extravagantemente colocadas, frias, monotonas [a]; triste y locamente ra-

[a] „Lo dislocado, lo gigantesco, parece que quieren dominar hoy... de todos lados se convida á los pasajeros para hacerles admirar rasgos de fuerza, sustituidos al estilo sencillo, noble, fácil de los Pelisson, de los Fenelon, de los Bossuet, de los Massillon.”

zonadores, no sabemos, entendiéndolo bien, ni raciocinar ni sentir: ó si alguna vez mostramos todavía ingenio, fuego, sentimiento y calor, es á lo mas en los delirios que son fruto de la irreligion y de la depravacion de costumbres. Es verdad que ensalzamos nuestras producciones; nos damos por sábios; llamamos á nuestro siglo el siglo de la filosofia [21]. ¡Pobres filósofos! Es el parto de los montes y ¿que pare? globos llenos de viento.

Oh hijo mio! Á veces me imagino ver aquellos famosos ingenios de los últimos siglos, aquellos hombres verdaderamente grandes, á quienes el orgullo filosófico se vió precisado á tributar homenaje [22], que renaciendo de sus propias cenizas reaparecen en medio de nosotros. Creo que les oigo elevar la voz en nuestras academias mas célebres, y dirigiéndose á sus discípulos les dicen: „Reconocéis á vuestros directores y á vuestros maestros, á vuestros guias y modelos? ¿Pretendeis por ventura rebajar su gloria, hiriendo á la religion que ellos honraron tan sinceramente, y ¿que con tanta constancia defendieron? Qué ¿eramos nosotros acaso espíritus flacos y génius mezquinos, cuando combatimos por ella? Qué! ¿el

(Voltaire, Carta que sigue á las Observaciones del Abate d'Olivet.)

En este siglo cabalmente, es en el que, segun el pensamiento ingenioso de Gresset, *el espíritu que se quiere tener, gasta el que se tiene.* En nuestros dias, cuando se muestra casi en todas las obras, *espíritu si se quiere, pero no sentido comun.* Y siempre, como dijo muy bien un literato, *tener mucho espíritu sin juicio, es con lo superfluo caracer de lo necesario.* (El Abate Trublet).

Ah! ¿por qué será que esta mania de bello espíritu, de los falsos resplandores de baturrillos filosoficos, se ha introducido hasta nuestros pulpitos cristianos, y que la falta de enseñanzas sencillas y accesibles á todos, de instrucciones sólidas, penetrantes y patéticas, hayan tal vez favorecido los progresos del libertinage y la irreligion?

„apego que le teniamos, el respeto que nos infundia, los elogios que nos dictaba en su favor, eran una vana preocupacion? Y cuando disipabamos con tanta solitud todos los errores; cuando en todo género demoliarnos con tanta pujanza y animosidad los altares erigidos á la credulidad; cuando buscabamos con tanto celo y buen éxito la verdad, ¿solo mereciamos desprecio, por cuanto al objeto que mas atentamente discutiamos, y que nos interesaba mas? Oh! ¿y quiénes sois vosotros para tratar nuestra creencia de supersticion, de fanatismo y de imbecilidad, cuando de comun es asegurado que á nuestros ojos tenia todo el peso del examen y toda la autoridad de la razon? ¿quiénes sois vosotros, y con qué derecho os constituis nuestros censores y jueces, vosotros á quienes por ningun título hubieramos admitido á nuestro lado, y á quienes ahora vemos remplazándonos, de lo único, quizás que tenemos admiracion?”

Esta apostrofe un poco viva, pero tan bien fundada en mi concepto, no es aquí, querido Valmont, una declamacion exagerada que nada exceptúa, que solo halla génio, ciencia y talento en los que piensan como nosotros. Hay en efecto algunos que con un gran nombre justamente merecido, y por otras causas que no pretendo profundizar, llegaron á extraviarse. ¿Pero tan solo estos deben ser autoridad para tí? ¿Y entre estos mismos de incredulidad absolutamente marcada, no hay algunos que haciéndose los fuertes contra Dios y contra su Cristo, mienten á su propio corazon [23]? ¿Cuántos testimonios favorables á la religion dejaron escapárseles! ¿Cuántas confesiones, que valen mas que los elogios! ¿Cuántas conversiones muy notables, que deponen á favor de la fé que habian abandonado! ¿Cuántas variaciones que en materia de doctrina prueban suficientemente que no sabe uno á que atenerse, si no se asegura con todas sus fuerzas de la revelacion! El fiel, prudente y virtuoso, no cambia de creencia; el incrédulo mientras no se hace cristiano, cada instante la cambia. Y aún

en estos espíritus tan fuertes, qué diferencia del lenguaje que emplearon en la vida, con el que emplean al morir! Además de esto, ¿quién es aquel que adquiere nombradía entre los incrédulos y hace tal vez mas ruido? ¿No son esos espíritus ligeros, superficiales, incapaces de pensar por sí mismos, que son el eco de los demás, que solo repiten lo que oyeron decir [a], que ridiculizan porque les costaría trabajo profundizar y discurrir, y que á su turno se asustan y entran en silencio con el menor soplo? ¿No son esos catimillos, esos cócoras de nuestros días, parecidos á los soldados de Pampayo, llenos de polvos, perfumados, poco aptos para la guerra, y sin embargo atrevidos para desafiar al combate, que avanzan con fiereza, que hacen brillar sus armas, y que se desconciertan y ponen en fuga con darles una bofetada? ¿No son aquellos hombres raros, difíciles de definir, que rehusan parecer cristianos porque muchos lo son todavía, y que, queriendo ir solos por la senda que se abrieron, solo aguardarian un trastorno completo de ideas y de afectos, para volverse los heraldos del cristianismo! ¿No son principalmente aquellos hombres tan libertinos en sus costumbres como en su creencia, aquellos jóvenes ya consumidos en la prostitucion á los veinte años, y que así en sus escritos como en sus propositos, derraman profusamente la ponzoña de la impureza y todos los exesos de la injuria junto á la irreligion? Ah mi amigo! Al considerar la marcha ordinaria de la mayor parte de los incrédulos, no me admiro de su número: por el contrario, me admira que no haya mas. ¿Es tan cómodo no creer nada, cuando se ha depravado el corazón! Pero en fin, apesar de la depravacion del siglo y la manía de espíritu fuerte,

[a] „El mayor argumento de la multitud es la autoridad, para la mayor parte de los impi. os, en sentir de „un hombre de ingenio, la incredulidad es una especie „de fé.“ (d'Alembert, del abuso de la crítica en materia de religion).

¿No halla la religion aún hoy mismo, entre los hombres mas célebres, defensores ó discípulos? Luego no está tan desacreditada, como decias, en el tribunal de la ciencia, del ingenio y de la filosofía; ni lo ha estado jamás desde que se dió á conocer. Sin embargo de tu aparente desprecio á los votos y opiniones de los hombres, me conduces á la autoridad, y te he respondido, Valmont, con autoridades.

¿Pero es necesario responder á todo? ¿Es verdad, por ejemplo, que las artes son opuestas al cristianismo? ¿Y no será posible abrazar el uno y cultivar las otras con buen éxito? ¿De qué artes hablas? ¿De la elocuencia, de la pintura, de la escultura, de la arquitectura, de la poesia, de la música? Mas en los géneros mas nobles, te he citado los nombres mas grandes. ¿Hombres ilustres por vuestros talentos, oradores sublimes, poetas célebres, artistas famosos, á vuestras obras apelo sobre este punto; que ellas respondan por mí! Ah hijo mio! ¿Cuántas obras maestras en todo género ha producido la religion! ¿La elocuencia de un Crisóstomo, de un Bossuet, de un Fenelon, de un Bourdaloue, de un Masillon, ejercitadas en objetos consagrados á la religion, ha degenerado de la de un Ciceron, de la de un Demóstenes! Nuestros cuadros cristianos de Rafael, de Miguel-Angel, de Bernin, esparcidos principalmente en Roma y en toda la Italia, de las que son el adorno, ¿por ventura no igualan á las pinturas y esculturas mas mentadas de la antigüedad que han llegado hasta nosotros? ¿La Iglesia de San Pedro de Roma, la de San Pablo de Londres, serian indignas de figurar por su arquitectura junto al Panteon? Las composiciones mas bellas de Coneille y de Racine, no son sus tragedias santas? ¿Y nuestras mas bellas Odas, no son Odas sagradas? ¿La música, ha perdido en nuestros templos algo de su nobleza y armonia? ¿Y aquella que en las composiciones de nuestros mas grandes profesores inspira sentimientos profundos de temor, de respeto y de amor á la divinidad, no vale muy mas

que aquella que con rimas impuras y con sonidos peligrosos, nos combida á los placeres?

Acaso me detengo demasiado en refutar objeciones frivolas; pero yo no debo despreciar nada de lo que conduce á destruir las preocupaciones de Valmont, que aunque ligeras de suyo, le impedirán escuchar mi voz sobre objetos mas esenciales. Depone toda tu prevencion, hijo mio, y tu mismo llegarás á probarte voluntariamente la verdad de la religion cristiana.

NOTAS.

PÁG. 92.

[1] *Misterios!* . . . Por todas partes la razon y la naturaleza tienen los suyos. „Las cosas mas comunes que hallamos en el camino, dice Locke, tienen lados oscuros que la vista mas prespicaz no podria penetrar: y la teologia natural en la que los Deistas parece que tanto se resguardan, está exenta de dificultades? ¿Se concibe fácilmente, cual es el paso de la nada al ser? ¿Cómo Dios crió algo por solo su voluntad? ¿Cómo es que siendo espiritual, pudo obrar sobre la materia? ¿Cómo está presente en todas partes sin ocupar un espacio? ¿Cómo puede prevenir la determinacion de un ser libre? Y la idea de la eternidad, ¿en cuantos abismos no está envuelta! Sin embargo, se pasan por alto estas dificultades, y es menester que así sea; porque, luego que se ve claramente que una cosa debe ser, no importa que no se comprenda cómo. La mirada del espíritu, lo mismo que la del cuerpo, tiene una esfera limitada: y así como lo que se halla mas allá de cierta distancia, solo afecta confusamente nuestros ojos, tambien en el orden de las cosas espirituales, es menester no creer que todo está sometido á nuestra penetracion. Mientras que espíritus vanos y ligeros se imaginan que nada excede á sus conocimientos, se oye que los verdaderos filósofos, dentro de los suyos, hacen las confesiones mas modestas. Sobre todo, desde que uno se remonta á los principios primitivos, y quiere tocar á lo infinito, ¿quién hay que no haya experimentado que el espíritu se confunde, y que hay no sé qué obscuridad formidable que nos detiene, como si no fuese permitido á un mortal penetrar en la esencia y origen de las cosas, que es el santuario del Altísimo? Puesto pues,

que la naturaleza está llena de misterios, puesto que todas las ciencias tienen los suyos, ¿nos admiraremos de que la teologia cristiana los tenga? ¿Y en medio de las obscuridades que nos rodean, parecerá extraño, que la revelacion diga alguna cosa de la esencia divina que sobrepasa á nuestras concepciones? Lo admirable sería que todo fuese fácil y accesible sobre un asunto tan misterioso y tan sublime.” (Turretin, de la verdad de la religion cristiana, secc. 4.ª, art. 1.º cap. 7).

PÁG. 94.

[2] *En la unidad y simplicidad perfecta de una misma esencia.* La simplicidad no excluye la diversidad de relaciones: nuestra alma es simple, y sin embargo tiene relaciones diferentes. La infinidad parece que las excluye demasiado; pero por qué no habria relaciones en lo infinito, que sin limitarse recíprocamente ni alterar la sustancia, fueran susceptibles de distincion entre sí? Bastante se comprende, que estas son cosas ocultas en las profundidades de la naturaleza divina, unidas á nociones mas perfectas, á un conocimiento más íntimo que el hombre no puede tener en la tierra.

No es inoportuno observar con un célebre defensor de la religion cristiana, con Turretin en el lugar citado, que „Philon, escritor judío, hablando de la razon ó de la palabra, llegó á llamarla el hijo de Dios, su primogénito, su imagen, el soberano Pontífice, y el mediador entre Dios y los hombres. Estas ideas no eran absolutamente extrañas á los paganos, Philon las habia bebido de ellos en parte; y se sabe que Platón, que en esto podía muy bien ser solo el eco de los sabios orientales, distinguia tres principios, á saber: el primer ser ó lo bueno por excelencia, que habia producido la idea ó la razon, y en seguida la accion ó el espíritu; de suerte que éstos tres principios no constituan mas que una sola y misma esencia, como Porfirio y los otros platónicos lo explicaron. No alegamos estos ejemplos porque tengan una relacion completa con la teologia cristiana, ni porque le sirvan de fundamento, sino solamente para manifestar que no hay razon en atacar este punto de nuestra fé, como si trastornara todo lo que siempre ha estado decidido en materia de filosofia.”

PÁG. 94.

[3] *Me basta que en cuanto á las ideas que encierra, no se pueda demostrar en ellas nada de absurdo.* „Es menester no exigir siempre lo que yo llamo nociones adecuados

y que nada contienen que no sea explicado, puesto que aun las cualidades sensibles, como el calor, la luz, la dulzura, no nos podrian dar tales nociones. Convengamos pues, en que los misterios reciben una explicacion; pero esta explicacion es imperfecta. Basta que tengamos alguna inteligencia analógica de un misterio, tal como la Trinidad y como la Encarnacion, para que recibéndola no pronunciemos palabras enteramente faltas de sentido: pero no es necesario que la explicacion vaya tan lejos como se pudiera desear, es decir, que llegue hasta la comprehension y al como. . . . El como nos excede, y no nos es necesario. Se puede decir de las explicaciones de los misterios que se divulgan por aqui y por acuyá, lo que la reina de Suecia decia en una medalla de la corona que habia dejado: *non me bisogna é non mi basta.* [*] (*Leibnitz, discurso sobre la conformidad &c.*)

PÁG. 96.

[4] *Los mas grandes hombres. . . han trabajado en defender y justificar en este punto su creencia.* El discurso preliminar de la Theodisea de Leibnitz, titulado: *De la conformidad de la fé con la razon*, y que sirve de respuesta á los mas ingeniosos sofismas de Bayle, se dirige casi todo entero hácia este fin, la defensa de la religion y de sus misterios. Leibnitz, este génio tan vasto y tan sublime, en el tiempo de sus mas grandes trabajos y de sus mas atrevidas producciones, compuso en latin un tratado intitulado, *Sacrosancia Trinitas per nova argumenta lógica defensa*, „la Trinidad santa defendida por argumentos lógicos nuevos.” Sin pretender explicar el misterio ni probarlo con razones filosóficas, solamente se trata de manifestar en este escrito, que la sana lógica es favorable bajo este respecto á la fé de los Ortodoxos. Tambien el sábio Tillotson, decia sobre esta materia, que no temia las disputas con los Socinianos, y que convenia voluntariamente en que esta causa se debatiera ante el tribunal de la razon, así como ante el de la Escritura explicada por la tradicion general de la Iglesia cristiana. (*Segundo sermón sobre la divinidad de Jesucristo*).

Empero sin hablar de todas las obras con que muchísimos grandes hombres, de todas las comuniones cristianas, han tomado la defensa de nuestros misterios, permítaseme citar una de ellas, que me ha admirado, todavía ménos por su título, que por la exactitud y la profundidad de espíritu y de conocimientos con que este título está desempeñado. Así se titula este libro: *Presencia corporal del hombre en muchos lugares, probada como posible por los principios de la*

[*] *No necesito de ella, y no me basta.*

buena filosofía, en contestacion al desafio de un periodista holandés. Su autor es el de las *Cartas á un Americano*, tan conocidas por su buen éxito; comienza por establecer en el sentido mas católico y mas riguroso, todas las condiciones del problema que tiene de resolver. En seguida parte de la hipótesis del cuerpo prototipo, que Nieuwentyt habia propuesto para probar la posibilidad de la resurreccion de los cuerpos, apesar de las objeciones que se forman contra ella: desarrolla, perfecciona esta hipótesis, añade á ella, sobre la identidad personal y las otras partes necesarias á la solucion del problema, principios tomados juntamente de la metafísica mas sencilla y mas verdadera, y de las observaciones mas constantes que la física nos puede suministrar; y deduce de aquí de un modo sensible la verdad de su proposicion. Esto no es, como él mismo lo dice, atreverse á pretender que su resolucion, en cuanto al Ser Supremo, sea la verdadera, ni que ella nos descubra todo el misterio, pero hasta manifestar, que si la sola razon puede enseñarnos un medio para el cual este misterio sea posible, con mayor razon el entendimiento divino debe tener en los recursos de su sabiduría y de su fecundidad, una infinidad de otros medios, para efectuar lo que á primera vista nos parece como imposible, por nuestra falta de conocimientos y de luces. Leibnitz, en el discurso preliminar de que he hablado, habia entrevisto la posibilidad de este misterio en el sentido luterano. Y el Abate Lignac lo ha demostrado en el sentido católico mas estricto.

Para sacudir enteramente las preocupaciones que aun halla podido adquirir contra los misterios de la religion, se puede añadir á la lectura de esta obra, la de otro libro igualmente interesante, intitulado: *La fé justificada de todo reproche de contradiccion con la razon*. Estas obras no son propias para adornar un tocador, convengo en ello: por eso no las propongo á todo el mundo, si solamente á quienes dotados de un espíritu verdadero y de un corazon recto, y extraviados mas por prevencion que por pasion, mas por una duda mal fundada que por libertinaje ó preocupacion, no creieran que les costaba mucho exámen y estudio el conocimiento de la verdad.

PÁG. 100.

[5] *Los Descartes.* Seria menester no conocer ni su vida ni sus obras para solo sospechar de su fé. Descartes parece que tuvo acerca de la religion, aquella conviccion de sentimientos que la santidad de sus leyes y la sublimidad de su moral produce en las almas rectas. Esto era la causa de que no se atreviese á sujetarse á razonamientos vanos, como lo

repite en muchos pasajes de su método y en sus otras obras. No siempre se limitaba á respetarla, sino que la profesaba, la quería y enseñaba á los demás á quererla y profesarla como él. Hay sobre todo un testimonio mui brillante de esto en el certificado en que la célebre Cristina, reina de Suecia, confiesa, que despues de Dios, debe á Descartes, así como á su ilustre amigo M^o Chanut, su conversion á la fé católica. Se pueden ver en su *Vida*, escrita por Baillet, otras pruebas mui sorprendentes de su celo por la religion, de su exactitud en cumplir los deberes de esta, de su asiduidad en frecuentar los sacramentos en el seno de la Holanda y de la Suecia, de su fé humilde y sumisa, aún cuando filosofaba mas libremente; y muchas veces la filosofia venia entonces en apoyo de la fé, y confirmaba su armonia con la razon, como él mismo lo declara en muchas de sus cartas, tan conformes á la religion como á la sana filosofia. Esto es lo que lo autorizó para escribir á cierta persona, con motivo de sus obras, que de ningun modo temia que en el fondo se hallase alguna cosa que fuese contra la fé. „Por el contrario, añadia, jamás la fé ha estado tan sólidamente apoyada en las razones humanas, como puede estarlo si se siguen mis principios; pero sobre todo la transubstanciacion, que los Calvinistas juzgan imposible explicar por la filosofia ordinaria, y mui fácil por la mia.” (Tomo 1.º de sus Cartas, pág. 518).

En efecto se explicó allí para responder á una objecion de Arnaud, de un modo que dejó satisfechos á muchos católicos, que creyeron encontrar allí menos dificultad que en la de las escuelas. Pero se le ha oido decir muchas veces despues, que si los hombres estuviesen todavía un poco mas acostumbrados á su modo de filosofar de lo que estaban entonces, podia darles á conocer otro medio de explicar este misterio, que cerraria la boca á los enemigos de nuestra religion, y al cual no podrian contradecir. (*Relaciones manuscritas, y tomo 1.º de las Cartas, pág. 525.*)

PÁG. 100.

[6] Leibnitz. Vease la nota (4).

PÁG. 100.

[7] Los Newton. Este hombre de un genio superior y único tal vez, estuvo siempre tan perfectamente convencido de la verdad de la religion cristiana, como lleno de apego hacia ella. Tan penetrado estaba de ella, que la recuerda y le rinde homenaje casi en todas sus obras, y hasta en su *Optica*. Su libro favorito era la Biblia, pero su es-

tudio principal fué el del Nuevo Testamento. Al fin de su Cronología se hallan reflexiones acerca del concierto y encañamiento de los hechos contenidos en el Evangelio.

PÁG. 100.

[8] Los Mallebranche. El P. Malebranche es quizás de todos nuestros escritores, quien mejor ha visto la religion en grande, y comprendido mejor aún por las vias filosóficas toda la dignidad del Verbo encarnado, relativamente á la gloria del Criador y al sistema completo de la creacion.

PÁG. 100.

[9] Los Bernouilli. D'Alembert ha hecho á este propósito esta confesion mui distinguida y mui honrosa para los dos: „Mr de Bernouilli, me era conocido solamente por sus obras; le debo casi totalmente los pocos adelantos que he hecho en la geometria, y el reconocimiento exige de mí el homenaje que voy á tributar á su memoria. . . Sin embargo adicto á la religion, la respetó toda su vida sin ruido y sin ostentacion. Entre sus papeles se han hallado pruebas escritas de su afecto á ella, y será menester aumentar con su nombre la lista de los grandes hombres que la han mirado como la obra de Dios; lista capaz de arredrar, aún antes del exámen, á los mejores espíritus; pero suficiente al ménos para imponer silencio á una chusma de conjurados, enemigos impotentes de algunas verdades necesarias á los hombres, que Pascal ha defendido, que Newton creia, y que Descartes ha respetado.” (*Elogio de Bernouilli.*)

PÁG. 100.

[10] Los Wolfio. Vease el compendio en tres volúmenes que ha dado Formey de la grande obra latina de Wolfio, del *Derecho natural y de gentes*; y á la cabeza de este compendio, la vida de este hombre ilustre, uno de nuestros mas grandes filósofos y de nuestros mas sábios matemáticos. Sus últimas palabras al morir fueron estas: *Jesús, mi redentor, fortificadme en estos momentos.*

PÁG. 100.

[11] Los Grocio. Casi nadie hay que no haya oido hablar de la excelente obra de Grocio, sobre la verdad de la religion cristiana. Este hombre, uno de los mas bellos es-

píritos y de los mas sábios, es principalmente admirable por este pequeño libro, en que se emplearon todos los géneros de erudicion, no por ostentacion y lujo, sino para servir de pruebas esenciales sobre los puntos mas interesantes de hecho.

Le Clerc, puso notas á esta obra; y este hábil crítico compuso tambien un tratado sobre la incredulidad, que merece ser leído.

PÁG. 100.

[12] *Bacon*. A quien todos los hombres literatos y sábios reconocen por el autor ó restaurador de la sana filosofía, se gloriaba de ser discípulo de la religion. (Vease el *cristianismo de Bacon*, 2.º volumen).

PÁG. 100.

[13] *Los Adisson*. El célebre Adisson compuso un *Tratado de la religion cristiana*, del que tenemos una traduccion francesa impresa en Lausane.

PÁG. 100.

[14] *Un Locke*. Locke tuvo como filósofo sus sistemas; como cristiano, tuvo desgraciadamente sus opiniones particulares: pero su libertad de pensar, su espíritu de tolerancia, aún sobre artículos fundamentales de la religion cristiana, no le impidieron reconocer primeramente, que los errores provenientes de la indocilidad, no son de aquellos que perdonará el justo Juez; y en segundo lugar, que cada uno está obligado á buscar de buena fé y con sinceridad lo que Jesucristo enseña, creerlo, practicarlo, y arrepentirse de sus pecados para justificarse por la fé de Jesucristo. En una palabra, creia en la necesidad de la revelacion, en la redencion, en las profecias, en la mision divina de Jesucristo, en su Resurreccion, en su postrera venida, en sus milagros y en sus obras. Parece tambien que admitia la satisfaccion por los méritos de Jesucristo; y se defendia muy fuertemente de ser Sociniano, como se le acusaba con cierto fundamento. (Vease su *Critianismo racional*).

PÁG. 100.

[15] *Un Pope*. Pope aunque inglés, y en el seno de su patria, siempre vivió en la profesion pública de la religion católica. El mismo dá una prueba muy auténtica de esto en su carta á Racine el hijo.

El caballero de Ramsay, con quien estaba intimamente ligado, da de él con este motivo el mas glorioso testimonio, el de mostrarse respecto de su creencia, superior á las tentaciones mas seductoras. Veanse las cartas que siguen del *Poema de la religion*. No ignoro apesar de esto, que se ha procurado presentar como equívocas las pruebas tan positivas que este ilustre poeta dió de su fé; pero yo prefiero creer á su palabra, y juzgarle juntamente católico y veraz, mas bien que creerle deista é impostor. Ademas de esto, sin duda no se atiende bastante á otro testimonio que dá de él Warburton, su compatriota y su amigo, cuando al publicar la nueva edicion de sus obras (*Advertencia*, páginas 10 y 11), no solamente prometió dar cuenta extensa de las obras de Pope en la *Historia de su vida*, sino tambien defender su carácter moral con el detalle de sus virtudes, de su piedad filial. . . de su profundo respeto á la divinidad, y sobre todo de su adhesion sincera á la revelacion. Que autoridad, fuera de la de Pope mismo, debe tener aqui mas peso que la de un hombre que tantas veces le ayudaba con su ciencia y sus conocimientos, y que hasta en su muerte vivió con él en la union mas tierna y mas íntima? No se puede por tanto mirar los objetos de duda que el poeta inglés dió de su fé, sino á lo mas como una consecuencia de las contradicciones que nacen en la mayor parte de los hombres, de la oposicion que la naturaleza puso entre nuestro corazon y nuestro espíritu, entre nuestra razon y nuestros sentidos; y que como lo observa el Abate Yart (*Idea de la poesia inglesa*, tomo 3.º), se reconcentra en Pope mucho mas que en cualquiera otro hombre.

PÁG. 100.

[16] *Un Hobbes acaso &c.* Veanse al fin de su obra latina de *Cive*, edicion de Amsterdam, año de 1690, los capítulos bajo el título *Religio*. Apesar de los principios erroneos que contienen, es preciso reconocer que Hobbes tributó en ellos un homenaje sincero á la religion cristiana, y que de muy buena fé prueba en ellos la divinidad de ella y la de Jesucristo. Este hombre tan peligroso por sus extravios, era en mi concepto un filósofo de grandes miras, pero que extraviado como casi todos los filósofos por el espíritu de sistema, creyó poder amoldar las verdades de la religion y de la moral, á la que desgraciadamente se habia formado

PÁG. 101.

[17] *Los Corneille*. Tenemos del gran Corneille una traduccion en verso de la *Imitacion de Jesucristo*, menos

recomendable por la poesía, que por el espíritu de religion que la dictó.

PÁG. 101.

(18) *Los Despreaux*. „El respeto de Despreaux á la religion era puro y severo. Si no compuso contra los incredulos doscientos epigramas, como un piadoso versificador de nuestros dias (*), por lo ménos no dejó escapar en sus versos ninguna ocasion de ridiculizarlos, especialmente á aquellos, que incapaces aún de una mala lógica, ponen en la incredulidad mas pretension que buena fé, y en algunos, decia, el error es todavía ménos una desgracia que una necesidad. Manifestó en la práctica de la religion un discernimiento tan ilustrado, como apego á la creencia de sus padres.” (*D'Alembert, Elogio de Despreaux*).

PÁG. 101.

(19) *Un J. B. Rousseau*. Vease en las obras de Rousseau la Epistola VII del 2.º libro, dirigida á Racine hijo, donde se lee la expresion de su arrepentimiento, su conversion á la religion, y donde se describen tan bien el extravio, la audacia y la flaqueza de nuestros pretendidos espíritus fuertes.

En este siglo entregado á la rebelion, la impiedad marcha á cara descubierta, nada le admira; y el crimen rebelde no tiene apoyo mas firme que ella. Esas legiones, esas ardientes armadas de espíritus sutiles, de pigmeos ingeniosos, que sobre montones de argumentos acumulados, levantados ridiculamente contra el cielo, cual soberbios Encélados, redoblando sus locas escaladas, diariamente van á llevar la guerra con impunidad hasta el seno de Dios, estos corren de todas partes á alistarse bajo sus banderas, bajo sus fieros estandartes, con ciega confianza; muy pronto vendrán, sin escrúpulo y sin pudor á exigirle cuenta de sus decretos; y aun desde ahora, arbitros de su ley, llevan en la mano los rayos de su razon, prontos para destruir la fé. ¿Y pensais en lo insensatos que sois? Vuestra razon, que siempre ha flotado solo en la turbacion y en la obscuridad, y que arrastrándose apenas por la tierra, quiere levantarse sobre el trueno y al menor escollo que aquí se le presenta, se atolondra, tropieza y cae á cada paso: y ¿quereis, enorgullecidos con esta chispa, armar pleito contra Dios por lo que ha revelado?

(*) *Destonches, de la Academia francesa, autor del Glorioso.* (Vease su elogio por *D'Alembert*).

PÁG. 101.

(20) *Un La Fontaine*. Así como nada es mas licencioso que la mayor parte de sus obras, así tambien nada hay mas edificante que la historia de su conversion. Se puede ver la descripcion de ella en la carta del Padre Poulet, del Oratorio, al abate d'Olivet, de la Academia francesa; se ve á la cabeza del primer volumen de las *Obras diversas de La Fontaine*, y en las *Memorias de literatura y de historia*, del P. Desmolets, tomo 1.º, parte 2.ª, pág. 285. Se leen con mucha edificacion sus disposiciones cristianas, en una carta que su amigo Maucroix le escribió pocos dias antes de su muerte, acaecida en 1609 algunos años despues de su conversion. A la hora de su fallecimiento y la de desnudarle, se le halló cubierto de un cilicio.

PÁG. 102.

(21) *Nos damos por sábios; llamamos á nuestro siglo el siglo de la filosofia &c.* Nunca se vió sin duda tanto ingenio, tantas producciones atractivas, ni mas moralidad. ¿Y qué hay mas sesudo que nuestros jóvenes señores? ¿Qué admirable uso hacen de sus riquezas! ¿Qué gusto en sus placeres! Qué eleccion en sus queridas! El honor de nuestras mugeres principalmente, no infunde sospecha. Tambien yo me abstengo de hablar de esto por respeto. Yo admiro á nuestros sábios. ¿Cuántas flores y recreos ha esparcido su filosofia en la vida! Gracias á sus trabajos, estamos libres del peso de los deberes y de las viejas preocupaciones. Todos nuestros corrillos abundan en agradables petulantes. Nuestros economistas discuten en sus cenas divinas. Nuestros abates son bien parecidos. Nuestros tinterillos son filósofos. Yo soy de vuestra opinion: ¡maravilloso es nuestro siglo! (*Palissot*).

PÁG. 102.

(22) *Aquellos géneos famosos del último siglo, aquellos hombres verdaderamente grandes, á quienes el orgullo filosófico se vió precisado á tributar homenaje*. ¡Precisado á tributar homenaje! Ah! Comienza por dispensarse de ello cuanto puede. Desesperando de levantarse hasta su altura, se tomó el camino mas corto, el de abajarlos hasta ponerlos á nivel de ellos. Corneille es un declamador; Boileau no tiene ni *numen* ni *fecundidad*; La Fontaine no merece ser contado entre los que honraron el siglo de Luis XIV. Racine habla como *metafisico*, mas bien que como hombre sensible; sus tragedias no eran mas que *diálogos* bien escritos y bien rima-

dos; y fuera de tres ó cuatro odas y algunos epigramas, J. B. Rousseau no hacía mas que versos. Fenelón escribió de un modo débil; Bossuet, hizo de su ingenio un uso miserable, y su Historia universal solo es una producción árida. En siglos mas remotos, el mismo Ciceron no era mas que un retórico.

¡Siglo singular el nuestro! Todas las ideas se han trastrocado en él; las nociones mas generalmente recibidas son hoy contradichas; el verdadero gusto es desconocido, y su santuario indignamente profanado: bajo el despotismo férreo y absoluto de nuestros sábios literatos, todos los grandes talentos son deprimidos; digámoslo mejor, bajo su pretendido compás geométrico, el buen sentido es destrazado, y el sentimiento reducido á nada. Tal es la obra digna de la moderna filosofía! No pudieran pintarse mejor sus delirios que en estos versos de Pompignan.

„Si, pronto veremos á estos pequeños conquistadores, tiranos audaces del Parnaso francés, que proscriben las maravillas de sus famosos maestros, y cómo su orgullo quiebra el cetro de Corneille. Así se vió á los Romanos en sus dias relumbrosos, degradar la época dichosa del segundo de los Césares, sepultar á Horacio y desterrar á Lucilo, preferir la Farsalia á los lindos versos de Virgilio, ensalzar el espíritu erguido del maestro de Neron, y bostezar sin pudor leyendo á Ciceron. La lengua misma, ménos bella y ménos pura ya, se sonroja de franquearse á la sencilla naturaleza; aquella dichosa claridad, su mas sólido apoyo, que á su pesar admiraba el extranjero mismo, aquel orden luminoso, su número y cadencia, parece que abandonaron nuestra elocuencia y nuestra versificación. El estilo se ha vuelto seco, ménos vigoroso que tirante; y por querer decirlo todo, ya no es uno entendido. El público en adelante, fascinado por sus guías, solo quiere ser ofuscado con rápidos fulgores; amigo de lo extravagante, ávido de novedad, y para colmo del error enemigo de lo verdadero bello.”

„Deberemos admirarnos de nuestros extravíos en todo género? „Hoy, como lo dice muy bien Rousseau, ya no se es, tudia ni se observa; se sueña; y se nos presenta con gravedad por filosofía, el sueño de algunas malas noches.”

PÁG. 103.

(23) „Hay muchos. . . que no mienten á su propio corazón? Entre nuestros autores mas modernos, pasamos aqui en silencio muchos nombres famosos, porque la apología de la religion no es una sátira, y porque en las notas que creimos deber añadir al texto, nos hemos propuesto guardar siempre aquella moderacion que cuadra tan bien á la verdad, y que la misma religion prescribe. Pero entre los autores que ya no existen, se nos permitirá que citemos por lo ménos algunos ejemplos notables, elegidos entre otros mil que

son la prueba mas palmaria del poco crédito que se debe dar á la autoridad de aquellos hombres que manifiestan combatir toda revelacion.

Montesquieu, (quién hubiera podido esperar tanta flaqueza de un hombre tan grande!), este ilustre autor de las *Cartas persianas*, y *del Espíritu de las leyes*, que al parecer dejó señales de su poca sumision á la fé, al mismo tiempo que las daba de la grandeza de su ingenio, este hombre nacido para dar el tono á su siglo, lo habia desgraciadamente recibido de él. Se ha sabido que él siempre fué cristiano de corazón, y estuvo penetrado profundamente de respeto hácia la religion; mas el gusto de lo nuevo y de lo singular, el deseo de pasar por un genio superior á las preocupaciones y máximas comunes, el priuro de agradar y contar entre sus admiradores y partidarios, á aquellos hombres que habiendo sacudido el yugo de toda dependencia, se arrogan un derecho supremo á la estimacion pública, y parece que distribuyen á su agrado la gloria y la inmortalidad, le habían obligado á emplear el mismo lenguaje que ellos: lenguaje cien veces desmentido hasta en sus escritos, por las confesiones que su propio corazón le arrancaba en favor de la religion. De todos estos objetos se hallarán los pormenores mas interesantes en una carta que el P. Routh hizo imprimir, que yo tengo en mis manos, y cuya exactitud y autenticidad puedo comprobar en todo tiempo; allí se reconocerá sin dificultad que Montesquieu, no solo cumplió todos sus deberes con decencia en el lecho de la muerte, sino que aun durante su vida, dió en muchas ocasiones pruebas de su fé, que confirman cuanta religion y arrepentimiento han dado á conocer sus confesiones y disposiciones últimas. *La revelacion*, decia en particular á Madama la duquesa d'Aiguillon antes de su muerte, *es el mas bello presente que Dios pudiera haber hecho á los hombres.* [*]

(*) „Vease el elogio de Montesquieu, por Mau-pertuis, impreso en Hambourg el año de 1755. Sepodria citar aqui la muerte del mismo Mau-pertuis, que ha sido asunto de las burlas de Voltaire, si no supieramos que fué precedida de muchos años de conversion. Durante esta época, aquel académico ilustre, se manifestó constantemente, aunque en circunstancias bastante criticas, muy superior á la baja manía de parecer espíritu fuerte, y á las bufonadas insulsas de los enemigos de la religion. El hizo públicos los motivos de su cambio. Uno de sus principios era, que la verdadera religion debia conducir al hombre á su mayor bien por los mayores medios posibles; y que solo la religion de Jesucristo tenia esta doble ventaja.

El segundo ejemplo es el de Baulanger, que ha pasado por el autor del *Cristianismo desmascarado*, y del *Despotismo Oriental*, &c. Cae enfermo, y apesar de los testimonios tan palpables de su odio à la religion y de su dedicacion à combatirla, permite que vayan á buscarle al vicario de su parroquia, Mr. L. . . . actualmente canónigo de San Honorato. Conferencia con él repetidas veces, se instruye, se ilustra: confiesa que jamás ha tenido mas que dudas, nubes mas bien que una verdadera incredulidad, y que los elogios pomposos hechos á sus producciones manuscritas en sus sociedades filosóficas, le embriagaron y sedujeron mas que todo. Se confesó con las muestras del mas vivo arrepentimiento; al recibir los últimos sacramentos, hace una reparacion auténtica de los escándalos de su irreligion, y expresa del modo mas penetrante y persuasivo sus remordimientos, y el único pesar que al morir le queda de no poder reparar suficientemente todo el mal que pudo causar.

El Marques D'Argens, autor de la *Filosofia del buen sentido* y de otras muchas obras perniciosas, segun se dice, acabó sus dias con las mismas disposiciones. A lo ménos algunos años antes de su muerte habia dado esperanzas de conversion a su hermano, el presidente D'Equiles, dedicándose á una lectura frecuente de los libros santos, y particularmente del nue-

Voltaire ménos que nadie tenia derecho de burlarse de la muerte de Maupeituis, puesto que él con abjuraciones tan solemnes, dejaba por lo ménos esperanza de que le imitaria en los últimos años de su vida. ¿Y quién no sabe por lo demás, que nuestros mas feroces incrédulos, en el menor peligro, ven la religion cristiana con muy diferentes ojos que cuando estaban en salud!

Tr. . . . célebre médico, hablando un dia en casa de uno de nuestros mas respetables prelados, y en presencia de Principe de Wurtembrg, de este corifeo de la nueva filosofia, que tuvo el atrevimiento de ponerlo por testigo de la firmeza que tuvo en una enfermedad que le llevó à las puertas de la muerte, se expresó así: „Todo el testimonio que yo habria podido dar de él, es, que nunca habia yo visto „sino en este hombre, hasta donde puede llegar el último „exceso del miedo.” Si al morir no nos ha consolado con su arrepentimiento, los que le vieron de cerca en sus últimos momentos, no ignoran cuan aterrizados estaban sus partidarios mas celosos por sus agonias y su desesperacion. Y despues de todo, ¿qué frase aquella de San Agustin! Laudantur ubi non sunt, cruciantur ubi sunt.

vo testamento. Hubo tiempo en que le dijo: „Podrà llegar un dia en que yo piense como vos; ya estoy en punto de ni creer ni no creer.” Poco tiempo despues aseguró por último que creia. Es bastante singular un rasgo suyo que el mismo presidente me refirió. Este magistrado, tan lleno de celo por la religion, habia pensado en otro tiempo como el Marqués D'Argens; tenia un tercer hermano, que estaba mui léjos de participar de la incredulidad de aquellos. Un dia, platicando ambos de las opiniones de este y ridiculizándolas, dijo el Marqués D'Argens al presidente: *Con todo, hermano mio, nos mofamos de su simplicidad, y apesar de ella, si yo tuviese un depósito que confiar, no habia de ser á tí, sino á él.*

No hablaremos aquí de La Mettrie, de aquel filósofo cínic (*); del conde de Boulivilliers, muerto en brazos del P. de La Borde, del Oratorio, con los sentimientos de una sincera penitencia, y al que por otra parte malamente se atribuye la obra impia tan conocida bajo su nombre; de Maillet, el autor de Telliamed, muerto en Marsella en 1758, despues de haber abjurado sus sistemas; y de tantos otros que murieron tambien detestando sus errores. ¿Qué lista tan propia para aumentar la de los hombres mas sábios y mas fieles de que hablaba D'Alembert! (Véase atras la nota 9).

Esta clase de ejemplos de conversiones tardias, tan comunes en todo tiempo, hizo sin duda que Sainthibal, famoso espíritu fuerte dijese respecto de Bayle: „No nos hacen mucho honor cuando se ven en el lecho de la muerte, se deshonoran, se desmienten, mueren como todos los demás.” Hay

(*) El P. Hayer, recoleto (en su Tratado de la espiritualidad y la inmortalidad del alma, discurso preliminar, pág. 15) dió este testimonio de él: „Murió con el mas vivo pesar de haber dado en las extravagancias del materialismo. Yo he sabido este acontecimiento del único que recojió en Berlin sus últimos suspiros.

„El P. Hayer, supo, y nosotros lo sabemos como él, dice el Abate Trublet, que La Mettrie al morir se arrepiñó de sus extravios; nosotros lo habiamos muchas veces predicho, y nos hemos consolado al saberlo. Algunos filósofos por el contrario, sintieron mucho esto y se avergonzaron por ello: uno de ellos no pudo ménos que decir, que La Mettrie los habia deshonorado en su vida, y mucho mas en su muerte. Durante su vida habia confesado imprudentemente todas las consecuencias de sus principios; en su muerte abandonó cobardemente sus principios mismos.” (Véase el trozo del Abate Trublet sobre La Mettrie, en el diario cristiano del mes de Mayo de 1758).

sin embargo que hacer aquí algunas excepciones entre nuestros incredulos, principalmente hoy. Los unos contenidos por la vergüenza de retractarse á vista de los mismos á quienes sedujeron, rehusan con obstinacion los socorros que una religion siempre misericordiosa y bienhechora, les ofrece todavía en estos últimos momentos, y prontos á comparecer ante el Dios de quien blasfemaron, se empuñan contra su propia conciencia: los otros, continuamente rodeados de los cómplices de sus desórdenes y de sus compañeros de incredulidad, no tienen la libertad que quisieran tener para dejarse acercar el ministro de paz, que conmovido de su suerte, viene á ofrecerles juntamente consuelos y luces: otros, por último, despedazados interiormente por el espantoso recuerdo de todo el mal que han hecho, se entregan á todos los horrores de la rabia y de la desesperacion, y mueren como furiosos. Tal ha sido, como lo hemos dicho mas arriba, el fin deplorable de aquel hombre desgraciadamente célebre, de Voltaire, que tanto ha contribuido á depravar nuestras opiniones y nuestras costumbres. Por quanto á las disposiciones secretas de los impíos en su vida, se puede decir de ellos, al ménos de la mayor parte, lo que decia Bayle mismo hablando de su creencia. „No es una fé extinguida; solo es un fuego cubierto bajo la ceniza. Resienten su actividad luego que se consultan, y principalmente á vista de algun peligro. Entonces se les ve temblar como á los demás hombres. La memoria de haber manifestado mas desprecio del que sentian á las cosas santas; y de haber procurado eximirse interiormente de este yugo, redobla su inquietud.” (*Diccionario Histórico y crítico, art. Desbarreaux*).

CARTA TRIGESIMA SEGUNDA.

LA CONDESA DE VALMONT AL MARQUEZ.

¡Se van! ¡Se llevan á Senneville! Me arrebatan lo que habia mas querido para mí despues de vos, despues de mi marido.... Nos dejan á los dos en la admiracion, la sorpresa, las lágrimas, y en una mezcla inconcebible de gozo y de dolor, de contento y de pesar. ¡Qué familia la de Mr. de Veymur? ¡Y sobre todo, qué amigo como Mr. d'Orval! ¡Qué amigo, qué ángel tutelar nos ha dado el cielo! Despedaza nuestro corazon por el lado mas sensible, nos arranca el mayor de todos los sacrificios, y aun así nos obliga á bendecirle.

¡Qué acciones de gracias debemos, padre mio, á vos que habeis preparado estos acontecimientos! ¡Cuáles debemos al cielo, que ha sido el primero en proporcionarnos! ¡Y cuántas le debemos por todo el bien que nos ha hecho!

Sin embargo, Senneville está léjos de nosotros; vos la veréis casi al mismo tiempo que recibais la carta que os escribo.... ¡Mas yo no la veré por mucho tiempo....! ¡Qué digo? acaso no la veré jamás. Al separarse de nosotros estaba como dividida en mil sentimientos diferentes. Su tierna amistad conmigo combatia con el gusto que experimentaba de ir á establecerse cerca de vos; de seguir á una familia respetable que ha de ser la suya; á un hombre como Mr. d'Orval, que por tantos títulos se hace su padre y su amigo; á un esposo, ó al ménos á un hombre amable que pronto lo será, y por quien su inclinacion se pondrá de acuerdo pronto con su deber.... Ah! ¡Cómo se dirigian sus ojos llorosos alternativamente á Madama de Veymur y á mí! ¡Cuán estrechamente me apretaba entre sus brazos! ¡Cómo se confundian sus lágrimas ardientes con las mías! Por fin Mr. d'Orval nos separó; hizo que la ternura cediese á la razon y al deber.

¡Padre mio! ¡Qué fuerza y qué imperio tiene la virtud! ¡Y qué prodigios obra! La de Mr. d'Orval ha triunfado de mi jóven amiga, de mí, de mi marido, y mui pocos instantes han bastado para su triunfo. Dos palabras de vuestra parte nos habian anunciado su llegada [a]. El se presentó con madama y caballero de Veymur [b]. Nosotros solo eramos tres, el Conde, Senneville y yo. Despues de algunos momentos de una conversacion ya mui interesante, pues que se versaba sobre vos, Mr. d'Orval, como participando de la pena que yo manifestaba por vuestra desgracia, me hizo

[a] Esta carta no se halla aquí.

[b] El hermano de Mr. de Veymur, de quien se habló en las cartas undécima y décima séptima.

sin embargo que hacer aquí algunas excepciones entre nuestros incredulos, principalmente hoy. Los unos contenidos por la vergüenza de retractarse á vista de los mismos á quienes sedujeron, rehusan con obstinacion los socorros que una religion siempre misericordiosa y bienhechora, les ofrece todavía en estos últimos momentos, y prontos á comparecer ante el Dios de quien blasfemaron, se empuñan contra su propia conciencia: los otros, continuamente rodeados de los cómplices de sus desórdenes y de sus compañeros de incredulidad, no tienen la libertad que quisieran tener para dejarse acercar el ministro de paz, que conmovido de su suerte, viene á ofrecerles juntamente consuelos y luces: otros, por último, despedazados interiormente por el espantoso recuerdo de todo el mal que han hecho, se entregan á todos los horrores de la rabia y de la desesperacion, y mueren como furiosos. Tal ha sido, como lo hemos dicho mas arriba, el fin deplorable de aquel hombre desgraciadamente célebre, de Voltaire, que tanto ha contribuido á depravar nuestras opiniones y nuestras costumbres. Por quanto á las disposiciones secretas de los impíos en su vida, se puede decir de ellos, al ménos de la mayor parte, lo que decia Bayle mismo hablando de su creencia. „No es una fé extinguida; solo es un fuego cubierto bajo la ceniza. Resienten su actividad luego que se consultan, y principalmente á vista de algun peligro. Entonces se les ve temblar como á los demás hombres. La memoria de haber manifestado mas desprecio del que sentian á las cosas santas; y de haber procurado eximirse interiormente de este yugo, redobla su inquietud.” (*Diccionario Histórico y crítico, art. Desbarreaux*).

CARTA TRIGESIMA SEGUNDA.

LA CONDESA DE VALMONT AL MARQUEZ.

¡Se van! ¡Se llevan á Senneville! Me arrebatan lo que habia mas querido para mí despues de vos, despues de mi marido.... Nos dejan á los dos en la admiracion, la sorpresa, las lágrimas, y en una mezcla inconcebible de gozo y de dolor, de contento y de pesar. ¡Qué familia la de Mr. de Veymur? ¡Y sobre todo, qué amigo como Mr. d'Orval! ¡Qué amigo, qué ángel tutelar nos ha dado el cielo! Despedaza nuestro corazon por el lado mas sensible, nos arranca el mayor de todos los sacrificios, y aun así nos obliga á bendecirle.

¡Qué acciones de gracias debemos, padre mio, á vos que habeis preparado estos acontecimientos! ¡Cuáles debemos al cielo, que ha sido el primero en proporcionarnos! ¡Y cuántas le debemos por todo el bien que nos ha hecho!

Sin embargo, Senneville está léjos de nosotros; vos la veréis casi al mismo tiempo que recibais la carta que os escribo.... ¡Mas yo no la veré por mucho tiempo....! ¡Qué digo? acaso no la veré jamás. Al separarse de nosotros estaba como dividida en mil sentimientos diferentes. Su tierna amistad conmigo combatia con el gusto que experimentaba de ir á establecerse cerca de vos; de seguir á una familia respetable que ha de ser la suya; á un hombre como Mr. d'Orval, que por tantos títulos se hace su padre y su amigo; á un esposo, ó al ménos á un hombre amable que pronto lo será, y por quien su inclinacion se pondrá de acuerdo pronto con su deber.... Ah! ¡Cómo se dirigian sus ojos llorosos alternativamente á Madama de Veymur y á mí! ¡Cuán estrechamente me apretaba entre sus brazos! ¡Cómo se confundian sus lágrimas ardientes con las mías! Por fin Mr. d'Orval nos separó; hizo que la ternura cediese á la razon y al deber.

¡Padre mio! ¡Qué fuerza y qué imperio tiene la virtud! ¡Y qué prodigios obra! La de Mr. d'Orval ha triunfado de mi jóven amiga, de mí, de mi marido, y mui pocos instantes han bastado para su triunfo. Dos palabras de vuestra parte nos habian anunciado su llegada [a]. El se presentó con madama y caballero de Veymur [b]. Nosotros solo eramos tres, el Conde, Senneville y yo. Despues de algunos momentos de una conversacion ya mui interesante, pues que se versaba sobre vos, Mr. d'Orval, como participando de la pena que yo manifestaba por vuestra desgracia, me hizo

[a] Esta carta no se halla aquí.

[b] El hermano de Mr. de Veymur, de quien se habló en las cartas undécima y décima séptima.

conocer al punto, que en los acontecimientos mas funestos el cielo lleva sus designios, siempre mas admirables á nuestros ojos, á medida que se dejan mas fácilmente penetrar. La desgracia del señor Marqués, me dijo en seguida, parece que ha sido para él como para vos, Madama, el golpe mas terrible; apesar de ello, el cielo está ya justificado suficientemente por quanto á él; en su retiro ha encontrado el reposo, la felicidad por la que tanto tiempo ha suspiraba. Una familia respetable por mil motivos, añadió tornandose á Madama de Veymur y al caballero, parece que aguardaba su presencia para ver colmada su felicidad. Entre ella y Mr. de Valmont se ha formado la sociedad mas agradable: un vínculo mas estrecho debe unirla mas, y ser la garantía de su duracion: por obtener esta garantía preciosa, hemos venido de tan lejos. El señor vuestro padre la pide con instancia. El Sr. caballero la espera, y tiembla de ser desairado. . . . Si, señorita, dijo al momento el caballero con la emoción mas viva y dirigiendo á Senneville una mirada inquieta, una palabra de vuestra parte va á asegurar el consuelo del Sr. Marqués, mi felicidad y la de toda mi familia, ó á cambiar en dolor mortal el gozo que nos causa la esperanza mas dulce. La relación de vuestras virtudes me habia inflamado ya, os veo, y demasiado conozco, que ya no puedo vivir dichoso si no me permitis vivir para vos. Senneville desconcertada se sonrojó, bajó los ojos, me dirigió despues una mirada tierna, que sin dar ninguna esperanza, ámpedó explicaba el rigor de una repulsa. Yo estaba como ella en la mayor turbacion. Mi marido, demudado, temblando y con una violenta conmoción que no pudo disimular, tomó la palabra y dijo con voz entrecortada: Vuestro enlace, señor, es honroso para la Señorita de Senneville. Con él nos honrais: pero la Señorita de Senneville no tiene patrimonio; yo sé que tampoco vos tenéis uno que ofrecerle, y no querriais confiarla á una vida sin comodidad, que pudiera en adelan-

te causar su desgracia y la vuestra. Todo está previsto, replicó inmediatamente Mr. d'Orval. Mi fortuna comenzó por la familia de Mr. de Veymur, que ahora se halla bastante rico para él y para sus hijos, los acontecimientos mas favorables le han llevado mas allá de mi esperanza. Mi único fin era cederla en favor de esta familia á quien en su principio la debí; es cumplir sus deseos y los míos, partirla con el señor caballero en las circunstancias felices con que el cielo nos ha rodeado; y que sea, para bien suyo, y sirva de dote á la Señorita de Senneville: esta fortuna no es mia. Á estas palabras un transporte de admiración nos arrebató. Mi marido, mas cortado que nunca, tartamudeó como yo algunas palabras de gratitud. Su semblante se habia gradualmente animado; las lágrimas corrían de sus ojos; aquel era el momento de la lucha entre la virtud y el amor: el ejemplo de Mr. d'Orval, aquel rasgo heroico de caridad, triunfó en su corazón. Si la Señorita de Senneville accede á esto, dijo, y debe acceder á ello, habreis conseguido, señor, que mi esposa y yo, prestando para ello nuestro consentimiento, hagamos el sacrificio mas penoso. Senneville se levantó al punto, y echándose á mis brazos, me dijo rociándome de lágrimas: ¡Oh mi buena amiga! ¡Cuánto me costará separarme de tí! Pero efectivamente, añadió en voz baja, debo hacerlo: ¿He de ser yo ménos generosa? Si señor, dijo despues á Mr. d'Orval con una voz mas alta y mas firme, me creyera yo ingrata para con vos, para con Madama y toda la familia de Mr. de Veymur, para con el mismo Sr. Marqués, que nos procura la ventaja de conoceros, si á tanta grandeza de alma correspondiese con una repulsa; muy bien conozco, que el único medio que me queda de satisfaceros, es consentir en la union que me proponéis. La fuerza con que mi amiga pronunció estas palabras, cuyos ocultos motivos penetraba yo bastantemente, parece que se nos infundió á nosotros. Una dulce confianza y una especie de contentó y de alegría se presentaron en medio de no-

nosotros. Desde aquel momento, y en los pocos dias que pasamos reunidos, los sentimientos de estimacion y de afecto reciproco crecieron á proporcion que mas nos conociamos. Me parece que aun Senneville, se aficionó por gusto y por convencimiento á quien el cielo le destinaba para esposo. Este digno discípulo Mr. de Veymur, y dichoso fruto de su ternura, de sus virtudes, no temió comunicarnos sus antiguos extravios, su conversion, y lo que debe á su generoso amigo. El sentimiento que dejaba conocer en la noble confesion de sus faltas, nos enternecia tanto como nos afectaban las vivas expresiones de su gratitud. Su edad aunque algo madura para Senneville, no le ha desagradado; ella lo prefiere tratándose de esta eleccion, á aquel, dice, en quien las pasiones hacen sentir toda su violencia y en quien el carácter no está formado todavía.

En cuanto á Madama de Veymur, no puedo explicaros hasta que grado le han grangeado nuestro respeto y nuestro amor, sus maneras dulces é insinuantes, su caracter de bondad, sus sentimientos nobles y puros, su génio siempre igual, su amable franqueza. Mi buena amiga no hallará dificultad en consolarse de mi perdida con este tesoro muy mas real que acaba de adquirir: en ella tendrá tambien una amiga; tendrá mas, tendrá un guia fiel por cuanto sus conocimientos y experiencia; y con respecto á la edad y á los sentimientos, tendrá la mas tierna y mas respetable de todas las madres.

Mas lo que vá á sorprenderos muy agradablemente, es que entre estos acontecimientos tan inesperados, aún antes de perder á Senneville, he recobrado en Valmont un esposo. En pocos dias y por un cambio que acaso habia acelerado la perdida de toda otra esperanza, su ternura hácia mí se ha reanimado con mas fuerza que nunca; sus ojos ya no se dirigen á Senneville; sus consideraciones, sus cuidados han sido todos para mí. Parece que quiere con su arrepentimiento y con su amor, indempizarme de lo que me habia hecho perder; y su conversion es tan sincera, que muchas veces me cuesta trabajo contener el jubilo que experimento.

Sin embargo, lo que atenúa su embriaguez, mezclándole una especie de amargura, es el temor de lo que va á suceder, es la partida de Senneville. Acabo de poner este depósito tan querido en manos de Madama de Veymur; Mr. d'Orval y el caballero la acompañan; vais á recibirla. Las condiciones de su matrimonio se han fijado á nuestra vista, y es muy justo que á vuestra presencia se celebre esta union que ha de labrar su felicidad. Á vos os la deberá, así como yo os debo la vuelta de mi marido... Pero permitidme que lllore todavía por Senneville. ¡Era tan tierna su amistad hácia mí! ¡Sus sentimientos eran tan puros! ¡Participaba tan perfectamente de los míos! ¡Su alma era tan sencilla y tan linda! ¡Qué compañera he perdido!... Ah! ¡Ojalá pueda quedarme para siempre el corazón de Valmont!

Mas ¿porqué me inquieto? Oh! tomo nuevas penas. ¿Seré muy ingeniosa en alarmarme? ¿Son infundados mis temores? El fuego de la juventud, la indiscrecion de la edad, la impetuosidad del carácter, la poca experiencia, los amigos falsos, la carencia de principios y la irreligion, todo me atormenta en Valmont, y si yo creyera en los presentimientos, creeria que desde el censo de mi actual felicidad estoy tocando la mayor de mis desgracias. El amor mismo que mi marido me manifiesta, toma un carácter de celo que me asusta; y ¿lo creeriais? Lausane es el objeto de él. Á veces le observa con una mirada sombría, un momento despues se sonrie con las sofismas que emplea conmigo: pero su mirada es inquieta, su risa es forzada. Lausane lo advierte, se divierte con ello, y por un refinamiento de maldad juega irritando sus inquietudes y temores. Parece que triunfa y á su turno recobra el ascendiente que mi marido parecia haber adquirido sobre él; redobla sus instancias: en los cuidados que me prodiga pone mas afectacion que nunca. Todo este manejo me desconcierta; y no puedo ni me atrevo á valerme de él para poner fin á visitas que me molestan, y

que temo mucho mas desde que descubro en ellos mas vanidad que pasion. El partido mas corto fuera inducir á Valmont á romper enteramente con él: pero un rompimiento entre ambas fuera un estallido verdadero, y en las actuales circunstancias tal estallido seria peligroso. Las nuevas gracias que el Rey acaba de conceder á Lausane, prueban bastante que goza del mas alto favor, y me obligan á guardarle consideracion. ¿Siempre debería el Conde estimarme bastante para estar celoso? ¿Mas que digo? ¿Puede uno pedir á las pasiones la equidad, el discernimiento y la sangre fria de la razon?

Acabo de pintaros mis placeres, mis penas, mis perplejidades y mis temores: sed siempre mi guia y el de mi marido. Dignaos hablarme de mi joven amiga. Ay! con mucho gusto la hubiera yo acompañado, si mi deber, si mi embarazo ya muy adelantado, aunque no lo parece tanto, no me hubiesen detenido á mi pesar. Sostenedme con vuestras cartas, tranquilizadme, dirigidme con los sabios consejos que ellas contienen. Dignaos tambien escribirme una que pueda yo enseñar á Valmont. Se trata de un objeto importante sobre el cual pareciere que os habia yo consultado. Valmont, así por un efecto de su amor á mí, como por su gusto natural del brillo y de la magnificencia, quiere comprometerme á gastos que serian crecidos, y que yo creo poco necesarios. El lujo que reina en la corte, y que cunde tambien á todos los estados, es verdad que obliga á las señoras de mi rango, á conceder á la exterioridad mas de lo que yo quisiera concederle por gusto y por opinion: pero sea lo que fuere de la moda, cualquiera cosa que exija la condescendencia, hay en mi juicio cierta medida, mas allá de la que, la razon acorde con la religion solo ven vanidad y abuso. Mi marido todavia no conoce que lo hay en este género: halla siempre, hasta en el bien general, pretextos especiosos para llevar el lujo tan lejos como pueda ir; y para satisfacerlo no pone mas límites que la impotencia. Yo quisiera persuadirle, retro-

traerle, pero no atacarle de frente, ni dejar conocer que quiero reformarle. Vuestras lecciones en esta materia le serán mas útiles que las mias, y en todo tiempo servirán de regla para mí misma.

CARTA TRIGESIMA TERCERA.

EL CONDE DE VALMONT Á SU PADRE.

¿He visto almas verdaderamente bellas... he visto una familia que merece todo mi respeto... un anciano!... Es un hombre, es un dios bajo la forma de un mortal! ¡qué veneracion senti al mirarle! ¡qué afectos inundan sus discursos! ¡de que esfuerzos no seria capaz quien le ve y quien le escuchaba! ¡Ah padre mio! grandes ejemplos han venido en apoyo de vuestras lecciones, y la virtud me ha sido ahora mas querida que nunca.

¿Estais contento de nosotros? la Señorita de Senneville se aleja y sacrifica las dulzuras de la amistad á las leyes de la amistad misma; á su ejemplo, Madama de Valmont sacrifica los vínculos y hechizos de esta, al amor conyugal; y á este amor inuolvo yo, una pasion que era tan viva y que me hacia tan criminal. ¡Cuán pocos dias han sido menester para obrar en mí una revolucion tan extraña! ¡Y qué felices cambios produce la sociedad de los hombres virtuosos en un corazon dispuesto á serlo! Por fin ha caido el velo, y vuelvo á encontrar á Emilia con todos los atractivos de la constancia y de la virtud.

Tal vez un Dios propicio ha cooperado tambien á su triunfo; ¿lo diré? este Dios de verdad á quien imploro, parece que ha dispuesto de mi corazon y le ha vuelto mas dócil. Despues que lei vuestra última carta, penetrado de un respeto mas vincero á la religion cristiana, y juzgándola mas digna de mi razon, á fin de prepararme mejor para estudiarla y conocerla, medité este sacrificio cuya sola idea poco antes me hacia estremecer, y cuya ejecucion me parecia imposible. Disipemos, me dije á mí

„mismo, disipemos el prestigio de las pasiones que
„me encantan; quitemos todos los obstáculos que
„ellas puedan oponer al conocimiento de la verdad;
„busquémola sin oposicion, sin prevencion; ofres-
„camos á los cuidados de un padre tierno, un es-
„píritu libre y un corazon dueño de sí. Si la re-
„ligion es verdadera, si estoy en el error, tendré
„ménos dificultad en convenir en ello; y si estoy
„fundado en la incredulidad mia, por lo ménos lo-
„graré la ventaja de que su causa no me sea sos-
„pechosa.” En estos momentos llegó Mr. d'Orval;
y su presencia, elevándome sobre mí mismo, me
ha comunicado una fuerza que no sentia.

Proseguid pues, padre mio, en la obra que tan
dichosamente habeis empesado. Permitid solamen-
te, que mi circunspeccion aumente á proporcion
que la verdad me sea mas cara, y que se trate de
una determinacion mas formal para mí en objetos
tan importantes. Os prometo no contraponer á
pruebas sólidas, dificultades menudas, dudas mal
fundadas ni sofismas vanas: pero sí os advierto, que
no quiero rendirme mas que á la sola razon; y si las
autoridades mas respetable están de vuestra parte,
no lleveis á mal, que determinado, como estoy, á
no jurar por la palabra de nadie, no ceda á la
autoridad.

CARTA TRIGESIMA CUARTA.

EL MARQUEZ AL CONDE Y Á LA CONDESA DE VAL-
MONT.

Participad, queridos hijos míos de mi alegría, co-
mo yo participo de la vuestra, comuniquémonos
los dulces sentimientos que experimentan nuestras
almas, para hacerlos todavia mas dulces. Vosotros
os amais, sois felices; todo es feliz en torno de mí;
¡y qué habia de faltar á mi dicha! juzgad por la car-
ta de vuestros dos esposos [a], del alborozo de sus

[a] Esta carta no se ve en esta coleccion, como ni
otras muchas.

corazones. Ni por el caracter y modo de pensar,
ni por las gracias del espíritu y las cualidades del
alma, se vió jamás union mejor formada, como
tampoco una que se haya verificado bajo mejores
auspicios. Esta feliz alianza os vuelve la paz y
el amor mútuo; ella constituye aquí el encanto de
toda una familia; ella me hace sentir á mí un con-
tento que me cuesta trabajo comunicar. Ab! no
pensaba que alejado de vosotros, mi corazon fuese
todavía susceptible de impresiones tan vivas y de
enagenamientos tan agradables. Ayer se han uni-
do estos esposos. Mr. de Veymur y toda su fa-
milia se reunieron en mi casa al llegar Madama
de Veymur y la Señorita de Senneville. Esta ama-
ble niña, que me habeis hecho tan querida, y que
me lo hubiera sido sin vosotros, me ha hecho á
vuestro nombre las mas tiernas caricias: su adhesion
á los amigos que acaba de dejar, no contribuye
poco á ligarla con los amigos que encuentra. Mr.
y Madama de Veymur, Mr. d'Orval, su marido, sus
hermanas, cuanto la rodea le interesa, la afecta vi-
vamente; y apesar de esto, en ciertos momentos,
quiere darme señales de preferencia, de que ellos
no se encelan, y con las que seria difícil que de-
jára yo de lisongearme. De acuerdo con su ma-
rido ha electo mi castillo para su morada, y quiere,
dice, participar de mi destierro todo el tiempo que
durare. Ya concebireis, mis amados hijos, cuan
amable se me hace de día en día mi retiro. Es
mi Louvre: la amistad, la confianza se adunan
para formarme una especie de imperio; tengo la
dulzura de imperar sobre corazones. Este imperio
no es tal sin embargo, que yo no quiera honrar con el
á Mr. d'Orval. El es el patriarca, es el padre de toda la
familia. Sus sábios consejos van á cimentar en ambos
esposos la duracion del amor, de la inocencia y
de la felicidad.

No me podria negar la dulce satisfaccion de re-
petiros, si no en los mismos términos, al ménos
en la substancia, las tiernas lecciones que les ha da-
do. „Vuestras almas son muy honestas y muy be-

llas, les dijo en el momento que precedió á la celebracion de su matrimonio, para que yo insistiera en la fidelidad que os debeis el uno al otro en el compromiso que vais á contraer. Á mas de que al ministro de nuestros altares, corresponde haceros comprender bien toda la santidad y toda la importancia del nudo sagrado con que os vais á enlazar. El os dirá hasta que punto de grandeza y de dignidad ha elevado la religion este vínculo, esta convencion, tan respetable ya por solo las leyes de la naturaleza, pero á la cual, una vez introducida la depravacion de las costumbres, solo la religion tiene fuerza para darle respetabilidad [a]. El os manifestará la sociedad toda entera, descansando tranquilamente sobre la fé de un pacto tan santo, y el olvido de los deberes que ella impone, trayendo consigo todos los males y el olvido de todas las demas obligaciones [b]. El os manifestará un Dios, defensor de los derechos de la naturaleza y de la religion, igualmente interesado en vengar á una y á otra con castigos terribles, reservados tarde ó temprano para quienes los hubieren violado. El os desembol verá estas grandes verdades, que felizmente vuestro corazon os habrá dicho de antemano. Pero hay cosas muy interesantes todavía para vuestra felicidad, que él no os dirá tal vez. Las hay tambien que su prudencia ó la dignidad de su ministerio, no le permitirán deciros llanamente, y que mi amistad, mas franca sin ser ménos circunspecta, no me permite pasar en silencio. Mi edad, mi celo, vuestra amistad á mí, elevarán á vuestros ojos pormenores que parecieran minuciosos quizás á otros que no fueseis vosotros.

[a] En los bellos dias de Roma, cuando sin ley ninguna escrita no se conoció el adulterio, las costumbres bastaban para mantener toda la fuerza y la pureza de los santos lazos del matrimonio; mas hoy que las costumbres se han depravado, ¿se hallará fuera de la religion una muger verdaderamente casta, un solo marido verdaderamente fiel?

[b] Véase la nota 4.ª de la carta vigésima octava.

„Para afianzar vuestra recíproca felicidad, debeis ante todo teneros una indulgencia mutua. Dotados ambos de un espíritu justo, de un amor dulce y agradable, de un carácter sensible y tierno, de un corazon excelente, ambos festivos, ambos amables, os convenis el uso al otro, y teneis en vosotros mismos grandes recursos para agradaros igualmente siempre. Apesar de esto, ambos teneis tambien defectos, pues que tal es la condicion humana, que nadie se halla perfectamente exento de ellos. De cualquier modo que os mireis ahora, vendrá dia en que cediendo el hechizo de la ilusion á la reflexion, os veréis tales como sois; y enlazados para vivir juntos, este dia no dilatará. Os veréis pues con defectos é imperfecciones. Prepararse para esto es el medio mas seguro de no extrañarlos, y de no hallar en vuestra union un error que pudiese alterar la dulzura de ella.

„Una vez conocidos vuestros defectos, es menester que los sobreleveis recíprocamente. Esta ley, que es la de toda sociedad, lo es mas de una sociedad indisoluble por su naturaleza, y en la cual es tanto mas necesario saberse aprovechar de su situacion, cuanto es ménos racional y siempre ménos honesto pensar en cambiarla. La persuacion íntima de esta verdad comprobada por la experiencia, de que todos los hombres tienen sus defectos y de que nosotros tenemos los nuestros, es lo que hay mas propio para hacernos indulgentes. Tolerad á los demás para merecer que os toleren, esto es el grito de la equidad, esto es la ley de la naturaleza y la que nos impone el interés de nuestra propia dicha. La razon os lo manda como regla; la prudencia, la religion os lo imponen por deber; la razon, la religion y el amor os formarán de esto un placer. Es menester pues que sobre cada punto el ménos afectado de los dos, y el mas prudente por lo pronto, condescienda en cierto modo con el otro, que aquel no irrite con una resistencia impertinente, con oposicion muy sensible é inoportuna la vivacidad de este; que no em-

prenda contener un torrente impetuoso, pero que se contente con desviar su curso. El lenguaje de la razon es mui débil cuando la pasion se explica, y muchas veces no sirve mas que para inflamarla. Ayudadle con prudentes consideraciones y con mucha suavidad, á que insensiblemente recobre su fuerza, y mui pronto la razon recobrará su imperio; y aquel de vosotros que hubiere sido vencido por un proceder tan noble, no hará mas que vencer á su vez.

„Á esta regla de conducta, añadid otra que hará mas raro el uso de la primera, y que hará tambien ménos necesaria la necesidad de esta. Imponéos como ley el mostraros siempre el uno al otro con demostraciones amables, como si se tratara de complaceros por la primera vez. Mucha violencia haria en verdad vuestra union ménos dulce; pero mucho descuido destruiria la dicha. Una familiaridad mal entendida perjudica á la estimacion; mucha libertad daña al amor. Fácilmente se pierde un corazon de que uno se cree mui seguro; es menester para conservarle, tanto cuidado quanto se tuvo para adquirirlo. Una jóven ya tiernamente querida, sin duda no necesita muchos adornos para ser bella á los ojos de su marido; mas para no dejar de serlo algun dia, necesita cierto cuidado de sí misma, estudiar los gustos de aquel á quien quiere agradar, un cuidado esmerado en componerse con todos los adornos de una bella y noble sencillez y con todos los primores de la decencia [a]. Por su parte un marido que quiere ser amado, debe siempre manifestarse amable. Que nada exija, si es posible, por autoridad; que nada haga por capricho; que persuada lo que desea; que haga nacer disposiciones mas conformes á su voluntad quando se la contrarian; que deje para tiempo mas favorable lo que se le niega con demasiada obstina-

[a] „La deferencia, dice Richardson, la igualdad de humor y la limpieza son tres cadenas de que un corazon amante no se suelta jamás.”

cion; y que tenga consideracion á un sexo débil, pero naturalmente bueno luego que nos halla indulgentes. El respeto, la sumision, el amor son del número de sus principales deberes; pero se pone uno á riesgo de carecer de ello, exigiéndolos como señor. Una esposa es una compañera, una amiga, y no una esclava; y vivir siempre con ella como un amante fiel, es el medio mas seguro de ser siempre feliz esposo.

„Es menester por tanto que él tambien procure á esta compañera querida diversiones y gustos; pero es menester, y esta es la tercera regla, que sepa elegirlos bien. Una vida mui uniforme, un retiro continuo, ocupaciones penosas y poco variadas, podrian producir al fin el cansancio y el tedio en una muger jóven. Quitándola algunas veces de los trabajos y de los cuidados domésticos, se consigue que los halle mas agradables. Hay sin embargo un medio que tomar con relacion á ella, entre una vida demasiado seria y gustos demasiado disipados. Si en medio de la corte, si en el tumulto de las ciudades, la entregais á diversiones de toda especie, á concurrencias relumbrantes y frívolas, á la ilusion de los espectáculos, á los bailes, á los juegos, á las risas y á las fiestas mas rumbosas, mui pronto adquirirá el espíritu de un mundo peligroso y fútil, el amor del lujo y de la molicie, el tono del dia, los aires á la moda, el sentimiento y el fuego de las pasiones; adquirirá el deseo insaciable de ver y de ser vista, el furor de las vanas diversiones, el desprecio de sus deberes, y el despego de su casa y por lo ménos la indiferencia á su marido y á sus hijos.

Quedaréis admirado de una revolucion tan extraña; aun ella se admirará en ciertos momentos, y sin embargo, ligada, arrastrada por sus gustos depravados, ya no se sentirá bastante fuerte para buscar en el cumplimiento de sus primeros deberes, el sentimiento de su primera felicidad. Para satisfacer su curiosidad, para contentarla y contentaros á vos mismo, la habreis paseado de objeto

en objeto, de concurrencia en concurrencia, de placer en placer y habréis dejado que se disipe su ternura y que se corrompan sus costumbres [1]. Presentadle pues diversiones dignas de ella, y que la liguen mas estrechamente á vos en vez de separarla. Proporcionadle concurrencias dignas igualmente de ambos, donde se quiera veros juntos, donde ella no esté contenta mejor que con vos mismo, de las que se desprenda sin disgusto, á las que vuelva sin empeño, que no las prefiera sobre su propia casa. Conducios de modo que su familia sea para ella el espectáculo mas interesante, que su esposo sea siempre su sociedad mas dulce, que su morada ordinaria no deje de parecerle amable. Renidle allí lo que las diversiones lícitas tienen de mas agradable y verdadero, lo que las virtudes tienen de mas atractivo y mas sólido, lo que hay menos fútil en las artes y los talentos.

No basta elegir vuestros placeres, es menester tambien evitar el abuso de ellos. Frecuentemente se desliza uno en el uso de los que son legitimos, aun de aquellos que nacen de la union tan dulce y tan santa que vais á contraer. Para no degradarlos, ennobleced su principio, respetad su fin, sabed respetaros á vos mismo en ellos. Haciéndolos mas puros, los hareis mas constantes; y evitando el exceso, excusaréis el disgusto; cubriéndolos con el velo de la prudencia, no lastimaréis la pureza tan natural en las almas bien nacidas; aumentaréis en el corazon de una esposa siempre casta, el sentimiento amable del pudor, mui léjos de disminuirlo [a];

[a] Tal es el pensamiento de Plutarco. „Guardad con vuestra esposa, dice, la mayor decencia. Pensad en que el lecho conyugal, será para ella una escuela de virtud ó de libertinaje.”

„Evitad las familiaridades poco honestas, dijo por el mismo principio, uno de los sábios de la China; la honestidad que se guarda en el interior de la casa, hace contraer el hábito de guardar fuera de ella una conducta prudente y arreglada.” [Vease, *Cartas Edificantes*, tomo 26 de la antigua edicion.]

alimentaréis en ella pensamientos siempre honestos; la dejaréis necesitada de armas siempre prestas contra los extravios del corazon y los peligros de la seduccion; y vos mismo pondréis las delicias del sentimiento, en vez de los delirios vergonzosos de una pasion desarreglada.

„Enamorados el uno del otro, tiernamente apagados á quanto nazca de una union tan bella, no temeréis ver que se multipliquen sus frutos, bajo los auspicios de una providencia, que al dároslos se reserva por premio de vuestra confianza hacer que contribuyan á vuestra dicha. No haréis injuria á la sociedad, que garantizando la alianza que celebráis en medio de ella, os pide por retribucion de lo que ha hecho por vosotros, otros vosotros mismos. No ultrajaréis á la religion, al amor y á la naturaleza, ultraje mui crecido entre todos, y para vergüenza de nuestro siglo el mas comun quizá. No correréis el riesgo de carecer algun dia de herederos de vuestro nombre y de vuestras virtudes, por el temor de tener muchos. Seréis verdaderamente felices y siempre dignos de serlo!”

Mr. d'Orval se calló en estas palabras. Tan sábios consejos convenian á su boca; ellos adquieren en ella, por su edad, por su carácter mas venerable todavia, por todas las circunstancias, una fuerza que ningun otro hubiera podido darles; y me atrevo á asegurar que aquellos á quienes los dirigia no los olvidarán jamás.

Cada dia seré testigo de los frutos que producirán para la felicidad de ambos. ¡Ojalá vosotros tambien fueseis testigo de ella! ¡Ojalá los obstáculos que os detienen, pudieran vencerse á satisfaccion de todos, y os permitieran gozar algun tiempo en medio de nosotros de todas las dulzuras de la paz y de todos los atractivos de la amistad!

Os he comunicado, mis queridos hijos, lo que exita los trasportes de mi alegría; como la fuente de ella es comun á vosotros, no he querido separaros en esta carta. En las que siguen me apresuraré á tratar con cada uno de vosotros de lo que

forme en particular el objeto de vuestra justa impaciencia. Adios hijos míos; amaos, amaos por siempre: un amor tan legítimo y tan dulce, si está bien arreglado, puede salvaros en muchos peligros y consolaros en muchos trabajos.

NOTA.

PÁG. 134.

[1] *Habreis dejado disipar su ternura y corromper sus costumbres.* Despues de la carta vigesima nona sobre los espectaculos, nota 14, hemos citado un bello rasgo mui notable que pasó á nuestra vista; cuantos ejemplos semejantes podriamos añadir á este, sobre los que no podria insistirse por demas, y que sobre todo se hacen mas comunes á proporcion que progresa entre ciertas gentes el espíritu de irreligion! Un hombre infatuado con los deplorables sistemas que hoy están en boga entre nosotros, á poco de haberse casado, prohibió á su muger hasta donde estuvo á su alcance toda practica de piedad, ó cuando ménos la molestaba por sus ejercicios de religion; á poco tiempo consiguió que ella los mirase como una institucion arbitraria y un objeto de preocupacion; la empujó á enmedio del mundo mas peligroso, la asoció á veces con las mas malas compañías, para estar mas libre en divertirse hasta en su casa; formaba delante de ella los peores propósitos. ¿Qué resultó de aquí? La jóven esposa olvidó en efecto todo principio y todo pudor; tuvo su sociedad, sus amigos, sus convidados que solo el marido no conocia, y á quien ellos apenas conocian ó le miraban como una persona fastidiosa y mazorra; ella tuvo sus intrigas que todo el mundo sabia; se hizo objeto de conversacion en toda la ciudad: el escándalo llegó á ser tan público, que por fin el marido mismo llegó á saberlo. La division entró entre los esposos; el odio, los malos tratamientos, la separacion, los procesos vinieron juntos, se revelaron mil horrores: ambos esposos se han perdido y deshonrado. ¡Marido, subid á la fuente! Vuestra esposa tenia religion, y hubiera podido haceros feliz cuando os casasteis con ella: pero le arrebatasteis esta religion y ved aquí de donde vino vuestra propia vergüenza y vuestras desgracias.

CARTA TRIGESIMA QUINTA.

EL MARQUEZ DE VALMONT Á SU HIJO.

Me apresuro, hijo mio, á cumplirte una obligacion. He contraido desde tu nacimiento una deuda (¡y cuán dulce es para mi corazon!), la de ilustrarte y hacerte feliz. ¡Qué no hubiera sido yo bastante libre ó al ménos bastante fiel para satisfacerla mas anticipadamente! ¡Qué obligacion habia tan importante que no pudiese aliarse con ella!

Al deber que la naturaleza y la religion me imponen, añade todavia el proporcionarme los medios de cumplirlo. ¡Qué precioso sacrificio, querido Valmont, acabas de hacer á mis ojos! ¡Cuanto me alientan tus disposiciones! ¡y cuán fácil acceso facilita la preparacion secreta de tu alma al Dios de la verdad! El es, no hay duda en ello, quien sugiriéndote miras tan rectas y ayudando á tu flaqueza, se ha abierto en tu corazon senda tan bella. Ojalá hijo mio, siempre dócil á su voz, correspondas hasta el fin á sus designios sobre ti.

¿Me prometes pues, que al tratar contigo de las pruebas de la religion, no tendré que insistir vanamente sobre esas objeciones fútiles que la mala fé produce, que las pasiones acreditan, que la ignorancia repite, y que un poco de conocimientos y algo mas de buena fé bastan para destruir? ¿Me prometes que no jugarás con las palabras, que no te entretendrás introduciendo locamente incidentes respecto á los hechos, que no te detendrás en dificultades que solo descansan en supuestos falsos, que no combatirás la certeza con las conjeturas, ni lo averiguado con lo incierto, y que limitándote á justificar las pruebas, no tentarás á debilitarlas con presunciones? ¡Qué cerco te trazas! ¡Y qué molestas redes me tiendes á mi mismo! Hay un número infinito de esas objeciones frívolas, que cien veces se han querido repetir, que se han pulverizado cien

forme en particular el objeto de vuestra justa impaciencia. Adios hijos míos; amaos, amaos por siempre: un amor tan legítimo y tan dulce, si está bien arreglado, puede salvaros en muchos peligros y consolaros en muchos trabajos.

NOTA.

PÁG. 134.

[1] *Habreis dejado disipar su ternura y corromper sus costumbres.* Despues de la carta vigesima nona sobre los espectaculos, nota 14, hemos citado un bello rasgo mui notable que pasó á nuestra vista; cuantos ejemplos semejantes podriamos añadir á este, sobre los que no podria insistirse por demas, y que sobre todo se hacen mas comunes á proporcion que progresa entre ciertas gentes el espíritu de irreligion! Un hombre infatuado con los deplorables sistemas que hoy están en boga entre nosotros, á poco de haberse casado, prohibió á su muger hasta donde estuvo á su alcance toda practica de piedad, ó cuando ménos la molestaba por sus ejercicios de religion; á poco tiempo consiguió que ella los mirase como una institucion arbitraria y un objeto de preocupacion; la empujó á enmedio del mundo mas peligroso, la asoció á veces con las mas malas compañías, para estar mas libre en divertirse hasta en su casa; formaba delante de ella los peores propósitos. ¿Qué resultó de aquí? La jóven esposa olvidó en efecto todo principio y todo pudor; tuvo su sociedad, sus amigos, sus convidados que solo el marido no conocia, y á quien ellos apenas conocian ó le miraban como una persona fastidiosa y mazorra; ella tuvo sus intrigas que todo el mundo sabia; se hizo objeto de conversacion en toda la ciudad: el escándalo llegó á ser tan público, que por fin el marido mismo llegó á saberlo. La division entró entre los esposos; el odio, los malos tratamientos, la separacion, los procesos vinieron juntos, se revelaron mil horrores: ambos esposos se han perdido y deshonrado. ¡Marido, subid á la fuente! Vuestra esposa tenia religion, y hubiera podido haceros feliz cuando os casasteis con ella: pero le arrebatasteis esta religion y ved aquí de donde vino vuestra propia vergüenza y vuestras desgracias.

CARTA TRIGESIMA QUINTA.

EL MARQUEZ DE VALMONT Á SU HIJO.

Me apresuro, hijo mio, á cumplirte una obligacion. He contraido desde tu nacimiento una deuda (¡y cuán dulce es para mi corazon!), la de ilustrarte y hacerte feliz. ¡Qué no hubiera sido yo bastante libre ó al ménos bastante fiel para satisfacerla mas anticipadamente! ¡Qué obligacion habia tan importante que no pudiese aliarse con ella!

Al deber que la naturaleza y la religion me imponen, añade todavia el proporcionarme los medios de cumplirlo. ¡Qué precioso sacrificio, querido Valmont, acabas de hacer á mis ojos! ¡Cuanto me alientan tus disposiciones! ¡y cuán fácil acceso facilita la preparacion secreta de tu alma al Dios de la verdad! El es, no hay duda en ello, quien sugiriéndote miras tan rectas y ayudando á tu flaqueza, se ha abierto en tu corazon senda tan bella. Ojalá hijo mio, siempre dócil á su voz, correspondas hasta el fin á sus designios sobre ti.

¿Me prometes pues, que al tratar contigo de las pruebas de la religion, no tendré que insistir vanamente sobre esas objeciones fútiles que la mala fé produce, que las pasiones acreditan, que la ignorancia repite, y que un poco de conocimientos y algo mas de buena fé bastan para destruir? ¿Me prometes que no jugarás con las palabras, que no te entretendrás introduciendo locamente incidentes respecto á los hechos, que no te detendrás en dificultades que solo descansan en supuestos falsos, que no combatirás la certeza con las conjeturas, ni lo averiguado con lo incierto, y que limitándote á justificar las pruebas, no tentarás á debilitarlas con presunciones? ¡Qué cerco te trazas! ¡Y qué molestas redes me tiendes á mi mismo! Hay un número infinito de esas objeciones frívolas, que cien veces se han querido repetir, que se han pulverizado cien

veces, que diariamente se repasan todavía, que se reproducen impunemente.

Entretenernos en discutir las de nuevo, sería ocupar en tareas inútiles un tiempo que se puede emplear mejor, y fatigar la atención, con pormenores a los que responde suficientemente el fondo mismo de las pruebas, ante un espíritu veraz y sabiamente crítico [1].

Todo pende, hijo mío, de la idea que debemos formarnos de la religión cristiana. ¿Tiene caracteres verdaderamente divinos, ó se anuncia como una invención, una producción enteramente humana? ¿Está marcada con el sello de la verdad, ó con el de la mentira? Ved aquí á lo que se reduce la importante cuestión que me propongo examinar contigo.

Si son los hombres quienes inventaron la religión cristiana, en la serie de los siglos debe señalarse la época; ella debe ser obra del tiempo. Si es el fruto de la impostura, de las circunstancias y de la casualidad, el conjunto de sus partes no debe formar un sistema perfectamente ligado, un todo completo; y como el error, se debe desmentir por cualquier lado. Si solo está fundada en la ilusión y en la mentira, no debe sostener grandes y prolongadas pruebas; debe destruirse por sí misma, extenuarse y perecer envejeciéndose. ¿Qué mas diré? Si es únicamente producto de la razón humana, débil como ella, insuficiente como ella, no debe atender como es debido, ni á la gloria de Dios, ni á la felicidad del hombre.

Pero si Dios es quien la reveló á los hombres, si el cristianismo es obra suya, ¡qué contraste! ¡y qué cuadro tan diferente! La religión, en vez de ser echada como al acaso en medio de los hombres y en la serie de los siglos, en vez de formar como una obra separada, debe hallarse unida en cierto modo á los primeros días del mundo, comenzar con las obras de Dios, y estar en el plan de la creación: sus partes en lugar de estar divididas, des-
trabadas, sin consecuencia y sin relación entre sí,

deben estar encadenadas recíprocamente, suponerse mutuamente, dirigirse á un mismo centro y tener la relación mas perfecta: la obra que nos presente debe ser firme, inalterable; debe existir á prueba de todas las discusiones, triunfar de todos los obstáculos, sobreponerse á todas las resistencias, desarrollarse, perpetuarse de generación en generación, y afianzar mas y mas su consistencia con su duración: por fin esta religión, en sus relaciones con Dios, con el hombre, y en el vínculo sagrado que entre uno y otro formé, debe por la exactitud de sus proporciones, procurar abundantemente á la gloria del uno y bastar á las necesidades del otro.

Así pues, la antigüedad, la unidad, la perpetuidad, la excelencia, es decir, la perfección eminente, la santidad eminente de la religión revelada, formarán sus caracteres principales. Cada uno de ellos se hallará en cierto modo en el otro; podrá uno subir, descender de uno á otro por la misma línea y con la misma seguridad; estarán ellos ligados de un modo casi indivisible, y se prestarán recíprocamente una fuerza nueva: de suerte que la religión nos presentará, como un edificio magestuoso cuya cima toca el cielo, cuyos fundamentos reposan en lo mas profundo de la tierra, cuyas partes todas unidas estrechamente guardan entre sí la relación mas exacta y con el todo que componen: de suerte, añadiré, que la religión nos ministre pruebas que esten al alcance de todos. Por estos tres primeros caracteres se ha de probar al espíritu: y tal es el género de demostración que conviene á quienes tengan aptitud para debates é investigaciones. Por el segundo se probará al corazón; y este es el género de pruebas que convienen á las almas rectas y sencillas, á las que juzgando mas por sentimiento que por raciocinio, mas por el corazón que por el espíritu, necesitan de un camino mas breve, y no menos seguro para discernir la verdad.

Hechas estas reflexiones, comencémos, querido Valmont, el exámen de los caracteres de la religión cristiana, y veamos si tiene los que acabamos de

señalarle, ó si carece de ellos; si lleva la triste fisonomía de las invenciones humanas, ó si está marcada con el sello respetable de la divinidad.

Esta carta va quizás á parecerse un poco seria; pero hijo mio, ahora ya no es tan solo el placer lo que buscas, es la verdad que debe conducirte despues á la felicidad. ¡Ah! cualquiera que sea la senda que nos conduce á ella, ¿no merece por ventura mucho cuidado para dar con ella?

Si no me detengo á examinar otras religiones, por lo ménos las que son extrañas á la religion de Jesucristo, es por ser evidente por poco que se conozcan, que no tienen ninguno de los caracteres de una revelacion divina, tomada en toda la extension que les hemos dado; no hay una sola que cuente una antigüedad igual á la del mundo, y cuyo origen deforme y grosero no se perciba en un tiempo mui ménos remoto; ninguna cuyas partes todas ligadas entre sí, formen un sistema completo de hechos y de doctrina, y tomen un carácter de unidad; ninguna que se perpetue siempre la misma, siempre uniforme é invariable en una sociedad encargada de conservar el depósito de ella; ninguna en fin, que por su eminente perfeccion provea suficientemente á la gloria de Dios y á las necesidades del hombre.

Sobre la religion cristiana va pues á recaer todo nuestro estudio; y para instruirnos á fondo de lo que le concierne, pregunto al mismo cristiano. ¿Qué me responde? Oh! hijo mio! ¿qué primer motivo de admiracion! Me remite ante todas cosas á un pueblo enemigo, disperso por toda la tierra, en todas partes extraño, proscrito, errante, objeto del aborrecimiento y de la maldiccion de todos los pueblos, blanco de todos los ultrajes, víctima de todas las revoluciones y de todos los reveses, y sin embargo subsistiendo siempre sin confusion, sin mezcla; siempre distinguido de las otras naciones, sin tener jefe, sin poder él solo formar un cuerpo de nacion; y conservando siempre en medio de tantas causas de variacion, de destruccion, lo que su ci-

tuacion presente le permite retener y cumplir de su religion. „Considera ese pueblo, me dice el „cristiano fiel, ese pueblo extraño, tan digno de toda „tu consideracion. Aun siendo como es mi ene- „migo, él te presentará los títulos de mi origen; „yo me fundo en él; no hago mas que cumplir en „mí las promesas que á él se hicieron para mí [a]; „la ley que yo profeso no es mas que el desarro- „llo y la perfeccion de la que á él se habia dado; „sus libros son los mios, y mi religion no forma „con la suya mas que un todo perfecto.”

Sorprendido con estas pocas palabras, en las que ya entreveo el concurso feliz de todos los caracteres de una revelacion divina, me detengo en aquel pueblo á que se me remite, y el ofrece á mis indagaciones los objetos mas interesantes. Computando por la filiacion mas constante y mejor seguida, no solamente desde la vocacion de Abraham, sino desde las primeras épocas de su origen es á no dudarlo el mas antiguo de todos los pueblos conocidos; los libros que contienen su historia, su religion y sus leyes, son los mas antiguos de todos los libros que nos quedan; los hechos que él nos refiere, como que son la historia de sus padres, son al mismo tiempo los primeros acontecimientos de la grande historia del universo. Este pueblo, gobernado en otro tiempo por la divinidad misma, se miraba como el pueblo de Dios, y si solo es el bosquejo del pueblo cristiano, ¿qué primeros rasgos, hijo mio, para el cuadro de la religion!

El judío, difundido entre todas las naciones, y tomado en el sentido que acabamos de exponer, se dice el mas antiguo de todos los pueblos que existen ahora sobre la tierra. Discute sin parciali-

[a] La religion cristiana tiene una ventaja de que ninguna otra se puede gloriarse, y es haber sido anunciada un gran número de siglos antes que se la viese nacer de una religion que todavía conserva sus testimonios, aunque se haya vuelto su mas cruel enemiga. (*Mau-pertuis*).

dad, querido Valmont, un aserto tan atrevido; recurre á los conocimientos de los críticos mas juiciosos, de los sábios mas ilustrados, y de concierto con ellos, pesa las pretensiones de los demas pueblos.

En regiones nuevamente descubiertas, en pueblos medio cultos y medio salvajes, no se nos ensalzará sin duda su antigüedad, ni nada probarian en su favor: digámoslo mejor; su poblacion tan poco numerosa con relacion á esos bastos territorios que ocupan, sus conocimientos tan escasos todavía y tan limitados, sus costumbres, su política y sus leyes tan imperfectas respecto al tiempo que han tenido de perfeccionarlas, prueban bastante su novedad [2].

En el Asia, aparece un pueblo mas sabio, mas pulido, es verdad; que se gloria, con bastante razon de la antigüedad mas remota. Los anales de la China atribuyen la invencion de las artes y de las ciencias á los chinos, cerca de 3.000 años antes de Jesucristo [3]. Las observaciones astronómicas vienen al apoyo de estos cálculos y parece que garantizan su exactitud. Sin embargo, estos mismos anales nos enseñan, que léjos de subir hasta el origen de los hechos por una tradicion constante sobre líneas firmes y seguras, solo descansan en rumores confusos, descansan sobre nada. Las computaciones de eclipses, aun cuando fueran muy exactas, y era menester que lo fuesen, no prueban demasiado en favor de los analistas chinos, puesto que se ha demostrado, que es posible calcular los eclipses pasados hasta la creacion del mundo, como se calcularian para los siglos venideros, los que se deben verificar. Lo mismo se puede decir de su sielo solar y de todas sus computaciones cronológicas. Ellas son ademas tan confusas, tan complicadas, y tejidas con tantos hechos evidentemente falsos y ridículos, que fácil es conocer, sobre todo en siglos un poco remotos, el poco aprecio que se debe hacer de su autenticidad.

En las Indias por fin [4], y en toda la tierra solo veo pueblos ingertados en otros pueblos; veo

las naciones mas celebradas en otro tiempo mezcladas y confundidas; veo religiones antiguas desfiguradas y llenas de nuevas supersticiones. No es así entre los judios: siempre el mismo pueblo, y se puede decir la misma familia; siempre hay entre ellos la misma lengua, los mismos usos, la misma religion, siempre hay en el fondo las mismas ideas y las mismas esperanzas: y suben de edad en edad, de generacion en generacion hasta sus patriarcas; y por ellos, mediante un corto número de hombres distinguidos por la pureza de su culto, mediante un corto número de pormenores y de acontecimientos que se corresponden con exactitud, suben hasta los primeros padres del género humano. Dejan tambien muy atras de si á los Asirios, á los Caldeos, y su verdadera fundacion bajo Nemrod [a], á los Egipcios y sus dinastías confusas [5], á los Griegos y su obscura mitología. La época de su antigüedad, tomada en toda su extension, no es la de 4 á 5000 años, es la de la creacion.

Los fundamentos de su historia se hallan en libros que ellos nos presentan igualmente como los libros mas antiguos del mundo, y están sostenidos por una tradicion constante y por los mas antiguos monumentos. No hay anales, no hay libros en el universo, á los que se pueda dar con igual certeza la misma antigüedad. Hablase á veces de ciertos antiguos manuscritos; pero están muy lejos de ser tan auténticos, tan públicos, y de que nos lleven de siglo en siglo como la historia del pue-

[a] Hacia este tiempo por lo ménos, segun observa Bossuet, y no mas antes, comienzan las observaciones que dieron en Babilonia á Callisthènes para Aristóteles, 334 años antes de la era cristiana; es menester convenir todavía en que estas observaciones no tienen un fundamento muy seguro. (Veanse sobre esta materia las sabias observaciones de Goquet, del origen de las leyes, de las artes y de las ciencias, lib. 3.º, cap. 2.º art. 2.º)

blo judío, hasta quienes los escribieron [a].

Yo examino estos libros que el cristiano reverencia, que un pueblo su mayor enemigo me presenta, y que parece haber conservado solo para aquel. Veo contenidos allí los derechos, los títulos, los intereses de toda la nacion judia y de todo el mundo cristiano. Estos no son volúmenes misteriosos que algunos pontífices conservan en el secreto: siempre han estado expuestos á las miradas del mundo entero. Los veo sujetos á la atencion y á la crítica de todos los espíritus, de todos los pueblos, de todas las edades; y en el pequeño número de hombres que han dudado de su autenticidad, que se han aventurado á combatirla, solo miro una crítica débil é insuficiente, dificultades pequeñas que no se hubieran atrevido á poner contra libros que no fuesen estos, citas de aparentes contradicciones que fácilmente se concilian teniendo conocimientos y equidad, una ignorancia real ó afectada de los antiguos usos y costumbres, mucho rencor en fin y esfuerzos impotentes.

[a] „A no mirar la Escritura Santa, dice Fréret, sino como un monumento de la antigua historia, su antigüedad y el cuidado que se ha tenido en conservarla, le dan una autenticidad que no pueden tener los otros monumentos.”

„Los libros de Moises, dijo en otra parte, haciendo abstraccion del respeto que la religion nos inspira hacia ellos, son lo mas auténtico y antiguo que conocemos.” Por último, por todas partes habla Fréret de Moises como del *mas antiguo y mas respetable de todos los escritores*; por todas partes muestra el concierto de la historia de los antiguos pueblos en lo que tiene de mas fundado, con la cronología de la Escritura, tomada en la Biblia de los Setenta y de los Samaritanos. (Vea-se en las *Memorias de la Academia de inscripciones*, la continuacion del *Tratado sobre la certidumbre de la antigüedad de la cronología China*, hácia el fin; el *Ensayo sobre la historia y la cronología de los Asirios de Ninive*; y las *Investigaciones sobre las tradiciones religiosas y filosóficas de los Indios*).

Estos libros existian por cierto antes de Jesucristo. El cristiano los ha recibido de mano de los mismos judios; á estos libros se apelaba contra ellos desde los primeros tiempos; y el judio que los conserva en depósito, no los recibió de mano del cristiano. Estos libros ó al menos los libros de Moises, existian desde el tiempo de Ptolomeo Philadelpho, 300 años antes del establecimiento del cristianismo, puesto que bajo este príncipe y por su orden, se hizo aquella traduccion del hebreo al griego, que se llama la Version de los Setenta; version auténtica, obra de los mas sábios judios, y que no solo supone la existencia previa del original, sino la confesion de toda la nacion.

Existian estos libros, mas de quinientos años antes de Jesucristo, puesto que entónces los Samaritanos habian conservado el *Pentateuco* con la misma veneracion que tenian á su autor [a]; estos

[a] Vea-se las *Nuevas ilustraciones sobre el origen y sobre el Pentateuco de los Samaritanos*, por un religioso Benedictino de la congregacion de San Mauro, en un volumen en octavo.

De esta última época está uno precisado á remontarse hasta tres siglos mas allá, quiero decir, hasta la separacion de las diez tribus, cerca de 439 años antes del restablecimiento del templo, y cerca de mil años antes de Jesucristo. En efecto, el cisma que separó desde entónces en tiempo de Roboan, hijo de Salomón las dos porciones de Israel, á ninguna de las dos permitía recibir de la otra la invencion ó suposicion del Pentateuco: ¿qué digo? no permitía ni aun que lo alterasen, y Esdras, que fué muy posterior á la separacion de los judios, y aun considerado solo como escritor, en la primera época del restablecimiento del Templo, que ademas de esto era el mas declarado enemigo de los Samaritanos, nunca pudo ser sospechoso con fundamento de haber compuesto, ni de haber adulterado los libros de Moises, igualmente recibidos, igualmente conocidos y reverenciados por ambas naciones.

De la data precisa del cisma de Israel, no faltan mas que cerca de quinientos años para subir hasta

dos pueblos siempre opuestos, siempre enemigos, no se ponen de acuerdo sobre el origen y antigüedad de este libro. Aun hoy mismo, una secta de Samaritanos, siempre conocidos bajo el mismo nombre, los conserva religiosamente con los antiguos caracteres hebreos, y parece que una secta tan débil solo existe tanto tiempo ha, para dar testimonio de la antigüedad y de la integridad de los libros de Moyses.

Del año de 536 antes de la era cristiana, en que Zorobabel comenzó la reedificación del templo, por cuyo motivo estalló demasiado la enemistad de los Judios y de los Samaritanos, se puede subir evidentemente para la autenticidad del Pentateuco, como 150 años mas arriba, es decir, poco ménos de 700 años antes de Jesucristo; porque entónces fué cuando los Cutheos, pueblo del Asia, fueron enviados para habitar en Samaria, y habiendo obtenido de Asaraddon un sacerdote isrealita, recibieron de él los libros de Moyses, que las diez tribus rebeldes habian conservado en su cisma, é hicieron del culto del Dios de Israel una mezcla extravagante y sacrilega con el culto de los ídolos.

Se prueba esta autenticidad, por la naturaleza de Moyses. Pero en este interválo, cronologistas sábios cuentan solo 400. Sea lo que fuere, hay en esto ya una observacion importante que hacer, y que desmiente la suposicion de los libros de Moyses antes de esta época: „Una de dos, ó la fabricacion del Pentateuco era antigua cuando aconteció el cisma de las diez tribus, ó era nueva. En el primer caso ¿es verosímil que los Hebreos, cercanos como estaban al tiempo de Moyses, hubieran reconocido por su obra libros supuestos donde se hallaban consignados su historia llena de actos ignominiosos, su genealogia, su culto, su legislacion? En el segundo, determinado á cambiar la politica y la religion de su nuevo reino de Israel, ¿Jeroboám hubiera dejado de abrir los ojos á las diez tribus sobre la fabricacion reciente de una produccion que ponía el mayor obstáculo á sus designios? (Vease *Nuevas ilustraciones sobre el origen y el Pentateuco de los Samaritanos*. Prólogo del Editor.)

estos libros que interesan á todo un pueblo en los objetos mas esenciales; que le imponen un yugo insoportable de parte de cualquiera otro legislador que no fuese Moyses; que pintan á los Judios con un carácter de ceguedad, de ingratitude y rebeldia muy deshonoroso á toda la nacion.

Se prueba en segundo lugar por el concierto de las doce tribus en adoptarlos, concierto que no se desmiente jamas, á pesar de sus querellas particulares, de sus miras frecuentemente contrarias, de sus pasiones y de las de sus gefes; á pesar de sus intereses diferentes, de sus prerogativas, de sus posesiones, de sus derechos respectivos, fundados en el Pentateuco. ¿Qué combinacion se hace á favor de los libros de Moyses! ¿Y qué líneas tradicionales nos ofrecen para demostrar su autenticidad!

Se prueba en tercer lugar por el orden fijo é inmutable que se halla establecido, antes de las épocas que hemos citado, para el sacerdocio en una sola familia, para las funciones levíticas en una sola tribu; por la existencia de las leyes, de las ceremonias, de las fiestas, de los monumentos cuya data solo podría tomarse de la del mismo legislador, que subian efectivamente hasta él, que suponian la existencia y la autenticidad de sus libros, y la de los hechos que él nos refiere.

Así, el arca, el maná, la bara de Aaron, la serpiente de cobre, las tablas de la alianza, el rito del cordero pascual y de los ázimos, la ley de las primicias y el rescate de los primogénitos, la consagracion de los sacerdotes, las ceremonias de los sacrificios, la fiesta de Pentecostes, y la de los Tabernáculos, las genealogias de las familias, la habitacion de las tribus de Rubén y Gad, y la media tribu de Manasses mas allá del Jordán; la division de las tierras de Canaan, los asilos y los otros establecimientos que tomaban su origen de los primeros tiempos de la República; todo servia para acordar los acontecimientos notables consignados en el Pentateuco, para confirmar la historia

de ellos y para concitarles la mayor autoridad.

Aquí los hechos, los monumentos y los libros, con tanta exactitud y precision se enlazan, tan bien se cordinan, que no es posible dejar de reconocer que la ley escrita y los usos establecidos, necesariamente tienen la misma fuente y la misma antigüedad.

Tambien se prueba esta antigüedad de los anales del pueblo judío, por el concierto maravilloso de los demas libros de la Escritura. La historia de los Reyes, está ligada con la de los Jueces; la de los Jueces con la de Josué; y la de éste con la de todos los hechos contenidos en el Pentateuco, así como con Moyses á quien toda la Biblia me recuerda. Los escritos de los profetas, á los de Salomon; los salmos de David á los libros que acabamos de citar; es menester, subiendo de siglo en siglo, mirarlo todo como supuesto; es menester ir uno mismo de suposicion en suposicion, de absurdo en absurdo, antes que creerse uno autorizado para dudar siquiera de la autenticidad de los libros de Moyses.

Se prueba finalmente por todos los caracteres de antigüedad que tienen en sí mismos. Allí se ven lo mas llana y fielmente descritas las costumbres de los primeros tiempos; allí no se advierte en este género, por enanto á las primeras edades, nada que se resienta de los siglos mas recientes: allí no sé percibe ninguna ley, ninguna costumbre que sea introducida despues de Moyses; todas las costumbres y todas las leyes estan perfectamente conformes al plan general del legislador, á la circunstancia en que se hallaba, á los designios que se proponia; el estilo, el contexto de la obra, todo es en ella de la mas remota antigüedad.

Las mismas combinaciones, las mismas pruebas, más que suficientes para fundar una evidencia moral equivalente á cualquiera otra especie de evidencia, por la imposibilidad absoluta de la reunion y del concurso de todas estas cosas en favor de la mentira; estas pruebas, digo, y estas combinaciones

vuelven á encontrarse respecto á la integridad del Pentateuco, como respecto á su autoridad.

El respeto de los judíos á estos libros bastaba por sí solo para impedir, ó al ménos para inutilizar la temeridad de quienes hubiesen pretendido destruirlos, ó que aunque fuera en los puntos ménos importantes hubiesen intentado solo alterarlos. Estos libros estaban en manos de todos; se daba un ejemplar á los príncipes y á los pontífices inmediatamente despues de su inauguracion; cada siete años en la fiesta de los Tabernáculos se hacian lecturas públicas de ellos; eran para todos los judíos el fundamento de su creencia, la regla de sus costumbres, el único objeto de su estudio; en cierto modo eran para ellos los únicos libros; los llevaban por todas partes, y de esta manera hacian imposible su pérdida ó alteracion.

¿Qué se opone, hijo mio, á pruebas tan convincentes? Nada seguido, nada sólido; se incide en dificultades pequeñas, que por su misma flaqueza, solo sirven de dar nuevo brillo á la verdad.

Algunos pasages añadidos al texto, como la muerte y sepultura de Moyses, referidas en el último capítulo del Deuteronomio, y que por otra parte hubieran podido ser previstos, escritos y referidos por él mismo; algunos cambios hechos por copistas en nombres de ciudades y en cosas poco substanciales [6]; algunas variantes, que por la poca importancia de los objetos y palabras en que recaen, confirman demasiado el concierto admirable de los diferentes textos sobre el fondo mismo de la narracion [7]; algunos pasajes oscuros y difíciles á causa del poco conocimiento de las artes y de los usos propios de aquellos primeros tiempos; cálculos opuestos á hechos, y que por poco exactos y verdaderos, son desmentidos por los hombres mas ilustrados; Moyses dandose así algunos elogios necesarios, seguidos en otros pasages de la humilde confesion de sus faltas; este escritor hablando siempre de sí en términos indirectos, como hablaron de sí mismos Cesar en sus *Comentarios*, Jenofonte en

su *Retirada de los diez mil*, Josefo en sus libros de la *Guerra de los Judíos*, Procopio en su *Historia*; la pretendida pérdida de los libros de Moyses antes del sacerdote Helcias, quien se dice los resucitó; el supuesto olvido de estos libros en tiempo de la cautividad, de estos libros cuyo original sagrado volvió á encontrar Helcias, pero cuyas copias estaban en manos de todo el pueblo, de estos libros citados y recordados incesantemente por los Profetas á los judíos cautivos, á los judíos que cifraban en ellos el único consuelo en su destierro; y que tan escrupulosamente observaban su ley; otros mil rasgos de una crítica tan poco justa, como mal fundada, ved aquí lo que hace triunfar el incrédulo: vano triunfo, de que solo él se aplaude, y del que diariamente y con mas justo título se ríen en los bancos de las esenelas.

Mas ¿por qué, hijo mio, objeciones tan fútiles se convierten á sus ojos en argumentos incontestables? ¡Ah! ¿por qué? porque su interés mas urgente se cifra en debilitar nuestras pruebas acerca de la autoridad de los primeros libros sagrados; es porque sin dificultad se percibe que su antigüedad, su autenticidad, ya dan á la religion un fundamento inalterable. Pues en efecto, si Moyses escribió estos libros, ya no se puede dudar de la verdad de los hechos que contienen. Porque atiende, querido Valmont, á que en tal caso es un escritor contemporaneo que habla á su nacion, que le habla de hechos pasados y que todavía pasan á su vista; es un escritor que no puede engañarla ni engañarse á sí mismo, sobre la naturaleza y la verdad de estos hechos, puesto que son para ella como para él, hechos públicos, sensibles y permanentes. Así, v. g., la salida de Egipto en medio de tantos prodigios de que solo Egipto es la víctima, de que todo el arte de sus mágicos no puede defenderlo, y á los cuales toda la potestad de los demonios se vé forzada á rendir homenaje: el paso del mar Rojo, sin costear sus riveras, ni sobre el fango de sus olas apartadas, sino por el medio de su lecho y al

travéz de sus aguas divididas; el monte Sinai lleno de fuego; la voz retumbante del Altísimo; llamas, relampagos, y rayos que muy malamente se explicarían por fuegos artificiales, por pólvora de cañon desconocida entónces y que sería un absurdo suponer; la tierra entreabierta á los pies de Datan, de Coré y de Abirón; la roca herida por la vara de Moyses, y ofreciendo repentinamente una fuente de agua viva á un pueblo siempre pronto á prorumpir en murmuraciones, siempre dispuesto á revelarse; mas que todo esto aun, los prodigios del desierto, tanto ménos susceptibles de ilusion cuanto que se hacían para todos los judíos, se renovaban diariamente, duraron cuarenta años, tales como el maná, que le sirvió mucho tiempo de alimento, sus vestidos conservados por tantos años; aquella columna de nube que aparecía en el dia delante de ellos para dirigir su marcha, y aquella columna de fuego que le servía de guia en la obscuridad de la noche: tales son indudablemente los hechos que no pueden referirse á una nacion como pasados á su vista y con las circunstancias mas notables, si ella no los ha visto; que no se le puede hacer creer que los vió si no son verdaderos; y que no pueden ser verdaderos sin acreditar la mision de quien los obró en nombre del Dios Omnipotente, del Dios de verdad.

Mas no son estos hechos los únicos que refieren los libros de Moyses. Estos libros de un pueblo tan antiguo, y que son tambien ellos de la mas remota antigüedad, nos exponen los primeros hechos, los primeros acontecimientos de la grande historia del universo.

Ellos me recuerdan un Dios que todo lo ha hecho; me dan las ideas mas nobles y mas dignas de él, de su poder, de su santidad, de su sabiduría. El Dios de los Hebreos nada tiene de comun con las divinidades que el resto del mundo adoraba. Es el ser existente por sí mismo; es un Dios único en ecencia, infinito, perfecto en todos sus atributos, él existía, y todavía no existía nada;

á su voz el mundo sale de la nada; dice que la luz sea hecha, y la luz se hizo; llama á los astros y comienzan su carrera; adorna los cielos, embellece la tierra, la fecundiza, la puebla de animales diversos, y forma un señor del universo, un ministro de su gloria, un intérprete de la naturaleza, criando el hombre á su imágen. Si emplea muchos dias en acabar la grande obra de la creacion, es para enseñarnos que lo hace todo, no por una impetuosidad ciega y necesaria, sino libremente, sin violencia, como quiere, al momento que quiere.

El universo es criado, el mundo toma su forma, y al salir de las manos del Criador, todo está perfecto. El hombre recibe el homenaje de todos los seres para transmitirle á su Dios: un precepto ligero se le impone para hacerle sentir, que si todos los seres le están sometidos, el tambien está sujeto como ellos al imperio del Ser Supremo, y como criatura suya le debe el tributo de su sumision y de su dependencia. Viola este precepto: todo cambia de aspecto; la naturaleza ya no ofrece los mismos atractivos; por donde quiera encuentra la funestas consecuencias de su pecado; las halla en sí mismo, su entendimiento se llena de tinieblas su corazon propende á la tierra, sus sentidos se rebelan; la posteridad de un padre culpable pierde sus privilegios y sus derechos.... ¡Tristes y admirables verdades! pero que yo hallo gravadas en la faz de toda la naturaleza, que hallo impresas en todo mi ser, en esa mezcla de grandeza y de bajeza, de luces y de tinieblas, de fuerza y de flaqueza, que tantas veces nos hace buscar al hombre en el hombre mismo, y que lo presenta al universo como á un rey, pero rey degradado. ¡Ah! por lo ménos con estas luces preciosas y necesarias al hombre, ya yo no soy un misterio para mí: la naturaleza ya no es un enigma cuya obscuridad me haga perder de vista al Dios que me crió: ahora conozco la fuente de las contradicciones que me desolan, tengo la clave de todo el sistema de la humanidad, tengo la del estado actual de los seres

que me rodean, y todo el universo se explica á mis ojos.

Empero Dios dirige mis miradas hácia un objeto mas consolador. Adán ha pecado, y ya le hace entrever un libertador, en una semilla bendita que nacerá de la muger: el hombre pecador será reconciliado con Dios por este libertador; por su medio el hombre honrará la Divinidad como debe ser honrada, y le ofrecerá un culto digno de agradarle.

Sin embargo, la posteridad de Adán se multiplica, y el pecado se extiende y se multiplica con ella. Una familia mas santa es retirada del contagio universal. Los crímenes de los hijos de los hombres esparcidos por toda la tierra, claman venganza del Señor; su justicia estalla por un diluvio universal. Su bondad conserva al justo y su familia: Sem, Cam, Japhet, cuyos nombres se han conservado entre los antiguos pueblos, vienen á ser los gefes de las naciones.

Despues del diluvio, la constitucion del universo se halla debilitada; la vida humana decrece insensiblemente, la confusion de las lenguas se introduce entre los hombres; fórmanse los primeros pueblos, y las primeras conquistas anuncian al género humano nuevos crímenes y nuevas desgracias.

Ved aquí los principios del mundo, tales como Moyses nos los presenta: principios felices, dice Bostuet, llenos despues de males infinitos respecto de Dios que todo lo hace, siempre admirable; tales en fin, que al repararlos en nuestro espíritu, aprendemos á considerar el universo y el género humano siempre bajo la mano del Criador, sacado de la nada por solo su palabra, conservado por su bondad, gobernado por su sabiduría, castigado por su justicia, redimido por su misericordia y siempre sujeto á su poder.

Moyses, aun considerado solamente como historiador, tenia sobre estos primeros tiempos memorias bastante seguras para garantizarnos la fidelidad de su relacion. La vida larga de los Patriarcas, simplificando las generaciones, acercaba á este es-

eritor las tradiciones mas comunes y mas verdaderas, los monumentos mas auténticos, y mediante un corto número de hombres, le hacia tocar el nacimiento del mundo y la creacion. Tu lo sabes, hijo mio, no es el número de años, es la multiplicidad de las generaciones, lo que hace obscuras las cosas; y á la verdad exacta, nuestra ignorancia sobre los tiempos que nos han precedido, proviene del poco tiempo que vivimos con nuestros abuelos. Si Moyses tan solo hubiera querido alucinar á sus contemporaneos ó infundirles miedo, se hubiera guardado muy bien de hacer vivir tan largo tiempo los testigos, cuya memoria todavia reciente, solo hubiera servido para hacer palpable el error de sus fechas, y para deponer en su contra; se hubiera puesto en seguridad retirando el origen del mundo, y multiplicando las generaciones; pero muy lejos de esto, habla de cosas acontecidas en los primeros siglos, como de cosas constantes, de las que todavia quedaba un recuerdo casi universal y monumentos muy señalados.

Y efectivamente, al través de todas las fábulas de que estan llenas las historias de los más antiguos pueblos, se perciben facilmente los hechos mas remotos y mas notables de que habla Moyses. La obra de seis dias, atestiguada por el historiador del pueblo de Dios, lo está igualmente por el orden de la semana, esta costumbre tan arbitraria, y sin embargo tan constantemente observada en casi todas las naciones. Casi todas han tenido la idea de la creacion del mundo [8], por supuesto informe, lo que ellas han llamado *caos* y reducido despues al orden que vemos. Todas ó casi todas han hecho salir el hombre de la tierra, y despues de un primer hombre [9]. El estado de inocencia les era conocido bajo el nombre de *edad de oro*, seguida muy pronto de otro siglo en que las miserias han sido el castigo del crimen [a]. La larga

[a] „La caída del hombre degenerado, dice Voltaire, es el fundamento de la teología de casi todas las naciones antiguas.” (*La filosofía de la historia*, cap. 17.)

vida de los primeros hombres se contenía en sus mas antiguas tradiciones. La del diluvio se ha conservado por donde quiera; y hasta el Arca en que se salvaron los restos del género humano ha sido siempre célebre en el Oriente. ¿Qué mas diré? La fabula de los gigantes que apilaban montañas sobre montañas para escalar el cielo, es la historia designada de la torre de Babel, que los hombres emprendieron levantar hasta las nubes; y que fué seguida de su dispersion. Despues de éste hecho, ya nada vemos generalmente recibido en todos los pueblos, porque la diversidad de lengua cortó la comunicacion que habian tenido hasta entónces. Pero se vuelven á hallar todavia en el origen y formacion de las primeras sociedades, de los primeros estados, en la posesion que Moyses dió á los primeros pueblos de la tierra, en sus nombres y en los de sus fundadores, nuevas pruebas de su exactitud: aquí como sobre todo lo demas, los críticos mas ilustrados y mas sabios estan á su favor [10]. En fin, en las tradiciones particulares, en la mitología de los paganos y en la explicacion de sus fábulas, se entrevén con un poco de atencion casi todos los otros hechos de Moyses, aunque desfigurados por la supersticion.

Y ademas de esto, querido Valmont, independientemente de la historia y de la tradicion, la razon misma y toda la naturaleza deponen en favor de aquel historiador. Tres artículos principales de su historia, la creacion del mundo y del primer hombre, la caída, del primer hombre, y el diluvio, probados una vez, garantizan, suponen y prueban suficientemente todos los otros hechos que nos refiere.

La creacion del mundo, incomprendible á nuestra imaginacion, es palpable á la razon. El mundo no es eterno, increado, existente por sí mismo; los atributos de la eternidad, de la necesidad, no convienen á la materia; por el contrario, en ésta concurren los atributos de un ser dependiente en su existencia y en su modo de existir; la materia, el mundo, todas las partes del mundo han sido creadas

[11] ¿hay por lo mismo un primer hombre? ¿Y cómo no habría sido creado un primer hombre? ¿Por ventura hijo mio, supondrás una serie infinita de hombres? Ella repugna; pues que en toda la presion del término, supondría una serie de efectos sin causa ninguna eficiente de esta serie infinita: en esta progresion todo sería efecto, y nada sería causa propiamente dicha. ¿Supondrás un primer hombre, formado del barro de la tierra y del encuentro de moléculas orgánicas? Pones palabras en vez de cosas; explicas un hecho por la hipótesis mas insuficiente y mas obscura, das á una obra admirable y llena de inteligencia la causa mas ciega, constituyes la materia por principio del espíritu. La razon sola nos conduce por tanto á la creacion del mundo, á la creacion del primer hombre [12].

¿Pero en qué tiempo fueron creados el mundo y el primer hombre? ¿En tiempos muy antiguos? El aplanamiento continuo de las montañas probado por mil experiencias, y que sin embargo todavía no ha producido efectos muy sensibles, el estado del mundo civil y del mundo moral, la mitad de la tierra casi todavía decierta ó poco habitada, los progresos tan limitados del género humano, la novedad misma de las ciencias y de las artes, considerando el número de los siglos que hemos recorrido, demuestran un origen cuya época no puede ser mas antigua que la que Moyses atribuye á la tierra y á sus primeros habitantes.

¿Mas de que modo ha sido creado aquel que habitó primero en ella? Sobre este punto, hijo mio, imagina si puedes, ya respecto á la edad, el tiempo de la vida, el punto de fuerza y madurez en que debió salir de las manos del Criador, ya en cuanto á los conocimientos y á los recursos necesarios que debió hallar en sí mismo en su derredor al abrir sus ojos á la luz, ya con relacion al estado del mundo entero, el orden que debió reinar en toda la naturaleza, para la creacion del hombre inocente y justo; imagínate una cosa mas racional,

mas satisfactoria, y que resuelva mejor todas las dificultades, que la relacion de Moyses [13].

Acerca del segundo artículo de su historia, que es la caída del hombre y su degradacion, parece que un sentimiento íntimo, que un momento ha te recordaba, nos lo anuncia. El fondo de miseria y de corrupcion que el hombre descubre en él, cuando quiere estar de buena fé consigo mismo; aquel imperio de los sentidos á que sucumbe y de que se avergüenza, aquella desnudez que cubre y de que se sonroja [a]; esa grandeza desmentida por tanta bajeza; esa propension al mal, demostrada por la corrupcion universal, y por la comparacion del mal con el bien; esas perpetuas contradicciones que halla en el fondo de su ser; esos dos hombres, si puedo hablar así, que lleva en uno solo; esa rebelion de toda la naturaleza contra él, al mismo tiempo que parece constituido Señor y Rey de toda la naturaleza, esa tradicion general del hombre culpable y degenerado; ¡cuantas pruebas de su degradacion y de su caída!

El tercer artículo esencial de la relacion de Moyses es el diluvio. Se hallan dificultades en la cantidad de agua necesaria para inundar la tierra, pero sin detenernos en el modo con que halla sido el diluvio, y en que Moyses no ha pretendido indudablemente que bastasen causas puramente naturales, sin atrevernos á determinar los efectos que produjo la mano del Omnipotente cuando inclinó el ege del mundo, cuando abrió las cataratas del

[a] Efectivamente, aquella especie de vergüenza que observamos casi en general en las naciones mas salvages, y que observamos mas generalmente aun en las que comienzan á pulirse, ¿con qué tradicion universal, ó que natural sentimiento podrá explicarse? Que se atienda á esto; una ú otra causa de tan singular efecto en la apariencia, favorece igualmente la relacion de Moyses. (Véase toda la Historia general de los Viages, por el Abate Prevost, y todos los viageros mas conocidos).

cielo, y cuando de este depósito inmenso derramó aquella basta suma de agua, antes invisible y suspensa, o de continuo atenuada en la atmósfera del globo terrestre; cuando en fin ella rompió las fuentes del grande abismo, é hizo rebozar la mar sobre su lecho para desparramar sus aguas por toda la tierra habitable (a), podemos decir á lo ménos con seguridad, que la historia de todos los pueblos nos garantiza el diluvio universal [14]. La tradición, no de un diluvio solamente local, sino del diluvio universal, esta difundida por donde quiera, no obstante la distancia de los lugares y la diversidad de costumbres y de lenguaje. Los Chinos mismos, al travez de todas sus fábulas, han dejado subsistir la memoria de él en todos sus libros, así como se halla en ellos también la larga vida de los primeros hombres en el reinado que atribuyen á sus primeros emperadores.

Un acontecimiento tan prodigioso y tan diferente de toda otra revolucion, ha dejado hasta en las naciones del Nuevo Mundo las huellas mas profundas. Á la tradición y á la historia, se añaden en favor del diluvio las observaciones mas satas de la física, no obstante todas las explicaciones contrarias que se han querido dar á los monumentos que ella nos ofrece por donde quiera. Un diluvio particular no explica esos moriscos, esos peces marítimos petrificados, esas plantas extranjeras gravadas sobre piedras, medallas perpetuamente existentes del diluvio universal [15], dispersas por todo el globo de la tierra, trasportadas de los territorios mas lejanos á las mas altas montañas, á la pendiente de las colinas y al fondo de los valles. La tierra salida del seno de las aguas, el

[a] El azul que vemos en la extensión del cielo, es, como cualquiera otro color, una luz reflejada, y nos descubre allá la presencia de un líquido bastante transparente para admitir la luz del sol, y bastante denso para reverberar la que refleja hácia á la tierra. (Pluche, *Espectáculo de la naturaleza*, tomo 8.º parte 1.ª, pág. 84 y siguientes.)

mar abriéndose lecho por en medio de ella y formando montañas; este antiguo sistema [16], li-sonjeando nuestra curiosidad con un cúmulo de suposiciones ingeniosas, no explica de un modo satisfactorio á la razon, ni el estado del globo terrestre, ni la formación del hombre, ni su estado actual. Por otra parte, ¿de qué serviría elevar montañas y abrir abismos por solo el movimiento de las aguas? Se hallaría siempre la misma cantidad de agua, la misma cantidad de tierra; esta estaría siempre cubierta de agua como en el origen del mundo, y el nivel del mar no hubiera bajado una línea [a]. Por cualquiera parte que uno se vuelva, lo mas natural y lo mas racional es convenir en la relacion de Moyses [17]. Es verdad que él no nos presenta sistemas atrevidos pero sin fondo, hipótesis brillantes que solo la imaginacion ha producido; los hechos que nos presenta, vuelvo á decirlo, son los hechos mas conformes á la razon; estan expresados en un estilo sencillero pero grande en su sencillez; y lo que yo advierto en toda la Escritura, es aquella elevacion junta con una uncion dulce y tierna, que solo se encuentra en ella [18].

¡Oh hijo mio! si Moyses no hubiera sido mas que un inventor, ¿dónde hubiera tomado en los antiguos tiempos todas esas ideas netas y precisas sobre los mas interesantes objetos; todo ese tejido de hechos tan bien enlazados; todos esos pormenores inmensos y seguidos; todos esos cálculos tan difíciles, tan numerosos, y en el fondo tan exactos y tan verdaderos; todas esas nociones tan grandes, tan luminosas, tan sublimes sobre la naturaleza de Dios, del ser existente por sí mismo, *yo soy el que es*; sobre los caracteres de su poder, *dijo que se haga*

[a] El autor de las *Cartas á un americano* ha demostrado muy bien esto. Vease la carta 3.ª y siguientes, que abrazan todo el sistema de que aqui se trata, así como las pruebas del diluvio por los movimientos físicos.

la luz y la luz fué hecha; sobre todos sus atributos de santidad, de amor al orden y al bien, que por todas partes brilla en los libros de este hombre, tan altamente inspirado? ¿Dónde hubiera tomado todas esas relaciones con la historia de otros pueblos y con la fundacion de los otros imperios, todos esos detalles de geografia, de cronología, digamoslo de una vez, de historia natural, que las indagaciones mas profundas y las mas sábias discusiones todavía no han podido llegar á desmentir de un modo sólido y racional, sino antes bien confirman con mas fuerza de dia en dia [a]? Dónde hubiera tomado las promesas tan importantes hechas á Abraham, tambien cumplidas en todas sus partes, y tan altamente atestiguadas por la separacion y conservacion de las dos familias de Isaac de Ismael, mas de tres mil quinientos años ha [b]? ¿Dónde hubiera aprendido este escritor la lisura de sus narraciones, y todos los caracteres de verdad que las acompañan?

Basta sin duda lo dicho para forzarte á reconocer la autenticidad y la integridad de nuestros primeros libros sagrados. Basta lo que acabamos de decir para hacerte confesar que la religion cristiana, considerándola como pronto lo haremos, en su enlace necesario con el Antiguo Testamento, contiene ya el primer carácter de verdad que hemos señalado. En efecto, el mas antiguo de todos los pueblos, contando al ménos las épocas de su pri-

[a] Respecto de la astronomia, se extraña que Moyses no hable de la disposicion del cielo y del curso de los astros, como Copérnico y Galileo; pero siendo la astronomia absolutamente extraña á su objeto, la razon misma requería que conformase su lenguaje sobre este punto á las ideas recibidas, y hablase del curso del sol como los demas hombres, al modo que todavía se habla sobre esto.

[b] Vease el desarrollo y cumplimiento admirable de estas promesas en *Pluche*. (*Preparacion evangélica*, pág. 150 y siguientes.)

mer origen me presenta un libro, que tiene para él pruebas manifiestas de la mas remota antigüedad, y que contiene los hechos mas antiguos; este pueblo, este libro y estos hechos brillantes me remiten á la religion mas antigua, á aquella que, segun el lenguaje del pueblo cristiano, solo forma un cuerpo con la suya. ¡Cuán respetable te debe ya parecer, hijo mio, por este primer título! Mas para confirmarle este título y asegurarle tu respeto, examinemos si el enlace de la antigua alianza con la nueva, de la religion de los Hebreos con la de los discípulos de Jesucristo, es tal como el cristiano lo pretende, si ella da el carácter de unidad al cristianismo, el carácter de perpetuidad; despues de lo cual terminaremos con el exámen de su excelencia ó de su santidad; y si reúne estos tres caracteres con el primero ¿qué le faltara, hijo mio, para merecer de tu parte el mas humilde y fiel homenaje?

Mas permite, Valmont, que dividiéndome entre tí y Emilia, interrumpa en obsequio suyo: le debo una respuesta, y me insta porque se la dé. Nuestros dos esposos te escriben, así como á su tierna amiga, por el mismo correo que yo [a].

NOTAS.

PÁG. 138.

[1] Ante un espíritu veráz y sabiamente crítico. Los defensores de la religion se han multiplicado á medida de los esfuerzos y del número de sus adversarios. En estos últimos tiempos todavía se han visto aparecer excelentes obras de este genero, tales como el *Deismo refutado por sí mismo*, la *Apología de la religion*, las *Cartas de algunos Judíos portugueses*, las *Respuestas críticas* del sabio Bullet el *Cat-sismo filosófico* de Flexier de Reval, los *Fundamentos de la fe* por Aimé, las *Felicesimas ó Cartas provinciales filosóficas*, &c. Permitásenos remitir á ellas como á una fuente de luces sobre las vanas dificultades formadas contra el cristianismo, y evitar así sobrecargar estas notas con respuestas

[a] Estas cartas no se hallan entre las del Marquez.
Tom. II. 21

que sustancialmente serian perpetuas repeticiones. Me limitaré solamente á poner aqui á la vista un compendio de estas mismas dificultades, tomado de una de las obras del Arzobispo de Viena sobre la religion. ¿A qué se reducen desnudas de toda burla, de toda sátira, de toda declamacion? A lugares comunes que poco prueban por si mismos, que nada prueban en el todo, quando no pueden aplicarse á las cuestiones particulares de que se trata. „Ha habido „revelaciones inventadas: luego las de Moyses y de Jesu- „cristo lo son. Ha habido adivinos bribones y mercenarios, „oráculos embusteros: luego nuestros profetas no han predi- „cho lo futuro. Ha habido milagros fingidos, hechos para- „mente naturales repudiados como milagrosos por la ignoran- „cia: luego los prodigios atribuidos á Moyses, á Jesucris- „to, á los Apóstoles, no son verdaderos, ni divinos. La ido- „latría y el maometismo han durado mucho tiempo, han „ocupado vastos territorios: luego el cristianismo se ha podi- „do difundir y acrecentar por medios humanos. El error „ha tenido sus mártires: luego los nuestros han sido im- „postores y fanáticos. Hubo algunas actas de mártires „dudosas ó falsas: luego lo son todas. En algunas de es- „tas actas mas auténticas, hay circunstancias menos ciertas „que lo demás, ó que no cuadran á nuestros usos y cos- „tumbres: luego las actas mismas son apócrifas. Los bon- „zos, los alfaquies, los dervises viven en soledad, se some- „ten á unas austeridades admirables: luego la vida angelical „conforme á los consejos sublimes del Evangelio, es una „ilusion. Hubo al principio del cristianismo evangelios fa- „bricados ó falsificados por hereges: luego es menester contar „por nada los cuatro Evangelios que la tradic. constan- „te y unánime de las iglesias cristianas nos ha trasmitido. „Los cuatro evangelistas no refieren siempre las mismas „cosas en el mismo orden; unos omiten hechos ó circuns- „tancias que otros refieren: luego se contradicen mutuamente. „Hubo grandes abusos, grandes crímenes entre los cristianos, „aun entre los ministros del santuario: luego la religion „misma es un tejido de fábulas y de mentiras. ¿Qué „consecuencias! ¿Qué modo de ratiocinar! Ved aqui con to- „do, en la verdad exacta, cuanto repli. an á nuestras prue- „bas Dumarsais, Boulanger, Freret el Lord Bolingbroke, el „autor del *Diccionario filosófico* y de la *Filosofia de la historia* „ved aqui como han examinado, analizado, desmenuzado el „cristianismo. (La religion vengada de la incredulidad por la „incredulidad misma.)

PÁG. 142.

[2] Prueban bastante su novedad. „Los americanos son „pueblos nuevos: me parece que no se puede dudar de esto,

atendiendo á su corto número, á su ignorancia y al poco adelanto, que los mas civilizados de entre ellos habian hecho en las artes. Porque aunque las primeras relaciones del descubrimiento y conquista de la América, nos hablan de Méjico, del Perú, de Santo Domingo &c. como de países muy poblados; aunque nos dicen que los Españoles han tenido que combatir por todas partes ejércitos muy numerosos, fácil es ver que los hechos son muy exagerados: en primer lugar por los pocos monumentos que quedan de la pretendida grandeza de aquellos pueblos: en segundo lugar, por la misma naturaleza de su país, que aunque poblado de Europeos, indudablemente mas industriosos que los naturales, todavía sin embargo es salvaje, inculto, cubierto de bosques y ademas un grupo de montañas inaccesibles, inhabitables, que consiguientemente solo dejan espacios pequeños propios para ser cultivados y habitados: en tercer lugar por la tradicion misma de aquellos pueblos acerca del tiempo en que se reunieron en sociedad; los Peruvianos contaban solo doce reyes de los cuales el primero habia comenzado á civilizarlos (*Garcilazo, Historia de los Incas*); así es que solo trescientos años antes habian dejado de ser, como los demás, enteramente salvajes: en cuarto lugar, por el corto número de hombres empleados en hacer la conquista de aquellos vastos territorios; por mas ventajas que les diese la pólvora de canon, jamás hubieran sometido aquellos pueblos, si hubieran sido numerosos. Una prueba de lo que afirmo, es que nunca se ha podido conquistar el país de los Negros, aunque los efectos de la pólvora fuesen tan nuevos y tan terribles para ellos, como para los americanos. La facilidad con que se han apoderado de la América, me parece que prueba que ella no era muy populosa, y de consiguiente que estaba recientemente habitada. (*Buffon historia natural, tomo 5.º, Discurso sobre las variedades en la especie humana*).

PÁG. 142.

(3) Los annales de la China hacen remontar en esta nacion, la invencion de las ciencias y de las artes á cerca de 3000 años antes de Jesucristo. Estos annales colocan la época de Fou-hi, relativamente á las primeras invenciones de las ciencias y de las artes, entre el año 2914, antes de Jesucristo y el de 2834 en que segun ellos comienza el reino de Chin-boug. Aun admitiendo esta época y los reinos de Fou-hi y de sus sucesores hasta Yao, que reinó el año 2357 antes de Jesucristo [*], si hemos de creer á sus annales, ella sería

[*] Segun la opinion de Freret, que hace comen- „zar los reinos de Yao y de Chune, los dos fundadores y

164. EL CONDE
 todavía posterior en muchos siglos al diluvio, ya nos aten-
 gámos á la genealogía del Pentateuco samaritano, que, en
 opinion fundada de muchos años, es el texto original, ya
 se prefiera la version de los Setenta, respetada de toda
 la antigüedad cristiana, recibida y admitida por tantos
 siglos, aprobada por el 5.º consilio, y seguida todavía en
 el Martirologio Romano. En quanto a las diferencias que
 sobre este punto se hallan en los tres textos, confesando
 que provienen de algunas alteraciones, muy poco nos impor-
 tan estas, como observaremos en las notas siguientes; siem-
 pre se puede admitir si se quiere el sistema de consilia-
 cion del padre Tournemine. En este sistema el verdade-
 ro sentido interpretando el texto Hebreo, segun las mas
 ingeniosas conjeturas y fundamentos muy plausibles, el padre
 Tournemine suple lo que el escritor sagrado parece haber
 subentendido en el capítulo II del Génesis. Añade por con-
 secuencia cien años á la vida de cada uno de los hijos de
 Sem, suponiendo con alguna verosimilitud, que este núme-
 ro capital expresado anteriormente, es el que el sagrado
 escritor no ha juzgado á propósito repetir, como cuando de-
 cimos: Henrique IV. tuvo á Luis XIII en 1601, y éste úl-
 timo tuvo á Luis XIV en 1633, y á Felipe de Francia en
 1640. De este modo aquel sabio Jesuita, consiliando los di-
 ferentes textos, y mostrando la causa de sus variaciones en
 lo que tienen de mas embarazoso para la época que sigue
 al diluvio, nada cambia en el texto Hebreo, y como aca-
 bamos de decirlo, no hace mas que suplir lo que parece ha-
 berse omitido de propósito. Es menester ver sus *Dicertaciones cronológicas* para instruirse de los detalles y razones
 en que se funda; al fin de su edicion: las Notas de Me-
 nóquio sobre la *Escritura Santa* ó el *Método para estudiar*
la historia del Abate Langlet-Dufresnoy, tomo 1.º, par-
 te 2.º capítulo 4.º artículo 2.º

Mas aun estándose á la letra del texto Hebreo, que á
 mi juicio debe ceder por muchos motivos al texto Samari-
 táno, y que pide muy mas discusiones que este último para
 cortar todas las dificultades reales ó aparentes que ofrece la

legisladores de la monarquía China, hacia el año 2147,
„se debe mirar todo lo que precede al reino de Yao como
„parte de la historia fabulosa de China, y asegurar que
„la época de este principe, que segun Confucio, sacó á
„los hombres de la barbarie, es la época verdadera del
„principio de los tiempos históricos.” [Disertacion sobre
 la antigüedad y certidumbre de la cronología China,
 Memorias de la academia de inscripciones y bellas le-
 tras, Diciembre 1.º de 1833.]

historia de los antiguos pueblos, seria fácil probar que la
 de la China justamente apreciada; se coordina muy bien con
 la cronología que el primero de estos textos nos presenta:
 Sea lo que fuere, discutamos imparcialmente las razones
 que han dado los misioneros mismos para defender la mucha
 antigüedad de los Chinos; y veamos si no han estado muy
 prevenidos á favor de una nacion á que tan bien han ser-
 vido, que les ha costado tantos trabajos en todo género, y
 que á su vez los ha honrado por tan justo título.

Primera: „Hablando en general, dice el padre Du-
 „halde, tomando de allí las pruebas que han empleado (*),
 „los historiadores Chinos parecen sinceros y solo buscan la
 „verdad, no se percibe que se hallen persuadidos de que la
 „gloria de una nacion se cifra en su antigüedad.”

„Por qué pues hay algunos entre ellos que hacen subir su
 historia á millones de años? ¿Por qué tienen sus tiempos
 fabulosos, que ciertamente desaprueba una parte de su li-
 teratura, pero que marcan bajo cierto respecto el espíritu del
 resto de la nacion? ¿Por qué se contradicen tanto sobre la
 época cierta de los tiempos históricos y sobre los reinos que
 deben admitir ó desechar? ¿Por qué aquella especie de emu-
 lacion en encarecerse los unos sobre los otros, como lo ad-
 vierte Ferret (**), quien dando noticia de sus historias,
 muestra sus variaciones continuas en punto á la cronología
 de los tiempos anteriores á los Han?

En segundo lugar: „Su historia, dice todavía el mismo
 „padre, es muy seguida y muy circunstanciada.”

Pero que se lea el volumen 1.º de los *Annales de la*
China, traducidos del *Tung-hien-lang-mou*, y publicadas
 muy recientemente, y se verá en que consiste ese detalle
 y esas circunstancias, en el espacio de cerca de dos mil
 años que abraza este volumen; los cuales, para decirlo de
 paso, no confirman muy bien la ventajosa idea que nos ha-
 biamos formado de la dulzura y sabiduría del gobierno chi-
 no. Se notará lo que dice Guignes en el bello y sabio pró-
 logo de su edicion del *Chou-king*, pag. 33 y 35, „que
 „dando una mirada sobre los reinos de los primeros empe-
 „radores de la China, durante los dose primeros siglos, se
 „sorprende uno de hallar en ellos tan solo incertidumbre,
 „que la historia de estos reinos no es mas que una simple
 „tabla cronológica enteramente destituida de pormenores.”

[*] Consúltese la advertencia que está al principio
 de los fastos de la Monarquía China hacia la mitad
 del tomo 1.º de la descripción del imperio Chino.

[**] Disertacion ya citada sobre la antigüedad y ser-
 tidumbre de la cronología China.

En tercer lugar: „Siguiendo la cronología de los chinos, la vida de los primeros emperadores de la China, es muy conforme por su duración á la que la Escritura Santa dá á los hombres de aquel tiempo.”

¿Qué prueba esto sino la tradición de la larga vida de los primeros hombres casi universalmente difundida por las demas naciones? Entre los chinos hay otros muchos vestigios de tradición conformes á nuestros libros. Tales son los rasgos singulares de semejanza que se hallan en alguno de nuestros historiadores entre Fou-hi y Noé; tal es la inundación del tiempo de Yao, cuyos pormenores unidos al tiempo y medios empleados para remediarla, contienen cosas difíciles de consiliar, si no se habla de los reatos del diluvio; tales son otras muchas tradiciones de que habla el padre Kó en sus memorias, art. 4.º de la antigüedad de los chinos.

En cuarto lugar: „Todas las partes de la antigua historia, han sido escritas por autores contemporáneos de los Emperadores, cuya vida nos han transmitido.”

¿Y cómo se prueba este aserto? Las historias mas antiguas de la China están apoyadas en los King, ó llámense libros sagrados de los chinos; pero según las reglas de la sana crítica, ¿en qué se funda la autoridad de estos libros en cuanto al tiempo en que fueron escritos? ¿Qué testimonios intermedios enlazados y constantes, que líneas tradicionales firmes y seguras nos conducen de un modo preciso y determinado hasta su origen? El de los King, que sirve mas para la historia de los chinos, el que según la espresion de Guignes, es la fuente mas pura y menos equivocada de ella, es el Chou-king, por otra parte tan falto de pormenores. Pero vease lo que dice Guignes mismo, en la página siguiente de su prólogo. Oigamos hablar al padre Kó, misionero chino educado entre nosotros, ó por lo ménos á quien escribió bajo su nombre, y que está mas en aptitud, en medio de la literatura china y en el seno de su patria, de discutir todo lo concerniente á su historia.

No hay literato en la China nos dice (*Memorias*, tomo 1.º, pag. 240), que no sepa que sería una demencia no conocer que nuestra cronología no sube, no digo de un modo cierto é indubitable, pero ni aun probable y satisfactorio, mas allá del año de 841 antes de Jesucristo. . . [*]

[*] Los autores ingleses de la Historia Universal, hacen mención de una nueva historia de la China, publicada en Italia, y escrita por un mandarín, la cual, si es verdad lo que se dice (lo cual no aseguramos por no haberla conseguido), há demostrado que en todo este imperio no hay ninguna memoria auténtica de lo que pa-

como no pretendemos que se nos crea bajo nuestra palabra ed aquí nuestras pruebas: . . .

1.º El Chou-king señala la duración de algunos reinos; pero no la señala de muchos, y hay un gran número de emperadores de quienes absolutamente dice nada.

2.º El Chou-king habla de un eclipse bajo el reinado de Tohoung-kang; pero no dice el año, ni el tamaño ni el tiempo de este eclipse; y las siete opiniones de nuestros cronologistas, que lo colocan á tantas, unos en un año, otros en otro, prueban que este punto de apoyo es mas inalterable mas allá de los mares que aquí.

3.º Chou-king no da ni la duración de ninguna dinastía, ni la época fija de ningún acontecimiento por el que pudiese uno subir ó bajar á los demás á poco mas ó ménos y con probabilidades.

4.º Ninguno de los King suplió el silencio del Chou-king sobre todos estos objetos. Desafiamos á cualquiera á que ataque estas cuatro aserciones ó en general ó en particular. Es menester leer la continuación en el mismo autor, quien no teme leer en la pag. 81: „Hacia el año 104 antes de Jesucristo, al principio del segundo siglo de la nueva dinastía, fue cuando la corte creyó poder acometer la empresa de una historia general de la monarquía desde su fundación hasta entónces.” Consáltese todavía lo que dijo el mismo autor en las pag. 209 y siguientes, sobre el capítulo Yu-kong, que llama el nudo gordiano del Chou-king, acerca de las dificultades que contiene, sea lo que fuere lo dicho por uno de nuestros misioneros, que ha pretendido convertirlas en pruebas de la antigüedad de este libro. Si quereis además formaros una idea de la parte filosófica de los primeros tiempos, leed por fin el capítulo intitulado Hong-fan, pag. 164 del Chou-king, de la edición de Guignes. Acaso convendreis en que nuestros incredulos tendrían en que ejercitar mas fundadamente u crítica sobre nuestros libros sagrados, si no hicieran mas ue asemejarlos á aquellos.

En quinto lugar: „Confucio, cuya autoridad debe ser de mucho peso por su providad, y su raro mérito, no ha dudado jamás de la remota antigüedad de los principales King, y de la autencidad de la cronología china.

Convendremos fácilmente en la providad, en el raro mérito y en los conocimientos de Confasio. Pero en materia de historia vino muy tarde, si me atrevo á decirlo, para poder autorizar suficientemente libros muy anteriores á él [*];

só dos ó tres siglos antes de Jesucristo. (Vease la edición en 4.º de la traducción, tomo 1.º, pag. 211).

[*] Ved aquí lo que dice la historia general de la China, tomo 2.º pag. 220: „Este sábio volvió á tomar el

y do cuya autenticidad, tomada en su origen, no habría podido asegurarse sino por una serie de testimonios sucesivos, trasmitidos de un modo constante hasta él.

Permitaseme aun avanzar, que Confucio parece que no tuvo una crítica del todo exenta de superstición, juzgando por lo que refieren los anales, y especialmente por el rasgo del *Kilin* tomo 2.º pág. 121. Este filósofo, dice Visselou [*] ha adoptado una y otra fábula (la de la Tortuga y la del Dragón, ambas igualmente absurdas), y las ha confirmado abiertamente con su voto. . . no solo aprueba las sueites, sino que enseña en términos formales, en el libro canónico de los cambios, es decir su comentario al *Y-king*, el arte de destruirlos; y ciertamente este arte unido à este libro, no se deduce de lo que Confucio ha dicho de él.

Añadiré recorriendo diferentes rasgos de su vida, desde la pág. 109 del tomo 2.º de los *Anales de la China*, hasta su muerte, pag. 223, que no se hallará en ellos aquel rasgo de consistencia, si puedo hablar así, que hubiera debido honrar su filosofía.

En sexto lugar: „En la China el cuidado de escribir la historia no está abandonado à los particulares. Un tribunal establecido à propósito con el título de *Hanefino*, y compuesto de los literatos mas hábiles, preside à la formación de los *Annales*. A él se remiten las memorias de cuanto pasa en el imperio. Estas memorias son diariamente puestas por los historiadores públicos en un cofre cerrado por los sellos del imperio, y en el cual se ha dejado una abertura. Este cofre se abre cuando se establece una nueva familia imperial; y entonces se confrontan y discuten estas memorias, &c.

Pero desde cuando se ha tomado esta precaución? ¿Cuándo se estableció el tribunal de la historia? Porque todo esto, dice Freret, no puede convenir al cuerpo entero de los *Annales*. Estos están compuestos de dos partes cuya certidumbre y autoridad son muy diferentes. Las de estas partes que comienza el año 206 antes de Jesucristo

año 36 del reinado de King ó Vang, el trabajo que había comenzado para poner en orden el *Chi-sing* y el *Chu-king*. Se remontó hasta el Emperador Yao, reuniendo todas las memorias que había desde aquel tiempo hasta *Mau-koung*, príncipe de *Tsin*; y formó con ellas el libro llamado *Chou-king*. Mas qué aprecio se puede hacer de estas memorias, y consiguientemente del *Chu-king* ó del *Chou-king* mismo?

[*] Véase la noticia del *Y-king*, después del *Chou-king*, edición de Guignes, p. 409 y 410.

En tomo 2.º de los *Anales de la China*, pág. 109.

(principio de la dinastía de los Han), está escrita sobre las memorias contemporáneas, y no ha sido publicada sino después de un examen auténtico. . . la parte de los *Anales* que comprende la historia de los tiempos anteriores à los Han, es de una especie muy diferente: es una historia restituida fuera de tiempo, &c.

Por otra parte, ¿se creé que este modo de depositar y este tribunal estan exentos de todo inconveniente? A favor de todas estas memorias mantenidas en secreto por tanto tiempo, ¿está uno à cubierto de toda sorpresa? La discusión que se tiene à nuestra vista de las obras publicadas à poca distancia de los acontecimientos ¿no trae consigo mayor grado de certidumbre? ¿Y el sello de la opinion pública no vale por todos los sellos del imperio, impresos en escritos clandestinos?

„La ultima prueba en favor de las antigüedades chinas, y con la que mas ruido se hace respecto de los demas pueblos, son las observaciones astronómicas.

No repetiremos lo que se ha dicho sobre la facilidad de calcular los eclipses hasta la creación del mundo, de contar los ciclos, de citar algun periodo astronómico multiplicado por sí mismo, de ajustar à sucesos verdaderos ó inventados, observaciones y tablas al modo de cada pueblo y en todas las hipótesis posibles. Nos contentaremos con remitir en cuanto à los Chinos, à las observaciones del padre Ko, que citamos mas arriba, relativamente al famoso eclipse del reinado de *Tschong-kan*, tan ponderado por el padre Gaubil, y à lo que dijo de Guignes, quien sin dejar nada que desear sobre el artículo en cuestion, muestra claramente; 1.º la incertidumbre de las observaciones astronómicas de los Chinos acerca de los primeros tiempos; 2.º la poca antigüedad de los tiempos posteriores, relativamente à la remota antigüedad que se quiere dar à este pueblo y su corto número en una y otra época; 3.º la mucha probabilidad de que desde el año 722, antes de Jesucristo, los eclipses seguidos y ciertos, marcados en crecido número por Confucio, y que por una notable singularidad concurren con la era de Nabonassar, de la que los astrónomos griegos partían para el cálculo de sus observaciones, han sido tomadas de otras naciones; 4.º la apariencia bastante grande, de que los Chinos aun para lo concerniente à su astronomía y à sus antiguos astrónomos, han copiado é insertado en su historia lo que se dijo de los astrónomos caldeos y egipcios, lo que se confirma con relacion de la época de las observaciones caldaicas, indicadas por Callistènes con las de los Chinos.

Por mucho tiempo se ha creído que los Chinos eran un pueblo aislado que debian sus conocimientos à sí propios. Los restos de una sinagoga antigua descubiertos en la capital de una de las provincias de la China, y la entrada de los ju-

dios à este reino bajo la dinastía de los Han [*], los plagos descubiertos por sus sábios en materia de astronomía, y entrevistos aun por literatos Chinos, habian ya contribuido en gran parte á debilitar esta opinion. Guignes la destruyó enteramente con la memoria que formó en 18 de Abril de 1777, en la sesion pública de la academia de inscripciones, y que no es mas que el compendio de otras dos memorias muy extensas que el mismo autor ha presentado á la academia. En ella dan desde el año 65 de Jesucristo, la historia de la religion india en la China, y en ella manifiesta que desde esta época y de mucho antes, los vínculos de la China con la India y con los demás pueblos de Occidente, han debido servir en aquella nacion al progreso de las ciencias y de las artes. El no afirma nada, sin dejarlo apoyado en el testimonio mismo de las historias chinescas.

Segun el estudio mas profundo de nuestros mismos autores, Guignes acabó de convencernos de la poca autenticidad de la cronología china, en la nueva memoria que leyó á la academia de inscripciones á principios del año de 1779.

Allí prueba primero, que el célebre pasage de Meng-tzé *coeli aliquid este sublimisima, &c.*, de que Freret se ha servido para fundar en cierto sentido la cronología y las antigüedades chinescas, no es tal como lo ha citado; que este sabio ha sido inducido á error por la traduccion que el padre Noël y el padre Couplet hicieron de la obra de Meng-tzé, en la cual insertaron en el texto mismo lo que solo era un comentario de escritores modernos; de suerte que restableciendo el verdadero texto en toda su antigüedad, ya nada prueba de lo que se le hizo probar (**).

[*] *Leanse las Cartas Edificantes coleccion 7.ª y 31 de la edicion antigua.*

[**] *He aqui la traduccion del pasage Meng-tzé, tal como lo da Freret en las memorias de la Academia de inscripciones, tomo 15 en 4.º, y tomo 29 en 12.º pág. 347. Pondremos con letra romana las palabras que segun la observacion hecha por Guignes, recurriendo á las fuentes mismas, no se hallan en el texto, sino solo en los comentarios modernos.*

„La distancia que nos separa de los astros es casi infinita; la extension del cielo en el que hacen su curso es inmensa; sin embargo, si examinamos atentamente los movimientos celestes, y buscamos cuidadosamente los diferentes lugares en que se han hallado los astros, entonces, aunque hayan pasado muchos millares de años desde el solsticio del invierno, en que se estableció un

2.º Guignes hizo ver que los historiadores mas antiguos y los libros mas auténticos de los Chinos, nada contienen de donde se pueda inferir fundadamente una antigüedad tan alta, que realmente solo se apoya en sistemas é invenciones de autores mas recientes, de los cuales da la lista mas exacta y mas extensa.

3.º Prueba que los Chinos han llevado comunicacion con los antiguos pueblos, de quienes han tomado la mayoría de los conocimientos con que se honran.

4.º Prueba que en el tiempo en que se les suponen tan bellas leyes y tan vasto imperio, estaban limitados á un corto número de provincias y circundados por pueblos salvages y bárbaros, que los estrechaban de todas partes, y en medio de los cuales era imposible que hubiesen adquirido el alto grado de civilizacion que se les quiere atribuir.

5.º Demuestra por último, que por el año de 800 antes de Jesucristo, su historia nada tiene, absolutamente nada cierto, y que en esta época ellos no podian ser muy antiguos (*).

Terminemos esta nota con dos reflexiones que hemos creido necesarias. Sea la primera que cuando fuera cierto que algunas de las observaciones astronómicas de que se ha querido echar mano para exaltar la antigüedad de ciertos pueblos, y para debilitar la autoridad del texto sagrado, estuviesen mejor fundadas de lo que estan efectivamente (no hablo de aquellas que recogidas acá ó acullá sin examen y sin crítica, solo se apoyan en vanas conjeturas y suposiciones), falta mucho para que probasen en favor de la alta antigüedad de aquellos pueblos, quanto se les quiere hacer probar. La larga vida de los primeros hombres, tales como

„calendario, y que se halla junto al sysygio de la luna „á media noche de un dia Kio-ctze, será fácil determinar cuando sucede esto.

Tenemos un bello ejemplo de cálculos hechos fuera de tiempo y adoptados despues con mucha confianza aun por los escritores mas sábios é ilustrados.

[*] Se publicó en el Diario de los sábios, de Junio de 1779, el compendio de otra memoria que se insertó despues en el tomo 42 de las memorias de la Academia de inscripciones, en el que Guignes examina cual ha sido la extension del imperio de la China desde su fundacion hasta el año de 249 antes de Jesucristo, en lo que consistia la nacion China en aquel intervalo. En Julio apareció todavía un compendio relativo á la memoria de que hemos hablado arriba, en la cual Guignes examina los fundamentos de la antigua historia China.

la Escritura nos los presenta, su estado y su género de ocupacion debieron hacerlos casi universalmente astronómicos. Los Patriarcas, pastores, agricultores, han debido multiplicar las observaciones y transmitir las á sus hijos que las unian á las suyas y las legaban á los que venian despues de ellos (*).

(*) *Bailly, en su Historia de la astronomia antigua, ilustraciones, libro 1.º, párrafo 1.º, cita efectivamente un pasaje de Josefo, libro 1.º, capitulo 3.º, donde habla tambien de los hijos de Seth: „se debe á su espíritu y á su trabajo la ciencia de la astrología (los antiguos, dice Bailly, confundian bajo este nombre la astrología judiciaria y la sana astrología; y por que habian aprendido de Adan que el mundo pereceria por el agua y por el fuego, el temor que tuvieron, de que esta ciencia no se perdiese antes que los hombres fueran instruidos en ella, los indujo á edificar dos columnas, una de ladrillo y otra de piedra en las que gravaron los conocimientos adquiridos, para que si un diluvio derribaba la columna de ladrillo, la de piedra permaneciese conservando á la posteridad la memoria de lo que habian escrito en ella. Su prevision consiguió su objeto, y se asegura que esta columna de piedra se ve todavia hoy en la Siria.”*

Cualquiera que sea el juicio que se forme de este pasaje de Josefo, siempre será verdad afirmar como lo hacemos aquí, primero, que la larga vida de los Patriarcas, sobre todo antes del diluvio, y su género de ocupaciones, los ponía mucho mas al alcance que en las siguientes edades, de observar, por ejemplo, la constancia del movimiento y de la vuelta de los cometas, cuya opinion habia tomado Apolonio Myndiuro en la Caidéa, el periodo astronómico de 600 años, cuyo origen se esplica siempre sin esto (vease una memoria de Le Gentil, Academia de las ciencias, año de 1756), el cielo lunar de diez y nueve años, si como piensa Bailly es muy anterior á Melon; y segundo, que es muy natural pensar que á los descendientes de Noé se deben los conocimientos difundidos entre los primeros pueblos, y que datan desde la mayor antigüedad. Veanse sobre esto las eruditas y sábias reflexiones de Bailly, en la obra poco ha citada, libro 3.º, párrafo 3.º, y siguientes, y las ilustraciones, libro 2.º, párrafo 4.º y siguientes, donde Bailly trae este otro pasaje del historiador judío. „Dios,

Con esto debió formarse un depósito de conocimientos, de observaciones, y de épocas astronómicas, mas ó ménos alterado entre las naciones que han tomado su origen de ellos, sin que estas hallan habido menester grandes esfuerzos para dejar á las generaciones futuras sobre éste género, tradiciones insertadas en adelante y despues de sazón, en historias fabricadas mucho tiempo despues de los primeros acontecimientos.

Se refiere de Cassini, que viajando por una de nuestras provincias y estando en un pueblo, preguntó á los habitantes si habia entre ellos alguno que tuviese un conocimiento cierto de los astros. Le indicaron un aldeano que hace mucho tiempo cuidaba los rebaños, y Cassini lo halló tan instruido en el estado del cielo, sin saber nada de los diferentes nombres que damos á los planetas, que lo llevó consigo, y no tuvo dificultad en formar de él, segun el método nuestro, un sábio sin pretender asegurar este hecho que se supone muy antiguo. Hay fuera de esto en Paris muchas personas de literatura distinguida, que conocieron á Duval, muerto en 1776, guarda del gabinete de las medallas, y antes bibliotecario del príncipe Francisco de Lorena, despues en Florencia, en seguida en Viena cuando fué constituido emperador. Este príncipe, siendo jóven y andando en la caza, encontró al jóven Duval cuidando un rebaño y á la vez ocupado con un libro de astronomia que entendia muy bien, y provisto de un largo tubo que se habia fabricado para observar los astros. Movidó de los esfuerzos del jóven pastor, se hizo cargo de su educacion y despues le tuvo siempre á su servicio. Júzguese por esto y por los ejemplos que diariamente nos ofrecen las gentes del campo, lo que debió producir en los descendientes de Noe y de sus hijos, una vida de muchos siglos bajo un cielo mas bello que el nuestro, y teniendo tal vez bastantes conocimientos para fijar sus observaciones, ligarlas entre sí, y formar con ellos lo que se puede llamar una ciencia.

La segunda reflexion es, que no hay nada en la naturaleza que no se haya hecho contribuir para contradecir el testimonio de Moyses. Los astros y las estaciones, el seno de los mares, la superficie y las entrañas de la tierra, la historia del género humano, todo ha suministrado material para

„dice Josefo, hablando de los Patriarcas que precedieron al diluvio y que vivieron cerca de mil años, Dios les prolongaba la vida tanto por causa de su virtud, como para darles los medios de perfeccionar las ciencias de la geometria y de la astronomia que habian encontrado; lo que no hubieran podido hacer viviendo ménos de 600 años, por que hasta despues de seis siglos se cumplió el año grande.”

Las objeciones del incrédulo. Día con día se reproducen estas bajo mil formas diferentes, y se desvanecen sucesivamente sin dejar ninguna huella constante, ningún monumento durable de su solidez. Parece que cuando Dios abandonó el mundo á la disputa de los hombres, le dijo como á las olas del mar que debian quebrarse contra la ribera: „Levantaos tan alto como querais, agitaos, atormentaos en todos sentidos: las olas tumultuosas de vuestras opiniones, frecuentemente contrarias, vuestras discusiones profundas, vuestras eruditas indagaciones, vendrán á quebrarse contra los tiempos que he marcado, contra los hechos que he dicho; y solo mi palabra permanecerá inmutable.”

[4] *A los Indias &c.* Efectivamente no solo á los Chinos se enzalza demasiado su alta antigüedad: algunos de nuestros filósofos han pretendido hallar que principalmente los Indios son la nacion mas antiguamente cultivada. Los Bracmanes, dicen, que mantienen al pueblo en la mas estúpida idolatría, tienen sin embargo en sus manos los libros mas antiguos del mundo, escritos por sus primeros sábios, y en los cuales se reconoce solo un Ser Supremo.

Siempre que preguntamos en qué se funda la opinion que se han formado de estos libros, á que los Bracmanes atribuyen la duracion de la creacion, ó al ménos los colocan al principio del Kaliougam, lo que coincide con los tiempos del diluvio, se nos responderá que se funda en una tradicion inmemorial, constante y uniforme en el orden de los mismos Bracmanes. „Mas, como ha dicho uno de sus partidarios mas celosos, cualquiera que sea el crédito que merezca semejante tradicion. (¿y qué gran crédito se le puede dar cuando está destituida de toda otra prueba?) es muy permitido dudar de esta antigüedad hasta que se nos pruebe incontestablemente la data de los Sháster, y se nos haga ver en los Vedas mismos la historia religiosa, marchando paralelamente con la historia política y civil.”

Aguardando que se cubra esta falta, y que se nos den sobre los Indios y sus libros nociones mas exactas que las ministradas hasta aquí, puesto que necesitamos conforme á la confesion de los hombres mas ilustrados en este punto, reformar casi todas las ideas que se nos habian dado sobre esto, se puede consultar en las *Memorias de la Academia de Inscripciones*, el tomo 38 en 4.º página 312, las *Reflexiones* de Guignes sobre *Bagavadam*, uno de los diez y ocho *Pouranam* ó libros sagrados de los Indios. Allí se verá cual es á poco mas ó ménos la época de esta obra, que debe ser ó faltar poco, de la misma data que los Vedas; se verá cuanto difiere de la opinion que se habia tenido de ellos; y cuanto mas modernos son estos libros en comparacion de la

antigüedad que se les queria dar (*); y como ademas de esto, sin hablar de la muy fundada sospecha de que los Indios conocieron los escritos de Moyses, estos Vedas ofrecen rasgos de conformidad con las grandes tradiciones consignadas en nuestros libros santos, tradiciones mas ó ménos alteradas como lo han estado en todas las naciones, ahogadas en las fábulas mas absurdas, en los cuentos mas pueriles que pueden imaginarse. De aquello mas puro en apariencia que hay en estas tradiciones se forma, segun ha podido conjetarse, la doctrina secreta y simbólica de los Bracmanes: y de lo que hay mas grosero, se forma la que han esparcido y mantienen en el pueblo; porque la doctrina doble, reprochada tan justamente á los filósofos, se hallan en efecto por donde quiera, ménos en la verdadera religion.

Guignes nos ha dado conocimientos mas precisos todavía en una memoria que se halla en el tomo 4.º de las *Memorias de la Academia de Inscripciones*, intitulada: *Investigaciones históricas sobre el establecimiento de la religion india en la Tartaria, el Tibet y en la China, y sobre los libros fundamen-*

[*] *Vease lo que sobre esto dijo tambien el Baron de Sainte-Croix, que nos ha dado el Ezour-Vedam; traducido, del Samseretam por un brama, Observaciones preliminares pág. 132 y siguientes, tomo 2.º, pág. 81, nota, y en otra parte. A medida que se adquiere sobre esto nuevas luces está uno mas precisado á rebajar el respeto que se nos habia querido infundir hácia esta pretendida antigüedad tan prodigiosamente exagerada; mientras mas percibimos aun en el corto número de obras indianas que conocemos, señales notables de un cristianismo corrompido y extrañamente desfigurado, sea por los maniqueos esparcidos por las Indias á donde se habian refugiado, sea despues de la muerte de su maestro por los mismos bramas. Veanse las Observaciones Preliminares, página 61. Sigue el editor en la página 151, y en el tomo 2.º página 201, responde á ciertos asertos de Voltaire, uno de los primeros que tanto han ponderado entre nosotros la mucha antigüedad de los libros de los Indios. Prueba tambien en la página 225 que sus cálculos sobre la antigüedad del mundo, solo son los delirios de su imaginacion; y cita sobre sus periodos una observacion de Le Gentil, muy propia para quitar toda la confianza que se hubiera tenido aun en su periodo corriente, que es el llamado Kaliougam. Esta observacion está tomada de las *Memorias de la Academia de las ciencias*, año de 1772 parte 1.ª página 161.*

tales de esta religion, que se han traducido del Indio al Chino.

En esta memoria responde á los que han pretendido que la cuna de los conocimientos humanos debia colocarse en la India, y á los que atribuyendo la mayor antigüedad á los Tártaros de Siveria, han querido que las ciencias hubiesen nacido en la Tartaria.

Hace ver á los primeros, con la autoridad de los historiadores mas antiguos, que los Indios todavia estaban sumergidos en la ignorancia mas profunda y en la barbarie, cuando los Egipcios, los Fenicios, y los Caldéos, ya se distinguian por sus conocimientos y por su habilidad en las artes. Segun el testimonio mismo de los Indios, el primero que los civilizó se llamaba Cheking-noumi; y los que hacen subir su nacimiento á época mas remota lo colocan en el año 1322 antes de la era cristiana. Parece ademas de esto que su religion y sus leyes se extendieron por la India con mucha lentitud; y que todavia mas tarde penetraron mas allá del Ganges, lo mismo que las ciencias. Luego toda la India dilató largo tiempo en cultivarse.

Una parte de los conocimientos que los Indios adquirieron, parece que la tomaron de los Griegos, que desde Alejandro, aduenados de la Bactriana y despues de las riberas del Indus, se habian esparcido por todas partes de la India y siguieron despues frecuentando aquellas regiones. A falta de conocer estas relaciones entre los Griegos y los Indios, se atribuyen á estos conocimientos que en su origen no les pertenecian. Los que han examinado los tratados de astronomía compuestos por estos últimos, piensan que fueron formados conforme á los principios de Hipparco y de Ptolomeo. Un Indio, que hizo traducir en estos últimos tiempos las tablas de La Hire, y que las publicó bajo su nombre, podrá pasar en adelante por un grande astrónomo.

Guignes prueba en segundo lugar contra la opinion de los que han llevado mas lejos la paradoja y han colocado la cuna de las ciencias en la Tartaria, que este pais ha estado siempre habitado por pueblos nómades y bárbaros, que á penas podia ponerse á cubierto del rigor de su clima, y que hácia la era cristiana no tenían conocimiento ninguno de la escritura. No existe ningun monumento histórico de estos pueblos; y si algunos Tartaros han escrito en tiempos bastante próximos, es porque habitaban en la Pérsia ó en la China. ¿Cómo pueblos siempre tan ignorantes y que lo son aun, fueron en otro tiempo tan sábios? El Egipto, aunque hoy está en el estado de barbarie, nos ofrece por donde quiera vestigios de su antiguo esplendor. ¿Porqué la Tartaria no nos presenta ninguno? Los Tartaros han recibido de los Indios sus débiles luces así como su religion. Por el año 162 antes de Jesucristo, algunas naciones Tartaras, segun los historiadores Chinos, se acercaron á la Bactriana, y penetraron despues hasta las Indias; desde entónces aquellas

cieron la religion indiana y la profesaron [*] mas está probado que hasta el año 572 de Jesucristo, que la religion india se estableció en el centro de la Tartaria, se edificaron templos en ella. Las ruinas de estos templos y la de algunas fortalezas construidas por los Chinos en este pais, son indudablemente los vestigios de los monumentos que se suponen levantados por una nacion antigua y sabia, conjetura destituida de toda verosimilitud.

Casi todas las nuevas opiniones estan fundadas así mismo en meras conjeturas. „Moyses, dice Guignes, de quien hace tanto tiempo se abusa con demasiada osadia para establecer un cúmulo de paradojas, porque no se consultan las verdaderas fuentes, y se concede mucho á la propia imaginacion.”

Efectivamente, no ha mucho tiempo todavia, que un autor ingenioso, no ménos recomendable ni ménos querido á la sociedad por las cualidades de su corazon que por las de su espíritu, pero mui indulgente con el gusto dominante de su siglo, pretendió hacer revivir un antiguo pueblo destruido ú olvidado, que mas bien parece no haber existido nunca. Pretende haber hallado el principio de unidad que debió producir las relaciones numerosas y sorprendentes, que se advierten en las naciones dispersas por diferentes latitudes. Este principio, segun él, es la existencia de un pueblo primi-

(*) Guignes habla en pocas palabras de esta religion. La idolatria mas absurda, las fábulas mas escandalosas, forman la que los filósofos de la India enseñan al pueblo y lo cual constituye la religion vulgar. En cuanto á la de los filósofos ó Bracmas tan ensalzados, que consiste en admitir un solo Dios, alma del mundo, difundida por toda la naturaleza y trasformada en todo lo que existe, bien considerada, no es ménos extravagante. Los libros en que está consignada esta doctrina, tambien acompañada de mil absurdos, son vedados al pueblo. Nadie puede leer los Vedas sino es de la raza de los Bracmas.

Como ambas doctrinas, la una popular y la otra filosófica, pasaron á la China, fueron traducidos al Chino los libros pertenecientes á ellas. „Tengo á la vista, continúa Guignes, el que es la basa de la doctrina de los filósofos (el libro de los Bracmas), libro que se mira como el fundamento de esta religion. En la segunda memoria doy de ellos una noticia extensa. La sabiduria que se atribuye á los Indios no puede sacar de él gran ventaja. Está uno tentado á creer que esta sabiduria se aduna con la necesidad y la bribonada. (Veanse las Memorias de la Academia de las Inscripciones, tomo 4^o.) El P. Pons, escribiendo de las Indias orientales al P. Duhalde y versado ademas en la lengua de los Indios, presenta sobre su doctrina y sus libros, detalles conformes á los de Guignes. (Ved las Cartas edificantes, tomo 26 de la antigua edicion.)

tivo que coloca en la Siberia [*], y supone que fué destruido por una grande revolucion acaecida en nuestro globo. Considerando atentamente el estado de la astronomia en la China, en la India, en la Caldéa, mas bien hallamos en ellas *los escambros, que no los elementos de una ciencia*. Descubre conformidades muy notables entre los Chinos, los Caldéos, los Indios y todos los pueblos antiguos en las tradiciones, en los usos, en la filosofia, en la religion, en las ciencias, y en las instituciones que son relativas á esto. Encuentra por lo general entre ellos el uso de las libaciones, el cuadro de la inocencia primitiva, del mundo y de la edad de oro, la memoria del diluvio, alarmas difundidas por la tierra, el culto de las montañas, la tradicion de los gigantes, el uso de orientar los templos, la subdivision del año en doce meses ó lunas, el período de siete dias, un mismo legislador para las ciencias, las artes y la religion, una grande uniformidad en la marcha de las ideas, y por último *señales por donde quiera conservadas de la ignorancia que sucedió á la luz*. Asegura que todas estas conformidades no son el producto de la comunicacion, sino que estan esencialmente unidas á la naturaleza que proviene de una identidad de origen entre los antiguos pueblos, y son los restos de las instituciones de un pueblo todavía mas antiguo.

A excepcion de este último artículo, tomado en el sentido del autor, y en los desarrollos que le da, fácilmente nos pondremos de acuerdo con él sobre lo que acabamos de extraer.

(*) *Bally lo hace descender no solamente de la mesa de Siberia. En sus cartas sobre el origen de las ciencias lo habia colocado en el grado 49 de latitud; en las cartas sobre la Atlantida de Platon (especie de romance filosófico inventado á lo que parece por el discípulo de Sócrates, con fin de halagar á los Atenienses, y hacer gustar con este atractivo algunas verdades útiles), nuestro sabio académico retira su primera habitacion hasta el grado 79, y la coloca en el Spitzberg. No nos detendremos á refutar las contradicciones é inverosimilitudes de este nuevo sistema, menos fundado todavía que el de Bæer, y que ademas, quitadas algunas incorrecciones que se escaparon al autor de las Observaciones, se halla suficientemente refutado en el Diario de los sábios, Febrero de 1779. Todo lo que nos permitimos decir, tributando homenaje á la erudicion de Bally, á la elegancia de su estilo, y á las riquezas de su imaginacion, es que habriamos deseado que en vez de desperdiciar tanto ingenio en meras ficciones, se hubiese limitado, puesto que se trataba de historia, á consultar, sobre el origen de los diferentes pueblos, nuestras Divinas Escrituras, justamente miradas como el libro que co tiene la tradicion mejor seguida y mejor conservada, y la fuente mas pura de la historia. (Cartas sobre la Atlantida de Platon pag. 111).*

tar de sus cartas. Convendríamos con él en las relaciones de conformidad que se hallan en los antiguos pueblos. También percibimos entre ellos debiles luces que suceden á mayor claridad. Confesáremos sin dificultad que el género humano comenzó con luces mas extensas y mas puras, que las que ha recobrado despues, á costa de muchos esfuerzos. Todavía nos adelantaremos mas, diremos que la edad de oro, que la infancia del mundo, ha sido efectivamente un estado de sociedad muy pulida entre los hombres, no á nuestro modo, si puedo hablar así, sino mas bien al modo de los patriarcas, de aquellos primeros padres de todas las naciones. Diremos que el estado salvaje y la degradacion, es la corrupcion del estado natural, muy léjos de ser el primer estado del hombre, como tan gratuitamente los suponen tantos bello sd. lírios, que se imprimen diariamente sobre el estado natural [*]. En una palabra, recibiremos todo lo que vaya fundado en tradiciones constantes, en hechos inequívocos, todo lo que parta de épocas ciertas. Mas cuando solo se trate de vanas conjeturas, no las hemos de poner en lugar de lo que nos enseña la Escritura Santa. No tendríamos que recurrir á un pueblo primitivo, cuando una primera familia que existió antes y despues del diluvio, nos basta para dar razon de aquella *identidad de origen* que se nota en los antiguos pueblos, y de aquellos signos de luz á los que *sucedió la ignorancia*. Harémos observar tambien, que es tanto ménos conveniente recurrir á una nacion primitiva, á un pueblo anterior situado al Norte de la Asia; quanto que esta tradicion universal que con tanta razon se ha hecho valer, no solo no nos habla de ella, sino que en el hecho ella contradice su existencia. Nosotros no apoyáremos una hipótesis ingeniosa, pero muy poco verosímil, sobre una ficcion de Platon, en la cual sería facil demostrar, confrontando algunos

(*) *Esto es una verdad que ha descubierto el autor de la Antigüedad manifestada. Llámase comunmente estado de naturaleza al estado errante y vagabundo en que el hombre vivió mucho tiempo nada mas común entre nosotros que ver, que los salvajes están en el estado natural. Este modo de hablar es falso, ó al ménos exige ser explicado. El estado de naturaleza animal es un estado sin reflexion, no nacido al acaso y al capricho, que hace al hombre parecido al bruto. El estado natural conveniente al hombre, es un estado de razon y de reflexion, fuése que es de la esencia de su alma pensar y reflexionar. Así pues, tan solo por este estado, ha podido comenzar el hombre no cayó en la vida salvaje, que solo es un estado de naturaleza animal, sino cuando dejó de raciocinar sobre las costumbres y sobre los usos que había recibido de sus antepasados, ó cuando continuó en seguirlos sin conocer su espíritu." (Lib. 6.º, cap. 2.º).*

Pasages del Timeo y del Cricias, que este filósofo falto de atención y de memoria se traicionó à sí mismo. Para decirlo todo finalmente, explicaremos sin mucha dificultad y con fundamentos sólidos, lo que tan difícil y tan imperfectamente se explica por medio de suposiciones y verosimilitudes lejanas.

PÁG. 143.

[5] *Los Egipcios y sus dinastias confusas.* Los esfuerzos que los críticos mas eruditos han hecho para desembrillar el caos de la cronología de los Egipcios, han servido solo de probar la impotencia en que estamos de establecer nada cierto sobre esto.

Los que mas han ensalzado la crónica de Manheton, estan acordes en poner en el rango de fabulas aquella parte en que introduce el reinado de los dioses, y sobre lo demas se han formado sistemas particulares segun los cuales cada uno ha colocado las dinastias y los reinados a su gusto, conforme al plan que mas le convenia.

Lo que ha multiplicado el enbarazo de los cronologistas, es la lista dada por Eratóstenes de treinta y ocho reyes de Thebas, que no están comprendidos en las dinastias de Manheton; tal es la diferencia que se halla, primero entre Julio Africano y Eusebio, con relacion á los nombres de los reyes de estas mismas dinastias, á su número y á la duracion de su reinado; segundo, entre Julio Africano, Eusebio y el Syncelle; tercero, entre Heródoto, Diodoro de Sicilia y Josefo, que no estan de acuerdo entre sí, ni con Manheton y Eratóstenes (*).

Los cronologistas modernos se dividen tambien como los antiguos en diversas opiniones, mostrandose mucho mas habiles, segun se ha observado, en refutarse los unos á los otros mas bien que en demostrar que cosa es lo cierto y positivo.

Por lo demas, sea que desechen con el padre Pétau las dinastias de Manheton como fabulosas, sea que piensen en quitar solamente las quince ó diez y seis primeras, mirandolas á demas como sucesivas, sea que las consideren con el caballero Marsham colaterales, sin decidirse resueltamente por ninguno, nosotros nos limitamos á decir que tendriamos mucha dificultad, como muchos otros en conceder que los Egipcios hallan tenido desde muy remotamente anales en que los hallan conservado.

Los cuentos absurdos é innumerables de que está sembrada la historia antigua del Egipto, y que se pueden ver en parte

[*] *Veanse las diferentes tablas y todos estos escritores en la Historia Universal de los sábios Ingleses, traduccion en 4.º, tom. 1.º, pág. 414 y siguientes.*

en Heródoto (lib. 2); los geroglificos que originariamente sirvieron de materiales para esta historia, y que han sufrido tantas explicaciones, tantas interpretaciones diferentes; las memorias formadas con estos materiales por sacerdotes, que, segun Diodoro de Sicilia (lib. 1.º), las tenían depositadas en los archivos de sus templos, y las habian recibido de sus predecesores por una tradicion inmemorial, lo que les dejaba un ancho campo para exagerar impunemente sus antigüedades; el incendio de estos templos y de los monumentos sagrados en tiempo de Cambyses, que pretendió aniquilarlos; otras muchas revoluciones que sufrieron; mil detalles que pudieran hacerse sobre todos estos puntos tan interesantes, serian mui capaces de infundir una especie de desconfianza, si no se prefiriera deferir sobre esto á la autoridad de aquellos que tienen bastantes conocimientos para penetrar la noche de los tiempos, y bastante confianza y rectitud para discutir á fondo estas historias antiguas, tormento de las cabezas mejor formadas, y muchas veces el escóllo de los sábios. Por lo que á nosotros toca, nos basta observar que se ha empleado la crítica mas severa respecto á nuestros libros, y que ellos han sostenido la prueba á los ojos de todo hombre imparcial y verdaderamente ilustrado; mientras que acerca de las historias profanas parece siempre igualmente fundado reproducir las mismas cuestiones: ¿en qué testimonios descansan estas historias, cuando uno quiere remontarse á los autores contemporaneos? ¿Que monumentos ciertos y seguros, que no sean fechas supuestas, ni cálculos frecuentemente prestados y engañosos, se aducen en prueba de su autenticidad? ¿De qué puntos bastantemente fijados, de cuales hechos se parten? ¿Y qué cadena de tradiciones bien sostenidas nos conduce hasta los tiempos en que acontecieron estos hechos [*]?

[*] *Sin embargo, ateniéndonos á lo que se quiere admitir como admisible, y aun si se quiere como suficientemente seguro en las historias profanas de los antiguos pueblos, ved aquí el testimonio nada sospechoso que dá uno de nuestros críticos mas ilustrados del concierto que se halla entre ellas y la cronología sagrada, sobre lo cual Freret no reconoce nunca por verdadera cronología mas que la de los Setenta y la de los Samaritanos: „Me he dedicado, dice este sabio, á ilustrar y „discutir la antigua cronología de las naciones profanas; he reconocido en tal estudio que separando las tradiciones verdaderamente históricas, antiguas, seguidas „y ligadas unas á otras, y atestiguadas ó siquiera fundadas en monumentos recibidos como auténticos, que*

[6] *Algunos cambios hechos por los copistas &c.* „Se quiere hallar en el Pentateuco, dice el autor del *Diario de Trevoux*, anacronismos, pero se oída que Moyses no era ménos el profeta de su pueblo, que su legislador. Se critica la anticipacion de los nombres que se dieron á las ciudades hasta despues de la muerte de Moyses; pero á mas de que pueden llamarse así por prediccion, como lo fué Ciro por su propio nombre cerca de dos siglos antes de su nacimiento, ¿señala contra la pureza y la integridad del texto, que los revisores y copistas, para hacerlo mas inteligible, hubiesen reemplazado los nombres antiguamente dados á las ciudades en el Pentateuco con nombres mas conocidos? Se quisiera que una religion celestial en su origen, en su objeto y en su fin, no hiciera venir en apoyo de sus leyes recompensas y castigos temporales; pero el genio del pueblo, la naturaleza del gobierno teocratico de que Moyses era ministro, ¿no exigen estos resortes para contener un pueblo cuyas revelaciones reiteradas nos prueban suficientemente su groseria y su inconstancia? Lo que leemos de la vida de sus patriarcas nos enseña que este pueblo no pudo ignorar las promesas de su religion para la otra vida, consignadas en el depósito de las Santas Escrituras; y su conducta nos demuestra que esta creencia no era un freno para la dureza de su caracter.” (Véanse las pruebas de la religion por *Le François*, tom. 2.º, secc. 2.ª, cap. 4.º.)

„separándolas digo, de todas las que son manifestamente falsas, fabulosas ó cuando ménos nuevas, el principio de todas las naciones, aun de aquellas cuyo origen se hace subir mas alto, se hallará siempre en un tiempo en que la verdadera cronologia de la escritura manifestó que la tierra estaba ya poblada desde muchos siglos antes.” *Memorias de la Academia de Inscripciones* tomo 18 en 4.º, Continuacion del Tratado sobre la certidumbre y antigüedad de la cronologia China, sobre lo cual es menester observar todavía, que en estas memorias, *Freret* se aplica á defender la antigüedad de los Chinos, así como en otras defiende la de los Indios por medio de monumentos y pruebas que juzgando por las nociones mas precisas que se han adquirido hace algun tiempo sobre estos objetos, nada tienen ménos que incontestables, como lo hemos hecho ver en las notas precedentes.

[7] *Algunas variantes que por la poca importancia de los objetos, &c.* He visto muchos incrédulos sacar ventaja de que se les confesara, que sobre objetos poco importantes pudieron deshizarse por defecto de los copistas algunas faltas en los diferentes textos, ya por el gran número por que han pasado estos libros, ya por la facilidad de las omisiones en materia de cálculo, puesto que un punto mas ó ménos sobre una de las letras namerales, forman en el Hebreo una diferencia considerable. Pero este triunfo es muy mal fundado, porque al fin, pasages poco esenciales para la substancia, nada concluyen contra los que son de alguna importancia quanto á los hechos, ó que interesan al dógma y á la moral; ved aquí la razon de ésto: consiste en que estos estan sostenidos en una tradicion constante, estan apoyados en monumentos ciertos, son sensibles para todos y no dan lugar ninguno por lo mismo á las desatenciones y á las incorrecciones, en que ademas de esto están ligados á otras partes de la religion y forman un todo completo con ella. Así vemos, que las alteraciones y las diferencias de un texto respecto al otro, no recaen en parte ninguna sobre semejantes objetos.

[8] *Casi todas las naciones han tenido la idea de la creacion del mundo, &c.* Todas han tenido sin excepcion la idea de su principio. „Es un hecho, dice *Pouilly* [*], atestigüado por la tradicion de todos los pueblos de la tierra. Transportémonos al antiguo Egipto, á la Caldéa, á la Persia, á las Indias, á Siam, á la China, al Japon, en medio de los antiguos pueblos del Norte, en fin á la antigua Grecia, todas estas diferentes naciones nos dirán con una voz unánime: *La tierra no siempre ha existido, hubo en ella primeros hombres que dieron á sus hijos una vida que ellos habian recibido de una mano invisible.* Si atravezamos el mar del Sur, escucharemos la misma voz en Méjico, en el Perú, en las Islas. Esta tradicion del principio del mundo tan antigua y tan extensa, reúne todas las otras condiciones que la pueden llevar al mismo grado de certeza. El hecho que

[*] Todo esto se ha tomado sustancialmente de las *Memorias de la Academia de Inscripciones*, Nuevos Ensallos de critica sobre la fidelidad de la historia, 22 de Diciembre de 1724. Ved en el pasage mismo de donde se ha extractado esta nota, las citas de *Pouilly* relativamente á las tradiciones de los diferentes pueblos.

ella conserva es de una magnitud y de una sencillez propias para trasmitirse á los siglos mas remotos.....No es combatida por ninguna otra tradicion.....Digo mas, hay hechos constantes que tienen con ella un enlace general. Tal es la persuacion en que todos los pueblos estan, en todas las partes del mundo, de la existencia de Dios, como primera causa toda poderosa é inteligente.....El hecho que nos ha trasmitido esta universal tradicion del principio del mundo, es tambien de tal naturaleza que no puede ser inventado. Todos los pueblos no hubieran dudado de la eternidad del mundo, si el mundo efectivamente fuera eterno. ¿De dónde hubieran tomado la opinion de su principio? Ni su experiencia, ni la de sus antepasados, la hubieran enseñado: por el contrario, ella les hubiera mostrado un mundo siempre subsistente. Hubieran pues juzgado que el mundo habia siempre subsistido."

PÁG. 154.

[9] *Todos ó casi todos han hecho salir al hombre de la tierra, y después de un primer hombre.* Contra este primer origen del género humano se forman dos dificultades: la una es la diferencia de blancos y negros, que prueba, dicen, que todos los hombres no proceden de un primer hombre; la otra es la poca comunicacion que habia entre los hombres del antiguo continente y los del nuevo. Buffon responde abundantemente á estas dos objeciones; á la primera con una descripción exacta de los diferentes pueblos que se nos oponen. Hace ver cuales son en ellos las razones de la variedad de los colores, y concluye de este modo. „Todo concurre pues, á probar que el género humano no está compuesto de especies esencialmente diferentes entre sí; que por el contrario, originariamente no hubo mas que una sola especie de hombres, que multiplicándose y esparciéndose por toda la superficie de la tierra, ha sufrido diferentes cambios por la influencia del clima, por la diferencia de los alimentos, por el método de vida, por las enfermedades epidémicas, y tambien por la mezcla infinitamente variada de individuos mas ó menos semejantes; que desde luego estas alteraciones no eran tan marcadas ni producian mas que variedades individuales; que después han llegado á ser variedades de la especie, porque se han hecho mas generales y mas constantes por la accion continua de estas mismas causas; que se han perpetuado y se perpetúan de generacion en generacion, como las deformidades ó enfermedades de padres y madres pasan á sus hijos; y por último, que como en su origen fueron producidas por solo el concurso de causas exteriores y accidentales, como solo se han confirmado y hecho constantes

por el tiempo y la accion continua de estas mismas causas, es muy probable que aquellas desaparecieran tambien paulatinamente con el tiempo, ó que se volviesen diferentes de lo que son hoy, si estas mismas causas no subsistieran ya, ó si llegasen á variar en otras circunstancias y por otras combinaciones." (*Fin del Discurso sobre las variedades en la especie humana.*)

En cuanto á la segunda dificultad, ved aquí lo que dice el mismo autor. „Acercas de su primer origen, no dudo, independientemente aun de las razones teológicas, que no sea el mismo que el nuestro; la semejanza de los salvajes de la América Septentrional con los Tártaros orientales, debe hacer sospechar que aquellos salieron en lo antiguo de estos pueblos: los nuevos descubrimientos que los Rusos han hecho mas allá de Kamtschatka de muchas tierras y de muchas Islas que se extienden hasta la parte del Oeste del continente de América, no dejarían duda ninguna sobre la posibilidad de la comunicacion, si estos descubrimientos estuvieran bien comprobados, y si las tierras estuvieran casi contiguas. Mas aun suponiendo que entre ellas hubiese intervalos algo considerables de mar, ¿no es muy posible que los hombres hallan atravesado estos intervalos, y que hallan ido por sí mismos á buscar estas nuevas tierras, ó que hubieran sido arrojados á ellas por la tempestad? Acaso hay un intervalo mayor de mar entre las Islas Marianas y el Japon, que entre cualquiera de las tierras que están mas allá de Kamtschatka y las de América; y sin embargo las Islas Marianas se han hallado pobladas de hombres que solo pueden venir del continente oriental. Yo estaré pues inclinado á creer, que los primeros hombres que vinieron á América abarcaron á las tierras que estan al noreste de California; que el frio excesivo de este clima los obligó á ocupar las partes mas meridionales de su nueva morada; que se fijaron desde luego en Méjico y en el Perú de donde se extendieron después á todas las partes de América septentrional y meridional, porque Méjico y el Perú pueden ser miradas como las tierras mas antiguas de este continente y las mas antiguamente pobladas, puesto que son las mas cultivadas y las únicas donde se hallaron hombres reunidos en sociedad." (*El mismo discurso, hácia el fin. [Vease tambien Robert son, historia de America, tom. 2.º, pág. 179 y siguientes.]*)

PÁG. 155.

[10] *Sobre esto, como sobre todo lo demas, los críticos mas ilustrados y sábios están á su favor.* „Moyses que conocia tan bien los títulos egipcios, no teme hacer subir el origen del género humano hasta solo Adán; fija la cuna, las edades y

las generaciones de ellos; todo parte de Babel ochocientos años antes de él: no dificulta como pasaron los mares; porque son unos blancos y otros negros. Pero la historia confirma su narracion. La llanura de Sennaar en la confluencia del Tygris con el Eúfrates, la belleza, la fertilidad de este pais plano, el asfalto y el betun naturales al suelo estan atestiguados por Amiano Marcelino que siguió al Emperador Juliano, por Plinio y por Ptolomeo. La torre de reunion, la confusion, el origen de las lenguas, la dispersion de los hombres, todo esto es conocido y adelantado en las historias de la Caldéa; todos, segun el designio de Dios, van á poblar climas lejanos. Cada colonia, unida por su lengua, se detiene y se fija: en otra parte no se les entenderia. Todo parte del Oriente y se extiende hácia el Mediodia, el Occidente y el Norte. Las tres primeras colonias se multiplican pacificamente por las costas de la Asia, en Egipto y en la China. Todos conservan la primera tradicion, cuyos vestigios reconocemos en las mismas fábulas con que fué adulterada. Las otras colonias, dispersas y separadas de toda sociedad con las primeras, cayeron en un embrutecimiento, y en una barbarie de que no salieron sino por su comercio abierto con el Oriente, que siempre fué la cátedra de las ciencias y de las artes, de donde se han difundido siempre para el resto del mundo, como las historias lo atestiguan. Todo contribuye á certificar la relacion de Moyses; la geografia misma depone á su favor: todo en ella está colocado en sus verdaderas posiciones locales. Moyses es muy mas exacto que Homero y Tito-Livio; y mil quinientos años antes de Augusto, se atreve á contar la infancia del mundo y á partir la tierra entre los hijos de Noe. Japhet se dirige al Norte de la Asia en los paises maritimos de la Europa: Cam, al Mediodia y al Africa, es el Hammon de los profanos: Sem queda en Asia mas acá y mas allá del Eúfrates. Este pasage se halla en los poetas en el párrafo de sus fábulas.

Moyses coloca todos los demas en sus cantones, designa en ellos los padres de diversos pueblos y los fundadores de las naciones conocidas. Solo él ha podido tener este detalle precioso, por la revelacion ó por una tradicion fiel: es por tanto el único á quien se debe consultar como antorcha de la erudicion histórica, los autores profanos nos meten ó nos dejan en tinieblas: solo la Escritura nos muestra los lugares, las fechas, las costumbres y los hechos. En la relacion de Moyses todo está ligado y seguido; Adan es criado por Dios desde el nacimiento del mundo; sale del orden; es castigado, pero le queda un culto y una esperanza. La tierra es inundada por sus crímenes; pero muy pronto vuelve á poblarse. Los corazones se depravan otra vez, pero Dios pone á parte un pueblo que conserva la pureza de sus oráculos; le da una ley; le confía las promesas de salvacion. Poned junto á esta

historia las fábulas paganas, las historias egipcias, las chinas, y juzgad." [Diccionario antiposológico, art. Moyses.]

Me parece oportuno añadir á este trozo uno de Pláche que da nueva claridad á tan interesantes objetos. „Otro medio, dice, de conocer la exactitud de esta relacion (la de el Legislador de los judios) consiste en que la diversidad de las lenguas está de acuerdo con las datas de Moyses: esta diversidad es anterior á todas nuestras historias concebidas; y por otra parte, ni las pirámides del Egipto, ni los mármoles de Arondel, ni monumento ninguno que tenga un caracter de verdad se remonta mas arriba. Añadamos á esto, que la reunion del género humano en la Caldéa, antes de la dispersion de las colonias, es un hecho muy conforme al curso que ellas han seguido: todo parte del Oriente, los hombres y las artes; todo se adelanta paulatinamente hácia el Occidente, hácia el Mediodia y hácia el Norte. La historia manifiesta reyes y grandes establecimientos en el centro y en las costas de la Asia, cuando todavía no había conocimiento ninguno de otras colonias mas remotas: éstas aun no existian ó trabajaban en formarse. Si las poblaciones Chinas y Egipcias han tenido en muy buena hora mas conformidad que las otras con los antiguos habitantes de la Caldéa por su inclinacion sedentaria, por sus figuras simbólicas, por sus conocimientos astronómicos, y por el ejercicio de algunas bellas artes, es porque se han establecido en paises excelentemente buenos, ó porque no habiendo atravezado los bosques que por otra parte lo cubrian todo, ni por entre las bestias que turbaban todos los establecimientos á favor de los bosques, se multiplicaron con prontitud, y no perdieron el uso de las primeras invenciones. La antigüedad remota de estos tres pueblos y su semejanza en tantos puntos prueban la unidad de su origen y la singular exactitud de la historia santa. El estado de otras poblaciones fué muy diferente del estado de aquellas que se detuvieron temprano en las ricas campiñas del Eúfrates, del Kiam y del Nilo. Imaginemos en otra parte familias vagabundas, que no conocen ni los lugares ni las sendas, y que caen á la ventura en un pais miserable donde todo les falta: no hay instrumentos para ejercitar lo que podian haber conservado de bueno; no hay consistencia ni reposo para perfeccionar lo que la necesidad presente les podía hacer inventar: la mediocridad de los medios de subsistir á menudo las ponía en riñas: el celo las destruye; no siendo mas que un puñado de gante, otro puñado los adiventaba: esta vida errante y tanto tiempo incierta hizo que todo se olvidara. Solo renovando el comercio con el Oriente han cambiado las cosas. Los Gotos y todo el Norte no dejaron de ser bárbaros, sino cuando se establecieron en la Gália y en Italia: los Gálos y los Francos deben á los Romanos su cultura: estos fueron á tomar sus leyes y su literatura en Ate-

nas: la Grecia permaneció ruda hasta el advenimiento de Cádmo, que le trajo las letras fenicias; los Griegos, encantados con este socorro, se dedicaron al cultivo de su lengua, á la poesia y al canto, no tomaron gusto á la política, á la arquitectura, á la navegacion, á la astronomia y á la pintura, sino despues de haber viajado á Mémfis, á Tyro y á la Corte de Persia; todo perfeccionan pero nada inventan. Es pues manifesto, así por la historia profana como por la narracion de la Escritura, que el Oriente es la fuente comun de las naciones y de bellos conocimientos. Solo vemos un progreso contrario en tiempos posteriores en que la manía de las conquistas empenso á reconducir muchedumbres occidentales á la Asia.

„He visto hombres mas que sospechosos de incredulidad, que estaban singularmente movidos y embarazados con la exacta correspondencia que se halla de edad en edad entre las diferentes relaciones de la Biblia y el estado contemporaneo de la sociedad: los he hallado siempre inquietos ó trastornados á medida de la erudicion y de la rectitud de espíritu que tenían.....”

„Seguramente la geografia es la parte mas árida de la Escritura, ó en la que hay menos provecho que sacar para los sentimientos y para la conducta. Se puede no obstante, decir que este artículo es en ella de un precio inestimable, pues que hasta para probar la verdad de las relaciones. La geografia pone todo en órden, y hace palpable la verdad. Tomemos el Pentateuco, ó solo el Génesis; veamos el origen y los primeros progresos de las naciones. Es cierto que en la relacion de Moyses hallamos lugares y pueblos que la distancia de los tiempos ha oscurecido; pero de todo lo que nombran, lo que todavía es reconocible en tiempos posteriores justifica su narracion por una extension de conocimientos que prueban ó la inspiracion ó el socorro de una tradicion fiel. Entre los profanos no hallareis en parte ninguna una exactitud semejante; á cada instante se ve uno en la necesidad de reprobarles fábulas ó negligencias.” [Espectáculo de la Naturaleza, tom. 6.º La Preparacion Evangelica.]

[11] La materia, el mundo, todas las partes del mundo han sido pues criadas tambien. Supongamos eterna la materia: y que se recuerde lo que se ha dicho en la Carta IV. Primeramente, si es eterna por sí misma nada pudo obrar sobre ella: cada una de sus partes no pudo recibir ni comunicar nada, ni perder, ni adquirir nada, porque todo en ella y en todas sus partes, es desde entónces necesario por su

propia esencia: luego nada podria ser como es en la naturaleza. Lo segundo, si la materia es eterna por sí misma, ha debido estar en toda la eternidad en movimiento ó en reposo. Si ha estado en movimiento ¿es por sí misma ó por una primera causa? ¿Por sí misma? Luego el movimiento le seria esencial, la comunicacion del movimiento de cada parte imposible, la idea misma de reposo contradictoria. ¿Por una primera causa? Pues ved aquí al ménos criado en ella el movimiento. Si eternamente ha estado en reposo, se hara la misma pregunta. ¿Es por sí misma? El reposo le seria necesario y el movimiento imposible. ¿Por otra causa? La suponeis pues indiferente por su naturaleza al movimiento ó al reposo; pues que ha salido del reposo para moverse, ved aquí otra vez una causa criadora del movimiento en la materia. Pero sí, suponiendo que la materia es eterna, no pretendéis que lo sea por sí misma, ante todo se os harán las mismas preguntas que acabamos de hacer sobre su movimiento y su reposo, y ademas se os preguntará lo que es una materia eterna existente por sí misma, que no halla en su propio fondo ni su existencia ni su modo de existir, y que sin embargo no ha sido criada.

Atiéndase á esto. Los que no quieren admitir una creacion en el tiempo, remontándose á los verdaderos principios se verán obligados á admitirla en la eternidad, lo que implica contradiccion, pues que suponemos en la eternidad produccion de una cosa ya producida.

Lo que asusta la imaginacion, es alguna cosa salida de la nada; pero es menester observar que no ha salido con la nada ó por la nada, si reconocéis una primera causa, un poder infinito que encierra en sí el poder de criar. Mas para salvar todos los absurdos que resultan de la eternidad de la materia es mui necesario admitir esta primera causa, distinta de la materia, inteligente y libre, existen por sí misma, y que tiene por su naturaleza el poder de criar, ó la libertad de criar y de no criar, de hacerlo en un tiempo ó en otro, del modo que le plugo elegir entre todos los otros.

[12] Luego, la razon sola nos remite á la creacion del mundo, á la creacion del primer hombre. „Permitamos por un momento á los que rehusan mirar la accion de Dios en la naturaleza, ó que solo quieren que la hubiese impreso el movimiento una vez, permitámosle formar la tierra del modo que juzgan apropiado: démosles una materia abundante, un movimiento circular, una duracion tan grande como quieran: que elijan las leyes de Descartes ó las de Newton. He aquí la tierra formada segun su idea. Pero esta tierra está desnuda; yo no veo en ella ni verdor ni habitantes. Que

se me pongan en obra todas las leyes y combinaciones del movimiento, esta tierra nunca será mas que un espantoso desierto. Si salta la menor planta, y el menor gusano serpea, es menester atribuir su estructura y su acción á una causa inteligente á una voluntad particular. El movimiento que no puede construir ni los anillos ni los entenas de este gusano, ni los órganos de aquella planta, ¿podrá ordenar una tierra y hacerla habitable? ¿Podrá proporcionar en ella diferentes satisfacciones á las necesidades de sus habitantes, distribuirles su exacta medida de aire, de agua y de fuego, colocarle á tal distancia del sol que ni sea dado por demasiada lejanía, ni quemado por suma proximidad? Si las plantas y los habitantes de esta tierra fueron introducidos en ella por voluntades especiales, ¿puede dudarse que la misma sabiduría que crió las plantas y los animales, les haya preparado también por una voluntad expresa un terreno adecuado y una morada conforme á sus necesidades? Si esta tierra estuviera compuesta conforme á la idea de los filósofos, requiría en derredor de un centro común muchas capas distintas una sobre otra según su gravedad específica, es decir, las mas pesadas abajo y las mas leves arriba. Pero sería sin utilidad, puesto que sería sin órganos: nada de atmósfera cuya pesantez y elasticidad pudiera sentir sucesivamente ninguna diversidad en la capa exterior para proporcionarse á la diversidad de las semillas; ninguna cavidad abierta para ser el receptáculo del sol y de las aguas tan necesarios á la fecundidad de la superficie; nada de montañas para recoger la evaporación del mar y para precipitar de lo alto las lluvias sobre las llanuras; nada de cuerpos de arenas preparadas para contener mucho tiempo las aguas de las fuentes; cuerpos de gréa para sostener y detener las aguas en las arenas; nada de aguas subterráneas para conducir de uno á otro lado la sal, el betún, la arena, el limo, el vitriolo, el mercurio y los azufres, cuya dispersion, concurso y fermentacion podran formar despues, allí aguas minerales ó baños calientes, allá piedras preciosas, en otra parte piedras de construcción, y mas allá tal vez metales. ¿Cómo podría uno persuadirse de que una mecánica y unas operaciones tan superiores á nuestros conocimientos podrian ejecutarse en las cortezas masiza de nuestro sol obscurecido? Luego ésta tierra filosóficamente construida no será propia para nada, y el aparato maravilloso de los órganos de nuestro globo demuestra, no una corteza un defecto ó un accidente acaecido en la naturaleza, sino una creación expresa y un ordenamiento lleno de designios y de precauciones. El espectáculo de la naturaleza está puesto en este primer punto perfectamente de acuerdo con la relación de Moyses. (Ruche. *El uso del espectáculo de la naturaleza, al fin del 3.º volumen.*)

„Nuestra tierra, dicen, es quizá una masa desprendida de un cuerpo celeste, ó el resultado de una de aquellas manchas que los astrónomos observan en el disco del sol, las

cuales pudieron desprenderse y formar nuevos planetas... Re-futemos de paso esta congetura, siquiera para manifestar el peligro de tomar por guía la imaginacion en el curso de las verdades geométricas.

„Newston ha demostrado que un cuerpo lanzado por una fuerza de proyeccion de otro cuerpo que lo atrae según las reglas de la gravedad conocida, describe en su movimiento una de aquellas curvas que se llaman secciones cónicas; así este mismo cuerpo debe necesariamente á virtud de las leyes de la gravedad, volver á caer en su primera revolucion sobre la superficie del otro. Si pues nuestro globo se hubiere desprendido de algun cuerpo celeste para ser arrojado al espacio habria vuelto á caer sobre este mismo cuerpo, y no haria en derredor del sol la revolucion de que somos testigos y admiradores. Una bala que parte de la superficie de la tierra con una fuerza cualquiera y bajo el ángulo que se suponga, estará obligada á volver á caer allí en virtud de su gravedad. Pero si suponemos un cañon elevado arriba del globo, y que la bala parte de este punto, es cierto que girará en derredor de la tierra sin volver á caer y que pasará en cada revolucion por el punto de que habia partido. Sucede lo mismo respecto á nuestra tierra y al sol; pues que las observaciones prueban que describe una elipse en derredor de este astro, se sigue que desde que el mundo existe siempre ha estado en un punto de su actual órbita, sin que ninguna ley de la naturaleza le colocase allí. Esto sirve para probar que la naturaleza de un sistema planetario no admite ordenamiento sucesivo, y que desde el principio todo ha debido estar en el mismo orden que nuestros ojos lo ven hoy en el universo (*).”

„Hay otra hipótesis, pero que no ha podido salir nunca de una cabeza un poco llena de conocimientos astronómicos, y es aquella en que se supusiera que un planeta principal como nuestra tierra podría ser un cometa dislocado. Yo suplico á quien la inventó me diga, quien habria podido desviar este cometa de una órbita cuyas leyes son tan fijas y tan constantes como las de las órbitas de cualquiera otro planeta. Quisiera saber sobre todo que se hizo el cuerpo que le hubiese dislocado. ¿Se nos quiere conducir á los tiempos de ignorancia y de credulidad en que los cometas eran miradas como los caballeros errantes del espacio, y en que se creía que sus movimientos estaban libres de esas leyes inmutables que conservan el orden del universo? (*Reflexiones filosóficas sobre el sistema de la naturaleza, por Holland, part. 1.ª cap. 6.ª*)

[*] Tal es tambien la observacion importante que hace Dionisio de Sejour, de la academia de las ciencias, en su Ensayo sobre los cometas. „Todo le parece que lleva la marca de un orden primitivo tan antiguo como el universo.” [Vease las secciones 5.ª y 9.ª.]

[13] *Imagina si puedes,.... una cosa que responda mejor á todas las dificultades que la relacion de Moyses.* Hay entre todos los demas un artículo, que me parece siempre demasiado embarazoso, y que no creo fácil de resolver por otro medio que aquel que nos presenta esta relacion, á saber, la formacion de las lenguas. Rousseau, en su discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres, prueba muy bien á cualquiera espíritu racional y desnudo de toda prevencion, que es imposible concebir como ellos mismos pudiesen llegar á formarse una. Resta concluir, conforme á la historia presentada por Moyses, que Dios les dió al tiempo mismo de la creacion, una lengua primitiva, modificada y alterada de mil maneras por los acontecimientos que han seguido.

Bien sé que hombres ilustrados han propuesto en estos tiempos sistemas ingeniosos del origen y formacion de las lenguas; mas no creo, que con todo el aire de verosimilitud que les han dado, hayan respondido suficientemente á las objeciones que tenemos derecho de hacerles.

Difícilmente se conviene, v. g., que haya en ellas una relacion natural y aun necesaria entre las palabras de que se sirve uno en todas las lenguas y la mayor parte de los objetos que expresan; que halla en ellas principalmente alguna entre los sonidos y los objetos intelectuales cuya expresion forma, propiamente hablado, el lenguaje, á diferencia de aquellos gritos confusos, de aquellos vagos y mal articulados sonidos que manifiestan aun en los seres no guiados por instinto, sensaciones, necesidades, deseos, ó que imitarán si quereis, bien que de un modo las mas veces arbitrario y muy imperfecto, el grito de los animales, el ruido del trueno, y generalmente todos los objetos propios para ser expresados por sonidos, como las cosas figuradas se expresan por signos, rasgos y colores.

Se ve ademas como, suponiendo esta relacion tan natural y necesaria entre las palabras y las ideas, ha podido suceder, cualquiera que fuese la diferencia de climas, de naciones y de siglos, que las palabras sufriesen alteraciones tan sensibles, que experimentasen tantos cambios provendidos únicamente de la fantasia y del capricho. Una causa necesaria, una causa que no pendiera ni aun de nuestra eleccion ni de nuestra voluntad, no podia en mis sentir producir efectos tan variables.

Sea lo que fuere, la naturaleza parece haber dado al hombre muy pocos elementos del lenguaje propiamente dicho, y es difícil pensar que por sí mismo haya podido hacer nacer de sí una lengua cualquiera por simple que se suponga. So-

nidos dulces, asperos, ligeros, lentos, rapidos, no bastan para esto; cuando mucho solo pintaran (y ni aun lo harán de un modo fijo y constante), los objetos de que acabamos de hablar; pero no presentarán natural y necesariamente una serie de concepciones, de ideas ligadas entre sí, y todo lo que forma un raciocinio. Entenderse por gritos como los animales, no es tener un lenguaje; y en las hipótesis mas favorables, no veo lo que se dedujera del órgano que se nos ha dado como á cualquiera de los animales, si la naturaleza sola preside á sus desarrollos.

Me atrevo á creer, en una palabra, que si Dios no hubiese dado al hombre en el momento de la creacion, lo que constituye hasta en los pueblos mas salvajes la metafísica del lenguaje y el lenguaje mismo, todavia no existiera ninguna lengua.

Veanse casi las mismas reflexiones mas desarrolladas, en el *Año literario*, 1777, número 4, carta 10. Me parece que estan presentadas de un modo victorioso en la palabra *lenguaje* (Gramática) de la Enciclopedia, donde Beauzé, de la Academia francesa, constante en sus principios, ha manifestado ademas el mismo respecto hacia la religion que le habia inspirado su *Exposicion compendiada de las pruebas históricas de la religion cristiana*, que ya citamos atras. Esta obra no es ménos el elogio de su corazon que el de su espíritu y de sus conocimientos, puesto que se compuso para instruccion de sus hijos, cuando estaba en puntos de ser padre. ¡Ojalá tambien el Sr. Conde de S. C., que tan útilmente ha escrito con semejantes miras, permita un dia que se dé á luz el dichoso fruto de su trabajo!

[14] *La historia de todos los pueblos nos asegura el diluvio.* Veanse los textos de los autores paganos de diferentes naciones; Josefo, *Antigüedades judaicas*, lib. 1.º, cap. 3.º, Eusebio, *Preparacion Evangelica*, lib. 9.º, cap. 12, George Syncelle, *Cronografia*, ediccion de Paris, pág. 30 y 38; Plutarco, *Opúsculo, sobre si los animales terrestres ó los acuáticos tienen mas entendimiento*; Luciano, de *la Diosa Syria*, &c. La mayor parte de estos textos de autores profanos se hallan recopilados en Grocio, de *la Verdad de la religion cristiana*, lib. 1.º, párrafo 16, con las notas de Juan Clerici. Vease tambien la *Historia moderna para servir de continuacion á la Historia antigua de Rolin*, por Marsy, á quien no se acusará de ser muy favorable á la religion cristiana; se admira uno de hallar tan á menudo entre los pueblos mas desconocidos en otro tiempo, ó nuevamente descubiertos, las tradiciones mas conformes á lo que nuestros libros santos refieren.

Bailly, en sus *Cartas sobre el origen de las ciencias*, pasa revista á todas las antiguas tradiciones sobre el diluvio. „¿Porqué, dice, la efusion de las aguas es la basa de casi todas las fiestas antiguas? ¿De dónde vienen aquellas ideas de diluvio, de cataclismo universal? ¿De donde aquellas fiestas que son conmemoracion de él? Los Caldeos tienen la historia de su Xisustras, que no es más que la de Noe un poco alterada. Los Egipcios decian que Mercurio habia gravado los principios de las ciencias en columnas que pudieran resistir al diluvio. Los Chinos tienen tambien su Peyrun, mortal amado de los dioses que se salvó en una barca de la inundacion general. Muchos de ellos hacen tambien mencion de Fouhi, dándole bajo este aspecto mucha semejanza con Noe. Los Indios mezclando en esta relacion su antigüedad fabulosa, sobre la que Freret se ha explicado suficientemente [*], refieren que hace como veinte y un mil años que el mar cubrió é inundó toda la tierra, á excepcion de una montaña que está hácia el Norte. Solo una muger con siete hombres se retiraron allí... Se habian salvado igualmente allí dos animales de cada especie y dos individuos de cada planta hasta el número de un millon ochocientos mil.... Añaden, hablando de su dios Vitchnou, transformado en pez, que en tiempo del diluvio fué cuando este Dios condujo la barca que salvó al género humano, esta barca conservadora del linage humano, se halla todavia al Norte de la tierra y en el Edda. El gigante Imus que fué matado, derramó tanta sangre de sus heridas, que la raza humana fué sumergida y destruida por ella, excepto Belgemér, que se salvó en una barca con su muger... La idea del diluvio tal como la hemos recogido en los diferentes pueblos, es la tradicion de un hecho histórico.... No se procura perpetuar la memoria de lo que no ha sucedido. Estas historias, diferentes en su forma pero diferentes en el fondo, presentan un mismo hecho en todas partes alterado, pero donde quiera conservado, este consentimiento unánime de los pueblos, me parece una prueba plena de la verdad de este hecho.”

Boulangier, en la *Antigüedad descubierta* ha insistido en este grande acontecimiento. Ved aquí lo que dijo en su prólogo: „Es menester tomar en la tradicion de los hombres un hecho cuya verdad sea universalmente reconocida: ¿cuál es? yo no veo ninguna, cuyos monumentos esten mas generalmente acreditados, que los que nos han transmitido aquella famosa revolucion física, que, segun se dice, cambió en otro tiempo la faz de nuestro globo, y que dió lugar á una revolucion total de la sociedad humana: en una palabra el di-

[*] *Investigaciones sobre las tradiciones religiosas y filosóficas de los Indios.* (Historia de la Academia de Inscripciones. tom. 18 en 4.º.)

ludio me parece la verdadera época de la historia de las naciones. La tradicion que nos ha transmitido este hecho no solo es la mas antigua de todas, sino tambien es clara é inteligible. Ella nos presenta un hecho que puede justificarse y confirmarse: primero, por la universalidad de los votos puesto que la tradicion de este hecho se halla en todas las lenguas y en todos los países del mundo; segundo, por el progreso sensible de las naciones y la perfeccion sucesiva de todas las artes; aunque la historia no puede alcanzar á los primeros tiempos, nos manifiesta si no el género humano naciente, por lo ménos una infinidad de naciones todavia en una especie de infancia; estas naciones crecen y se fortifican poco á poco, y someten insensiblemente á su imperio una gran porcion de la tierra: tercero, el ojo del físico ha hecho notar los monumentos auténticos de estas antiguas revoluciones, y los ha visto gravados donde quiera con caracteres indelebiles; si ha cavado la tierra, solo ha encontrado en ella escombros amontonados y quitados de su lugar; ha encontrado montones inmensos de conchas en las cimas de las montañas, las mas lejanas hoy del mar; ha encontrado restos indudables de peces en las profundidades de la tierra; ha encontrado así mismo vegetales cuya procedencia no le ha parecido dudosa; finalmente ha encontrado en las capas de la tierra que habita huesos y restos de seres animados que solo viven hoy en su superficie ó en las aguas.... Dudar de la realidad de estos hechos, seria desmentir la naturaleza que por sí ha levantado en todas partes monumentos que los atestiguan. Así, la revolucion que ha sumergido una parte de nuestro globo para dejar otra á descubierto, ó lo que se ha llamado el diluvio universal, es un hecho que no se puede negar, y que seria menester creerlo, aunque las tradiciones no nos hubiera hablado de él.”

Boulangier detalla las instituciones planteadas por diferentes pueblos de la tierra para representar la memoria del diluvio. Saca de estos acontecimientos consecuencias relativas á los efectos que en su concepto debió producir. Aquí es donde comienza la parte sistemática de su obra; y es tambien donde pone los sistemas en vez de los hechos, donde quiere explicar los hechos por los sistemas, donde como tantos otros se comienza á extraviar.

[15] *Esas plantas extrangeras enraizadas en piedras, medallas siempre subsistentes del diluvio universal.* &c. He aquí lo que dice Fontenelle en la Historia de la Academia, y lo que despues de él cita Buffon, *Historia natural, teoria de la tierra*, tomo 1.º „Todas las plantas gravadas en las piedras de

Saint-Chaumont son plantas extranjeras, no salamente no se hallan ni el en Lyonnais, ni en el resto de la Francia, sino que solo se hallan en las Indias orientales y en los climas cálidos de América. La mayor parte son plantas capilares, y muchas veces particularmente helechos; su tegido duro y apretado los ha hecho mas propios para enraizar y conservarse en mazetas todo el tiempo que se ha menester. Algunas hojas de plantas de las Indias arraigadas en piedras de Alemania, parecieron admirables á Leibnitz; ved aquí la misma maravilla multiplicada infinitamente: aun parece que hay en esto cierta afectacion de la naturaleza: en todas las piedras de Saint-Chaumont no se halla una sola planta del pais."

"Cierto es, segun los mariscos de las canteras y de las montañas, que este pais debió en otro tiempo estar cubierto por el agua del mar. Pero como ha venido aquí el mar de América ó el de las Indias orientales? Se puede suponer con bastante verosimilitud, para explicar muchos fenómenos, que el mar cubrió todo el globo terraqueo; pero entónces no habia en él plantas terrestres, y hasta este tiempo, y despues que se descubrió una parte del globo, se pudieron hacer grandes inundaciones que trasportaron plantas de un pais á otros muy lejanos."

„Mas qué inundacion aquella que envia el mar de las Indias Orientales ó el de América hasta el seno de la Francia! Y si pudiese admitirse suposicion semejante, por mas falta de pruebas, de fundamento y de autoridad; aunque ninguna tradicion quedara de ella en el espíritu de los hombres; aunque la historia no nos ofreciese ningun ejemplo fuera del diluvio de una revolucion tan prodigiosa; aunque fuese contra las leyes que la sabiduria del Criador prescribió al elemento mas terrible, y por las que poco se aleja de sus límites: aun cuando por un temblor de tierra ó por una irrupcion repentina, las franquease, no valia mas reconocer un diluvio universal, que se nos garantiza en los libros mas dignos de nuestro crédito y en la mas respetable autoridad, que cuenta en su favor con la tradicion mas antigua y extendida mas universalmente por las naciones, que está conforme con tantos monumentos físicos, y que da razon de los hechos que nos admiran, mucho mejor que todos los sistemas?

Asi es, que el diluvio explica muy sencillamente lo que y. g. en el sistema de Fontenelle, no se puede explicar con alguna verosimilitud y lo que es absolutamente inexplicable en el de el autor ilustre de la *Historia natural*. „En efecto, segun observa el abate de Lignae, en la hipótesis de Buffon, conforme á la cual el agua cubrió primeramente todo el globo, y despues abrió barrancos y levantó montañas, no se puede decir que las olas del mar, formando el terreno de Saint-Chaumont, elevándole al nivel actual del mar, hayan traído allí plantas y hojas de las Indias.

„La tierra, bajo este volúmen inmenso de agua con que Buffon la cubre podia producir árboles, plantas terrestres, estas especies de vegetales, en una palabra, qué solo nacen cuando hallan un aire libre ó pueden extenderse? no se puede atribuir una pretencion semejante á tan gran físico. Sin embargo, el hecho es verdadero; se hallan en nuestros países plantas y hojas de las Indias, enraizadas en nuestras piedras. Buffon convendrá en que el mar los ha traído y cubierto de un jugo petroso: de donde infiero, que si es verdad por una parte que las rocas en que se hallan conchas y otras producciones marítimas, prueban necesariamente que han sido hechas por la elevacion del mar á mil toesas al ménos sobre el nivel que hoy tiene, las hojas de árbol, las plantas de que habla Fontenelle, prueban tambien incontestablemente, que antes que el mar acendiese á este punto, las tierras habian sido descubiertas y habian producido árboles y plantas. Lo que se aviene perfectamente con la historia del diluvio, y para nada con la historia natural de Buffon." (*Cartas á un Americano, Carta 3.*)

Vease tambien una obrita titulada: *Observaciones sobre la formacion de las montañas y los cambios acaecidos en el globo, para servir á la historia natural de Buffon*, pág. 68 y siguientes. Esta obra es de Pallas, académico de Petersburgo, quien bajo los auspicios de la emperatriz de Rusia, recorrió toda la longitud del Asia y una gran parte de las mas altas cadenas de montañas. Este sábio se convenció por sus propias observaciones de la realidad del diluvio, de esa catastrofe, dice: *cuya verosimilitud confieso no haber podido concebir antes de haber recorrido aquellas playas, y visto por mí mismo todo lo que allí puede servir de prueba á este acontecimiento memorable*. Consúltese tambien la memoria impresa en el tomo 17 de los nuevos comentarios de la academia imperial de Petersburgo.

[16] *Este antiguo sistema, &c.* Este sistema que espresa aquí el Marquez de Valmont de algunos filósofos antiguos, ha sido renovado en nuestros días por el autor del Telliamet, y por Buffon, que lo ha hecho mas seductor aun: pero bien visto solo es un fuego de espíritu, adornado con todos los hechizos de la invencion, y con el brillo mas imponente de la erudicion y de la filosofia. No entraré en el detalle de las respuestas que se han dado á él, y que minan los fundamentos de todo aquel edificio ingenioso y brillante. Se pueden ver en las *Cartas á un Americano*, (*) y no se pue-

[*] *Cuanta mayor es la nombradía bien merecida que*

de negar que sobre esta materia se hallan en ellas argumentos incontestables junto á las nociones físicas mas sencillas y mas comunes. Tambien se hallan en el excelente *Tratado sobre la Religión* por Hook. Mas permítaseme preguntar solamente, ¿qué podian ser, y donde se hallaban en esta hipótesis, el hombre, las aves, los animales meramente terrestres, cuando las aguas cubrian toda la faz de la tierra; y de qué modo se hizo que salieran todos de un elemento que les es tan contrario? Bastante se conoce, por la estructura de los animales acuáticos, de los animales terrestres, para que habitacion los habia destinado la naturaleza; y no hay físico por ménos instruido que sea, que no sepa observar las diferencias esenciales, que el autor siempre previsor y sábio de la naturaleza puso en ellos para este fin.

En cuanto á las dificultades que nuestro respetable academico parece oponer al diluvio, el autor de las cartas que acabamos de citar prueba muy bien, que caben en su sistema y que en este se hallan otras todavía mayores; con esta diferencia, que las pertenecientes al diluvio que refiere Moises, hayan su resolucion en causas sobre naturales que plugo á Dios emplear; en vez de que Buffon no puede responder mas que con causas naturales é insuficientes para las objeciones que se le proponen. Por ejemplo: „nosotros concebimos muy bien que nada pudo impedir que Dios ministrase la cantidad necesaria de agua para cubrir las mas elevadas montañas, luego que sabemos que lo quiso hacer; „y que tampoco nada pudo impedirle que la suprimiera: en „lugar de que Buffon solo puede servirse de las leyes de „la física para sumergir la tierra en un prodigioso volúmen de agua, y para librarla de él; y la naturaleza no „le ofrece para esto ningun socorro” (veanse la 3.^a, 4.^a y 5.^a cartas). Creemos deber agregar aquí algunas reflexiones generales que pueden servir para resolver una parte de las objeciones que se nos hacen.

Primeramente, se tiene una falsa idea del diluvio, si se supone que la causa única de la inundacion fué la lluvia de cuarenta dias y cuarenta noches. El Génesis no solo dice que se abrieron las cataratas del cielo, sino que tam-

la obra de Buffon ha dado á su autor, es mas esencial prevenirse contra ese culto supersticioso, que uno está dispuesto á tributar á los grandes hombres y que hace adoptar en sus escritos el error como la verdad. Sería pues de desear que no se quitaran de la Historia natural, las cartas que no tememos recordar: ellas forman allí un suplemento necesario, y aun cuando revelan faltas, tambien hacen percibir bellezas, y honran como quiere ser honrado un hombre bastante modesto para convenir que se ha extraviado alguna vez.

bien habla de las fuentes del grande abismo las que con irrupciones subterráneas causaron una agitacion tan violenta y duradera, que las aguas siempre moviéndose, comenzaron á disminuir al cabo de ciento cincuenta dias [*] Este movimiento fué ménos considerable aunque todavía muy sensible hasta el décimo mes [**], en el que por fin aparecieron las cimas de las mas altas montañas; y dos meses despues Noé pudo salir del arca. A estas irrupciones pueden atribuirse en parte tantos efectos extraordinarios é irregulares, que á mi entender se explican ménos bien en cualquiera hipótesis; por ejemplo, ese crecido número de conchas halladas en el seno de las mas elevadas montañas y á una profundidad tan grande, esas capas inclinadas con variedad y á veces con extravagancia, &c.

En segundo lugar á estas dos causas que acabamos de indicar, combinadas entre sí y con otras muchas, tales como el flujo y reflujo, la agitacion de las aguas causada por los vientos, las corrientes del mar, &c., se deben tambien atribuir algunos otros efectos del diluvio; quiero decir, los pertenecientes á las capas diversas colocadas unas sobre las otras, no siempre segun su gravedad específica, sino segun el concurso de tantas circunstancias diferentes que preparaban ó reunian con mas ó ménos prontitud las materias lechosas y senagosas propias para formar piedras, margas, arcillas, y que facilitaban mas ó ménos la caída alternativa de ellas.

En tercer lugar, no es de admirarse que entre los monumentos del diluvio no se hallen por lo comun restos de animales terrestres, como se hallan de animales acuáticos, puesto que Buffon mismo nos enseña que las conchas se conservan mucho tiempo en materias flojas; y fácilmente se petrifican en materias duras, lo que las hace propias para durar mas tiempo que todas las demas cosas sujetas á disolucion. A pesar de esto es verdad que se han encontrado efectivamente restos de animales terrestres, aun en climas que les eran extraños: se han hallado huesos de elefante, principalmente en Siberia, y frecuentemente se hallan todavía.

No nos inquietamos por el gran número de conchas petrificadas que forman bancos tan profundos y tan extensos.

[*] Se rompieron las fuentes del grande abismo, y se abrieron las cataratas del cielo. . . y las aguas cubrieron la tierra por ciento y cincuenta dias. . . y se agitaron las aguas en la tierra llendo y volviendo y comenzaron á disminuirse despues de ciento y cincuenta dias. (Cap. 7.º, versos 11 y 24 y cap. 8.º verso 3.º)

[**] Mas las aguas iban y decrecian hasta el décimo mes. (cap. 8.º verso 5.º)

Sería menester poder sondear los vastos abismos del Oceano para juzgar bien sobre lo que contiene allí en un mismo tiempo, y particularmente por ciertas playas donde estos peces de concha se reúnen en mas cantidad, segun lo que mejor conviene á su especie.

En cuarto lugar, si fuera verdad que la correspondencia de los ángulos reentrantes y salientes de las montañas fuera tan general como ha pensado Buffon, se concebiría, dice el Abate Lignac, que las corrientes del mar al abandonar nuestro continente produjeron estos efectos regulares. Ellos se explican muy bien en este sistema; y nada se explica en aquel en que la formación de las montañas por el movimiento de las aguas, admite grandes dificultades [*]; lo que ha hecho decir á Voltaire, que es tan verdadero que el mar ha hecho las montañas, como lo es decir que las montañas han hecho el mar.

Sin detenernos en un desarrollo que estas notas no permiten; no insistiremos en la última reflexion, es á saber; que no se ha cuidado mucho de no dar por efectos generales y constantes, lo que no es mas que local y solamente resultado de algunas causas particulares; ó bien de sacar aun de los hechos mas averiguados, inducciones que no son consecuencias necesarias de ellos. Así es como se ha querido sacar de la lava del monte Vesubio y de la del monte Etna una prueba de la remota antigüedad del mundo. Hay en ellos, dicen, en ciertos puntos hasta seis ó siete capas de lava, separadas cada una por tierra vegetal; y ha sido menester una innumerable serie de siglos, para que estas lavas hayan podido cubrirse de tierra y colocarse tambien las unas sobre las otras. Basta oponerse á este otro hecho que se nos enseña en el mismo pasage, y que destruye una

(*) A mas de las Cartas á un Americano, hay sobre el sistema de Buffon una obra importante que no sería por demás consultar; tales son las Cartas físicas y morales sobre la historia de la tierra y del hombre de Luc, ciudadano de Genova, miembro de la sociedad real de Londres, y correspondiente de la Academia de ciencias de Paris. Este sabio físico, que en los viajes que hizo bajo los auspicios y de orden de la reina de la Gran Bretaña, pasó una parte de su vida estudiando y observando por sí mismo los objetos sobre que otros sabios se contentaron con el testimonio de otros, y se limitaron á formar sistemas, trastornados por hechos y razones generalmente incontestables, todo lo cual, sirve de fundamento al sistema de Buffon. (Entre otras, las cuatro últimas cartas del primer volumen y en los volúmenes siguientes, las cartas 36, 37, 39, 40, 90, 144 y demas; pero vease particularmente el tomo 5.º, pág. 604 y siguientes.)

consecuencia tan atrevida. Las escavaciones de Herculano, nos dicen estos mismos viajeros, se hacen á setenta y aun á ciento doce pies bajo la superficie actual de terreno; para llevar á esta profundidad no se atraviesan mas que capas volcánicas entrelazadas con pequeñas capas de tierra vegetal. Pero no hace mil setecientos años que Herculano fué sepultado bajo sus ruinas. Basta pues 1,700 años para obrar este fenómeno, que no se creía posible sino en una serie innumerable de siglos; y sin embargo, estas son objeciones muy fuertes para los espíritus ligeros.

PÁG. 159.

[17] A cualquiera parte que uno se vuelva, es pues mas racional convenir en la relacion de Moyses. Sobre el modo de verificarse el diluvio, y sobre los vestigios que nos quedan de este acontecimiento vease á Pluche, *Espectáculo de la naturaleza*, tomo 3.º, hácia el fin.

Admitido una vez el diluvio universal, segun la historia y monumentos físicos, ¿qué medio mas natural que el indicado por Moyses, para la conservacion del género humano, quiero decir, la construccion del arca que sirve de asilo á la familia del justo, así como á las diferentes especies de animales que rigurosamente no podian conservarse por otro medio. Y un rasgo nuevo de la confianza que Moyses tenia en las instrucciones que guiaban su pluma, segun observa Pluche, es la valentia en darnos la dimension del arca, en que algunos pares de todos los animales debjan conservarse por un año con sus alimentos propios. La precision de las medidas mencionadas en el Génesis es perfecta: 300 codos de largo por 50 de ancho; con 30 de altura, distribuidos en 3 pisos, lo que daba la ventaja de tres habitaciones de 15 pies de altura; con 75 de ancho y 450 pies de largo, puestos los tres uno sobre otro. Los monumentos de la suficiencia de estas medidas deben buscarse solo en la historia natural, y en la aritmética. Batheo, Wilkins y Pelletier, uno de los mejores calculadores que ha producido Rouen, han examinado el número y tamaño de los animales conocidos; en seguida las localidades que sería menester asignar á tantos pares de todas las especies voraces, y á las abejas que serian necesarias para alimentarlas en un año; tambien han calculado el local que se necesitaba para los demas animales y para las provisiones que les convenian, sin olvidar las galerias y las facilidades de acercarse á cada lugar. El fruto uniforme de sus diferentes métodos, ha sido probar geométricamente, que las dimensiones marcadas en el Génesis eran mas que suficientes para la conservacion y la comodidad de todos. (*Preparacion Evangelica.*)

PÁG. 159.

[18] *Lo que noto en toda la Escritura, &c.* Se reprochan á la Sagrada Escritura expresiones que parecen designar en Dios pasiones semejantes á las nuestras, movimientos y operaciones indignos de él: *se arrepiente, le pesa, se venga, endurece nuestro corazon;* pero es menester acordarse tambien, que despues de haber dado en mil paságes las ideas mas sanas, las nociones mas exactas de la divinidad, era natural que la Escritura Santa hablase un lenguaje humano y sensible á los hombres. Las luces que ella comunica á la razon, nos ayudan suficientemente á fijar el sentido de los términos, aun cuando el autor sagrado hable á la imaginacion; y uno no se engaña mas en éstas diferentes imágenes, que en estas otras, *el brazo del Omnipotente, la faz del Altísimo, el trono de su gloria.*

CARTA TRIGESIMA SESTA.

EL MARQUEZ Á LA CONDESA DE VALMONT.

Quieres, mi querida Emilia, que yo arregle tu gusto, tus afectos, tu conducta sobre el uso de los grandes bienes que posees, y piensas que aun el mismo Conde no ha de llevar á mal mis consejos, acerca de un objeto tan delicado y tan importante.

El rango que ocupa tu marido en la corte, sus riquezas y las tuyas, y la justa necesidad en que está de honrarse con ellas, la especie de rivalidad en fausto y ostentacion que reina entre los cortejanos y en todos los estados, los miramientos, en una palabra, y el tono del siglo, ¿qué digo? él interes, el bien real de la sociedad ¿no te autorizan y aun te exigen acostumbrarte al lujo y á la suntuosidad, á gastos que acaso son exorbitantes pero que se hacen en cierto modo necesarios con haberse hecho tan comunes?

Sin duda, hija mia, hay cosas decorosas á su estado, que uno debe guardar inviolablemente. El amor al orden, primero de todos los sentimientos

de una alma bien nacida, la primera de todas las leyes en un espíritu recto y bien formado, pone á cada persona en su lugar, hace guardar á cada uno su dignidad y su rango, conserva la verdadera relacion de los estados y de las cosas, y lleva por donde quiera la decencia de los usos, de los sentimientos y de las costumbres. Lo que será una vanidad ridícula y una inseparable afectacion en una condicon mas obscura, es nobleza, decencia y dignidad en un rango mas elevado; lo que habitualmente, ó en ocaciones ménos importantes fuera locura y prodigalidad, en otras veces, en circunstancias mas graves y ocaciones brillantes, se hace magnificencia, grandeza de alma, y generosidad. Mas esta especie de conveniencia en el uso de las riquezas, no es el lujo sobre cuya naturaleza deseas tan vivamente ser iluminada. En este punto, Emilia mia, me hallo detenido desde la primera nocion que quisiera darte de él. ¿Qué cosa es este lujo que debes permitirte ó prohibirte, segun la verdadera idea que te hallas sabido formar de él? ¿este lujo, de que tan mal se ha dicho en otro tiempo, y de que tan bien se habla hoy? Hacer elogio de él, celebrar sus ventajas, es filosofía, es sabiduría entre sus mas ilustres partidarios y en este siglo ilustrado: degradar su naturaleza con los sábios de la antigüedad, pormenorizar sus inconvenientes, reprobar sus principios y sus efectos como el legislador de los cristianos, es en unos, si hemos de creer á los filósofos de nuestros dias, el lenguaje de insensatos declamadores, de frios moralistas que han censurado el lujo con mas tristeza, que luces, es en otros la seguera del fanatismo y de la supersticion.

¿Y qué es pues, vuelvo á decir, el lujo, mirado por tan grandes hombres bajo puntos de vista tan diferentes? Para fijar nuestras ideas acerca de él, no cambiemos en lo posible la nocion mas comun, y comensemos por fijar el sentido de la palabra que sirve para expresarlo: acaso ya no se dirá que

PÁG. 159.

[18] *Lo que noto en toda la Escritura, &c.* Se reprochan á la Sagrada Escritura expresiones que parecen designar en Dios pasiones semejantes á las nuestras, movimientos y operaciones indignos de él: *se arrepiente, le pesa, se venga, endurece nuestro corazon;* pero es menester acordarse tambien, que despues de haber dado en mil paságes las ideas mas sanas, las nociones mas exactas de la divinidad, era natural que la Escritura Santa hablase un lenguaje humano y sensible á los hombres. Las luces que ella comunica á la razon, nos ayudan suficientemente á fijar el sentido de los términos, aun cuando el autor sagrado hable á la imaginacion; y uno no se engaña mas en éstas diferentes imágenes, que en estas otras, *el brazo del Omnipotente, la faz del Altísimo, el trono de su gloria.*

CARTA TRIGESIMA SESTA.

EL MARQUEZ Á LA CONDESA DE VALMONT.

Quieres, mi querida Emilia, que yo arregle tu gusto, tus afectos, tu conducta sobre el uso de los grandes bienes que posees, y piensas que aun el mismo Conde no ha de llevar á mal mis consejos, acerca de un objeto tan delicado y tan importante.

El rango que ocupa tu marido en la corte, sus riquezas y las tuyas, y la justa necesidad en que está de honrarse con ellas, la especie de rivalidad en fausto y ostentacion que reina entre los cortejanos y en todos los estados, los miramientos, en una palabra, y el tono del siglo, ¿qué digo? él interes, el bien real de la sociedad ¿no te autorizan y aun te exigen acostumbrarte al lujo y á la suntuosidad, á gastos que acaso son exorbitantes pero que se hacen en cierto modo necesarios con haberse hecho tan comunes?

Sin duda, hija mia, hay cosas decorosas á su estado, que uno debe guardar inviolablemente. El amor al orden, primero de todos los sentimientos

de una alma bien nacida, la primera de todas las leyes en un espíritu recto y bien formado, pone á cada persona en su lugar, hace guardar á cada uno su dignidad y su rango, conserva la verdadera relacion de los estados y de las cosas, y lleva por donde quiera la decencia de los usos, de los sentimientos y de las costumbres. Lo que será una vanidad ridícula y una inseparable afectacion en una condicon mas obscura, es nobleza, decencia y dignidad en un rango mas elevado; lo que habitualmente, ó en ocaciones ménos importantes fuera locura y prodigalidad, en otras veces, en circunstancias mas graves y ocaciones brillantes, se hace magnificencia, grandeza de alma, y generosidad. Mas esta especie de conveniencia en el uso de las riquezas, no es el lujo sobre cuya naturaleza deseas tan vivamente ser iluminada. En este punto, Emilia mia, me hallo detenido desde la primera nocion que quisiera darte de él. ¿Qué cosa es este lujo que debes permitirte ó prohibirte, segun la verdadera idea que te hallas sabido formar de él? ¿este lujo, de que tan mal se ha dicho en otro tiempo, y de que tan bien se habla hoy? Hacer elogio de él, celebrar sus ventajas, es filosofía, es sabiduría entre sus mas ilustres partidarios y en este siglo ilustrado: degradar su naturaleza con los sábios de la antigüedad, pormenorizar sus inconvenientes, reprobar sus principios y sus efectos como el legislador de los cristianos, es en unos, si hemos de creer á los filósofos de nuestros dias, el lenguaje de insensatos declamadores, de frios moralistas que han censurado el lujo con mas tristeza, que luces, es en otros la seguera del fanatismo y de la supersticion.

¿Y qué es pues, vuelvo á decir, el lujo, mirado por tan grandes hombres bajo puntos de vista tan diferentes? Para fijar nuestras ideas acerca de él, no cambiemos en lo posible la nocion mas comun, y comensemos por fijar el sentido de la palabra que sirve para expresarlo: acaso ya no se dirá que

el lujo es una palabra sin-idea precisa, que el lujo es un vano nombre. Cada cosa tiene su medida, la naturaleza tiene la suya, que es la de nuestras necesidades; la sociedad tiene la del estado y del rango; la fortuna tiene igualmente la suya, que son nuestras posibilidades. Traspasar esta medida es desórden, es abuso. Esto supuesto, en su significacion mas general, mas universalmente recibida, ¿qué se entiende por lujo? ¿Es el uso sencillamente decente ó racional, ó es el abuso de las riquezas? ¿se ha querido decir solamente, que quien se entrega á él usa de su industria y de su opulencia, de modo de procurarse un bien estar mas real? ¿Ó se quiere hacer entender con esto, que se le usa mas por ostentacion que por decencia, mas por exceso de molicie, que por una utilidad real, mas por gustos frívolos, que por satisfaccion y una conveniencia honestas y por una justa necesidad?

Si preguntó sobre ésto, no al espíritu de sistema, sino á la opinion comun que solo tiene derecho de fijar el sentido de las palabras, la cuestion quedará muy pronto decidida; y de la idea general véremos en mi concepto salir, esta nocion exacta y precisa: el lujo es el uso de las riquezas por ostentacion y vanidad, ó por el ahinco de una exclusiva comodidad [a].

[a] Melon ha dicho: *el lujo es una suntuosidad extraordinaria que dan las riquezas y la seguridad de un gobierno.* Redondeada esta definicion parece clara y que lo comprende todo; y sin embargo, esta contradicha por el hecho y por la moral: por el hecho, puesto que los reinados rabiosos de Calígula y de Nerón fueron en Roma los de el lujo, y no ciertamente los de la seguridad; por la moral, pues que justificar el lujo segun esta definicion, es celebrar las dicipaciones de Cleopatra y de Helioyabalo. Pero Melon era hombre muy honrado para preferir y sostener esto. Tratémos de definir el lujo sin proscibir el gasto, y digamos bien que mas mal, pero con mas exactitud. „El lujo es el abuso de las riquezas.” (*El Amigo de los hombres.*)

Tal es efectivamente lo que todos los estados, todas las condiciones nos ofrecen, cuando se dice que reina lujo en ellas; y el abuso se ha reputado tanto mayor, cuanto es mas distinguida esa ostentacion, cuanto es mas excesiva respecto al rango que ocupamos en la sociedad y á nuestras facultades, ese ahinco de goces y comodidades.

Mas este uso de las riquezas, entendido asi, este abuso que se hace de ellas, ¿puede ser un bien? ¿Lo es con respecto al hombre particular? Lo es al ménos en cuanto al cuerpo entero de que somos miembros? Planteada la cuestion así en sus justos términos, no creo que ofrezca ya dificultades tan grandes.

¿Miraré yo, hija mia, como un bien para tí, como un bien para cada uno de nosotros, una ostentacion de riquezas, que por una consecuencia necesaria, por una filiacion inseparable del lujo, engendra y nutre diariamente la insaciable codicia, la dureza, el orgullo, el celo, el deseo de parecer mucho, y que en esto mismo hace sacrificar un bien real á un brillo vano y quimérico; la dulce y honesta libertad á una relumbrante y vergonzosa servidumbre; el reposo del espíritu y del corazon á las inquietudes y á los tormentos de la vanidad [1]; las expresiones penetrantes de la humanidad y el grito de la naturaleza, á la sed de oro y al deseo de sobresalir? ¿Mirarémos como un bien, un aire de fausto y de opulencia, que con la apariencia de las riquezas, quita pronto la realidad de ellas; que hace contraer de dia en dia nuevas deudas, sin ofrecer proporcionalmente recursos, al ménos que no envilezcan; que sustituye una gloria sólida y una verdadera dignidad, con una decoracion de teatro y con un remedo de grandeza; que desola y arruina una familia so pretexto de levantar el brillo y hacer valer su nobleza; que es causa de que se relajen los vínculos mas sagrados, de que los parientes mas próximos parezcan extraños los unos á los otros, de que se tenga vergüenza de llevar el nombre de sus padres, sinó es de un ilustre na-

cimiento, de que los matrimonios sean tan mal ajustados y se vuelvan diariamente mas difíciles? ¿Qué mas diré? ¿Será menester considerar como un bien un empeño de comodidades excesivas, que por la naturaleza misma de las cosas, y por un encadenamiento fácil de comprender, aumenta las necesidades, apoca el espíritu, degrada el gusto, enerva el valor, corrompe las costumbres, y desde entonces multiplica los males con los goces, y el mal-estar con los deseos; que hace mas penosa la existencia, aparentando dulcificarla mas; que induce siempre que uno se crea mas desgraciado y mas indigente, si no es feliz y rico con lo que tiene [a]; que nos aturde y nos embriaga en la abundancia, y nos deja sin fuerza y sin recurso en las adversidades; que inmola las virtudes á la comodidad [b], y el honor al deleite?

¡Oh hija mia! hé aquí una verdad. Si la multitud de las necesidades produce el contento y la paz; si la apariencia de felicidad vale mas que la felicidad misma; si un brillo faustoso que apoca nuestras ideas y envilece nuestros afectos, constituye la grandeza [2]; si un refinamiento de molice y de sensualidad, si un colmo de placeres comprados á costa de las virtudes y de las costumbres, es un bien [c]; ¿Qué digo? si la diferencia entre la virtud y el vicio es una quimera, y el

[a] La opulencia está en las costumbres, y no en las riquezas. (*Montesquieu, Grandeza de los Romanos capítulo 10*).

[b] „En general, el medio mas seguro de reprimir „los vicios, dijo el autor del Belisario, es restringir las „necesidades.”

Uno dijo muy bien; „La naturaleza pide lo necesario, la razon quiere lo útil, el amor propio busca lo agradable, y la pasion lo supérfluo.”

[c] „El libertinaje es muy generalmente reconocido como una consecuencia necesaria del lujo, para que yo me detuviese á probarlo” dice el autor del muy famoso libro del *Espíritu*. (*Discurso 2.º, cap. 15.*)

lujo no es mas que una palabra, el lujo no es un mal.

Empero puede ser un mal respecto de un particular que se entrega á él, y ser un bien para la sociedad entera. ¿Pueden estar los miembros enfermos, y el cuerpo en salud? ¿Es un bien para el estado que las distinciones esten en las riquezas, y no en el mérito; que la vergüenza no caiga sobre las acciones bajas y viles, sino sobre la indigencia; que á fuerza de querer distinguirse por un vano brillo, ya nadie se distinga y todos los rangos esten confundidos [a]? ¿Es un bien, que el espíritu y el gusto de las bagatelas, cunda en todas las clases de los ciudadanos [3]; que la ostentacion opaque al honor [4]; que por el sumo empeño de gozar con crédito y opulencia, todo se juzgue permitido; que la tímida inocencia pobre y falta de socorros, sea puesta en almohada, sea vendida por padres avidos ó indigentes, y sea solicitada y comprada por el rico voluptuoso? ¿Es un bien, que la juventud lugareña aprenda á representar la comedia en casa de su señor, se fastidie de su trabajo, deteste su pobreza libre y tranquila, abandone su pueblo y trafique con su honor, para comprar colgajes? ¿Es un bien para el estado, que el artezano viva á merced del menor capricho, del menor cambio en las modas, y muera de hambre, mientras que otra clase de artezanos se alimenta y se enriquece con su desastre?

¿Es un bien, que por satisfacer la vanidad, por un hábito de delicadeza, ó finalmente por el peligro de una miseria mayor, se tenga temor de multiplicar el número de los hijos; que las ciudades se despueblen sordamente, todavia ménos por la cantidad de hombres destruidos por el libertinaje, que porque no nacen por el lujo? ¿Es un bien que las campiñas queden desiertas [5], porque el hombre de bien sea hollado, porque le quitamos

[a] Solo una cosa sobresale hoy; la honestidad, la decencia: se distinguen mucho, porque se han hecho muy raras.

lo necesario, para costear nuestra superfluidad; porque al hijo de las aldeas arruinado y envilecido, parezca mas dulce lucir la rica y brillante librea de un rico improvisado, que trazar sin fruto y sin honor el surco penoso y verdaderamente honroso que trazaron sus padres; porque finalmente un pequeño número de hombres ávidos, para satisfacer su ostentacion y su codicia, compren casi solos el producto de nuestros campos, exporten lejos nuestras cosechas, despojen al estado de lo que la naturaleza liberal prodigaba igualmente á todos, causando la escases en medio de la abundancia [6], y trayendo la miseria y la muerte, donde las bendiciones del cielo parece que llevaban la fecundidad, la vida y la bienandanza? ¿Es un bien vuelvo á preguntar, que en medio de la molice se gasten las fuerzas, los temperamentos enflaquezcan, las constituciones cambien, y no presenten ya en la paz mas que cobardes y vergonzosos sibaritas, y en la guerra hombres enervados, acaso conducidos por gefes llenos de valor [7]? ¿Es un bien que, en la depravacion general, el lujo del espíritu siga al de las costumbres y pervierta el gusto como los afectos; que el espíritu de patriotismo se altere; que el interes particular suceda al amor del bien comun [8]; que todo lo refiera uno á sí, y nada al estado de que forma parte; que se haga traicion á la gloria; que se juegue con la suerte de los conciudadanos; y que entre pueblos corrompidos por el fausto y el amor de las riquezas, se hayan vendido algunas veces armas, ciudades, provincias y la patria por dinero? ¿Qué se yo por fin? ¿Es un bien que las necesidades, creciendo con la industria y el comercio, consuman, absorban todos los frutos de la una y todos los productos de la otra, que dejen exausto el estado, pareciendo que lo hacen florecer; y que despues de haber dado un aire de sanidad que cubre una enfermedad real, lo dejan cargado de deudas, desfalleciente, debilitado, sin dinero, sin crédito y sin recursos? Pues hija mia, ved aquí todos los efectos del lujo.

Para eludir todas estas verdades y poner el lujo á cubierto de estos justos reproches, se ha dicho, y este es el giro mas ingenioso que se ha podido dar á su defensa: „Que el lujo no hace mas que acompañar á todos estos efectos, pero que no es la causa de ellos; que la causa de todos estos males, está solo en las costumbres.“ Pero si tan grandes males, costumbres tan depravadas casi siempre se hallan junto al lujo, ¿qué se puede pensar de un lujo acompañado de ordinario por tan triste cortejo? ¿Pero estos males no penden evidentemente del lujo como consecuencia natural y necesaria, como el efecto pende de su causa? ¿Y no son para él hijos legítimos á quienes no puede desconocer su padre? Y si es verdad que las costumbres influyen sobre el lujo y sobre sus consecuencias, ¿con qué fuerza prodigiosa, con qué rapidéz y funesto influjo obra el lujo sobre las costumbres! Se citan ejemplos de algunas naciones donde el lujo no ha tenido siempre consecuencias tan tristes. Mas en la historia de los hechos, como en la historia natural, ejemplos particulares prueban muy poco contra cosas generalmente reconocidas, ó porque son hechos equívocos, ó porque las circunstancias son diferentes, inexacta la aplicacion de los ejemplos, y las consecuencias son cuando ménos inciertas. Y efectivamente, ¿qué prueban algunas inducciones particulares contra la autoridad de todos los legisladores, contra la de todos los historiadores y filósofos mas sábia y fielmente observadores, contra la experiencia comun de todos los siglos [a]?

[a] Uno de los defensores mas celosos del lujo no teme afirmar que: „en todos tiempos, los poetas, los oradores, los moralistas, son quienes comunmente han vituperado mas el lujo; y que comunmente tambien los „hombres de estado han sido los que lo han apoyado.“ Pero los legisladores mas célebres, los principes mas recomendables por su sabiduría y su virtud, los ministros mas ilustrados, que se han declarado tan fuertemente contra el lujo, que tan fuertemente lo han condenado, ¿no eran hombres de estado?

Se ha dicho „que el lujo no era peligroso sino para los Estados pequeños y que enriquecía á los grandes.” Pero lo que te he manifestado, hija mia, sobre los efectos del lujo, es igualmente propio de todos; y no sé, si, en la comparacion, sería ménos opuesto á la verdad el principio contrario al que se quiere establecer; sea lo que fuere, si hemos de creer á la historia, todos los grandes reinos se han perdido por el lujo [a].

„El lujo, se ha dicho tambien, excita la industria, anima las artes, hace circular los efectos, puebla las ciudades, y mantiene á muchos artesanos.” Pero si excita la industria [9] á expensas de la moralidad; si anima las artes, en las cosas frívolas, y degradando el gusto de los artistas [10]; si agota tarde ó temprano los efectos, que hace circular [11]; si devasta los campos para poblar los pueblos, que pronto despuebla á su turno; si hace artesanos inútiles y domésticos, á costa de la clase necesaria de los labradores, y si de estos artesanos hace morir de hambre á mayor número que el que alimenta [b]; si arruina la nobleza, poniéndola con las modas y caprichos al nivel con los que se han enriquecido por la moneda; si multiplica las quiebras

„En la teoria, añade el mismo autor, la opinion comun es contraria al lujo; en la práctica todo el mundo se entrega á él.” ¿Mas qué se sigue de aquí? que en esto, como en todo lo demas, los hombres están frecuentemente en contradiccion con sus principios, porque si por una parte los principios los iluminan, por otra las pasiones los ciegan.

[a] „Nada es mas lisonjero que el espectáculo del „lujo; nada mas atractivo. No me sorprendo de que „haya perdido á tantos estados. Esto es una vana declamacion, se dirá, rebatida por los moralistas. No „me entretendré en probaros con la historia, que son „hechos y no declamacion lo rebatido.” (*Conservaciones de Pericles y de Sully*).

[b] „El lujo puede ser necesario para dar pan á los pobres; pero si no hubiera lujo, no hubier pobres.” (*Rousseau*).

por haber empleado en un boato arrogante el pan de los acreedores; si aumentando la fortuna de algunos ciudadanos, engendra en el espíritu de muchos el gusto y el hábito de las malversaciones y de los crímenes; si tiene otros mil inconvenientes que sería muy largo detallar: ¿entonces, el lujo será una ganancia para cualquier estado? ¡Ah! lo confesaré fácilmente; el lujo da por algunos momentos un aire de fuerza y de poder, mientras que sordamente mina y con el tiempo destruye. Aquel aire de vigor, que se parece á la gordura de un cuerpo cebado con humores superfluos y falto del calor necesario, signo aparente de vida y de salud, que lleva en sí el germen de la muerte [12]. Serán, si se quiere, las riquezas del árgio; con las que el estado se destruye, y el particular se halla mas pobre que ántes.

„Lo que es lujo para unos, se ha dicho por fin, no lo es para otros; lo que es lujo para nosotros, dejará de serlo para nuestros sobrinos: de donde se sigue, ó que el lujo no está en ninguna parte, ó que está en todas [13]. ¿Qué consecuencia! por el contrario, no se sigue de aquí, que haya efectivamente para muchas personas un lujo que por su estado, por sus posibilidades, por las necesidades verdaderas de la situacion y de la decencia, pueden no serlo en casos particulares para un pequeño número de otras; que hay cosas que en cierto tiempo son de lujo para casi todo el mundo; que con ellas aumentan las necesidades facticias de casi todos, y á proporcion empobrece el ciudadano?

Concluyamos pues, hija mia, con que hay un lujo real, y que nada es mas de desear que la supresion del lujo, cuya naturaleza es crecer siempre hasta desconcertar todas las condiciones y la sociedad entera. Mas, ¿á quien corresponde suprimirlo? á los que tienen el imperio sobre la opinion y las modas, á los que tienen el poder de cambiar las costumbres, á quienes corresponde dar el ejemplo...., á los grandes, para decirlo de una vez; y así como estos imperan sobre el espíritu del pueblo, el so-

berano es quien impera sobre ellos. Uniendo al fausto la vergüenza [14], condecorando los servicios reales, y honrando la virtud [a], el lujo cae, las costumbres se reforman, y el estado mismo recobra su antiguo vigor.

Hasta aquí, mi querida Emilia, solo te he hablado el lenguaje de la razón; pero ¿me estaría bien que despreciara yo para contigo el del Evangelio y el del sentimiento?

El rico condenado por tu Divino Maestro; aquel rico voluptuoso, lujoso y soberbio (porque el orgullo, el lujo y la liviandad van juntos), era juntamente duro y desapiadado. He aquí otro efecto del lujo. Endurece el corazón [15]; y cuando se trata de socorrer las necesidades del pobre, jamás halla superfluo. Sin embargo, en el tribunal del justo Juez, del Dios de los cristianos, seremos reprendidos y condenados por esto mismo con mayor severidad. „Retiraos de mí, dirá al réprobo; tuve hambre, y no me diste de comer; tuve sed y no me diste de beber; estaba sin alojamiento, y no me hospedaste; estuve desnudo y no me vestiste; estuve enfermo y preso y no me visitaste: porque en verdad os digo, que siempre que habeis dejado de hacer esto con el mas pequeño de mis miembros, habeis dejado de hacerlo conmigo.” (Math. 25.) ¡Insensato! rehusó colocar en el cielo los bienes que poseía en la tierra; y por gozar vanos placeres que pasan como la sombra, y un falso brillo momentáneo, se ha preparado pesares eternos.

Tú tienes riquezas, hija mia. Con un corazón como el tuyo, ¿pulsarías dificultad en el uso que se puede hacer de ellas? ¿No hay desgraciados [b]?

[a] „Cuando la virtud es honrada, germina en todos los corazones.” (Marmontel).

[b] Un hombre que llora; un hombre que sufre y está necesitado.... ¿Qué objeto para un corazón bueno! ¿Daría todo el oro del nuevo mundo, si lo tuviera, para enjugar una sola lágrima de un desgraciado! ¡Ah! sin duda (dirán aquellas almas de barro que

De todos los rasgos de semejanza con el Ser Supremo, el mas lisonjero para el hombre es el ser bienhechor. Pero el lujo impide casi siempre serlo cuanto uno debiera; absorbe todo el patrimonio de los pobres.

Por lo que á tí toca, hija mia, siempre te he conocido muy sensible á sus penas, para creer fácilmente que pudieses consentir en gastar en el boato y la molicie lo que debes á su indigencia. ¿No eres tú á quien tantas veces he visto, sin mas testigo que Dios, ni mas guía que tu padre, llevar el consuelo y la abundancia á las habitaciones mas oscuras; cambiar en lágrimas de gratitud y de júbilo el amargo llanto del oprobio y del dolor; forzar al enfermo que maldecía su miseria, á retractar sus murmuraciones y á alzar al cielo sus manos trémulas y bendecirle; volver á la madre desfallecida y desolada la salud y el niño que espiraba de hambre en su seno; sacar de una prision infame al padre de familia, sin reproche delante de Dios, y que no tenia porque sonrojarse delante de los hombres, por una deuda contraída por necesidad; volver su estimación y la vida á familias honestas que preferian la muerte á la vergüenza y á la mendicidad; volvérselos, digo, respetando su secreto, respetando su infortunio? Porque, en fin, ¿cuánto respeto no se debe á los desgraciados!

¡Oh mi querida Emilia! ¿Cómo hay ricos que no conocen el placer tan íntimo y tan puro de ha-

solo sab en disipar ó amontonar, que cuando mas con una renta considerable fingen sentimientos y se creen caritativos por los pequeños bienes que hayan hecho), sin duda es justo, es dulce socorrer uno á sus semejantes, y lo hace uno algunas veces; pero lo que impide hacer mas, es que se engaña uno frecuentemente.” Ah! cuando uno es opulento, el riesgo mayor que se corre, no es hacer buenas obras en favor de los no necesitados; sino el no hacer una sola que habria sido necesaria. Y ademas de esto. ¿Qué acción buena no aprovecha al que la hace?

cer que nazca la alegría y la felicidad en los corazones sensibles! ¿Cómo no se miran cual encargados por su posición de cuantos indigentes pueden socorrer [a]! Ah! ¿Queremos que no haya desgraciados entre nosotros? ¿Y quién tendría alma tan mala para no quererlo? Que cada familia que tiene comodidades adopte una familia pobre; que la que es muy acomodada adopte muchas; que en vez de gastar en suntuosidades y en cosas vanas y fútiles, se gaste á favor de aquella familia que se hubiere adoptado, una parte de lo superfluo; que la favorezca con sus consejos y protección; que le proporcione recursos con su crédito; que obre y practique algunas agencias en su beneficio; así gozará la dulce satisfacción de ver toda una familia resuscitada por sus cuidados; al artesano que es jefe de ella proporcionará instrumentos para su trabajo; salvará del peligro la inocencia de los tiernos niños que se hubieran perdido por la miseria; favorecerá el nacimiento y cultivo de sus débiles talentos. Y no se tema lo que costaría una obra tan bella: no solamente queda uno bien pagado en el fondo de su conciencia del bien que haya hecho en semejante adopción, por el sumo placer que al hacerlo goza, sino que esta adopción se mantiene con menos costo del que se pudiera crear: cuando uno se encarga de una familia en que todos los miembros trabajan, poco se ha menester para que su trabajo baste á su mantención; y queda todavía bastante á las almas bienhechoras, para llevar á otra parte y extender mas léjos su liberalidad.

[a] „Se lamenta la rareza de los hombres; es la dureza del rico la que los mata.” [Consejos de la amistad]. „El lujo, dice d' Alembert, es un crimen contra la humanidad, siempre que un solo miembro de la sociedad sufre y se sabe. Júzguese por esto cuán pocas ocasiones y gobiernos hay en que sea permitido el lujo; y tiémblese de entregarse á él, si se tiene algun resto de humanidad y de justicia.” [Miscelánea, tom. 4.º]

Que el rico haga todavía mas; que haga olvidar el origen las mas veces impuro de sus riquezas y de su opulencia, levantando establecimientos de utilidad comun; porque en este punto nunca fuera por demas la grandeza y el brillo: que haga construir ó ponga cuidado en adornar los edificios públicos; que repare y embellezca nuestros caminos; que reedifique nuestros templos; que dé magestad al culto; que dote vírgenes; que favorezca matrimonios bien ajustados; que enriquezca á su patria. ¡Ah, mi querida Emilia! ¿Todos estos gastos no valen mas que los del lujo [16]? ¿Y los dulces frutos que se sacan de ellos en la estimación de los compatriotas, en la propia estimación, no equivalen á sus placeres? ¡Oh hija mia! para pensar así, jamas has habido menester mas que de tu piedad y de tu propio corazón; ¡y qué felices son aquellos, cuya única filosofía son la religion y el sentimiento!

NOTAS.

PÁG. 205.

[1] *El reposo del espíritu y del corazón á las inquietudes y á los tormentos de la vanidad.* Mas vuelvo á decirlo de paso, ¿qué ventaja perdemos con inmolar la sencillez de las costumbres al lujo y á la vanidad! Aquella sencillez amable que hace tan interesante y tan respetable la conducta de aquellos que hasta en la depravación general han sabido conservarla, ya no es propia de nuestros usos: las modas ridículas han hecho desaparecer casi todas las sociedades. En otro tiempo hacia reinar en ellas la jovialidad, la confianza y la franqueza: ahora solo se hallan la sujeción, un aire molesto, un reir afectado; se mira, se observa, se mide hasta los ojos. Principalmente entre mugeres, hay un estado de guerra casi continuo: aquella cuyo adorno es mas elegante, se hace objeto de la envidia loca de las demas; despues de haber pasado cuatro ó cinco horas mortales, y á veces muchas mas en martirizarse por el amor de la vanidad, se encuentra desgraciadamente un peinado mas elegante, una nueva moda, ya desde entónces solo hay despecho, mal humor, arrebatos, se amohina con el marido, con los hijos, con los criados; queda desolada por el triunfo de una rival, y por

el eclipse que acaba de sufrir. ¡Qué pequeñez! ¡Qué miseria! ¡Y estos seres tienen alma!

Convenigamos, sin embargo, que hay muchas especies de lujo, independientemente del de las modas y de la coquetería. La devoción misma tiene el suyo; y no es poco un lujo devoto, que acompaña muy voluntariamente el aire y el tono de la reforma, hace la gasmonería aun mas amanezada, y se acomoda maravillosamente á cierto anuncio de opinion y de partido.

¡Oh sencillez! ¡sencillez! ¡qué siglo feliz te verá renacer en nuestras opiniones, en nuestros gustos y en nuestras costumbres! ¡Oh! ¡donde quiera sienta tan bien una noble sencillez!

PÁG. 206.

[2] *Si un brillo lujoso, constituye la grandeza.* „Las personas constituidas en dignidad, que quieren ser honradas sin que les cueste, no cesan de decir que su rango necesita revestirse de pompa y magnificencia, para infundir respeto; y en efecto, esto se parece á un vestido cuya holgura tapa los defectos del cuerpo; pero esto es una razon mas, para alejar un aparato que oculta y confunde á los hombres. Si la virtud se presentara en los empleos eminentes, como el atleta en la arena, allí se le distinguiera mucho mejor por su fuerza y su belleza; y si el vicio, la bajeza, la inepititud se mostraran allí, tendrian mucho mas de que avergonzarse.” (Marmontel)

PÁG. 207.

[3] *¿Es un bien que el espíritu y el gusto de las bagatelas cundan á todos las clases de los ciudadanos?* „El lujo enflaquece el espíritu, disponiéndolo á recibir sus funestos impulsos. Que se lean los folletos, que se vean los espectáculos; allí se apercibirá el tipo de ese enflaquecimiento de espíritu que trabaja para sus semejantes. Nada que sea noble y grande; baratijas y puerilidad en el fondo, pullas y sátiras en la forma y en el estilo: tal es el fruto de la flaqueza del espíritu en una nacion. En todo está, todo lo bastardea; y los hombres reflexivos que no pueden negar tal hecho, van á buscar su causa en un principio de degradacion en la masa física, por no haber estudiado su principio, no siendo este otro que el desorden en las costumbres, que se llama lujo. Digo tambien que enflaquece el alma, dirigiendo su ambicion á objetos bajos, &c.” (El amigo de los hombres, tom. 2.º, cap. 5.º.)

PÁG. 207.

[4] *Que el boato sufoque el honor, &c.* „Lo he dicho en

otra parte: la sal debe entrar en todos los manjares, el honor en todas las profesiones; pero el honor no subsistirá jamás sin la vergüenza y la modestia. El lujo es enemigo jurado de estas; lo es tambien del honor, y es menester no aguardarlo ya de ningun género, donde el lujo reinare. Tambien he dicho que envilece el corazon endureciéndolo; habria hecho mejor en decir que lo sufoca..... He dicho que el lujo reducía todos nuestros apetitos á la sed de oro.... En otro tiempo pude amar á mi padre con exclusion de cualquiera otro; amarlo no por él, sino porque no sabia yo que me amaba como su bien, y que este amor, exigente en lo exterior, me era cómodo en el fondo, porque podia confiar en él, porque su consejo era bueno para mí, porque su experiencia me pertenecía.... Todos estos motivos eran en el fondo los de un corazon impregnado de la liga del interes, indignos de la pureza primitiva de la porcion de ser espiritual que yo he recibido de manos del Criador; pero siendo como eran, mi padre los aprovechaba en el hecho, la sociedad y mi familia por el ejemplo. El sórdido interes vino á descomponer este órden aparente. Mi padre, cuya herencia devoraba yo como un bien retenido largo tiempo, tarda mucho en morir; la impaciencia me hace advertir que me debe cuenta del patrimonio de mi madre; lo ataco, se defiende, la indignacion se une al dolor de verme escapar á su dependencia; abrevio sus dias, deshonor el fin de ellos, haciendo resonar los tribunales con la relacion de sus injusticias; escandalizo á la sociedad; doy á mis hijos el ejemplo que transmitirán á sus nietos, y mirándolos de antemano como enemigos, establezco abiertamente el principio de que es menester trabajar uno en la tierra por su propia utilidad, y lo pongo en práctica, imponiendo una parte de mi haber á censo vitalicio. Este hecho citado tiene muchos ejemplares en los pueblos entregados al lujo: puedo dispensarme de recorrer las demas especies de vínculos de la sociedad. ¿Qué aguardarán los hermanos de un hijo parricida? ¿Los parientes, de un hermano desnaturalizado? ¿Los amigos, de un pariente insensible? ¿El príncipe, el estado y la sociedad, de un hombre que no tiene ni parientes, ni amigos desde que obra por su propio interes?” (El Amigo de los hombres, en el lugar citado)

PÁG. 207.

(5) *¿Es un bien que las campiñas queden desiertas, &c.?* „A medida que se extienden y florecen la industria y las artes lucrativas, las artes mas necesarias, como la agricultura, deben hacerse al fin mas desgraciadas; de donde proviene, que el cultivador menospreciado, cargado de impuestos necesarios para el sostenimiento del lujo, y condenado á pasar su vida en el trabajo y el hambre, abandona sus campos para ir á buscar en la ciudad el pan que debia llevar

allí. Las tierras quedan baldías; los caminos principales se inundan de ciudadanos desgraciados que se han vuelto mendigos ó ladrones, y destinados á terminar un día su miseria en la rueda ó en un muladar. Tal es el efecto real que resulta de los progresos de la industria y del lujo; tales son las causas sensibles de todas las miserias á que la opulencia precipita por fin las naciones mas admiradas: así es como el estado, enriqueciéndose por un lado, se empobrece y se despuebla por otro; y así es como las monarquías mas poderosas, despues de muchos trabajos por hacerse opulentas y desiertas, acaban por ser la presa de las naciones pobres que sucumben á la funesta tentacion de invadir las." (*Rousseau*).

Veanse tambien sobre esta materia las *Conversaciones de Focion*, una de las mas verdaderas, y bajo todos aspectos de las mejores obras de política, que hayan aparecido en nuestros dias.

PÁG. 208.

(6) *Exportar en á lo lejos nuestras mieces... producirán la escasez en medio de la abundancia, &c.* Ved aquí en efecto lo que nos han servido los sabios tratados de nuestros filósofos sobre la agricultura; despues de que han hecho tanto mal, que sus autores reparen, si pueden, las consecuencias; y para enseñar á desmentir ó modificar su sistema, que vayan á nuestros campos, que recorran nuestras provincias, y que vean familias enteras faltas de pan por tres ó cuatro dias, que mueren de inanición ó por exceso de alimento en el momento que este pan se les da. ¡Qué cuadro para corazones sensibles! Si es que el lujo y una filosofía estéril dejan algun lugar al sentimiento todavía.

PÁG. 208.

(7) *Hombres enervados, &c.* Una armada sobria tiene alas, el lujo enerva y hace pesada la armada en que se ha infundido. La frugalidad proporciona socorros interiores y exteriores; la prodigalidad los agota y no deja ninguna para la necesidad; la prodigalidad trae consigo la devastacion, el hambre, el espanto y la fuga vergonzosa. Todo es penoso para hombres nutridos en la molición; quédales el valor, pero las fuerzas les faltan; el enemigo que sabe fatigarlos no necesita vencerlos, y las lentitudes de la guerra suplen por los combates." (*Marmontel*).

PÁG. 208.

(8) *Que el interes particular suceda al amor del bien*

común, &c. A las personas que sólo echan ménos lo necesario, no les queda que desear sino la gloria de la patria y la soya propia. Pero una alma corrompida por el lujo tiene otros muchos deseos: muy pronto se vuelve enemiga de las leyes que los réprimen, &c. (*Espíritu de las leyes, libro 7.º, cap. 2.º*).

Nada puede oponerse á la depravacion total de las costumbres, cuando el estado es presa de los estragos del lujo. Hace muchos siglos que Cyro nos enseñó, que el medio mas seguro para envilecer á un pueblo virtuoso é indomable, era introducir en él el gusto del lujo y todas las artes frívolas que trae consigo." (*Justiniano, libro 1.º, cap. 7.º*). Tal es el artificio de que se sirvió Aristodemo, tirano de Cumes, para resguardarse de su nacion á la que habia subyugado. Tambien el famoso Agricola creyó que debia emplear los mismos medios, para someter á aquellos fieros Bretones, contra los que se habia estrellado tantas veces el orguyo de los conquistadores del mundo." (*Discurso sobre el lujo, por Genty*).

PÁG. 210.

(9) *Si excita la industria, &c.* Hay tres especies de industria; la que provee á la necesidad es la primera; la que sirve á la comodidad y al decoro, la segunda, y la que satisface la afectacion y la curiosidad, es la tercera. Empero yo sostengo que el lujo sólo influye á favor de esta. Efectivamente, ¿acaso debemos al lujo la agricultura, los molinos de agua y de viento, &c.? Por ventura los Holandeses aprendieron en medio del lujo á ganar terreno sobre el mar, y á cubrir de mieces los átrios del palacio de Amphitrite? A las solicitudes del lujo deben aquellos la invencion de las presas y de los canales; y el arte de las construcciones de los navios, las sisternas, y qué sé yo cuánto más? ¿Le deben todas las invenciones de la industria humana, que por decirlo así, han cambiado la faz de la tierra?" (*El amigo de los hombres, tomo 2.º, cap. 5.º*).

PÁG. 210.

(10) *Si anima las artes en las cosas frívolas, y degradando el gusto de los artesanos, &c.* Respecto á las bellas artes, es imposible que no degeneren luego que se sobreponga el gusto de la afectacion. En efecto, en todo género, lo verdadero bello es tan sencillo como noble y elevado; está en un punto fijo y marcado mas allá del cual se le daña; y siempre que los artistas, en cualquier género que fuese, han querido sobrepujar la verdadera belleza; cambiar los adornos, embellecer con detalles, y hacerla susceptible de su pretendida elegancia, la han desfigurado y hecho muy

pronto inconocible. Tal es, á pesar de esto, á lo que la novedad obliga á los artistas, &c." (*En el lugar citado.*)

Con el mismo espíritu ha dicho un autor mas moderno todavía, que el lujo, que contribuye á los progresos de las artes cuando es moderado, produce un efecto contrario cuando es excesivo y se extiende á todas las condiciones; porque entónces remplace el gusto de lo verdadero bello con una vana ostentacion de riquezas y con el prurito de los adornos superfluos.

„Muchas otras causas podrían señalarse á la decadencia de las artes entre nosotros; pero la mas universal y sin contradiccion la mas inmediata, es el amor de la novedad tan natural á los hombres y especialmente á los franceses.”

PÁG. 210.

[11] *Tarde ó temprano agota las especies que hace circular.* El comercio del lujo, dijo el autor del libro del *Espíritu*, da á las naciones opulentas la facilidad de contraer deudas que no pueden pagar despues, sin abrumar á los pueblos con impuestos onerosos.... La abundancia de dinero que trae el lujo, dice aun el mismo autor, engaña desde luego la imaginacion. Este estado es, en cierto momento, un estado poderoso; pero esta ventaja, (si puede haber alguna separada de la felicidad de los ciudadanos), es una ventaja pasajera, como lo observa Hume. Cuando una nacion, por la belleza de sus manufacturas, atrae á sí el dinero de los pueblos vecinos, es evidente que el precio de los géneros y manufacturas debe bajar en aquel pueblo empobrecido. Estos pueblos llevando algunas manufacturas á la nacion rica la empobrecerán á su vez, abasteciéndola en mejor mercado. Pero al punto que la escasez de dinero se haga sentir en un estado acostumbrado al lujo, la nacion cae en el desprecio. Lo que se acaba de decir del comercio de mercaderías de lujo, no debe aplicarse al comercio de mercaderías de primera necesidad. Este comercio supone un excelente cultivo de las tierras, una subdivicion de estas mismas tierras en una muchedumbre de pequeñas propiedades, y por consiguiente un repartimiento ménos desigual de riquezas. Es cierto, dice en otra parte el autor que cito en esta nota, que diez mil fanegas de tierra poseidas por una sola familia no contribuyen tanto á la poblacion y á la fuerza del estado, como si estuvieran divididas entre veinte ó treinta familias. Ved aquí en lo que consiste el verdadero secreto de la poblacion. Los antiguos, que lo comprendieron bien, procuraron siempre impedir la grande acumulacion de propiedades.

Cuanto debe mover esta reflexion á los mismos soberanos que deseen la prosperidad de sus estados.

PÁG. 211.

[12] *Signo aparente de vida y sanidad.* El autor del libro del *Espíritu*, ha dicho mejor aún: „La época del mayor lujo de una nacion, es ordinariamente la época mas próxima de su caida y de su envilecimiento. La felicidad y el poder aparentes que el lujo comunica por algun tiempo á las naciones, se parecen á esas fiebres violentas que en su ímpeptu comunican una fuerza increíble al enfermo que devoran, y que parece que solo multiplican las fuerzas de un hombre, para privarle de ellas y de la vida, cuando el acceso declina.

„Los químicos, ha dicho con mucha energía el autor de la *Teoria de las leyes civiles*, machacan, pulverizan las materias que meten en su alambique; concentran allí los espíritus por la destilacion, para confeccionar esos licores deleitosos que recrean el gusto ó el olfato. Así obra el lujo con los hombres: saca de lo mas puro de su sangre, ya esos adornos con que tan orgullosamente se componen, ya esos refinamientos de delicadeza que tan sensualmente buscan. Los que solo atienden al resultado de su operacion, admiran su éxito, sin examinar los preparativos ruinosos que le precedieran. Rara vez se piensa en lo que cuesta al género humano preparar á un corto número de sus individuos, ya placeres que hace insípidos la abundancia, ya superfluidades que dejarían de parecer preciosas si fueran comunes. Ni se permite considerar, que aquello ménos necesario de los placeres que la opulencia exige, hace que el universo pierda hombres y aun familias.”

PÁG. 211.

[13] *Lo que es lujo para unos, &c.* „El lujo no está en la cosa, está en el abuso. Así, sirviéndome del ejemplo citado por Melon, un rico improvisado que en tiempo de Enrique II hubiera llevado media de seda, era reprehensible, porque afectaba una ostentacion mui impropia de su estado; y un zapatero que la lleva hoy á nadie choca.... El aldeano no envidia la elegancia y el aseo de los muebles de la ciudad, y la ciudad se gloria para con los extranjeros de la pompa de la corte. Nada de todo esto excita la envidia y la codicia. ¿De dónde proviene esto? de que todo está en su lugar. Mas cuando el cortesano, saliendo de su entresuelo de Versalles en que se amuebló, segun la ordenanza, ó de su palacio desierto en que la agrajas marcan el lugar de los hielos, va á la casa de un rico improvisado en que todo reluce de oro y de azul, en que la mag-

nificencia de la bajilla y de las porcelanas, la profusion y la variedad de los manjares. Le reprochan por do quiera lo vano de su preeminencia; cuando el magistrado y el vecino de una ciudad ven en casas de campo, los holigrines y los arbustos odoríferos ocupando el lugar de las fétiles mieses que se sacaban de allí en otro tiempo, y reducirá a especie de cabaña la honrosa casa de sus padres; cuando el Señor del campo vé en su tierra á un bribon mercader de boeyes prodigar á su muger joyas que ofuscan á la dama del castillo, &c., entónces todas las clases gritan contra el lujo: ofendida cada una de verse aventajada por su inferior natural, se esfuerza á colocarse en su puesto; de aquí los gastos locos, es decir, desproporcionados á los medios, el trastorno, la ruina, la codicia por fin y todos sus compañeros, y todos los desórdenes mas propios para arruinar enteramente la sociedad." (*El amigo de los hombres, tomo 2.º, cap. 5.º*)

pág. 212.

[14] *Haciendo receder la vergüenza en el fausto.* Ella es (la opinión) la que sin molestia y sin violencia pone cada cosa en su lugar; de ella se debe aguardar la revolución en las costumbres.

Esta revolución nos parece difícil: ella depende de la voluntad y del ejemplo del soberano; luego que el príncipe reciba mejor en igualdad de mérito al hombre mas modesto y mas sencillo en sus costumbres, que anuncie su desprecio de los gastos ostentosos y del lujo afeminado, que mire con desden á los esclavos de la molición, y que fije una mirada complaciente y respetuosa en las víctimas del bien público, al punto la corte tomará el gusto de una noble sencillez y de una prudente economía. En lugar de ser en ella honrado el fausto, no será ni aun decente. Costumbres puras y austeras substituirán á las costumbres licenciosas y frívolas; todos los respetos se dirigirán al mérito personal, y dejarán al lujo y á la vanidad, admirándose y complaciéndose solos. . . . De esta suerte, la opinión del príncipe formará la opinión pública, y su ejemplo decidirá el carácter nacional." (*Marmontel.*)

pág. 212.

[15] *Endurece el corazón.* Es carácter del corazón endurecido no dejar á los miserables ningun socorro honesto, y desapropiar á los dos tercios de los hombres de los bienes que la naturaleza ha producido para ellos. . . . Esa desigual distribución de los bienes liga necesariamente á los hombres unos con otros, es verdad; pero el comercio que forma en-

tre ellos, ¿no es mas duro para los unos y mas dulce para los otros? ¿y Dios tan justo como sábio no sería responsable á su justicia de la enorme diferencia que hay hoy entre la suerte del rico y la del pobre, si no hubiese alguna cosa que mantuviera en igualdad la balanza, si la dicha del rico no le impusiera tambien mayores obligaciones? Así, vosotros cuya miseria no alivia el rico, tened paciencia, esta es vuestra única falta bajo este respecto; vivid como lo haceis con el sudor de vuestro rostro; continuad, Dios os apueba. Pero tú hombre rico, pagarás esta fatiga y este desfallecimiento á que lo abandonais: él resiste á ello, tú le pagarás la pena que le cuesta: tiene paciencia por tu causa, y por tu causa la pierde; tú responderás de sus murmuraciones y de la maldad á que se entrega: él te condena peciendiendo." (*El Espectador frances de Marivaux.*)

pág. 215.

[16] *Todos estos gastos no valen mas que los del lujo?* Pope transmitió á la posteridad el nombre de un ciudadano virtuoso de su nación, que con una renta de quinientas guineas á lo mas, ha desmantado terrenos, abierto caminos favorables al comercio, edificó un templo, alimentó á los pobres de su nación, mantuvo una casa de caridad, dotó niñas, puso huérfanos en aprendizaje, alivió y curó enfermos, aplacó las diferencias de sus vecinos. Este hombre se llamaba Juan Kirle. Nació en Rosse, pequeña poblacion de la provincia de Hesefort, y murió en 1724, á los 90 años de edad. (*Véase en la edición de Warburton, la epistola moral sobre el empleo de las riquezas.*)

En las obras del Abate Prevost se halla una anecdota que manifiesta hasta qué grado es necesario el buen uso de lo que poseemos y el hábito de hacer bien, para hacer á los ricos verdaderamente dichosos. Un hombre gozaba de una fortuna considerable, y solo aprendió á servirse de ella para satisfacer sus necesidades y caprichos. Deseos siempre renacientes, y siempre cumplidos al punto de formarse, le condujeron gradualmente á una especie de saciedad y de disgusto, que le hizo insoportable la vida: solo pensaba en los medios de librarse de esto, cuando encontró á un hombre conocido, quien leyendo en su rostro la turbación que le agitaba, el tedio y el pesar que lo devoraban, consiguió arrancarle su secreto. ¿Qué, le dijo, os habeis disgustado de la vida? ¿Ya no sabeis qué uso hacer de vuestras riquezas para gozarlas? ¿O amigo mio! Empleadlas en hacer dichosos; y con el placer que sentireis en ello, ya no os quejareis de que la vida es una carga. . . . Tan sábio consejo fué adoptado y puesto al momento en práctica. Los primeros ensayos de este

nuevo género de felicidad fueron tan dulces para este rico, que se le convirtieron en una fuente de afectos tan delicados y tan puros, y su corazón se volvió en poco tiempo tan sensible y generoso, que después halló sus riquezas muy limitadas y su vida muy corta, para todo el bien que quería hacer. ¡Qué lección para tantas personas que tienen tanto y no saben en qué emplearlo racionalmente; ó para tantas otras, cuya limitada capacidad de alma vuelve avaras para consigo mismas y para con los demás y jamás tienen lo suficiente! ¡Desgraciados! ¡Mueren sin haber sabido lo que es vivir!

Uno de los mayores bienes y de los más verdaderos placeres con que se pueden reemplazar los gastos locos y los falsos placeres del lujo, sería sin contradicción el sumo bien que los grandes propietarios harían morando en sus tierras de lo que moran, vivificándolas con su presencia, y difundiendo con una ilustración bienhechora el gozo y la abundancia. Los labradores estarían más contentos; los campos mejor cultivados; los arrendamientos de los dueños aumentarían y serían mejor pagados; veríanse queridos de sus sirvientes; que diariamente los bendijeran, derramando lágrimas de ternura y de reconocimiento; y en medio de las fiestas y de los juegos campestres que esta revolución multiplicaría muy pronto á sus ojos, serían felices por la felicidad de cuanto les rodeara.

CARTA TRIGESIMA SETIMA.

LA CONDESA AL MARQUEZ DE VALMONT.

Vuestra moral, tierno y respetable padre mio, vuestros principios sobre el lujo y sobre el empleo de las riquezas, son la única moral y los únicos principios que mi corazón puede adoptar, y que son propios para contentar mi razón. Mi padre me los había infundido desde muy temprana edad, y no me sorprende verlos confirmados tan palpablemente por mi segundo padre, que sois vos. Solo siento que pongais en cuenta y á los ojos de mi marido las obras de caridad y beneficencia, que en los primeros días de mi matrimonio me ayudábais á practicar, y que jamás hubiera emprendido tan solícita y fácilmente, si vos no me hubiéseis servido de guía y de modelo. El Conde parece haberse sor-

prendido, pero en bien, de ese pequeño misterio que vuestra carta le ha revelado y que yo conservaba oculto con tanto ménos escrúpulo, cuanto que esa especie de liberalidades eran costeadas de los bienes que se me reservaron especialmente. Tengo motivo de pensar que para en adelante ya no exigirá de mí gastos excesivos, sino solamente los adecuados á mi rango, y que yo no podría omitir sin faltar á mi marido, á mi estado y á mí misma. El es ahora el primero, que en estos días de calamidad separa un sobrante, que parece tomado de la miseria pública y que ofende á los desgraciados. Su corazón, de suyo bueno, se hace más y más sensible por vuestras lecciones; pero su espíritu muy joven todavía, su carácter impetuoso, no le permite toda la razón que quisiera yo hallar en él. Bien conozco, que solo la religión puede formarlos antes de la edad; porque tal es su obra maestra: suple á la experiencia misma, y da á la juventud una sabiduría prematura. Valmont solo hace presentir las verdades á que gradualmente le conduciré; y no hace más que entrever el día tan puro, que por vuestros cuidados no tardará en ilustrarlo. Mientras esta viva fuente de luz brilla, hiere su alma, y obra su cambio; ¡cuánto me queda que temer y que sufrir! Su celo se aumenta y produce en él otra especie de ceguedad, casi tan funesta como la primera. Todo le agría, todo le pone sombrío; y las inquietudes, las sospechas que me deja persibir, lastimando mi delicadeza y mi amor á él, forman á la vez mi suplicio y su propio tormento.

No teniendo ya fuerza para soportar ni las penas que sufre, ni la injusticia que me hace; demasiado sensible quizás y demasiado débil para este nuevo género de prueba, un día creí que debía explicarme con él. Había cogido una de sus manos, que mojaba con mis lágrimas. Querido Valmont, le dije después de mil sollozos, ¡qué mirada sombría y feróz diriges hácia mí! Me amas, y en tu amor parece que me aborreces; ¿de qué te quejas? ¿qué sacrificio exiges de mí que no me apresure yo á hacer mas empeño-

nuevo género de felicidad fueron tan dulces para este rico, que se le convirtieron en una fuente de afectos tan delicados y tan puros, y su corazón se volvió en poco tiempo tan sensible y generoso, que después halló sus riquezas muy limitadas y su vida muy corta, para todo el bien que quería hacer. ¡Qué lección para tantas personas que tienen tanto y no saben en qué emplearlo racionalmente; ó para tantas otras, cuya limitada capacidad de alma vuelve avaras para consigo mismas y para con los demás y jamás tienen lo suficiente! ¡Desgraciados! ¡Mueren sin haber sabido lo que es vivir!

Uno de los mayores bienes y de los más verdaderos placeres con que se pueden reemplazar los gastos locos y los falsos placeres del lujo, sería sin contradicción el sumo bien que los grandes propietarios harían morando en sus tierras de lo que moran, vivificándolas con su presencia, y difundiendo con una ilustración bienhechora el gozo y la abundancia. Los labradores estarían más contentos; los campos mejor cultivados; los arrendamientos de los dueños aumentarían y serían mejor pagados; veríanse queridos de sus sirvientes; que diariamente los bendijeran, derramando lágrimas de ternura y de reconocimiento; y en medio de las fiestas y de los juegos campestres que esta revolución multiplicaría muy pronto á sus ojos, serían felices por la felicidad de cuanto les rodeara.

CARTA TRIGESIMA SETIMA.

LA CONDESA AL MARQUEZ DE VALMONT.

Vuestra moral, tierno y respetable padre mio, vuestros principios sobre el lujo y sobre el empleo de las riquezas, son la única moral y los únicos principios que mi corazón puede adoptar, y que son propios para contentar mi razón. Mi padre me los había infundido desde muy temprana edad, y no me sorprende verlos confirmados tan palpablemente por mi segundo padre, que sois vos. Solo siento que pongais en cuenta y á los ojos de mi marido las obras de caridad y beneficencia, que en los primeros días de mi matrimonio me ayudábais á practicar, y que jamás hubiera emprendido tan solícita y fácilmente, si vos no me hubiésteis servido de guía y de modelo. El Conde parece haberse sor-

prendido, pero en bien, de ese pequeño misterio que vuestra carta le ha revelado y que yo conservaba oculto con tanto ménos escrúpulo, cuanto que esa especie de liberalidades eran costeadas de los bienes que se me reservaron especialmente. Tengo motivo de pensar que para en adelante ya no exigirá de mí gastos excesivos, sino solamente los adecuados á mi rango, y que yo no podría omitir sin faltar á mi marido, á mi estado y á mí misma. El es ahora el primero, que en estos días de calamidad separa un sobrante, que parece tomado de la miseria pública y que ofende á los desgraciados. Su corazón, de suyo bueno, se hace más y más sensible por vuestras lecciones; pero su espíritu muy joven todavía, su carácter impetuoso, no le permite toda la razón que quisiera yo hallar en él. Bien conozco, que solo la religión puede formarlos antes de la edad; porque tal es su obra maestra: suple á la experiencia misma, y da á la juventud una sabiduría prematura. Valmont solo hace presentir las verdades á que gradualmente le conduciré; y no hace más que entrever el día tan puro, que por vuestros cuidados no tardará en ilustrarlo. Mientras esta viva fuente de luz brilla, hiere su alma, y obra su cambio; ¡cuánto me queda que temer y que sufrir! Su celo se aumenta y produce en él otra especie de ceguera, casi tan funesta como la primera. Todo le agría, todo le pone sombrío; y las inquietudes, las sospechas que me deja persibir, lastimando mi delicadeza y mi amor á él, forman á la vez mi suplicio y su propio tormento.

No teniendo ya fuerza para soportar ni las penas que sufre, ni la injusticia que me hace; demasiado sensible quizás y demasiado débil para este nuevo género de prueba, un día creí que debía explicarme con él. Había cogido una de sus manos, que mojaba con mis lágrimas. Querido Valmont, le dije después de mil sollozos, ¡qué mirada sombría y feróz diriges hácia mí! Me amas, y en tu amor parece que me aborreces; ¿de qué te quejas? ¿qué sacrificio exiges de mí que no me apresure yo á hacer mas empeño-

samente que lo que pudieras desear? ¿quieres que me condene á un retiro absoluto? me será dulce contigo: mi estado actual trae consigo mil incomodidades que pueden servirme de excusa. Quieres permitir á lo ménos que respecto de Lausane..... Á esta palabra, mi marido se demudó, se estremeció; y su turbacion revelaba mal de su grado sus disposiciones mas secretas.—No, madama, no permito ni exijo nada ridiculo é insensato: Lausane será siempre mi amigo; y por muchos motivos seria el último á quien yo quisiese aljar. ¡Qué amigo! exclamé al punto.... Apenas huve pronunciado estas palabras, cuando conocí todas sus consecuencias en la alteracion mas grande todavia que notaba en Valmont, y en todo lo que era de temerse de su vivasidad. ¡Qué! madama, replicó acaloradamente, ¿el Baron os habria faltado?—No se falta, respondí al instante á una muger como yo, sino cuando ella lo quiere: y vos me conocéis. Pero sin faltarme precisamente, el Baron me ama, ó finge amarme; vos habeis jugado con esto, me habeis forzado á recibir sus mui frecuentes visitas; estas me han sido siempre pesadas y debierais agradecerme la molestia que me impuse. Yo no estimo á Lausane lo bastante para hacerlo amigo: ménos me conviene con otro título; pues jamas he ambicionado mas corazon que el de mi marido. Sin embargo, querido Valmont, tu aire inquieto y sombrío cuando se aproxima, parece que me castiga de mi mucha sumision á tu voluntad.—Yo, Señora, ¿me creis celoso?—No lo sé; pero al ménos no he dado lugar á ello ni con mis afectos, ni con mi conducta. Lo que hay de verdad, es que ahora pasas por tal; que Lausane es el primero en burlarse de esto, que sus repetidas visitas me molestan; que su carácter vano me atemoriza, y que me harías el mayor servicio, si me hicieras el favor, sin comprometerme, de librarme de él. Esto tal vez, replicó mi marido con una sangre fria que me enfrió; pero seria manifestar demasiado ese carácter celoso de que parece me acusas. Tranqui-

lízate, ponte contenta, y goza con fiadamente del efecto de tus gracias; es mui justo que el universo esté á tus pies. ¿Yo contenta, respondí derramanda lágrimas, yo tranquila cuando tú no lo estas? ¡Oh! ¿Puedo tener una felicidad que no sea tambien tuya? Dejémos á corazones ambiciosos todas las dignidades, todos los favores de la corte, el mio solo es tierno y sensible, y pone toda su felicidad en amarte y ser amado de tí. Vamos querido Valmont, vamos á participar del destierro de nuestro respetable padre. Vamos al seno de la mas augusta familia á gozar en paz de su ejemplo, de sus luces y de sus virtudes. Todavía me queda bastante tiempo, á lo que espero, atendida mi situacion, para evitar los riesgos de un viage mui precipitado.—¿Y qué se diría de semejante paso?—Se dirá, querido esposo, que me amas mas que todos los honores, mas que cualquiera otro bien, mas que el mundo entero. Se dirá que hemos ido á buscar mas léjos el reposo que no se halla aquí, y que á vista de un padre como el nuestro, nosotros nos bastamos para ser dichosos.... Ah! ¿Qué nos importa lo que se dirá, si somos efectivamente dichosos?—Asi me haria yo el juguete y la fábula de todo lo que me rodea, olvidaria lo que debo á mi príncipe, lo que me debo á mi mismo; ¿y con que fundamento? con el de que me crees celoso. No madama, todo me asegura de tu corazon. Ve á Lausane, y que triunfe con facilidad de una loca esperanza que indudablemente no le has dado. Á estas palabras, mi marido me dejó casi á sus pies, trémula, como una criminal á quien se acusa y que se justifica, desolada y previendo en adelante males todavia mayores. ¡Ó Dios mio! Sed mi apoyo; alejad las desgracias que temo; y si lo permitis por un justo designio, dadme fuerza para soportarlos.

CARTA TRIGESIMA OCTAVA.

EL CONDE DE VALMONT AL MARQUEZ.

Os lo confesaré, padre mio; los caractéres que

unis á la religion verdadera, son los que siempre me han parecido mas sorprendentes y necesarios, si á estos se añade uno, que quisiera no hubieseis omitido; quiero decir, la universalidad. He creido siempre que estos caractéres tan solo podian convenir á la religion natural; y esto es lo que me ha infundido mas respeto hácia ella, y mas desvio de toda religion revelada. Con todo, la aplicacion que haceis de ellos á la religion cristiana, y que justificais tan bien por cuanto á su antigüedad, confirma mas que nunca las dudas que me habeis inspirado en favor de esta religion que me anunciáis. Admiro con vos esos antiguos y respetables monumentos que hacen remontar su origen hasta los primeros dias del mundo: admiro esa relacion de Moyses, tan perfectamente de acuerdo con las verdaderas nociones que debemos tener de la Divinidad, con la naturaleza de las cosas, y con el estado de los primeros pueblos y de las primeras sociedades. En la historia del pueblo judío todo está dispuesto clara y ordenadamente; todos los hechos nacen unos de otros y se prueban recíprocamente; lo que difícilmente se halla, ó mejor dicho, no se halla para nada en los fabulosos anales de esos pueblos, que se jactan de la mayor antigüedad. Segun el plan que me habeis trazado, y el desarrollo que habeis dado á este primer artículo, creo entrever tambien que no ha de seros difícil probar la unidad de la religion y su perpetuidad. Aguardo con impaciencia estas pruebas, y tambien las que deben comprobarme su perfeccion y su santidad.

Mas insisto, mi tierno padre, en la universalidad. Bajo el imperio de un Dios bueno, de un Dios justo, del padre comun del linaje humano, la verdadera religion debe ser, á mi juicio, para todos los hombres; debe ser para todos los lugares como para todos los siglos; y á la verdad que jamas probareis que haya sido así el cristianismo. ¡Lo creeréis, respetabilísimo amigo y padre mio! tanto me habeis reconciliado con él, que yo quisiera que fuese tan demostrado, cuanto á vos parece verda-

Os lo confesare, padre mio; los caractéres que

dero; y comienzo á sentir pesar de no hallarle todos los caractéres de verdad que pudiera desear en él; siento que solo él me satisfaria, me consolaria; porque al fin no es posible ser dichoso en la tierra: la ligereza de las criaturas, lo poco que se debe contar con ellas, los principios de fastidio, de inquietud que hallamos dentro de nosotros mismos, la incertidumbre en que incesantemente flotamos acerca de lo que interesa mas á la razon y al sentimiento, todo nos hace desear un punto de apoyo que sirva de fijarnos, de aliviarnos, de tranquilizarnos; ¡y dónde lo hallaremos, sino en una religion como la que me pintais?

¿Me atreveré segunda vez á manifestaros mi corazon, y presentárosle mas agitado y mas flaco que nunca? ¿Os confesaré lo que no me atrevo á confesar á mi mismo? Ya no amo, ya no puedo amar sino á Emilia; pero dudo si Emilia me ama todavía.... Dudo que me haya siempre amado bien. En efecto, cuando conocí mui bien mi amor á mi jóven amiga, ella no prorrumpió en reproches; ni perdió su reposo y su tranquilidad; parece que otra inclinacion habia separado su atencion y llenado su corazon. Tal vez habrá creido que estaba dispensada de todo amor hácia mí, puesto que yo habia dejado de amarla.... ¡Mas qué injuriosa sospecha de su virtud! ¡Ah! ¡Luego Emilia tendria todos los vicios! ¡Luego seria falsa, disimulada, pérfida, porque me jura tan tiernamente que me ama y que nunca amó sino á mí! ¡Oh! ¡Era menester que no hallase yo en el fondo de mi corazon mis primeros afectos hácia ella, sino para convertirlos en la fuente de mis mas vivas alarmas y de mi mas cruel tormento! Ayudadme, padre mio, á disipar estos vanos fantasmas de una imaginacion extraviada, que me volveran ridículo á los ojos del mundo, y que ya me hacen insoportable á mi mismo. ¡Qué confianza me habeis inspirado, pues tengo la suficiente para confesaros tanta flaqueza.

De tanto en tanto me he acordado de esta historia. De tanto en tanto me he acordado de esta historia.

CARTA TRIGESIMA NOVENA.

EL MARQUEZ Á SU HIJO.

¡Crees en la virtud, amado Valmont, y dejarías de creer en la de Emilia! Le haces un reproche por lo que es en ella un mérito. No prorrumpió para nada, dices, cuando supo tu pasión hácia su amiga. ¡Oh! hijo mio, ¡sus quejas te habrían convertido mas seguramente que su paciencia y su dulzura? „Ella no perdió nada de su reposo y de su tranquilidad.” Es verdad; estaba tranquila por la razón, por la religion, quanto puede estarle una esposa tierna y cristiana. Pero era sensible: ¡que no hayas podido leer en su corazón quanto tenía de amor y de tormento! ¡qué no puedas leer ahora en él la amargura que le infunden tus sospechas y tus temores, y cuan aflictivos son estos para su delicadeza! Mui dichoso marido, todavía no conoces á Emilia; y es menester ser virtuoso como ella para estimarla bien. Desecha Valmont amado, esas ideas sombrías y celosas, que son indignas de ambos: deja ese carácter odioso tan impropio de tí. Quédense para los amores mal fundados, para las almas comunes, esas inquietudes degradantes que muestran suficientemente la bajeza de su origen; pues yo no puedo tolerarlas en mi hijo, y todavía ménos en el esposo de la virtuosa y fiel Emilia.

Permite pues, que sin detenerme mas tiempo á combatir monstruos y quimeras, te lleve á nuestras conversaciones de religion, de aquella religion tan adecuada al corazón humano, y como tú mismo confiesas, tan propia para servirte de apoyo. Conviene en que nada hablaría mas enérgicamente á su favor, que los caracteres de verdad que pretendo atribuirle. Pero hay uno, tan marcado, tan esencial, en tu concepto, que no he podido omitirlo sin argüir en su contra; esta es la universalidad. De antemano ya he respondido á esta di-

ficultad [a]. Es verdad, amado Valmont, que en el sentido rigoroso que tienen tus expresiones, no puedo atribuir á la revelacion ese carácter á que tú das tanta fuerza y crédito. Mas pon cuidado en que tomado tan estrictamente como lo entiendes, entra tan poco en las pruebas esenciales de la religion verdadera, que ni aun se puede atribuir á la religion natural, que ahora reconoces tu como verdadera. Despues de un exámen reflexivo conocerás, que solo se puede hacer valer aún en favor de esta la disposicion y la aptitud, si puedo hablar así, que todos tenemos para llegar á ella. Es constante que la ley natural ha sido hecha para todos los hombres, que todos los hombres son propios para conocerla y practicarla. Pero de hecho, no es verdad que tantas naciones idólatras, tantos pueblos salvajes la conozcan y practiquen en lo que tiene de mas necesario y de mas importante, quiero decir, en el conocimiento del Ser Supremo y de nuestros deberes para con él. Lo mismo sucede respecto á la religion cristiana por quanto á la universalidad: con esta diferencia, que le es enteramente favorable, y que manifiesta cuan ventajosamente suple á la sola razón, y es, que un pueblo tiene muchas veces nociones aunque imperfectas de ciertos puntos de la ley natural, y carece absolutamente de luz respecto de otros, en vez de que donde quiera que la verdadera fe lleva su luz (y hoy la lleva casi por todo lugar), nos ilumina indisintamente sobre todos nuestros deberes, y nos da los medios mas seguros de cumplirlos. Así, en rigor no está difundida universalmente; convengo en ello; no siempre ni todavía hoy ha llevado su luz á todos los pueblos, pero es propia para iluminarlos á todos, y como ya te lo hice advertir [b], solo aguarda para comunicar su luz, que los corazones rectos se hagan dignos de ella. Por otra parte, basta para que sea el don mas precioso que el cielo se ha dignado

[a] Vease la Carta 28.

[b] Vease la nota [1] de la Carta 28.

hacernos, que indistintamente pueda, sin acepción de juidos, ni de gentiles, ser el premio de nuestros votos; que todos los hombres puedan disponerse en cierto modo para ella y obtenerla, y que un Dios justo y poderoso, dueño de las condiciones, señor absoluto de los acontecimientos y de los medios, fecundo en socorros, vencedor de cuantos obstáculos puedan poner la distancia de los países y la diversidad de los climas, no la rehuse á nadie; basta que las naciones mas lejanas la reciban, cada una en su tiempo, ya como gracia, ya como recompensa.

Volvamos pues, amado Valmont, á los únicos caracteres establecidos, y cuya necesidad no se puede disputar. La religion cristiana cuenta en su favor la antigüedad: creo que te lo he demostrado. ¿Cuenta igualmente con la unidad, la perpetuidad, la perfeccion ó santidad?

Es perfectamente una, si toda se refiere á un solo término, si sus partes estan ligadas por un centro común. Pues tal es su carácter: tiene por centro, por punto de apoyo, por único fin, á Jesucristo mediador de los hombres.

Hacer de Jesucristo, el fundamento de su culto, el objeto de sus promesas, el fin de sus oráculos, el consumidor de nuestra fe, el sosten de nuestras esperanzas, la expectativa de las naciones, el modelo de los verdaderos justos, en la antigua como en la nueva ley, el punto de reunion de uno y otro testamento; en una palabra, glorificar á Dios por Jesucristo, santificar á los hombres en Jesucristo, y por este doble objeto referirlo todo á Jesucristo: tal es, hijo mio, lo que liga, lo que traba todas las partes de la religion revelada, y lo que hace de ella la obra maestra de unidad. Desarrollemos este segundo carácter que le es propio, y que mas que ningun otro, merece nuestras reflexiones.

Dios deja entrever á Adan, despues de su caída [a], „una semilla que nacerá de la muger, y „que quebrantará la cabeza de la serpiente que los

[a] Genes. cap. 3.

„ha seducido;” es decir, que domará su orgullo, que trastornará su imperio; pero contra la cual tambien este enemigo del género humano tornará todas sus arterias y todos sus esfuerzos. Esta promesa hecha al hombre desde la infancia del mundo, y que comienza en cierto modo la historia de la revelacion, se esclarece, se reproduce diariamente de un modo mas sensible, y en razon de sus desarrollos, como de la dilatada expectativa que produce, viene á ser la basa en que descansa nuestra santa y augusta religion [a].

En el plan admirable que nos traza esta religion y el feliz conjunto que nos presenta, era menester al Ser Supremo, ultrajado por la desobediencia de su criatura, un reparador digno de él, una reparacion proporcionada á la magestad de quien era el ofendido y á la grandeza de la ofensa; el hombre, decaido de su primer estado, necesitaba un mediador para con el Altísimo, una victima pura y santa que pudiera honrarle, un pontífice nuevo que nada tuviera que expiar de sí mismo. La naturaleza, degradada en su gefe, nada ofrecia que bastase á tan grandes objetos, y que fuese capaz de llenar el intervalo entre Dios y el hombre: y Dios, siempre admirable y fecundo en su naturaleza y en sus

[a] Efectivamente solo en razon de sus desarrollos se hace mas clara esta promesa y mas perceptible en lo sucesivo; Mr. de Valmont, considerándola bajo este mismo respecto, la cita en el mismo sentido que le dan el texto hebreo y muchas versiones mui célebres, como las versiones árabe, caldaica, y diversas lecciones de los Setenta. Es ademas incontestable, que la fe de los Patriarcas tenia por objeto principal el cumplimiento de la promesa que no cesaba de hacerles, de una semilla en la que serian vendecidas todas las naciones; esto era lo que formaba la grande esperanza de los Iaelitas fieles: y tomando las cosas en su principio y segun las miras de la divina sabiduria, es tambien como el discipulo mui amado del Salvador, nos representa á Jesucristo como el cordero inmolado desde el origen del mundo: *Qui occisus est ab origine mundi*, [Apoc. XIII v. 8.]

designios, deja que el mundo casi al nacer columbre un libertador. En él se reconciliarán la justicia y la misericordia: en él será el mal abundantemente reparado: en él, y por sus abatimientos y sus penas, Dios será honrado como debe serlo, el género humano triunfará de su enemigo mas peligroso: un reino nuevo comenzará para no acabar jamas, y este reino será el de la justicia y de la verdad. Ved aquí lo que anuncia de léjos la promesa, y lo que Dios se reserva desenvolver mas extensa y claramente á proporcion que se acerquen los tiempos en que deben cumplirse.

Esta promesa es renovada de edad en edad, y su efecto se debe extender á todas las naciones. Para que su memoria se conserve entre los hombres, Dios aparta una familia á la que la recuerda sin cesar. La recuerda á Abraham, á Isác, á Jacob, en cuya descendencia manifiesta que serán bendecidos un dia todos los pueblos [a].

Jacob, en la cama de la muerte, anunciando á sus hijos lo que debe suceder á su posteridad, predijo en estos términos, como diez y siete siglos antes de Jesucristo, la preeminencia que debía conservar la tribu de Judá sobre todas las demas tribus hasta la venida del Mesias, y el tiempo en que el Mesias debía nacer [b]: „El cetro [c] no saldrá de Judá, ni el gobierno saldrá de sus descendientes hasta que venga el que debe ser enviado; él será la expectativa de las naciones.”

[a] Genes. Cap. XII, v. 3; Cap. XVIII, v. 17 y 18; Cap. XXVI, v. 3 y 4; Cap. XXVIII, v. 13 y 14.

[b] Genes. Cap. XLIX, v. 10 y siguientes.

[c] En la Escritura Santa y lengua en que este libro está escrito, la palabra *cetro* significa generalmente potestad, autoridad, magistratura; y este uso se halla establecido en muchos pasajes de la Escritura.

Sobre el completo desarrollo de esta bella profesia que fija el tiempo de la venida del Mesias, vease el *Discurso sobre la historia universal*, por Bossuet, 2.^a part., núm. 10, pág. 368 y siguientes, edicion de 1744.

De los hijos de Abraham, de los doce hijos de Jacob, Dios forma un pueblo al que hace depositario de esta misma promesa que hizo á sus padres. Este pueblo es para él objeto de una providencia muy especial. El lo conduce, lo gobierna, le impone leyes, le prescribe ceremonias innumerables: no son ceremonias vanas; su fin es impedir que se confunda con los demas pueblos, y que olvide con esta mezcla al Mesias que debe ser el objeto único de su esperanza. Hace brillar en él la fuerza de su brazo: le recompensa cuando es fiel; le castiga sin perderlo de vista, cuando dirige su homenaje á los Dioses de los gentiles. Parece que su sabiduría solo dispone los acontecimientos y arregla el destino de las demas naciones para este pueblo escogido, y que este mismo pueblo solo está formado para el Mesias. Todo en él me lo recuerda [1]; el cordero pascual, la serpiente de cobre, las diferentes clases de victimas que ofrecia el soberano pontífice, otros mil objetos diversos; ya me dan alguna idea del objeto que representan; los justos me presentan en sí mismos su imágen con señales sensibles.

Con todo, Dios se explica de dia en dia con mayor claridad. „Los profetas me anuncian un Dios „dado, un Dios con nosotros [a]. Está en el seno „de su padre antes de todos los siglos [b].” El „Señor hará de el en tiempo un hombre Dios, el „Redentor de los hombres. „El justo decenderá „del cielo como un rosio. La tierra producirá su „gérmen, dice Isaias, y con el salvador se verá na- „cer la justicia [c]. Mi servidor, ha dicho tambien „el Altísimo, será lleno de inteligencia; será grande, „elevado; subirá tan alto como la gloria... [d].” „Qué mezcla tan sorprendente de gloria y de oprobio! El profeta continúa y repentinamente me lo

[a] Isai. VII 14.

[b] Salm. CIX, v. 3.

[c] Isai. XLV v. 8.

[d] Ibi. LII, v. 13 y 14.

hace ver bajo una forma despreciable á los ojos de los hombres.

Sobre esto, hijo mio, oigamos hablar á los mismos profetas. Detengámonos en los textos mas precisos, en los que nos dispensen mas de toda discucion, y que, sin forzarnos á largos cálculos de cronología, demuestran del modo mas palmario la unidad de la religion, y su relacion á Jesucristo, al Mesias, tal como el cristiano lo reconoce y adora.

Pero sobre todo acuérdate, amado Valmont, que estas brillantes predicciones han servido de pruebas á la religion desde los primeros siglos, desde los primeros dias del cristianismo; que desde entónces se les oponian á los judíos; que estos judíos carnales han procurado mucho, aunque vanamente, estudiar su aplicacion, cegados como estaban por las falsas ideas de un reino temporal, de una Jerusalem del todo terrenal; pero que jamas han disputado sobre su autenticidad; que el cristiano las ha recibido de ellos; que ellas han precedido necesariamente á Jesucristo, y que en efecto muchas veces se le han aplicado á él mismo; y que asi, nosotros tomamos las pruebas mas irrefragables de la religion cristiana, de nuestros mayores enemigos. Despues de esto, hijo mio, opon, si te atreves, aquellos oráculos inciertos ó equivocados de los dioses del paganismo, aquellas falsas imitaciones que el espíritu de mentira formó de las inspiraciones santas del Dios de verdad [2].

Antes de volver á tomar á Isaias, oye al profeta rey revelar como aquel, en su lenguaje divino, el mas grande de los misterios y toda la gloria del Mesias.

„El Señor dijo á mi Señor, sentaos á mi diestra... Poseréis el imperio en el dia de vuestro poder, y en medio del brillo que circundará á vuestros santos. Os he engendrado antes de la estrella del dia. El Señor lo ha jurado, y su juramento será inmutable, porque sois el sacerdote eterno segun el orden de Melchisedech [a].”

[a] Salm. 109,

En otra parte mira este santo rey al Mesias en oprobios y sufrimientos, y lo pinta con rasgos en que es difícil conocerlo.

„Oh Dios mio, Dios mio! exclama, dirigid sobre mi vuestras miradas: ¿porqué me has abandonado...? Soy un gusano de la tierra, y no hombre; soy el oprobio de los hombres y el ludibrio del pueblo. Los que me veian se mofaban de mí: hablaban con ultraje y me insultaban meneando la cabeza. Esperó en el Señor, decian; que el Señor le libre, que le salve, si es verdad que lo ama. Han taladrado mis manos y mis pies; han cortado mis huesos; se aplicaron á mirarme y considerarme; dividieron entre si mis vestidos y echaron mi ropa en suerte: mas tú Señor no alejéis de mí tu socorro... Haré conocer tu santo nombre á mis hermanos... Los que temeis al Señor, alabadlo, glorificadlo; porque no ha apartado de mi su rostro... La tierra en toda su extension se acordará de estas cosas, y se convertirá al Señor, y todos los pueblos de las diferentes naciones lo adorarán en su presencia... Mi alma vivirá para él, y mi decendencia le servirá; la generacion que venga será declarada perteneciente al Señor; y los cielos anunciarán su justicia al nuevo pueblo que debe nacer [a].”

Isaias se explica todavía mas claramente; y si David, porque habla en su propio nombre, porque parece hablar como si estuviera cargado de sus pecados y como si Jesucristo solo estuviera cargado de los pecados de los demas hombres, deja con esto algun recurso á quien todavía quiera cegarse, Isaias no le deja ninguno.

„Regosijaos, dice, desiertos de Jerusalem; el Señor ha hecho brillar la fuerza de su brazo á los ojos de todas las naciones, y todas las regiones de la tierra verán al Salvador que nuestro Dios nos ha de enviar... Se levantará delante del Señor como un arbusto y como un vastago que sale

[a] Salm. 21.

„de una tierra seca: está sin belleza, sin brillo; lo
 „hemos visto, y nada tenía que atrajese las mira-
 „das, y lo desconocíamos. Nos pareció un objeto
 „despreciable; el último de los hombres, un hom-
 „bre de dolor, que sabe lo que es sufrir. Su rostro
 „estaba como cubierto. Parecía despreciable y no lo
 „conocíamos. Verdaderamente tomó sobre sí nues-
 „tro descaecimiento, y está cargado de las penas que
 „nosotros debíamos tener. Lo hemos considerado
 „como un leproso, como un hombre herido de Dios
 „y humillado; sin embargo, ha sido cubierto de lla-
 „gas por nuestras iniquidades; sus heridas son la
 „obra de nuestros crímenes. El castigo que debía
 „procurarnos la paz cayó sobre él, y nosotros fui-
 „mos curados por sus contusiones. Todos nos ha-
 „bíamos descarriado como corderos errantes; cada
 „uno se había separado para seguir su propia cen-
 „da; y Dios ha cargado solo con la iniquidad de
 „todos. Se ofreció, porque el mismo lo quiso, y
 „no ha desplegado para nada sus lábios. Como la
 „obeja que se deja conducir al matadero, como el
 „cordero que calla mientras lo despojan de su lana,
 „será entregado á la muerte sin dar la menor que-
 „ja. Acabó sus días en medio de dolores, y fué con-
 „denado por los jueces. ¿Quién contará su gene-
 „racion? Ha sido arrancado de la tierra de vivos.
 „Lo he herido por los crímenes de mi pueblo. Da-
 „rá los impíos por precio de su sepulcro, y los ri-
 „cos por recompensa de su muerte, pues que él
 „no cometió iniquidad, y la mentira nunca estuvo
 „en sus lábios: mas el Señor lo quiso quebrantar
 „en su enfermedad. Si entrega su alma por el pe-
 „cado, verá su decendencia perpetuada mucho tiem-
 „po, y la voluntad de Dios será cumplida feliz-
 „mente por su conducto. Verá el fruto de que haya
 „padecido su alma, y se saciará con él. Como mi
 „siervo es justo, justificará con su doctrina un gran
 „número de hombres, y llevará sobre sí sus ini-
 „quidades: por esto le di en herencia una gran mu-
 „chedumbre de personas; repartirá los despojos de
 „los fuertes, porque entregó su alma á la muerte,

„porque fué justo en el número de los malvados,
 „porque llevó los pecados de muchos, y porque rogó
 „por los infractores de la ley.

„Regocíjate, ésteril que no paríis, cantad canti-
 „cos de alabanza y exalad clamores de alegría....
 „Tu posteridad tendrá naciones por herencia....
 „y el santo de Israel que os ha de rescatar, se
 „llamará el Dios de la tierra.” [a]

Confesémoslo, hijo mio, si las Divinas Escritu-
 ras solo tuvieran esta profecía que presentarnos so-
 bre Jesucristo, son tan claras y precisas las palabras
 de ella, que bastaria sola para fijar todas nuestras
 dudas. Pero sigamos juntamente el hilo de una
 tradicion tan bella, y ahora oye hablar á Daniel.

„Escuchad Señor; Señor, aplacad vuestra ira; di-
 „rigid la vista hácia nosotros, y obrad: no dilateis
 „ya, Dios mio, por vuestro mismo amor; porque
 „esta ciudad y este pueblo son vuestros, y tienen
 „la gloria de llevar vuestro nombre.”

„Cuando hablaba todavía, cuando oraba, cuando
 „confesaba mis pecados y los pecados de Israel
 „mi pueblo, y cuando en un profundo abatimiento,
 „ofrecia mis votos en presencia de mi Dios por su
 „montaña santa...., Gabriel, á quien habia visto al
 „principio de la vision, voló repentinamente á mí,
 „y me tocó á tiempo del sacrificio de la tarde. Me
 „instruyó y me dijo: Daniel, he venido ahora para
 „darte inteligencia. Desde que comenzaste tu ora-
 „cion recibí esta orden, y he venido á descubrirte todas
 „las cosas, porque eres un hombre de deseos; atiende
 „á lo que voy á decirte, y comprende esta vision.”

„Dios ha abreviado y fijado el tiempo de setenta
 „semanas en obsequio de tu pueblo y de tu ciudad
 „santa, para que sean extirpadas las prevaricaci-
 „nes; para que tenga fin el pecado; para que se
 „borre la iniquidad; para que la justicia eterna ven-
 „ga sobre la tierra; para que se cumplan las vi-
 „siones y las profecias; y para que el santo de los
 „santos sea ungido con el oleo sagrado. Sabe pues

[a] Isai LII, LII y LLV.

esto, y grávalo en tu memoria. Desde que se dé la órden para edificar á Jerusaeln, hasta el Cristo gefe de mi pueblo, pasarán siete semanas y sesenta y dos semanas; y las plazas y las murallas de la ciudad serán edificadas de nuevo en tiempos horribles y difíciles; y despues de setenta y dos semanas, el Cristo será entregado á muerte; y el pueblo que lo ha de renunciar ya no será un pueblo. Un pueblo con su gefe vendrá y destruirá la ciudad y el santuario: aquella terminará por una ruina completa, y la desolacion que se le ha predicho, sucederá luego que termine la guerra. Confirmará su alianza con muchos en una semana, y á la mitad de la semana cesarán las hostias y los sacrificios. La abominacion de la desolacion será en el templo, y la desolacion durará hasta la consumacion y hasta el fin."

Si despues de una prediccion tan distinguida, desearas, amado Valmont, contar las setenta semanas de años de que habla Daniel, sirviéndose de un lenguaje ya empleado antes por el legislador de los Judios [a]; si quieres fijar las datas y considerar la exactitud de su relacion con los tiempos predichos por el profeta, abre á nuestro sábio Bossuet [b], consulta á los mas ilustrados de todos nuestros cronologistas, y mui pronto se cumplirán tus deseos. Mas ya te lo he dicho, tomando el camino mas sencillo, dejé á un lado toda discusion para detenerme únicamente en lo que es objeto de estas profecías, y manifestarte, como todo el antiguo testamento se referia esencialmente al Cristo, al Mesias, á todas las ideas que la ley evangélica nos ha dado, y como este admirable concierto de ambos testamentos, forma de la religion cristiana un todo perfecto.

[a] Contaréis siete semanas de años, dice Moyses hablando de los años sabáticos y de júbileo, es decir, siete veces siete años que suman cuarenta y nueve años. ¹ Lev. cap. 25, ver. 8).

[b] Discurso sobre la historia universal, primera parte, pág. 90 y siguientes, y pág. 104 ed. de 1744.

Bajo esta relacion debes considerar todo lo que anuncian á este propósito los demas profetas. Sigamos pues instruyéndonos en sus libros divinos. Y tu Bethlem (dice el profeta Micheas [a], cerca de setecientos años antes de Jesucristo), eres pequeña entre las ciudades de Judá. Mas de tí saldrá el que debe reinar en Israel, cuya generacion es desde el principio y desde la eternidad." Hablad Zorobabel (dijo el Señor al profeta Aggeo, en tiempo de la construccion del segundo templo [b]); hablad á todos los que han quedado del pueblo, y decidles: ¿Quién de vosotros vió esta casa en su primera gloria? ¿Y en qué estado la veis al presente? ¿No os parece que no existe, en comparacion de lo que fué? Pero he aquí lo que dice el Señor de los ejércitos: Poco tiempo todavía, y haré temblar el cielo y la tierra, el mar, y todo el universo; commoveré todos los pueblos, y vendrá el deseado de las naciones; llenaré de gloria esta casa, dice el Señor de los ejércitos. . . . La gloria de esta última casa será mayor aún que la primera, y te daré la paz en este lugar." Hija de Sion, llenáte de gozo (esclama el Señor por boca de Zacarías [c]); hija de Jerusalem exhaltá los gritos de alegría. Ved aquí á tu rey que viene á tí, aquel rey justo que es el Salvador: es pobre, y está montado sobre una asna y sobre el pollino de la jumenta. . . . [d]; anunciará la paz á las naciones, y su poder se extenderá de un mar á otro [e]. Voy á enviar á mi ángel, que me disponga el camino, dice por fin el Señor por boca de Malacías, y al punto el dominador que buscais, el ángel de la alianza, tan deseado de nosotros, vendrá á su templo; vedlo venir, dice el Señor [f]."

[a] Mich. cap. 5.

[b] Ag. cap. 2.

[c] Zac. cap. 9.

[d] Vease la entrada de Jesucristo en Jerusalem, en S. Mat. cap. 21. (e) Malac. cap. 3

(f) Como cuatrocientos cincuenta años ántes de la

Basta, hijo mío: y sin detenernos en todo lo que se predijo en las divinas Escrituras de la vocacion de los gentiles, del establecimiento de la Iglesia, sobre la reprobacion de los judíos, dime, ¿estás conforme con esa cadena de tradiciones que acabamos de recorrer, y que recuerda tan constantemente la antigua promesa, y el grande objeto en que se fundaba toda la religion?

Será menester añadir aún sobre hechos lejanos las profecías que Dios dictaba á Isaias, á Daniel, á Jeremías, á Ezequiel, sobre acontecimientos mas próximos, es decir, sobre el estado temporal de los judíos antes de Jesucristo y sobre la suerte de los imperios que precedieron á su venida. ¿Es necesario hacerte advertir, como por estas vivas y brillantes luces, hacia que su pueblo atendiera la voz de sus profetas, y como por las mismas cosas que se verificaban á sus ojos los enseñaba á mirar como igualmente ciertas las predichas en toda la serie de los tiempos acerca del Mesias? ¿Es necesario manifestarte, como en los decretos del Eterno, todo estaba ligado en cierto modo á la historia de su pueblo, y unido con secretos lazos á la venida de su hijo?

Lee tú mismo en los libros de los profetas, de aquellos hombres llenos de celo por la gloria del verdadero Dios (3), llenos de amor á sus conciudadanos y á su patria, llenos del mas noble desinterés de sí mismos, y objeto de las mas crueles persecuciones sin ser aterrados, lee en sus libros lo que sería largo decirte aquí: y no digas que al ménos estas otras profecías de que hablo son supuestas. Estan ligadas mui estrechamente con toda la historia del pueblo de Dios, y con la de los gran-

venida del Mesias habló el profeta. Los profetas callan por mucho tiempo, y hasta el nacimiento de Juan Bautista, precursor de Jesucristo, como para hacer á los judíos, con este silencio mas atentos en observar el tiempo en que el Mesias habia de aparecer. Tal fué realmente el efecto que este silencio produjo

des hombres bajo cuyo nombre las ha recibido, para que pudieran jamás considerarse como tales; la veneracion de aquel pueblo á los libros que las contienen y á quienes los escribieron, estaba mui universalmente esparcida y mui bien establecida, para que pudieran haberse insertado derrepente, digámos mejor, para que hubiese habido otras causas fuera de estas mismas profecías y su cumplimiento. Finalmente, su enlace necesario entre sí, que apesar de todo interes contrario, conservaron los judíos respecto del Mesias, y que se verificaron en el Cristo que adoramos, porque racionalmente no se puede dudar de ellas: porque esto, amado Valmont, lo mismo que todo lo demas, recíprocamente se sostiene y por medios verdaderamente dignos de Dios.

Lee pues, y verás la continuidad y extension del espíritu profético bajo la ley antigua; y admirarás aquellas sorprendentes predicciones, tan precisas y pormenorizadas [4], sobre el castigo de los judíos y su cautividad; sobre su restablecimiento alcabo de setenta años sobre los pueblos que habian de servir en manos del Omnipotente, ya de vengadores para castigarlos, ya de salvadores para libertarlos; sobre Babilonia, sobre la Syria, sobre el Egipto; sobre los Medos, los Persas, y sobre el mismo Cyro, á quien el Señor llama con su nombre al socorro de su pueblo; sobre la sucesion de los cuatro grandes imperios y sus revoluciones; sobre Alejandro y la division de sus vastos estados; sobre el imperio romano; y finalmente sobre el imperio del Cristo, aquel otro reino de naturaleza mui diferente, que no será destruido, sino que subsistirá eternamente.

Asi dirigia Dios todas las cosas, segun el plan único que se habia formado respecto á su Cristo; asi el universo pacificado en el tiempo de Augusto y reunido casi todo bajo un solo Señor, en los designios del Altísimo solo era una preparacion próxima para la predicacion del Evangelio, y para el establecimiento del reino de un Dios hecho hombre, de aquel reino, que, mui contrario á las ideas de

los judíos groseros y terrenos, debía levantarse sobre las ruinas de nuestras pasiones en vez de halagarlas; así también en la historia de la religión, los judíos, los pueblos, las diferentes edades, todo es para el Mesías: es el centro á que todo se dirige; y por el pecado del primer hombre soy conducido á un punto fijo, al libertador esperado por los judíos [a], y recibido por los cristianos como el único fundamento de nuestras esperanzas, como el solo mediador que ha podido dar á Dios su gloria y á los hombres la salvación. El mundo creado en Jesucristo, según el pensamiento del Apóstol, mientras es el Verbo de Dios, la imagen de su substancia, el esplendor de su gloria, se halla dignamente reparado en Jesucristo [b].

Ahora muda el plan de la religión cristiana; imagina, para explicar las profecías, un Mesías como el judío se lo figuraba, como se lo figura hoy todavía, un monarca temporal, un rey conquistador; desde luego desaparece toda unidad, se desmienten todas las profecías; ya solo presentan una semejanza remota y en mil pasajes contradicha; ya no se sabe á la verdad por qué un pueblo escogido, por qué un Mesías: ya no se sabe que significan en los profetas todos aquellos rasgos bellos, que naturalmente conducen á la idea de un rey, cuyo imperio debe fundarse solo en la destrucción del pecado, y cuyo reino debe ser el de la paz, de la justicia y de la verdad; el cuadro de sus padecimientos ya nada tiene de real: ya no se ve satisfacción por los pecados de los hombres, ni víctima, ni sacri-

[a] Todos los que desde el principio fueron justos tienen por jefe á Cristo; pues ellos creyeron que había de venir, el que nosotros creemos que ha venido ya. (S. Aug. conc. 5. al salm. 36.)

[b] Es imagen invisible de Dios... en él están fundadas todas las cosas... él y antes que todos y todas las cosas, consisten en él... se complació en establecer por su medio todas las cosas para consigo mismo. (Colos. cap. 1.º versó 16, 17, 19 y 20.)

ficio, como los profetas anunciaron; en lugar de que todo se explica con precisión, todo se liga, los hechos, los dogmas, nuestros misterios, nuestra moral, nuestros sacramentos, nuestros ritos, nuestras solemnidades, todo se sigue y se coordina con la religión cristiana.

¡O religión perfectamente una, que bella sois en vuestro conjunto, y como esta unidad manifiesta brillantemente la obra de Dios! No, la naturaleza entera, con la armonía que en ella reina, no publica más altamente la existencia de Dios, como la religión cristiana atestigua con su perfecto concierto la obra del Altísimo; y si, comparando las maravillas del universo y el bello cuadro que me ofrece la religión, percibo algunas sombras, en este último cuadro [a], ¿debo sorprenderme de ello? Dios, para dejarnos siempre igualmente libres, ilustrándonos sin compelerarnos, la ha derramado hasta sobre el primero.

Te he manifestado, pues, amado Valmont, no la prueba más palpable de la religión, este carácter está reservado en mi concepto á la santidad de sus dogmas y de su moral; pero si la más grande, la más bella para unos ojos ilustrados, puesto que la unidad de las proporciones y de las relaciones innumerables que la religión contiene, no la hace menos admirable que lo es en el orden de la naturaleza el mundo material y visible por el concierto de sus partes entre sí, y por su relación común á la gloria del Altísimo y al bien general de todos los seres. Acuérdate de aquel pensamiento del célebre Bacon, que si se consideran las obras de la naturaleza, separadas y sin enlace, podrá tenerse alguna duda, pero que vistas reunidas y en su conjunto, formarán á los ojos del sábio la demostración más completa; y aplica esta exacta y bella reflexión á la prueba sublime que nos ofrece la unidad de la re-

[a] Son sombras necesarias en el plan de la divina sabiduría, que hacían degir á S. Agustin, „que había en la religión bastante luz para iluminar los corazones rectos, y bastantes nubes para degar á los impíos.”

ligion. Si solo tomamos de ella diferentes rasgos aislados, y diferentes clases de pruebas, que nos atestigüen su divinidad, acaso habria todavía lugar á dificultades, aunque mas aparentes que sólidas; mas ¿qué cosa racional oponer á este gran todo, á este conjunto perfecto que nos presenta?

Pon cuidado, hijo mio: el error siempre y necesariamente se desmiente por algun lado. Se desmiente tanto mas fácilmente, cuanto en mas larga serie de años se forma, y cuanta mas prolongada serie de hechos abraza: en cualquiera esfuerzo que se haga de pronto para reunirlos y concertarlos se dislocan todas las partes de su obra, como en la mitología de los paganos ó en los delirios de Mahoma; donde quiera se interrumpe la armonía, se rompe la cadena como por sí misma, todo está sin orden y sin consecuencia: ¡tan cierto es que la unidad es el carácter mas difícil, es á los hombres el mas imposible de falsificar, y de consiguiente, el carácter mas esencial y distintivo de la verdad!

¿Qué debes pensar por tanto de esta religion, que en una serie de mas de cuatro mil años, contando solamente hasta Jesucristo, en una cadena de acontecimientos que contiene la historia de todo un pueblo, y en parte la de cuantos otros pueblos tuvieron alguna relacion con él, es perfectamente una y no se desmiente por ningun aspecto?

Mas como en la religion cristiana, todo se presta un apoyo recíproco, ¿qué será todavía cuando vuelas á encontrar á cada paso esta admirable unidad en su perpetuidad? Me detengo, querido Valmont, y te dejo tiempo suficiente de pesar á tus anchuras las reflexiones que acabo de hacer, antes de pasar á este otro carácter que la verdadera religion debe presentarnos.

NOTAS.

PÁG. 235.

[1] Todo en él me lo recuerda, el cordero pascual, la ser-

piente de cobre, las diferentes clases de víctimas, &c. El primero y principal mérito de la antigua ley consistia en representar, en anunciar, en prometer á Jesucristo. Solo él era el objeto de la ley, como dice el apóstol: *Finis legis Christus*. Esto mismo dictó á San Agustin aquella expresion singular, pero fuerte y enérgica: *Tota lex gravida erat Christo*, toda la ley trabajaba en producir á Jesucristo. Mas, como lo advierte el piadoso autor de un libro sobre el conocimiento de Jesucristo: „Primeramente, solo Dios pudo preparar con tanto esplendor los caminos de Jesucristo antes que él bajase á la tierra. En efecto, el conocimiento de un porvenir libre, en que esta la profecía, por la confesion del género humano, reservada solo á Dios; ¿por qué? porque supono una ciencia infinita que abraza los arcanos mas profundos, y un poder infinito que produce los mas incomprensibles acontecimientos. En segundo lugar, hacer servir á la gloria de Jesucristo el cielo y la tierra por espacio de cuatro mil años; suscitar en su favor profetas que le predijesen pormenorizadamente cuanto le concierne; variar los aspectos para ponerlos bajo el velo trasparente de una infinidad de figuras, establecer una ley cuyos sacramentos y ceremonias lo prometen, lo anuncian, lo designan; ved aquí seguramente una gloria á la que ningun mortal aspiró jamás, una gloria que solo puede convenir á un hombre Dios, al Hijo único del Padre. „Y ved aquí al mismo tiempo lo que coadyuva mas á dar á la religion cristiana ese carácter de unidad que no se admiraría demasiado en ella.”

PÁG. 236.

[2] Aquellos oráculos inciertos ó equívocos de los dioses del paganismo, &c. „Nunca hubiera habido en el mundo oráculos mentirosos, si los hombres no hubieran creído intimamente que Dios, que sabe lo futuro, se sirve á veces comunicarlo á quienes inspira. Una necia curiosidad en unos, y en otros la codicia, produjeron esa falsa imitacion de las profecías.” (*El Arzobispo de Viena*).

Casi por donde quiera el error y la mentira falsearon ó imitaron la verdad, como una mezcla engañosa imita á los mas puros metales: ¿se sigue de aquí que no haya diferencia ninguna entre la verdad y la mentira?

Citanse algunos rasgos que parecian designar un espíritu profético en los sacerdotes y falsos dioses de los paganos, y que por lo mismo conducen á debilitar la prueba que sacamos de las profecías, consignadas en nuestros libros sagrados: pero á mas de que los rasgos referidos (al ménos los que parecen mas atendibles), solo se fundan en noticias y autoridades muy sospechosas, en el cristianismo admitimos que los demonios, considerados como autores de estos oráculos,

de conformidad con la supercheria de los sacerdotes, pudie-
ron engañar en esto por ilusiones, así como fingian mila-
gos con prestigios, sin que hayan podido dar á sus predic-
ciones aparentes, el carácter esencial de una verdadera pro-
fecia. „Los espíritus desprendidos de toda conexión con la
materia, dice el ilustre prelado que acabamos de citar, tie-
nen mas penetracion y sagacidad que los hombres, ya para
la prevision de los efectos puramente físicos, ya para la com-
binacion de lo futuro con lo pasado. Pueden tambien sa-
ber y descubrir á los demas secretos inasecibles al espiri-
tu humano. Así es que, como advierten algunos padres, han
predicho males que ellos mismos debian causar, han mani-
festado en un lugar lo que habia sucedido en otro tan dis-
tante, que humanamente no era posible saberlo de pronto.
Mas la prevision de ciertas acciones libres (que constituye
el carácter verdadero de la profecia), era mas superior á las
luces de aquellos falsos profetas del paganismo: está reser-
vada á la naturaleza divina. Los oráculos falsos, ya pro-
viniesen de la influencia de estos espíritus perversos, ya so-
lamente del fraude de los adivinos consultados, jamas predi-
jeron acontecimientos de esta clase; y cuando quisieron ha-
blar de ellos, la antigüedad de su respuesta dió á conocer
su ignorancia.” (*La incredulidad convencida por las profecias.*)

PÁG. 242.

[3] *De los profetas, de aquellos hombres, llenos de celo por la gloria del verdadero Dios, &c.* „Se ha procurado ridiculizar á los profetas y su ministerio, ridiculizando el modo con que se explicaron: pero á mas de que tales barlas, de ordinario se fundan en exajeraciones y falsas interpretaciones, no corresponden sólidamente á hechos bien averiguados, se debieran considerar los tiempos, las costumbres, los usos, el carácter del pueblo á que los verdaderos justos eran enviados. Lo que nos pareciera vil ó extravagante, juzgando por nuestras costumbres, era sencillo y natural en tiempo de Homero y de los Profetas: se trataba por otra parte de hablar á hombres á quienes solo las cosas materiales y sensibles, y no pocas veces las mas aparentemente groseras, hacian una impresion profunda. Dios sabia muy bien dar á estos intérpretes, cuando era menester, expresiones grandes y sublimes; pero á veces tambien, acomodándose y aviniéndose á las necesidades de todos, dictaba á sus profetas ó les permitia el estilo y modo mas propios para conmover el espíritu de la muchedumbre, ó los mas conformes á su índole y genio particular. En general, los antiguos hablaban mas que nosotros á la imaginacion, y persuadian mas seguramente. „Lo que se decía con mas viveza, segun observa el autor del *Emilio*,

no se expresaba por palabras, sino por signos. No se decía, se mostraba..... Darío, comprometido en la Scytia con su ejército, recibe de parte del rey de los Scytas una ave, una rana, una sonrisa y cinco flechas. El embajador entrega su presente y se vuelve sin decir nada. En nuestros días este hombre hubiera pasado por loco. Esta terrible arenga fué entendida, y Darío con la mayor prisa que pudo se tornó á su país.” Así es como Dios hablaba á los judíos por sus profetas.

„Veanse, sobre las objeciones frívolas y falsas imputaciones que se han hecho á este propósito, las excelentes *Cartas de unos Judios Portugueses*, á las que nos hemos ya remitido sobre los pormenores. [*Carta 2.^a y siguientes, tomo 2.^o, 5.^o edicion en octavo, 1772.*]

PÁG. 243.

[4] *Aquellas sorprendentes predicciones tan precisas y tan pormenorizadas sobre el castigo de los judios,.....sobre Babilonia, sobre la Siria, &c....* Se puede ver el compendio de estas diferentes profecias y su exacta aplicacion, en la mayor parte de nuestros apologistas, y con especialidad en el Abate Pey, *Verdad de la religion cristiana, probada á un deista*, 2 tomos, así como en *La incredulidad convencida por las profecias*, del Arzobispo de Viena. Se puede verlas tambien en su mayor parte, y del modo mas interesante, en la historia antigua de Rollin, historia muy útil y bella en sentir de todos los verdaderos sabios, apesar de lo largo de las reflexiones. Por lo demas, lo que hay de muy notable y sorprendente, es que las diversas revoluciones que han sufrido los judios, literalmente solo son el desarrollo de la gran profecia que Moyses les hizo antes de morir, sobre todos los castigos que el Señor les haria sentir si eran infieles: lo es tambien, que castigados rigorosamente, subyugados, trasportados á las demas naciones, siempre se reponian, y en medio de tantas causas de destruccion, jamas eran enteramente destruidos ni confundidos con los otros pueblos; mientras que estos, aunque fuesen los mas poderosos imperios, despues de haber servido de azote y de instrumento en mano del Altísimo, eran sucesivamente destruidos y destruzados irrevocablemente. Así lo habia anunciado el profeta Jeremias. „No temas, Jacob, pues que tú eres mi siervo, „dice el Señor, y estoy contigo: perderé á todas las naciones á que te he desterrado; y no te perderé á tí; pero te castigaré con una justa moderacion, sin perdonarte como „si fueras inocente.” [*Cap. 46 v. 28.*] Por precisas y detalladas que sean la mayor parte de nuestras profecias, se quisiera que fuesen todavia mas. „Se quisiera que los pro-

profetas hubieran empleado en su estilo la misma claridad, la misma consecuencia, la misma hilación que tenía el estilo de un historiador. Porque la obstinación de la incredulidad es tanta, que siempre pide nuevas luces. Las que se le presentan no le bastan para ilustrarse, y el deseo quimérico de una luz mas viva, es el pretexto especioso de su ceguera voluntaria.... Mas debe hacer depender su convencimiento de una condicion que no es ni necesaria ni conveniente?... Fuera de la naturaleza del espíritu profético y de su estilo propio, hay una razon que debió hacer las profecias mas obscuras y misteriosas que narraciones históricas. No convenia que las primeras tuviesen una claridad que sirviera de obstáculo á su cumplimiento.

„No está Dios obligado á multiplicar los milagros; su grandeza y su sabiduría requieren que no se altere sin necesidad el curso de las cosas humanas, y que haya tanta dulzura como eficacia en los recursos de su providencia, es manifiesto que una predicacion tan clara y tan detallada, como una relacion histórica, ó nunca sería cumplida, ó no podría serlo sino por un milagro. Supongamos que todas las profecias sobre Jesucristo hubieran estado reunidas en un solo y mismo discurso, y dispuestas segun el orden de los tiempos; que comenzasen por su nacimiento, en Belen con las circunstancias y las consecuencias de este nacimiento, que continuasen por su fuga á Egipto, su vuelta á Palestina, su vida retirada hasta la edad de treinta años; que describieran despues toda su vida pública, sus milagros, sus predicaciones, sus viages por la Judea, sus combates contra una intriga potente y celosa; que acabasen por la perfidia de uno de sus discipulos, por la cobardia de los demas, por la iniquidad de sus jueces, por la rabia de sus verdugos, por su muerte de cruz, y por su resurreccion gloriosa; supongamos, digo, que todo esto hubiera sido anunciado en este orden y con estos pormenores, y ademas con tal claridad, que los judios antes de cada accion de Jesucristo, no tuviesen mas que consultar su historia predicha, para saber lo que debía hacer: en esta suposicion, semejantes profecias ya no podian cumplirse humanamente. Les judios tan bien advertidos, no podian ya concurrir con su incredulidad á la ejecucion de los consejos eternos.

„Era menester uno de aquellos prodigios que no se deben aguardar ni de la santidad, ni de la bondad de Dios, para boir á cada momento en el espíritu de los judios nociones tan claras y precisas, ó, si no perdian de vista estas nociones, para hacerlos obrar contra las reglas mas comunes de la prevision.

„Casi lo mismo sucede con las otras profecias. Su mayor evidencia hubiera hecho imposible su cumplimiento sin un milagro. El libre albedrio, en el uso ordinario con que

Dios lo ha concedido á los hombres, seria mui molesto para un conocimiento tan distinto del porvenir. La incertidumbre sobre este punto les es necesaria, para guardar en su determinacion un justo medio entre un exceso de confianza y un exceso de temor y de pereza.

„Es verdad que las profecias deben preparar los espíritus hasta cierto punto á la expectativa de su cumplimiento. Es verdad tambien, que deben tener una claridad suficiente para hacer inexcusables á los que desconocen este cumplimiento cuando se verifica. Este doble carácter se nota en las profecias del antiguo testamento, y sobre todo en las concernientes al Mesias. Los judios, leyendo los antiguos oráculos, habían concebido la esperanza de un libertador. Tenían tambien sobre este acontecimiento tan deseado una señal que la mayor parte de las profecias no dan: esta era la época en que Jacob les habia predicho que el Mesias apareceria, y la data de las semanas de Daniel, cuyo fin se acercaba al tiempo de Jesucristo. Tambien aguardaban entónces al Mesias prometido, y esta expectativa les era comun con los Samaritanos, que no admitian otros libros sagrados que los de Moyses. A ellos correspondia reconocer en la persona de Jesucristo todos los demas rasgos anunciados por tantas predicaciones. Mas estos rasgos, esparcidos en diferentes profecias y muchas veces ocultos bajo apariencias mas conformes á los deseos de sus corazones, no habían llamado bastante su atencion. Se obstinaron en repelerlos cuando Jesucristo se los mostró; y contribuyeron tambien sin saberlo, á verificarlas, pues que estaba predicha su misma incredulidad.

„Una distribucion tan exacta de luz y de obscuridad es quizas lo que hay mas admirable en las profecias. Un hombre á quien Dios hubiese abierto el libro del porvenir, sin inspirarle el modo con que debía predecir lo que hubiese visto en él hablaría mucho ó mui poco. Solo tocaba á este mismo espíritu que ha iluminado á los profetas, para que dictasen oráculos, bastantemente desarrollados para que su ejecucion no hubiese menester un nuevo prodigio, bastante claras al mismo tiempo para que despues del acontecimiento (ó al tiempo mismo en que estos oráculos se cumplieran), la verdad pudiera percibirse por todos los espíritus atentos. [La incredulidad convencida por las profecias.]

En estas sabias reflexiones, que creimos mui importantes para ponerlas aqui, se vuelve á hallar esta verdad tantas veces inculcada en estas cartas, que Dios ha dispuesto todo en este mundo, de modo que sirva de materia al merito ó al desmerito, y en favor de la libertad; principio, que en el orden de la naturaleza y de la gracia nos ilumina mas que otro ninguno sobre las miras inefables de la Providencia, sobre las operaciones de la divinidad, y que forma la solucion mas general de las dificultades que nos sorprenden.

CARTA CUADRAGESIMA.

LA JÓVEN MADAMA DE VEYMUR (EN OTRO TIEMPO SEÑORITA DE SENNEVILLE) Á LA CONDESA DE VALMONT. [a]

Después de la última carta que te escribí, mi amada y buena amiga, aguardo con impaciencia noticias vuestras; y cuán lenta eres en dárme las, según mis deseos! Bien lo sabes: mis afectos, aunque repartidos, no han perdido nada de su vivacidad; mis nuevos deberes no han podido moderarlos; y en mi corazón, siempre tierno y excesivamente sensible, no se ha sobrepuesto el amor á la amistad. Mucho me duele por lo mismo ver que me olvidas por tanto tiempo y estar siempre tan lejos de tí; y mi deseo mas ardiente sería poder gozar en este lugar á la par de mi esposo y de mi amiga. Mas puesto que no se me puede conceder tanto gusto, voy á consolarme, como lo he hecho hasta aquí, escribiendo á la una y hablandole del otro. Si, mi amada Emilia, sin arresgarme á fastidiarte y á desagrardarte, todavía te voy á tratar de mi marido. ¡Qué trato mas dulce para dos corazones tan parecidos en sus afectos!

Mr. de Veymur [b], se me hace siempre mas querido por la confianza que me manifiesta y á causa de los peligros de que conosco mas y mas haberme librado esta union. ¡Oh mi buena amiga! cuando nos hablaba de sus extravios, nada nos habia dicho en comparacion de lo que le faltaba que decirnos: y qué lecciones para nuestro sexo, es el cuadro de los cortejos de un jóven, cuando se las recuerda en edad madura, ó cuando se arrepiente y se acusa de ellos á sí mismo!

[a] Esta carta de la amiga de madama de Valmont es la única de todas las suyas que se ha conservado; su carácter de utilidad la ha hecho exepuar.

[b] El hermano del Conde.

Yo, compadezco poco á las que entre nosotros quieren bien ser seducidas: que llaman los peligros en vez de alejarlos; que en cierto modo preparan las redes en que debian dejarse coger, y abren bajo sus pasos los abismos en que no tardan en ser precipitadas. Lijeras, versátiles, locamente joviales, llenas de confianza en sus fuerzas como en sus atractivos, ya con todo medio vencidas cuando empiesan á ser atacadas, agusando con el prurito de agrandar y con la vanidad los dardos que se les disparan, bien merecian sucumbir [a], y no deben alcanzar mas que los frutos amargos del culpable conflicto en que se pusieron. Que trasportes indiscretos, que medidas mal concertadas las denuncien á los ojos perspicaces; que su conducta se haga notoria y las cubra de infamia [b]; que el libertino que las ha seducido sea el primero que revele su flaqueza para hacerla mejor servir á su triunfo; que al ménos, cansado de reprimirse, disgustado de su conquista por lo poco que le ha costado, y por que ya nada nuevo tiene que ofrecerle, la abandone indignamente y lleve á otra parte los mismos homenajes y la misma inconstancia; que estas tristes víctimas del orgullo, del amor, y del placer, sufran todos los furors del celo, la humillan-

[a] Y cuando por imposibilidad no sucumbieran, ¿nada es para una jóven vana, aturdida, imprudente, las sospechas que ocasiona y los juicios que hace formar? Si la reputacion, principalmente en las mugeres, es el primero de todos los bienes de esta vida, y la fuente mas ordinaria de todos los demas, ¿no es nada ponerse á peligro de perderla? *La vanidad dice á Arnaut, y el aturdimiento, son dos defectos de los que el mundo tiene quizas mucha indulgencia, y que á menudo traen consigo todos los inconvenientes del vicio. (Hist. Inglesa).*

[b] „Es menester honrarse para ser honrado; ¿cómo puede uno merecer el respeto de otro sin tenerlo de sí mismo? y dónde se detendrá en la senda del vicio, quien sin espanto dió en ella el primer paso!” (Rousseau.)

reacción de las burlas y del desprecio; todo el horror del arrepentimiento, o no se consuelen de su oprobio mas que con descarríos nuevos y un oprobio todavía mayor; todo esto, mi buena amiga, nada tiene que ellos no debieran esperar ni que debamos admirar nosotros. Pero que almas tiernas y sencillas, honestas y llenas de delicadeza, incapaces de querer nunca, ni que se les falte, ni faltarse a sí mismas, sean sin embargo la burla del sentimiento, de la estimación y de la confianza; que se vean seducidas por el artificio y la impostura; que sean traicionadas por su mismo candor; y sin haber concebido ninguna sospecha del peligro á que su mucha confianza las exponia, aprendan en su caída y sus desgracias, que de las mas pequeñas precauciones depende la única seguridad de las virtudes mas puras: ved aquí lo que no se puede lamentar demasiado, y lo que no puede servir por demas para ilustrarnos.

¡Ah mi querida amiga! ¡Dichosas aquellas á quienes tanto su virtud como circunstancias favorables han puesto al abrigo de los peligros! porque aleabo, ¿qué secretos resortes no hace mover el vicio para triunfar de la virtud? ¿Qué de feos misterios me ha revelado en este género Mr. de Veymurl y ciertamente, que sin el horror que ahora siente del arte odioso que puso en practica, yo estaria tentada de aborrecerlo. Pero seria demasiado injusta: porque al fin ¿qué faltas no borra un arrepentimiento sincero? El de que ahora se halla penetrado, puede solo asegurarme mi estimación; yo debo juzgarle por lo que es hoy, y no por lo que fué antes; y si bien lo acusa la compasión hácia todas las que sedujo, por sus remordimientos merece que se le absuelva. Adonde quieta los lleva consigo; los deposita en mi seno, y solo yo he hallado el secreto de calmar su dolor, recibiendo la triste confesión. Si te lo participo, no es sin que él lo sepa y lo permita: eres para él como otra yo; y descubriéndonos á las dos sus matejos, quedará mas tranquilo; si halla gracia en el fondo de nuestros corazones. ¡Oh hom-

bres! ¡hombres peligrosos y pérfidos! ¿deberíamos perdonaros tan facilmente los males que nos haceis? Porque en fin, mi buena amiga, ¿no es nuestra la causa de nuestro sexo? ¡Ah! por lo ménos adviertamos á nuestras semejantes los riesgos que corren; enseñemos á la inocencia que se guardé de la seducción, y felicitémonos nosotras de haber escapado en escollos marcados por tan tristes naufragios. ¿Que no pueda yo ahora, mi amada Emilia, contarte todos los medios que se emplean para perdernos, y los grados apenas perceptibles con que se prepara nuestra caída! ¿Con qué artificio se juega el sentimiento! ¿Qué respeto se afecta terneros! ¿Qué cuidado se pone en estudiar nuestros gustos para conformarse con ellos! ¿Qué atención secreta en prevenir nuestra voluntad, en halagar nuestros deseos! ¿Qué honestidad en toda la conducta! ¿Qué decencia en los propósitos! ¿Qué diestra y engañosa imitación de las virtudes que amamos! ¿Qué manejo para ganarse nuestra confianza y precisarnos á recibir bien la que se nos manifiesta! Pero despues, ¿qué abuso de esta misma confianza! ¿Qué constante aplicación y que artificios para hacerse necesarios! ¿Lo han llegado á ser? Entonces se permiten conversaciones mas tiernas; se nos compromete á lecturas mas seductoras; se nos divierte con espectáculos y fiestas mas galantes; se aventuran por fin declaraciones mas directas; á esto se hace suceder el lenguaje expresivo de las pasiones mas vivas, del celo, del temor y de la desesperación; se reiteran los juramentos de fidelidad; pero, lo diré todo mi buena amiga, para vergüenza de los seductores? ¡Oh cielo! ¿Qué intrigas y que vergonzosas maniobras! Cartas supuestas; criados seducidos y pervertidos; falsos lances, en que se nos compromete sin dejarnos percibir las consecuencias; ocasiones funestas, dispuestas y preparadas de lejos, por el vicio, que se agita y vigila, mientras que la inocencia reposa sin sospecha y sin temor; persecuciones suscitadas discretamente en el seno de una familia, para hacernos

caer en brazos del mismo que las ha producido; las mas negras tramas, urdidas en el mas profundo silencio. . . . ¡Oh colmo de horror! los misterios de iniquidad se consuman; y una desgraciada víctima de tantas negruras ha dejado de ser virtuosa antes que su corazon, todavía enemigo del vicio, creyese que podia jamas abjurar la virtud. Tal es el término fatal á que el menosprecio de las pequeñas precauciones conduce á tantas almas honestas, que por educacion, por un fondo de razon, por sentimiento, y aun por religion, parecian solo nacidas para la virtud.

¿Qué medios pues para preparar tamañas desgracias? Vedlas aquí, me dijo tambien mi marido; estos son los únicos que verdaderamente resisten á todo género de seduccion: no tomar empeño en agrandar, solo sí en hacerse honrar, vigilar sobre las mas ligeras impresiones del espíritu y del corazon, y comenzar pactando con la imaginacion que nunca se le permitirá divagarse en objetos que puedan servir para inflammarla; tener una amiga respetable; y la amiga mas segura es una madre verdaderamente digna de servir en esto, si se tiene la dicha de poseerla; descubrirle uno sin reserva su corazon, ó en falta suya, á cualquiera otra amiga suficientemente tierna, suficientemente virtuosa para poderla remplazar; desconfiar de todo el que nos adula, de todo lo que se dirige á ablandar nuestra alma y á enflaquecer nuestros principios; ponerse á cubierto de toda especie de vínculo mui intimo, de relacion mui estrecha con personas de otro sexo; y acordarse que el hábito llega por fin hasta hacernos amables los que á lo pronto nos eran mas indiferentes: así guarda una su propio corazon, vive feliz, tranquila, dueña de sí misma: así es una siempre respetable, siempre respetada, y goza interiormente de este testimonio tan lisonjero y tan dulce, como efectivamente merece serlo.

Tales son, mi buena amiga, los prudentes consejos de un hombre que tambien ha conocido el mundo, nuestros peligros, nuestras flaquezas y nuestros recursos. ¡Ojalá nunca necesitemos de aplicar-

nos estas lecciones á nosotras mismas! ¡Ojalá en nuestra boca lleguen á ser útiles, á las que ménos atentas y ménos instruidas, las necesitan mas que nosotras!

CARTA CUADRAGESIMA PRIMERA.

LA CONDESA AL MARQUEZ.

Un acontecimiento mui triste, sobre el que versa la conversacion de toda la corte y los cuentos de los cortesanos, dando mucho en que pensar á mi marido sobre el Conde de Laussane, ya no deja limites á sus sospechas celosas, y hace que yo ponga pocos á mis alarmas.

Una muger del mas elevado rango, cuyo nombre quiero que sepais por mí mas bien que por otro, acaba de dar el ejemplo y la prueba de las funestas consecuencias que resultan del olvido de los verdaderos principios y de la falta de religion. Esta muger, objeto en otro tiempo de la estimacion pública por su aplicacion á sus deberes y por la pureza de su fe, fué obligada por su marido á recibir en su casa al Conde de . . . , amigo intimo del Baron, y filósofo como él. Aquella no tenia mas hijo que una niña todavía mui jóven, que siguiendo sus pasos, se hacia notar ya por sus virtudes, tanto como por sus atractivos y belleza. El Conde no dilató en insinuarse á su espíritu, escondiendo con artificio el veneno de sus peligrosos sistemas. Delante de ellas afectó toda la delicadeza del sentimiento; les habló el idioma de la virtud mas pura; sin darse por un hombre animado del espíritu religioso, las preparaba para que creyesen que sin la religion, pueden tenerse en el mas eminente grado, todas las cualidades que constituyen al hombre honrado segun el mundo, y que las tenia uno con tanta mas seguridad, cuanto que entonces no tomaban tinte ninguno de flaqueza y de supersticion. Así adquirió gradualmente la es-

timacion y la confianza de ellos. Hizo mas; pro- digándoles los elogios, mas halagüenos, manifestan- do á cada uno en particular las consideraciones y cuidados mas diligentes, les inspiró afectos mas tier- nos de que ellas todavia no habian aprendido á desconfiar. Muy ilustrado con sus primeros éxitos, creyó que no podia mejor asegurar su triunfo, que dedicándose á corromper enteramente su espíritu, para conseguir con mas facilidad pervertir sus cos- tumbres; lo consiguió. Comenzó por hacerles na- cer dudas; les prestó libros que contenian todo el veneno de la incredulidad; les inspiró la vanidad de bello espíritu y el gusto de las indagaciones cu- riosas; les habló el jergon de la metafisica y de las ciencias mas abstractas; les descubrió con ménos miramiento su modo de pensar; y en poco tiempo las hizo pasar desde la estimacion y afecto á su per- sona, hasta la estimacion y creencia de sus opiniones.

El marido apereibió muy tarde el trastorno que esta nueva filosofia causaba en su casa; veia que se despreciaban absolutamente las ocupaciones esen- ciales, por peligrosas especulaciones y sutilezas va- nas; vió que los deberes de la religion se omitian; que se despreciaba el decoro; que se recibian mal sus consejos; que una especie de pedantismo rem- plazaba á la prudente y dichosa sencillez; que los criados se habian vuelto razonadores á ejemplo de sus amas; que una academia de falsos sábios y de falsos virtuosos tenia sesiones ordenadas en su casa; y que sus antiguos amigos, se habian obligado á retirarse, á fuerza de desaires, de arrogancia y de desprecio. Quizo remediar el mal que el mismo habia ocasionado y suplicó que se alejase al Con- de; pero ya no era tiempo. La madre y la hija exhalaban altos gritos; se amenazó; se fulminó; se trató al buen hombre de espíritu débil, supersticioso y tiránico, de hombre duro y salvaje, con quien no era posible vivir; se trató de separarse. El po- bre marido se vió obligado á tener paciencia y en- cogerse. El Conde, mas acreditado que nunca, se manejó con una destreza siempre nueva entre la

madre y la hija, pues que una y otra se creian el objeto único de sus cuidados y de su amor. Muy pronto alcanzó sobre la última una victoria facil, que desgraciadamente tuvo resultados. Enfurecida la madre de verse burlada tan indignamente, deso- lada por haber deshonrado á su familia con su exe- siva confianza, devorada de celo, y abandonada á la mas furiosa desesperacion, hizo un escándalo que ha perdido á su hija, y acabó matándose de una puñalada.

Valmont solo habla en mi presencia de tan horri- ble catástrofe, y no se bien que consecuencia pre- tende sacar de ella con relacion á mí. ¿Será pre- ciso que me asemeje á mugeres poco virtuosas, que perdieron de vista la preciosa luz de la fe para meterse en las sombras y espesas tinieblas de la religion? Sea lo que fuere, sus menores conversa- ciones conmigo cubren siempre algun reproche, ó por lo ménos contienen secretas lecciones. Su alma está dispuesta para todas las impresiones des- favorables que se les quieran causar. ¿No tengo razon de estremecerme, padre mio?

Siempre recurro á vos para endulzar mis pesa- res, y para consolarme como madre de lo que su- fró como esposa. Seguramente os acordais de la promesa que me habeis hecho de darme todavia algunos consejos acerca de la educacion de mis hi- jos en cuanto á la religion [a]. Conozco mas que nunca la necesidad de ella: este es el momento de cumplirme la palabra no solo por los frutos que al- gun dia saquen ellos de esto, sino para divertir mis penas con los objetos mas interesantes en la espe- cie de abatimiento en que me hallo.

CARTA CUADRAGESIMA SE- GUNDA.

EL MARQUEZ Á EMILIA.

Tus temores, amada hija mia, me los inspiran á mí

[a] Véase el fin de la Carta décima.

mui vivos. No hables siempre dejándote abatir y desalentar, tú á quien he visto siempre tan llena de confianza en el Señor, y tan resignada. Tú lo sabes, Emilia mia, nunca desampara al justo que espera en él; hace servir los mayores males al verdadero bien de los que lo aman; y de las humillaciones, de las penas que les envia, nacen á su tiempo el mérito y la felicidad. El te ama, hija mia, puesto que te prueba, y puesto que por las cruces, siguiendo las huellas de su divino hijo, nos lleva con mas seguridad á participar con él de su reino y de su gloria. Ademas de esto, no permitirá que seas tentada sobre tus fuerzas; puedes descansar en él por quanto al éxito del combate, como á los frutos de la victoria. Pasemos, mi querida Emilia, á la promesa que te hice, y que tú me recuerdas. Respeto mucho tus miras y tus motivos para vacilar un solo momento en cumplirla. Se trata de formar algun día á tus hijos en la religion, al mismo tiempo que trabajés en hacerlos racionales: y aun otra vez habia comensado á darte sobre esto algunos consejos.

„La religion! diran tambien sobre esto nuestros pretendidos sábios; pero si es la vuestra, si es la religion del cristiano, ¿qué campo concede á la razon? ¿Qué campo? el que puede darle una autoridad racional y necesaria. No eres tú, Emilia mia, con quien yo debia discutir la naturaleza y la fuerza de esta autoridad; es con Valmont, puesto que el osaba desconocerla. En quanto á tí, hija mia, cuando los mal creyentes de nuestros dias quieran ridiculizar tus instrucciones y tu método, te bastará responderles: „maestros del género humano! respeto vuestros raros conocimientos; pero antes de querer ayudarme á educar á mi hijo, ponéos de acuerdo siquiera sobre las grandes verdades que habeis venido á enseñar á los hombres.” Presentadles alguna cosa precisa: porque el estado de incertidumbre sobre lo que mas les importa saber, no es el estado de la naturaleza; en todos los pueblos ella lo repele con horror. Edificad siquiera

„una vez, y no os limiteis siempre á destruir; pero edificad de manera que sepa yo á que atenerme. Si vosotros no podeis ponerlos de acuerdo entre sí; si lo que el uno desecha el otro adopta, ponéos de acuerdo al ménos con vosotros mismos, y no me hagais, ni tampoco á mi hijo, el desdichado juguete de vuestras perdurables variaciones y de vuestras contradicciones asombrosas; no me espongaís á no creer nada por haberos creído mui ligeramente. Si hay algunas verdades que conservais todavía, yo sé de donde las habeis tomado; sin recurrir á vosotros, me basta remontarme á su fuente; allí las hallaré con toda su pureza, y no recelaré que se hayan corrompido ó envenenado al recorrer los dilatados círculos que las haceis pasar. Si teneis tambien misterios que ofrecirme (¿y cuán extraños misterios encierran vuestras interpretaciones de la naturaleza!), prefiero á los vuestros, aquellos de los que puedo decir, con que fundamento los creo. El mundo entero no está formado para acomodarse á vuestros admirables sistemas que no puede comprender; pero está formado para recibir una tradicion pura, apoyada en hechos brillantes que no permiten confundirla con la voz de la impostura.”

Consultemos pues, hija mia, esta tradicion luminosa, puesto que hay una que nos ha trasmitido el depósito precioso de grandes é importantes verdades de un modo mui fácil y mui mas seguro, que si lo hiciera el raciocinio. Ah! ¿es tan racional esta misma tradicion! necesito de una autoridad: no tomaré por guía la de nuestros sábios, acabamos de decir los motivos de esto; pero será la del cristianismo. Es menester acabar de manifestar á Dios á los hombres por la religion revelada, puesto que hasta aquí no ha sido bien conocido sino por ella, y que de todas las religiones que han pretendido instruirnos, solo la que profeso me ministra luces, un culto y virtudes dignas de él. Segun este pequeño número de reflexiones, instruirás desde luego á tu hijo, como el primer hombre, al salir de las manos de su criador debió instruir al

suyo, ó como los hijos de este instruyeron á sus hijos. ¿Qué se les debió decir? Sin detenernos mucho á filosofar con ellos (y el mundo no hubiera sido tan puro en aquella bella edad, si ya hubiese habido filósofos [a]), les decían sin duda: „Hijos míos, este bello universo no siempre ha existido, y vosotros estáis rodeados por todas partes de las pruebas brillantes de su novedad [b].”

„No siempre ha habido en él hombres; el género humano ha comensado por nuestro padre, y el mundo ha sido creado casi á nuestra vista.” Después les contaban en términos sencillos y verdaderos la historia magnífica de la creacion; y no catában seguramente, que de sus descendientes vendrian algun dia sábios que desmentirian á sus abuelos, para honrarse con la formacion de mundo por el concurso fortuito de los átomos.

„Hijos míos, volvían á decir, el mundo ha sido mas perfecto de lo que veis, el orden se manifiesta por sí mismo en él; y si le advertís hoy de sórdenes aparantes, si el hombre no goza aquí de una felicidad mas pura, no es defecto de su autor. Al mismo tiempo les declaraban el primer precepto impuesto al hombre para probar su obediencia. Creado libre, el hombre podia obedecer; lo debía y no lo hizo. Para castigarlo, la naturaleza ha cambiado para él, ha cambiado para nosotros. Guardémonos de acusar de injusticia al Ser Supremo de quien recibimos la existencia y todos los

[a] Este rasgo de jocosidad por parte del Marquez no debe infundir sospecha de su respeto hácia la sana filosofía. Por qué será que los hombres ponen el nombre en vez de las cosas, y que han envilecido con el abuso lo que hay mas respetable?

[b] Los anales del mundo nos ofrecen estas pruebas; y segun nuestros descubrimientos en todo género, se pudiera decir sin mucha temeridad, á fe mia, que el mundo está todavía en su infancia. [Vease á ras lo que se ha dicho á este propósito, notas que comienzan á la pag. 161 de este tomo].

„bienes que gozamos. El no nos debía dones mas grandes que los que nos ha hecho; y los bienes de que estamos privados, no deben hacernos desagracedidos de los que nos quedan. Por el contrario, admirémos su demasiada bondad; el sabrá sacar bien del mismo mal. No nos ha desubierto todos sus secretos; pero nos ha dicho lo bastante para inducirnos á esperar un reparador que le tributará mas gloria que cuanto pueden quitarle la falta de nuestro padre y la de todos los hombres, y que dará á los mismos hombres, si se aplican á merecerla, una felicidad mayor que la que han perdido. Tal es la gran promesa; la renovará muchas veces á nuestra posteridad. ¡Ojalá se trasmita de edad en edad, siempre igualmente pura, y siempre mas clara á proporcion que se acerque su cumplimiento! ¡Ojalá de antemano nos apropiemos de ella! ¡Y ojalá los que la vean cumplir la aprovechen como nosotros!”

Imita este lenguaje, hija mia, el libro mas antiguo que tenemos es el de el legislador de los Hebreos, son las divinas Escrituras: creo haber probado á tu marido la autenticidad de ellas, mejor de lo que pudiera probarle la de los títulos que acreditan nuestra antigua nobleza; mejor de lo que él mismo probaria la de los libros que mira como mas auténticos. La tradicion mas sostenida, mas constante, y puede decirse mas extensa, concurre á confirmar los hechos que estos santos libros contienen. La cadena de esta tradicion es no solo la mas bella que el ojo sábio y crítico puede observar; sino que los hechos mismos, aunque trasmitidos en tiempos diferentes y por diversos autores, tienen un encañamiento maravilloso que no se puede admirar demasiado. Esta es donde quiera la historia de Dios, de sus atributos, de su providencia, de sus promesas; es en general la historia de las grandes acciones, de las grandes virtudes, y la de la mas santa religion.

Toma cuando ménos, amada Emilia, el compendio de nuestros libros sagrados, refiere á tu hijo los

principales pasajes; en estas narraciones, tan interesantes como instructivas, sigue con él el hilo de los principales acontecimientos; con el atractivo de tus relaciones eleva su espíritu á las verdades mas sublimes; y trabajando en instruirle de un modo sólido en la religion, le infundirás ya el entusiasmo sagrado de las mas altas virtudes. A medida que sus conocimientos se ensanchen, que su razon se fortifique, hasle observar principalmente con ojo firme y seguro, la relacion admirable de ambos testamentos, y la perfecta unidad del plan de la religion [a].

En medio de estos grandes objetos, con los que ya se puede familiarizar una edad todavía tierna, hay nociones mas delicadas, mas difíciles de comprender; tales son los misterios. No te asustes por esto hija mia. Baja tus miradas con respeto, evalas despues con seguridad; contempla lo que te es permitido concebir, y á tu hijo muestra lo que puede ver por sí. Que tenga de la palabra *misterio* una idea clara y precisa como de una ver-

[a] Conoseo un hombre fuera de otros, dice el Abate Fleury, que es medianamente instruido en su religion sin haber aprendido nunca de propósito los catecismos ordinarios, sin haber tenido en la infancia mas maestro que su padre. Desde la edad de tres años este buen hombre lo tomaba en sus faldas en la tarde despues de haberse retirado, le contaba familiarmente unas veces el sacrificio de Abraham, otras la historia de José, ó alguna otra semejante; le hacia ver al mismo tiempo en un libro figuras, y era una diversion en la familia repetir estas historias. A los seis ó siete años cuando este niño comenzó á saber un poco de latin, su padre le hacia leer el Evangelio y los libros mas fáciles del antiguo testamento, teniendo cuidado de explicarle sus dificultades. Toda su vida le quedó un gran respeto y una grande adhesion á la Escritura Santa y á todo lo concerniente á la religion. [Catecismo histórico, Discurso preliminar.]

Este catecismo de Fleury es uno de los mas propios para la instruccion de que aqui se trata.

dad que solo se descubre en parte, y atrae nuestra creencia sobre lo que hay mas oculto en fuerza de su enlace con las cosas mas conocidas que nos garantizan su certidumbre. Independientemente de la religion, la naturaleza sola no cesa de ofrecérsenos, y nos obliga á creer lo que tienen de obscuro, por lo que nos manifiesta de cierto. Por quanto al mismo misterio, hasle sensible lo que puede serlo en cierto modo. Su naturaleza, segun acabamos de decir, es no ser comprendido enteramente, pero dejándose ver sin embargo á una luz en que se le especifique y distinga suficientemente. Hablándole del reparador, del Mesias, te verás llevada al misterio de la adorable Trinidad. Un solo Dios en tres personas, una naturaleza divina mas fecunda todavía en lo interior que en lo exterior; ¡qué admirable verdad! Has observar desde luego á tu hijo que este misterio no contiene nada que se contradiga. Dia vendrá en que le manifestaré, como lo he manifestado á Valmont [a], que hasta hoy los hombres mas ilustrados no lo han juzgado contradictorio; que lo han creido; que lo han adorado; y que no han podido, ni buscándola, hallarle contradiccion.

Hay en las palabras alguna obscuridad, es cierto; pero proviene de la naturaleza de la cosa: no está fuera de la regla de admitir solo ideas claras en el orden natural, porque esto es un objeto superior á la razon, sin serle opuesto; y donde nos falta la nocion precisa de uno de los términos, fundados como lo estamos en la autoridad del mismo Dios, la creencia del objeto, suficientemente distinto bajo ciertos aspectos, mas confuso bajo de otros, no nos ha de faltar.

Escucha luego como habla sobre este misterio nuestro célebre Bossuet; así podrás tú con el tiempo hacer que te entienda tu hijo [b].

[a] Vease atras la carta 31.

[b] Vease el *Discurso sobre la historia universal*, por Bossuet, part. 2.^a. Esta excelente obra será siem-

„Dios, contemplándose á sí mismo, engendra eternamente á su Verbo, que es la expresion perfecta de su verdad, su imagen, su hijo único, el brillo mas puro de su luz, y la figura de su substancia [a]. Dios y su Verbo, contemplandose mutuamente, se unen por el amor, y producen el Espíritu Santo, la union eterna del uno y del otro.”

Mas como el hombre está formado á imagen de Dios, también en el hombre y considerando las riquezas que lleva en el fondo de su naturaleza, hallarás una especie de imagen de este adorable misterio, accesible á tu discípulo. Yo contemplo la verdad, me contemplo á mí mismo; siento nacer en mí el pensamiento, ese germen de mi espíritu, esa palabra interior, ese verbo que es hijo de mi inteligencia, la luz mas pura de mi alma, y la imagen de su substancia. La fecundidad de mi espíritu no se reduce á este verbo que hace nacer en mí. Yo amo esta palabra interior y el espíritu de que procede; amándolos, siento en mí algo que no me es ménos precioso que mi espíritu y mi pensamiento, quiero decir, aquel amor que es fruto de uno y otro, que los une, que se une á ellos y no forma con ellos mas que una misma vida. Estas tres cosas, la inteligencia que me pertenece, el pensamiento que tengo de ella, y el amor que esta contemplacion produce, se suponen y se corresponden mutuamente, tienen entre sí una naturaleza comun, y no forman entre las tres mas que una sola substancia. De este modo, respectivamente á la relacion que puede haber entre Dios y el hombre, y de un modo mui mas excelente y mas elevado, subsiste la Trinidad que adoramos.

Empero nosotros mismos, que somos la imagen de la Trinidad, somos también bajo de otro aspecto la imagen de la Encarnacion, de este otro mis-

pre uno de los mas bellos monumentos de la religion, como es, por confesion de Voltaire, una de las obras mas clásicas de elocuencia.

[a] San Pabl., epist. á los Hebr., cap. 1. v. 3.

terio que debes enseñar á tu hijo, misterio igualmente profundo, pero que no se debe negar porque no se pueda comprender. ¡Y qué! ¡nuestros espíritus fuertes pondrán tantas dificultades cuando se trata de creer sobre nuestros dogmas una autoridad que deberian enseñarse á conocer, para respetarla mejor; y tendrán tan pocas cuando se trata de proponernos como verdades sus invenciones y sistemas! ¡Qué! ¡filósofos poco sábios é incomprensibles á sí mismos, harán á veces de su Dios el alma del universo, y querrán que la naturaleza sea el cuerpo de él; harán de todos los seres una sola substancia, mesclarán todo, confundirán todo, cambiarán las nociones mas comunes, oscurecerán todas las ideas; les será imposible creer, so pretexto de que no lo conciben, que la naturaleza divina por un amor infinito se haya dignado unirse á la naturaleza humana, sin alterar, sin confundir estas dos naturalezas, sin quitar á la primera ninguno de sus atributos, y sin sujetar la primera á ninguna de las imperfecciones de la segunda! Por lo que á nosotros toca, hija mia, ménos encalabrados con las quimeras de una orgullosa filosofia, y mas dóciles á la voz del Señor, volvamos á entrar dentro de nosotros mismos, y admiremos allí aquella union inconcebible, pero tan sensible para nosotros, de dos naturalezas opuestas, el espíritu y la materia, el alma y el cuerpo. ¡Qué admirable prodigio las reúne en un mismo ser y hace de ellas una misma persona! ¡Qué vínculo inconcebible los une? El espinosista tronchará el nudo que no puede desatar; pero que el sábio verdadero, que no podrá confundir dos substancias tan diferentes en naturaleza y propiedades, descubra á nuestros ojos el misterio, y le harémos sensible el de la Encarnacion. Admirémos, si es menester elevarnos todavía mas alto, esa idea tan positiva de lo infinito, recibida en un espíritu finito y limitado; y en esto, hija mia, la comparacion es tanto mas exacta, cuanto que esta idea admirable no contrae nada de las imperfecciones y de los defectos del espíritu que la recibe, y lo excede infinitamente.

A tí corresponde proporcionar el desarrollo de lo que te digo sobre los misterios relativamente á la instruccion de tus hijos, segun el alcance de su entendimiento y sus progresos, portándote siempre de modo que las ideas claras acompañen y sostengan lo que, por la naturaleza del misterio, debe quedar necesariamente obscuro. Pero sobre todo, dedícate á enseñarlos á sacar consecuencias practicas de estas grandes nociones, que no se dieron á los hombres para servirles tan solo de dogmas puramente especulativos: porque tal es el gran defecto de la enseñanza de las verdades de la fe, y lo que hace de la mayor parte de los cristianos, hombres que tienen una ciencia separada para la religion, y otra para las costumbres. Infunde pues á tu hijo todo el respeto hácia el Ser Supremo, que la profundidad de los misterios ocultos en la naturaleza divina debe inspirarle: todo el amor que debe existir en él la caridad inmensa de un Dios autor de la gracia y de la naturaleza, fuente de todo don, y que se dió á sí mismo; toda la obediencia y la fidelidad que deben inspirarle los atributos de la divinidad, su poder, su bondad, su sabiduría; todos los frutos que debe sacar de los grandes ejemplos del Hombre Dios; toda la caridad á los hombres que debe llevar al fondo de su corazon, la memoria de un Dios hecho hombre por su bien, y que no conoció excepcion ni limites en su amor.

Hasle amables tus instrucciones: quítales el tedio que las haria parecer insípidas, y el disgusto que las hiciera infructuosas. Exita en tu discípulo el deseo de escucharlas, picando su curiosidad con una prudente reserva, haciéndoselas considerar menos como una leccion que como una recompensa, y si es posible, no dejándole percibir la intencion que tendrás de instruirle. Mas bien difíérelas que dárselas en mala ocasion, es decir, como sonidos vanos, que no siendo comprendidos, dificilmente se repiten, y entran al espíritu solo por la violencia. Imprimelas con tus caricias; estas no son peligrosas mas que cuando parecen actos de flaqueza y de

dependencia en una madre, pero no cuando se parecen á la ternura y al amor. Acuérdate de las que la reina Blanca prodigaba á su hijo, cuando teniéndole en las faldas le decia: *hijo mio, Dios sabe cuanto te amo; pero mas quisiera verte morir, que verte cometer un solo pecado mortal.* Asi es como ella le hacia amar sus lecciones; asi es como se hizo amable á sus ojos y respetable para siempre; y asi es tambien, como haciendo de él un gran santo, lo formó tambien un gran rey. Emplea pues, á su ejemplo, aquel inocente artificio de una madre tierna que unta de miel los bordes del baso que presenta á su hijo, y con este atractivo le hace beber el saludable liquido que contiene [a].

[a] Tal es el ingenioso pensamiento del Taso en estos versos de la *Jerusalén libertada*: „Asi como al niño enfermo untamos los bordes del baso con dulce licor; y engañado bebe amargos jugos, y recibe la vida de su engaño. (Cant. 1.º)

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
AL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

INDICE

DE LAS

CARTAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

CARTA XXV. Emilia al Marquez. *Conversacion de la Condesa con la Señorita de Senneville, en la que se descubre totalmente á su amiga. Escena tierna entre ambas y el Conde de Valmont. Nuevas disposiciones que este manifiesta. Temor de Emilia respecto de Lauzane. Pide consejo á su suegro sobre la materia de los espectáculos...* pág. 3.

CARTA XXVI. El Conde de Valmont á su padre *Aquel ha cedido á las luces que el Marquez le ha dado, y admite todo lo concerniente á la religion natural; pero limitándose á tomarla por regla, mira todo lo demas como instituciones arbitrarias, enseñanzas humanas, y pretende que la razon sola le basta...* 11. (R)

CARTA XXVII. Respuesta del Marquez á su hijo. *Dos excesos igualmente peligrosos en cuanto á la razon humana; deprimirla demasiado y contar mucho con ella. Como debe servir de fundamento necesario á la autoridad; pero cuan insuficiente es por otra parte sin aquella. Necesidad esencial de la revelacion...* 14.

Notas.....	26.
CARTA XXVIII. Continuacion de la precedente. Respuesta á las objeciones del naturalista contra la insuficiencia de la ley natural y la necesidad de una revelacion. Yugo del naturalista tan estrecho y mas difícil de llevar que el del cristiano; perplejidad y embarazo en que se debe hallar en la sociedad. Cuan irracional es la especie de tolerancia que demanda el incrédulo..	30.
Notas.....	44.
Nota 4. Sobre el adulterio.....	46.
Nota 5. Sobre todo compromiso ilícito.	47.
Nota 6. y 7. Sobre la tolerancia..	49. y 50.
CARTA XXIX. Del mismo á Emilia. Sobre los sentimientos de la Señorita de Senneville hácia la Condesa, y sobre la escena que pasó con Valmont. Pasion mal disimulada de este; único remedio que se le debe aplicar. Disposiciones que el Marquez deja entrever á su hija para en adelante. Dictámen minucioso sobre los espectáculos considerados primero en quanto á la religion, y apreciados despues en el tribunal de la razon.....	51.
Notas.....	72.
Nota 3. Sobre los locales de prostitucion.	73.
Nota 6. Sobre el juego.....	74.
Nota 7. Sobre los bailes.....	id.
CARTA XXX. El Conde de Valmont á su padre. Nuevas perplejidades en que	

le ponen las luces y los consejos que su padre le ha dado. Le confiesa que la Señorita de Senneville es el objeto de su amor, Obstáculos que halla para su separacion en las circunstancias mismas, y en su pasion á ella. Es tentado de sumergirse en sus primeras dudas; pero todo en él reclama en pró de la verdad. Ya trastornado sobre la insuficiencia de la ley natural, opone no obstante las mayores dificultades contra el cristianismo.....

85.

CARTA XXXI. El Marquez á su hijo. Despierta su valor, y lo sostiene en medio de los combates que sufre. Refuta sus pretextos para obligarle á vencerse, y á separar, luego que se presente la ocasion, á la Señorita de Senneville. Confiesa que el socorro de la razon es mui débil contra las pasiones, y le ofrece el de la religion; para prepararle á hacer uso de él, trabaja en disipar las preocupaciones que se ha formado contra ella. Le hace ver, que si tiene su lado obscuro, como la naturaleza de las cosas lo exigia, tambien trae consigo sus pruebas y su luz, y que solamente teme no ser bastante profundizada ni bastante conocida. Responde á las contradicciones que Valmont pretende hallar en los misterios y á las autoridades que le opone.....

88.

Notas.....

106.

CARTA XXXII. La Condesa de Valmont al Marquez. Llegada de Mr. de Veymur, y de Mr. d'Orval. Peticion que hace de la Señorita de Senneville para el caballero. Embarazo del Conde, venido lo mismo que su esposa por los

TOM. II.

35

procederes de Mr. d'Orval. Sepáranse uno y otro de la Señorita de Senneville, que se va á juntar al Marquex de Valmont. El Conde recobra sus primeros afectos á Emilia. El carácter de celo que las acompaña, secretos presentimientos, la juventud de Valmont y la impetuosidad de sus pasiones, la conducta de Lausane, todo deja todavía motivos de temor á la Condesa, enmedio del gozo que experimenta. Pide á su padre político consejos y una carta sobre el lujo, que pudiese manifestar á Valmont.....

120.

CARTA XXXIII. El Conde de Valmont á su padre. Impresion que hace en él la familia de Mr. de Veymur y la presencia de Mr. d'Orval. Como se hallaba preparado al sacrificio que ha hecho de la persona de la Señorita de Senneville. Su conversion hácia Emilia, y sus disposiciones respecto al estudio de la religion.....

127.

CARTA XXXIV. El Marquez al Conde y á la Condesa de Valmont. Su alegría por la llegada de la Señorita de Senneville. Esta se casa con el caballero de Veymur. Consejos de Mr. d'Orval, propios para formar la felicidad de dos esposos.....

128.

Notas.....

136.

CARTA XXXV. Del mismo á su hijo. Corresponde al empeño que el Conde manifiesta por estudiar las pruebas de la religion. Comienza por fijar los principales caracteres de una revelacion divina, para aplicarlos despues al exámen de la religion cristiana, y á demostrar su divinidad. Cua-

tro caracteres principales, que no se hallan en ninguna de las otras religiones. Primer caracter, la antigüedad. La religion revelada, en vez de ser echada como por acaso enmedio de los hombres y en el trascurso de los siglos, en vez de formar como una obra aparte, debe estar ligada en cierto modo á los primeros dias del mundo, comenzar con las obras de Dios y entrar en el plan de la creacion. Aplicacion de este principio al cristianismo. El cristiano nos remite por los títulos de su origen al pueblo judío. Antigüedad de los libros de Moyses y su integridad. Tres principales artículos de su historia; la creacion del mundo y del primer hombre, la caída del hombre y el diluvio, probados una vez, garantizan, suponen y prueban los otros hechos que nos refiere. Multitud innumerable de relaciones que concurren en su favor y hablan por él.....

137.

Notas.....

161.

CARTA XXXVI. El Marquez á Emilia. Respuesta á la peticion que le hace relativamente al lujo. Que cosa es lujo propiamente dicho. Si es un bien respecto al particular; si lo es respecto al estado, y á la sociedad de que es miembro. Lo que los partidarios del lujo alegan en su favor. Lenguaje que emplea sobre este asunto el Evangelio y el sentimiento. Uso dulce y legitimo de las riquezas.....

202.

Notas.....

215.

CARTA XXXVII. Emilia al Marquez. Conformidad de sus principios con los

que su padre ha establecido en su pos-
trera carta en asunto de lujo. Son
los que toma sobre esto Valmont. Nue-
vas pruebas de su celo para con su es-
posa. Conversacion que tuvo con ella
sobre esto..... 224.

CARTA XXXVIII. El Conde de Valmont
á su padre. Está sorprendido de los
caracteres de verdad que el Marquez
dió á la verdadera religion, y del de-
sarrollo que hace del primero en fa-
vor del cristianismo. Lamentase de no
hallar el carácter de universalidad en
cuanto á los lugares, como debe ha-
llarse el de la perpetuidad en cuanto
á los tiempos. Confiesa á su padre sus
temores respecto á Emilia..... 227.

CARTA XXXIX. El Marquez á su hijo.
Responde á sus temores y le mani-
fiesta la injusticia de ellos. Continúa
el exámen de los caracteres de la ver-
dadera religion. Refuta la objecion
sacada de la universalidad; despues de
lo cual prueba la unidad de la reli-
gion cristiana, el concierto de todas
sus partes, y su relacion á un centro
comun. Muestra cual es en la religion
revelada el objeto esencial de las pro-
mesas, de las profecias, de la especta-
tiva de todo Isrrael, de las miras de
la Providencia en el gobierno de todas
las naciones, de la grande esperanza
de todo el pueblo cristiano. Fuerza
invencible de este caracter de unidad,
que reduce todo á una exposicion sen-
cilla, exenta de toda discusion espino-
sa, de toda objecion futil, de toda vana
dificultad..... 230.

Notas..... 246.

CARTA XL. La jóven madama de Veymur
(en otro tiempo Señorita de Senneville), á
la Condesa de Valmont. Habla con
Emilia de su marido; le habla de los
extravios á que se abandonó en su ju-
ventud, y de su arrepentimiento. Se
felicita por hallarse á cubierto de las
redes puestas por donde quiera á las
personas de su sexo. Compadese poco
á las que buscan los peligros; pero com-
padece vivamente á las que son el ju-
guete del sentimiento y de su mismo
candor. Manifiesta, segun las confi-
dencias que le ha hecho su marido, los
artificios de que la pasion y aún mas
el libertinaje, se sirven para seducir:
enseña, siempre segun Mr. de Veymur
las precauciones que es menester tomar
para librarse de la seduccion..... 252.

CARTA XLI. Emilia al Marquez. Da
parte á su padre de una desgraciada
aventura, que aconteció á una muger
de la corte y á un amigo de Lausa-
ne. Este acontecimiento, redoblando los
celos y los temores de Valmont, aumen-
ta sus propias alarmas. Para diver-
tir sus inquietudes y sus penas, im-
petra de su padre político, le cumpla
la promesa que antes le hizo, de darle
aun algunos consejos tocantes á la edu-
cacion de sus hijos en cuanto á la re-
ligion..... 257.

CARTA XLII. El Marquez á Emilia. So-
ciega sus alarmas, y se aplica á sos-
tenerla y consolarla. Llena su compro-
miso con nuevos consejos sobre la ins-
truccion de sus hijos en la religion.. 259

FIN.

EL CONDE DE VALMONT,

6

LOS EXTRAVÍOS DE LA RAZON.

Obra escrita en frances por el Abate Gerard,

Y

traducida al español de la XVIIª edicion francesa,

POR

El Sr. Miguel Martinez.

TOMO III.

MORELIA.

IMPRENTA DE IGNACIO ARANGO,
Calle del Veterano, núm. 6.

1848.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



TOMO III
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

IMPRESA DE IGNACIO ARANGO
Calle del Telégrafo, número 3

1878

EL CONDE DE VALMONT

EL CONDE DE VALMONT,

6

LOS EXTRAVÍOS DE LA RAZON.

TOMO TERCERO.

CARTA CUADRAGESIMA TERCERA.

EL CONDE DE VALMONT A SU PADRE.

No, padre mio, ya no me habéis de religion, de verdad, de virtud; ya no quiero escuchar nada. Mi corazon traspasado de dolor y de opróbio, se resiste á todas vuestras lecciones; y en el estado en que estoy me es inútil todo socorro. Ya no hay nada seguro, nada verdadero.... Emilia me ha engañado. ¡Emilia! ¡que vergüenza! ¡qué olvido de sí misma! ¡O negrura! ¡O tracion! ¡O colmo de horror....! Si, Lausane.... El pérfido Lausane triunfa donde quiera de su conquista; y si Emilia con su conducta, con su virtud siempre lo hu-

TOM III.

1

biera forzado á respetarla, triunfaria? ¡Ah! pues que me arrebatara mi esposa, el honor.... que me arranque tambien la vida ó se disponga para darme la suya.

En cuanto á Emilia.... Pero ¡ah! yo quisiera con todo y las noticias que se me han dado poder dudar todavía. Yo quisiera, sin embargo de la evidencia, poder conservar de ella la misma idea que vos. ¡Ay de mí! cuando os manifesté mis sospechas, no me habeis escuchado; demasiado prevenido á su favor, me habeis condenado sin consideracion: cuando leía vuestra carta, me hallaba envilecido á mis propios ojos. Sin embargo, se verifican mis sospechas.... ¡Se verifican!.... Acaso me engaño todavía. Fácilmente se cree, me diréis, lo que vivamente se teme: y en efecto, ¿dónde están en efecto aquellas pruebas tan plenas, aquellos fundamentos justos de la acusacion mas odiosa, mas injusta, si Emilia es todavía lo que nos ha parecido, el alma mas bella y mas virtuosa? ¿Qué, unas simples delaciones podrán despedazar la mas pura virtud!.... ¡Oh padre mio! me parece que os oigo hablar así, y con todas estas reflexiones quiero alternativamente halagarme y atormentarme. Hay momentos en que recordando todas las circunstancias, todas las pruebas, lo creo todo: y entónces todas las pasiones me devoran; solo respiro aborrecimiento, venganza, furor; la rabia, el infierno está en mi corazon. Hay otros en que mas tranquilo (y lo estoy al hablar con vos), me acuso de suma precipitacion y arrebato; me condeno; me avergüenzo de los arranques que me agitan, de las pasiones que me ciegan, del delirio en que estoy; suspendo toda resolucion, y temo tanto dar á conocer sospechas mal fundadas, como recelo ser demasiado fácil en desecharlas. De suerte, que siempre agitado por sentimientos contrarios, no sé á qué atenerme.... ¡Ah! ¡Ojalá fuese yo bastante virtuoso para esperar luces mas seguras todavía! pero tambien, si llego á convencerme.... si Lausane, si Emilia, son culpables, ¡oh! en su sangre.... ¡Padre mio! compadeceos del triste estado de vuestro

desgraciado hijo. No insulteis su dolor: derramad en llagas mui vivas para un corazon sensible, aquel saludable bálsamo que vuestras cartas han derramado en él hasta aquí. Aguardo que tendré bastante fuerza para contener mis temores y mis ímpetus hasta vuestra respuesta. No dejéis de darme consejos que me son mas que nunca necesarios, por mas que haya dicho en la embriaguéz de mi pasion y en el extravio de mi espíritu; y habladme siempre de aquella religion, cuyos caracteres efectivamente son tan sorprendentes; el último entre todos me llenó de admiracion, y á pesar mio empieso á admirarlos vivamente, aunque estoy aún poco dispuesto á seguirla.

CARTA CUADRAGESIMA CUARTA.

EL MARQUEZ Á SU HIJO.

¡Hijo mio, hijo mio! ¿estuviera yo cerca de tí! ¿cuán doloroso y penoso hace mi destierro tu situacion presente! ¡Querido Valmont! ¡yo quisiera de buena gana poder calmar tus temores, y no puedo suspender los míos! Tu carta me hace temblar. No temo una falta de reserva y de virtud en Emilia; temo á tí, temo tu vivacidad, temo las disposiciones con que te veo. Querido amigo, da crédito á un padre instruido por un uso largo del mundo, y no arrebatado ahora por ninguna pasion; da crédito á un amigo como yo, y que sin riesgo de ser engañado, se constituye garante de la virtud de tu esposa. Hay mugeres virtuosas, Valmont, por mas que digan el libertinaje y la frivolidad; y la tuya es por cierto de este número. Siempre la he seguido en sus pasos desde su mas tierna infancia, en sus cartas desde que estoy léjos de vosotros: la hipocresia no tiene ese paso constante y uniforme, ni esa sencillez pura y noble que forman el caracter de Emilia; no es así como se disfrazaba la falsa virtud. ¡Ay! si supieras todas las alar-

mas que tu intimidad con el Baron le ha causado desde el tiempo de mi separacion; todas las prevencciones á la verdad mui fundadas que siempre ha tenido contra él; toda la violencia que se ha hecho para recibirlo y para obedecerte; todos los secretos presentimientos que me ha comunicado, y que justifican mui bien cuanta circunspeccion ponía en sus discursos y en su conducta, ¡ay amigo mio! la respetarias tanto como la quieres. A nombre de su ternura y de su amor á ti, á nombre de todo el mio, modera los ímpetus de una pasión demasiado ardiente, y que ya no ve ni oye, sino lo que sirve para multiplicar y abultar los fantasmas que se forma. No abrumes á una esposa delicada y sensible con la idea desoladora de tus inquietudes y sospechas, atiende á su estado y á los momentos críticos á que se aproxima. Sobre todo, toma tiempo para instruirte mejor; no te fies de espías envidiosos y mercenarios, que se detienen poco en las consecuencias, con tal que te pierdan ó te hagan pagar á buen precio sus pretendidos servicios y su negra traicion.

Lausane puede ser culpable de ligereza, de presuncion, hasta de farfantonada, pues que tal es su caracter; pero no hasta el punto que lo crees; y por mas culpable que fuera, ¿tienes tú derecho de castigarlo? ¿á tí pertenece la venganza? ¿Es necesario repetirte, en la embriaguez de los trasportes que te agitan, lo que tenia en otro tiempo ménos dificultad en hacerte oír á sangre fria? La vida de otro hombre no te pertenece mas que la tuya; tu no se la diste como no te la has dado á tí mismo; seria menester sofocar la voz de la humanidad y el clamor de la naturaleza, desconocer todos los derechos del Ser Supremo, y comenzar desafiando su justicia y su poder, trastornando todas las leyes, rompiendo todos los lazos de la sociedad que nos reúne y nos protege, pisoteando toda autoridad, destruyendo toda especie de subordinacion, y apropiándose títulos que solo pertenecen á la potestad pública, para osar constituirse

arbitro y vengador de una ofensa particular. Pretender ademas labar la afrenta de ella en la sangre del que nos la hizo, ¡qué horrible preocupacion! ¡qué fantasma de honor al que se sacrifican todos los bienes y el honor verdadero, mas como un furioso que como verdadero valiente! ¡O amigo mio! el honor verdadero consiste en ser uno á sus propios ojos irreprensible y constantemente virtuoso; ¿y puede uno tener alguna virtud real, sin la sumision á las leyes de Dios y de su país? Se valiente, querido Valmont, pero en favor de tu patria, como me lisonjeo de haberlo sido yo; y no desprecies los consejos que tengo derecho de darte por haberlo adquirido en cuarenta años de un valor suficientemente probado. Con todo esto, queriendo vengarte con propósito indiscreto, que acaso no has tenido, ¡sí pereces hijo mio!... Me estremesco. ¡En qué estado te irás á presentar á tu Criador, á tu juez, y á entregarle una vida que te mandaba conservar puesto que no te la pedia! ¡Qué catástrofe para Emilia, para el fruto de tus entrañas, para tu padre! Si es tu semejante quien perece por tu mano, manchado todo con su sangre, homicida cruel, ¡qué remordimiento te preparas! ¡qué imágen sangrienta te va á perseguir por todas partes! ¡qué nueva fuente de amargura para tu esposa, para tus hijos y para mí! ¡qué destruccion de toda esperanza! Sucumbiendo bajo el crédito de una familia poderosa y favorecida, despojado, desterrado, herido quizas, ¡qué vergüenza real por salvar una vergüenza imaginaria ¡qué perdida de todos los bienes por un honor, por un bien que no se piensa quitarte, ó que deja de ser un bien digno de sacrificios tan grandes, si solo se funda en la opinion [1]! Si se tratara de sacrificar á la virtud, al estado, al bien comun, yo empleara otro lenguaje, y ya te hubiera ofrecido mi destierro por ejemplo y por leccion.

Hijo mio, pesa todas estas reflexiones, si estas en estado de hacerlas. Tranquilízame te ruego, remitiéndome cuanto antes el propio que te despa-

cho. Dentro de poco recibirás la carta que deseas y que ya he preparado, sobre la continuacion de los caracteres de la religion cristiana. No tengo fuerza de concluirla en este instante, y ademas no quiero que esta se dilate nada. Dices que á tu pesar empiezas á admirar la religion: no te expongas pues á arrepentirte algun dia de haberla violado tan indignamente. Quebrantando las leyes mas sagradas, ¿qué disposicion habria para recibirla! ¿ó, qué fuente de pesares fuera despues el haberla recibido! Adios amigo mio; voy á contar los dias, los momentos; y cuán prolongados y amargos han de ser para mí!

NOTA.

PÁG. 7.

[1] Solo se funda en la opinion. „Guardaos de confundir el nombre sagrado del honor con esa preocupacion ferroz que pone todas las virtudes en la punta de una espada, y solo es propia para formar criminales valentones. . . ¿Se vió una sola cita de desafio cuando la tierra estaba cubierta de heroes? ¿Los hombres mas villanos de la antigüedad pensaron jamás en vengar sus injurias personales por combates particulares? ¿Cesar desafió á Caton, ó Pompeyo á Cesar, por tantas afrentas recíprocas? ¿Y el mayor capitán de los griegos quedó deshonrado por haberse dejado amenazar con un palo. . . ? Si los pueblos mas ilustrados, los mas valientes, los mas virtuosos de la tierra no conocieron el duelo, digo que no es una institucion del hombre civilizado, si una moda barbara y afrentosa, digna de su origen feróz. Falta saber, si cuando se trata de la vida propia ó de la de otro, el hombre honrado se arregla por la moda, y si ya entonces no hay verdadero valor provocándola ó siguiéndola. . . Entrad en vosotros mismos, y considerad si os es permitido atacar con ánimo deliberado la vida de un hombre, y exponer la vuestra por satisfacer á un capricho bárbaro y peligroso, que no tiene ningun fundamento racional; y si la triste memoria de la sangre derramada en semejante ocasion, puede dejar de clamar venganza en el fondo del corazon de quien la derramó. ¿Conoceis algun crimen igual al homicidio voluntario? si la base de todas las virtudes es la humanidad, ¿qué pensaremos del

hombre sanguinario y depravado que se atreve á atacarla en la vida de su semejante? Acordaos que el ciudadano debe su vida á su patria, y no tiene derecho de disponer de ella sin permiso de las leyes, mucho ménos contra su prohibicion. ¡O amigo mio! si amais sinceramente á la virtud, aprended á servirla á su modo, y no al modo de los hombres. Quiero que de ello resulte algun inconveniente: ¿esta palabra virtud solo es por ventura para vos un vano nombre? y solo seréis virtuoso cuando nada os cueste serlo? Mas en la realidad, ¿cuales son estos inconvenientes? Las murmuraciones de las gentes ociosas, de los malvados, que procuran divertirse con las desgracias de otro; ved aquí á la verdad un gran motivo para matarse recíprocamente! ¿Qué desprecio es pues mas de temerse, el de los otros haciendo bien, ó el de si mismo haciendo mal! Creedme, quien verdaderamente se estima á sí mismo, es poco sensible al injusto desprecio de otro, y solo teme ser digno de él, porque lo bueno y lo honesto no penden del juicio de los hombres, sino de la naturaleza de las cosas, y aunque todo el mundo aprobase vuestra pretendida valentia, no por esto sería ménos vergonzosa. Es falso ademas que se haga uno despreciable absteniéndose de un duelo por virtud. El hombre recto, cuya vida total sea irreprehensible, y que jamás haya dado señal de cobardía, será mas honrado. Siempre pronto á servir á la patria, á proteger al débil, á cumplir los deberes mas peligrosos, y á defender en todo encuentro justo y honesto lo que le es amado al precio de su sangre, pone en sus pórtos aquella inalterable firmeza, que solo corresponde al verdadero valor. Fácilmente se advierte que ménos teme morir que hacer mal y que tiembla del crimen y no del peligro. Si las bajas preocupaciones se levantan contra él, todos los dias de su honrosa vida son otros tantos testigos que la recusan, y en una conducta tan bien seguida, se juzga de una accion por todas las demas. . . El honor de un hombre que piensa noblemente, no está en poder de otro; está en si mismo, y no en la opinion del pueblo; no se defiende ni con la espada ni con el escudo, sino con una vida íntegra é intachable, y este combate vale mas que el otro en punto á valor. En una palabra, el hombre valiente desdeña el duelo, y el hombre de bien lo aborrece.

Yo miro los duelos como el último grado de brutalidad á que el hombre puede llegar.”

Rousseau, que se expresa así, ciertamente tiene razon y lo prueba bien. Pero tratándose de modas y de preocupaciones, por vergonzoso que sea su origen, ¿raciocina el comun de los hombres? y en esto, como en tantos otros objetos, ¿no habria razon para exclamar: *¡O imitatores servum pecus!*

Si además de esto es insuficiente para muchas personas

el lenguaje de la razon, ved aqui una autoridad pue para ellas debe ser de algun peso; la del Conde de *La Noue*, por sobre nombre *Brazo de fierro*, de quien Enrique IV hizo un elogio tan bello diciendo, *que era un grande hombre de guerra, y todavia mas un grande hombre de bien.* „La causa del furor de los duelos, dice este heroe tan dignamente alabado por tan gran rey, consiste en nuestros errores y locuras, y es un honor falso. Si la nobleza prosigue andando así, extraviada tanto en palabras como en acciones, siempre irá profanando la virtud y las armas, consumiéndose. Fuera bueno que el rey, los príncipes, los señores, censurasen en publico á los que hayan ensangrentado así sus armas, y mostrasen aborrecerlos como gentes que no tienen otro placer que exaltarse con la muerte de otro. . . . En las guerras es donde debe uno mostrar su valor, y arresgar libremente su vida. Las gentes honradas deben servir generalmente á su patria, y los que exponen diariamente su vida por ella, no deben en su servicio escasear los bienes de fortuna. En quanto á mí, mientras tenga una gota de sangre y una fanega de tierra, la emplearé en la defensa del estado en que Dios me ha hecho nacer. . . . Mas en quanto á los que van precipitando su vida en querellas personales, bien manifiestan que no se consideran de mucho precio.” (*Vida del Conde de La Noue*).

El Mariscal de Turenne, despues de su conversion, recibió una carta llena de insultos y bravatas del Elector palatino, quien á los sangrientos reproches por la devastacion de sus Estados, que este príncipe no debia imputar siempre mas que á sí, añadía un desafio en que proponía á Mr. de Turenne que designara el tiempo, el lugar y el modo que quisiera elegir para un combate singular. El mariscal respondió el mismo día en estos términos: „Señor, puedo asegurar á V. A. E. que el fuego que se puso en algunas de aquellas ciudades fué sin órden alguna, y que los soldados que hallaron á sus camaradas matados de tan extraño modo, lo hicieron á horas en que no se pudo impedirlo. No dudo que V. A. E. me seguirá honrando con sus buenas gracias, puesto que nada hice que me aparte de ellas.” Una respuesta tan moderada á semejantes insultos y á un desafio tan formal, hizo avergonzar al Elector de su arrebató. *Vease la coleccion de las Cartas y Memorias halladas en la cartera del mariscal de Turenne, por el Sr. Conde de Grimoald, obra presentada al rey y aceptada por S. M.*

El Conde de Sales, acometido por un falso valiente á quien habia reprendido por sus blasfemias, le respondió: „que despues de haber osado defender la causa de Dios, no debia traicionarla con las falsas máximas de honor mal entendido.”

Hay mas de un ejemplo de esta naturaleza de parte de militares que habian dado pruebas de gran valor. Mas nunca serán imitados sino por un corto número de almas fuertes, mientras que nosotros no dejáremos de poner contradiccion entre nuestras instituciones y nuestras costumbres, y despues de haber dictado bellas leyes contra el duelo, seguiremos lastimando con la tacha del deshonor al que habiendo siempre vivido sin miedo y sin reproche, haya creído, segun su conciencia y las leyes, que debia despreciar las preocupaciones de un fatuo ó de un aturdido.

CARTA CUADRAGESIMA QUINTA.

EL MARQUEZ DE VALMONT Á SU HIJO.

Has quedado sorprendido, hijo mio, con los primeros caractéres que te he hecho advertir en la religion cristiana, y principalmente con su unidad. Agreguemos á esto ahora su perpetuidad; y admira mas que nunca, como esta obra magnífica, que la mano de los hombres no puede hacer, se ha perpetuado de siglo en siglo por el mismo poder enteramente divino que la comenzó.

Volvamos á considerar en la venida de Jesucristo, el conjunto sorprendente que esta obra admirable nos presenta. Aquí la serie de los hechos habia bastante por sí misma, y la religion se hallaria demostrada por ella independientemente de los libros del Nuevo Testamento, que continúan en los primeros tiempos la relacion de estas maravillas. Mas para no dejarte que desear nada, sobre lo que puede ayúdar y confirmar tu creencia, discutámos un momento sobre la autenticidad de estos libros, antes de desenvolver los principales hechos que contienen.

Desde luego podria, querido Valmont, aplicar á los autores sagrados todas las reglas de discusion empleadas tan confiadamente para los juicios que se forman de los autores profanos, y hacerte observar las diversas relaciones que nuestros libros tienen con aquellos cuyos nombres llevan, con los tiem-

el lenguaje de la razon, ved aqui una autoridad pue para ellas debe ser de algun peso; la del Conde de *La Noue*, por sobre nombre *Brazo de fierro*, de quien Enrique IV hizo un elogio tan bello diciendo, *que era un grande hombre de guerra, y todavia mas un grande hombre de bien.* „La causa del furor de los duelos, dice este heroe tan dignamente alabado por tan gran rey, consiste en nuestros errores y locuras, y es un honor falso. Si la nobleza prosigue andando así, extraviada tanto en palabras como en acciones, siempre irá ptofanando la virtud y las armas, consumiéndose. Fuera bueno que el rey, los príncipes, los señores, censurasen en publico á los que hayan ensangrentado así sus armas, y mostrasen aborrecerlos como gentes que no tienen otro placer que exaltarse con la muerte de otro. . . . En las guerras es donde debe uno mostrar su valor, y arresgar libremente su vida. Las gentes honradas deben servir generalmente á su patria, y los que exponen diariamente su vida por ella, no deben en su servicio escasear los bienes de fortuna. En quanto á mí, mientras tenga una gota de sangre y una fanega de tierra, la emplearé en la defensa del estado en que Dios me ha hecho nacer. . . . Mas en quanto á los que van precipitando su vida en querellas personales, bien manifiestan que no se consideran de mucho precio.” (*Vida del Conde de La Noue*).

El Mariscal de Turenne, despues de su conversion, recibió una carta llena de insultos y bravatas del Elector palatino, quien á los sangrientos reproches por la devastacion de sus Estados, que este príncipe no debia imputar siempre mas que á sí, añadía un desafio en que proponía á Mr. de Turenne que designara el tiempo, el lugar y el modo que quisiera elegir para un combate singular. El mariscal respondió el mismo dia en estos términos: „Señor, puedo asegurar á V. A. E. que el fuego que se puso en algunas de aquellas ciudades fué sin órden alguna, y que los soldados que hallaron á sus camaradas matados de tan extraño modo, lo hicieron á horas en que no se pudo impedirlo. No dudo que V. A. E. me seguirá honrando con sus buenas gracias, puesto que nada hice que me aparte de ellas.” Una respuesta tan moderada á semejantes insultos y á un desafio tan formal, hizo avergonzar al Elector de su arrebató. *Vease la coleccion de las Cartas y Memorias halladas en la cartera del mariscal de Turenne, por el Sr. Conde de Grimoald, obra presentada al rey y aceptada por S. M.*

El Conde de Sales, acometido por un falso valiente á quien habia reprendido por sus blasfemias, le respondió: „que despues de haber osado defender la causa de Dios, no debia traicionarla con las falsas máximas de honor mal entendido.”

Hay mas de un ejemplo de esta naturaleza de parte de militares que habian dado pruebas de gran valor. Mas nunca serán imitados sino por un corto número de almas fuertes, mientras que nosotros no dejáremos de poner contradicion entre nuestras instituciones y nuestras costumbres, y despues de haber dictado bellas leyes contra el duelo, seguiremos lastimando con la tacha del deshonor al que habiendo siempre vivido sin miedo y sin reproche, haya creído, segun su conciencia y las leyes, que debia despreciar las preocupaciones de un fatuo ó de un aturdido.

CARTA CUADRAGESIMA QUINTA.

EL MARQUEZ DE VALMONT Á SU HIJO.

Has quedado sorprendido, hijo mio, con los primeros caractéres que te he hecho advertir en la religion cristiana, y principalmente con su unidad. Agreguemos á esto ahora su perpetuidad; y admira mas que nunca, como esta obra magnifica, que la mano de los hombres no puede hacer, se ha perpetuado de siglo en siglo por el mismo poder enteramente divino que la comenzó.

Volvamos á considerar en la venida de Jesucristo, el conjunto sorprendente que esta obra admirable nos presenta. Aquí la serie de los hechos habia bastante por sí misma, y la religion se hallaria demostrada por ella independientemente de los libros del Nuevo Testamento, que continúan en los primeros tiempos la relacion de estas maravillas. Mas para no dejarte que desear nada, sobre lo que puede ayndar y confirmar tu creencia, discutámos un momento sobre la autenticidad de estos libros, antes de desenvolver los principales hechos que contienen.

Desde luego podria, querido Valmont, aplicar á los autores sagrados todas las reglas de discusion empleadas tan confiadamente para los juicios que se forman de los autores profanos, y hacerte observar las diversas relaciones que nuestros libros tienen con aquellos cuyos nombres llevan, con los tiem-

pos en que los escribieron, con los lugares, con las personas, con los usos, con el gobierno civil, con el estado de la religion, con los negocios públicos de que hablan: porque sin duda no ignoras, que, moralmente hablando, es imposible que un impostor no incurra en algun defecto sobre cualquiera de estas circunstancias.

Mas aquí no se trata de formar un tratado sobre la religion; ni tampoco de entrar de nuevo en pormenores que los cristianos han iluminado cien veces con la crítica mas rigorosa. Para terminar con mayor seguridad y en pocas palabras toda contestacion, considera esa cadena de testigos, que desde el nacimiento del cristianismo de una edad en otra, dan testimonio en favor de los libros del Nuevo Testamento, los atribuyen á los apóstoles y á sus primeros discípulos, y á veces aun emplean en sus escritos los hechos y las máximas mas esenciales de aquellos libros de que toman hasta las palabras. Si pretendes que se puede negar su autenticidad, atrévete tambien á pretender que los nombres y escritos de San Policarpo, de San Ignacio, discípulos de los apóstoles; que los de San Justino, San Clemente, San Irineo, instruidos por estos primeros discípulos; que los nombres y escritos de Orígenes, de Eusebio, de San Gerónimo, que tan escrupulosamente examinaron en los primeros siglos esta parte de las divinas Escrituras, son nombres y escritos supuestos. Esto como todo lo demas se sostiene en la religion, y la tradicion mas antigua, ménos interrumpida, mas universal, mas constante, sirve de apoyo á nuestros libros sagrados y á nuestros primeros monumentos. Considera despues el interés que los primeros cristianos de todo estado y de todo rango, con preocupaciones y pasiones contrarias, tenian para no recibir por simples presunciones lo que debia servir de fundamento á su fe, lo que debia ser la regla de su conducta, y lo que les obligaba á sacrificar cuanto tenian de mas querido y á volar al martirio. Ademas, hijo mio, los escritos de los apóstoles no fueron hechos en un

siglo de ignorancia, ni para pueblos groseros y hombres faltos de letras: aparecieron en el siglo de Augusto, y fueron dirigidos á Roma y á la Grecia, es decir, á lo que habia entónces de mas cultivado y sábio.

Fuera de esto, pregunta si te parece necesario á los mismos enemigos de la religion, á los judios, á los paganos, á los herejes, á todos aquellos que en los primeros siglos atacaron por toda clase de medios las verdades contenidas en nuestros libros, y dime si se atrevieron á negar ó á dudar que la mayor y principal parte de estos libros fueron de los autores á quienes los atribuimos; si por lo ménos Marcion y Manés, únicos que tuvieron bastante ignorancia y temeridad para hacerlo, pudieron, aun cuando eran desafiados á ello, producir contra los escritos de los apóstolos el mas ligero indicio de falsedad, y dar un fundamento siquiera medio racional de su opinion.

Díme por último, si hay en todo el mundo un libro, que, como nuestros libros sagrados, haya excitado tanto la atencion de todos los hombres, el interés de los partidos mas opuestos, las indagaciones profundas de los sábios de todos los siglos, sin que se haya podido rebajar su autoridad.

En efecto, ¿en qué tiempo hubieran sido supuestos estos libros? Quitá, si puedes, todas las contradicciones que esta suposicion envuelve; fija una época en que aquella hubiera sido posible. No será mientras vivieron los apóstoles: ¿se habrian recibido libros que los mismos apóstoles hubieran desmentido? Tampoco será inmediatamente despues de su muerte: ¿cómo se harían pasar entónces bajo su nombre composiciones falsas? ¿cómo se harían recibir tantas falsas epístolas en tantas iglesias, á las que no hubieran sido dirigidas en vida de los apóstoles? ¿cómo se las hubiera hecho adoptar sin oposicion, en un tiempo en que aun habia tan crecido número de discípulos y de personas que habian conversado con ellos? ¿será por ventura en el segundo siglo? Pero vemos desde entónces citados

estos libros por autores contemporaneos, reverenciados como sagrados, traducidos á muchas lenguas, recibidos por unanimidad, al ménos en cuanto á las partes mas esenciales del Nuevo Testamento; leídos en todas las iglesias, que, segun refiere Tertuliano, conservaban los ejemplares de ellos, á la vez que repelían cuidadosamente todas las producciones nuevas, oponiéndoles tan solo su caracter de novedad.

Y no digas, hijo mio, que estos libros pudieron ser alterados en adelante: las mismas pruebas que nos demuestran que no han sido supuestos, nos aseguran tambien su integridad. A vista de tantos hombres de intereses tan diferentes, ¿podían sufrir la menor alteracion unos escritos tan públicos, tan amados de todos los cristianos, tan discutidos por los herejes, los judíos y paganos, sin que de todas las extremidades del mundo se levantaran mil voces para reclamarlo, y sin que se cuidara de confrontarlos con los ejemplares auténticos? „Marción pretende, decia Tertuliano, que el evangelio de que me sirvo está corrompido: ¿quién será nuestro juez? „lo serán las antiguas iglesias, que recibieron los evangelios de mano de los apóstoles: vamos á consultarles; y aquel cuyo evangelio esté conforme con estos ejemplares no será el engañado, pues que la verdad debe ser mas antigua que la mentira.”

Si despues de tan fuertes pruebas, aún te quedáre alguna duda, te ofrezco un medio último de convicción. Confronta las variantes, compara las diversas lecciones, aun cuando sea en todos los siglos, como lo han hecho en el último los críticos mas instruidos; y mira si de ella resulta en daño de nuestros libros una sola diferencia esencial en todo lo concerniente á la historia, á la doctrina y á las costumbres.

Es pues verdad, querido Valmont, que á las pruebas positivas que damos de la autenticidad de los libros del Nuevo Testamento, no se pueden oponer ni se oponen diariamente, sino dudas que las pasiones elevan y fomentan, pero que la razon reprueba. Deja, hijo mio, deja que el incrédulo se

quiera cegar á sí mismo, y no quieras imitar su ceguedad; y una vez convencido de la autenticidad de nuestros libros, asegurado de que el testimonio que contienen ha llegado hasta nosotros en toda su integridad, permite que me detenga por algunos momentos haciéndote observar con fidedigno este documento y cuan incontestable.

Indudablemente lo es, si los que lo han dado no han sido engañados, y si ademas no han querido ni podido engañarnos. Mas en primer lugar, por la naturaleza misma de su deposicion, es evidente que no han sido engañados, pues que casi todos son testigos oculares; nosotros referimos, dicen, lo que hemos visto, lo que hemos oido, lo que ha pasado constantemente en medio de nosotros. Tambien lo es por la naturaleza de los hechos que refieren, pues que es una clase de hechos, que por su continuidad y por su certidumbre á juicio de todos los sentidos, no son susceptibles de ilusion.

¿Mas por lo ménos no habrán querido engañarnos? Para responder á esta pregunta, examina bien, hijo mio, aquel proyecto que se les atribuye de engañar al universo con un conjunto de hechos tan difíciles de inventar, de combinar, de conciliar con fijeza y con los libros del Antiguo Testamento y con ciertos hechos principales que no dependian de ellos, que no eran dueños de producir, de impedir, de suprimir, ni de alterar, y que por lo mismo debían entrar necesariamente y apesar suyo en la unidad del plan que se les quiere suponer. Un solo hombre, tratándose de un pequeño número de hechos que inventa, tiene suma dificultad para coordinar la verdad con la mentira: ¿pues qué será cuando se trata de muchos hombres que como los apóstoles escriben en diferentes circunstancias y en situaciones diversas; cuando se trata de un gran número de hechos complicados; y cuando se trata sobre todo de hechos ligados á otros muchos que precedieron, que han debido seguir, y que no podrían ménos que hallarse contradictorios unos con otros, si solamente hubieran sido enlazados por la impos-

tura? No, no se imagina ni se inventa como los apóstoles; y sobre objetos tan extensos en sus combinaciones y en sus relaciones, la ficción jamás hubiera estado de acuerdo con la verdad.

Por lo demás, hijo mio, juzga de ese pretendido proyecto de engañarnos, concebido por los apóstoles despues de la muerte ignominiosa de su maestro; juzga de él por la educacion sencilla y grosera que habian recibido y por el estado abyecto en que casi todos vivian antes de su apostolado; por aquel tono de ingenuidad, de candor, de integridad, que brilla en sus personas como en sus escritos, y no se desmiente jamás en ellos; por aquel caracter de rectitud que reina en sus costumbres, costumbres dulces y sencillas, castas y puras, exentas de toda levadura de interes, de ambicion y de rebelión; por toda su vida humilde, pobre, laboriosa, mortificada, y tal en una palabra, que sus mayores adversarios se vieron precisados á respetarla.

¡Ah! hijo mio, ¿qué motivo hubiera inducido á los apóstoles á querernos engañar aun dado que hubieran tenido caracter para emprenderlo? ¿Acaso las humillaciones, los sufrimientos y la cruz de Jesucristo, tenian por sí tantos atractivos para ellos? ¿Y qué otra cosa podian aguardar de todas las pasiones, de todos los intereses, y de todos los hombres conjurados á la vez contra su maestro, y contra cuantos osaran todavía despues de su muerte titularse sus discípulos?

Mas por fin, supongámoslos interesados en engañarnos, y con caracter para quererlo hacer. ¿Habrian podido esto? En este punto, hijo mio, combina segun las leyes mas rigurosas, las mas propias para producir certeza en el caso de hechos, y aun digo evidencia en materia de pruebas y de raciocinio; combina juntamente su número, la diversidad de sus caracteres, las diferentes pruebas porque han pasado: y dime ¿cómo pudo permanecer impenetrable el secreto en medio de doce apóstoles, de setenta y dos discípulos, de un crecido número de testigos que publicaban altamente lo que decian haber

visto, escuchado, tocado tantas veces y tan constantemente; y como sin embargo, ni en la multiplicacion de cinco panes para servir de alimento á cinco mil hombres, ni en la curacion súbita de ciegos de nacimiento conocidos por tales en la Sinagoga, ni en la resurreccion de muchos muertos y la del mismo Jesucristo, acompañadas de circunstancias que las hicieron públicas, ninguno de ellos, ni nadie de los judíos, dejara nunca de ver ni de escuchar? ¿Y se osaría solamente avanzar con falsedad semejantes hechos, cuando se invoca el testimonio de tantos hombres y de casi todo un pueblo?

Dime lo que podia unir de modo tan estrecho y con lazos tan duraderos á hombres que no hubieran tenido otros vínculos recíprocos que la supercheria y la mentira, y como no se habria descubierto la trama, en medio de tantos caracteres diferentes, siempre dispuestos á dividirse entre sí por motivo de los intereses opuestos que cambian segun los tiempos, las pasiones diversas, un descontento, un celo, un deseo de sobresalir entre los demás.

Dime por último, como ni las promesas, ni las amenazas, ni los remordimientos de su conciencia, ni los sentimientos de compacion para con aquellos que se hacian víctimas desgraciadas de la fé que les anunciaban, ni las fatigas y las penas continuas, ni el temor de los tormentos, ni el horror de la muerte, pudieron jamás moderar su ardor, aflojar su carrera, arrancarles la confesion de su extravío ó variar su deposicion. Se sufre, se muere por un sentimiento que se cree verdadero; y en punto á creencia, el error tiene sus mártires como la verdad; ¿mas está en la naturaleza correr de pais en pais á las penas, á los tormentos, á la muerte, y soportarlos con una firmeza siempre igual por atestiguar un hecho que se sabe ser falso? Porque, ved aquí, amado Valmont, lo que principalmente importa considerar bien; ved aquí lo que hace invencible la prueba que tomamos de aquellos primeros mártires, y lo que los pone fuera de toda comparacion con aquellos que donde quiera gusta

el incrédulo de contraponernos: los mártires del cristianismo naciente, muy diferentes de los entusiastas de todas las sectas, son mártires de hecho, y no de opinion.

Sin duda hijo mio, esto es bastante para demostrarte la certeza de cuanto los libros del Nuevo Testamento nos enseñan sobre la continuacion de la religion. Mas, ya te lo he dicho, y te verás obligado á convenir en ello, ni aun hubiera tenido necesidad de nuestros libros para convencerte; pues la serie de los acontecimientos, su encadenamiento necesario entre sí y con aquellos de que somos hoy testigos, aquella correspondencia mutua y tal que reciprocamente se presentan el mas firme apoyo, en una palabra, la perpetuidad de la religion cristiana, formaria por sí sola en su favor la demostracion mas completa. Volvamos á considerar aquellos acontecimientos tan bien encadenados, tan bien ligados, y que hablan por sí mismos.

Ya los cuatro grandes imperios que Daniel [a] predijo que debian preceder al imperio eterno del Cristo se han sucedido el uno al otro, y el último ha triunfado de los que le precedieron. Ya la profecia de Jacob toca á su término, y á vista de la nacion admirada, el cetro se escapa de las manos de Judá para pasar á las de un extranjero. El segundo templo solo subsiste para recibir al que debe hacer todo su adorno [b]. Los judíos estan en la expectativa del Mesias; y el rumor de sus esperanzas se ha difundido entre los gentiles [c]. La venida de este Mesias tan deseado se ha diferido tanto tiempo, para hacernos sensibles las miserias del hombre abandonado á sí mismo. Por último el Mesias aparece: todas las profecias se cumplen en su persona; todos los caracteres del Mesias vuelven á encontrarse en Jesucristo.

[a] Cap. 2, 7 y 8.

[b] Profecia de Ageo, cap. 2.

[c] Vease á Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*, páginas 373 y siguiente, ediccion de 1744.

Como Verbo coeterno con su padre; como Verbo hecho carne, nace de una vírgen; es el vastago de Jessé es el hijo de David; sale de la tribu de Judá; nace en Betlem; recibe allí el nombre de *Jesus*, este bello nombre de *Salvador*, que juntamente presagiaba la gloria que habia de tributar á Dios con la reparacion del pecado, y la salvacion que habia de dar á los hombres. Una estrella brillante lo anuncia [1]; los pastores y los reyes lo adoran; y lo que un autor célebre entre los paganos nos asegura lo que confirma del modo mas solemne toda la relacion de los autores sagrados, Herodes [2], instruido de su nacimiento, inmola a su celoso furor una muchedumbre de víctimas inocentes, y con sus inquietudes y sus temores rinde apesar suyo el testimonio mas palmario á la expectativa de los judíos y á la venida del Mesias.

Jesucristo se libra de su persecucion. De regreso á su patria, llegado apenas el tiempo, en que debia manifestarse a los hombres, Juan Bautista tan digno de admiracion [3] por la austeridad de su vida, por la pureza de sus costumbres, por los efectos de su celo, por la fuerza de sus palabras, y á quien los mas sábios judíos, buscando por todas partes al Mesias, hubieran sin dificultad tomado por el Mesias mismo, se despoja en su favor de su propia gloria, se anonada en su presencia, y le hace reconocer á sus discípulos por el Cordero de Dios que viene á borrar los pecados del mundo.

El Salvador enseña á los hombres la doctrina mas pura, y les propone de un modo sencillo las verdades mas sublimes. Abre á sus discípulos sin aparato y sin ostentacion los tesoros de la mas elevada sabiduria; les revela los mas profundos misterios sin manifestarse admirado de ellos; desarrolla las ideas mas nuevas y la moral mas perfecta; como ideas que le son naturales y que dimanan de su fuente; nos hace aspirar á una nueva felicidad; remite nuestra alma á su origen y á su fin, y la hace entrar en todos sus derechos. Movera la elevacion de sus pensamientos y la altura

de sus máximas con la sencillez de las imágenes que emplea, y con la uncion secreta que acompaña á sus discursos. Todo es grande, todo es amable en su persona: renne en grado supremo la dulzura y la autoridad. Da los ejemplos mas raros de las virtudes que manda y de la perfeccion que aconseja; y lo que hay en él todavía mas admirable, es que su alma noble sabe aliar la mas alta elevacion con la humildad mas verdadera. Su carácter es firme y generoso; su corazon es tierno y bienhechor; su vida pobre y frugal; sus maneras sencillas y afables; sus costumbres son irreprehensibles. No se deja ver entre los hombres, sino para ilustrarlos y para hacerles bien. Social, humano, popular, pero sin familiaridad y sin bajeza, se pone al alcance de todos y se hace respetar de todos. Conversa, se recrea con los niños; acoge y se anticipa á los pecadores, y no se disgusta de la tosquedad de sus discípulos; es bueno é indulgente con los débiles, y solo muestra severidad contra los hipócritas. Vierte lágrimas por la muerte de Lazaro á quien amaba tiernamente, se interesa del modo mas vivo en el dolor de una madre que acaba de perder á su hijo; perdona á la muger adúltera, y no le pide mas reconocimiento que dejar de ser infiel. En la conversacion mas interesante instruye, convierte á la Samaritana, y anuncia un culto nuevo, la adoracion en espíritu y verdad. Ve con una especie de trasporte correr las lágrimas de la Magdalena; se complace en conmover el corazon del publicano. Donde quiera mira la gloria de su padre: donde quiera mantiene; asegura el cumplimiento de los deberes y el orden de la sociedad. Nos enseña que su reino no es de este mundo, y él mismo paga al Cesar lo que se le debe por sus súbditos. Su reino es el de la verdad; y se sacrifica por ella, testificándola en presencia de Pilatos. Oprimido, calumniado, cubierto de opróbios, moribundo entre suplicios hace confesar á su juez su inocencia y hace ver en la tierra la virtud desgraciada, perseguida, pero siem-

pre igualmente firme, sin tacha y bastándose á sí misma. Su pasion, su muerte, son todavía una cosa mas grande que su vida; y el discípulo célebre del mas sabio de los filósofos, queriendo pintar al justo con todo el heroismo de la virtud, ha pintado sin saberlo, una virtud mas que humana y al hijo de Dios [4].

Las maravillas mas portentosas vienen en apoyo de la santidad de sus costumbres, agregan un peso nuevo á la excelencia de su doctrina; y con ella, con el concurso de todos los siglos que han preparado su venida, de todos los géneros de profecias que lo anunciaron, demuestran la divinidad de su mision.

Envano me detendria yo aquí á disertar friamente sobre la naturaleza y posibilidad de los milagros [5]; hay hechos que bien averiguados, cortan todas las dificultades y hablan muy mas alto que unos razonamientos estériles y vanos. Tales son los hechos y los milagros que tienen una directa relacion con Jesucristo: hechos sensibles y palpables; hechos públicos y permanentes; hechos reiterados y perdurables donde quiera que el establecimiento de la religion cristiana y la gloria de su autor han exigido necesariamente; hechos y milagros confesados por aquellos mismos que mas interes tenian en negarlos [6]; confesados por los judios, que lejos de desmentirlos, los han confirmado atribuyéndoles á no sé qué virtud secreta que se hallaba en el Santo Nombre de Dios, en aquel nombre desconocido é inefable, que Jesucristo, decian, habia descubierto sin saberse como, en el Santuario; confesados y reconocidos al ménos en parte por los paganos Hierocles [7], Juliano [8], Celso [9] Porfirio [10], y una infinidad de otros ménos preocupados, que no pudieron resistir á la fuerza de las pruebas que los acreditaban, y de paganos se volvieron cristianos; confesados y confirmados por los herejias en el mismo tiempo de los apóstoles, los Judaisantes, los Nicolaitas, los Corintios, los Gnósticos, los Valentinianos, los Basilidianos, &c., que

atacando todo, confundiendo todo, disputando sobre todo, jamás negaron á los verdaderos discípulos de Jesucristo los milagros que ellos le atribuyen, ni se atrevieron á tratar de impostura los que obraban en su nombre: hechos maravillosos, evidentemente superiores á las fuerzas de la naturaleza [11], todos benéficos, todos útiles á los hombres, ya para curar los males del cuerpo, ya para disipar las enfermedades del alma, sus preocupaciones y sus errores: hechos y prodigios muy diferentes por su autenticidad, de aquellos que el incrédulo se atreve á poner en paralelo con estos [a], muy diferentes por su carácter y su publicidad, de esos prestigios y de esas obras de tinieblas con que se acreditan en los espíritus flacos las supersticiones, las consejas y tan-

[a] Véase la nota (7) sobre Hierocles.

Ningun siglo ha sido tan fecundo como el nuestro en paralelos tan odiosos como insensatos. De este número son las comparaciones ridículas que se han atrevido á hacer de los milagros de Jesucristo, con manejos de fuerza y con pretendidos prodigios superiores aun á los que se han visto en la feria ó en la casa de Comus; con saltos, zancadas y contorciones, en que la locura competía con la indecencia, y en que todo estaba marcado con el sello de la bribonada y de la superstición, con curaciones muchas veces ridículas, que nada prueban ó que prueban todo, casi siempre desmentidas por informes mas exactos, y cuya lista semejante á la de los empiricos, que sin hablar de todos los escapados de la eficacia de sus remedios ó muertos por estos, citan en la cuenta de su arte todas las curaciones suplidas por la imaginacion, ó obradas por la naturaleza. ¡Triste ceguera la de los sectarios que han dado lugar á semejantes comparaciones, y la de los incrédulos que no se han avergonzado de hacerlas! Véanse por lo demas sobre este objeto, los *Opúsculos de Cirujia por Morand*, de la Academia real de las ciencias, segunda parte, cap. 6.º, que contiene, despues de la pregunta de Mr. Sartiné la *Relacion de las operaciones hechas en Paris por muchas personas, que se decia que hacian milagros, en 1759 y 1760.*

tas opiniones tan contrarias á la verdad como peligrosas á las costumbres.

Expongamos pues en pocas palabras estos hechos y estos milagros de cuya certeza y realidad todo nos asegura y confirma. Dueño de la naturaleza, Jesucristo con una palabra calma las tempestades; prescribe leyes á los elementos; multiplica cinco panes, y con ellos alimenta cinco mil hombres; abre los ojos á los ciegos de nacimiento; suelta la lengua de los mudos; da el oido á los sordos; cura á los enfermos con solo su palabra; arroja los demonios, y los obliga á tributar homenaje á su divinidad; la naturaleza, la muerte, el infierno, obedecen su voz. Resucita al hijo de la viuda de Nain, cuyo pueblo acompañaba la pompa funeral; á la hija del Gefe de la Sinagoga, cuya pérdida lloraba una muchedumbre de judíos; á Lazaro sepultado hacia muchos dias. Anuncia su muerte y su resurreccion; predice lo que vemos cumplido del modo mas sorprendente, la predicacion del Evangelio, el establecimiento de la Iglesia, la indefectibilidad de la fe, su visibilidad, su perpetuidad, el castigo de los judíos y la destruccion de Jerusalem. Es entregado á sus enemigos porque lo quiso. Judas le traicionó: pero la vergüenza y la desesperacion siguen luego á su crimen: devuelve á los judíos el precio de este, y el campo comprado con este mismo dinero para sepultura de los extrangeros, es un monumento destinado á instruir á toda la tierra de su perfidia y de sus remordimientos. Despues de haber sufrido del modo mas heróico y con el mas noble valor los opróbios mas humillantes, Jesucristo muere para la reparacion del pecado, para la salvacion de los hombres; la naturaleza se conmueve y desconcierta, cuando expira; y con prodigios que atestiguan autores paganos [12], reconoce á su Señor. Muere en la Cruz; y segun la promesa que hizo á sus apóstoles, esta Cruz se convierte en el instrumento y signo mas brillante de su triunfo.

Pocos dias despues de su muerte completa los

testimonios de su poder y de su divinidad con su resurreccion. Independientemente de las precauciones que sus enemigos habian tomado para impedir que sus apóstoles pudieran robar su cuerpo; independientemente de las circunstancias públicas de que este hecho estuvo desde entonces revestido, y segun las cuales fácil hubiera sido convencer á los apóstoles de impostura, si hubieran querido engañarnos, este hecho está confirmado por todas sus consecuencias y la fuerza de las pruebas va siempre creciendo.

¿Uuos discípulos antes tan tímidos publican altamente el triunfo de su maestro; ¿y en qué momentos? En aquel en que todo parece desesperado, y en que no tienen que aguardar de semejante testimonio mas que afrentas, persecuciones, suplicios y la muerte. Mas ¿quiénes son estos hombres que van á obrar á nombre de Jesucristo prodigios tan grandes, como los que él mismo ha obrado [13]. ¿Estos hombres que van á ilustrar al mundo, á convertirlo á la fe, á reformar sus costumbres y á cambiar la faz del universo? Hombres sin nombre, sin fortuna, sin crédito y sin ciencia, hombres de la hez del pueblo, digámoslo en una palabra (y no te choque, amado Valmont, la verdad de la expresion), tales como serian entre nosotros los barqueros del Loyre y unos pobres pescadores; tales son aquellos que van á dar testimonio de Jesucristo en varias lenguas.

¿Y cuantos obstáculos se oponian á su mision y al establecimiento del Evangelio! Obstáculos tomados de las mismas verdades que era menester predicar, verdades difíciles de creer, mas difíciles todavía de practicar: obstáculos de parte del pueblo judío por sus supersticiones y preocupaciones sobre la grandeza temporal del Mesias; obstáculos de parte de los paganos en su religion, sus leyes, su política, pues que el culto de los falsos dioses, los aruspices, los adivinos, las leyes, los sacrificios estaban estrechamente ligados á la administracion de los negocios civiles; en la vanidad de los emperadores

convertidos en dioses de la tierra; en la orgullosa sabiduría de los filósofos que se creían la luz de aquella; en la corrupcion del mundo entero, cuyas ideas trastornaba el cristianismo y cuyos vicios todos atacaba: obstáculos de parte de los mismos apóstoles, á quienes te he manifestado destituidos de todos los talentos exteriores y de todo socorro humano.

Y apesar de tantas dificultades insuperables á todos nuestros sábios reunidos, cuando emprendieran solo la conversion de una sola ciudad, de una sola aldea, insuperables para cualquiera otro que no fuese Dios, el testimonio de los apóstoles es recibido. Jesus es reconocido por todo el universo como hijo del Altísimo; la Cruz triunfa; las costumbres de los primeros fieles se hacen admirar de sus mayores enemigos [14]; pueblos, filósofos, emperadores, cenadores, guerreros, todos ceden por fin, y el universo es cristiano [15].

Los oráculos callan [16]; los idólos son quebrados; Roma, aquella capital del mundo, se convierte en una nueva Roma, y adquiere para la gloria de la religion un imperio nuevo. Cúmplense todas las profecias acerca de la conversion de los gentiles. La Iglesia toma todos los caracteres que su divino gefe le designó: sentada sobre fundamentos que nada puede trastornar, victoriosa de tantos enemigos que no han cesado de combatirla, subsiste apesar de los esfuerzos continuos de la herejia, de la falsa política y de la ingreduidad; subsiste mas que ningun imperio, y mas de diez y ocho siglos de borrascas y de tempestades, no han podido derribarla: cada dia repara sus pérdidas; cada dia extiende ó renueva sus conquistas, y cumple en ella del modo mas sensible las predicciones y las promesas de su divino esposo.

Los judíos forman por su parte una prueba igualmente completa y siempre subsistente de la divinidad de Jesucristo. Desde los primeros tiempos han visto cumplirse en ellos esta terrible maldicion que habian pronunciado contra sí mismos, cuando en el tribunal de Pilatos habian osado exclamar mal-

diciendo al Cristo: *Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.* Ellos han visto, como el Cristo les habia predicho, derribar, destruir de arriba á bajo y sin que quedase piedra sobre piedra los muros de Jerusalem, y su famoso templo, que Juliano se esforzó en vano á redificar [17]. Han visto ejecutarse en ellos con mas rigor y ménos recurso que nunca, las amenazas de sus profetas, y han sido dispersados entre las naciones. Desde hace mas de setecientos años siempre en el mismo estado á que los redujeron las venganzas del Señor y los consejos de su providencia, siempre sin gefes, sin patria, sin templo, sin sacerdotes, sin sacrificios, errando de pueblo en pueblo, conservando donde quiera una existencia tan precaria, y continuada sin embargo desde tanto tiempo sin mezcla y sin interrupcion [18], llevan á todas partes del mundo la prueba manifiesta de su crimen, y demuestran la divinidad de aquel Jesus de quien se atreven á blasfemar.

¡Oh hijo mio! que la luz brille por fin para tí; que se rasgue el velo que te ocultaba su brillo; cae á los pies de aquel que tanto tiempo has descosido, y adora conmigo á Jesucristo, á este Jesus, hecho el único centro de ambos Testamentos, punto de reunion de todas las partes de la religion, lazo esencial del verdadero israelita y del cristiano fiel: este Jesus, que esperado ó venido, ha sido en todos los tiempos el consuelo y la esperanza de los hijos de Dios, y así nos muestra la religion mas digna de nuestra admiracion por su antigüedad, por su unidad, por su perpetuidad.

¿Pues qué? ¿El Dios Santo hubiera permitido que el error tomase caracteres tan perfectamente semejantes á la verdad? ¿Y no puedo decir con justo título, despues de tantas maravillas, que si es un error lo que yo creo, Dios mismo seria quien me hubiera engañado? Pon cuidado, Valmont, yo no he hecho mas que trazar con rapidéz, que bosquejar en cierto modo una serie de acontecimientos, que se corresponden y se suponen mutuamente, de los

cuales, desarrollado cada uno en particular en toda su extension, formaria una prueba suficiente y completa, pero tomados en conjunto son superiores á toda dificultad y á toda objecion.

¡Qué satisfaccion para el verdadero fiel, repasar así de una mirada toda la serie de la religion y todos los fundamentos de su fe! En medio de todos los asaltos que se dan á su creencia, ¡qué consuelo para él ver como y con cual evidencia de las pruebas que tenemos á la vista, quiero decir, del estado actual de los judíos, de la Iglesia y de la religion, se remonta de siglo en siglo, por una lista de nombres conocidos, por una sucesion no interrumpida de Pontífices en la Iglesia romana, hasta los primeros dias del cristianismo; como tambien por otra serie de pontífices igualmente constante, se remonta hasta Aron, hasta Moyses, y de Moyses, por un pequeño número de Patriarcas, hasta los primeros dias del mundo! ¡Oh que bella autoridad la que nos ofrece la verdadera religion, la mas hermosa, la mas grande que haya sobre la tierra, y que ninguna secta, ningun pueblo pueden imitar!

He correspondido á tu solicitud, querido Valmont, demostrándote el tercer caracter de la religion cristiana: no tardes en corresponder á la mia sobre lo concerniente á tu situacion actual y á tus disposiciones mas secretas.

NOTAS.

PÁG. 19.

[1] Una estrella brillante lo anuncia. Chalsides, filósofo platónico, que florecia en principios del siglo cuarto en su Comentario latino sobre el *Timeo de Platon*, obra muy estimada de los sábios, habla en estos términos de la estrella que apareció en Oriente.

„Hay otra historia mas santa y mas digna de nuestra veneracion, que publica la aparicion de una estrella destinada á anunciar á los hombres, no enfermedades ó al-

„guna mortalidad funesta, sino la venida de un Dios, ba-
„jado únicamente para la salvacion y bienaventuranza del
„género humano. Añade que habiéndose observado esta
„estrella por los caldeos de ciencia distinguida y mui ver-
„sados en la astronomía, su ruta nocturna los condujo á
„buscar al Dios recién nacido; y que habiendo hallado á
„este agosto niño le habian tributado los homenajes tan de-
„bidos á tan gran Dios.

Es fácil conocer que aquí se cita á Chalsides, así como
á Macrobio en la nota siguiente, no como haciendo prueba
por sí mismos, puesto que son testigos mui posteriores al
acontecimiento, sino como quienes recogieron los hechos en
fuentes no sospechosas, dado que sabemos que no eran cris-
tianos, y que por otra parte se conocen suficientemente su
discernimiento y sus luces.

PÁG. 19.

[2] Y lo que un autor celebre entre los autores paganos
nos asegura. . . Herodes, instruido, &c. Macrobio procon-
sul de Africa, camarero mayor del emperador Teodosio el jó-
ven, y que vivia en principios del siglo quinto, así habla
de este hecho interesante: „Augusto, al saber que Herodes,
„rey de los judíos, habia hecho matar en Siria un gran
„número de niños varones de edad de dos años abajo, y
„que el propio hijo de este príncipe habia sido compren-
„dido en este asesinato, dijo: Mas valiera ser puercó de
„Herodes que su hijo.” (*Satur. lib. 2, cap. 4.º*). De las
jovialidades de Augusto. Herodes era judío, y se sabe que
su religion no permitía el uso de este animal. La Syria
está puesta en este pasage por la Judea. En Tertuliano
se vé la misma designacion. *Poncio Pilato Siriam tunc ex
patria Romana procuranti.* (*Apologético*).

Duplesis-Mornay advierte, como una prueba de la apa-
ricion de la estrella milagrosa, que por consecuencia de esa
estrella y de los informes que Herodes tomó de los Magos,
este príncipe cruel y suspicaz hizo matar á todos los niños
menores de dos años, creyendo que hacia perecer al que la
estrella designaba. De suerte, que estos dos hechos se ha-
llan ligados juntamente y apollado el uno por el otro.

PÁG. 19.

[3] Juan Bautista, tan digno de admiracion, &c. Josefo,
en sus *Antigüedades judáicas*, lib. 18, cap. 7.º, hablando
de una guerra que tuvo Herodes contra Aretas, rey de los
árabes, en la que su ejército fué despedazado, da este tes-
timonio de Juan Bautista, y hace conocer al mismo tiempo

el principio del cristianismo. „Se creyó entre los judíos que
la derrota del ejército era un justo castigo de Dios, á cau-
sa de Juan llamado el Bautista, á quien el Tetrarca He-
rodes habia hecho morir, siendo un hombre santo; porque
exhortaba á los judíos á la virtud, principalmente á la pie-
dad y á la justicia, y á labarse en las aguas del bautismo.”

„Sin embargo les advertía, que, para hacer agradable á
Dios el uso de ellas, no era bastante abstenerse de algun pe-
cado particular, sino que además era menester purificar el
corazon por la justicia, purificando el cuerpo por el batis-
mo. Como acudia á él una muchedumbre del pueblo que to-
maba sus lecciones con empeño, Herodes temia que el cré-
dito de Juan fuese una ocasion de motin, tomó el partido
de hacerlo morir.”

PÁG. 21.

[4] Pintó al hijo de Dios sin saberlo. Esto no es mas
que una expresion sencilla y verdadera del carácter de Je-
sucristo: pero no se recordarian demasiado estos bellós trozos
sobre Jesucristo y sobre el evangelio, que unen á la mas
exacta verdad todo el mérito del estilo mas puro y de la
elocuencia mas sublime. „No, el evangelio no ha sido es-
cuchado con tanto arte y aparato por todo el universo, y
su arrebatadora hermosura ha penetrado los corazones. Este
libro divino, único verdadero para un cristiano, y el mas útil
para quien no lo fuese, no necesita de ser meditado para
infundir en el alma el amor de su autor y la voluntad de
cumplir sus preceptos. Jamás la virtud habló idioma tan dulce;
jamás la sabiduría mas profunda se explicó con tanta energía
y sencillez. No deja uno su lectura, sin sentirse mejor que
antes....”

„Ved los libros de los filósofos con toda su pompa; ¡qué
pequeños son comparados con este! ¿Será posible que un li-
bro á la par tan sublime y tan sábio sea obra de los hom-
bres? ¿Será posible que aquel cuya historia contiene sea
tambien un hombre? ¿Es este el tono de un entusiasta ó
de un sectario ambicioso? ¿Qué dulzura, que pureza en sus
costumbres! ¿Qué penetrante gracia en sus instrucciones!
¡qué elevacion en sus máximas! ¡qué profunda sabiduría en sus
discursos! ¡qué presencia de espíritu, que fuerza y que exacti-
tud en sus respuestas! ¡qué imperio sobre sus pasiones! ¿Dónde
está el hombre, donde el sábio que sabe obrar, padecer y morir
sin flaqueza y sin ostentacion? Cuando Platon pinta su justo
imaginario cubierto con todo el opróbio del crimen y digno de
todos los premios de la virtud, pinta rasgo á rasgo á Jesucristo.
La semejanza es tan sorprendente, que todos los padres la han
reconocido, y no es posible engañarse en ella.

„¿Qué preocupaciones, que ceguera no es menester tener para osar poner en paralelo al hijo de Sofronisco con el hijo de María! ¿Qué distancia del uno al otro! Sócrates, muriendo sin dolor, sin ignominia, fácilmente sostuvo hasta el fin su papel; y si esta fácil muerte no hubiese honrado su vida, se dudara si Sócrates con todo su espíritu fué mas que un sofista. Inventó, se dice, la moral. Otros la habian practicado antes de él; no hizo mas que decir lo que aquellos habian hecho, reducir sus ejemplos á lecciones. Aristides habia sido justo antes que Sócrates definiera la justicia; Leónidas habia muerto por su país, antes que Sócrates hubiera reducido á deber el amor á la patria; Esparta era sóbria antes que hubiera alabado la sobriedad; antes que hubiera encomiado la virtud, la Grecia abundaba en hombres virtuosos. Mas Jesus, ¿dónde habia tomado entre los suyos esta moral elevada y pura de que solo él nos ha dado las lecciones y el ejemplo? Desde el seno del mas furioso fanatismo se hace oír la mas alta virtud, y la sencillez de las heroicas virtudes honró al mas vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates filosofando tranquilamente con sus amigos, es la mas dulce que se puede desear; la de Jesus espirando en los tormentos, injuriado, escarnecido, maldecido de todo un pueblo, es la mas horrible que se puede temer. Sócrates, tomando la copa envenenada, bendice al que se la presenta y que llora; Jesus, en medio de un suplicio espantoso, ruega por sus encarnizados verdugos. Si, si la vida y la muerte de Sócrates son de un sábio, la vida y la muerte de Jesus son de un Dios.

„Dirémos que la historia del Evangelio se ha inventado al antojo? No es así como se inventa; y los hechos de Sócrates, de que nadie duda, no están mas comprobados que los de Jesus; en sustancia, es repeler la dificultad sin resolverla; fuera mas inconcebible que muchos hombres acordes hubieran fabricado este libro, que no el que uno solo hubiera ofrecido su asunto. Los autores judíos jamás hubieran hallado ni este tono ni esta moral; pues el evangelio tiene caracteres de verdad tan sorprendentes, tan perfectamente inimitables, que el inventor seria mas admirable que el heroe.” (Rousseau.)

PÁG. 21.

[5] *Sobre la naturaleza y posibilidad de los milagros.* El universo entero, cada parte del universo es un prodigio; mas puesto que hablando propiamente, se entiende por milagro lo que se aparta de las leyes de la naturaleza y aventaja evidentemente sus fuerzas, ¿quién puede dudar racionalmente, primero, de que tales milagros son posibles al que hizo la naturaleza y no agotó en ella su poder (*)? Lo segundo,

[*] *Puede haber milagros en ella, dice Hume,*

que puesta la necesidad de la revelacion, que nosotros creemos haber establecido con las pruebas mas palmarias, ¿estos milagros no pueden estar en el órden de la sabiduria, y haber sido reservados por ella para conducir al hombre á su autor, mediante un género de prodigios á que no haya estado acostumbrado (*)? Y en último lugar, ¿qué estos milagros no pueden distinguirse suficientemente y de los que fueran contrahechos ó supuestos, y de los que solo parecerian milagros á nuestros ojos por nuestros pocos conocimientos de la fuerza y energía de la naturaleza? Esta tiene leyes muy conocidas acerca de estos objetos; leyes sencillas, constantes, uniformes, que tienen un curso regular y seguido, que se hacen sensibles á los hombres menos ilustrados como á los mas sábios, y las que solo puede derogar el divino poder que las estableció. En todo tiempo, en todo país, la resurreccion de un muerto será ciertamente un milagro.

Segun este pequeño número de reflexiones, lo maravilloso de un hecho, como se advierte, no es lo que lo hace increíble, luego que ha podido intervenir la accion de Dios: entónces tan solo se trata de saber si en efecto ha intervenido. Mas, quien dió á la Enciclopedia el artículo Cer-

infracciones del curso ordinario de la naturaleza, que sean tales que puedan ser probados por el testimonio humano. (Pág. 37 del Ensayo sobre los milagros.)

„Dios pudo hacer milagros, dice Rousseau, es decir, puede derogar las leyes que ha establecido! Esta cuestion tratada seriamente, seria impia, si no fuese absurda. Fuera honrar demasiado á quien la resolviera negativamente, con castigarlo; bastara encerrarlo.” (Carta de la Montaña.)

„Los que combaten con Espinosa la posibilidad de los milagros, no contraponen á Dios la falta de poder. Se fundan solo en su inmutabilidad. Como si no fuera facil concebir que Dios, sin cambiar de voluntad, puede cambiar las leyes de la naturaleza; el mismo decreto que es eterno, ha abrasado juntamente el establecimiento y la interrupcion de estas leyes.” (La incredulidad convencida por las profecias, por el Sr. Arzobispo de Viena.)

[*] *Los milagros, por confesion de Rousseau, son los que dan á los enviados de Dios el caracter mas sorprendente, y por esto mismo el mas proporcionado á las necesidades de la multitud, á la que los hechos conmueven siempre mucho mas que los razonamientos.*

ludumbre, de que Diderot mismo hace tan grande elogio, ha probado contra el autor de los pensamientos filosóficos, que los hombres pueden muy bien asegurarnos la verdad de un milagro como la de un hecho puramente natural. Un milagro es un hecho, que respecto al testimonio de los hombres y al de los sentidos, no difiere de ningún otro hecho cualquiera que sea su naturaleza. Nuestros sentidos y los hombres no nos dirán como y porque manera de obrar la Divinidad ha resucitado un muerto: porque esto no está á su alcance. Mas para decirnos que ha resucitado, le basta poder juzgar de estas dos cosas: que realmente habia muerto, y que ahora está en vida. Ved aquí dos hechos que están igualmente sometidos á su examen, y sobre los cuales, supuestas todas las condiciones requeridas, no pueden engañarse ni engañarnos, mas que sobre cualquiera otro hecho. Hay mas, el Ser Supremo, que, en circunstancias dignas de su sabiduría, puede alterar el orden físico por un acto extraordinario de su voluntad, no podría tambien alterar el orden moral, según el cual estoy obligado á referirme sobre los hechos de cualquiera naturaleza que se supongan, á la certeza del testimonio humano, porque iría entonces contra las mismas leyes de su sabiduría, que dejan de ser arbitrarias respecto al mundo mortal, aunque lo sean en un sentido respecto al mundo físico. Por otra parte, á menos de hacer milagros para cada uno de nosotros, y de hacerlos así tan comunes que muy pronto nos acostumbrásemos á no mirarlos ya como milagros, ó de que por lo menos nuestra libertad fuese considerablemente obligada y compelida, es muy necesario que Dios me remita al testimonio humano para certificarme de los que haya querido hacer, de los que haya hecho; y que en todos los casos en que haya ejercido por ellos su poder, deja á este testimonio toda su fuerza. Tambien Hume, en el pasaje que hemos citado mas arriba, ha querido reconocer la posibilidad de los milagros, susceptibles de ser probados por el testimonio humano.

Tal vez algun dia tendremos ocasion de desenvolver, sobre el artículo de los milagros, lo que aquí solo está bosquejado, de hacer conocer la poca solidez de las objeciones de Rousseau, y la poca exactitud de las de Hume, que nos ha parecido muy inferior al autor del *Emilio* en cuanto á la precisión y fuerza del raciocinio. Vease sobre el mismo artículo el *Deismo refutado*, de Bergier, y una obrita muy bien compuesta titulada, *Cartas escritas en la Llanura, respondiendo á las de la Montaña*, impresa en Amsterdam, en 1765. Veanse tambien los *Pensamientos teológicos*, cap. 16 de los milagros.

PÁG 21.

[6] Hechos y milagros confesados por aquellos mismos, &c.

Nadie un poco instruido ignora el testimonio que Josefo, judío de nacion, tan conocido por su bella historia de las *Antigüedades judaicas* y por la de la *Guerra de los Judios contra los Romanos* ha dado de Jesucristo. „En aquel tiempo, dice, hablando del tiempo de Pilatos gobernador de la Judea, apareció Jesus que era un hombre sábio, si debe uno limitarse á llamarle hombre; tan admirables eran sus obras! Enseñaba á los que gustaban instruirse en la verdad, y fué seguido no solo de muchos judíos, sino de muchos gentiles. Era este aquel Cristo, que habiendo sido acusado por los príncipes de nuestra nacion delante de Pilatos, fué crucificado de orden suya. Los que le habian amado durante su vida, no lo abandonaron despues de su muerte. Se les apareció vivo tres dias despues de su muerte, según lo habian predicho los profetas que habian anunciado muchas otras maravillas de su vida; y hasta el dia sus sectarios han continuado subsistiendo bajo el nombre de cristianos que tomaron de él. Hacia este tiempo aconteció tambien una gran conmocion en la Judea &c.” (*Antigüedades judaicas lib. 18, ca. 4*).

Se ha querido reputar como falso este pasaje tan desolador para el incrédulo, y se ha pretendido que fué añadido á la historia de Josefo. Mas en primer lugar, los mas antiguos manuscritos y los mas antiguos libros traen este pasaje tal como se acaba de citar: *Eodem tempore fuit Jesus, &c.* Todos sin escepcion lo traen del mismo modo; el testimonio de los que han escrito de él, como Eusebio, S. Gerónimo, Sofronio, Rufino, Isidoro de Damietta, Sezomeno, Cedreno, es unánime á favor de él. En segundo lugar, ¿cómo se puede suponer que un libro tan estimado y tan interesante como el de Josefo, un libro que los cristianos, los judíos, los paganos (y entre estos últimos los griegos que se deleitaban con él) tenían sin cesar en las manos, hubiera sido falsificado en todos los manuscritos y en el pasaje mas capaz de llamar la atención, sin que nadie lo notara y hubiera probado la falsificación? En tercer lugar, sería menester suponer tambien contra toda razon, que igualmente se han insertado en Josefo otros pasajes que necesariamente están enlazados al texto, y en que el autor habla de la muerte de San Juan Bautista cuyo elogio hace, y de la persona de Santiago á quien llama *el hermano de Jesus*. ¿Quién efectivamente no ve, que si estos dos textos son autenticos como lo son evidentemente, no lo es ménos aquel que se refiere á Jesucristo, pues que sería un absurdo suponer que Josefo habló de Sr. Santiago y de San Juan, sin hablar tambien de Jesucristo, cuya historia y carácter habian hecho incomparablemente mas ruido?

Ya hemos transcrito mas arriba el pasaje sobre San Juan Bautista; ved aquí el otro sobre Sr. Santiago.

„Anás, que como acabamos de decir, habia sido elevado

á la dignidad de sumo sacerdote, era un espíritu audáz, férroz, de la secta de los saduseos, los mas severos de todos los judíos en sus juicios. Aprovechó el tiempo de la muerte de Festo, y en que no habia llegado aun Alvinio, para reunir un consejo, ante el cual hizo comparecer á Santiago hermano de Jesus llamado el Cristo, y á ciertos otros, los acusó de haber contravenido á la ley, y los hizo condenar á ser apedreados. Desagradó esta accion infinitamente á todos los habitantes de Jerusalem que tenian compasion y un verdadero amor á la observancia de nuestras leyes. Ellos enviaron secretamente al rey Agripa, para suplicarle que prohibiese á Anás el emprender una cosa semejante á lo que sin excusa habia hecho. Algunos de ellos se presentaron á Alvinio, que entonces se habia ido para Alejandria para informarle de lo que habia pasado, &c. [*Antigüedades judaicas lib. 20 cap. 8.º*]

PÁG. 21.

[7] Hierocles, filósofo pagano, que fué presidente de Bitinia y despues gobernador de Alejandria, no contento de perseguir á los cristianos, compuso una obra titulada *Philoletthes*, en la cual, confesando que Jesucristo habia resucitado de entre los muertos, y reconociendo la autenticidad de sus milagros, se atrevió á compararlos con los pretendidos milagros, de Apolonio de Tyana; pero su confesion á favor de Jesucristo subsiste con toda su fuerza, sin dar ningun valor á la comparacion que quiso hacer. Habla solo siguiendo á Philostrato, quien escribió la vida de Apolonio; y el testimonio de este no tiene autoridad ninguna; lo primero, porque mui léjos de ser un testigo de vista, escribió cerca de un siglo despues de la muerte de su heroe: lo segundo, porque los hechos que refiere permanecieron desconocidos por todo aquel espacio de tiempo que precedió á la relacion que hace de ellos: lo tercero, porque es el único que nos ha conservado la memoria de estos prodigios, pues los autores contemporaneos tales como Eufrathes, tan celebrado por Plinio el jóven, no dicen palabra de estas pretendidas maravillas, y se contentan con presentarnos á Apolonio como un aventurero y un impostor: lo cuarto, porque nada hizo para confirmar la verdad de lo que refiere, sino que al contrario lo hace dudoso y mui sospechoso, el haber escrito solo con la mira de cortejar á la emperatriz Julia, apasionada de la magia y de los romances.

No descansa en tales fundamentos la autenticidad de los milagros de Jesucristo, son referidos por testigos oculares contemporaneos, á la vista de un pueblo entero su mas cruel enemigo, que hubiera podido tratarlos como invenciones ab-

surdas, repelerlos como mentiras groseras, y por el contrario los reconoció como verdaderos: son referidos por un número de testigos mas que suficiente, y son confesados no solamente por los judíos, sino por los autores paganos que no pudieron contradecirlos: son referidos finalmente por hombres que sellaron con su sangre la verdad de su narracion.

Casi las mismas observaciones pueden hacerse acerca de los otros prodigios que se oponen á los milagros de Jesucristo, tales como los de Vespasiano, que no se levantan, como dice Fleury, ni aun sobre el órden comun de las cosas naturales, y ademas no tienen caracter ninguno de certidumbre.

PÁG. 21.

[8] Juliano hace una confesion formal de los milagros de Nuestro Señor, á la vez que procura eludir su fuerza. „No ha hecho nada, dice, que merezca llamarse tal, á ménos que se tengan por grandes acciones haber curado cojos y ciegos, y haber arrojado los demonios de los poseidos en los suburbios de Betsaida y de Betania.” (*Obras de Juliano, lib. 6, pág. 191, edic. de Colon. en 1688.*)

PÁG. 21.

[9] Cæso, filósofo epicureo, florecia como á mediados del siglo segundo, bajo el emperador Adriano, dijo de N. Señor Jesucristo, que, „urgido por la pobreza se habia retirado á Egipto, en donde habia bebido en el arte mágico aquel poder maravilloso y aquella presuncion que le habia hecho tomar despues en la Judea el título de Dios.”

PÁG. 21.

[10] Porfirio no ha dejado escapar á favor de Jesucristo mas que algunos rasgos que parecen probar que los oráculos de los mismos paganos, cualquiera que sea la causa que se les atribuya le fueron favorables, y que los dioses de los gentiles reconocieron en cierto modo su influencia y su poder. (*Porfirio en Eusebio, Preparacion evangelica libro 5.º, cap. 1.º, y en San Agustín, de la ciudad de Dios, lib. 19, cap. 22.*)

PÁG. 22.

[11] Hechos maravillosos, evidentemente superiores á las fuerzas de la naturaleza. Independientemente de lo que hemos dicho en una de las notas precedentes, y sin insistir

sobre el milagro de la resurreccion de un muerto, muchas veces repetido en circunstancias muy diferentes, y de que no hay persona bastante insensata para creerlo posible por solo las fuerzas de la naturaleza, ¿cuantos otros prodigios de parte de Jesucristo y de sus discípulos hay inexplicables por secretos puramente naturales!

Ensálzense cuanto se quiera los descubrimientos hechos en nuestros días, los de la electricidad, de la virtud magnética, del magnetismo animal, en que las personas sensatas no creen ya, de un fluido que circula en todas las partes del universo; que á fuerza de experiencias y de titubeos se omite la aplicacion que se hace de todos los inconvenientes que parecen resultar de ellos; que se les concedan las mayores ventajas, tan magníficamente celebradas por los unos, tan altamente contradichas por los otros; cítese tambien para darles valor, no los vértigos ni los rismos, ni las convulsiones extraordinarias, ni las impresiones de dolor ó de placer, sino las curaciones maravillosas, muy imperfectas, muy inciertas quizá para decidirse á creerlas, ó relativas por lo menos á otras causas de que no se habla: con todo esto, ¿se atreverá uno á negar que las curaciones de ciegos de nacimiento, que tantas otras curaciones súbitas, permanentes, ó hechas con una sola palabra, obradas en personas ausentes y distantes, como la hija de la Cananea, el criado del Centurion, son verdaderos milagros? Que en una maquina cualquiera, á favor de un gran globo lleno de gaz ó de humo se eleve uno á los aires; que se halle tambien el secreto de discurrir sobre las aguas, ¿es esto mandar como Jesucristo á los vientos y á las tempestades? Está bien que á fuerza de arte ó de instrumentos ande uno á paso firme sobre las ondas agitadas; ¿y quién ha hecho andar á sus apóstoles con un solo mandato? ¿Hay quien con el recurso de un globo aereostático se halla elevado hasta los cielos para no volver á aparecer nunca en la tierra?

¿Y qué ganará la incredulidad en multiplicar con incipientes razonamientos y comparaciones pueriles sus delirios y sus sofismas? Es necesario romper la cadena de los grandes milagros obrados en favor de la religion; ¿qué digo?, es menester despedazar la cadena inmensa de todos los grandes hechos que la prueban; es menester borrar absolutamente sus caracteres distintivos; es menester en una palabra, para luchar contra ella, aniquilar todo su conjunto divino, y procurar arrebatarse sus tan bien adquiridos derechos á la creencia del género humano.

PÁG. 23.

[12] La naturaleza se conmueve y desconcierta cuando es-

pira y con prodigios que atestiguan autores paganos, &c. Tales como Flegon que florecia en Roma á mediados del siglo segundo; Phallus, autor griego, que escribia las historias Syriacas en el siglo primero de la Iglesia, y que cuenta en su libro tercero la de las tinieblas difundidas por la Judea en la muerte de Jesucristo. Flegon habla de estas tinieblas como de un eclipse de sol, ya porque las creia el efecto de un eclipse, ya porque el mayor número antes de él se habia expresado así acerca de este fenómeno. Ved aquí lo que dijo de él: „El cuarto año de la Olimpiada „202 [que es el mismo de la muerte de Nuestro Señor], hubo „allí un eclipse de sol, el mayor que se habia visto hasta „entónces. Se formó á la hora sexta del día una noche „tan oscura, que aparecieron las estrellas en el cielo. Aca- „ció ademas un gran temblor de tierra que derribó muchas „casas de la ciudad de Nicea en Bitinia.” Lo que pone todavía este milagro en la mayor claridad, aun por confesion de los paganos, es que estaba referido en las actas públicas y en los registros del imperio. Tertuliano, en el capítulo 21 de su Apologético, apela á estos documentos solemnes, como á monumentos incontestables, y remite los gentiles á ellos. *Eum mundi casum relatum in archiuis vestris habetis* (*). Luciano, sacerdote y martir, segun refiere Rufino, decia á sus jueces: *consultad vuestros anales; hallaréis que en tiempo de Pilatos, á tiempo que padecia Jesucristo, el sol se huyó en medio del día, y el día fué interrumpido.* (*Historia Ecclésiastica, lib. 9 cap. 6.*)

PÁG. 24.

[13] ¿Quiénes son estos hombres que van á obrar en nombre de Jesucristo prodigios tan grandes como los que él mismo ha obrado? Suetonio (*In Neronem cap. 16*), llama á los cristianos una secta de mágicos y de encantadores; lo que cuando ménos prueba el caracter maravilloso que estaba obligado á reconocer en las cosas que les veia obrar.

¿Con qué fundamento aunque fuera poco sólido pudiera negarse la verdad de los milagros de Jesucristo y de sus discípulos, á la vez que los judíos y los paganos, para eludir su autoridad, no tienen mas recurso que decir que eran obrados por la magia ó por el poder de los demonios? Tambien Littelton, autor ingles, dice que despues de los apóstoles y de los evangelistas, los testigos mas irreprochables de la triunfadora evidencia de esta verdad, son Celso, Juliano y los demas adversarios antiguos de la religion cristiana, quienes no pudiendo contradecir ni negar la autenti-

[*] En vuestros archivos teneis referido aquel suceso del mundo.

idad de estos milagros, se vieron reducidos á imaginar sus causas tan absurdas como tan ridículas. (*Consideraciones sobre la conversion de San Pablo, pág. 109.*)

PÁG. 25.

[14] *Las costumbres de los primeros fieles se hacen admirar de sus mayores enemigos.* Plinio, en su carta á Trajano, nos ha dejado aquel bello monumento del testimonio que los apóstatas mismos daban de las costumbres de los primeros cristianos. „Presentóseme una memoria en que estaban los nombres de muchos que afirman que no son cristianos y que no lo han sido jamás. En efecto, invocaron á los dioses conmigo, les ofrecieron sacrificios, y además maldijeron al Cristo: á lo cual, se dice, que es imposible obligar á los que son verdaderamente cristianos. Otros, aún, denunciados, dijeron que eran cristianos y lo negaron luego despues, diciendo que lo habian sido, pero que ya no lo eran, y maldijeron tambien al Cristo. Por lo demas, afirmaban que su falta ó su error se reducía á los puntos siguientes: juntarse un dia señalado antes de la salida del sol, para decir en comun alternativamente un cántico en honor del Cristo como de un Dios; que se obligaban bajo de juramento, no á crimen alguno, sino mas bien á no cometer latrocinio, ni rapiña, ni adulterio, á guardar la fe prometida, á devolver con religiosidad un depósito; que despues tenian costumbre de retirarse, despues de reunirse para hacer una comida, en que no tomaban mas que alimentos comunes y permitidos.” (*Carta 97, lib. 10.*)

El testimonio de Luciano es de no ménos peso. En medio de los dardos de sátira que dispara contra los cristianos, se le escapan rasgos de verdad que los honran. „Su legislador, dice, les persuade que todos son hermanos; se separan de nosotros: reniegan de los dioses de los griegos; adoran á su doctor crucificado, y conforman su vida con sus leyes; desprecian las riquezas, todo es comun entre ellos; y son constantes en su fe. . . . Hasta el dia adoran á aquel gran, de hombre crucificado en la Palestina.” (*Luciano, de la Muerte del peregrino.*)

PÁG. 25.

[15] *El universo es cristiano.* Opóngase á este establecimiento del cristianismo el de la ley de Mahoma. „Como se ha notado mui bien, la ignorancia bruta de los pueblos que Mahoma queria someter á su dominacion, mas bien que á su doctrina, una desenfrenada ambicion sostenida por un entusiasmo ardiente, el alfange mas persuasivo todavía que la palabra, una moral comoda, un paraíso sensual, ved aquí

„sin contradiccion las verdaderas causas del establecimiento „y de los progresos del mahometismo.” Los discípulos de Jesucristo por el contrario, hicieron recibir su ley á los siglos y á los pueblos mas ilustrados, emplean la dulzura, la sumision, la paciencia, y no la fuerza ni la violencia; sufriendo persecucion, léjos de perseguir ellos; prodigando sus bienes y su vida, en vez de quitárselos á los otros; predicando una moral santa y severa, que contraría la imaginacion, las pasiones y los sentidos, en lugar de halagarlos.

PÁG. 25.

[16] *Los oráculos callan.* La cesacion de los oráculos en tiempo de Jesucristo y de sus apóstoles, al ménos sucesivamente y por grados, y siempre de un modo mui sensible, está acreditada por la mayor parte de los autores paganos. Se ha procurado eludir y debilitar en lo posible la fuerza de este testimonio, principalmente haciendo consistir este silencio de los oráculos en el tiempo de que se trata, en otras causas que las que le atribuimos. Mas que responder al desafio que los primeros cristianos hacian á los paganos provocándolos á permitir públicamente y á presencia de los tribunales, hacer experiencia del poder que el nombre de Jesucristo les daba sobre los demonios y sobre sus oráculos, bajo la pena de que los fieles que no cumplieran su promesa, sufriesen el ultimo suplicio? (*Vease el Apologético de Tertuliano.*) „Que se traiga, dice Lactancio, un hombre verdaderamente poseido del demonio; que se nos presente el sacerdote mismo de Apolo de Delphos, temblarán uno y otro al solo nombre de Dios: Apolo saldrá tan pronto de su profeta, como el demonio del cuerpo de este poseido; y el profeta abandonado del dios á quien ahuyentará la invocacion del nombre del Altísimo, será para siempre reducido á silencio.” (*Instruccion divina, lib. 4.º, cap. 27.*)

El mismo Lactancio refiere, que estando presente un solo cristiano sin ser conocido en la pompa de un sacrificio, los Arúspices no habian podido sacar ninguna luz de las entrañas de las víctimas, ni obtener ninguna respuesta. Por lo cual, exclamando el sacerdote que allí habia, en la multitud algun profano, el pueblo animado con este discurso habia exitado una especie de tumulto.

„Venid, decia San Cipriano, y reconoced la verdad de lo que os anunciamos; y pues que haceis profesion de adorar á los dioses, cred al ménos á los que juzgais dignos de vuestro culto.” (*Libro contra Demetrio.*)

„Los malos espíritus, dijo en otra parte, conjurando en nombre del verdadero Dios, nos ceden sin titubear, se confiesan vencidos, y son obligados á salir de los cuerpos que poseen.”

„Quien quisiere, dice San Atanacio, experimentarlo, ven-

ga... verá como al solo nombre de Jesus huyen los demonios, cesan los oráculos, y la magia con todos sus encantos queda confundida." (*Libro de la Encarnacion del Verbo de Dios*).

Minucio Felix, atestigua esto con los mismos paganos. „La mayor parte de vosotros no ignora las confesiones que los demonios han hecho siempre que han sido forzados por nuestros exorcismos y oraciones á salir de los poseidos... ¿Mentirian para deshonrarse en vuestra presencia? Creed pues á su propio testimonio, creed que dicen la verdad cuando confiesan que no son mas que demonios." (*Contra Octavio*).

Este solo nombre de Jesus, dice Arnobio, ahuyenta los espíritus malignos, y hace callar los oráculos. (*Contra los gentiles*).

PÁG. 26.

[17] *Y su famoso templo, que Juliano se esforzó envano á reedificar.* El emperador Juliano quiso eternizar su memoria reedificando soberbiamente el templo de Jerusalem. „Esta feliz noticia, dice Le-Beau (*Historia del bajo imperio*, lib. 13), se difunde en un momento por los países vecinos. Los judios acudieron de todas partes con un empeño increíble...; cada uno creía santificarse contribuyendo á esta piadosa empresa. Sin embargo, Cirilo obispo de Jerusalem, mejor instruido que los judios del sentido de sus profecias, se movía de sus esfuerzos. Abiertamente decia, que habia llegado el tiempo en que el oráculo del Salvador del mundo iba á cumplirse á la letra; que de aquel vasto edificio no quedaría piedra sobre piedra."

Se cumplió en efecto, y ved aquí como habla Amiano Marcelino, autor pagano que vivia en este mismo tiempo. „La actividad de Juliano, que á todo se extendia, para immortalizarse con monumentos que le sobrevivieran, formó el designio de reedificar á toda costa el templo soberbio de Jerusalem, que despues de mil encarnizados combates que hubo mientras duraba el sitio que le puso Vespaciano, fué al fin destruido por Tito: encargó esta comision á Alipio de Antioquia, que habia gobernado en otro tiempo la Gran Bretaña en clase de vicario de los prefectos. Mientras que este hombre, secundado por el gobernador de la provincia, apresuraba mucho la obra, formidables globos de fuego se lanzaban sin interrupcion cerca de los simientos, hicieron este lugar inaccesible á los trabajadores, de quienes algunos fueron quemados; y la obstinacion de las llamas en repeler á cuantos se acercaban obligó á desistirse de la empresa." (*Lib. 23 cap. 1.º*).

„Este milagro, dice tambien Le-Beau, pasó á los ojos del

universo; y la providencia ha perpetuado su memoria por testimonios auténticos que ningun pagano se atrevió á desmentir. San Gregorio Nazianceno y San Juan Crisóstomo, contemporaneos de este acontecimiento, lo describieron con todas las circunstancias. San Ambrosio, que vivia en el mismo tiempo, se aprovecha de él como de un hecho incontestable, para disuadir al gran Teodosio de restablecer un templo de los paganos. Mas lo que debe cerrar la boca á la incredulidad, es la autoridad de los enemigos del cristianismo. Amiano Marcelino que estaba entónces en la corte, atestigua la verdad de este prodigio, y si se abstiene de hablar de los obstáculos que el cielo y la tierra opusieron á su designio, su silencio está suplido por un autor que no es de menor peso, porque no era ménos interesado en ocultar la verdad. Un famoso rabino, que escribia en el siglo siguiente, refiere el hecho; y lo que debe ser de una gran consideracion, lo refiere conforme á los anales de la nacion judía. En nuestros dias, un protestante celebre, Warburton, ha recogido todos estos testimonios, y ha hecho sentir su fuerza en una obra sólida y luminosa. Su excelente disertacion ha sido traducida al frances, é impresa en París en 1764.

PÁG. 26.

[18] *Los judios..... Conservando donde quiera una existencia tan precaria y continuada sin embargo desde tanto tiempo sin mezcla y sin interrupcion.* „En las revoluciones de los vastos imperios del Oriente, se ve á los pueblos mas famosos precipitarse unos sobre otros, y amenazar sucesivamente con una ruina total á esta triste nacion, que por un inaudito prodigio, subsiste hoy mas numerosa que nunca en el seno de todas las naciones del universo. Se ha repetido cien veces, y no podria repetirse demasiado, los judios, vencidos, dispersos y malditos forman todavia en la tierra un pueblo inmenso; siglos hace, que ya no halla el menor vestigio de los Asyrios, de los Medos, de los Persas, de los Griegos y de los Romanos que los habian reducido á servidumbre. Se han perpetuado á pesar de las espantosas calamidades que una mano vengadora esparció sobre sus cabezas; y lo que ha hecho desaparecer á sus vencedores del medio de las naciones, parece que ha sido precisamente la época mas fecunda de su crecimiento. Las miras de Dios sobre este pueblo desgraciado se manifestarán en los últimos tiempos, y el preludio de su cumplimiento siempre ha sido mirado como una de las pruebas mas sorprendentes de la verdad de nuestra religion." [*Fieron, Año literario.*]

Ved en el discurso de un pastor de Berlin que hemos

citado mas arriba, un bello trozo sobre los judíos, sobre este pueblo extraño, especie de enigma incompresible al espíritu humano, si no se le considera, segun la expresion de Mr. Ancillon, como un pueblo milagroso y sometido á una direccion particular de la Providencia, para los fines mas grandes de que se puede formar idea.

CARTA CUADRAGESIMA SEXTA.

EL CONDE DE VALMONT Á SU PADRE.

¡Oh padre mio! ¡padre mio! todo está perdido para mí. Laussane.... Emilia.... ¡Qué furor!... ¡A qué extremo me he dejado llevar! Lausane está desgraciadamente herido; Emilia moribunda....; su hijo vive.... ¡Ay de mí! ¡bajo que auspicios ha nacido! ¡Hijo desgraciado! Mas les valiera la muerte que la vida. ¡Y yo, padre desgraciado! ¡Desgraciado esposo! Si Emilia muere, siendo yo la causa, no me queda mas que morir.

CARTA CUADRAGESIMA SETIMA.

EL MARQUEZ Á SU HIJO,

¡Hijo mio querido! no te dejes abatir, ni te abandones á una cobarde desesperacion. ¡No te quedará bastante fuerza para soportar la vida [1], si quiera en obsequio de tu hijo, de un padre que solo vive para tí, y acaso tambien de Emilia? Y si ella muere.... ¡Qué pena mas justa podría el cielo imponerte en su clemencia, que la de sobrevivirle!

Las Señoritas de Veymur, acompañadas del mas jóven de los hermanos, llegarán casi al tiempo que Bazin que te lleva mi carta. Ellos vuelan como generosos amigos á tu socorro y al de Emilia. Solo el Conde queda conmigo, en cuyo seno exhalo mi vivo dolor. En estos momentos tan difíciles, tan penosos para mí, él es mi apoyo, y

sobre todo Dios. ¡Oh hijo mio! hay una religion, hay un Dios justo, árbitro de nuestra suerte; hay otra vida fuera de esta, para satisfacer á su justicia. ¡Ó Dios soberanamente equitativo, pero Dios clemente y bueno, tened compasion de mí, tened piedad de mi hijo!

NOTA.

PÁG. 42.

[1] *¿No te quedará bastante fuerza para soportar la vida?* Rousseau ha puesto en boca de un jóven á quien era pesada la vida, sofismas en favor del suicidio, que apesar de todo su aparato seductor es fácil destruir. „Mientras mas reflexión, dice el jóven, mas me convezó de que la cuestion se reduce á esta proposicion fundamental: procurar uno su bien y huir su mal sin ofender á otro, es el derecho de la naturaleza.”

La respuesta es fácil, *buscar uno su bien*, si por cierto, pero su *verdadero bien*: huir su mal, pero su *verdadero mal*; y en un ser como el hombre uno y otro no son de un momento, sino de mui diferente duracion.

Buscar uno su bien, huir su mal *sin ofender á otro*, es decir, sin ofender á Dios en su derecho sobre nosotros, ni á los hombres en los derechos de la sociedad ó en los de hombre á hombre, tal será el *derecho de la naturaleza*. Mas la proposicion asi enunciada condena el suicidio, mui léjos de autorizarlo. Esto es lo que desarrolla del modo mas sensible la respuesta del Milord á su amigo.

„Pensadlo bien, jóven; ¿qué son diez, veinte, treinta años para un ser inmortal? La pena y el placer pasan como una sombra: la vida se desliza en un instante; ella es nada en sí misma, su precio pende de su empleo. Solo dura el bien que se ha hecho; y solo por él es alguna cosa. No digas que para tí es un mal el vivir, puesto que solo de tí pende que sea un bien, y que si es un mal haber vivido, es una razon mas para vivir todavia. No digas ya que te es permitido morir, porque tanto valdria como decir que te es permitido no ser hombre, que te es permitido rebelarte contra el autor de tu ser, y engañar tu destino.... Tú crees la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y la libertad del hombre, sin duda no piensas que un ser inteligente recibe un cuerpo y es colocado en la tierra por casualidad, solo para vivir, sufrir y morir. ¿Hay tal vez en la vida humana un

citado mas arriba, un bello trozo sobre los judíos, sobre este pueblo extraño, especie de enigma incompresible al espíritu humano, si no se le considera, segun la expresion de Mr. Ancillon, como un pueblo milagroso y sometido á una direccion particular de la Providencia, para los fines mas grandes de que se puede formar idea.

CARTA CUADRAGESIMA SEXTA.

EL CONDE DE VALMONT Á SU PADRE.

¡Oh padre mio! ¡padre mio! todo está perdido para mí. Laussane.... Emilia.... ¡Qué furor!... ¡A qué extremo me he dejado llevar! Lausane está desgraciadamente herido; Emilia moribunda....; su hijo vive.... ¡Ay de mí! ¡bajo que auspicios ha nacido! ¡Hijo desgraciado! Mas les valiera la muerte que la vida. ¡Y yo, padre desgraciado! ¡Desgraciado esposo! Si Emilia muere, siendo yo la causa, no me queda mas que morir.

CARTA CUADRAGESIMA SETIMA.

EL MARQUEZ Á SU HIJO,

¡Hijo mio querido! no te dejes abatir, ni te abandones á una cobarde desesperacion. ¡No te quedará bastante fuerza para soportar la vida [1], si quiera en obsequio de tu hijo, de un padre que solo vive para tí, y acaso tambien de Emilia? Y si ella muere.... ¡Qué pena mas justa podría el cielo imponerte en su clemencia, que la de sobrevivirle!

Las Señoritas de Veymur, acompañadas del mas jóven de los hermanos, llegarán casi al tiempo que Bazin que te lleva mi carta. Ellos vuelan como generosos amigos á tu socorro y al de Emilia. Solo el Conde queda conmigo, en cuyo seno exhalo mi vivo dolor. En estos momentos tan difíciles, tan penosos para mí, él es mi apoyo, y

sobre todo Dios. ¡Oh hijo mio! hay una religion, hay un Dios justo, árbitro de nuestra suerte; hay otra vida fuera de esta, para satisfacer á su justicia. ¡Ó Dios soberanamente equitativo, pero Dios clemente y bueno, tened compasion de mí, tened piedad de mi hijo!

NOTA.

PÁG. 42.

[1] *¿No te quedará bastante fuerza para soportar la vida?* Rousseau ha puesto en boca de un jóven á quien era pesada la vida, sofismas en favor del suicidio, que apesar de todo su aparato seductor es fácil destruir. „Mientras mas reflexión, dice el jóven, mas me convezó de que la cuestion se reduce á esta proposicion fundamental: procurar uno su bien y huir su mal sin ofender á otro, es el derecho de la naturaleza.”

La respuesta es fácil, *buscar uno su bien*, si por cierto, pero su *verdadero bien*: *huir su mal*, pero su *verdadero mal*; y en un ser como el hombre uno y otro no son de un momento, sino de mui diferente duracion.

Buscar uno su bien, huir su mal *sin ofender á otro*, es decir, sin ofender á Dios en su derecho sobre nosotros, ni á los hombres en los derechos de la sociedad ó en los de hombre á hombre, tal será el *derecho de la naturaleza*. Mas la proposicion asi enunciada condena el suicidio, mui léjos de autorizarlo. Esto es lo que desarrolla del modo mas sensible la respuesta del Milord á su amigo.

„Pensadlo bien, jóven; ¿qué son diez, veinte, treinta años para un ser inmortal? La pena y el placer pasan como una sombra: la vida se desliza en un instante; ella es nada en sí misma, su precio pende de su empleo. Solo dura el bien que se ha hecho; y solo por él es alguna cosa. No digas que para tí es un mal el vivir, puesto que solo de tí pende que sea un bien, y que si es un mal haber vivido, es una razon mas para vivir todavia. No digas ya que te es permitido morir, porque tanto valdria como decir que te es permitido no ser hombre, que te es permitido rebelarte contra el autor de tu ser, y engañar tu destino.... Tú crees la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y la libertad del hombre, sin duda no piensas que un ser inteligente recibe un cuerpo y es colocado en la tierra por casualidad, solo para vivir, sufrir y morir. ¿Hay tal vez en la vida humana un

término, un fin, un objeto moral? Te suplico me respondas claramente sobre este punto.....

„¿Tu muerte no hace mal á nadie?....Hablas de los deberes del magistrado y del padre de familia, y porque no te han sido impuestos te crees dispensado de todo. ¿Y nada debes á la sociedad, á quien debes tu conservacion, tus talentos, tus conocimientos; á la patria á quien perteneces; á los desgraciados que necesitan de tí? ¿Qué exacta enumeracion haces! Entre los deberes que cuentas no olvidas los de el hombre y del ciudadano....¿Y qué dices de la prohibicion expresa de las leyes? Las leyes, las leyes, ó jóven, ¿son despreciables para el sábio? Sócrates inocente, no quiso salir de la prision por respeto á ellas: tu no vasilas en violarlas para salir injustamente de la vida, y preguntas: ¿qué mal hago?...¿Bien quedas atreviéndote á hablar de morir, cuando debes á tus semejantes el uso de tu vida! Sabe que una muerte tal como tu la meditas es vergonzosa y furtiva. Es un robo hecho al género humano. Antes que dejarla vuelve lo que ha hecho por tí. Mas no dependo de nada; soy inútil en el mundo. ¿Filósofo de un día! ¿Ignoras que no podrias dar un paso en la tierra sin hallar algun deber que cumplir, y que todo hombre es útil á la humanidad con solo existir?...¿Insensato! Lastima tengo de tus errores. Si te queda en el fondo del corazon el menor sentimiento de virtud, ven, te enseñaré á amar la vida. Siempre que te halles tentado de salir de ella, di á tí mismo: *haré todavía una buena obra antes de morir*....Si esta consideracion te detiene hoy, te detendrá tambien mañana, pasado mañana, toda la vida.”

He aquí lo que la razon sola podia decir. ¿Pero es menester tanto razonamiento para quien cree la religion cristiana? ¿Puede uno estar mui convencido de sus amenazas y de sus promesas, y querer, para librarse de una vida mezclada de placeres y de penas, abrirse en un instante y de un golpe una eternidad de los mas espantosos suplicios? Confesémoslo para vergüenza de la incredulidad, la decadencia de la religion cristiana entre nosotros, es lo que hace hoy tan comun el suicidio.

CARTA CUADRAGESIMA OCTAVA.

EL CONDE DE VALMONT AL MARQUEZ.

Emilia está todavía en el mismo estado. Lausanne ha muerto. Su familia, instruida de lo que hasta entónces se le habia ocultado, toma sus medi-

das para perderme, sin comprometerse [a]. Estoy oculto en la casa de las Señoritas de Veymur, que estan aquí bajo nombres fingidos. Mr. de Veymur no me desampara un solo momento, y su presencia así como vuestra última carta, me sostiene contra mí. Su muger está incesantemente á la cabecera de la cama de su querida Emilia, á quien su vista parece que infunde un débil alivio. En los momentos en que esta espesa querida tiene el espíritu mas despejado, la piedad forma toda su fuerza. ¿Qué piedad, gran Dios! ¿Qué cuadros he visto! y en sus contrastes ¡qué argumentos á favor de la religion! Dentro de dos dias os instruiré de todo. Pero el estado de Emilia, lo confieso, me inquieta y me agita demasiado para dejarme fuerza con que deciros lo bastante. ¿Qué no haya yo seguido vuestros sábios consejos!, ¡ó Dios! ¡qué no los hubiera seguido!

CARTA CUADRAGESIMA NOVENA.

EL MISMO AL MISMO.

Ayer estaba Emilia en las últimas. Hacia mucho tiempo que conocia su estado, no obstante la compasion bárbara, decia ella á sus criadas, que nos estaba induciendo á ocultárselo. Desde los primeros dias de su enfermedad, deseaba recibir los últimos sacramentos; los ha recibido por fin, y han producido en ella un efecto enteramente contrario al que yo aguardaba. Le han infundido mas calma; y en cierto modo la han tornado á la vida, y todavía luce para mí un rayo de esperauza. Su hijo, á quien ha pedido con las mas vivas instancias, está á su vista; y pluguiese al cielo que no

[a] Según las leyes, de dos hombres que se batieren en duelo, no se puede formar el proceso de uno, sin herir la memoria del otro, sin desenterrar tambien su cadáver, si está sepultado, y sin condenarlo á ser arrastrado sobre el zárzo.

término, un fin, un objeto moral? Te suplico me respondas claramente sobre este punto.....

„¿Tu muerte no hace mal á nadie?....Hablas de los deberes del magistrado y del padre de familia, y porque no te han sido impuestos te crees dispensado de todo. ¿Y nada debes á la sociedad, á quien debes tu conservacion, tus talentos, tus conocimientos; á la patria á quien perteneces; á los desgraciados que necesitan de tí? ¿Qué exacta enumeracion haces! Entre los deberes que cuentas no olvidas los de el hombre y del ciudadano....¿Y qué dices de la prohibicion expresa de las leyes? Las leyes, las leyes, ó jóven, ¿son despreciables para el sábio? Sócrates inocente, no quiso salir de la prision por respeto á ellas: tu no vasilas en violarlas para salir injustamente de la vida, y preguntas: ¿qué mal hago?...¿Bien quedas atreviéndote á hablar de morir, cuando debes á tus semejantes el uso de tu vida! Sabe que una muerte tal como tu la meditas es vergonzosa y furtiva. Es un robo hecho al género humano. Antes que dejarla vuelve lo que ha hecho por tí. Mas no dependo de nada; soy inútil en el mundo. ¿Filósofo de un día! ¿Ignoras que no podrias dar un paso en la tierra sin hallar algun deber que cumplir, y que todo hombre es útil á la humanidad con solo existir?...¿Insensato! Lastima tengo de tus errores. Si te queda en el fondo del corazon el menor sentimiento de virtud, ven, te enseñaré á amar la vida. Siempre que te halles tentado de salir de ella, di á tí mismo: *haré todavía una buena obra antes de morir*....Si esta consideracion te detiene hoy, te detendrá tambien mañana, pasado mañana, toda la vida.”

He aquí lo que la razon sola podia decir. ¿Pero es menester tanto razonamiento para quien cree la religion cristiana? ¿Puede uno estar mui convencido de sus amenazas y de sus promesas, y querer, para librarse de una vida mezclada de placeres y de penas, abrirse en un instante y de un golpe una eternidad de los mas espantosos suplicios? Confesémoslo para vergüenza de la incredulidad, la decadencia de la religion cristiana entre nosotros, es lo que hace hoy tan comun el suicidio.

CARTA CUADRAGESIMA OCTAVA.

EL CONDE DE VALMONT AL MARQUEZ.

Emilia está todavía en el mismo estado. Lausanne ha muerto. Su familia, instruida de lo que hasta entónces se le habia ocultado, toma sus medi-

das para perderme, sin comprometerse [a]. Estoy oculto en la casa de las Señoritas de Veymur, que estan aquí bajo nombres fingidos. Mr. de Veymur no me desampara un solo momento, y su presencia así como vuestra última carta, me sostiene contra mí. Su muger está incesantemente á la cabecera de la cama de su querida Emilia, á quien su vista parece que infunde un débil alivio. En los momentos en que esta espesa querida tiene el espíritu mas despejado, la piedad forma toda su fuerza. ¿Qué piedad, gran Dios! ¿Qué cuadros he visto! y en sus contrastes ¡qué argumentos á favor de la religion! Dentro de dos dias os instruiré de todo. Pero el estado de Emilia, lo confieso, me inquieta y me agita demasiado para dejarme fuerza con que deciros lo bastante. ¿Qué no haya yo seguido vuestros sábios consejos!, ¡ó Dios! ¡qué no los hubiera seguido!

CARTA CUADRAGESIMA NOVENA.

EL MISMO AL MISMO.

Ayer estaba Emilia en las últimas. Hacia mucho tiempo que conocia su estado, no obstante la compasion bárbara, decia ella á sus criadas, que nos estaba induciendo á ocultárselo. Desde los primeros dias de su enfermedad, deseaba recibir los últimos sacramentos; los ha recibido por fin, y han producido en ella un efecto enteramente contrario al que yo aguardaba. Le han infundido mas calma; y en cierto modo la han tornado á la vida, y todavía luce para mí un rayo de esperauza. Su hijo, á quien ha pedido con las mas vivas instancias, está á su vista; y pluguiese al cielo que no

[a] Según las leyes, de dos hombres que se batieren en duelo, no se puede formar el proceso de uno, sin herir la memoria del otro, sin desenterrar tambien su cadáver, si está sepultado, y sin condenarlo á ser arrastrado sobre el zárzo.

hubiera de temerse mas por su madre que por él! Hoy que mi situacion es mas tranquila, me aprovecho de ella para referiros mas extensamente mis extravios y mis desgracias.

Vos habeis presentido el exceso que á mi caracter impetuoso, mis pasiones vivas y ardientes podian arrastrarme; he acreditado demasiado todos vuestros temores.

Amigos indiscretos me referian sin cesar propósitos ó manejos de Lausane, que inflamaban mi celo, y realizaban á mis ojos las quimeras que yo me habia formado. Los emisarios que yo habia puesto en todas partes para observar sus pasos, emponzoñaban tambien sus discursos ligeros, aumentaban cada dia mis sospechas. Se hacia una diversion de mi credulidad; y queriendo hacerla servir á proyectos horribles que él mismo me ha descubierto, creyendo ademas que por el crédito y autoridad de que gozaba nunca me atreveria yo á comprometer un lance sério por una pretendida galantería, puso por fin el colmo á sus traiciones con la invencion mas abominable. Manifestó á mis confidentes un retrato de Emilia, acompañado de una carta que parecia escrita de su mano, y en la cual, despues de un preambulo mui natural sobre los cuidados que siempre habia tenido en ocultar á mis ojos su apego hácia él, de nuevo le recomendaba que se condujera delante de mi con mayor circunspeccion, y le remitiera una prenda de su ternura tal como él la deseára.

De todos mis amigos, el Baron empleó aquel de quien yo ménos desconfiaba, para cogerme con mas seguridad en la red que me tendia. Con su relacion no tuve dificultad en creer á Emilia culpable. Sin embargo, me reprimia yo lo bastante para exigir de este amigo pérfido que me dejase ver por lo ménos la carta, que era el documento mas seguro de la infidelidad de Emilia. Me prometió emplear todos sus cuidados para quitársela á Lausane, y al dia siguiente me la remitió. Juzgad de mi furor cuando creí reconocer allí la letra de mi

esposa, que tan indignamente parecia faltarme y faltarse á sí misma. No escuchando ya en este instante mas que la pasion que me arrebatava, corrí á su aposento. „Desgraciada, le dije acometiendola, „deja caer la mascara de tu falsa virtud; lee, y „confundete.” Leyó, y volviéndome la carta: „Es „mi letra, dijo; se ha fingido de modo de engañar- „me á mí misma; pero no son, amado esposo, ni mi „estilo ni mis sentimientos.” La sangre fria con que pronunció estas palabras, en vez de iluminarme, no hizo mas que redoblar el horror de que me sentia penetrado, y animarme aun mas á la venganza. La dejé, atreviéndome á culparla de tener tal descaro, que ya no sabia sonrojarse; y corrí á buscar á Lausane. Seguidme, le dije, cobarde é infame seductor. —Ola, para cobarde é infame, eso es mucho, me respondió; y me siguió al instante. En la calle, y mientras que me hacia llevar con él á un lugar apartado, me dijo: „Expliquémonos, y no sea que „pequeñas intrigas de amor sin designio y sin con- „secuencia, separen para siempre á dos amigos que „tanto tiempo han vivido el uno para el otro; mu- „cho me costaria quitaros la vida; y os perdeis aten- „tando contra la mia.” Yo miré como una falta de valor lo que solo era fruto de una reflexion mas madura, ocasionada por mi arrebato, y ni me digné responder á esto, sino con el silencio mas profundo y el mas completo desprecio. Bajados de la carrosa en el parque de Vincennes, é introduciendonos en lo mas espeso del bosque: no hay cuartel, exclamé, en el transporte que me agitaba; y acometiendo contra el Baron sin miramiento ninguno, recibí de él una herida ligera; mas despues del combate mas obstinado le tendí casi muerto á mis pies. „Implóro vuestro socorro, me dijo al caer; concedéd- „melo por compasion, por vos mismo, y todavia mas „por vuestra fiel y mui desgraciada esposa.” No pudo ya decirme mas. Corrí á hacer que se acercara la corrosa que nos habia traído, y nuestros criados de camara á quienes habiamos tenido la precaucion de conducir con nosotros. Me ayuda-

ron á levantar al Baron, quien prescribió al suyo un silencio que no ha guardado; y se volvió á conducir á su morada.

En cuanto á mí, penetrado vivamente de las pocas palabras que se le habian escapado, me apresuré á reunirme con Emilia. ¡Ah! temia volverla á ver, casi tanto como lo deseaba; y ¡en qué estado, gran Dios, la encontré á mi vuelta! Un parto súbito, pero violento, causado por el mui justo temor que habia producido en ella mi partida precipitada, la habia puesto á dos dedos de la muerte. Acababa de parir, pero le quedaban convulsiones horrosas y un trasporte que enagenaba enteramente su razon. Apesar de la cantidad de sangre que habia perdido, el ardor de la fiebre le daba una fuerza difícil de contener; y mientras que sus criadas estaban llorosas al pie de su cama, sus domésticos difícilmente la sujetaban en medio de los sacudimientos vivos y continuos que experimentaba en todos sus miembros. La tomé yo mismo en mis brazos, y á cada instante estaba dispuesta á escaparseme. Creíase que iba á espirar; se quería que me retirara: pero yo no escuchaba nada, y no sabia ni lo que se me decía, ni lo que hacia; toda mi atencion se limitaba á contener á Emilia, á quien estrechamente abrazaba, y con quien yo no pensaba más que en morir. Sin embargo, su agitacion se calmó poco á poco, algunos auxilios aplicados oportunamente le devolvieron tambien el uso de la razon; pero se encontró tan débil como fuerte y violenta se hallaba pocos momentos antes. Dirigió hácia mí languidas miradas, me tendió una mano desfallecida, y solo pudo proferir estas pocas palabras: „Querido esposo, siempre te amo.“ Un letargo profundo sucedió inmediatamente al estado de languidez y de abrumamiento: se recobró afuerza de cuidados; y yo, inmóvil y estúpido, tenia su mano apretada entre las mias, y no podia llorar. Despues de un tiempo bastante largo pasado en este estado, abrió de nuevo los ojos y los dirigió aun mas tiernamente á mí: „No puedo, dijo, querido esposo, sostener la

situacion en que te veo.“ Volvió á caer en su desfallecimiento.

Se aprovechó este momento para quitarme de cerca de ella; se me llevó á la recamara inmediata donde estaba mi hijo: me senté cerca de él; y la emocion que me causó su vista, reviviendo mis espíritus casi extraviados, me hizo por fin derramar lágrimas. En el instante que me sentia mas aliviado, y en que adquiria alguna fuerza en mis males, vinieron á decirme que Emilia estaba mejor, pero que necesitaba reposo y que un desconocido preguntaba por mí: era un hombre enviado por Lausane, para decirme que estaba mui grave y que deseaba hablarme; corrí allá. Su herida se habia calificado de mortal. „Acaso me quitais la vida, me dijo despues de haber hecho retirar á los que le rodeaban; pero lo he merecido; la Condesa es inocente, y la carta que he fingido, estaba destinada para hacerme culpable ante vos, aun mas de lo que ya lo era. Yo estaba bastante convencido de que se la manifestarias; pero pensaba tambien, según el caracter que os conozco, y según las señales tan seguras de la apariencia de su infidelidad, que ninguna explicacion de su parte pudiera impedir que se rompiese con ella. No creyendo por otra parte que con las miras de engrandecimiento y elevacion que me habeis comunicado, quisiereis habérosias conmigo, ni exponeros á perderlo todo por una muger infiel; en vuestro rompimiento fundaba yo mis mas dulces esperanzas. El hábito que se ha hecho adquirir á la Condesa de pasearse diariamente para conservarse con salud, me habia hecho concebir el designio de aprovechar uno de sus paseos para robarla. Para este fin habia ganado á su cochero y á su volante y á La-Roche (tres de sus gentes que yo os habia proporcionado), y todo lo demas estaba dispuesto. Si al contrario, tomabais el partido de alejarla y de separaros, habia resuelto forzar su retiro, sino conseguia robarla en el camino. Este robo, decia yo, de cualquier modo que se haga, no será de

„mi cargo. Despues del escándalo del rompimiento,
„se dió abiertamente que la Condesa se ha echado
„en mis brazos; que ha venido á poner en mis ma-
„nos el fruto de nuestros amores; que su marido
„ha sido tomado por juguete; y sea lo que fuere,
„lo que suceda con la Condesa, quedará satisfecha
„mi pasion, ó al ménos mi vanidad.

„¿Qué monstruo! exclamé yo al instante. ¿Qué!
„¿ni aun respetabais el estado de Emilia! . . . ¡Y ahora
„se muere. . . ! „Yo era un monstruo, me respon-
„dió Lausane, convengo en ello; pero yo era deudor
„á su justificacion, á vuestro reposo y al mio de esta
„relacion tan penosa y tan humillante para mí.
„Todo lo he hecho por seducir á la Condesa, y
„confieso que el triunfo á que aspiraba interesaba
„en mí tanto el orgullo como el amor. Por medio
„de falsas delaciones hice alejar á vuestro padre, cu-
„ya presencia y consejos me hubieran servido de
„obstáculo; os hice incrédulo como yo, para que fue-
„seis ménos querido á Emilia, ménos escrupuloso,
„ménos delicado y ménos fiel; os he inspirado pa-
„siones y preocupaciones mas favorables á mis mi-
„ras; he querido emplear los mismos recursos para
„con la Condesa, pero siempre la he hallado ar-
„mada de su virtud contra toda especie de seduc-
„cion. Os he causado todo el mal que he podido
„sin aborreceros, y yo soy la primera víctima de
„él. Hay un Dios justo, Valmont; mui tarde
„lo conozco, y no me siento con fuerza para con-
„fesarlo abiertamente. . . . Hay un Dios!” Lausa-
„ne se calló en estas palabras. Un sudor frio co-
„rria por su frente: la agitacion mas violenta se
„pintaba en sus ojos y en todas sus facciones. Vién-
„dolo en este estado, la compasion sucedió en el
„fondo de mi corazon á todos los sentimientos de
„furor y de odio. Llamaba yo para que le socorrieran;
„y agachándome hácia él: „os perdono, le dije bas-
„tante bájo para que no me oyeran; pero pues que
„hay un Dios, pensad seriamente en reconciliaros con
„él.” „Mañana os aguardo, me respondió, y por se-
„gunda vez tened compasion de mí.” Le apreté la

mano con una mezcla inesplicable de humanidad,
de compasion, de desprecio y de horror.

Me apresuré á volverme con mi querida Emilia,
con el espíritu corroido de inquietudes, y con el
corazon mas que nunca lleno de estimacion, de res-
peto y de amor á ella. No se me permitió verla
mas que un momento. Su situacion era siempre la
misma: teníala presente en mi sueño, si acaso he
dormido en toda esta noche, la mas tempestuosa
de mi vida. Entré á la pieza de Emilia, la ví un
momento sin que me viese: abracé á mi hijo, y
corrí á casa de Lausane. Nadie sospechaba todavia
lo que habia pasado entre nosotros; y los razona-
mientos que el público formaba, siempre mal ins-
truido de esta especie de negocios, para nada se
dirigian á mí. Luego que yo me presenté nos deja-
ron solos como lo habian mandado.

„Venid, me dijo, venid á disfrutar el placer de
„la venganza. . . . Os ha vengado el cielo. Venid á
„ver un desgraciado despedazado por sus remordi-
„mientos, combatido por mil afectos contrarios, que
„no sabe ni lo que debe creer ni lo que puede es-
„perar; que donde quiera que se dirigen sus re-
„flexiones, solo ve motivos de temor, nada en que
„poder apoyarse. ¡Horrible situacion! ¡O Galileo,
„has vencido!” Pero si ha vencido, le dije extreme-
ciéndome, blasfemais como Juliano [a]: si la religion
cristiana es verdadera, como empieso á creerlo, ella
nos ofrece un Dios salvador, medios de reconciliacion.
„¿Qué! ¿esta religion que siempre he desconocido,
„deshonrado, ultrajado! . . . ! Seria el socorro de los
„impíos, de los criminales como yo! ¡Ah! algunos

[a] Teodoro, y otros escritores despues de él, re-
fieren, que cuando Juliano se vió herido de muerte,
recibió en su mano la sangre que corria de su herida;
y arrojándola al aire exclamó: *sáctate, Galileo; tu me
has vencido, pero yo te renuncio todavia*; y despues de
haber blasfemado así contra Jesucristo, vomitó tambien
mil imprecaciones contra sus dioses de que se veía
abandonado.

„veces cuando blasfemaba de ella, mi corazon des-
 „mentia mis lábios. ¿Me habia de bastar hoy decir
 „me arrepiento, para que me fuese favorable? Mi-
 „nistra tus auxilios á otro que no sea yo: ofrécelos
 „á Emilia que no los necesita: en cuanto á mí, solo
 „me arrepiento de haber podido parecerme débil. ¿Y
 „qué papel quieres hacerme desempeñar? He de
 „pedir un sacerdote, confesarme!—¿Porqué no; si lo
 „habeis hecho delante de mi haciéndome confiden-
 „te de vuestros crímenes?—„Sí, pero esto es entre no-
 „sotros. Desde el momento que me sentí herido,
 „no he podido soportar todo el peso de mis remor-
 „dimientos. Desde este momento fatal las reflexio-
 „nes no han hecho mas que ensangrentar la herida
 „que está en el fondo de mi corazon, necesitaba yo
 „uno á quien descubrirme sin violencia, y no po-
 „dia hacerlo con mas utilidad que al esposo de Emilia.
 „Sin embargo, nadie sabe cual es el asunto de nues-
 „tra conversacion, y de lo contrario el público mui
 „pronto lo sabria todo....—Pero Señor, ¿qué im-
 „porta el público en momentos tan preciosos, y quan-
 „do quizas ya no ha de haber á vuestros ojos otro
 „juez de vuestras acciones que Dios mismo?—„¿Qué
 „importa!...¿Pues qué, me has condenado á muerte?
 „¿Ya no hay esperanza para mí? Anda, por lo mé-
 „nos has que rueguen por un desgraciado, que no
 „tiene fuerza para orar por sí mismo. Has que di-
 „gan misas por mi curacion; los mas valientes de
 „nuestros corifeos han hecho otro tanto [1]....” Su
 „rostro inflamado bastante me anunciaba que era
 „tiempo de acabar, si no queria agriar su mal y
 „alimentar el trasporte que le agitaba. Casi no es-
 „taba en sí. Le dejé invitándolo á que reposara, y no
 „diese lugar mas que á reflexiones capaces de tran-
 „quilizarlo y consolarlo.

Por muchos dias atendia tanto á él como á la
 Condesa. El estado de Emilia requeria mayores
 cuidados, y parecia empeorarse de dia en dia. El
 del Baron era totalmente desesperado. La gan-
 grena habia caido á su herida; habia atacado las
 partes mas nobles, y no se temia anunciarle que

el mal era irremediable, y que solo le faltaban al-
 gunas horas de vida. ¡Gran Dios! ¿qué noticia para
 él! ¿En qué situacion lo ví en estos últimos mo-
 mentos! ¿dónde hallaré colores bastante fuertes para
 pintar bien este horroroso cuadro! „¿Es necesario
 „pues morir! me dijo luego que me vió, ¿y adonde
 „iré? ¡O nada, yo te imploro, sé mi Dios! ¡Ven
 „por compasion á devorar todo mi ser! ¡Ven, qué
 „solo en tí tengo socorro: te vuelvo lo que me has
 „dado.... ¡Ay de mí! te imploro en vano. Tú nada
 „podias darme: nada me puedes quitar. Dios cruel,
 „Dios implacable, si existe alguno; ó tú que has
 „jugado con mi ser, que has jugado con mi suerte,
 „¿qué vas á hacer de mí [a]...?” ¡O amigo mio!
 le dije interrumpiéndolo, ¿qué haceis! Que fantas-
 ma horrible os habeis formado para atormentaros.
 Hay un Dios bueno, un Dios clemente, aun para
 culpables como nosotros. ¡Ah! yo quiero ahora li-
 songearme con elló; sí, Lausane, hay un Dios sal-
 vador.—„Que haga pues milagros; que me haga creer;
 „que me haga esperar; que al momento cambie mi
 „espíritu y mi corazon, que me dé fuerza de con-
 „fesar que estoy engañado, que hartó lo he queri-
 „do, pues que mi incredulidad mas era obra de mis
 „pasiones que de mi razon, que no era muchas ve-
 „ces mas que una máscara con que yo cubria mi
 „flaqueza, era un estado de duda mas bien que de
 „seguridad y de tranquilidad.”—Pidamos en comun,
 amigo mio, esa fuerza de que necesitas. El tiempo
 se estrecha; he traído con migo un ministro caritativo.

„Sí, exclamó al entrar uno de nuestros es-
 „píritus fuertes, amigo intimo de Lausane, y uno
 de sus discípulos de impiedad, ¿será bonito ver á
 mi maestro *extremamente* por todos los senti-
 dos, muriendo en brazos de un clérigo! ¿Y qué!
 Baron, ¿tienes miedo del infierno?” Es permitido,

[a] Un antiguo filósofo decia: *Dubius vixi, insertus
 maior; quó vadam neciò: sens entium, miserere mei!*
 He vivido en dudas; muero con incertidumbre; no sé
 donde iré. ¡Ser de los seres, ten misericordia de mí!

le respondi, temblar por lo ménos; yo no aconsejo á nuestro amigo que sea fuerte á despecho de su conciencia y contra Dios mismo.—„Oh, su conciencia! es la de un enfermo; lo que me admira es, „que estando tú con salud, te halles tan débil como „él. Anda, Baron, dijo retirándose y haciendo pi- „ruetas, anda al otro mundo, resguardado de pasa- „portes que solo son buenos para los necios; y has „decir á los que se apresuran á encomiar tu valor, „que antes de morir ya no lo tenias.”

Ved aquí pues, dije á Lausane, que parecia horrori- zado de aquellas frias burlas tan inoportunas, ¡ved aquí todos los consuelos y todos los recursos que nos dejan en estos últimos instantes nuestros compañeros de incredulidad! Querido Baron, permite que te presente un amigo mas fiel y socoros mas reales en el ministro de la religion.—„No, gritó violen- „tamente; que se abstenga de entrar, que salga de „mi casa; ¡á lo que me arriesgas! Vedme ya, gra- „cias á tus cuidados, la mofa y la risa de todos los „sábios!”—Oh! amigo mío, no es ahora tiempo de que te inquietes por eso. Deja esos falsos sábios echar fanfarronadas mientras que se creen léjos del pe- ligro; mas por lo que á tí toca, piensa en el pe- ligro á que te expones; decidete al ménos por lo mas cierto.—„Ah! lo arriesgo todo, me respondi, „con un aire y un metal de voz que jamás olvidaré, „lo arriesgo todo: no importa [2]; es mui tarde; y „la suerte está echada.... Dios! Dios! qué te ven- „gas ya tan cruelmente, pones la desesperacion y „el infierno en mi corazon! Te desafio á que me „hagas sufrir mas.... Todo lo pierdo.... Todo se des- „vanece á mis ojos y se hunde bajo de mí.... Qué „abismo!... Oh rabia! Oh desesperacion! Ay „desgraciado de mí!... Vete, retirate, funesto autor „de mi muerte.... Sepan, dijo levantando la voz, que „tú eres mi asesino, mi verdugo; que tu conciencia „te lo diga en cada instante por toda tu vida; que „te haga tan desgraciado como á mí. Recibe este „fatal adios y mis últimos votos; que tu Emilia, que „el fruto de sus entrañas...” á estas últimas palabras,

la rabia lo sofocó. Yo pedía socorro... ya no existía. Yo habia cogido felizmente un papel que aso- maba bajo su cabecera, y que me pareció á la primera ojeada un plan contra la religion, y á favor de la incredulidad, que os comunicaré despues [a]. Maquinalemente me puse de rodillas al pie de su cama, fijos los ojos en este desgraciado.... ¡Qué horrendo espectáculo presentaba su cadaver! Los es- fuerzos violentos que acababa de hacer dando los últimos suspiros, habian desfigurado sus facciones. Sus ojos fijos, hoscos, solo respiraban odio, venganza y furor; sus manos estaban torcidas sobre la cabeza; su aspecto era pálido y amenazante; sus lábios es- taban inchados y lívidos; su boca abierta parecia vomitar todavía impiedad y blasfemia.... Sus cria- dos no pudieron verlo sin apartar la vista y sin ex- tremecerse [3].... Despues de algunos instantes de pismo y de meditacion profunda, aterrizada mi alma, carcomida mi conciencia, oprimido de remor- dimientos, me arranqué de aquel sitio siniestro y me fui precipitadamente para donde estaba Emilia. ¡Qué contraste! Toda su casa estaba llorando, todo resonaba con la narracion de sus obras y el pane- gírico de sus virtudes; escuchabanse de todas partes gemidos y sollozos; y aunque á mi presencia se re- primian, en todos sus semblantes no leia mas que señales sensibles de la inquietud mas viva y del dolor mas amargo. Cuando llegué á donde se ha- llaba, estaba un poco ménos débil y gozaba de todo el despejo de su espíritu y de toda la calma de su razon.

„Acércate, querido Valmont, me dijo luego que me vió; me siento bastante fuerte para participar de tus penas y ayudarte á soportarlas. Mi buen amigo,

[a] Este plan fué remitido al mismo tiempo que la carta 51, con reflexiones del Conde de Valmont sobre los objetos que contiene. Se ha puesto todo al fin de las cartas de esta primera parte, pero que es esencial conservar, haciendo ademas las adiciones y cambios de que se hablará.

solamente la religion puede hacer que las soporte-
mos dignamente. Busca en ella luces y socorros
que solo ella puede darnos. ¡Cuán dulce es para
mi morir en su seno, si Dios quiere que muera!
Ella no me deja sentir sobre la tierra mas que á tí,
á nuestro respetable padre y á mi hijo. Pero qué
consuelo llevaré á la tumba, si puedo pensar que
dejo á esta tierna prenda de nuestro amor, un pa-
dre instruido por sus desgracias y guiado por la
religion? Vive, querida esposa, exclamé derramando
lágrimas; vive para hacérmela seguir, para hacérme-
la amar, para que yo acabe de conocerla y de adorarla.
„Mi vida ya no es mia, me respondió; es de quien me
la ha dado; yo se la vuelvo luego que guste reci-
birla: dichosísima yo si el sacrificio que hago de
ella, unido al de mi Redentor, puede expiar nues-
tras faltas y volvémosle propicio á los dos!... Yo
me apoyo, añadió despues de algunos momentos de
silencio, en sus misericordias, mui mas que en la
inocencia de mi vida y en la pureza de mis inten-
ciones. Siempre te he amado, querido esposo; pero
he amado bien á mi Dios, tanto como debía? Lo
he deseado al ménos con todo mi corazon, y de
todo mi corazon quiero morir en su amor. . . . ¡Cómo
pierde la muerte su amargura para una alma cris-
tiana! Ella nos quita mucho ménos de lo que nos
dá, y en esta separacion con que nos amenaza, ó
amigo mio, soy ménos digna de lastima que tú. . . .
Tú eres, amado Valmont, quien ahora debes ar-
mar te de fuerza para sostener el peso de la vida,
y para satisfacer las obligaciones que has contraido:
tú debes vivir para consolar á tu padre, para for-
mar en la religion y en la virtud al niño que el
cielo te ha dado, y para edificar con tu conversion
á tus verdaderos amigos afligidos por tus errores.
¿Me lo prometes? ¡O mi vida! ¡mi todo! le dije
poniéndome de rodillas, pide á tu Dios que vivas
todavía para terminar su triunfo sobre mi espíritu
y sobre mi corazon: él te escuchará; y yo viviendo
para tí, comenzaré á vivir para él. Mis errores
ya no están ligados á nada; mil cosas los comba-

ten y los destruyen. Te prometo cuanto quieras;
porque ya no arriesgo nada prometiéndotelo.—,Le-
vántate. . . . Ya no temo pues morir. ¡Oh Dios mio
cámplase tu voluntad, y que tu santo nombre sea
bendito.—Emilia, te lo ruego encarecidamente, pí-
dele que vivas.—,Si, se lo pido, si es para su gloria
y para nuestra salvacion.—Emilia mia, ¿me per-
donas?—,¡Ah! ¿qué si te perdono, yo que te amo con
tal ternura! Ven, mi corazon siempre ha excusado
las flaquezas del tuyo; solo he necesitado perdonar
á Lausane. ¡Ah! separo cuanto puedo sus vicios de
su persona: todavía lo estimo apesar de los males
que nos ha causado. Pero dime, ¿qué sucedió con
él? . . . ¿Te turbas, Valmont, no respondes?—Mi tier-
na amiga, tranquilízate; pronto contestaré á tu pre-
gunta, y admirarás mas que nunca los secretos de
un Dios que vigila sobre nosotros. Lausane te ha
justificado plenamente á mis ojos, si es que lo has
necesitado.—,Quiera el cielo tener misericordia de
él! . . . ,Querido Valmont, permíteme recoger para
la accion que medito; mañana recibiré los ultimos
sacramentos. No te inquietes, mi buen amigo; son
al mismo tiempo el consuelo mas dulce y el re-
medio mas eficaz en el estado en que me hallo.”

Yo respeté apesar mio la ley, que su piedad le
imponia, y me retiré gimiendo. Algunas horas des-
pues me anunciaron á Mr. de Veymur [a]. Su arribo
era inquieto y embarazoso. Huid, me dijo luego
que pudo hablarme sin testigos. En el momento
mismo de la muerte de Lausane, uno de sus cria-
dos de camara, que os acompañó al parque de
Vincennes, ha referido claramente las circunstan-
cias de vuestro lance. . . . La familia del Baron, que
pierde todas sus esperanzas, está desolada y echa
contra vos las mas terribles amenazas. El públi-
co lo sabe, y el Rey mismo no tardará en saberlo.
Huid, escondeos de las persecuciones que son tan
de temerse en estos primeros momentos. Conser-
vaos para Emilia, y venid á casa de las Señoritas

[a] El hermano del Conde de Veymur.

de Veymur que se hallan aquí bajo nombre supuesto: adrede han escogido un alojamiento cómodo y retirado, y no se quieren presentar á vuestra esposa, sino despues de haberos puesto á cubierto de todo riesgo. La noche favorece felizmente vuestro retiro; seguidme: nosotros nos encargamos de tranquilizar á Emilia.

Lo seguí con tanto mas empeño, quanto que yo ardía en deseo de ver á su cuñada y á su esposa, y de manifestarles mi vivo reconocimiento por tanto celo y fatigas. La entrevista fué tan tierna, como podia serlo sin embargo de todos mis perjuicios. Los motivos que me propusieron para hacerme aceptar el asilo que me ofrecian, eran demasiado poderosos para determinarme. Allí me quedé mientras que ellas corrieron á encargarse de mi querida y tierna amiga, y á disimular á sus ojos mi ausencia con pretextos propios para calmarla.

Lo que habia mas difícil de ordenar era la ceremonia de por la mañana. No querian que la Condesa pensara que yo tenia negocios serios y que corría peligros bastante grandes para no poder asistir; como ella lo deseaba ardentemente, á la grande acción que meditaba. Se le dijo que la decencia misma no permitia que yo me mostrara en momentos tan críticos, que un espectáculo como aquel no podia ménos que hacer en mí la impresion mas viva, y que al ménos para esconder el efecto á sus propios ojos, era conveniente que yo me retirase al guarda ropa que estaba al pie de su lecho, donde con la puerta solo entreabierta podia ver y escuchar sin ser visto. Esta precaucion no le pareció extraña. Al llegar la tarde de este dia tan precioso para ella, yo volví con la cara tapada con una capa, y acompañado de Mr. de Veymur, entré sin ruido por la puerta del jardín. Subimos á la recámara de Emilia por una escalera oculta. La ví un momento despues que hicieron retirar á todos los que la rodeaban. Estaba mucho mas grave que el dia anterior: ella creyó decirme un eterno adios; me lo dijo con ternura, con valor. Yo la interrumpí

con mis sollozos, la bañaba con mis lágrimas, no manifestaba mas que mi dolor y mi flaqueza. Ella me reanimó; me dió fuerzas con el heroismo de sus afectos y de su piedad, me recomendó de nuevo los intereses de mi alma y los de mi hijo. La estreché por otra vez entre mis brazos, y me metí al gabinete que se me habia destinado.

No tardaron en reunirse. Llegó por fin el momento que yo mas temia, y que mas vivamente deseaba Emilia: ella vió entrar á su Salvador y á su Dios. ¡Qué espectáculo de religion! ¡De qué afectos han penetrado mi corazon! Se hizo á mi esposa una exhortacion corta y patética sobre el amor de Dios á ella, sobre los favores de que la habia colmado desde el momento de su nacimiento hasta sus últimos instantes; la obligaron á corresponder á tanto amor y á tan grandes beneficios, con el reconocimiento mas vivo, con la resignacion mas completa y con el mas perfecto desprendimiento. „Si, Señor, dijo ella con firmeza al ministro que la exhortaba, bendigo su ternura y le doy las mas vivas acciones de gracias por los testimonios que no ha dejado de darme de ella. Muero para todo, pues que lo manda, con el único deseo de ser enteramente suya. ¡O Dios mio! recibid la ofrenda de cuanto sabeis que tengo de mas caro, y dignaos consagrároslo únicamente. Sed mi fuerza y mi sosten, como esperó que vais á ser para mi una prenda de inmortalidad.“ Se le dió la extremauncion por todos los sentidos, y entró en el mas profundo recogimiento. Le presentaron el crucifijo, y le dirigió la mas tierna mirada. „Ved aquí, dijo, arrimándolo amorosamente á sus labios, ved aquí la imagen sagrada de aquel á quien debo mi salud, de aquel que me ha sostenido en todas las aflicciones, y que ha sido mi única esperanza en todos los dias de mi vida.“ Le hicieron muchas preguntas á las que respondió de un modo tan penetrante, que todos los asistentes vertian lágrimas. Se le presentó á su Dios, lo adoró, lo recibió y pareció colmada de alegría y llena de los

consuelos mas dulces. Ahora es, dijo, cuando os ruego, Señor, que recibais mi alma, y que yo muera en paz.

Durante esta escena tan tierna, lo que mas me conmovió, fué la serenidad que brillaba en su semblante. Ninguna alteracion se echaba de ver en sus facciones; un fuego puro y celestial brillaba en sus ojos; un suave colorido animaba su rostro, y aumentaba mas el hechizo de sus facciones: su voz dulce y persuasiva, pero firme y constante, infundia en el corazon una uncion secreta y un algo de divino; la dignidad y las gracias acompañaban á sus menores gestos: todo en ella respiraba la grandeza de alma y el verdadero valor, que inspiran el testimonio de una buena conciencia y la sólida devocion. Segun el brillo con que lucia, la hubiera uno tomado ménos por un débil mortal, que por un ángel bajado entre nosotros bajo una forma humana; ménos parecia sujetarse á la muerte, que triunfar de ella. ¡A padre mio! ¡qué preciosa es la muerte del justo! ¡y cuán dulce es tambien morir en el Señor! ¡Ojalá que no se sirva presentarnos en Emilia esta imágen, sin realizarla! ¡Ojalá que me sea devuelta, para que me enseñe á vivir como ella!

Despues de lo que acababa de pasar á mis ojos, y que apesar del valor que este ejemplo me inspiraba, me habia conmovido al grado de estar mil veces en punto de prorrumpir, solo pensé ya en ocultarme y me fuí por la misma senda por donde habia venido. La impresion que me quedaba, no me dejaba manifestarme de nuevo á Emilia, ni turbar el gozo tan dulce que infundia en ella el acto que acababa de practicar.

En la mañana os escribí esta escena tan interesante para ella y para mí, es decir, mas tarde de lo que habia pensado; y casi recibiréis mi última carta al mismo tiempo que esta. Mi esposa está mucho mejor, aunque no fuera de peligro. Para impedir que se inquiete mui vivamente por no verme ya, solamente le han dicho que habia tenido al-

gunos dias ha un encuentro con el Baron; que este habia sido herido; que como se difundia el rumor de que yo era el autor de su herida, se habia creido mas prudente tenerme oculto en casa de las Señoritas de Veymur; y que por esto mismo, cuando ella se habia administrado, se le habia presentado un pretexto, para no manifestarme á sus ojos sino del modo mas secreto.

Lo que hay de verdad en esto es, que las consecuencias de este negocio me inquietan demasiado. El Rey, informado de la muerte de Lausane, me amenaza, dicen, con los mas terribles efectos de su colera. Acabo de saber sin embargo que la familia del Baron, para no arresgarse á que sobre ella misma recaiga la tacha del duelo y las consecuencias que debería tener segun las leyes, hacia entender al príncipe que este lance habia sido un pleito. Pero al mismo tiempo ella me pinta á sus ojos con los colores mas negros y pone todo en obra para perderme. Si alguna cosa puede sostenerme y consolarme en medio de la horrorosa perspectiva que se me ofrece, solo puede ser la religion á que me llamo, y que la misma Emilia me predica tan enérgicamente con sus ejemplos. Ya veis, padre mio, las disposiciones en que me hallo. Consumad vuestra obra; y pintándome la santidad del cristianismo, acabad de vencer mi espíritu para que lo crea y mi corazon para que lo ame.

NOTAS.

PÁG. 52.

(1) *Los mas valientes de nuestros corifeos han hecho otro tanto.* Han hecho mas: han hecho traer reliquias de toda especie y ponerlas en su cama; han mandado que se tocara su ropa blanca á la urna de Santa Genoveva; se han contentado de verse rodeados de aquellos monges á quienes antes habian desterrado y despreciado; han querido morir en los brazos de un capuchino; así es como murió uno de mis amigos, que habia logrado nombradía entre los literatos, por sus

talentos, y, como se usa hoy, por su incredulidad. Así es como al menor mal se disponen para morir los mas determinados de nuestros incrédulos. ¡Oh! ¡qué interesantes anécdotas pudiera yo citar sobre esto si no fueran tan ridículas!

PÁG. 54.

[2] *Todo lo arriesgo; no importa.* He visto, dice el Abate Choisy, sí, he visto morir á un hombre con estos horribles pensamientos: „Confieso, decía, que no se lo que sucederá; jamás he dudado, y dudo ahora; estoy en errores que jamás he previsto. Pero pedid perdón á Dios, le decian; acaso todavía es tiempo para vos. No, contestaba, no, no me perdonará, hace treinta años que lo desprecio.” (Pensamientos cristianos, por el Abate Choisy uno de los cuarenta de la academia francesa).

Se ha visto un acontecimiento todavía mas extraño, y cuyos testigos existen. Un hombre, que toda su vida habia hecho profesion de no creer nada, y que en artículo de muerte, acababa de rehusar todos los socorros de la religion, rodeado de su familia llorando, preguntó en alta voz, ¿qué hora es?—Las diez, le dijeron. Una hora despues, hizo la misma pregunta; á la hora siguiente la repitió, y le respondieron: es media noche.—Pues he aquí, exclamó con una vos que enfió de terror á todos los asistentes, he aquí la hora y momento en que vá á empezar mi desgraciada eternidad! Al acabar estas palabras, se volteó y espiró. . . .

PÁG. 55.

[3] *Sus criados no pudieron verlo sin apartar la vista y sin estremecerse.* Mr. de. . . no pudo soportar en otro tiempo un espectáculo semejante en uno de sus amigos, á quien habia pervertido la lectura de sus escritos. Llegó al momento en que este amigo acababa de espirar. „Miserable, le dijo el antiguo cura de S. S., recorriendo las cortinas que se habian corrido sobre este desgraciado, ven á contemplar tu obra, mira el estado en que ha muerto.” Mr. de. . . herido, consternado, se puso de rodillas, hizo una especie de retractacion, y mui pronto despues olvidó su terror y su arrepentimiento.

CARTA QUINCAGESIMA.

EL MARQUEZ Á SU HIJO.

¿Qué te diré, amado hijo mio? ¡y qué respon-

deré á los tristes pormenores que tu carta contiene? La muerte de Lausane, el estado de Emilia, tu fortuna derribada, amenazada quizas tu vida por una familia acreditada, que solo respira venganza, tu conciencia devorada de remordimientos; ¡qué frutos de un año de delirio, de un momento de furor! ¡Y qué remedio para tanto mal? El mismo que los hubiera evitado, Valmont. . . . La religion. Lausane, al hacértela perder, ¿habia previsto lo que algun dia le habia de costar á él mismo? Yo admiro como, teniendo igual ó mas talento que él, pero ménos experiencia y conocimiento de los hombres, te dejabas llevar de ceguedad en ceguedad al capricho de aquel falso amigo. ¡Ah! La sencillez de una alma recta, es todavía mas fácilmente el juguete de picardias y de traiciones, que no sabe ni aun sospechar; tu corazon felizmente no estaba todavía depravado, en vez de que Lausane se habia vuelto malvado por gusto, por hábito y por reflexion. Así, ¡qué discernimiento, hijo mio, se ha dignado hacer el justo juez entre los dos! Lausane, herido por la mano misma de quien habia seducido, muere rabioso y desesperado: tú vives, querido Valmont, para aprovecharte de su muerte en la virtud y el arrepentimiento. ¡Justicia, misericordia de mi Dios, yo os adoro hasta en los males que nos habeis enviado!

¡Ó hijo mio! déjame olvidar al Baron y su espectáculo de horror, para pensar solo en tí y en Emilia. ¡Emilia! ¡qué lecciones nos has dado! qué atractivos retratas de la religion y de la virtud! ¡y cuanto mas penetrante y persuasivo es el cuadro del justo en lucha con la muerte, que la imagen de su vida! Mientras que el impio en sus momentos últimos no tiene mas recurso que la idea de la nada, la desea y la llama sin atreverse á esperarla, se ve como suspenso entre aquella nada insegura y un porvenir terrible, si la nada no es mas que una quimera: mientras que mide con ojo mal seguro el término de su carrera, mientras que trémulo tantea el horroroso destino que lo aguarda,

talentos, y, como se usa hoy, por su incredulidad. Así es como al menor mal se disponen para morir los mas determinados de nuestros incrédulos. ¡Oh! ¡qué interesantes anécdotas pudiera yo citar sobre esto si no fueran tan ridículas!

PÁG. 54.

[2] *Todo lo arriesgo; no importa.* He visto, dice el Abate Choisy, sí, he visto morir á un hombre con estos horribles pensamientos: „Confieso, decía, que no se lo que sucederá; jamás he dudado, y dudo ahora; estoy en errores que jamás he previsto. Pero pedid perdón á Dios, le decian; acaso todavía es tiempo para vos. No, contestaba, no, no me perdonará, hace treinta años que lo desprecio.” (Pensamientos cristianos, por el Abate Choisy uno de los cuarenta de la academia francesa).

Se ha visto un acontecimiento todavía mas extraño, y cuyos testigos existen. Un hombre, que toda su vida habia hecho profesion de no creer nada, y que en artículo de muerte, acababa de rehusar todos los socorros de la religion, rodeado de su familia llorando, preguntó en alta voz, ¿qué hora es?—Las diez, le dijeron. Una hora despues, hizo la misma pregunta; á la hora siguiente la repitió, y le respondieron: es media noche.—Pues he aquí, exclamó con una vos que enfió de terror á todos los asistentes, he aquí la hora y momento en que vá á empezar mi desgraciada eternidad! Al acabar estas palabras, se volteó y espiró. . . .

PÁG. 55.

[3] *Sus criados no pudieron verlo sin apartar la vista y sin estremecerse.* Mr. de. . . no pudo soportar en otro tiempo un espectáculo semejante en uno de sus amigos, á quien habia pervertido la lectura de sus escritos. Llegó al momento en que este amigo acababa de espirar. „Miserable, le dijo el antiguo cura de S. S., recorriendo las cortinas que se habian corrido sobre este desgraciado, ven á contemplar tu obra, mira el estado en que ha muerto.” Mr. de. . . herido, consternado, se puso de rodillas, hizo una especie de retractacion, y mui pronto despues olvidó su terror y su arrepentimiento.

CARTA QUINCAGESIMA.

EL MARQUEZ Á SU HIJO.

¿Qué te diré, amado hijo mio? ¡y qué respon-

deré á los tristes pormenores que tu carta contiene? La muerte de Lausane, el estado de Emilia, tu fortuna derribada, amenazada quizas tu vida por una familia acreditada, que solo respira venganza, tu conciencia devorada de remordimientos; ¡qué frutos de un año de delirio, de un momento de furor! ¡Y qué remedio para tanto mal? El mismo que los hubiera evitado, Valmont. . . . La religion. Lausane, al hacértela perder, ¿habia previsto lo que algun dia le habia de costar á él mismo? Yo admiro como, teniendo igual ó mas talento que él, pero ménos experiencia y conocimiento de los hombres, te dejabas llevar de ceguedad en ceguedad al capricho de aquel falso amigo. ¡Ah! La sencillez de una alma recta, es todavía mas fácilmente el juguete de picardias y de traiciones, que no sabe ni aun sospechar; tu corazon felizmente no estaba todavía depravado, en vez de que Lausane se habia vuelto malvado por gusto, por hábito y por reflexion. Así, ¡qué discernimiento, hijo mio, se ha dignado hacer el justo juez entre los dos! Lausane, herido por la mano misma de quien habia seducido, muere rabioso y desesperado: tú vives, querido Valmont, para aprovecharte de su muerte en la virtud y el arrepentimiento. ¡Justicia, misericordia de mi Dios, yo os adoro hasta en los males que nos habeis enviado!

¡Ó hijo mio! déjame olvidar al Baron y su espectáculo de horror, para pensar solo en tí y en Emilia. ¡Emilia! ¡qué lecciones nos has dado! qué atractivos retratas de la religion y de la virtud! ¡y cuanto mas penetrante y persuasivo es el cuadro del justo en lucha con la muerte, que la imagen de su vida! Mientras que el impio en sus momentos últimos no tiene mas recurso que la idea de la nada, la desea y la llama sin atreverse á esperarla, se ve como suspenso entre aquella nada insegura y un porvenir terrible, si la nada no es mas que una quimera: mientras que mide con ojo mal seguro el término de su carrera, mientras que trémulo tantea el horroroso destino que lo aguarda,

y se hunde como desesperado en el abismo que se le abre, el alma justa y fiel, entónces no siente sino el fin de sus combates y penas, solo aspira á reunirse á la Divinidad, y en el eterno porvenir solo entreve la perspectiva de las recompensas y de la felicidad. ¡Oh! ¿Quién es el verdadero cristiano que en este momento se arrepiente de haberlo sido?

¡Qué insensato es, amado Valmont, aquel que prefiere á las esperanzas que nos dá la religion, y á las ventajas mismas que nos procura en la tierra, los placeres momentaneos, el estúpido sueño, las inquietantes pesadillas y el fúnebre despertar de la incredulidad! No vaciles pues en deponer tus dudas, en fijar tu eleccion, y que la santidad, la excelencia de la religion cristiana, último carácter que me falta describirte, de concierto con todos los demas, triunfe para siempre de tu espíritu y de tu corazon. ¡Qué bella es, cuan santa, aquella religion tan digna del Dios que nos la dá, y tan útil al hombre que la recibe! ¡qué bella es en las ideas que nos ofrece de la divinidad y en el culto que le rinde! ¡Qué santidad, que excelencia entraña en las reglas, en los motivos, en los alicientes, en los auxilios que ofrece al hombre para la virtud; en lo que hace justamente para su perfeccion y para su felicidad!

Dejemos á los pueblos, á los filósofos, á los sábios, extraviarse por las mas locas opiniones [a]

[a] „Efectivamente, dice Rousseau, sería un detalle que despedazaria la filosofia, el exponer las máximas perniciosas y los dogmas impíos de sus diversas sectas. . . . ¡Y qué diremos de la distincion de ambas doctrinas, tan ávidamente recibida de todos los filósofos, y por la que profesaban secretamente opiniones contrarias á las que enseñaban en público? La historia de esta fatal doctrina compuesta por un hombre instruido y sincero, sería un golpe terrible para la filosofia antigua y moderna. Pero la filosofia insultará siempre á la razon; á la verdad y al tiempo mismo, porque se deriva del orgullo hu-

y los mas monstruosos sistemas sobre el autor de la naturaleza. Dejémos á la imbecil incredulidad trastornar en quienes la siguen todas las nociones del sentido comun; substituir á las mas puras luces de la razon los delirios de una imaginacion locamente exaltada; atribuir á la casualidad, á la necesidad, á un concurso fortuito de elementos materiales, las obras mas regulares; contrariar á cada momento el universo y nuestro propio corazon; ponderarnos las combinaciones, las fuerzas, la energía de la naturaleza, sin poder definirla; hacer que revivan en favor del materialismo todas las cualidades ocultas de la antigua filosofia; aniquilar toda idea de orden y de inteligencia, mas bien que reconocer un Dios. Dejádla, mas tímida algunas veces y mas circunspecta, imaginar un Ser Supremo, espectador ocioso de las revoluciones del mundo que ha formado; gozando de sí mismo en tranquila indolencia, sin que le interesen las obras de sus manos; abandonando al capricho de la suerte las riendas del universo; sordo á nuestros votos; indiferente á nuestro culto y á nuestros homenajes; insensible al bien como al mal, al vicio como á la virtud: pues que tal es el ídolo de la incredulidad, cuando le place formarse uno.

Mas nosotros, hijo mio, consultémos la religion para formarnos una idea justa del Ser Supremo. *El es* [a]. . . . Y de su existencia necesaria dimanar á nuestros ojos todos sus otros atributos. Eterno, precedió á todos los tiempos, á todos los seres, y en su duracion sencilla y constante los contiene todos. Inmenso, da límites á todo y no tiene ninguno. Independiente, nada lo sujeta, nada lo reprime; da

mano, mas fuerte que todas estas cosas.”

Por estos tan funestos extravios el Apóstol San Pablo nos dice: „cuidad que nadie os sorprenda con una falsa y vana filosofia, segun las tradiciones de los hombres, segun los elementos de una ciencia mundana, y no segun Jesucristo.” (Colos. 2, 8.)

[a] Exodo III, 4.

leyes á todo lo que existe, y no las recibe mas que de sí mismo. Infinito, fuente única de todo bien, único bien digno de nuestros deseos, posee en el mas alto grado cuanto en materia de perfeccion se halla repartido y limitado en los seres que ha formado. Es la caridad por esencia [a]. Es el Dios Santo, infinitamente santo; y su amor al orden es invariable como su existencia. Es la soberana sabiduría, y la posee desde toda la eternidad [b]; con ella reguló antes de todos los tiempos cuanto existe por su poder. Único autor de todo lo que respira, sus cuidados se extienden á las mas pequeñas partes de sus obras, como á las que mas admiramos; las gobierna, las dirige libremente y sin esfuerzo, con tanta bondad y facilidad como tuvo en crearlas.

Bastándose él á sí mismo, halla en sí su felicidad; y para participarnos de ella nos previene que nos ama y nos convida á que le amemos. Si exige que le rindamos el tributo de nuestros homenajes, es tanto para nuestra propia utilidad, como para su gloria. Si quiere que desahogemos en él nuestro corazon, es para darle el consuelo, la paz, la fuerza y la esperanza. Si nos alienta, si nos exita á la virtud, es para imprimir en nuestra alma las marcas mas augustas de su divinidad, y para coronar en nosotros sus dones, coronando nuestros méritos. Tal es, hijo mio, el Dios de los cristianos: ¿Y qué derechos tiene á nuestros homenajes!

¿Mas qué homenaje nos enseña la religion á tributarle? El culto y la adoracion en espíritu y verdad; el homenaje de nuestro entendimiento por la sumision á los dogmas que nos ha revelado; el homenaje de nuestro corazon por el amor; el culto exterior que le deben las facultades del cuerpo que nos ha dado; el culto sensible y público que le debe la sociedad entera de que somos miembros; el

[a] Según aquella bella palabra de San Juan: *Deus caritas est*: Dios es la caridad. (*San Juan IV, 8.*)

[b] Véase la descripción admirable que se halla en el libro de los Proverbios cap. 8.º.

culto y el homenaje de todas las criaturas, que debemos hacer servir para honrarle.

De este modo, la religion cristiana consagra á Dios todo nuestro ser, y en él todo el universo: de este modo, ella lo hace ver en todas las cosas como principio y como fin, y nos enseña á referirlo todo á su gloria.

¡Doctrina pura y sublime, en que todo está animado, vivificado, consagrado por el amor! Doctrina propia del cristianismo; porque al cabo, ¿dónde se hallará en otra parte el precepto y la practica del amor divino? El naturalista de nuestros dias, formado desde su infancia por las lecciones y ejemplos que aprende en medio de nosotros, osará decir que ama á Dios; ¿pero así habla en la sinceridad de su corazon? ¿está expresion de amor no es en su boca un gergon vacío de sentido? ¿dónde están de su parte los sentimientos, los homenajes, las tiernas efusiones, los gemidos inefables, y sobre todo la exacta fidelidad de un corazon amante? ¡Idólatra de toda belleza perecedera, ¿dónde están sus trasportes por aquella belleza sin tacha y sin sombra, que no perece? Tú mismo, querido Valmont, desde que reconoces un Ser Supremo, ¿qué homenajes le has tributado? ¿qué oraciones fervorosas has hecho subir hasta él? ¿qué tributo de alabanzas, de sumision y de amor le has pagado? Pregunta á todos los incrédulos de buena fe, y que te digan si han sido mas obedientes y celosos para con la divinidad, mas reconocidos y amorosos que tú.

La religion cristiana no se reduce á hacer honrar á Dios por su criatura, confiesa sin dificultad que el tributo de gloria que pueden rendirle todos los seres criados no es bastante á su grandeza; pero qué dignamente suple su insuficiencia! Aquí reaparecen su unidad constante, y la relacion de sus dogmas y misterios con su culto y su moral. El Verbo encarnado viene á unir á sus abatimientos nuestras adoraciones, nuestros votos, y nuestros homenajes, para presentarlos al Ser Supremo y hacerlos dignos de que le sean ofrecidos. En él se

engrandece el universo, se ennoblece y recibe un brillo, una magestad que no puede tener por sí mismo. En él, la creacion se torna en la obra maestra de la divinidad; es un todo de que el hombre forma parte; en él y por él se halla llena la distancia que media entre lo infinito y lo finito: las extremidades se aproximan y se tocan en un centro común: ya no es el hombre solo, tan distante de Dios por su naturaleza, quien lo glorifica á nombre de todos los seres criados; es el hombre, es el universo quien adora en Jesucristo. En él se ofrece todavía la mas noble víctima por el pecado, de la cual eran solo sombra y figura las de la ley antigua; por sus méritos puede ser expiado, reparado [1] todo crimen por grande que sea; el sacrificio mas augusto se ha perpetuado en la tierra, y la Cruz segun la expresion de San Leon, es el altar del mundo: el arrepentimiento del hombre, su santificacion tan incierta, tan equívoca en cualquier otro principio fuera de los del cristianismo, se apoya en méritos suficientes, en un fundamento sólido; y lo que causa el escándalo del judío y del infiel, viene á ser la obra de la sabiduria mas sublime del Altísimo, y el testimonio mas sensible de su bondad. ¡Oh hijo mio, que plan! ¡qué admirable economía la de la religion! ¡y qué gloria ofrece á la Divinidad! Empero su exelencia y su santidad aparecen igualmente en lo que hace para la perfeccion y para la felicidad del hombre.

Los vanos sistemas de la incredulidad hacen brillar la imaginacion, es verdad, pero á expensas de la razon. Hacen sacrificar la exactitud del espíritu á la singularidad, y las nociones mas verdaderas á la falsa gloria de no pensar como los demas hombres. Conmueven, degradan el sentimiento, resecan y despedazan el corazon, y lo concentran todo entero en la bajeza del yo humano. Desnaturalizan, envilecen la virtud; borran su carácter augusto, y sofocan su germen en nuestras almas, no dándole por medida y por base, mas que la sensibilidad fisica y el interés personal. Rompen los lazos de la so-

ciudad levantándose contra toda autoridad, destruyendo toda subordinacion, reduciéndolo todo á una igualdad quimérica. QUITAN al hombre toda su grandeza y lo abajan hasta la condicion de los brutos, le privan de todos los recursos y de todos los motivos que pueden traerlo al bien; despiertan todas sus pasiones; turban su reposo; lo dejan sin apoyo, sin consuelo en sus penas y sin esperanza en sus desgracias. ¡O pretendidos sábios, que os titulais nuestros mentores y nuestros maestros, sois los enemigos, los tiranos del género humano, muy lejos de ser sus bienhechores; y si uno de los caracteres de la verdad es el ser útil, no nos ofrecéis pues en vuestras raras y sublimes invenciones, mas que un conjunto de imposturas!

¡No es así con vuestra ley santa, ó Dios mio! ella no se parece á los ensueños del impío, ni son fábulas lo que ella nos cuenta [a]. Y ademas de esto, querido Valmont, ilustrando al hombre sobre lo que mas le importa saber, sobre su origen, su destino, su fin, sus deberes y sus esperanzas, la religion cristiana fija sus ideas, las hace claras y precisas, asegura la exactitud de sus miras, y sometiéndolo la razon por medio de la autoridad, infunde al espíritu toda la rectitud de que puede ser capaz; tal es la observacion importante y verdadera que ahora estas en estado de hacer. Un hombre extraviado por la impiedad puede tener espíritu brillante, y con tanta mas facilidad, cuanto que se permite todo y no respeta nada; puede tambien tener un génio vasto y profundo que abrace los conocimientos mas extensos, y se ejercite con buen éxito en las ciencias mas abstractas: pero casi siempre, sobre los objetos que mas le interesa comprender y ver bien, tiene un espíritu falso y extravagante, y un modo de pensar ambiguo é incierto. Conviértese á la fé del cristiano humilde y dócil,

[a] *Narraverunt mihi iniqui fabulationes, sed non ut lex tua.* Los impíos me contaron mentiras, pero no como tu ley. (Pro. salm. 118.)

sus ideas son mas exactas y mas claras, sus principios mas constantes: sus conocimientos se purifican, su razon se afirma; y aquel mismo que no era de ordinario mas que un espíritu peligroso y frívolo, se hace por la religion espíritu recto y veraz, y un hombre substancial [a].

¿Lo creerás Valmont? Cien veces observando esta clase numerosa de incrédulos, imitadores fútiles de algunos génius célebres, cuya manía tomaron por vanidad, osaba yo compararlos con nuestras buenas mugeres de pueblo, instruidas por su cura; y encontraba en estas mil veces mas nociones justas, mas verdaderos conocimientos en cosas útiles y necesarias, mas juicio y razon, que en todos esos bonitos decidores de *nadas*, infectados por el veneno de la incredulidad. Deverás, hijo mio, el catecismo del simple fiel le dá infinitamente mas verdadera sabiduría, que cuanta puede darle la filosofia moderna; ¡y qué triunfo para la religion!

Mas lo que todavía realza mas su excelencia, es su influencia sobre el corazon del hombre, por el carácter de benevolencia que nos ha hecho tomar, y por las virtudes que nos inspira. Y en efec-

[a] El prurito de pasar por bello espíritu, ha hecho de la irreligion el tono del dia y un lenguaje de moda. Y con todo, ¿qué cosa es este espíritu? Juguémoslo por la descripción sencilla que de él ha hecho d'Aguesseau. „Pensar poco, hablar de todo, no dudar de nada, habitar solo en lo exterior del alma, cultivar solo la superficie del espíritu; explicarse con donaire, tener un rasgo de imaginacion agradable; una conversacion ligera y delicada, y saber agradar sin hacerse estimar, haber nacido con el talento equivoco de una concepcion pronta, y creerse por esto superior á la reflexión, volar de objeto en objeto sin profundizar ninguno; cojer con rapidéz todas las flores, y no dar jamás á los frutos el tiempo de madurarse: tal es la débil pintura de lo que nuestro siglo ha querido honrar con el nombre de espíritu. (Discurso pronunciado al abrirse el parlamento de Paris, en 1704, por d'Aguesseau, entónces abogado general y después Canciller de Francia.)

to ¿qué hav mas divino que su moral! [2] ¿qué hay mas sublime que esta caridad de que es el alma! Amará los hombres como á sí mismo [a]; amarlos en Dios y por Dios sin excepcion, sin reserva; amar aún á nuestros enemigos; olvidar las injurias; perdonar las ofensas, vencer el mal con el bien; estar en la alegría con los que estan en ella; llorar con los que lloran; hacerse todo para todos, para ganarlos á todos en el amor del soberano bien; iluminar á los que estan en tinieblas; reprender en secreto y atraer dulcemente á los que se descarrían; no juzgar temerariamente para no ser nosotros juzgados; consolar á los afligidos; asistir hasta donde se pueda á los desgraciados; no considerarse al usar de los talentos y de las riquezas, sino como dispensador de los dones de Dios y economo de su providencia; cumplir con amor y por motivo de conciencia todos los deberes que nuestro estado nos impone; respetar á Dios en nuestros superiores, y su autoridad en los que ha establecido para gobernarnos; no buscar el propio interés, sino sacrificarlo al interés general [b]. He aquí hijo mio, lo que la religion nos prescribe para con los hombres, para con la sociedad entera, y lo que el cristiano que lo es deveras, realiza todos los

[a] Hubiera sido mui largo multiplicar aquí los textos y las citas. Fácil es advertir, que en todo lo que sigue no hay una sola máxima, una sola palabra, que no sea la substancia y la expresion misma de los libros evangélicos.

[b] „Debe suceder en la religion, dice el célebre Bacon, como en la naturaleza. Todo los resortes deben de preferencia dirigirse *al bien comun*, pero no se ha hallado en siglo alguno, ni sistema de filosofia, ni secta de religion, ni cuerpo de jurisprudencia, ni cuerpo político, que halla exaltado tanto como la religion cristiana *el bien de todos*, y reducido á sus justos límites *el bien particular*: de donde resulta con evidencia, que un solo y mismo Dios es el autor de las leyes de la naturaleza y del cristianismo.”

dias con su conducta. Bueno, sensible, compasivo, afable, generoso, misericordioso y clemente, ciudadano celoso, súbdito fiel, amigo constante, esposo digno, buen padre, hijo tierno, sumiso y respetuoso, amo cuidadoso y vigilante, lleno de caridad para con todos, previene todas las necesidades, cumple todas las leyes, llena todos los deberes de la urbanidad, se presta á todos los deseos honestos, se dedica á todas las buenas obras, hace todas las especies de bien que estan á su alcance: ligado por su religion á todos los hombres, volará por ellos hasta las extremidades del mundo; y si es posible, cual nuevo apóstol, llevará la verdad, la justicia y la paz á todos los corazones [a]. Dadme en todos los estados, en toda sociedad, en toda especie de gobierno, ciudadanos animados por el espíritu del cristianismo: dadme un pueblo, un mundo de cristianos fieles; y la tierra será la mansion de la inocencia y de la felicidad.

La religion cristiana, querido Valmont, no es méno digna de nuestra admiracion y de nuestros homenajes por las virtudes que nos inspira respecto á nosotros mismos. Al amor loco de sí mismo, contrapone la renuncia de nuestra voluntad propia, y un santo aborrecimiento de nuestras inclinaciones desarregladas. A nuestro orgullo, el conocimiento de nuestra miseria, de nuestra nada, y los sentimientos de una humildad profunda; á la codicia, el espíritu de abnegacion y el amor á la pobreza; á la molicie, la mortificacion y penitencia; á una inclinacion mui viva hácia los bienes sensibles, el deseo y la solicitud de los bienes espirituales y celestes; á los desabrimientos de nuestro humor, la dulzura y la paciencia. Quie-

[a] No es el espíritu del cristianismo ni del apostolado el que llevó al Nuevo Mundo juntamente la religion y la guerra; antes bien, el llora los desastres de esta, disipa sus tinieblas, repara sus estragos en cuanto puede, y troca en bien las calamidades, que el interés y la ambicion le hicieron experimentar.

re que usemos de todos los bienes con accion de gracias, con moderacion y con prudencia; que seamos castos y limpios; que nos prohibamos hasta el pensamiento del mal; que evitémos hasta su sombra; que vigilémos sobre todos nuestros sentidos; que pongamos un freno á nuestra lengua; que jamás nos permitamos quejas y murmuraciones; que seamos resignados y tranquilos en el seno de los sufrimientos; que considerémos las adversidades y la cruz como un bien, y la muerte como el término de nuestra cautividad. ¡O bella filosofía la de la religion!

Con sentimientos tan nobles y tan puros, el cristiano vive feliz cuanto puede serlo en la tierra. [a] La paz del corazon y la uncion del amor divino lo indemnizan de los placeres de que se priva. Si no tiene alegrías fogosas y frívolas, está recompensado con alegrías más puras y más constantes. Si se abstiene de infames deleites, se aleja para siempre de sus tristes consecuencias, de sus inquietudes y remordimientos. Si combate sus pasiones injustas y desarregladas, interiormente recoge el fruto de sus combates y el premio de su victoria. La senda señalada por nuestros falsos sábios para llegar á la felicidad, es á la verdad más seductora: ceder á las inclinaciones, para no sufrir la pena que cuesta vencerlas; prometerse prudencia en el deleite; formarse del amor una virtud; parece por cierto cosa más dulce á la naturaleza. Pero si esta senda es fácil, si es risueña su entrada, ¡qué funesta es su salida! ¡qué amargos son los frutos de semejante virtud! Ella cria la discordia y el odio, los delirios y los furoros de la embriaguez, la saciedad y el fastidio, el disgusto de la

[a] „Los preceptos que la religion contiene, dice d'Aguesseau, son la senda segura, para llegar al soberano bien que los filósofos han buscado tanto.” (*Obras de d'Aguesseau, tom. I.º, instruccion. I.ª*) Véase adelante en la nota (4), estas bellas palabras de Montesquieu: *¡Cosa admirable! la religion cristiana, &c.*

vida, el deseo de la nada y todos los horrores de la desesperacion.

¡Oh hijo mio! ¡cuán diversa es en sí misma y en sus efectos, la moral del Evangelio y la sabiduría de su autor! Parémonos todavía un momento á considerarla bajo todas las relaciones. ¡Qué consecuencia y que hilacion en cuanto el Hijo de Dios nos enseña! y sin embargo, ¡qué novedad en sus máximas, y al mismo tiempo que sublimidad! Jesucristo quiere que seamos perfectos como nuestro padre celestial es perfecto, así comunica al hombre toda su grandeza, aproximándola á la divinidad de quien debe ser imágen. Este hombre Dios nos enseña que su reyno no es de este mundo; nos abre la mas noble carrera; nos constituye ciudadanos de una nueva patria, y nos hace aspirar á la mas pura bienandanza. Nos hace ver como un mal todo lo que nos aleja de esto, y como bienes reales todo lo que puede conducirnos á ello; dice anatema contra el mundo, contra este mundo en quien reyna la concupiscencia de la carne, la de los ojos y el orgullo de la vida. Jesucristo dice anatema contra todo esto, porque todo esto contribuye á la depravacion del hombre corrompido por el pecado.

De aquí aquellas máximas [a]: ¡desgraciados los ricos, es decir, los que forman un mérito y honor de serlo!, ¡desgraciados los que ponen toda su alegría y consuelo en este mundo! ¡bien aventurados por el contrario los pobres de espíritu y desahogados, los que tienen hambre y sed de justicia, los que sufren por ella, los que son dulces y pacíficos! Hacedos, nos dice tambien, como los niños, pequeños por la humildad; llevad vuestra cruz, violentaos para el cielo, renunciad á vosotros mis-

[a] Veanse principalmente los capítulos 5, 6 y 7 de San Mateo, que contienen lo que se llama *El sermón de Jesucristo en la montaña*, y que nos ofrecen un compendio del Evangelio, que todo cristiano debiera releer y meditar muy á menudo.

mos. ¡Qué moral! ¿Y quién la habia enseñado á Jesucristo? ¿Es esta la doctrina del hombre? Ella espanta los sentidos, admira la imaginacion, y no obstante, despues de la inclinacion del hombre al pecado, está fundada en razon: ella es espíritu y vida; forma un cómputo admirable, forma sábios en la práctica, sin necesidad de hacerlos pasar por vanas especulaciones.

De aquí procede tambien aquella unidad en el plan, en las miras, en la sabiduría mas que humana, que se halla en los autores sagrados del nuevo testamento. Por groseros que hayan sido á causa de su estado, de su nacimiento y educacion, todos estan de acuerdo en un género de conocimientos y de luces, sobre los cuales tan solo Dios pudo reunirlos é iluminarlos, quiero decir, aquel discernimiento del hombre espiritual y del hombre carnal, del hombre celestial y del hombre terrestre, de la vida interior y de la vida animal y sensual. Los secretos principios de una y otra, las operaciones de la gracia y del espíritu de Dios en nuestras almas, sus efectos, sus consuelos, sus gozos, sus recursos, las virtudes que inspira, tan opuestas á todas las ideas del mundo y tan superiores á los de una vana filosofía, están desarrollados en sus escritos con una presicion admirable y digna de los discípulos de un Señor tan grande, con un tono de sentimiento y de unción que nos mueve y nos afecta mal de nuestro grado, pero que no puede ser bien apreciado, sino por almas verdaderamente rectas y limpias.

El plan de legislacion y de sabiduría que Jesucristo ofrece al hombre y á sus discípulos, no ha menester pasar por esos grados de acrecimiento y perfeccion lentos é insensibles, que se hallan en toda legislacion puramente humana, en todas las obras de los hombres: desde el primer instante tuvo toda la excelencia que debia tener. Ademas está sostenida por todo lo que puede ayudarnos á cumplirla: un Dios presente á cada uno de nosotros y atento á nuestras menores acciones: un Dios que vigila en favor del justo, que permite para su santificacion y para

su felicidad los males que experimenta; que arregla su destino, y hace de todas las criaturas instrumentos y misterios de su voluntad: un Dios Juez y testigo, que discutirá en presencia del universo nuestros pensamientos, nuestras intenciones, nuestros deseos, y que dará á cada uno segun sus obras: un Dios que recompensará con una gloria infinita, con una felicidad eterna, al justo que haya vivido para él; pero que, castigando en la misma proporcion con penas infinitas, con penas eternas la infraccion de sus leyes, ofrece al hombre, siempre presto á violarlas, el contrapeso mas propio para contenerlo: un Dios que da juntamente la leccion y el ejemplo; que en la union inefable con la naturaleza divina y con la naturaleza humana, se abaja hasta el hombre para elevar al hombre hasta él; que se pone á nuestro alcance y nada exige de nosotros tan penoso, que su vida y su muerte no nos hayan facilitado: un Dios que á cada momento nos urge con los testimonios resplandecientes de su amor, y que á no ser unos monstruos, obliga á los mas grandes pecadores al arrepentimiento y á los mas duros corazones á la gratitud: un Dios que nos previene, que nos ayuda, que nos sostiene por su gracia, que nos ofrece sacramentos con que nos atrae fuertemente hácia él, al mismo tiempo que hácia nosotros mismos: ¿qué recursos para el cristiano! ¿qué medios, que motivos para huir el vicio! ¿y qué alicientes para la virtud! En los principios y los sistemas de la incredulidad todo está ligado para el mal, todo favorece el desarreglo de nuestras pasiones; en la religion cristiana todo nos ayuda á reprimirlas. ¿Qué sustituirá el incrédulo á socorros tan poderosos? ¿Las leyes?; ellas no tienen su efecto sino sobre los débiles, y quedan sin fuerza contra el crédito y la autoridad; no extienden su imperio mas que sobre lo exterior de nuestras acciones, y no arreglan ni sus principios ni sus motivos; no miran mas que las consecuencias que le siguen, y, no pudiendo nada sobre el corazon, tampoco se remontan á la verdadera causa de que dimanen. ¿El respeto humano?

tiene los mismos inconvenientes; y si á veces impide parecer vicioso, casi nunca impedirá que uno lo sea realmente. ¿El honor? muchas veces es el fruto de las preocupaciones; y segun las opiniones recibidas, á veces hablará tan altamente contra la virtud como hubiera debido hablar en favor de ella. ¿La educacion? sus impresiones se borran cuando la religion no la sostiene. ¿Y qué será la misma educacion sino está arreglada por la religion? ¿Un sentimiento interior de lo justo y de lo honesto? ¡Ah! si él nos basta en circunstancias en que la victoria es mas fácil, en que uno es levemente combatido ¡equivale en medio de las tentaciones mas vivas, contra el contagio del ejemplo, y contra la violencia de las pasiones? ¿La filosofia [a]? Ella se acomoda, se presta á todas nuestras inclinaciones; restringe ó relaja sus principios, segun conviene á las miras y á los intereses del momento; siempre tiene de reserva para cada ocasion diferente algun sistema nuevo; cuando mas, doma una pasion con otra, y corrige un vicio poniendo en su lugar otro vicio mas peligroso y mas sutil todavia. No, solo la religion ofrece al hombre una regla invariable, un medio siempre pronto, un socorro siempre presente y un contrapeso á su flaqueza, independiente de sus pasiones: solo ella produce interior y constantemente sobre él, aquel efecto que produce sobre el vicioso mismo exteriormente y por intervalos, la

[a] „Ah no me habéis de filosofia! yo desprecio esa „gerga engañosa que consiste sólo en vanos discursos; ese „fantasma que no es mas que una sombra, que nos excita „á amenazar de léjos las pasiones, y nos deja como „un falso valiente cerca de ellas.”
 „¿Quien está mejor sostenido en la virtud, el filósofo „con sus grandes principios, ó el cristiano en su sencillez?” (Rousseau.)
 „Desconfiemos, dice en otra parte, de una filosofia „de palabras; desconfiemos de una falsa virtud que mina „todas las virtudes y se aplica á justificar todos los vicios, „para autorizarse á tenerlos todos.”

presencia de un amigo á quien estima y reverencia; ella lo hace atento, lo contiene, lo anima y lo transforma en otro hombre.

„Pero el yugo de la religion es mui penoso; su moral es mui austera; mui grande la violencia que impone; y los deberes que prescribe demasiado rigurosos.“ Es verdad, hijo mio, es penoso su yugo para el que no quiere otro que el de las pasiones, de la independencian y del capricho. Mas el verdadero sábio, que conoce que ha nacido para guiarse por la razon, se reputa feliz por hallar en la religion cristiana un freno para el vicio y socorros para la virtud, que su razon sobradamente flaca no pudiera darle. Pero el cristiano fiel, en este yugo y esta violencia, halla solaces y dulzuras, que valen mucho mas para su felicidad, que todos los pretendidos contentos que traen consigo el libertinage del espíritu y el desarreglo del corazon. Cien veces al dia bendice la ley que lo sujeta: no sofoca por ella las inclinaciones de la naturaleza, como le imputan; las hace legitimas [a]; no se abandona sobre quanto le rodea á una indiferencia ciega y estúpida. Hace mas, arregla su sensibilidad, modera sus deseos, calma su ardor excesivo; y gozando de sí mismo en medio de la regla y del bien estar, halla la paz y la libertad en su sumision y su violencia. Pero en fin, los deberes que el evangelio nos impone, la austeridad de la moral que nos predica tienen una proporcion exacta y necesaria con nuestras inclinaciones y nuestras flaquezas, puesto que solo siguiendo la ley evangélica en todo su rigor, dejamos de ser tan débiles, tan culpables y tan desgraciados.

¿Y qué falta pues que replicar contra la excelencia de la religion cristiana? ¡Oh hijo mio, que no se le impute odio, á despecho de la razon! Opó-

[a] „Todas las falsas religiones combaten la naturaleza; solo la nuestra la sigue y arregla, anuncia una institucion divina y conveniente al hombre. (Rousseau, Carta sobre los espectáculos).“

nense á la religion las costumbres de la mayor parte de sus hijos y de un crecido número de sus ministros; cómo si unos hijos á quienes reprueba y unas costumbres que condena prevalecieran sobre la santidad de su fe y sobre la pureza de su doctrina! cómo si ministros infieles y perjuros [3] degradaran la verdad hasta en su esencia, la belleza de sus enseñanzas y la dignidad del ministerio que se les confia, solo porque se degradan ellos á sí mismos!

Pero hay mas todavía, y si es menester creer á nuestros incrédulos, el cristianismo ha traído en pos de sí las persecuciones, las guerras, el despotismo y la servidumbre. ¿Las persecuciones? Así lo dicen. ¡Ah! todos los hombres son naturalmente perseguidores, es cierto, porque casi todos los hombres naturalmente son malvados. ¿Pero quienes han sido mas perseguidos que los cristianos por los que no lo eran? ¿quienes se mostraron mas perseguidores que nuestros filósofos siendo los maestros? ¿qué espíritu repugna mas á la persecucion y á la violencia, por su naturaleza misma, que el espíritu del cristianismo? y no es verdad que únicamente cuando se le olvida deja uno de ser indulgente y se vuelve implacable? ¿Las guerras? tambien lo dicen. Pero nacidas con la depravacion del género humano, casi siempre han tenido la misma causa en todas las edades del mundo, la ambicion; y solo para darle un pretexto, los gefes de ellas entre los mismos cristianos han suscitado guerras de religion. ¿El despotismo? ¿La servidumbre? Pero ¿cuando los principes han sido mas despóticas, cuando los pueblos han sido mas esclavos, que en aquellos siglos y en aquellos países en que el cristianismo no floreció? Aun hoy, que los enemigos de la religion comparen la Europa cristiana con el Africa y el Asia; y que nos digan donde reinan con mas imperio la humanidad, las leyes, las ciencias y las artes, y donde se halla la libertad. Al contrario, el cristianismo es el que con una moral sencilla y magestuosa, uniforme y general, ha contribuido mas [4] á destruir

la tiranía, á endulzar las costumbres, á humanizar á los príncipes, á civilizar á los pueblos mas barbaros [5], á abolir la esclavitud [6], á disminuir los horrores de la guerra, á debilitar el espíritu de conquista, á perpetuar y asegurar la paz y á enlazar todas las naciones por un derecho de gentes mas humano, mas moral y mejor entendido.

El cristianismo ha hecho todo el bien que ha podido esperar de nuestras pasiones [7]; y si á veces ha servido de velo y de pretexto, ¿es justo confundir la cosa con el abuso que de ella se hace, y los vicios de la humanidad con la religion misma que los condena? tengamos mas paridad, querido Valmont, y mas equidad en nuestros razonamientos. Para decidir entre el cristianismo y la irreligion, entre el verdadero fiel y el *espíritu fuerte* de nuestros dias, opongamos á este obrando conforme á sus principios, uno de nuestros sábios obrando segun los suyos; y veamos á quien de los dos, en el comercio de la vida civil, para los intereses y deberes de la sociedad, se quisiera mejor para tratar [a]: opongámos despues á una multitud de cristianos que obran conforme á las leyes del evangelio [8], un pueblo de incrédulos que vivan segun las leyes arbitrarias de nuestros reformadores, y observemos de qué parte están el órden, la justicia y la paz.

(a) La providad de un incrédulo, á ménos que no reconozca y siga la ley natural en toda la fuerza del cristianismo, lo que me parece mui difícil, no puede ser mas que un problema á los ojos de las gentes sensatas; y lo que se ha dicho de los príncipes, se debe decir con mucha mas razon de nuestros pretendidos espíritus fuertes, *que tienen un corazon para probar.*

Hemos citado estas palabras de Rousseau: „no entiendo que se pueda ser virtuoso sin religion. Yo tuve mucho tiempo esta opinion falaz de que ya estoy desengañado.”

Si esta observacion es verdadera, que se nos diga de buena fe cual es principalmente hoy, la religion y cual debe ser en proporcion la providad de nuestros incrédulos.

Hagamos mas todavía; demos á estos maestros modernos el imperio sobre sus semejantes; pongámoslos á la cabeza de una sociedad que acostumbren insensiblemente á sus sistemas; quiero por un momento, que libres, independientes, sin freno ninguno que los reprima, puedan conservar alguna apariencia de sabiduría en su conducta y en su legislacion: quiero que el presentimiento de los resultados y de las consecuencias, la vanidad, el temor de hallarse en contradiccion consigo mismo, el amor de sus propias invenciones los sostenga; pero sus opiniones, tales como estan esparcidas en sus obras, una vez recibidas, establecidas las cosas bajo el pie que desean, ¿cómo se comportarán los sábios que les habrán de suceder? y qué será de los pueblos formados por tales maestros? ¡Oh hijo mio! de los principios morales de aquellos pretendidos sábios resultaria mui pronto el mismo efecto para el mundo civil y moral, que de sus principios físicos para el mundo material y sensible. La casualidad, el movimiento, la materia no hubieran producido mas que la confusion y el caos: su modo de pensar sobre Dios, sobre su existencia, sus atributos, su indiferencia respecto á nuestras acciones, sobre la materialidad del alma y la necesidad de sus determinaciones, sobre la igualdad de las condiciones, sobre la virtud, sobre el placer, sobre la felicidad, ¿qué produciría, sino desórden y anarquía?

Confesémoslo pues, amado Valmont, todo milita en favor de la religion cristiana, y todo nos ofrece al contrario las mas fuertes armas contra los que las combaten. Su mismo encarnizamiento contra la religion de Jesucristo con preferencia á otra cualquiera, su aborrecimiento, su desprecio y sus sátiras, contra todos aquellos que han brillado por las virtudes que ha hecho nacer; su espíritu de partido, su acuerdo recíproco para no conceder hoy génio, mérito, razon y sabiduría, sino á ellos y sus partidarios; su repugnancia para toda sana doctrina, para todo lo que tiende ó purificar las costumbres; el tono de independéncia y el caracter licencioso que reinan

en sus escritos; entre ellos, sus guerras sordas y malignas, sus bajos celos, sus odios reciprocos y sus quejas amargas; ¡qué títulos de reclamacion contra la cualidad de sábios que se atribuyen y la filosofia de que se revisten [9]!

¡Ah! ¡Cuanto mas verdadera es la filosofia del cristianismo! Asi, hijo mio, su santidad habla á todos los corazones en tanto que no estan enteramente depravados. Esta prueba de sentimiento es la que Dios ha hecho para todos los hombres, de modo, que independientemente de toda discucion, se hace perceptible á todas las pruebas de la existencia de una primera causa inteligente y sabia por el espectáculo de la naturaleza. La fe de los sencillos no carece ni de fundamento ni de pruebas. El concierto maravilloso que se halla entre la religion cristiana y ciertos principios naturales que ella despierta, que reproduce y desarrolla en el fondo de nuestras almas, advierte bastante al hombre rústico y grosero, que solo en ella se hallan la verdad y la felicidad, que solo ella puede suplir á su ignorancia y bastar á sus necesidades y que ella es para todos nosotros el don mas precioso de la divinidad. En este sentido, mejor que en otro cualquiera, puede decirse que toda alma es naturalmente cristiana. De suerte, que la santidad del cristianismo es la que ha sometido casi todos los pueblos á su imperio; y si ha sido la fuente mas ordinaria de los combates que se le han dado, es tambien la causa casi universal de sus triunfos.

Por lo que á tí toca, querido Valmont, á quien no bastaba este testimonio que la religion da de sí misma, repasa en tu espíritu todos los caracteres que le son propios; su antigüedad, su unidad, su perpetuidad, su santidad: admira en ella el encadenamiento de los hechos, de los dogmas y de la moral; y una vez convencido de la existencia de un Dios, dime, si solo en el cristianismo ha podido dejar que el error tome caracteres de verdad el que error no podría tener y que en ninguna otra parte tuvo jamás. Acuérdate principalmente de que yo no

he sacado la certeza de su divinidad de un hecho particular, de una prueba aislada, de un oráculo, de un prodigio, de solo el establecimiento de la religion, sino de la reunion y concierto de todas sus partes. En vano pues pretenderé insistir en algunos artículos ménos esenciales, sobre algunos objetos considerados aparte; ella saca su fuerza invencible de su conjunto, y á su conjunto se debe responder.

¡Oh amigo mio! Si la religion cristiana, como la ley natural, tiene sus dificultades en el porvenir, te he dado la razon de ello: era menester que, como ella, susceptible de contradicciones para las almas poco rectas y poco sinceras, dejase siempre al hombre bajo el imperio del mérito y de la libertad.

Mas ya no serás tú, hijo mio, quien osarás contradecirlo. Este acopio de luces, si puedo explicarme asi, que ahora luce á tus ojos, va á docilitar para siempre tu razon; y ya no aguardo de tí mas que la entera seguridad de tu sumision y de tu fidelidad. ¿Y qué ganarás con permanecer incrédulo? Nada para esta vida, sino falsos placeres tal vez y tormentos reales; y de seguro perderás todo con relacion á la otra. Si á pesar de esto las ilusiones que uno se hace pudieran cambiar la naturaleza de las cosas; si pudieran impedir que la verdad fuese lo que es; si al ménos pudieran modificar á gusto de nuestros deseos nuestra situacion futura, yo te diría: „Esta bien, alucínate, pues lo quieres; deja la realidad por las quimeras; y, dado que al fin las consecuencias serán poco mas ó ménos semejantes, toma fantasmas de felicidad y de sabiduría, por la sabiduría y por la felicidad mismas”. Mas á despecho de nuestras pasiones, las cosas quedarán eternamente las que son: tarde ó temprano la verdad se nos manifestará tal como es: ¡y qué pesar experimentará quien se haya negado á ella, porque haya querido, cuando esta ceguedad voluntaria lo haya hecho desgraciado para siempre! ¡Ah! ¡qué no suceda esto contigo! ¡ojalá que la religion, rectificando tus ideas, arreglándote tus inclinaciones, purificando tus costumbres, asegure tu felicidad eter-

na! ¡ojalá que te santifique en la tierra por las pruebas que te preparan la justicia de Dios á la par que su clemencia!

Apresúrate á responderme por el mismo correo que te despacho, y sácame del estado de incertidumbre y de perplejidad, que es el mas terrible de todos para un padre que te ama tan tiernamente como á sí.

NOTAS.

PÁG. 68.

[1] Por sus méritos todo crimen puede ser expiado, reparado. La religion pagana que prohibia solamente algunos crímenes grosetos, que detenia la mano y abandonaba el corazon, podia tener crímenes inexpiables. Mas una religion que envuelve todas las pasiones; que no es mas celosa de las acciones que de los deseos y de los pensamientos; que no nos tiene sujetos por alguna cadena, sino por una muchedumbre de hilos; que deja atras la justicia humana y comiensa otra justicia; que es adecuada para guiar del arrepentimiento al amor, y del amor al arrepentimiento; que pone entre el juez y el criminal un gran mediador; entre el justo y el mediador un gran juez: una religion semejante no debe tener crímenes inexpiables. Pero aunque de temores y esperanzas á todos, hace conocer bastantemente que, si no hay crimen que por su naturaleza sea inexpiable, puede serlo toda una vida: que sería sumamente peligroso atormentar la misericordia con crímenes nuevos y nuevas expiaciones; que inquietos por quanto á las antiguas deudas, nunca exentos para con el Señor, debemos temer contraer otras nuevas, colmar la medida y llegar al término en que la bondad paternal acaba. (Espíritu de las leyes, lib. 24, cap. 13.)

PÁG. 71.

[2] ¿Qué hay mas divino que su moral? Mil veces ha arrancado elogios á los mismos enemigos del cristianismo. Así es como habla el autor de las Cartas judías: „Los primeros nazarenos predicaron una doctrina tan conforme á la equidad y tan útil á la sociedad, que sus mayores ad-

versarios convienen hoy en que sus preceptos morales son infinitamente superiores á los de los filósofos mas sabios de la antigüedad... La fe de los nazarenos, demostrada tal como la predicán sus doctores de primer orden, es todavía mas brillante que la nuestra. Ellos tienen todos nuestros primeros principios: mas parece que han purificado sus consecuencias. La nuestra tiene algo de feróz; la suya parece dictada por la boca divina. La buena fe, el candor, el perdón de los enemigos, todas las virtudes que el espíritu y el corazon pueden abrazar, les estan estrechamente mandados. Un verdadero nazareno es un filósofo perfecto. En las otras religiones, el hombre, cuál vil esclavo, parece que solo sirve á Dios por interés: los nazarenos son los únicos que tienen el corazon de un verdadero hijo para con un padre tan bueno. Ved aquí un retrato mui ventajoso y mui fiel del cristianismo, trazado por la mano de un hombre nada sospechoso de estar mui prevenido á su favor.

Digamos lo mismo de esta confesion de Milord Bolingbroke: „El sistema cristiano de fe y de práctica ha sido revelado por Dios mismo, y es tan absurdo como impío afirmar que la sabiduría divina lo haya revelado de un modo incompleto é imperfecto. Su sencillez y su claridad prueban que estaba hecho para ser la religion del género humano, y al mismo tiempo demuestra la divinidad de su origen.”

„Yo no sé, dice Rousseau, porque se quiere atribuir al progreso de la filosofia la bella moral de nuestros libros. Esta moral sacada del Evangelio era cristiana antes de ser filosófica. . . Los preceptos de Platon son muchas veces mui sublimes, pero quanto yerra algunas veces! y hasta donde llegan sus errores! En quanto á Ciceron, ¿es creible que este retórico, sin Platon, hubiese hallado sus oficios? Solo el Evangelio, en quanto á la moral, siempre seguro, siempre verdadero, siempre único, y siempre semejante á sí mismo.” El mismo autor habia dicho ya en otra parte: „Os lo confieso, la magestad de las Escrituras me admira, la santidad del Evangelio habla á mi corazon.” Y el resto lo hemos citado mas atras.

En una obra que trata de la Educacion pública, el autor de los Pensamientos filosóficos, habla de este modo del cristianismo: „La religion no predica mas que orden y amor, no quita la razon, sino que la purifica y ennoblece, no destruye á los hombres, sino que los hace santos [*].” Segun la observacion de un autor moderno, „[a] medida

[*] „En lamisma obra habla así de las leyes de Moyses: hay en estas leyes una obra maestra de economia política, á la que no se han acercado los mas famosos legisladores.”

que se estudia más la religión cristiana, se descubren en ella más caracteres de sabiduría que sorprenden, encantan, penetran el corazón de amor y el espíritu de admiración. Decídme, os ruego, un exceso que no reprenda, un mal que no remedie, un crimen sin castigo, una pasión sin freno, un desorden sin condenación; una obra buena sin recompensa; qué admirable sabiduría en todas las máximas de la religión sobre el amor que arregla, sobre la amistad que santifica, sobre las grandezas del mundo de que desengaña, sobre los talentos que ennoblece, sobre el amor propio que rectifica, sobre la prosperidad cuyos escollos muestra, sobre la adversidad cuyo peso alivia, sobre los deberes cuyo amor inspira, sobre la muerte cuyo temor modera, haciéndola desear y disipando sus horrores!

„Que sería, si penetrando con vosotros en el pormenor de los estados y en el interior de las casas, os fuese advertir todas las influencias del cristianismo, (mejor conocido de muchos cristianos y más fielmente practicado) la admirable metamorfosis de la nación, y por ella la felicidad, la emulación sin celo en las artes, la actividad sin banca rota en el comercio, la santidad del lecho conyugal cubierta con el velo del pudor, la unión en los matrimonios cimentada en una felicidad recíproca, las fuentes de la educación purificadas por la vigilancia de los maestros, el anhelo del trabajo en la juventud sostenida por la piedad, la templanza aún en los niños, la buena fé en los domésticos, la inocencia hasta en los placeres.”

PÁG. 79.

[3] Como si ministros infieles y perjuros degradasen hasta en su esencia la verdad, la belleza de sus enseñanzas. Sin embargo es menester convenir en ello; como la mayor parte de los hombres se deciden más por preocupación que por razón, es muy triste que los ministros de una religión tan bella ofrescan á veces á los pueblos en su ejemplo el origen funesto de una preocupación que tanto la contradice. A la verdad, nada causa más daño á la religión que los malos ministros, y á medida que son de más dignidad se extiende más lejos la fatal influencia del escándalo que nos causan. ¡Ah! su estado es de suyo tan grande, que para lograr una gran consideración é infundirnos un gran respeto, bastaría que practicasen con una noble sencillez las virtudes que les son propias.

Sea lo que fuere de la conducta de los pastores, acordémonos que están sentados en la cátedra de Moyses y de los apóstoles, y si en algunos las costumbres no van de acuerdo con las instrucciones, callemos respecto á sus cos-

tumbres, oremos por ellos, hagamos lo que nos dicen y no lo que hacen. (Math. 23, v. 2 y 3).

PÁG. 79.

[4] El cristianismo ha contribuido mas, &c. „La religión cristiana está distante del puro despotismo: siendo la dulzura tan recomendada en el Evangelio, ella se opone á la cólera despótica, con la que el príncipe se haría justicia y ejercería sus crueldades.

„Mientras que los príncipes mahometanos incesantemente dan ó reciben la muerte, la religión entró los cristianos hace á los príncipes menos tímidos y por consiguiente menos crueles. El príncipe cuenta con sus súbditos y los súbditos con el príncipe. ¡Cosa admirable! La religión cristiana que parece tener por objeto solo la felicidad de la otra vida hace, también nuestra felicidad en esta.”

„La religión cristiana, es la que apesar de la grandeza del imperio y el vicio del clima, impidió que el despotismo se estableciera en Etiópia, y ha llevado al medio del Africa las costumbres de la Europa y sus leyes. El príncipe heredero de Etiópia goza de un principado, y da á los demás súbditos ejemplo de amor y de obediencia. Muy cerca de allí se vé que el mahometismo hace encerrar á los hijos del rey de Sennar: en su muerte el consejo los envía á degollar en obsequio de aquel que sube al trono.”

„Que se pongan á la vista, de una parte los asesinatos continuos de los reyes y de los gefes griegos y romanos, y de otra la destruccion de los pueblos y ciudades por estos mismos gefes, *Thumur*, y *Gengiskam* que devastaron el Asia; y veremos que somos deudores al cristianismo de cierto derecho político en el gobierno y de cierto derecho de gentes en la guerra, que la naturaleza humana no podría agradecer bastantemente.”

„Este derecho de gentes hace que entre nosotros la victoria deje á los pueblos vencidos estas grandes cosas, la vida, la libertad, las leyes, los bienes y siempre la religión; cuando no se ciega por si mismo.” (Espiritu de las leyes, lib. 24, cap. 3). Rousseau en su *Emilio*, habla de la religión cristiana en estos términos: „nuestros gobiernos modernos deben incontestablemente al cristianismo: su mas sólida autoridad y tener menos frecuentes revoluciones; á ellos mismos los ha hecho menos sanguinarios: esto se prueba con el hecho comparándolos con los gobiernos antiguos.”

PÁG. 80.

[5] A humanar á los príncipes, á civilizar los pueblos más

bárbaros. Tales eran nuestros antiguos Francos, salidos de las florestas de la Germania.

„Veanse en las Gaulas, dice Moreau, al principio del siglo quinto, las leyes y la religion gobernando casi solas un pais abandonado por la flaqueza de sus legitimos soberanos, sobreviviendo á la autoridad de estos, triunfando de un pueblo conquistador, endulzando sus costumbres, dándole principios de una administracion arreglada, y sirviendo así de salvaguardia á los vencidos contra el furor y la insolencia de los vencedores.” (*Lecciones de moral redactadas de órden y segun las miras del Sr. Delfin, para instruccion de los principes sus hijos. Discurso primero.*)

Y mas adelante: „Aprenderéis principalmente á respetar esta religion bienhechora, que en medio de las atrocidades de este reinado (el de Clodoveo), fué casi la única custodia de la libertad de los pueblos.”

„No se puede negar, dice Rousseau, que la Europa debe todavía hoy al cristianismo la especie de sociedad que se ha perpetuado entre sus miembros.”

PÁG. 80.

[6] *Abolir la esclavitud, &c.* „La religion cristiana ha destruido la esclavitud mas todavía con su espíritu que con su ley; lo cual es un gran título de honor, y marca mucho la humanidad ó mas bien la caridad de su moral.” (*El Abate Terrason, filosofo aplicable &c.*)

Robertson, en su introduccion á la *Historia de Carlos V.* tom. 2.º, notas IX y XX, nos enseña cual ha sido en cierto tiempo y entre las diferentes naciones de la Europa, la triste condicion de los siervos ó esclavos, y prueba que en efecto el espíritu de humanidad y de dulzura de la religion cristiana, y despues de haber luchado contra las máximas y los usos recibidos, contribuyó mas que ningun otro motivo á su ensanche.

„Por qué causa, en un mundo nuevo, el espíritu de codicia hizo que los pueblos civilizados y cristianos olvidasen aquella dulzura evangélica para hacer revivir las duras leyes de la esclavitud contra hombres, que aun siendo negros ó salvages, no dejan de ser nuestros hermanos? Lease el Viaje á la Isla de Francia, á la Isla de Borbon, al Cabo de Buena-Esperanza, por un oficial del rey, y se sentirá horror con solo la revelacion de las atrocidades que se hacian sufrir á aquellos desgraciados. „Por la menor negligencia, como una ligera suspension del trabajo, dejar abierta ó serrada una puerta, el mandon, armado de un chirrion de mulas, les dá cincuenta, cien y hasta doscientos azotes en la espalda desnuda. Cada golpe levanta un pedazo de

la piel. Se desata despues al miserable muy ensangrentado, se le pone un collar de fierro con tres puntas en el cuello, y lo llevan al trabajo. Hay algunos que estan mas de un mes sin poderse sentar. Las mugeres son castigadas del mismo modo. Se ha dado una ley en favor de los negros, pero no se cumple.” „Que horroroso cuadro! No se trata tan indignamente á nuestros cautivos en Berberia.

„O tú, exclama con toda la uncion de humanidad y de afecto el autor de este viage, negro infortunado que lloras sobre los peñascos de Mauritania, si una mano que no puede enjugar las lágrimas, logra que á su pesar las viertan de pesar y arrepentimiento tus tiranos, nada mas tengo que pedir á las Indias; he hecho fortuna en ellas.

Este hombre honrado sacrificó efectivamente todo por no ser mas tiempo testigo de estos horrores. Pero agreguese todavía el modo con que se adquieren estos esclavos. En las ferias establecidas para su compra, los padres venden á sus hijos, los hijos mas inteligentes y mas diestros los previenen y venden á su padre. Anádase el alimento, el género de vida, las diferentes especies de trabajos á que se les condena, la especie de alojamiento en que los meten, los vestidos con que los cubren, las infamias á que los exponen, y digase que sus amos son hombres!

No se donde he leído que hace cierto número de años que los Quakeros dieron el ejemplo en las colonias inglesas de manumitir á los negros; que los habian hecho sus criados, hijos, una familia de hermanos, de la cual eran tiernamente queridos ménos como amos que como padres. ¡Ojalá que tal ejemplo halle muchos imitadores en los corazones sensibles y en las almas verdaderamente cristianas!

PÁG. 80.

[7] *El cristianismo ha hecho todo el bien que podia hacer apesar de nuestras pasiones, &c.* A él se deben aplicar aquellas palabras de Rousseau. „Por los principios de la filosofia no se puede hacer ningun bien que la religion no haga todavía mejor; y la religion ha hecho muchos que la filosofia no podría hacer.”

„Decid que la religion no es un motivo represivo por que no siempre reprime, es decir que las leyes civiles tampoco son un motivo represivo. Es racionar mal contra la religion formar en una grande obra una enumeracion de los males que ha producido, si al mismo tiempo no se hace la de los bienes que ha hecho.” (*Espíritu de las leyes*, lib. 24, cap. 2). Estas palabras de Montesquieu, relativas á la religion en general, lo son principalmente respecto á la religion cristiana en especial. Esta expresion,

los males que ha producido, no es absolutamente exacta, y mucho menos aún aplicándola al cristianismo, puesto que solamente obrando directamente contra su naturaleza, su espíritu y sus máximas, han sido producidos. La religion ha sido una ocasion ó mas bien un pretexto de estos males, y no causa de ellos.

PÁG. 80.

[8] Opóngamos á una multitud de cristianos obrando según las leyes del Evangelio, &c. „Bayle, despues de haber insultado á todas las religiones, despedaza la religion cristiana; se atreve á afirmar que no podria subsistir un estado compuesto de verdaderos cristianos. ¿Por qué no? Serian ciudadanos infinitamente ilustrados en cuanto á sus deberes, y que tendrian mucho celo para cumplirlos; conocerian muy bien los derechos de la defensa natural; cuanto mas creyeran deber á la religion, mas pensarian deber á la patria. Los principios del cristianismo, muy gravados en el corazon, serian infinitamente mas fuertes que ese falso honor de las monarquías, esas virtudes humanas de las repúblicas, y ese temor servil de los Estados despóticos. (*Espiritu de las leyes*, lib. 24, cap. 6.) Y en el capítulo primero habia dicho Montesquieu: „La religion cristiana que prescribe á los hombres amarse, quiere sin duda que cada pueblo tenga las mejores leyes políticas y civiles, porque ellas son, despues de la religion, el mayor bien que los hombres pueden hacer y recibir.”

PÁG. 82.

[9] Que títulos de reclamacion contra la cualidad de sabios que se atribuyen, &c. He aquí lo que Ciceron decia de los filósofos de su tiempo: „¿Dónde está el filósofo cuya vida este arreglada como debiera estarlo? ¿Dónde está el filósofo que emplea su ciencia, mas envana ostentacion que en corregirse á sí mismo? ¿Hay alguno que se aplique los preceptos que dá para los demas? Unos son tan ligeros y tan vanos, que mas valiera que nada hubiesen aprendido. Otros hay que únicamente estan dominados por el orgullo y la ambicion: muchos son viles, esclavos del deleite: todos desmienten abiertamente su profecion con su conducta.” (*Cuest. Tuscul.*, lib. 2.º) Sin insistir en los rasgos de semejanza que podriamos hallar entre los filósofos de que hablan Ciceron y Epicteto, [*] y nues-

[*] Epicteto dijo poco mas ó ménos lo mismo hablando de la misma especie de filósofos: „Escribimos los

tros filósofos modernos, cuyos preceptos de ordinario no hacen honor á su sabiduria, y son acredores por otra parte á otros reproches que no despedazan ménos; ellos son los que emplean ese estilo fiero, desdenoso, arrogante; ese tono de chiste maligno, de sarcasmo, de personalidad, de acritud: esa vergonzosa profusion de epitetos injuriosos y groseros, que hace algun tiempo domina en sus obras, y chocca juntamente al gusto á la honestidad, á la moral, y dá un terrible golpe á la filosofia. Eso es tambien lo que ha dictado el autor de la comedia de *Los filósofos* aquella replica, demasiado viva quizas, pero por otra parte muy verdadera, contra la que la envidia ha empleado un género de ataque y de defenza muy poco honrosa para ellos:

„Hoy ¿qué podran pensar aquellos que tanto ensalzaban nuestra época, y que tan despreciativamente hablan de los siglos bárbaros de la erudicion [?], cuando vean en esta misma época tan encomiada y en la capital de las artes y del gusto, que los filósofos han amontonádose mutuamente las invectivas mas bajas, las mas repugnantes, las mas abominables.

„Se ha hablado de las *Agasajos literarios*. ¿Se reconocerá en estos agasajos fil sóficos aquel caracter dulce, ameno, tolerante que tan ostentosamente se anuncia como consecuencia de los progresos de la razon? El fanatismo mas

Ulas máximas, ¿pero estamos bien penetrados de ellas? ¿y las ponemos en práctica...? ¿cuál es tu vida? Despues de haber dormido bien, te levantas cuando te place, bostezas, te compones, te labas la cara; despues de esto, ó tomas algun libro malo para matar el tiempo, ó escribes alguna vagüela para hacerte admirar. Sales despues, ó te vas á visita, ó á pasearle y divertirle, sabe Dios como... Te vas á acostar. No revelaré yo los misterios de estas tinieblas; ni es difícil admirarnos. Con las costumbres de un epicureo y de un prostituido, hablas como Zenon y como Sócrates: amigo mio, cambia de costumbres ó cambia de lenguaje. El que usurpa falsamente el título de ciudadano romano es castigado con severidad; ¿y han de quedar impunes los que usurpan el gran título de filósofos?” (*Vease el Manual de Epicteto, seguido del Nuevo Manual, &c. por Dacier, de la Academia de inscripciones. Lease tambien el Luciano en la mayor parte de sus diálogos.*)

[*] Pero aquellos llamados pedantes, los Saumaise, los Scaliger, los Scioppius, se decian groseras injurias en griego y en latin.

odioso tendría otro lenguaje? Preguntese á cualquiera que tenga justicia."

"¡O filósofos! ¡los pedantes del siglo XVI valieron mas que vosotros, y han caído! Para adquirir como ellos conocimientos útiles, costaría cuidados, trabajos, largas vigiliass; en vez de que vuestro oficio se ha hecho mas fácil, y que hasta los niños saben hoy vuestro secreto. Pronunciar la palabra *preocupacion* con una irónica sonrisa, siempre que se trata de aquellas antiguas máximas de honor y de moral, que nuestros buenos abuelos tenían la sencillez de respetar; tomar un tono enfático y solemne para hablar de la virtud, pero poniéndola en vuestros discursos y jamas en vuestras acciones; hacer que incesantemente oigamos la palabra *preocupacion* á la vez que á nadie se persigue; oponer á esta palabra, que infunde alarma en los espíritus flacos, estotras, *humanidad, tolerancia, libertad de pensar*: ved aquí los grandes misterios de vuestra filosofía: es menester confesar, que si en el sistema de la religion que no comprendéis, hay muchos llamados y pocos escogidos, vuestra secta mas indulgente admite tantos escogidos, como llamados. Efectivamente, el estudiante mas aturdido, el petimetre mas ignorante, aun las mismas mugeres frivolas que os protegen, han aprendido pronto los elementos de vuestra doctrina, y se hacen filósofos como los otros á poca costa."

"Mas no advertís que nada envilece un título mas que hacerlo mui comun? No atendeis que habeis hecho muchos prosélitos para engañaros todavia mucho tiempo, y que el mismo capricho de moda que os favoreció por algunos momentos, os undrá mui pronto en la nada? Desconfiad de la inconstancia francesa. Muchos hombres honrados, cansados de oír los mismos sarcasmos repetidos por instantes contra el Evangelio y sus ministros, contristados por ese tono desுவuelto, desicivo, cortante, con que tratais objetos tan graves y dignos al ménos de las discusiones mas serias; indignados de vuestros favores contra todos los que no piensan como vosotros, empiesan á perder aquella ilusion que os habia sido ventajosa. Se admira todavia ciertamente, como aquellos de vosotros cuyos talentos superiores los han hecho tan justamente célebres; han debilitado la admiracion que se grangearon por el abuso que hicieron de aquellos en materias que no son de su competencia. Ya no se os aprende con gana la infinidad de aquellas cosas que habeis dicho, desde Bayle, eu favor de la tolerancia, porque vosotros mismos habeis probado que sois mui intolerantes. ¿Lo creereis? Vosotros formais cristianos. Se conjetura y con razon que vuestros pequeños folletos satíricos y burlescos, vuestras bufonadas, vuestras chocarrerías, se convierten en la tumba de vuestra secta, así como las convulsiones fueron la tumba de un partido que contaba mas grandes hombres que el vuestro. Ya solo se mira en vosotros el genio del insulto.

to y del orgullo; y este génio ciertamente es mui fácil y accesible á muchos." (*Memorias de Palissot sobre su vida, al fin del hombre peligroso*).

CARTA QUINTUAGESIMA PRIMERA.

EL CONDE DE VALMONT AL MARQUEZ.

Padre mio, mi tierno y respetable padre, gozaos en vuestro triunfo y en la conversion de vuestro hijo. El velo se ha rasgado, y la verdad luce á mis ojos en todo su esplendor: soy cristiano; y despues de Dios, lo soy por vuestras luces, por vuestros cuidados, por vuestras tiernas solicitudes. Soy cristiano, y me glorío de serlo; solo me avergüenzo de no haberlo sido siempre. ¿Qué cuadro el de la religion cristiana! ¿Qué socorros ofrece á la virtud! Ahora, mui convencido de mis necesidades y de mi flaqueza, si mi fé pudiera vasilar todavia, este solo pensamiento me sostuviera, me fijara para siempre: ¿qué he sido yo sin la religion? ¿que seria de mí si hubiera seguido viviendo sin ella! Mas por el contrario, ¿qué socorros y que motivos en ella se me ofrecen para ser virtuosos! ¿Dios de las virtudes! ¿Cómo conozco ahora y cómo venero por la primera vez de todo razon, que el cristianismo es obra vuestra! Solo el nos enseña á amarnos, á adoraros, á servirnos, como mereceis que os sirvan, que os adoren y que os amen; y solo él nos ayuda para hacerlo.

Vergonzosos extravios de mi razon, ¿á dõnde me conduciais! Pasiones ciegas, triste delirio de una juventud ardiente, ¿qué abismo abriais á mis pies! Vuestra mano sabia y bienhechora los cierra para siempre: ¡padre mio! ¿qué expresiones podrian bastar á mi reconocimiento? Me callo porque tengo mucho que decir, y toda la fuerza del humano lenguaje me parece impotente para expresar todo lo que siento. ¡Ah! ¿Qué quereis al ménos que yo

odioso tendría otro lenguaje? Preguntese á cualquiera que tenga justicia."

"¡O filósofos! ¡los pedantes del siglo XVI valieron mas que vosotros, y han caído! Para adquirir como ellos conocimientos útiles, costaría cuidados, trabajos, largas vigiliass; en vez de que vuestro oficio se ha hecho mas fácil, y que hasta los niños saben hoy vuestro secreto. Pronunciar la palabra *preocupacion* con una irónica sonrisa, siempre que se trata de aquellas antiguas máximas de honor y de moral, que nuestros buenos abuelos tenían la sencillez de respetar; tomar un tono enfático y solemne para hablar de la virtud, pero poniéndola en vuestros discursos y jamas en vuestras acciones; hacer que incesantemente oigamos la palabra *preocupacion* á la vez que á nadie se persigue; oponer á esta palabra, que infunde alarma en los espíritus flacos, estotras, *humanidad, tolerancia, libertad de pensar*: ved aquí los grandes misterios de vuestra filosofía: es menester confesar, que si en el sistema de la religion que no comprendéis, hay muchos llamados y pocos escogidos, vuestra secta mas indulgente admite tantos escogidos, como llamados. Efectivamente, el estudiante mas aturdido, el petimetre mas ignorante, aun las mismas mugeres frivolas que os protegen, han aprendido pronto los elementos de vuestra doctrina, y se hacen filósofos como los otros á poca costa."

"Mas no advertís que nada envilece un título mas que hacerlo mui comun? No atendeis que habeis hecho muchos prosélitos para engañaros todavia mucho tiempo, y que el mismo capricho de moda que os favoreció por algunos momentos, os undrá mui pronto en la nada? Desconfiad de la inconstancia francesa. Muchos hombres honrados, cansados de oír los mismos sarcasmos repetidos por instantes contra el Evangelio y sus ministros, contristados por ese tono desுவuelto, desicivo, cortante, con que tratais objetos tan graves y dignos al ménos de las discusiones mas serias; indignados de vuestros favores contra todos los que no piensan como vosotros, empiesan á perder aquella ilusion que os habia sido ventajosa. Se admira todavia ciertamente, como aquellos de vosotros cuyos talentos superiores los han hecho tan justamente célebres; han debilitado la admiracion que se grangearon por el abuso que hicieron de aquellos en materias que no son de su competencia. Ya no se os aprende con gana la infinidad de aquellas cosas que habeis dicho, desde Bayle, eu favor de la tolerancia, porque vosotros mismos habeis probado que sois mui intolerantes. ¿Lo creereis? Vosotros formais cristianos. Se conjetura y con razon que vuestros pequeños folletos satíricos y burlescos, vuestras bufonadas, vuestras chocarrerías, se convierten en la tumba de vuestra secta, así como las convulsiones fueron la tumba de un partido que contaba mas grandes hombres que el vuestro. Ya solo se mira en vosotros el genio del insulto.

to y del orgullo; y este génio ciertamente es mui fácil y accesible á muchos." (*Memorias de Palissot sobre su vida, al fin del hombre peligroso*).

CARTA QUINTUAGESIMA PRIMERA.

EL CONDE DE VALMONT AL MARQUEZ.

Padre mio, mi tierno y respetable padre, gozaos en vuestro triunfo y en la conversion de vuestro hijo. El velo se ha rasgado, y la verdad luce á mis ojos en todo su esplendor: soy cristiano; y despues de Dios, lo soy por vuestras luces, por vuestros cuidados, por vuestras tiernas solicitudes. Soy cristiano, y me glorío de serlo; solo me avergüenzo de no haberlo sido siempre. ¿Qué cuadro el de la religion cristiana! ¿Qué socorros ofrece á la virtud! Ahora, mui convencido de mis necesidades y de mi flaqueza, si mi fé pudiera vasilar todavia, este solo pensamiento me sostuviera, me fijara para siempre: ¿qué he sido yo sin la religion? ¿que seria de mí si hubiera seguido viviendo sin ella! Mas por el contrario, ¿qué socorros y que motivos en ella se me ofrecen para ser virtuosos! ¿Dios de las virtudes! ¿Cómo conozco ahora y cómo venero por la primera vez de todo razon, que el cristianismo es obra vuestra! Solo el nos enseña á amaros, á adoraros, á servirnos, como mereceis que os sirvan, que os adoren y que os amen; y solo él nos ayuda para hacerlo.

Vergonzosos extravios de mi razon, ¿á dõnde me conduciais! Pasiones ciegas, triste delirio de una juventud ardiente, ¿qué abismo abriais á mis pies! Vuestra mano sabia y bienhechora los cierra para siempre: ¡padre mio! ¿qué expresiones podrian bastar á mi reconocimiento? Me callo porque tengo mucho que decir, y toda la fuerza del humano lenguaje me parece impotente para expresar todo lo que siento. ¡Ah! ¿Qué quereis al ménos que yo

haga? Mandad, nada me parecerá muy penoso para expiar mis faltas. ¿Será menester que sin queja ni murmuración me vea quitar mis dignidades y mis bienes, y lejos de mi rey y de mi patria vaya á pasar una vida sin gloria y sin honor en desconocidas regiones? Pues tal es todo lo que me amenaza: obedeceré á la voluntad del cielo. . . . Obedeceré. . . . porque al fin, ¿qué no he merecido! Pero mi querida Emilia. . . . ¡Ah! ¿Me quedará en mi desgracia? ¡Gran Dios! Al ménos en este punto contemporizad con mi flaqueza.

Emilia está todavía en peligro: su estado nos deja siempre vacilantes entre el temor y la esperanza. Unas veces, me dice Mr. de Veymur, recobra fuerzas y parece que vuelve á la vida, otras, en momentos de languidez y debilidad, parece que toca de nuevo los bordes de la tumba. Yo no puedo arresgarme á verla, tan inminente es el peligro en que me hallo por las pesquisas continuas que hacen de mí. Ella se affige por esto sin dejarse abatir, y se reputa muy feliz, dice, conque yo abjure mis errores. ¡Ah! si ella vive, si el cielo me la deja, con ella, con vos, con mi hijo, no será digno de lástima. . . . Mas ¿qué digo? siempre me será muy triste y muy doloroso hacer que Emilia participe de mi situación. ¿De qué rango la habré precipitado! ¿A qué estado de infortunio y de oprobio la habrán conducido mis faltas! ¿qué porvenir tendrán ella y mis hijos! ¡Ay de mí! me estremezco; todas las llagas de mi corazón, que yo creía cicatrizadas, se renuevan con estas tristes reflexiones. Este corazón flaco destila sangre todavía: se mueve, se agita, y oigo que dentro de él refunfuñan la sangre, la naturaleza y el amor. ¡Religion santa! sed mi apoyo. ¿Qué la gracia de mi Dios, tan poderosa y tan dulce acabe su victoria! Y de vos padre mio, si os quedan algunas luces que comunicarme, las espero por vuestro celo; precioso es para mí cuanto viene de vos; toda verdad que concierne á la religion me es querida; dignaos pues afirmar mi fé y sostener mi valor.

CARTA QUINCAGESIMA SEGUNDA.

EL MARQUEZ DE VALMONT AL CONDE.

¡O hijo mio, te recobro al fin con los mismos afectos, con la misma fé que en tus primeros años recibiste, pero mas ilustrada, mas pura y mas sólidamente establecida! ¿Qué acciones de gracias debo á mi Dios, que se dignó instruirte por mi voz, y mejor dicho por todos los acontecimientos de que has sido triste testigo! ¿Qué lágrimas he derramado leyendo tu carta! ¿y cuanto han aliviado ellas mi corazón! No, una lluvia suave y fecunda que cae sobre la planta alterada, no le comunica mas frescura ni mas nuevo vigor, que fuerza y vida infunde á mi alma abatida y casi partida de dolor, la seguridad de tu completo cambio.

¿Y qué importan tus pérdidas, excepto Emilia, cuando vuelves á vivir para la virtud y para la religion? No obstante, querido Valmont, nada exceptuemos; y que el primer uso de tu fé sea someterte sin reserva á la voluntad siempre sabia de un Dios que te ha dado todo. Si quiere retirar-te sus dones, si quiere coronar los méritos de una esposa que te es querida, alivia tu pena con la idea de su felicidad. Si quiere borrar tus extravíos con las lágrimas que te haga verter, ayudarte á expiar tus faltas con los trabajos que te depare, y unirte mas estrechamente á él con los sacrificios que vá quizás á exigir de tí, ¡ah mi amigo! no te opongas á sus miras de misericordia y de clemencia; bendícele, bendice siempre su santo nombre. Acaso también no aguarda de nosotros, como en otro tiempo de Abraham, aquel padre de los creyentes, mas que la preparacion de nuestro corazón. En todo acontecimiento, no paremos de decirle como tu digna esposa: „¿qué se cumpla vuestra voluntad, ó Dios mio! ¿y que vuestro santo nombre sea bendito.”

haga? Mandad, nada me parecerá muy penoso para expiar mis faltas. ¿Será menester que sin queja ni murmuración me vea quitar mis dignidades y mis bienes, y lejos de mi rey y de mi patria vaya á pasar una vida sin gloria y sin honor en desconocidas regiones? Pues tal es todo lo que me amenaza: obedeceré á la voluntad del cielo. . . . Obedeceré. . . . porque al fin, ¿qué no he merecido! Pero mi querida Emilia. . . . ¡Ah! ¿Me quedará en mi desgracia? ¡Gran Dios! Al ménos en este punto contemporizad con mi flaqueza.

Emilia está todavía en peligro: su estado nos deja siempre vacilantes entre el temor y la esperanza. Unas veces, me dice Mr. de Veymur, recobra fuerzas y parece que vuelve á la vida, otras, en momentos de languidez y debilidad, parece que toca de nuevo los bordes de la tumba. Yo no puedo arresgarme á verla, tan inminente es el peligro en que me hallo por las pesquisas continuas que hacen de mí. Ella se aflige por esto sin dejarse abatir, y se reputa muy feliz, dice, conque yo abjure mis errores. ¡Ah! si ella vive, si el cielo me la deja, con ella, con vos, con mi hijo, no será digno de lástima. . . . Mas ¿qué digo? siempre me será muy triste y muy doloroso hacer que Emilia participe de mi situación. ¿De qué rango la habré precipitado! ¿A qué estado de infortunio y de oprobio la habrán conducido mis faltas! ¿qué porvenir tendrán ella y mis hijos! ¡Ay de mí! me estremezco; todas las llagas de mi corazón, que yo creía cicatrizadas, se renuevan con estas tristes reflexiones. Este corazón flaco destila sangre todavía: se mueve, se agita, y oigo que dentro de él refunfuñan la sangre, la naturaleza y el amor. ¡Religion santa! sed mi apoyo. ¿Qué la gracia de mi Dios, tan poderosa y tan dulce acabe su victoria! Y de vos padre mio, si os quedan algunas luces que comunicarme, las espero por vuestro celo; precioso es para mí cuanto viene de vos; toda verdad que concierne á la religion me es querida; dignaos pues afirmar mi fé y sostener mi valor.

CARTA QUINCAGESIMA SEGUNDA.

EL MARQUEZ DE VALMONT AL CONDE.

¡O hijo mio, te recobro al fin con los mismos afectos, con la misma fé que en tus primeros años recibiste, pero mas ilustrada, mas pura y mas sólidamente establecida! ¿Qué acciones de gracias debo á mi Dios, que se dignó instruirte por mi voz, y mejor dicho por todos los acontecimientos de que has sido triste testigo! ¿Qué lágrimas he derramado leyendo tu carta! ¿y cuanto han aliviado ellas mi corazón! No, una lluvia suave y fecunda que cae sobre la planta alterada, no le comunica mas frescura ni mas nuevo vigor, que fuerza y vida infunde á mi alma abatida y casi partida de dolor, la seguridad de tu completo cambio.

¿Y qué importan tus pérdidas, excepto Emilia, cuando vuelves á vivir para la virtud y para la religion? No obstante, querido Valmont, nada exceptuemos; y que el primer uso de tu fé sea someterte sin reserva á la voluntad siempre sabia de un Dios que te ha dado todo. Si quiere retirar-te sus dones, si quiere coronar los méritos de una esposa que te es querida, alivia tu pena con la idea de su felicidad. Si quiere borrar tus extravíos con las lágrimas que te haga verter, ayudarte á expiar tus faltas con los trabajos que te depare, y unirte mas estrechamente á él con los sacrificios que vá quizás á exigir de tí, ¡ah mi amigo! no te opongas á sus miras de misericordia y de clemencia; bendícele, bendice siempre su santo nombre. Acaso también no aguarda de nosotros, como en otro tiempo de Abraham, aquel padre de los creyentes, mas que la preparacion de nuestro corazón. En todo acontecimiento, no paremos de decirle como tu digna esposa: „¿qué se cumpla vuestra voluntad, ó Dios mio! ¿y que vuestro santo nombre sea bendito.”

Esta resignacion tan perfecta y tan pura, único remedio de nuestros males, lo único que nos los hace dulces, útiles y meritorios, no impide sin embargo que emplees todos los medios que gustes concederte la providencia, para permanecer en el estado en que te ha colocado. No es el rango lo que honra, es verdad; pero lo debes á tu familia, á tus hijos, si puedes conservarlo por medios honestos. Has pues hablar y obrar á tus amigos, suponiendo que el infortunio te deja todavía algunos, y queda conforme y tranquilo con el resultado de tus agencias.

Me pides nuevas luces, si las tengo que darte. Si, hijo mio. Para confirmar tu fé, es menester fijarla con una sumision total á la misma autoridad que te ha trasmitido el sagrado depósito de ella.

Acuérdate de esto, querido Valmont: cuando quise hacerte conocer la necesidad de una revelacion, he insistido en la necesidad esencial de una autoridad. Este es, decíamos, el medio mas propio para instruir á los hombres, poco susceptibles por sí mismos y por la muchedumbre de los cuidados que los ocupan, de discusiones espinosas y de largos razonamientos sobre las verdades que sin embargo mas les importa conocer. Esta autoridad debe dimanar del mismo Dios. La de los filósofos, de los sábios, dado que fueran efectivamente mas ilustrados de lo que son, jamás tuvo suficiente fuerza y poder para hacerse escuchar de los demás hombres; ella no podia bastarles, y segun la experiencia misma de todos los pueblos y edades, no les bastaba.

Esta autoridad nos fué dada del modo mas perfecto en Jesucristo, único á quien toda la religion revelada nos remite como á su centro de unidad. Jesucristo, la sabiduría del padre y la emanacion mas pura de su luz, nos ha enseñado por sí mismo y por sus apóstoles cuanto el hombre necesitaba saber. Puso en toda su claridad las verdades meramente naturales, casi sofocadas en todos los hombres por las pasiones y las preocupaciones; y

añadió algunas otras á que no podian aspirar todas las fuerzas del entendimiento humano, y que muy pocos sábios habian cuando mucho sospechado.

Pero era menester conservar en los hombres aquellas verdades tan preciosas, y esto no podia ser, sino perpetuando entre nosotros, en una sociedad inspirada divinamente, la misma autoridad que nos las habia enseñado. La razon sola no podia fijarlas, puesto que las unas tan facilmente se le escapaban, y que las otras eran muy superiores á ellas.

Esta autoridad divina y permanente, que tan forzosamente entra en el plan de la revelacion, debia por su naturaleza misma ser visible sensible y animada, de suerte que se pudiera igualmente escucharla y distinguirla de toda otra autoridad humana y precaria, que os hace pretender la usurpacion de sus derechos [a].

Ved aquí mi amado hijo, lo que debia Jesucristo á su sabiduría, para completar en favor de los hombres la economía admirable de la religion revelada, y lo que por su bondad se ha dignado dejarles.

„Toda potestad, dijo el Salvador del mundo á sus apóstoles [b], me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Id pues, instruid á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándolas á guardar todas las cosas que os he mandado: y he aquí que estoy con vosotros diariamente hasta la consumacion de los siglos [c].”

(a) „La revelacion se hace inútil sin una sociedad visible, que religiosamente conserve el depósito de ella, como un código de leyes es infructuoso, si una sociedad no lo adopta, ni lo conserva, ni lo hace la basa de su política. Hay por tanto en la tierra una sociedad visible á la cual ha sido confiada la revelacion.” (*Pensamientos Teológicos, por Jamin, religioso de la congregacion de San Mauro.* La traduccion de esta obra en aleman, convirtió en 1769 al principe palatino al seno de la Iglesia católica.)

[b] En los tres últimos versículos de San Mateo,

[c] Vease el desarrollo de este texto tan fecundo

De este modo, hijo mio, Jesucristo, por sus palabras, estableció sobre un primer fundamento que es el mismo, y sobre el fundamento visible de sus Apóstoles, una Iglesia, una sociedad legítima de pastores, que debe sucederlos en toda la duración de los siglos para enseñar á todas las naciones, y con la cual, por la asistencia de su espíritu, de su sabiduría y de su poder, estará todos los dias hasta el fin del mundo.

Gefe invisible de esta Iglesia, le ha dado en la tierra un gefe visible para reducirlo todo á la unidad [a], y este gefe es á quien él ha dicho; y en su persona á cuantos en el mismo rango vendrian despues de aquel: „Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.”

Yo no soy apto, querido Valmont, para las discusiones teológicas; y sin mucha teología encuentro en estos dos textos del Evangelio, reasumidas las cortas reflexiones que acabo de hacerte. Con estas solas armas puedo confundir á todas las sectas, que no sean la verdadera Iglesia de Jesucristo [1].

¿Cuál es, les diría yo, la autoridad suficiente que me presentais? ¿Es la de la Escritura Santa? Ella sola no basta, ni se explica por sí misma; vosotros la interpretais, segun vuestras miras, en mil sentidos diferentes. Vosotros sabeis cuantos sentidos contrarios sufre entre vosotros este solo texto del Evangelio, *este es mi cuerpo*. ¿Quien fijará para mi el sentido verdadero [b]? Es menester pues

y tan energético en la bella instruccion pastoral de Bossuet, sobre las promesas de Jesucristo á su Iglesia; y notad que este bello texto termina el Evangelio de San Mateo, como para dejarnos en él el complemento de cuanto este Evangelio contiene,

[a] „La Iglesia debe tener un gefe visible, porque es una, y su unidad no puede conservarse sin un centro al que vengati á reunirse todos sus miembros,” (Jamin, *Pens. Teolog.*)

[b] „Si un legislador, para fundar un Estado, for-

un intérprete infatible de la Escritura Santa, vivo y animado; y Jesucristo me lo ha dado [2].

Por lo demas, no digas que cometo aquí un círculo vicioso. Cuando racionio segun los libros santos contra el incrédulo, los considero de un modo enteramente humano y segun las reglas mas ordinarias de crítica. Cuando racionio contra los que admitis las divinas Escrituras, comienzo por establecer con solo la razon la necesidad de una autoridad visible, de un tribunal siempre subsistente; despues de esto, para acabar de convencerlos, me sirvo de estos libros mismos que reconocéis por divinos, y cuyos pasages mas formales deponen á favor de este tribunal que osais desconocer [3] [a]. ¿Será el espíritu particular de cada uno de vosotros lo que yo tome por guia? ¿Qué au-

mase un cuerpo de leyes y se contentara despues con publicarlas, dejando á todo el mundo, hasta el último hombre del pueblo, que las entendiera á su modo y á su agrado, es evidente que cada uno acomodaria la ley en su favor y á su capricho, y que en lugar de la armonía de una buena inteligencia, que quisiera establecer el legislador, se viera reinar la discordia y la confusion mas horrible. Tal es á la letra el sistema que los novadores han introducido en la religion.” (*Exposicion compendiada de los caracteres de la verdadera religion, por el P. Gerdil.*)

[a] „Euvano se nos acusa todavia de que combatimos el medio del examen por medio del examen mismo, y de que restablecemos así por una parte, lo que tratamos de destruir por otra. Esto es equivocar los terminos para alucinarse. „Hay una gran diferencia entre las discusiones cuya necesidad y suficiencia sostienen nuestros hermanos separados, y la exclusion de la obediencia á la autoridad, y el examen de simple atencion á verdades de hecho y de notoriedad pública que establece la autoridad. Combatimos el primer examen por el segundo; la objecion de los adversarios no es pues mas que un sofisma.” (*Pensamientos Teológicos*):

toridad! ¿Qué derecho tiene para someterme? [a] ¿Y qué puede ofrecerme si no contradicciones? ¿Será siquiera la unción secreta, el espíritu interior que ilumina á los verdaderos fieles y á los exco- tidos de Dios? ¿Qué fuente de ilusion y de fana- tismo! ¿Y qué tiene de visible para todos los hombres una autoridad semejante? Será vuestro cuerpo de sociedad? Nada veo que en su visibi- lidad la distinga suficientemente de cualquiera otra. Por otra parte, ¿dónde está su no interrumpida sucesion que sube hasta los Apóstoles [b]? Se pue-

[a] Esto es lo que hace decir á Rousseau en una de sus cartas sobre sus disputas con la Iglesia de Ginebra: „Yo debo siempre dar cuenta de mis acciones y de mi conducta á las leyes y á los hombres: mas dado que no se admita entre nosotros la Iglesia infal- lible, que tenga derecho de prescribir á sus miembros lo que deben creer, una vez recibido en la Iglesia, ya no debo dar cuenta de mi fe sino á Dios.“

„Que se me pruebe hoy, dijo en otra parte, que en materia de fe estoy obligado á someterme á las deci- siones de alguno, y mañana me hago católico; y todo hombre consiguiente y verídico hará lo mismo.“

Rousseau tenia razon; y por otra parte, no era difi- cil hallar la prueba de que en materia de fe se debe so- meter á una autoridad,

„La Iglesia de Ginebra, dijo tambien, no tiene ni puede tener, como reformada, ninguna profesion preci- sa de fe, articulada y comun á todos sus miembros.“ Y lo prueba por los mismos principios de la reforma.

[b] Tal es la pregunta que el mismo Lutero hacia á los Anabaptistas: ¿Quién sois? ¿Quién os ha enviado? ¿Dónde estaba la Iglesia antes de vosotros! Ha sido menester mucha teología para responder muy mal á esto. (*Historia de Francisco I. por Gaillard, tomo 6º.*)

Esta misma pregunta hacia la Iglesia católica al fin del siglo segundo á las diferentes sectas que se levan- taban contra ella: „¿quién sois! les decia por la pluma de Tertuliano, ¿cuándo habeis venido! ¿de dónde ha- beis salido! ¿qué haceis en mi bien, vosotros que no sois

de fijar despues de ellos, en tiempo mas ó ménos reciente, la época en que habeis comenzado [a]; y desde entónces, se os verá acabar, como á to- das las otras sectas. ¿Dónde está vuestra unidad? ¿Y qué relacion teneis con un gefe visible, con el sucesor de San Pedro, á quien condenais con toda su Iglesia, de quien os separais? ¿Me ofreceréis por último recurso la autoridad del gefe del cuerpo político? Pero no se trata ya de una religion dada á los hombres por Dios mismo? ¿Luego ya no se trata de las invenciones enteramente humanas, que po- drán en efecto modificarse, interpretadas por la misma legislacion que las haya establecido! Por- que al cabo, donde falta la autoridad divina es me- nester que el legislador humano supla y sea el gefe de la religion. Mas qué religion! ¿qué creen- cia! ¿Y quien puede ser el juguete de ella [4]?

¿Qué, me adherí á la revelacion porque la luz natural no me bastaba! ¿Y cómo me bastaría la revelacion, si acerca de sus dogmas ya no sé ni cual gnía seguir, para fijar su sentido, ni que par- tido tomar entre las sectas que dividen el cristia- nismo [5]?

¡Ah! ¡cuán bien ha previsto Jesucristo á los in-

mis hijos! Marcion, ¿con qué derecho talas mi flo- resta? Valentino, ¿quién te ha permitido cambiar mis fuentes? Appelles, ¿con qué autoridad borras mis lindes- ros? La posesion es mia.... Y vosotros todos, ¿porqué sembrais en mis dominios segun vuestro capricho, y haceis pacer allí vuestros rebaños! Yo tengo la pose- sion, poseo antes que vosotros, tengo titulos auténticos que recibí de aquellos mismos á quienes el dominio per- tenecia. Soy la heredera de los Apóstoles.“ (*Tertuliano, de la Prescripcion.*)

[a] Recordemos aquí aquella bella frase de un ver- dadero fiel á un príncipe protestante, á quien le decia en artículo de muerte: „debe seros duro mezclar vues- tras cenizas á las de aquellos hombres que tratais de hereges.“ Príncipe mio, respondió, *haced escarbar algu- nos pies mas abajo, y mis cenizas estarán mezcladas á las de los católicos.*

tereses de su gloria, de su religion y de nuestras necesidades! Yo hallo en la Iglesia católica y Romana cuanto necesito y cuanto me es permitido. Hallo en ella una autoridad suficientemente distribuida entre todos los pueblos para atraer toda su atencion; una autoridad que, por su extension, por su gerarquia, por sus usos y por su disciplina, por la publicidad y la universalidad de sus instrucciones, se hace eminentemente visible sobre todas las sectas que se levantan contra ella [6]. La veo guardar en medio de estas sectas y apesar de ellas el bello nombre de *católica*, nombre que, para distinguirla de otra cualquiera iglesia, aquellas mismas estan precisadas á dejarle. La veo conservar en sus principales sillas los títulos de la succion legitima de sus pastores desde los Apóstoles, y entrar así en el caracter de perpetuidad, esencial á la verdadera religion. Veola pendiente de un centro de unidad, de un gefe, que, unido á la pluralidad visible [7] de los demas pontífices, ora reunidos en los concilios que aquel preside, ora dispersos entre las naciones [8], forma un tribunal siempre subsistente, y al que dia con dia, segun la promesa, puedo acudir para distinguir la verdad del error. La veo inconciliable con todas las sectas, que todas se adunan contra ella; y que ella desecha cuanto se opone á su unidad, repele sin miramiento cuanto adultera su doctrina [9]; que conserva sin variacion todos los dogmas tan bien enlazados de la religion cristiana, todo su maravilloso conjunto, todos los medios y socorros de salud que entraña; y por una tradicion sostenida en sus diferentes sillas, atestiguada por sus concilios y por las obras de sus santos doctores, me hará subir de siglo en siglo hasta los primeros discípulos de los discípulos del Salvador y hasta la doctrina de los Apóstoles [10]. ¿Qué diré por fin? La veo resistir todos los esfuerzos de tantos enemigos conjurados para destruirla, mantener constantemente su glorioso imperio, mientras que todo cae en torno suyo; única que despacha ministros del E-

vangelio á todas las partes del mundo, para iluminarlas con las luces de la fé, para reparar con ventaja en los nuevos territorios lo que el espíritu de cisma y de error le hacen perder en otros; confirmar mas y mas aquella palabra de su Divino Maestro, que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. ¡Qué admirable espectáculo y que fuente de reconocimiento para el alma verdaderamente fiel! Tranquila en la sencillez de su creencia, puede reposar á la sombra de una autoridad infalible, puesto que, segun la promesa, es la del mismo Dios. Siempre tiene abierta la senda mas fácil, la mas corta y á la par mas segura, para resolver todas las dificultades que se le opongan. Si con razonamientos capciosos procuran hacerle sospechoso algun artículo de su fé, si su imaginacion aterrada disputa en secreto y quiere someter al exámen lo que debe creer, no necesita para ilustrarse, para calmarse y fijarse, sino atender á la enseñanza pública de la Iglesia católica Romana, á lo que nos enseñan sus solemnidades, sus ritos, sus oraciones, sus catecismos, sus predicaciones, sus instrucciones diarias, y á la creencia general de los pueblos que contiene en su seno. Si el orgullo, y el espíritu de independencia, si el amor de la novedad promueven contestaciones, producen incertidumbres y dudas, dividen á los novadores en tantas diferentes opiniones, cuantos partidarios del error engendra la ciega presuncion, mira donde está la autoridad visible, el cuerpo de los pastores y su gefe, y no temiendo ya flotar al capricho de las opiniones [11], permanece firme é inalterable. Si respecto á las verdades mas importantes ve géneos ardientes, á todos esos hombres de secta y de partido, combatiendo acaloradamente por los excesos contrarios, [a], está seguro de

[a] „Es imposible establecer alguna cosa cierta sobre la naturaleza inmortal, por la mortal; esta no hace mas que extraviar por todas partes, pero especialmente cuando trata de cosas divinas, porque, aunque le

hallar en la autoridad que la guía aquel justo medio, que igualmente distante de los extremos, es el punto preciso en que se detiene la verdad. Así es como en las disputas interminables sobre la gracia y la libertad, solamente la Iglesia católica no ha concedido jamás á uno de estos dogmas nada que pudiera destruir la creencia del otro [12].

El cristiano sumiso no solo halla en la Iglesia católica un guía seguro y fiel; halla también en ella una madre tierna que desde el momento de su nacimiento hasta el de su muerte, repara todas sus flaquezas y atiende á todas sus necesidades.

En su seno nada pierde de los sacramentos instituidos por el Redentor de los hombres, ni de todos los medios de salud más propios para confirmar su fe, para nutrir su piedad y para facilitarle la práctica de las virtudes. Ni se limita solo á estarle sometido; su adhesión á ella y su celo por su gloria igualan á su obediencia: sus intereses son los suyos, el también se lastima de cuanto la hiere y la ofende; nada siente en sus dolores que no resienta con ella: dirige al cielo en su favor los más tiernos gemidos, los más fervientes votos. Si ocupa un rango elevado, apoya su autoridad con su ascendiente y su poder: en toda condición edifica con la pureza de sus costumbres á todos aquellos que no temerían echar sobre ella el oprobio de sus hijos. No permite que á su presencia

hayamos dado principios ciertos é infaligibles, aunque iluminemos sus pasos con la antorcha santa de la verdad que plugo á Dios comunicarnos, vemos sin embargo diariamente, por poco que se aparte del sendero ordinario, y que se retire ó desvie de la senda trazada y abierta por la Iglesia, como inmediatamente se pierde, se embaraza, se trava, girando y flotando en este vasto mar turbado y hundoso de las opiniones humanas, sin freno y sin objeto. Al punto que pierde este grande y comun camino, se va dividiendo y disipando en mil sendas diversas." (*Ensayo de Montaigne*, lib. 2.º. cap. 12).

la ataquen impunemente. A cuantos le rodean dá el ejemplo del más grande respeto á su culto, á sus leyes [a], á sus ministros; y con su firmeza inalterable, de no apartarse un punto de sus juicios y de sus preceptos [13]. No mira como cosas indiferentes en materia de fe todo aquello que sus gefes y pastores tampoco miran como tal, ni cree que se puede permitir el espíritu de neutralidad é indecisión, luego que su voz se hace escuchar.

Griten pues cuanto quieran sus enemigos, cegados por el odio; credulidad, superstición, fanatismo; exageren escándalos que estan en medio de ella y por los cuales gime; deduzca de la corrupción de costumbres en algunos de sus miembros, la casi total alteración en la fe de sus gefes; destilen con artificio el veneno de la calumnia; pongan por pretexto el trastorno de la disciplina, el abuso de la autoridad, apelen á los antiguos tiempos [14], tomen un aire de reforma [15], á fin de reparar en lo ostensible con exterioridades de piedad, lo que el espíritu de rebelión se permite manchar en el interior; que hagan hablar á las divinas Escrituras al capricho de sus sistemas, ó apuntálense con la autoridad de algun doctor antiguo, para mejor tapar sus heregias con su nombre; ensalzen con sus discursos y con sus escritos la autoridad de cada doctor herege, y hagan también valer en su favor prodigios señalados con la marca de la imbesili-

[a] „Es necesario someterse totalmente á la autoridad de nuestra política eclesiástica, ó dispensarse de todo. No toca á nosotros establecer la parte de obediencia que le debemos. Y demasiado puedo decirlo por haberlo ensayado, habiendo usado en otro tiempo de esta libertad de mi elección y exclusiva particular, llevando mi dejadez hasta ciertos puntos de la observancia de nuestra Iglesia, que parecen tener un aspecto más vano ó más extraño; viniendo á comunicar con hombres doctos, he hallado que estas cosas tienen un fundamento macizo y muy sólido, y que solo nuestra tontería é ignorancia nos hacen recibirlas con menos reverencia que lo demás. (*Montaigne, allí mismo*).

dad y la mentira; el fiel no se perturbará; los ataques del error, como los de la impiedad, no le verán acobardado, débil y vacilante; tampoco le verán indiferente é insensible; pero tampoco le harán implacable y duro.

El verdadero hijo de la Iglesia, que lo es todavía ménos de nombre que por afecto, lleno de su espíritu, penetrado de la caridad que le anima, mira con ojo compasivo y tierno á los que se engañan y se descarrian, los compadece, gime por ellos; emplea las armas de la persuacion y de la dulzura para convertirlos. No encubre las pasiones y el odio con el vano pretexto de los intereses de la religion y de la caridad. Si no puedo llegar á contover y á convencer, tampoco se cree dispensado de amar y de querer. Conteniendo cuanto puede los avances del error, ve siempre con transporte aún en los que se abandonan á él, hombres y hermanos.

No, hijo mio, no; no es la fe de la Iglesia la que produce disensiones, turbaciones, ni cuanto el fanatismo tiene de cruel y de horroroso, son, ya te lo he dicho, el interés, la ambicion, el espíritu de rebelion y de independenciam, que para favorecer sus proyectos sacriligos y sus maniobras vergonzosas, juegan con la credulidad de los pueblos y con la vida de los hombres. La fe pura de la Iglesia de Jesucristo no es la que conmueve y mina los tronos, ni la que al mismo tiempo derriva y despedaza los altares: abre nuestros anales y los de los pueblos vecinos, y examina los sistemas y las causas, que con el nombre y máscara engañosa de la religion; han producido las revoluciones, devastado los estados, y herido las personas y la dignidad del monarca. No es la fe de la Iglesia la que arma contra la autoridad á súbditos rebeldes: si en circunstancias raras, ministros poco instruidos ó mui preocupados creyeron poder adquirir, segun la religion misma, derechos que la religion y la Iglesia no reconocen; si abusando de la flaqueza de los unos y de la sencillez de los otros,

pretendieron disponer de los reinos y de los imperios, esta misma fe cuyo depósito nos conserva la Iglesia, reclamaba contra ellos; les decia en altas voces para que pudiesen escucharla, que el reino de Jesucristo y de sus ministros no es de este mundo; que dando á Dios lo que es de Dios, nada los dispensa de dar al Cesar lo que es del Cesar; que cada autoridad tiene sus límites; que la una enteramente espiritual, está establecida únicamente para las cosas del cielo, bien así como la otra puramente temporal, no lo ha sido sino para las cosas de la tierra; que ambas, independientes y sometidas recíprocamente, tienen sus derechos separados; que estan formadas para sostenerse mutuamente [16], y para dirigirse de comun acuerdo, aunque por sendas diferentes, al mismo fin, la felicidad de los pueblos; y que de esta feliz armonia penden á la par la seguridad de los príncipes y la felicidad de los súbditos.

Ved aquí lo que la fe de la Iglesia nos enseña; y segun ella, querido Valmont, me propongo dentro de algun tiempo reanimar ó afirmar en tí todos los sentimientos de sumision, de respeto y de amor, que debes á la autoridad que nos gobierna. Así te harás al mismo tiempo cristiano dócil, católico celoso, ciudadano humano y compasivo, y súbdito fiel.

NOTAS.

PÁG. 98.

[1] *Con solo estas armas puedo confundir, &c.* „Por la fe „mas sencilla como por la erudicion mas extensa es uno „conducido á la sumision á la Iglesia presente, actual, in- „defectible, lo cual es una de las mas grandes pruebas de „su verdad; y un efecto admirable de la providencia. La „Iglesia católica es la única que tiene un cuerpo de prue- „bas. Las sectas que se han separado de ella, solo estan „apolladas en las objeciones particulares que le han hecho, „y cuya resolución no han querido aceptar.” (El Abate Ter-

rasson, de la Academia francesa. La filosofía aplicable á todos los objetos del espíritu y de la razón, parte primera, cap 3.º, sección 3.ª, precedida de las reflexiones de d' Alembert y de una carta de Moncrif sobre la persona y obras del autor).

Respecto á estas dificultades y á las vanas acusaciones de superstición, de idolatría, de innovación, que no han cesado de intentar contra nosotros, la refutación mas sencilla es la *Exposición de la doctrina de la Iglesia católica*, por Bossuet. No se ha respondido á esta, sino acusando al autor de haber *dulcificado y enflaquecido* los dogmas de su Iglesia. Pero si á esto se redujera en último recurso la controversia, debe hallarse muy auténticamente decidida, puesto que este libro es universalmente recibido entre nosotros, como depositario de la verdadera doctrina que profesamos.

Es triste que los sectarios se obstinen en calumniar á la Iglesia; que hombres respetables por su erudición y sus talentos hagan de cargo á la Iglesia católica instituciones locales, cosas puramente arbitrarias, á veces extravagantes, que solo fueron de una época, puesto que dependían de invenciones populares, bien que adoptadas quizás por eclesiásticos en lugares particulares; que impudentemente nos tachen de que ponemos el sello de la infalibilidad á ceremonias y objetos de mera disciplina, que obligan mientras que son de ley, pero que varían según las circunstancias, y que nunca se debieron confundir con la creencia invariable de la Iglesia sobre el dogma y sobre la moral; que no quieren percibir diferencia ninguna entre pretensiones contestadas ó simples opiniones que se dejan al arbitrio de las escuelas, y verdades de fe recibidas por la Iglesia universal; que exaltan las ventajas de la reforma, sin reconocer sus fuentes vergonzosas, ni sus funestas consecuencias, y sin deplorar sus abusos. Todas estas señales de parcialidad, sin que nos induzcan á acusar la rectitud de su corazón, deben hacernos gemir por los desgraciados efectos de la preocupación, en espíritu por otra parte muy racionales.

PÁG. 99.

[2] *La Escritura santa necesita su intérprete, &c.* „La Iglesia es el intérprete único de la Escritura santa, de los Padres, de sí misma. (El Abate Terrasson).

PÁG. 99.

[3] *En favor de este tribunal que osas desconocer.* Los protestantes, fatigados de sus perpetuas variaciones y de sus largas disputas, han conocido tan bien la necesidad de este tribunal, que han dado al sínodo de Delft, y principalmen-

te al de Dordrecht, poco mas ó ménos la misma fuerza y la misma autoridad que negaban á la Iglesia católica. ¡Admirable contradicción, en hombres que hasta aquí no habían querido reconocer otro juez de la doctrina que la Escritura misma! (Véase la *Historia de las Variaciones*, tomo 3.º, lib. 14, núm. 75 y sig.; y también 5.º, adv. 6.ª, núm. 67, 68 y 69.)

„La subsistencia de la perpetuidad y de la infalibilidad de la Iglesia, dice el Abate Terrasson, es alguna cosa mas importante, que ninguno de sus dogmas particulares.

„De todas las tesis de la teología entera, dice también muy juiciosa y razonadamente, la de la unidad, de la visibilidad de la perpetuidad y de la infalibilidad de la Iglesia, es la más digna de un teólogo, que al mismo tiempo es hombre de espíritu y hombre de estado.”

PÁG. 101.

[4] *¿Me ofrecéis por último recurso la autoridad de los jefes del cuerpo político? Mas ¿qué religion, que creencia! Para juzgar bien de la naturaleza y efectos de una creencia semejante, se puede ver, entre otros volúmenes de Hume sobre la Historia de Inglaterra, el quinto de la casa de Tudor, sin hablar de los precedentes, y el tercero de la casa de Stuart.*

PÁG. 101.

[5] *¿Y cómo me bastaría la revelacion si respecto á sus dogmas ni sé cual guía seguir para fijar su sentido, ni qué partido tomar entre las sectas que dividen el cristianismo? „Todo camino que no puede conducir á la fe ni á los sencillos, ni á los ignorantes, á nadie puede conducir á ella. El carácter distintivo del camino de la verdad es conducir á todo el mundo á ella, pues que todos son llamados á conocerla: pero el medio del examen ó de la discusion, no podrá llevar á los sencillos y á los ignorantes á la fe. Solo la autoridad puede hacer que la conozcan.” (Pensamientos Teológicos).*

No sé á que atenerme justamente se cae en todos los excesos, está uno dispuesto igualmente á creerlo todo y á no creer nada, cuando no arregla su creencia por una autoridad sólidamente establecida y que pueda bastar para fijarla. Creer á la autoridad es ahorro muy grande, y ningún trabajo, decia San Agustin, en el libro de *quantitate anime*, cap. 7.º.

„No es, dijo en el mismo libro, la vivacidad de la concepcion, es la sencillez de la fe la que constituye la seguridad de la muchedumbre en la Iglesia católica.

La autoridad es el motivo determinante del mayor número en materia de religion, cualquiera que sea el partido que

se tome... En la Iglesia Romana cree uno las verdades de la religion, y se apoya uno en la autoridad visible que halla en su seno. En las sectas protestantes hay muchas verdades que no se creen: y se funda uno en la autoridad de los gefes que siguen como sus doctores. . . . Entre los incrédulos la mayor parte se deciden á no creer nada, solo por la autoridad de ciertos hombres que se adquirieron celebridad por sus talentos. . . . La auto idad siempre ha formado el argumento de la multitud, aún entre sus mayores enemigos. Dichosos aquellos que marchan á la luz de la autoridad legitima! Tal es la de los católicos romanos: ella ha producido sus pruebas. No sucede lo mismo con la que siguen los sectarios y los incrédulos. . . . Su fe es una fe humana, tenida en la palabra de algunos seductores: en vez que la de los católicos es una fe divina, que se tiene en la palabra de un Dios, y explicada por una autoridad que él mismo ha establecido." (*Pensamientos Teológicos*).

„No me admiro, ha dicho un hombre ingenioso, de que haya heresiarcas: el orgullo basta para esto: pero estoy siempre sorprendido de que haya hombres bastante imbeciles, para constituirse de buena fe sus discipulos.

PÁG. 102.

[6] *Eminentemente visible entre todas las otras sectas que se levantan contra ella.* „Yo diria á los reformadores lo que un padre de la Iglesia decia á los donatistas: para saber donde reside la Iglesia, preguntémoslo á un hombre neutral, por ejemplo al rey de Persia. Hoy se diria: para saber donde reside la Iglesia, preguntémosla al Emperador de los Turcos; veremos si la pone en Italia, ó si la va á buscar á Utrecht." (*El Abate Terrasson*).

PÁG. 102.

[7] *La veo con un gefe que unida á la pluralidad visible de los demas pontífices, &c.* „La verdadera regla de la razon y de la fe, dice Nicole, es establecer su creencia sobre la mayor autoridad visible; esta regla es la única idonea para el pueblo, y que puede unir á los fieles en un cuerpo de sociedad, de una manera racional." (*Ensayos de moral, sobre el Evangelio del Martes de la segunda semana de Cuaresma.*)

„Residiendo la autoridad de la Iglesia en la pluralidad visible del cuerpo de los pastores unidos á su gefe, junta toda la certeza de la creencia con toda la tranquilidad de un gobierno sábio y duradero." (*El Abate Terrasson*).

„La religion cristiana, segun el pensamiento del mismo autor, siendo comun á pueblos que viven bajo diferentes potestades, jamás podrá permanecer la misma; si no tiene un

gefe único y propio. Sin esto acontecería, que á la primera querrela de uno de estos estados con el otro, los reyes y los otros gefes querrían distinguirse los unos de los otros por algunos artículos de creencia particular."

Lo que hay muy singular es que Leibnitz, aunque luterano, y por una consecuencia natural de su amor al orden y á la autoridad, despues de haber querido reunir el mundo bajo una misma lengua por el proyecto de una lengua universal para el uso de los sábios; despues de haber deseado reducir la Europa bajo una sola potestad en cuanto á lo temporal, tambien deseó viramente ponerla bajo un solo gefe en cuanto á lo espiritual: y para este último objeto eligió al mismo Papa. „Tanto habia prevalecido, dice el historiador de su vida, el espíritu de sistema que poseia en alto grado acerca de la religion, sobre el espíritu de partido! Mas todos estos bellos proyectos han quedado sin efecto, porque los pueblos no se ponen de acuerdo, sino para no atender á sus intereses comunes." (*Vease á Fontenelle, Historia de la Academia de las ciencias, año de 1716.*)

PÁG. 102.

[8] *De los pontífices, ora reunidos en concilio, ora dispersos por las naciones.* „La Iglesia puede ser considerada en dos estados; ó reunida en concilio, ó dispersa. En estos dos estados puede desidir sobre las disputas que se suscitan en su seno y sus juicios tienen siempre igual autoridad, porque las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella. . . . Pensar que no goza del privilegio de infalibilidad sino en los concilios generales; es limitar mucho la promesa que se extiende á todos los tiempos, es un error en la fe. Jesucristo no há dicho á sus Apóstoles: yo estoy con vosotros solo cuando esteis reunidos; sino, yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos." (*Pensamientos teológicos de Jamin*)

„De tal naturaleza es la pluralidad que constituye la decision final, que los concilios no se han reputado generales cuando se han celebrado, sino despues que son aceptados por la Iglesia no reunida. Si son legítimos, han dicho la verdad desde el tiempo de su reunion; esta verdad existia desde entónces como intrínseca; pero no se hacia extrínseca sino por la aceptacion posterior. Se ha tenido un ejemplo de esta aceptacion de hecho en el concilio de Efeso ó de Díscooro, desechada despues de su celebracion, aunque fuese muy numeroso." (*El Abate Terrasson*).

„La aceptacion que hace la Iglesia dispersa de un concilio general, no da la certeza y la infalibilidad á sus decisiones, pero si sirve solamente de testimonio de la regularidad con que las cosas pasaron en el concilio. La Igle-

„sía dispersa no juzga á la Iglesia reunida, una y otra no son mas que una sola y misma Iglesia considerada en dos estados diferentes.

„Los concilios generales son de muchísima utilidad, y quizá pudiera decirse necesarios en ciertas circunstancias; empero pretender que ninguna controversia pueda definirse sino por su medio, es un error combatido por una infinidad de hechos. En la historia de la Iglesia se ven pocas heregias, por las que haya sido precisada a reunir concilios generales; la mayor parte ha sido condenada y extinguida en sus propios lugares, como lo nota San Agustín, en el lib. 4.º. cap. último, á Bonifacio.”

„El Papa condena muchas proposiciones extraídas de un libro bajo calificaciones indeterminadas [*]; los obispos dispersos por el mundo católico conocen las desiciones, y las aprueban: yo digo, como San Agustín, *la causa está terminada: Dios ha colocado la doctrina de la verdad en la cátedra de la unidad*. Reconozco la voz de Pedro en su sucesor; me rindo, obedezco. Pero los obispos han examinado? Han depuesto el espíritu de partido? No han dado sus votos por ignorancia? El temor ó la esperanza no han sido quizá los primeros móviles de su conducta? En fin, se ha portado como jueces de la fé? Cuestiones litigiosas! Yo las dejo todas á la discucion de quienes no creen que Jesucristo haya prometido estar todos los dias con su Iglesia; me adhiero á la unidad que reconozco por la unanimidad moral de los pastores unidos á su gefe. El Salvador ha prometido su asistencia á su union, *vobiscum sum (estoy con vosotros)*; y el es fiel á su promesa; esto me basta para justificar mi obediencia.”

„El modo de interpretar algunas expresiones de un decreto apostólico, no puede presentar obstáculo á la canonicidad de su aceptación, cuando por otra parte se reune en el objeto principal: así es que jamas se ha dudado de la sumision de los teólogos católicos á las desiciones dogmáticas del concilio de Trento, aunque discrepen entre sí sobre la exposicion de algunos pasajes.” (Jamín).

PÁG. 102.

[9] *La veo... desechar sin miramiento todo lo que altera su doctrina.* „Un hombre que ha leído la historia de la Iglesia sin advertir en ella la firmeza, y, si me atrevo a de-

[*] *Del mismo modo que el concilio general de Constantza condenó en la seccion 8.ª cuarenta y cinco artículos de Wiclef; y en la seccion 15 treinta artículos de Juan Hus.*

cirlo, la fiereza y altivez con que la Iglesia ha pronunciado sus desiciones sobre el dogma, puede haber conservado las reflexiones de algunos padres, los milagros de algunos santos: pero no ha concebido el verdadero caracter de la Iglesia católica desde su establecimiento.” (El Abate Terrasson).

PÁG. 102.

[10] *La veo... Por una tradicion sostenida... Hicirme remontar hasta la doctrina de los Apóstoles.* Vese la Exposicion de la doctrina de la Iglesia católica; consúltese á los Padres de los cinco primeros siglos, recorriendo tambien el índice de sus obras, en el artículo de nuestras principales dogmas, fácilmente os aseguraréis de la conformidad de la antigua doctrina con la nuestra.

PÁG. 103.

[11] *No temiendo ya flotar á gusto de las opiniones, &c.* Cuando ha pasado uno los límites y ha perdido de vista la autoridad, ya no sabe en que punto detenerse. De los anglicanos se han formado, aunque por oposicion, los presbiterianos; de los presbiterianos, los independientes, &c. (Vese á Hume, *casa de Stuart*, tomo 3.º. página 204).

„El espíritu del hombre es de tal naturaleza, que no debe someterse totalmente y sin reserva, mas que al juicio que las tinieblas del error no pueden obscurecer: es necesario pues reconocer en la Iglesia una autoridad infalible, que termine las disputas que se levantan acerca de la fé.”

„Si no hay en la Iglesia un oráculo vivo, infalible, creo todo lo que os agrada. Sed sabeliano ó arriano, nestoriano, ó eutiquiano, luterano ó calvinista; sed tambien deísta, si os halaga mucho el deísmo: todo os es permitido, nadie tendrá una palabra que deciros. Juez único de vuestra fé, podéis tomar el partido que os plazca. Pero si hay en la Iglesia un oráculo vivo, una autoridad infalible, ya no hay libertad en la eleccion; es menester adherirse, sin disputar, á la enseñanza de la Iglesia, porque la razon misma dicta que uno no puede dejar de adherirse á un juicio infalible... En materia de religion es necesariamente preciso determinarse por uno de estos dos partidos, ó reconocer con los católicos una autoridad al abrigo del error, que desida las cuestiones irrevocablemente, ó reconocer con los deístas que la razon es la regla soberana. En el orden de la religion como de la filosofia, no hay medio: sobre este artículo, no puede uno ser mas que católico ó deísta. Un espíritu consecuente no conoce un tercer partido.”

„Qué necesaria es esta autoridad, que saca su prueba

del modo de obrar de sus mayores enemigos! Nuestros hermanos errantes la han desechado como una tiranía, y han levantado sobre sus escombros el edificio ruinoso de su pretendida reforma; pero han estado obligados á volver á ella, para impedir la disipacion de su secta naciente. Esta conducta contradictoria está comprobada en la historia de los tiempos. *Examinad*, decian á los pueblos católicos para seducirlos; *no os dejéis llevar como imbéciles por la autoridad que es una verdadera tiranía. Dios no os ha dado una razon sino para que os sirvais de ella — Obedeced á vuestros superiores*, decian al contrario á sus hermanos intóxicos: *nada de exámen acerca de vuestro doctores. La humildad cristiana debe conducirnos á someter vuestras luces á las de vuestros conductores; ellos están establecidos para instruirnos.* ¿Qué contraste! establecer el exámen sin sumicion para seducir á los católicos; exigir la sumicion sin exámen, para reprimir á los del partido, que quieren restringir mucho el camino de la libertad, es tener peso duplicado, duplicada medida; lo cual es abominable á los ojos de Dios. Sea lo que fuere, resulta de la conducta de estos pretendidos reformadores, que han reconocido la necesidad de una autoridad para retener en la unidad de doctrina los pueblos á quienes habian seducido. ¿Pero tienen razon para susstituir su propia autoridad á la de la Iglesia? (Jamín).

„El espíritu humano, dice un autor célebre, reconoce dos árbitros, la razon y la autoridad. Una de las mas nobles funciones de la razon es conocer ella misma sus límites y confesar la necesidad que tiene muchas veces de la autoridad. En materia de religion, la razon sola nunca pasará mas allá de religion natural: los misterios son superiores á ella, y la razon no los admite, sino como objetos de fe desdichados por una autoridad divina. La razon nos conduce á esta autoridad probándonos, primero, que ella es necesaria; segundo, que debe tener caracteres visibles por los que pueda ser reconocida. Puesto así por la misma razon en manos de la autoridad, con este guía infalible penetramos en los dogmas y en los misterios entramos, bajo el imperio de la fé. Si el incrédulo desecha estos dogmas y estos misterios únicamente porque no los comprende, no veo en él mas que un temerario, que necesitando de dos guías, se obstina en no tomar mas que uno, aunque este mismo guía le advierta que tome otro mas seguro. Se extravia, porque concede mucho á la razon no reconociendo nada fuera del dominio de esta razon limitada; pero no es ni absurda ni inconsecuente. Al ménos no está en el mismo grado que el teólogo razonador, que, confesando la insuficiencia de la razon y la necesidad de la autoridad, recibiendo dogmas y misterio, combate esta autoridad altera estos dogmas, modifica estos misterios, de tal manera que siempre que-

den misterios; pero que dejen de estar apoyados en una autoridad suficiente. Es menester optar: si nada se debe admitir superior á la razon, si no es cierto que ella misma nos advierte que nos sujetemos á la autoridad, es menester desecharla enteramente los dogmas, los misterios, y dar el triunfo á la causa del incrédulo: si es necesario admitir la autoridad, no es permitido tocar á sus oráculos, es menester adorar los misterios sin restriccion, sin modificacion; el hombre no puede tocar á la obra de Dios. Cuando Lutero me propone que susstituya la consustanciacion á la transustanciacion, ¿á qué tribunal me remite? ¿Es al de la autoridad? Ella le es contraria. ¿Es al de la razon? ¿En qué comprende mejor mi razon la consustanciacion? Cuando otro razonador me dice que Jesucristo no está presente en la Eucaristia, sino por la fé, ¿qué cosa es una presencia por la fé? ¿Está presente ó no lo está: si no lo está, mi fé no puede hacerlo presente, y yo hago mal en creerlo presente: si está realmente presente, mi fé no hace nada en esto; y está presente igualmente, sea que yo tenga fé, sea que no la tenga. ¿Que pretendéis pues? Si no dais franquicias á mi razon, si la dejais bajo del yugo, que sea pues bajo de un yugo sagrado, no bajo de un yugo profano. Misterio por misterio, no puedo creer, sino aquel que se me propone por una autoridad legitima. Emprendéis mucho y muy poco. O nada quitais, ó quitais todo lo que la razon misma puede consentir en esto. Los incrédulos se alejan mas que vosotros del camino de la salvacion, pero estan mas cerca de volver á él: ellos racionan ya mejor; y luego que conocieran la necesidad de la autoridad, se someterian enteramente á ella, sin todas vuestras ridiculas reservas.

„Ved aquí bajo qué punto de vista miramos las ideas vagas de los herejes, y esos cambios tan poco filosóficos que á Lutero, á Calvino y á sus discipulos, dió la gana de llevar á la doctrina de la Iglesia.” (Historia de Eranisco I, por Gaillard, de la Academia francesa y de la Academia de inscripciones y bellas letras, tomo 6º, lib. 7º, cap. 2º.)

pág. 104.

[12] En las disputas interminables sobre la gracia y la libertad, &c. La Iglesia, aun á los ojos mismos de la razon, es muy mas sabia que sus adversarios, en el modo con que ella quiere que se hable de la gracia, para conservar la idea de la libertad humana en el espíritu de la multitud, y por consecuencia el fruto de toda predicacion y de toda moral.”

„El poder de Dios y la libertad del hombre son dos verdades de la religion; pero la primera ha sufrido ménos golpes que la segunda, atacada de incontables modos diferen-

tes por los libertinos y por muchas especies de herejes. Despues de esto, no se puede alabar demasiado la sabiduria de la Iglesia en vigilar mas atentamente todavia por la conservacion de la segunda, que por la primera; porque no conozco moral publica, ni civil, ni cristiana, sin una conservacion cuidadosa del dogma de la libertad."

"Las personas de cierto partido parece que fijan toda su atencion en defender la fe contra los ataques de los pelagianos que ya no existen; y la Iglesia fija la suya en defenderla contra los luteranos y calvinistas que la rodean actualmente. ¿Cuál de las dos atenciones os parece mas sabia?" (El Abate Terrasson).

Es muy desgraciado que hayan querido formar sistemas sobre la gracia y sobre la libertad. El Apóstol habia dicho todo en estas palabras, *La gracia de Dios conmigo, Gratia Dei mecum* [*]; y no solamente la gracia de Dios en mí, ó que está conmigo, como tan infielmente se ha traducido. Todos estos sistemas, que la Iglesia ha reprobado casi en todos tiempos, no tienen de ordinario, respecto á los que están poco firmes en la fe, mas efecto que hacerles aborrecer al Dios de los cristianos, en vez de presentárselo bajo coloridos propios para hacerlo amable.

PÁG. 105.

[13] De su firmeza inalterable, no separándose de sus juicios y de sus preceptos. No someterse de un modo puro y sencillo al cuerpo de los pastores unidos á un gefe en todo lo concerniente á la doctrina, y oponer á esto el espíritu particular, es juntamente una desobediencia y una presuncion inexcusables. Sobre lo cual es menester observar, que esta sumision no puede tener lugar acerca de las opiniones erroneas, si no tienen lugar al mismo tiempo respecto de los libros que las contienen y que la Iglesia condena.

"No se puede rehusar sin temeridad á la Iglesia el poder de juzgar del sentido de los libros concernientes á la religion: toda sociedad tiene derecho de juzgar del sentido de sus leyes y de los libros que tratan de ellas. Por otra parte, la Iglesia conoce sus derechos y solo usa de los que tiene adquiridos; pero ella ha juzgado en todos tiempos de las obras eclesiásticas, sea para aprobarlas, sea para condenarlas; así es como ha proscrito las obras de Arrío, los tres famosos escritores de Ibas, de Teodoro, y de Teodoro de Mopsueta, y aprobado por el contrario las de San Agustín sobre la gracia."

"El derecho que la Iglesia tiene para juzgar del senti-

[*] *Epist. á los Corint. 15, 10.*

do de los libros eclesiásticos importa necesariamente, de parte de los fieles, la obligacion de someterse á sus decisiones; porque una autoridad á la que nadie tenga obligacion de obedecer, es un fantasma de autoridad: es pues un deber para los fieles sujetarse á los juicios de la Iglesia, en cuanto á los libros concernientes á la religion."

"Toda obediencia que no corresponde á la intencion del superior que condena, es una verdadera desobediencia; cual es el mandamiento, tal debe ser la sumision; pero la Iglesia exige de todos sus hijos una sumision interior á los juicios que pronuncia sobre los libros eclesiásticos y sus autores."

"No, un silencio que consista en no decir nada y en no hacer nada contra las decisiones de la Iglesia, sobre ciertos hechos dogmáticos, no cumple á la idea de la sumision que aquella exige de sus hijos en caso semejante. Teodoro ofrecia guardar silencio sobre el hecho de Nestorio, que consistia en saber si los escritos de este patriarca contenian la doctrina que reconocia dos personas en Jesucristo: la Iglesia no se contentó con este paso; exigió para admitirlo á su comunión, que dijese anatema contra Nestorio y sus escritos."

"Creemos con el comun de los Teólogos, que Jesucristo no abandona su Iglesia cuando emite su juicio sobre el sentido de los libros que tratan de religion. Esta verdad es la consecuencia de otra que pertenece al depósito de la fe. Es efectivamente un dogma reconocido universalmente, que la Iglesia es infalible en la exposicion de la tradicion; pero esta infalibilidad no puede subsistir, sino suponiéndola igualmente en la discusion y el examen de los libros eclesiásticos que han aparecido en diferentes siglos, pues que solo por este examen puede hacer el discernimiento de la verdadera tradicion, y un medio sujeto al error no puede conducir con seguridad al conocimiento de la verdad. Es menester pues elegir uno de estos dos partidos, ó creer que la Iglesia no se engaña jamás en el juicio que forma de los libros que han tratado de la religion, ó pensar que se puede enganar acerca de la tradicion; este segundo partido es un error contra la fe." (*Pensamientos Teológicos de Jamin, cap. 9.*)

La historia de la Iglesia no podría ofrecernos un ejemplo mas bello de sumision, que el que contiene el hermoso rasgo de Fenelon, que todo el mundo conoce, pero que no sería por demas enseñarlo á los que no lo saben, y recordarlo á los que lo saben, y que en circunstancias ménos favorables que las suyas, estan muy lejos de imitar su obediencia.

"Un breve del Papa, de 13 de Marzo de 1699, habia condenado el libro de las *Máximas de los Santos*, del Arzobispo de Cambray; y este prelado se sometió sin restriccion y sin reserva. Cuesta sin duda humillarse, decia en una carta al Obis-

po de Arrás; pero la menor resistencia á la santa Sede costaría cien veces mas á mi corazón.

„Publicó un mandamiento contra su propio libro, y el mismo anunció en el púlpito su condenacion. Para dejar á su diocesis un monumento de su arrepentimiento, mandó hacer, para la exposicion del Santísimo Sacramento, un sol llevado por dos Angeles, que pisaban libros heréticos, sobre uno de los cuales se leia el título del suyo.

„El Papa Inocencio III, que estimaba mucho á Fenelon, quedó ménos escandalizado del libro de las *Máximas de los Santos*, que del calor de algunos prelados que perseguían su condenacion. Les escribió: *peccavit excessu amoris divini: sed vos peccastis defectu amoris proximi*. Fenelon pecó por exceso de amor divino, pero vosotros peccasteis por falta de amor al prójimo.” (*Diccionario de los hombres ilustres*).

En esta disputa entre dos de los mas grandes Obispos que han ilustrado á la Francia, Fenelon, á quien el espíritu solo alabaría mal, á quien no se pueda celebrar dignamente sino por el corazón, se mostró siempre semejante á sí mismo, siempre lleno de candor, de dulzura, de resignacion, de piedad, y de todas las virtudes que hacen amable la religion: triunfó hasta en su derrota, y como se ha notado muy bien; el vencido apareció mas grande que el vencedor.

PÁG. 105.

[14] *Que pretextan el trastorno de la disciplina, el abuso de la autoridad que apelan á los antiguos tiempos, &c.* Como nada me ha parecido mas útil y mejor pensado que lo que ha dicho el Abate Terrasson, sobre las sectas en general, y sobre el espíritu de partido, voy á reunir aquí sus diversas reflexiones sobre este asunto.

„Si los sectarios ganaran su causa en lo que dicen contra el gobierno de la Iglesia, llegarian á formar una sociedad que no tendría ni superiores ni jueces, y que por consiguiente avanzaría precipitadamente á su propia destruccion.”

„Los que alegan siempre los tiempos antiguos ó que apelan á sus asambleas futuras, forman el plan de una sociedad que no se gobernaría, sino por hombres que ya no existen, ó por hombres que no existen todavía: el espíritu de independencian encuentra en esto su conveniencia.

„Hay personas que han leído mucho, que han leído todo, pero con un ojo solo: jamás han abierto los dos: las gentes de partido, por sábias que sean, son de este orden.”

„Hay una diferencia infinita entre lo que se entiende por la libertad de las escuelas católicas [*] y por un partido:

[*] „Distinguimos en la teología los dogmas decidi-

la una se manifiesta, y la otra se esconde.”

„La desgracia de todas las gentes de partido ó de secta; es educar á sus hijos en el descontento de todo lo que ven ó lo que vieren hacer: de esta suerte les preparan una vida de continuo pesar, los exponen además á ser malos súbditos del príncipe ó de la república, y por consiguiente malos ciudadanos.”

„Qué otra cosa es esto, sino infundir á los niños el espíritu protestante respecto á la religion católica; y el espíritu republicano, en cuanto á la monarquía?”

„Un partido que por cierto grado de saber, por una grande abundancia de espíritu, por una ventajosa ostencion de reforma, se haya ganado una reputacion brillante en una muchedumbre que propendia á una piedad ilustrada, pasando al pueblo bajo, ha llegado á rematarse y á lo que nunca hubiera tenido del mas extravagante y bajo fanatismo.”

„La dulzura general de los últimos tiempos ha retirado además de un refractario las calificaciones que hubiera reportado en otros siglos.”

Al terminar esta nota, que contiene los pensamientos mas propios, no digo para curar del espíritu de partido á los que por desgracia estan inficionados de él (porque, visto el imperio de la preocupacion, esta especie de curacion es moralmente imposible); pero sí al ménos para resguardar de él, á los que podrian infectarse aún por su edad todavía tierna y fácil para la seduccion: confesaré, que si fuera menester adorar al Dios de ciertas sectas, á un Dios que me ordena cosas imposibles, y que me ha de castigar si no las hiciese; á un Dios, que, cual tirano supremo de las almas que ha formado, predestina al mayor número de ellas por un decreto absoluto á la condenacion eterna; á un Dios, que, sobretexto de que nada nos debe, hará pensar que nada se debe á sí mismo; á un Dios hecho hombre, que se me ha ofrecido como un Dios renditor, y que sin embargo, apesar de los textos mas formales del Apóstol [*], no ha muerto por todo el género humano, ni para salvar á todos los hombres; un Dios á cuya gracia nadie puede resistir aunque San Estevan moribundo haya reprochado tan viva-

„dos, de las opiniones de la escuela: unidad en los primeros, libertad en los otros, pero en todo la caridad; sin ella, la ciencia de las escuelas, la femisma, no sirven de nada. Esta verdad debería estar grabada, no en el bronce, sino en el corazón de todos los teólogos.
„(Jamin).

[*] *Epist. á Tim. II, 4, 5, 6, y IV, 10, á los Rom. V, 17, 18.*

mente á los judíos su continua resistencia á la gracia [*], aunque Jesucristo mismo haya reprochado de un modo tan penetrante esta resistencia obstinada á la infiel Jerusalem [**]; á un Dios cuya omnipotencia consiste en necesitar, cuando le plazca, la acción de los seres que ha formado para obrar libremente, como si Dios, para ser omnipotente debiera cambiar la naturaleza de las cosas, contradecir las leyes que se ha impuesto por su sabiduría, y conducir seres morales por leyes físicas, ó seres físicos por leyes morales; hacer obrar v. g., al hombre como máquina, y hacer obrar una máquina exhortándola, invitándola, ó reprendiéndola como si fuera un ser libre é inteligente; á un Dios, para decirlo todo en una palabra, cuyo infalible querer hace todo en nosotros, y que aniquilando todo verdadero principio de mérito y de libertad, me haría decir con razón, *si quiere que yo me salve, me salvaré por mas excesos á que me abandone; si en sus decretos ha resuelto perderme, perdido estoy, por mas esfuerzos que haga: sí, lo confieso, un Dios como este, muy lejos de obtener mis adoraciones y mis homenajes, me haría desear que no existiera, ó mas bien me hiciera decir, no hay Dios.*

Pero confesémoslo tambien; semejantes opiniones, que el incrédulo achaca á la religion, para hacerla odiosa, jamas han sido las suyas: digo mas; si un pueblo imbécil cree estas cosas, los que lo instruyen así no las creen. ¡Ah! los que estan seducidos son dignos de lástima, estan en el error. Pero los que seducen son falsos; y si no fuera la calidad de hombres y de hermanos, que todavia se debe crear y respetar en ellos, no merecian mas que odio, indignacion y desprecio.

PÁG. 105.

[15] *Que se muestran con un aire de reforma.* Por puras que sean efectivamente las costumbres de los que tienen otra creencia que la de la Iglesia, desgraciadamente son sin fruto para ellos mismos, y son de ningun peso para las opiniones que defiende. „Nunca os engañe la regularidad exterior de las costumbres, dice el autor de los *Pensamientos teológicos*: no se deduce nada de las costumbres para la doctrina, ni de la doctrina para las costumbres. Uno puede vivir moralmente bien, y pensar muy mal, así como puede conservar la fe en medio de sus desórdenes. Se ven herejes arreglados en sus costumbres y católicos prostituidos. Una vida regular no prueba en favor de la doctrina, ni la relajacion de ella en

[*] *Act. VII, 51.*[**] *XXIII, 37.*

contra. La enseñanza pública de la Iglesia, es la única piedra de toque para discernir la verdad del error. Las obras pueden ser sin la fe, como la fe sin las obras. „Pues, ¿qué? exclama Tertuliano, si un Obispo, si un obispo, si una viuda, si una virgen, si un doctor, si hasta un martir se aparta de las reglas, las herejias se convertirán en verdades? Debemos juzgar de la fe por las personas, ó debemos apreciar á las personas por la fe? Ninguno es sábio, si no tiene fe; ninguno es grande, si no es cristiano; ninguno es cristiano, si no persevera hasta el fin.” (*Lib. 3.º de la Prescripcion*).

Asi tambien el ingenio, la ciencia y los talentos, no prueban en favor de la verdad de una opinion. Los mas grandes hombres pueden caer en los mas grandes extravíos. El sol tiene sus eclipses. „No penseis hermanos míos, decia San Agustin á su pueblo, que los ingenios pobres hayan podido formar herejias, solamente los grandes personajes han tenido la desgracia de formarlas. La Iglesia gime todavia por la caída del austero y sábio Tertuliano, y por los extravíos del grande Orígenes.” (*Narr. sobre el Psalm. 124. Pensamientos Teolog, cap. 14.*)

PÁG. 107.

[16] *Que cada autoridad tiene sus limites... que estan formadas para sostenerse mutuamente.* Cada potestad tiene su fin particular al cual se dirige. La potestad secular se propone por objeto la felicidad de los hombres en el siglo presente; la potestad eclesiástica lo prepara para la vida futura, dos objetos preciosos para la humanidad. (*Pensamientos Teológicos, cap. 8.º*).

„La religion en si misma es el vínculo de una sociedad espiritual, y al mismo tiempo una parte importante de la sociedad civil. En el primer sentido pertenece á sus ministros arreglar los deberes de ella é interpretar la ley en que está fundada: en el segundo sentido, corresponde al principe vigilar por la tranquilidad de su estado, única de que está encargado.” (*El Abate Terrasson, cap. 3.º. secc. 2.ª*).

„Diariamente se pide una barrera que separe las dos potestades: la barrera está puesta por la naturaleza misma de las cosas. Todo lo que concierne únicamente á la religion y á la vida futura, todo aquello de que se necesita como cristiano y como ortodoxo, forma la jurisdiccion espiritual; todo lo que concierne á las ventajas humanas y temporales, todo aquello de que se necesita como hombre y ciudadano, pertenece sin participio á la autoridad secular.” (*Gaillard, Historia de Francisco I, tom. 5.º*).

„Dios no estableció las dos potestades para que fuesen opuestas; es el Dios de la paz, y no de la discordia: la sabiduría divina no podría estar en posicion consigo misma.

Ha querido por el contrario que estas dos potestades pudieran sostenerse y auxiliarse recíprocamente. La union de estas dos potestades es un don del cielo, que les da una nueva fuerza, y las pone en aptitud de llenar los designios de Dios sobre los hombres; el mundo está bien gobernado si ellas estan de acuerdo; si llegan á desunirse, las instituciones mas sábias estan amenazadas de una ruina próxima." (Jamín).

CARTA QUINCAGESIMA TERCERA.

EL CONDE DE VALMONT AL MARQUEZ.

Despues de mi última carta y de las noticias mas favorables que os he dado sobre el estado de Emilia, nuestras esperanzas crecen, bien que sin quitarnos todavía la inquietud por el porvenir. Los desfallecimientos ya no son tan frecuentes; pero queda todavía una fiebre lenta y obstinada, que por lo ménos anuncia que la total curacion no está tan próxima como habiéramos pensado. Si yo conociera ménos el valor y devocion de mi querida Emilia, temería en ella la mas funesta recaída, cuando al fin llegase á saber todas mis desgracias. Sobre este asunto ya no me queda esperanza ninguna. No hallo amigos, porque no he sabido elegirlos, y porque ademas, como vos lo habeis experimentado demasiado, no quedan en la corte amigos fieles á quien ha caído en la desgracia. La mia me da todavía mucho que temer; ¿y podría yo amar aún la autoridad que me abrumba? Este es el esfuerzo mas heroico de la religion. Ella me manda este esfuerzo: ayudadme á obedecerla, padre mio. Si Emilia solo tiene ya que correr la suerte de un proscrito, si todos los dias de su vida tiene que reprocharme la desgracia de sus hijos y su propio infortunio, ¿qué me quedaría que desear... si nó la muerte?

Pero no: yo debo vivir para consolarla, puesto que ella se digna amarme todavía. Debo vivir

para ofreceros diariamente los homenajes de un corazón reconocido, para sacar provecho de vuestros cuidados y de vuestros conocimientos, para reparar mis ofensas á un Dios clemente y bueno, á quien desconocí, de quien tan indignamente blasfemé... Con todo, si Emilia me fuese arrebatada; si el cielo en su cólera... ¡Ah! no puedo soportar esta idea; ¿pues como soportaría su realidad? ¿Qué fuera para mí el peso de la vida? ¿Tendría yo nunca bastante valor para sobrevivir á la esposa mas tiernamente amada, á quien yo mismo se la hubiera quitado? ¡O padre mio! ¿qué recurso hallaré dentro de mí para tanta pena? ¡Ay de mí! Demasiado lo conozco, mi fuerza es nula: mi flaqueza es demasiada. Ya no tengo aquel fuego, aquella impetuosidad de carácter y de sentimiento, que hubiera podido servirme para la virtud, cual tantas veces me sirvió para el vicio. Me observo y no me conozco; desfallezco, me abato y me desaliento; sucumbo con solo la aprension de males que ni existen quizás. ¡Oh! no es así como Emilia sobrelleva los suyos. Aquellas almas tan fieras ántes que la adversidad las pruebe, ¿qué cobardes son, si la religion no las apoya? En ella me haréis encontrar, padre mio, el verdadero valor de que necesito. Ya ella ilumina mi razon; pero todavía no habla sino débilmente á mi corazón. En los primeros momentos, yo me creia capaz de los mas grandes sacrificios; y volviendo á caer mas reflexivamente sobre mi mismo, no veo en mi cosa que no me estremezca, y de que secretamente no murmure. ¡Gran Dios! ¡Cuántas amarguras trae consigo un mal paso, y cuantos motivos de arrepentimiento procura!

Me interrumpen... Un desmayo nuevo acaba de sobrevenir á Emilia... Temen, se dice... Voy corriendo allá, á riesgo de cuanto puede sucederme. ¡Ó Dios! ¡Dios! ¿Qué será de mí?

¡Siempre terrores nuevos! Este desmayo ha durado mucho tiempo, muchísimo tiempo. Muchos dias hace que no lo experimentaba semejante; bas-

Ha querido por el contrario que estas dos potestades pudieran sostenerse y auxiliarse recíprocamente. La union de estas dos potestades es un don del cielo, que les da una nueva fuerza, y las pone en aptitud de llenar los designios de Dios sobre los hombres; el mundo está bien gobernado si ellas estan de acuerdo; si llegan á desunirse, las instituciones mas sábias estan amenazadas de una ruina próxima." (Jamín).

CARTA QUINCAGESIMA TERCERA.

EL CONDE DE VALMONT AL MARQUEZ.

Despues de mi última carta y de las noticias mas favorables que os he dado sobre el estado de Emilia, nuestras esperanzas crecen, bien que sin quitarnos todavía la inquietud por el porvenir. Los desfallecimientos ya no son tan frecuentes; pero queda todavía una fiebre lenta y obstinada, que por lo ménos anuncia que la total curacion no está tan próxima como habiéramos pensado. Si yo conociera ménos el valor y devocion de mi querida Emilia, temería en ella la mas funesta recaída, cuando al fin llegase á saber todas mis desgracias. Sobre este asunto ya no me queda esperanza ninguna. No hallo amigos, porque no he sabido elegirlos, y porque ademas, como vos lo habeis experimentado demasiado, no quedan en la corte amigos fieles á quien ha caído en la desgracia. La mia me da todavía mucho que temer; ¿y podría yo amar aún la autoridad que me abrumba? Este es el esfuerzo mas heroico de la religion. Ella me manda este esfuerzo: ayudadme á obedecerla, padre mio. Si Emilia solo tiene ya que correr la suerte de un proscrito, si todos los dias de su vida tiene que reprocharme la desgracia de sus hijos y su propio infortunio, ¿qué me quedaría que desear... si nó la muerte?

Pero no: yo debo vivir para consolarla, puesto que ella se digna amarme todavía. Debo vivir

para ofreceros diariamente los homenajes de un corazon reconocido, para sacar provecho de vuestros cuidados y de vuestros conocimientos, para reparar mis ofensas á un Dios clemente y bueno, á quien desconocí, de quien tan indignamente blasfemé... Con todo, si Emilia me fuese arrebatada; si el cielo en su cólera... ¡Ah! no puedo soportar esta idea; ¿pues como soportaría su realidad? ¿Qué fuera para mí el peso de la vida? ¿Tendría yo nunca bastante valor para sobrevivir á la esposa mas tiernamente amada, á quien yo mismo se la hubiera quitado? ¡O padre mio! ¿qué recurso hallaré dentro de mí para tanta pena? ¡Ay de mí! Demasiado lo conozco, mi fuerza es nula: mi flaqueza es demasiada. Ya no tengo aquel fuego, aquella impetuosidad de carácter y de sentimiento, que hubiera podido servirme para la virtud, cual tantas veces me sirvió para el vicio. Me observo y no me conozco; desfallezco, me abato y me desaliento; sucumbo con solo la aprension de males que ni existen quizás. ¡Oh! no es así como Emilia sobrelleva los suyos. Aquellas almas tan fieras ántes que la adversidad las pruebe, ¿qué cobardes son, si la religion no las apoya? En ella me haréis encontrar, padre mio, el verdadero valor de que necesito. Ya ella ilumina mi razon; pero todavía no habla sino débilmente á mi corazon. En los primeros momentos, yo me creia capaz de los mas grandes sacrificios; y volviendo á caer mas reflexivamente sobre mi mismo, no veo en mi cosa que no me estremezca, y de que secretamente no murmure. ¡Gran Dios! ¡Cuántas amarguras trae consigo un mal paso, y cuantos motivos de arrepentimiento procura!

Me interrumpen... Un desmayo nuevo acaba de sobrevenir á Emilia... Temen, se dice... Voy corriendo allá, á riesgo de cuanto puede sucederme. ¡Ó Dios! ¡Dios! ¿Qué será de mí?

¡Siempre terrores nuevos! Este desmayo ha durado mucho tiempo, muchísimo tiempo. Muchos dias hace que no lo experimentaba semejante; bas-

taria uno de esta naturaleza para hacerla perecer. Todo lo he arresgado en el estado en que estaba. Sin embargo de las precauciones que tomé, me apercibieron al salir de casa; y solo por un número infinito de vueltas pude escaparme de los que me seguían. Los horrores de la mas oscura prision me aterraban ménos que la idea de no volverla á ver, de separarme de ella para siempre. Ahora que sepan que estoy todavía en Francia, en Paris, ¡qué fácil será descubrir mi retiro! y ahora ya no me será posible huir, aún cuando pudiese resolverme á ello. Que hagan pues de mí lo que quieran; que un golpe de autoridad me hunda en el abismo de la desgracia; que esa misma autoridad, que vos quereis que yo ame, que respete, me remache para siempre las prisiones. . . . ¡O patria mia! ¡Ingrata patria! Yo hubiera podido servirte todavía. . . . como mi padre, que tan bien te ha servido. Sea enhorabuena, tú no eres digna de mis pesares. Tú puedes privarme de la luz del día y de la libertad. . . . Pero mi Emilia, mi padre, que vive todavía en mí, mi hijo, ¿qué sucederá con ellos? ¡Ah! ¡qué dura es la autoridad de los hombres, y cuán pesado su yugo! ¡cuán sujeta vive al error! porque al fin; Lausane es quien ha hecho todo el mal; y yo he de ser castigado.

¡Ah! ¡Con que hay, respecto á la religion, una autoridad mui mas segura que me habeis hecho conocer? Conozco toda la necesidad de ella. Solo ella puede fijar mis dudas; solo ella merece ser árbitra de mi creencia, el juez de mi fe; y ella lo será. Al ménos ella dará tranquilidad á mi espíritu, si mi alma agitada por tantos motivos, no puede tranquilizarse sobre lo demas. Siendo incapaz de engañarme esta Iglesia á que me remitis, andaré á paso firme bajo su luz; y si, lo que es imposible, me engañase, ¿qué tendría yo que temer en el tribunal del soberano juez? ¿Y no tendría razon para decirle: „Dios mio! yo necesitaba un guia. Demasiado incierto, demasiado irresoluto por mi mismo, mui cercado de

„mil sectas diversas, que aspiran todas á la verdad, „y solo tienen por regla la opinion bajo el bello „nombre del Evangelio, yo necesitaba una regla „mas segura, un tribunal mas digno de mi sumi- „sion y de mi confianza. Me lo habeis prometi- „do, me lo habeis dado. ¿Y podría yo pensar que „me extraviara? ¿Y no seriais vos, ó Dios mio, quien „me hubiera extraviado?”

No, no; Dios no se contradice consigo mismo: sus promesas son inviolables; yo me fio en ellas; y por cuanto á la total conversion de mi corazon, descanso, padre mio, en vuestras oraciones y en vuestra ternura para conmigo.

CARTA QUINCAGESIMA CUAR- TA.

EL MARQUEZ DE VALMONT AL CONDE.

¡Desgraciado jóven, qué compasion mereces! A los males que sufres añades el todavía mas doloroso sentimiento de los que temes; y parece, que, para mejor castigarte de antemano, te complaces, por una inútil prevision, en formar tu propio tormento. Si Emilia te sobrevive, como sin cesar lo pido al cielo, ¿qué puedes perder? Si conservas tu libertad, si en ella sirves al Señor, en cualquier lugar que sea, ¿una esposa como la tuya, tu padre, tu hijo, no podrán, por lo que es tu tranquilidad, valerte por todo el universo? Siempre las preocupaciones, Valmont! No mas rango en la corte y soberbia esclavitud; no mas consideracion y crédito; no mas opulencia, aunque lo que sobra á Emilia, en un reino en que las faltas son personales, puede mui bien bastar á los dos: no mas nombre y títulos en los lugares en que te sea permitido existir; y de aquí sin duda inferes, que ya no habrá tampoco paz y felicidad. ¡O amigo mio! jamás aprenderás á despreciar las sombras, los fantasmas que te engañan, y á justipreciar las dulzuras de la religion y del sentimiento? ¡Vaya!

taria uno de esta naturaleza para hacerla perecer. Todo lo he arresgado en el estado en que estaba. Sin embargo de las precauciones que tomé, me apercibieron al salir de casa; y solo por un número infinito de vueltas pude escaparme de los que me seguían. Los horrores de la mas oscura prision me aterraban ménos que la idea de no volverla á ver, de separarme de ella para siempre. Ahora que sepan que estoy todavía en Francia, en Paris, ¡qué fácil será descubrir mi retiro! y ahora ya no me será posible huir, aún cuando pudiese resolverme á ello. Que hagan pues de mí lo que quieran; que un golpe de autoridad me hunda en el abismo de la desgracia; que esa misma autoridad, que vos quereis que yo ame, que respete, me remache para siempre las prisiones. . . . ¡O patria mia! ¡Ingrata patria! Yo hubiera podido servirte todavía. . . . como mi padre, que tan bien te ha servido. Sea enhorabuena, tú no eres digna de mis pesares. Tú puedes privarme de la luz del día y de la libertad. . . . Pero mi Emilia, mi padre, que vive todavía en mí, mi hijo, ¿qué sucederá con ellos? ¡Ah! ¡qué dura es la autoridad de los hombres, y cuán pesado su yugo! ¡cuán sujeta vive al error! porque al fin; Lausane es quien ha hecho todo el mal; y yo he de ser castigado.

¡Ah! ¡Con que hay, respecto á la religion, una autoridad mui mas segura que me habeis hecho conocer? Conozco toda la necesidad de ella. Solo ella puede fijar mis dudas; solo ella merece ser árbitra de mi creencia, el juez de mi fe; y ella lo será. Al ménos ella dará tranquilidad á mi espíritu, si mi alma agitada por tantos motivos, no puede tranquilizarse sobre lo demas. Siendo incapaz de engañarme esta Iglesia á que me remitis, andaré á paso firme bajo su luz; y si, lo que es imposible, me engañase, ¿qué tendría yo que temer en el tribunal del soberano juez? ¿Y no tendría razon para decirle: „Dios mio! yo necesitaba un guia. Demasiado incierto, demasiado irresoluto por mi mismo, mui cercado de

„mil sectas diversas, que aspiran todas á la verdad, „y solo tienen por regla la opinion bajo el bello „nombre del Evangelio, yo necesitaba una regla „mas segura, un tribunal mas digno de mi sumi- „sion y de mi confianza. Me lo habeis prometi- „do, me lo habeis dado. ¿Y podría yo pensar que „me extraviara? ¿Y no seriais vos, ó Dios mio, quien „me hubiera extraviado?”

No, no; Dios no se contradice consigo mismo: sus promesas son inviolables; yo me fio en ellas; y por cuanto á la total conversion de mi corazon, descanso, padre mio, en vuestras oraciones y en vuestra ternura para conmigo.

CARTA QUINCAGESIMA CUAR- TA.

EL MARQUEZ DE VALMONT AL CONDE.

¡Desgraciado jóven, qué compasion mereces! A los males que sufres añades el todavía mas doloroso sentimiento de los que temes; y parece, que, para mejor castigarte de antemano, te complaces, por una inútil prevision, en formar tu propio tormento. Si Emilia te sobrevive, como sin cesar lo pido al cielo, ¿qué puedes perder? Si conservas tu libertad, si en ella sirves al Señor, en cualquier lugar que sea, ¿una esposa como la tuya, tu padre, tu hijo, no podrán, por lo que es tu tranquilidad, valerte por todo el universo? Siempre las preocupaciones, Valmont! No mas rango en la corte y soberbia esclavitud; no mas consideracion y crédito; no mas opulencia, aunque lo que sobra á Emilia, en un reino en que las faltas son personales, puede mui bien bastar á los dos: no mas nombre y títulos en los lugares en que te sea permitido existir; y de aquí sin duda inferes, que ya no habrá tampoco paz y felicidad. ¡O amigo mio! jamás aprenderás á despreciar las sombras, los fantasmas que te engañan, y á justipreciar las dulzuras de la religion y del sentimiento? ¡Vaya!

Tu Emilia tan desgraciada como ha sido hasta hoy, conoce mejor que tu la felicidad. No temas que te reproche que le hallas hecho perder títulos, honores de que ha hecho tan poco caso. Tu conversión á Dios, tu amor á ella, la decencia necesaria en su familia, ved aquí los únicos bienes á que aspira; y si sobrevive, ved aquí lo único que puede hacerla vivir dichosa, cuanto es posible serlo en la tierra.

Confieso sin embargo, que su postrer estado de debilidad y languidez me espanta. Su alma sensible y tierna recibió impresiones mui súbitas y mui vivas, que su salud y sus fuerzas resentirán todavía por algun tiempo. ¡Quiera el cielo reparar tal extenuacion! Pero, hijo mio, si está dado el decreto, si es menester que Emilia te sea quitada, solo con tu muerte expiarías tus faltas para con ella; solo con una vida mejor; solo practicando las virtudes de que ella misma te hubiera dado ejemplo; solo dando á la preciosa prenda que te deja de su amor la educación, que ella hubiera querido darle. ¿Y dónde hallar fuerzas, me dices, para vivir aún despues de haberla perdido? ¿Dónde hallar fuerzas....? En el exceso mismo de tu amor á tan digna esposa: él te impone la obligación de imitarla en su resignacion y en su valor; él te obliga á vivir, pues te deja un hijo. Y sobre todo, querido Valmont, ¿no te queda un Dios ultrajado á quien glorificar y bendecir?

Solo hallas en tí una suma flaqueza. ¡Ah! Todavía no conoces los resortes potentes del amor y de la religion: en esta sobre todo hallarás los auxilios; y la elevacion que te comunique, si te abandonas á sus impresiones, no permitirá ya que te arrastres por el abatimiento y el dolor. Dios mismo te sostendrá, la cruz del Hombre Dios será tu fuerza, y tu alma, hoy cobarde y medrosa, hecha verdaderamente cristiana, mui pronto dejará de ser débil. ¡Amigo mio! Desconfias de tus fuerzas, tienes razon; ellas te han faltado siempre hasta hoy, puesto que en efecto solo tenias las tuyas:

pero ¿cuánto no puede la fe verdadera en quien saca su fuerza del Señor!

Solamente una cosa me hiciera estremecer; y sería la pérdida de tu libertad en la situacion en que te veo. Ilustrado por la verdad del cristianismo, pero aun no bastante penetrado de sus santas máximas, estuvieras mui mal preparado para tamaño infortunio.

Tu carácter siempre ardiente, y que solo parece aplacado en cierto modo por el exceso mismo del sentimiento que te absorbe totalmente, no recobraría en tan crítico estado su actividad entera, sino para volverla contra tí, y su fuego, atizado mas violentamente que nunca, te habria consumido antes que hubiera podido pensar en apagarlo. ¡Hijo mio! ¡Mi amado hijo! Temo ménos todavía, por tu libertad que por tu alma; mas puesto que la pérdida de la una, pudiera ser tan funesta para la otra, redobla tus cuidados y tus precauciones. Te conjuro á que te ocultes mejor que hasta hoy de toda pesquisa, y á que ya no te arriesgues á perderlo todo por nuevas imprudencias.

Te indispones contra la autoridad, tu que violaste todos los derechos, y que no pudiste armarte contra Lausane, sin armarte primero contra ella. ¡O hijo mio! Antes de quejarte del abuso que pretendes que quieren hacer de ella para oprimirte, ¿porqué no comienzas al ménos, dándole lo que le debes? ¡Pero que digo, querido Valmont! Por mui inocente que yo quisiera suponerte, cuando en realidad te has manifestado tan culpable, ¿incumbe al súbdito pedir cuentas á su príncipe del uso que haga de su poder? Demasiado sé, que una vana y peligrosa filosofía inventa sistemas, para favorecer tus quejas y tus murmuraciones: sé lo que significan en la mente de muertos sábios, y en las consecuencias que se infieren de ellas, esas convenciones expresas ó tácitas entre el pueblo y el monarca, y que anuncian hoy con bastante claridad (a). Pero tambien sé lo que les propone una

[a] El editor ha usado en esta carta, como en

religion santa, que vale mas que toda su pretendida sabiduria, sé lo que contra ellas nos dicta la razon misma, cuando uno la consulta desapasionadamente. ¡Ojalá que para en adelante, sometido igualmente á la una y á la otra, ni contradigas ya las máximas de aquella, ni hables mas que el lenguaje de esta!

Como á los ojos del cristiano fiel no es la casualidad quien distribuye los rangos, quien distingue las condiciones, quien gobierna las sociedades y los hombres, quien establece el orden y quien lo conserva en el universo; como tampoco es para él una ciega eleccion la que constituye nuestros gefes y nuestros superiores; sino una disposicion secreta de la providencia de un Ser Supremo, que como árbitro de nuestros destinos, cuida de las naciones, y nombra en su clemencia ó en su cólera los que deben reinar sobre ella. Soberano dispensador de toda autoridad, dice el Apóstol, que toda potestad viene de él. Luego en efecto resiste á Dios, quien resiste al poder legítimo; y si el príncipe abusa de él, no corresponde al ciudadano quejarse, ni al súbdito castigarlo. En tal caso, que el monarca tiemble sobre su trono, mientras que el pueblo sufre y está sometido: hay un juez, que lo tiene sometido tambien á su ley, y que se declara vengador de ella: hay un juez en el cielo; pero sería mui peligroso que lo hubiera tambien en la tierra [1].

Ademas, hijo mio, ¿cuál ha sido siempre la conducta de los verdaderos discípulos de Jesucristo, para con los gefes que Dios ha querido darles? En los bellos dias del cristianismo, en aquellos siglos en que muchedumbre de cristianos llenaban ya las provincias del imperio romano, la capital, el senado, el palacio de los emperadores [a], y

casi todas las otras, de la libertad que se reservó en la advertencia.

[a] Vease la *Historia Romana de Laurent Echard*, tom. 5.º . pág. 316.

eran por do quiera perseguidos, ¿qué sabian? obedecer. Y si no lo podian sin faltar al mismo Dios, ¿qué sabian, vuelvo á decir? bendecir, sufrir y morir.

Tal es el espíritu del Evangelio; y la razon mas pura se presenta en apoyo de sus santas máximas. ¿Qué sería en efecto de un estado en que cada particular se creyera con derecho de juzgar á la autoridad; en que el pueblo mismo, segun sus pasiones y sus caprichos, conforme al interes y ambicion de algunos de sus miembros, á virtud de la seduccion y de la impostura, se creyese autorizado para cambiar sus gefes y sus leyes, para quebrar el cetro en manos de aquel á quien tocara llevarlo, para reclamar en su favor un pacto primordial, que cuando menos para tales excesos, jamas ha existido?

Por lo demas, ¿qué pactos, que convenciones han pretendido hacer en el origen de las sociedades y de los imperios los padres con sus hijos; los conquistadores con los enemigos vencidos y subyugados por las leyes de la guerra; los soldados venturosos, los heroes antiguos, con aquellos mismos hombres que imploraban su apoyo y coronaban su valor; los hombres virtuosos, reconocidos como reyes en los primeros arranques de admiracion y de gratitud, con todos aquellos á quienes inspiraban tal confianza; que no les permitian ni aun sospechar que abusaran del poder? ¿Y cuando los hubieran previsto, ¿no debian preverse tambien los peligros de la sublevacion y todos los males que la rebelion trae consigo?

¡O hijo mio! entre los mismos tiranos que usurparon derechos que la constitucion del estado no les daba, ¿qué príncipes han hecho gemir mas á la humanidad que los Calígulas, los Nerones, los Domicianos? ¿Y con todo esto, contrapónganse á los grandes males que hicieron, los que se causaron los mismos Romanos, siempre que se entregaron al furor de los partidos, que ensangrentaron el imperio con guerras civiles, y se levantaron contra sus gefes bajo el especioso pretexto de recobrar su libertad.

Sin remontarnos á historias antiguas, considera cerca de nosotros ese pueblo rey y súbdito á la vez, cuyo estado actual ofrece la preocupacion mas favorable á nuestros libres pensadores. Ellos no ven en él, sino la situacion del momento; pero que se remonten un poco mas arriba, y que observen lo que le ha costado. Que vean por cuantas calamidades y azares ha pasado antes de llegar á su nuevo sistema de gobierno: digo mas; que examinen á sangre fria y sin parcialidad cuan incierta y precaria es en realidad su situacion, ahora tan libre, tan aparentemente tranquila (a). Y bajo lisongeras apariencias ¿no esconde mas esclavitud real que verdadera libertad, mas ilusion que dicha? En este pueblo todo fermenta; todo manifiesta una secreta levadura de celo y acritud; cada especie de autoridad opuesta á él, se esfuerza para extender su dominacion y disminuir su dependencia; y de este choque continuo de intereses opuestos, ¿qué puede resultar para en adelante, sino nuevas desgracias? ¡Ah!, tan inconstante, tan fácil de irritarse como la ola que lo rodea, el fiero republicano, el indócil súbdito siempre murmura de ella; y este ruido sordo, parecido al prolongado mugido de las vacas agitadas, solo anuncia tempestades para el porvenir.

Aunque hayan encontrado esa balanza de poderes y ese justo medio con que las cosas humanas cuentan poco, ó que conservan con tanta dificultad; que sean felices tanto como les convido y como mi corazon les desea: con todo esto, ¿querriamos para nosotros una felicidad que tanto les ha costado, y nuestros abuelos hubieran pagado tan cara? ¿Que cuadro para los corazones sensibles, el de un reino dividido por sus propios furoros [2]! Apagadas todas las luces de la razon, sofocados

[a] El editor habia creído que nada debía cambiar en este pasaje del texto de 1774, en tiempo de la primera edicion; apesar de lo que ha sucedido despues, tampoco cambiará nada hoy.

por el espíritu de partido todos los afectos de la naturaleza; rios de sangre corriendo por doquiera; el hijo armado contra su padre; el ciudadano hecho soldado para degollar á sus conciudadanos y á sus hermanos; el espantoso pillage, el incendio, la carniceria en las campiñas, y toda la disolucion de los campamentos en medio de las ciudades; el fanatismo y la hipocresia inmolando víctimas á la política, á la tirania ó á la independensia; tales son, en casi toda rebelion contra la autoridad, las desgracias públicas; y bajo los peores reinos, todos los males que se pueden sufrir estando los súbditos sumisos, no son con mucho en comparacion de estos, mas que males particulares.

Más, hijo mio, ¿á qué fin semejantes imágenes, para fomentar en el corazon de un francés el amor de su príncipe y de su pátria? Cuando se ama ¿no es uno siempre sumiso y fiel? ¿y este amor no es hereditario entre nosotros, como lo es el trono entre los hijos de nuestros reyes? ¡Ah! este sentimiento, es verdad, se trasmitia en otro tiempo de raza en raza, y es el que formó á nuestros heroes á los Montigny [3], los Eustache de Saint-Pierre [4], los du Guesclin, los Clisson, los Bayard, los Rosny, los Crillon, los Monmorency [a], los Fabert [5], los Luxembourg, los Turenne; aquellos hombres que yo llamo el honor del nombre frances, y que siempre confundieron en el fondo de su corazon al príncipe con la nacion. Tal era tambien el sentimiento de nuestros abuelos: ¿y por qué ha de venir una desgraciada filosofia para extinguirlo en sus hijos! Cuando mi padre se complacia en formar mis primeros años, ¿con cual efusion y con que tierno asombro me hacia tartamudear los nombres sagrados de mi Dios, de mi padre y de mi rey! ¿con qué ternura aprendia yo á repetirlos con él! A medida que adelantaba en edad, todo lo concerniente á nuestros príncipes y á su

[a] Los dos condestables Anna y Enrique de Montmorency.

augusta familia, me parecia interesante á la Francia y me interesaba á mí mismo! Haber nacido bajo el imperio de nuestros reyes, era una cosa porque diariamente daba gracias al cielo; y todos mis conciudadanos pensaban entónces como yo. Este noble entusiasmo, comunicado á todos los espíritus y á todos los corazones, es el que hacia circular en ellos, á la par que la sangre de nuestras venas, el valor, el honor y el patriotismo, y el que sostenia la dignidad del nombre frances [6]. Nos mostraban á nuestros reyes como á nuestros gefes, como á nuestros padres; siempre á nuestra cabeza para conducirnos por las sendas de la gloria; siempre los primeros en los peligros, en medio de los azares, para participarlos con nosotros, honrando á la nacion hasta en su derrota, y aun por la cautividad que algunos de ellos han sufrido combatiendo en su defensa [a]; en el seno de la paz, vigilando sobre nuestro interes, esencialmente inseparables de los suyos [b]; endulzando nuestros males; gimiendo por los que no habian podido evitar, y aplicándose á repararlos; generosos, magníficos; los príncipes mas amables, los mas amantes; los mas dignos de ser amados, y en la augusta casa que nos gobierna, haciendo siempre querer en ellos el corazon de los Borbones. Llenos de tales imágenes, los franceses eran invencibles; ó, si eran desgraciados, les quedaba el honor.

Hoy todos estos grandes sentimientos estan ab-

[a] No hay, si no estoy engañado, nacion que haya tenido mayor número de sus reyes hechos prisioneros de guerra, que la nuestra, porque no hay tampoco una cuyos gefes hayan tenido tanto valor.

[b] Y en efecto, ¿quién ignora que la prosperidad de los súbditos forma esencialmente la del monarca; que este no es verdaderamente rico, sino cuando aquellos lo son también; que el abuso del poder es una ruina; y que, como ha dicho muy bien el orador mas elocuente del último siglo, *todo lo que se excede la autoridad la debilita y degrada?*

sorbidos por un espíritu particular, por un interés bajo y sórdido, por principios democráticos, por un anglicanismo mas destructor para nosotros que el hierro y la muerte. ¡Ah! ¿No valiamos bastante para nosotros mismos? ¿necesitábamos desnaturalizarnos con una ridícula imitacion [7]?

¡Ah! hijo mio, ¿en que tiempo habrian debido sernos mas queridos el príncipe y la patria, que en el siglo en que vivimos? Si algunas veces somos ejercitados en ella por pruebas del momento, inevitables para todo imperio, al menos han hecho desaparecer todas las causas de nuestras antiguas revoluciones y de nuestras mas grandes desgracias: ya no conocemos aquellas desmembraciones tan funestas, aquellas divisiones entre los hijos de nuestros reyes; los grandes fodos y la tirania de los señores [8]; aquellos Justicias mayores que hacian temer los gastos de justicia que debian á sus vasallos; el enorme y peligroso poder de los grandes; aquel valor mal entendido de los gefes que nos hizo experimentar tantas derrotas; aquella rivalidad entre muchos comandantes que nos arrebató tantas victorias; aquellas conquistas lejanas que nos hacian perder de vista nuestro propio pais; el conflicto de las autoridades; las divisiones de secta y de partido, y las empresas de sectarios, formando como una república aparte en el centro de la monarquia; ya no tenemos enemigos en el corazon del reino y en nuestras fronteras; todo en fin entre nosotros esta dirigido á la unidad.

¡Unidad preciosa, que á los ojos de los verdaderos sabios hace tan respetable nuestra especie de gobierno [9], y que luce de nuestros reyes la imagen de Dios en la tierra! Todos los franceses son miembros de una misma familia; son un pueblo de hermanos bajo la autoridad de un padre comun. Esta autoridad santa, es la que los une entre si uniéndolo á su gefe; y en esta union tan bella, su amor á la patria se identifica con el que profesan al monarca. Educados nuestros príncipes en estas máximas,

después de haber obedecido como nosotros con respeto, con ternura, aprenden á reinar algún día sobre nosotros con el mismo espíritu que su padre. Su poder, transmitido por derecho de sucesion, sin alteracion, sin division, los convida á transmitirlo con las mismas ventajas á sus hijos. Los intereses de su propia sangre, se hacian comunes con los nuestros; seguros de la herencia que les dejan, en pró de sus derechos y de nuestro amor, no son tentados, los déspotas y tiranos, de simular su duracion por la violencia; y su imperio se perpetúa sin esfuerzo, como se estableció sin coaccion. De modo, hijo mio, que en muy pocos reinos, no contamos en nuestros fastos tan solo buenos reyes [10].

¡Y qué dulce recompensa encuentra por su amor hácia nosotros, en aquel grito del francés, tan vivo, tan repetido cuando vé á su príncipe; y cuando sabe que es querido! En este grito público, ¡qué motivo de animacion para que ellos nos amem mas y mas, y para hacernos siempre mas felices! Por el contrario, ¡qué leccion cuando este grito se debilita! Entre pueblos esclavos se vieron emperadores que se inquietaban por saber lo que pensaban de ellos: aquí el príncipe no necesita mas que mostrarse.

Días brillantes y afortunados, días de encanto y de gloria, aquellos en que nuestros reyes, escapados de los peligros que produjeron la costernacion y dolor de sus hijos, vieron todos los corazones volando hacia á ellos; flores regadas á su paso; arcos triunfales levantados para recibirlos; el padre alzando á su hijo para enseñarle á su príncipe; el niño sonriendo al monarca y tendiéndole los brazos; los ciudadanos, fogosos de alegría y de amor, sentarse á la misma mesa sin conocerse, provocarse reciprocamente, llevarse alternativamente, dirigirse mutuamente brindis que tanto quieren, y añadir á tan dulce trasporte toda la embriaguez del sentimiento; todo un pueblo, entre gritos de regocijo, mentando á su rey muy amado y

las delicias de la nacion. ¡Ah! ¿Tan bellos días para los príncipes no prometen á sus súbditos días de felicidad? ¿y quién así ha experimentado el placer de ser querido, podría ser sensible á otros placeres?

Así es, querido Valmont, como siempre hemos impuesto á nuestros reyes la ley de hacernos dichosos: ley tierna que su corazón gusta de cumplir [11], y que justamente les abre una fuente de goces y de felicidad en cada instante [12]; ley santa que ellos mismos se imponen al pie de los altares, cuando en el día de su coronacion, contraen allí aquellas obligaciones sagradas que ligan el príncipe á los súbditos y los súbditos al príncipe, y que asegurándonos su solicitud por nuestro bien, aseguran á una nuestra felicidad y nuestro amor. ¡Oh! ¿por qué una nueva filosofía y nuevas costumbres nos harian perder tan grandes ventajas y tan preciosos auxilios? ¿por qué atacando juntamente á la religion y á la autoridad, al sacerdocio y al imperio, á Dios y á nuestros reyes, los filósofos de hoy osan gloriarse de que rompen en nuestras manos un talisman de imbecilidad, y tambien se felicitan de que hacen la dicha del género humano? ¿Qué dicha la que produce la anarquía [13]!

Ó hijo mio, seamos siempre lo que han sido nuestros abuelos. Que nuestro patriotismo abraza siempre el amor á nuestros reyes [14]. Tal es el patriotismo francés. Que así sea siempre el suyo. Si no tuvieras el corazón de los Valmont, tu padre te desconocería. ¡Ojalá pudieses poner la mano en el mio! ¡Ojalá sentir pudieras, en el momento en que escribo, aquel fuego que lo abraza... acá donde estoy desterrado!

Si desgracias parecidas á las mias, ó todavía mayores, han de acrecer pronto tus temores, no prorrumpas cual esclavo en quejas y murmuraciones. Hijo bien nacido, súbdito fiel, alma noble y generosa, quiere siempre á tu patria, á tu madre, que te ha llevado en su seno; quiere á tu prin-

cipe como á tu señor y tu padre, por mas que el se indigne contra tí. Respeta, honra la autoridad que tanto tiempo tan abiertamente te ha favorecido, protegido; bónrala aun cuando te sea contraria, y euseña con tu ejemplo á los demas á honrarla. Tiempos mas felices para tí vendrán quizás, en que puedas sérle útil.

Sé sumiso á las leyes de la religion, y siempre lo serás á las del estado y del príncipe. El verdadero cristiano, no puede ménos que ser un súdito fiel.

NOTAS

PÁG. 129.

[1] Hay un Juez en el cielo, pero sería muy peligroso que lo hubiera en la tierra. Voltaire puso en boca de un pagano ilustrado por solo las luces de la razon natural lo que la religion nos niega.

„Ah! Si fuera cierto que el poder absoluto hubiese arrastrado á Tarquino mas allá de su deber, que hubiera seguido mucho el atractivo encantador de él que hombre hay sin error? y que rey sin flaqueza? Vosotros, nacidos enteramente súditos, hechos para obedecer, ¿pretenderéis el derecho de castigarlo? Un hijo no se arma contra un padre deliácuente, aparta los ojos, lo compadece y lo reverencia. Los derechos de los soberanos son menos preciosos? Nosotros somos sus hijos, los Dioses sus jueces. Si el cielo algunas veces los da en su cólera, no yayais á merecer un presente mas duro, ni á traicionar á todas las leyes, queriendo vengarlas, ni á trastornar el estado, en vez de cambiarlo. (Arons, en Bruto).

PÁG. 130.

[2] Que cuadro para corazones sensibles el de un reino, &c. Efectivamente, yo pregunto á cualquier alma honesta, á todo corazón bien formado, si, para establecer en Francia ese gobierno tan ponderado, querrian permitir ante todo, que se repitiesen entre nosotros las escenas horribles pasadas en Inglaterra, en Irlanda, despues de la injusta muerte del Conde Stafford, ministro y favorito de Carlos I.

(Véase á Hume, tomo 2º, al fin, y tomo 3º, de la Historia de la casa de Stuart).

Permítaseme añadir aquí una reflexion que deseo hayan hecho antes que yo muchos otros: es, que, á mi juicio, no hay una alma tan poco sensible á los males de la humanidad, que pueda tener valor de leer de corrida y sin descansar los tristes pormenores que ofrecen ciertos volúmenes de la Historia de Inglaterra. Hay en ella tantos motivos que afligen el sentimiento, la naturaleza y la religion, que, despues de cierto número de páginas, está uno precisado á buscar una especie de alivio en otras lecturas. No ha de ser así por cierto el modo de ver y de pensar de nuestros independientes; mas les permito pensar como quieran, en cambio de que nos permitan no ver ni sentir como ellos.

PÁG. 131.

[3] Los Montigny. „¿Qué dulzura se gusta, dice d'Arnaud, en tributar un homenaje público á la virtud! ¿Y qué grato sería vengar del olvido de la historia, que no ha citado mas que una vez, el nombre del bravo Galon de Montigny, generero tanto mas respetable cuanto que se hallaba en la indigencia! Este digno caballero, es quien llevaba el pabellon de la Francia, en la batalla de Baugnies... Montigny, en aquella batalla en que Felipe Augusto fué tirado del caballo é iba á ser pisoteado por los caballos, subía y bajaba la bandera real para dar á todo el ejército la señal del peligro en que se encontraba el monarca; este valiente hombre, aunque embarazado por su estandarte, formó al rey un muro con su cuerpo derribando á recios golpes de sable cuanto se presentaba para apoderarse de él. (Estas son las expresiones de Volty). Yo añadiere, que Montigny permaneció siempre pobre, pero cubierto de una gloria inmortal, cuyo brillo quisiera yo extender más. Continuacion de Foyel; Desgraciado de quien lee este rasgo sin enternecerse! Aunque nacido entre nosotros, no tuvo el corazón de un frances.

PÁG. 131.

[4] Los Eustache de Saint Pierre. Du Belloy, por su tragedia verdaderamente patriótica del Sitio de Colais, ha hecho conocer bastante este bello nombre tan honroso á la Francia.

PÁG. 131.

[5] Los Fabert. El rey habiendo dado el gobierno de Se-

dan, hizo construir en ella fortificaciones tan sólidas y con tanta economía, que el rey jamás tuvo plazas mejor fortificadas ni tan baratas: Hizo abrir á sus expensas el fuerte principal á tenaza, por el lado del Palatinado. Cuando su familia le reprendía, porque gastaba un fondo que debía conservar, respondía: „Si para impedir que una plaza, que el rey me ha confiado, caiga en poder de los enemigos, fuera menester poner en una brecha mi persona, mi familia y toda mi fortuna, no vasilara en hacerlo. (*Diccionario de hombres ilustres*).

PÁG. 132.

[6] Y que sostenia la dignidad del nombre frances. He aquí lo que hacia decir á uno de nuestros soldados bajo el mariscal de Saxe: „Tengo el honor de ser frances. Esta dignidad se pierde á proporcion que nuestras costumbres se corrompen, y que nuestro amor á la constitucion del estado y á nuestra forma de gobierno se debilita. Todavía hoy se ven aunque poco aquellos rasgos de heroismo tan comunes en otro tiempo entre nosotros. ¡Ojalá que el cuidado que se tiene hace algun tiempo de retratarlos en los libros formados para nuestra jóven nobleza, reanimen en todos los corazones los sentimientos preciosos que eran germen de ellos! Yo estoy convencido, de que si tuvieramos entre nosotros historiadores tan atentos á encarecer los rasgos de patriotismo y de valor de nuestros franceses, como lo eran los antiguos historiadores en realzar los rasgos de grandeza de alma y de valor de griegos y romanos, nosotros les aventajariamos bajo este aspecto; mientras mas anécdotas de este género se recorren, que nuestros escritores han hecho conocer bastantemente, mas se confirma uno en esta idea. Tal vez vendrá para nosotros un Tucídides, un Jenofonte, un Tito Livio, que reunirá estos diversos rasgos dispersos, y que ordenándolos, con todos los acontecimientos de política, de sitios y batallas, no los crea indignos de figurar en nuestra historia. Ved aquí algunos de aquellos que mas me han conmovido, y hay otros á los que valen tanto como estos.

En una guerra contra los Turcos en 1664, un hombre llamado Sillery, que todavía no era mas que alférez, fué peligrosamente herido. Viéndose próximo á expirar, llamó á uno de los suyos para entregarle su estandarte, á fin de que no cayera en manos de los Turcos; no habiéndose presentado ninguno, se envolvió, y se echó á rodar dentro de él muriendo. (*Pelisson, Historia de Luis XIV.*)

Sitiaban los franceses á Maëstricht en 1673 con aquel ardor que los caracteriza. Un soldado del regimiento del rey fué peligrosamente herido en el ataque por una media luna: como lo compadecian al verlo todo cubierto de sangre, dijo:

no hay nada, el regimiento ha cumplido su deber.

Un granadero del mismo cuerpo, en la misma ocasion, notó que un hombre distinguido trepando cayía sobre el vientre; le tendió la mano derecha para levantarlo. En este instante un tiro de mosquete le atraviesa el puño. Sin quejarse ni admirarse; le tendió la mano izquierda y lo levanta. Péllisson, que refiere estas anécdotas en sus *Cartas históricas*, no hubieran olvidado el nombre de estos dos hombres intrépidos.

El príncipe de Orange fué batido en 1693, por el mariscal de Luxembourg, en Nerwinde. En el calor de la accion, al ver este general un soldado de los guardias que volvía del combate, dejando su cuerpo, le dijo en tono amenazador: ¿á donde vas? „Voy, mi Señor, respondió el soldado, abriendo su vestido para dejar ver su herida, á morir á cuatro pasos de aquí, encantado de haber expuesto y perdido la vida por mi príncipe; y de haber combatido á las órdenes de un general tan grande como vos: puedo aseguráros, en los puntos de morir en que estoy, que no hay ninguno de mis camaradas que no esté penetrado de el mismo sentimiento.”

En 1694, el mismo general vino á cubrir á marchas forzadas las plazas marítimas de la Flandes francesa, amenazada por el príncipe de Orange. Un soldado del regimiento de Navarra murmuró esta fatiga. „Ea, camaradas! le dijo „un viejo cabo escuadra, valor: el rey nos paga todo el año „para un solo día, he lo aquí: ¡cumplamos nuestro deber en „gloria de nuestro soberano!”

Un oficial del regimiento de Champagne pedía para un ataque repentino doce hombres de buena voluntad: todo el cuerpo quedó inmóvil y nadie respondió. Tres veces hizo el mismo pedido, y tres hubo el mismo silencio. ¡Pues qué dijo el oficial, no me entienden! „Se os entiende, dijo „una voz; mas para qué llamis doce hombres de buena „voluntad? Todos lo somos, no teneis mas que escoger.” (*Enciclopedia, art. Gloria*).

Un teniente coronel que estaba en la trinchera, quiso hacer distribuir aguardiente que llevar los granaderos al ataque del camino encubierto, ofendidas estas bravas gentes por una precaucion que hallaban injurioso; exclamaron indignados: „nos tienen por alemanes! No hay persona, que, por esta respuesta, no juzgue que el camino cubierto fué tomado. (*Disertacion sobre la subordinacion, con reflexiones sobre el ejercicio y sobre el arte militar*).

El mariscal de Villars, despues de la jornada de Denain, ponía sitio á Douai. El príncipe Eugenio, despues de haber reconocido la imposibilidad de atacar con buen éxito la armada francesa, habia hecho retirar la suya. La guarnicion del fuerte de Scarpe tocó llamada, Villars estaba en la trinchera. Los oficiales enemigos que se presentaron, pi-

dieron cuatro dias para tener tiempo de recibir las órdenes del general. Quereis bien, le dijo Villars, que renna el consejo para vuestra proposicion.—Esto es muy justo. Villars llamó á los granaderos: *acercaos, señores, quiero tomar vuestro consejo*; ¿qué, dicen los oficiales enemigos, un consejo de granaderos!—En semejante ocasion, no consulto sobre esto á otro!—Mis amigos, estos capitanes piden cuatro dias.—Dejadnos obrar, en un cuarto de hora les cortaremos las orejas.—Y Villars, dirigiéndose á los oficiales dijo: *lo harán como dicen; tomad vuestro partido.*

En el combate de Gloster-Camp, d'Assas, capitán del regimiento de Auvergne, habiéndose adelantado por la noche para reconocer el terreno, fué cogido por los granaderos enemigos, emboscados para sorprender á nuestro ejército; estos granaderos lo rodearon, lo amenazaron con el puñal inmediatamente, si daba el menor grito que pudiera descubrirlos. D'Assas, bajo la punta de veinte bayonetas, se entrega, grita con una voz generosa, *Auvergne, haz fuego, aquí estan los enemigos*; y al punto cae traspasado por cien golpes. Se sabe que el regimiento de Auvergne sostuvo el primer esfuerzo de los enemigos, y se siguió una victoria completa.

Luis XVI, queriendo trasmitir á la posteridad la memoria de esta consagración patriótica, estableció una pensión hereditaria y perpetua de mil libras, en favor de la familia de este nombre hasta la extincion de los varones.

Veid aquí todavía unos rasgos citados por el Marques de Pasay, en la *Historia de las campañas de Maillebois en Italia*, y que son muy dignos de colocarse junto á los que acabamos de referir.

„Durante el sitio de Lille se trató de ir á reconocer los adelantos de una zapa. La accion era peligrosa en extremo. Se prometieron seis luises al soldado que felizmente la intentara: Partieron cinco sucesivamente, los cinco fueron muertos, ninguno llenó el objeto. Se presentó el sexto; era un jóven de figura muy hermosa; lo vieron partir con pesar. Se alejó, contaron los minutos, se pasaron, el jóven no volvió: lo lloraron. Aparece; está formada la cuenta; marchan; se hizo la mas vigorosa salida; las obras estan concluidas; entran á la plaza. Entónces el general, á presencia de la guarnicion victoriosa, llamó al valiente que preparó su triunfo; el granadero salió de las filas; se le ofreció la recompensa indicada: *mil gracias, mi general*, respondió el granadero; *allá no se va por dinero*, y se volvió á su puesto.

„En otro sitio se mostró á los granaderos una brecha medio comenzada. Las circunstancias convidaban á tentar la escalada. *Hijos, pasareis bien aquí!* les dijo el comandante de la trinchera.—*Si, mi general, á favor de los fusilazos*, respondieron los granaderos franceses; y esta expresion sublime se hizo proverbial entre nosotros.

„En el campo á Tournai, la víspera de la batalla de Fontenoy, se oyó en la noche que pasaban á toda carrera una muchedumbre de postas al medio del cuartel general, se admiraron, informaronse de lo que fuese, porque la víspera de una batalla de todo se informa uno. ¿Cuáles son estas postas? Son granaderos de Normandia que vuelven del semestre: supieron á quince leguas de aquí que mañana se dá la batalla, y tomaron las postas para estar en la fiesta.

„No hay, agrega el Marques de Pesay, un regimiento frances cuyos anales mejor conservados no presenten veinte rasgos semejantes tan dignos de admiracion, tan poco ensalsados, tan poco conocidas, por lo mismo que son tantos, y que, apesar de este olvido casi desalentador, se repetirán de edad en edad, mientras haya granaderos y honor.”

El príncipe de Condé habia proyectado hacer inscribir los nombres de los soldados que se distinguieran por alguna hechos y dichos memorables. Si este proyecto se hubiera ejecutado, no hay duda que hubiera sido germen de emulacion para los soldados.

El frances, furioso cuando le resisten, es lleno de dulzura y generosidad con un enemigo desarmado. El Conde Solms, general de la infanteria enemiga, y que cayó prisionero de los franceses en la batalla de Nerwinde, no pudo menos que reconocer esto. *¿Qué nacion es la vuestra!* exclamó hablando al caballero Durösel, uno de los oficiales generales del ejército frances. *Os batis como leones y tratáis á los vencidos como si fueran vuestros mejores amigos!* (Cartas de Rocini).

„El frances que cuenta con su general es invencible por el contrario, cuando es mandado por cortesanos á quienes desprecia, basta esperar la ocasion, para vencer de cierto á la mas buena nacion del continente. Ellos lo saben muy bien. Milord Malborough, viendo la buena cara y aire marcial de un soldado tomado en Bienheim, le dijo: si hubiese habido cincuenta mil hombre como tu en el ejército frances, no se hubiera dejado batir. *¡Voto á tal!* respondió el granadero *habiamos bastantes hombres como yo, pero nos faltaba un general como vos.* (Rousseau).

Después de la batalla de Rosbach, los huzares negros del rey de Prusia, llamados *cabezas de murie*, persiguan á las tropas francesas desunidas. Uno de los generales prusianos, advirtiendo un lugar en que se peleaba todavía, se acerca y ve á un granadero frances peleando con seis de sus huzares. El granadero estaba atrincherado tras de una pieza de cañon, y juraba, siempre combatiendo, que mas bien moriría que rendirse. El general, admirando su valor, mandó á los huzares que suspendieran sus golpes, y dijo al granadero: *„Ríndete valiente soldado; el número te abruma, la resistencia es inútil.—No puede serlo: yo dejaré estas gentes, y me juntaré con mi bandera: ó me matarán y no*

tendré la vergüenza de haber caído prisionero.—Pero tu ejército está derrotado.—Bien lo se, pero voto á brios, si tuvieramos un general como el rey de Prusia ó el príncipe Fernando, yo fumaría mi pipa hoy en el arsenal de Berlín.—Doy la libertad á este frances, dijo el general prusiano, seguidme; y tu, valiente granadero, toma esta bolsa, y ve á juntarte con tu cuerpo. Si el rey mi Señor tuviera muchos soldados como tu, la Europa entera solo tuviera dos soberanos, Federico y Luis.—Lo diré á mi capitán: pero guardad vuestro dinero: en tiempo de guerra no cómo con ganas sino lo del enemigo. Vos sois digno de ser frances.

El príncipe Eugenio tenía el mas alto concepto del valor de los soldados franceses. Despues de la victoria de Parma, que el mariscal de Coigny alcanzó en 1734 sobre los imperiales, se halló en las bolsas del Conde de Mersy, que mandaba el ejército enemigo y que fue matado desde el principio de la batalla, una carta que le habia escrito la vispera el príncipe Eugenio, y donde se encontraban estas notables palabras: *Dejad, mi querido Conde, de batir al general frances: por que quanto á los soldados de esta nacion no esperéis vencerlos.*

Antes de terminar esta nota, no olvidemos algunos rasgos de grandeza de alma y de valor, que ha recogido Voltaire en honor de los oficiales que murieron en la guerra de 1741.

El joven Brienne, teniendo el brazo cortado en el combate de Exiles, subió todavía la escalada diciendo: *me queda todavia otro para mi rey y para mi patria.*

En Flandes, el intrépido Luttau, teniente coronel de las guardias, y teniente general, encargado de los años de servicio, herido por dos veces, desmayado y perdiendo su sangre, exclamó: *„No se trata de conservar la vida, es menester aprovechar sus restos, y volviendo al combate las tropas dispersas, recibió el golpe mortal que le condujo á la tumba.*

Cuando el nieto del grande Condé, forzaba la ciudad de Ipres á que se rindiera, el Marques de Beauvais, herido mortalmente, rodeado de nuestros soldados que se disputaban el honor de llevarlo, les decia con una voz espirante: *amigos míos, id á combatir y dejadme morir.*

El joven Boufflers, niño de diez años, en la batalla de Dettingue, tenia quebrada una pierna, la hizo cortar sin quejarse y murió: ejemplo, añade Voltaire, de una firmeza rara entre guerreros y única en esta edad!

PÁG. 133.

[17] ¿Era menester degenerarnos con una ridícula imitación? ¿Qué tenemos ganado con esa tan contagiosa anglo-

mania y tan universal en nuestros dias? Modas muchas veces extravagantes, que los ingleses dejan cuando nosotros tomamos, un tono frio y razonador en vez del sentimiento y quizás del genio, *el spleen, la consumpcion*, el disgusto de la vida en vez de aquel humor festivo, uno de los mas bellos dones que la naturaleza pudo hacernos, el suicidio, ese furor barbaro reducido á sistema y á principio; el espíritu de irreligion bajo el bello nombre de libertad de pensar; el de independencia y una secreta oposicion á toda autoridad; ved aquí en verdad los bellos presentes que nos ha hecho.

PÁG. 133.

[8] *Los grandes feudos y la tiranía de los Señores.* „¡A que monstruosos excesos se dejaba llevar una muchedumbre de pequeños despótas subalternos que desolaban la Francia! Hay entre ellos quien por odios particulares hubiese quemado castillos: han hecho prisioneros y los han degollado ellos mismos á sangre fria: otros se apoderaban á fuerza de una muger de que estaban enamorados, ó de una niña cuyos padres la habian rehusado en matrimonio: los desgraciados esclavos eran el juguete y las víctimas del capricho de aquellos tiranos feudales. ¡Ved aquí pues el gobierno que el Conde de Boulainvilliers se jactaba de echar ménos! Júzguese por estos horrores si un cuerpo de monarquia no es preferible á todas esas autoridades divididas y subdivididas. Conozcamos bien nuestra dicha y no vayamos á pedir al cielo otra legislacion.” (D’Arnaud *Constitucion de Fayel*).

„En la misma época se vió á nuestros reyes despojados de su autoridad: se vió el aniquilamiento, ó si os parece mejor, la suspension de toda legislacion política. Ningun concierto para el gobierno general entre el monarca y los súbditos. Cada uno se creia dueño de su territorio. Se hacian la guerra, celebraban tratados entre sí, daban órdenes á sus súbditos. Todo lo que habia poseido la potestad pública, parece que entónces era una dependencia y un atributo de la propiedad; y las rentas del estado eran los productos del señorío. Mientras mas leyes generales, mas capitulares. Se ven cartas dadas por los reyes, y ejecutadas por los señores en sus dominios; se ven pueblos esclavizados, y sometidos á costumbres barbaras, mas ó menos injustas, mas ó ménos irracionales, segun que el pequeño despota que los gobernaba era bueno ó mal señor. La legislacion no reaparece en Francia, sino cuando nuestros reyes comienzan á soltar las trabas que habian recibido; y los pueblos no recibieron su libertad, sino á medida que el soberano recobró sus derechos.” (Moreau, *lecciones de moral y de política, &c.*)

PÁG. 133.

[9] *Que hace tan respetable muestra especie de gobierno.* El primer principio de todo gobierno y de toda doctrina sobre gobierno debe ser el bien público. Pero, cuando á la primera ojeada llegase á preferir el gobierno republicano, la experiencia que se tiene de los hombres como son y como serán siempre, enseña que el gobierno monárquico es preferible, y en ello conviene la verdadera filosofía. Así cuando leo autores enemigos de la monarquía, digo: *estas gentes se resenten de la fiera del espíritu humano, y siguen su propio arullo; pero no conocen el bien público ni son filósofos.* (El Abate Terrasson. *La filosofía aplicada*, &c.)

¿Qué cosa es mas ventajosa, la libertad ó la tranquilidad pública? La respuesta que se dé decidirá entre la aristocracia y la monarquía.

La experiencia ha hecho ver que la monarquía es el gobierno mas ventajoso para la seguridad y la tranquilidad pública, por lo mismo que es el mas compendiado.

En los tiempos antiguos, un tirano era un monstruo vivo y mortal; pero el genio popular era un monstruo permanente: tal es lo que me hace creer que en los antiguos tiempos, y antes de que se endulzaran las costumbres humanas, el gobierno monárquico era ya, como lo es hoy, el gobierno favorable de todos.

Las repúblicas están á peligro de pasar todas al dominio de señores, por la contrariedad necesaria de los intereses, de las opiniones y de las pasiones de los que las componen.

Me parece que nada pinta mejor los inconvenientes particulares y pasajeros del poder de un solo hombre en un estado monárquico, comparados con los inconvenientes muy mas extensos, mas sensibles y mas duraderos de la autoridad repartida, como lo está en las otras especies de gobiernos, como esta fabula de los mosquitos, el Leon y el rebano.

Unos mosquitos revoloteaban sobre las ojas de la viña, y encontraban allí su hospedaje y su alimento. Entró un leon á la viña; exitó en ella una conmocion violenta; los mosquitos se estremecen sobre las ramas, se trastornan y caen. El leon pasa; se vuelven á levantar, se tranquilizan, recobran su primera habitacion, y desbarren de nuevo en ella. Un rebaño de carneros, animales tan dulces y pácíficos, entró á la viña: saltan entre la yerba, arrancan las ramas, engullen las hojas y los mosquitos.

PÁG. 134.

[10] *En muy pocos reinos, se cuentan tan buenos reyes*

como en nuestros fastos. Por mucho que se atiende la educacion de los otros, no se tiene tanto cuidado como en la que se les da entre nosotros. No puedo tampoco negarme la muy viva y tierna satisfaccion, de agregar este bello rasgo de un príncipe, siempre mas digno de nuestro amor que aquellos que he tenido ocasion de citar.

Andaba en la caza y en su carroza, cuando se le anunció que el venado estaba en punto de ser forzado. „Demos prisa, dijo, tómese el camino mas corto para poder llegar. El cochero desfiló al instante por sobre un campo que estaba sembrado. „Por donde vas!, gritó al instante, haciéndolo retroceder. Este campo no es tuyo ni mio, y en tanto quiero llegar por el camino mas corto, en cuanto que no haga daño á nadie.

Otra vez despues de haber considerado bien en una dama de la corte una tela preciosa, y de haberle preguntado el precio de ella: „es muy bella, le dijo, pero habria mas mérito en carecer de ella por pagar las deudas.

No hablaré aqui de otros muchos rasgos relativos á su mismo gasto, en los que han brillado juntamente á los ojos de los ciudadanos enternecidos, la economía del sabio que quiere ser padre de su pueblo, y la liberalidad del príncipe que ha nacido para ser monarca. Pero permitaseme todavía una reflexión, sobre las que tengo emitidas. Se nota en esto mucha equidad y amor al orden: pero este amor es la virtud esencial de los príncipes. De solo la sensibilidad pueden resultar, en algun modo, la justicia del hombre privado y la virtud del particular; pero el amor al orden es por excelencia la verdadera sensibilidad y la virtud del soberano.

PÁG. 135.

[11] *¡Luz tierna! que el corazon gusta de cumplir.* Pruébalo esta bella palabra de Luis XV. Los franceses atacaron á Menin, en 1744. Le dijeron que atacando bruscamente, aunque costase algunos hombres, se tomaria la ciudad dentro de cuatro dias á lo mas. „Y bien, dijo el rey, tomémosla cuatro dias mas tarde; quiero mejor perder cuatro dias al frente de una plaza, que uno solo de mis súbditos.

Hijo mio, decia este mismo príncipe al Delfín padre de nuestro augusto monarca, en un momento en que no creia que debiera sobrevivirle, *os dejo un reino en desorden, mi excesiva bondad es tal vez la causa de él: no me imites, pero sé siempre bueno.*

Moreau, en sus discursos sobre los deberes de los príncipes, nos ha conservado un rasgo del Delfín, dignísimo de

citarse. „El había trazado con sus manos planos de palacio y de jardines magníficos. Aquellos á quienes los enseñaba, elogiaban la belleza de los dibujos, las ventajas y comodidad de las proporciones, la elegancia y la nobleza del conjunto. *No habláis, les dijo, del mayor mérito de mis planos, que es el no costar nada, al pueblo porque nunca serán ejecutados.*”

„Cuanto me agrada, exclama Moreau, en el mismo pasaje, ver este príncipe calculando hasta el precio de un vestido, y procurar con la sencillez de su adorno, consolar á los pueblos que sentía no poder aliviar.

PÁG. 135.

[12] *Que á ellos mismos les abre una fuente de regocijo y de felicidad en cada instante.* Un monarca querido decia á su familia: „Hijos míos, muy fatigados debéis estar de la temporada que habeis pasado en París. *No señor, respondieron ellos, nunca en nuestra vida la habíamos pasado mas dulce.*”

„Dignos príncipes que sentís con viveza, y que sabeis enterneceros por estos franceses que os aman, ahora conocéis cual es tambien la viveza del sentimientos en corazones como los nuestros! Venid pues, venid frecuentemente á visitar en su capital al pueblo mas amable de todos, venid á ofrecer en él vuestros incensos al que forma los destinos de los reyes y de las naciones: gozad allí del espectáculo dulce de una de las primeras ciudades del mundo, redoblando de concierto con vosotros sus votos y sus oraciones al cielo, porque se digne daros una posteridad que se os parezca, y estad siempre tranquilos por cuanto á la pompa y gastos del viaje: el mas bello cortejo de los príncipes, así como su mas rico tesoro, es el corazón de sus súbditos.

PÁG. 135.

[13] *¿Qué dicha resultará de la anarquía?* „Trabajar en el sostenimiento de la autoridad legítima, sea eclesiástica, sea secular, es trabajar por la tranquilidad pública.” (El Abate Ferrasson.)

Nuestros falsos sábios no perciben bien el enlace íntimo que hay entre cada una de ellas en sus principios: Ved aquí porque se arman abiertamente la una contra la otra. Un rey de Inglaterra conocia vivamente este enlace, cuando decia *no bishops, no king; ni obispos, ni rey.*

en su libro el nombre de la libertad y de la igualdad. *Seamos siempre lo que han sido nuestros abuelos. Que nuestro patriotismo contenga siempre el amor de nuestros reyes.*

Para amar nuestra especie de gobierno, tal como es por su naturaleza; para aprender á vivir tranquilos en él, á huir con cuidado las turbaciones, las cábalas, el espíritu de partido, las miras secretas de elevacion y de interés personal, el gusto de la independencia, ocultas bajo el velo engañoso del bien público y bajo los exteriores embustes de los derechos del pueblo y de la libertad, leed con atencion todo lo que se refiere á la historia de la Liga, á la de la Fronde, y vereis de cuanto somos deudores al espíritu monárquico, cuando en nosotros los franceses se troca en amor de la patria; y por el contrario, á cuanto nos exponemos bajo todos respectos, entregándonos á lo que lo combate, lo extingue ó lo debilita. En el estado de fermentacion ó de rebelion mas ó menos encubierto bajo bellos nombres, el cuerpo entero sufre y recibe las heridas mas profundas; las leyes se cañan, y el orden desaparece á proporción que la autoridad mengua; aquellos que la depositan ya solo dependen de la fantasia ó del capricho; los grandes estan en una situacion vacilante, incierta y precaria, ó de ordinario su ambicion pierde mas de lo que gana; el sacerdote es degradado; la magistratura, de suyo tan respetable cae en una especie de envilecimiento, y se vuelve el juguete de los gefes ó del populacho que parecen querer levantarla y hacerla reinar; el pueblo sufre por mas tiempo la miseria y el hambre que creyó remediar; un corto número de furiosos aprovecha algunos momentos de desgracia pública, por el pillage y la violencia; y despues de un corto intervalo de anarquía, casi no hay nada que no se halle peor que antes [*].

CARTA QUINCUAGESIMA QUINTA.

EL CONDE Á SU PADRE.

„*Qué alternativa de bienes y de males, de re-*

[*] „*Si supieramos, dice Voltaire, cuales son el origen y la bondad de nuestro gobierno, el patriotismo nos reanimaria. Los tiempos de calma y de obediencia, com-*

citarse. „El había trazado con sus manos planos de palacio y de jardines magníficos. Aquellos á quienes los enseñaba, elogiaban la belleza de los dibujos, las ventajas y comodidad de las proporciones, la elegancia y la nobleza del conjunto. *No habláis, les dijo, del mayor mérito de mis planos, que es el no costar nada, al pueblo porque nunca serán ejecutados.*”

„Cuanto me agrada, exclama Moreau, en el mismo pasaje, ver este príncipe calculando hasta el precio de un vestido, y procurar con la sencillez de su adorno, consolar á los pueblos que sentía no poder aliviar.

PÁG. 135.

[12] *Que á ellos mismos les abre una fuente de regocijo y de felicidad en cada instante.* Un monarca querido decia á su familia: „Hijos míos, muy fatigados debéis estar de la temporada que habeis pasado en París. *No señor, respondieron ellos, nunca en nuestra vida la habíamos pasado mas dulce.*”

„Dignos príncipes que sentís con viveza, y que sabeis enterneceros por estos franceses que os aman, ahora conocéis cual es tambien la viveza del sentimientos en corazones como los nuestros! Venid pues, venid frecuentemente á visitar en su capital al pueblo mas amable de todos, venid á ofrecer en él vuestros incensos al que forma los destinos de los reyes y de las naciones: gozad allí del espectáculo dulce de una de las primeras ciudades del mundo, redoblando de concierto con vosotros sus votos y sus oraciones al cielo, porque se digne daros una posteridad que se os parezca, y estad siempre tranquilos por cuanto á la pompa y gastos del viaje: el mas bello cortejo de los príncipes, así como su mas rico tesoro, es el corazón de sus súbditos.

PÁG. 135.

[13] *¿Qué dicha resultará de la anarquía?* „Trabajar en el sostenimiento de la autoridad legítima, sea eclesiástica, sea secular, es trabajar por la tranquilidad pública.” (El Abate Ferrasson.)

Nuestros falsos sábios no perciben bien el enlace íntimo que hay entre cada una de ellas en sus principios: Ved aquí porque se arman abiertamente la una contra la otra. Un rey de Inglaterra conocia vivamente este enlace, cuando decia *no bishops, no king; ni obispos, ni rey.*

on ay abiv al mdoest... pág. 105.

[14] *Seamos siempre lo que han sido nuestros abuelos.* Que nuestro patriotismo contenga siempre el amor de nuestros reyes. Para amar nuestra especie de gobierno, tal como es por su naturaleza; para aprender á vivir tranquilos en él, á huir con cuidado las turbaciones, las cábalas, el espíritu de partido, las miras secretas de elevacion y de interés personal, el gusto de la independencía, ocultas bajo el velo engañoso del bien público y bajo los exteriores embusteros de los derechos del pueblo y de la libertad, leed con atencion todo lo que se refiere á la historia de la Liga, á la de la Fronde, y vereis de cuanto somos deudores al espíritu monárquico, cuando en nosotros los franceses se troca en amor de la patria; y por el contrario, á cuanto nos exponemos bajo todos respectos, entregándonos á lo que lo combate, lo extingue ó lo debilita. En el estado de fermentacion ó de rebelion mas ó menos encubierto bajo bellos nombres, el cuerpo entero sufre y recibe las heridas mas profundas; las leyes se cañan, y el orden desaparece á propocion que la autoridad mengua; aquellos que la depositan ya solo dependen de la fantasia ó del capricho; los grandes estan en una situacion vacilante, incierta y precaria, ó de ordinario su ambicion pierde mas de lo que gana; el sacerdote es degradado; la magistratura, de suyo tan respetable cae en una especie de envilecimiento, y se vuelve el juguete de los gefes ó del popularcho que parecen querer levantarla y hacerla reinar; el pueblo sufre por mas tiempo la miseria y el hambre que creyó remediar; un corto número de furiosos aprovecha algunos momentos de desgracia pública, por el pillage y la violencia; y despues de un corto intervalo de anarquía, casi no hay nada que no se halle peor que antes [*].

CARTA QUINCAGESIMA QUIN- TA.

EL CONDE Á SU PADRE.

„*Qué alternativa de bienes y de males, de re-*

[*] „*Si supieramos, dice Voltaire, cuales son el origen y la bondad de nuestro gobierno, el patriotismo nos reanimaria. Los tiempos de calma y de obediencia, com-*

CARTA QUINCAGESIMA SESTA.

EL MARQUES Á SU HIJO.

¡Recobramos á Emilia! ¿Qué reconocimiento nos debemos, Dios mio, por semejante favor? ¡Hijo mio, mi querido hijo! Todavía no conoces el precio de lo que el cielo hace por tí; algun dia lo conocerás mas vivamente; ¡y ojalá este dia no esté léjos! Convertido á Dios, á tí mismo, sí, conocerás que el cielo te lo deja todo dejándote á Emilia. Entonces lo apreciarás mucho mas de lo que ahora, sabrás todo lo que vale. Enmedio del infortunio es donde se aprende á conocer á los hombres. Pero.....¿necesitabas esto para conocer á Emilia? No me inquieto por lo que hará; no quiero ni aun saber lo que yo haria si fuese; ella consultará á su corazon, y segun él, solo puede hacer bien. Querido Valmont, si en adelante no eres feliz, será porque no quieras serlo; será porque siempre pongas quimeras en vez de la verdad; será porque conserves pasiones que no pueden hacer mas que el tormento de los demas y tu propio suplicio.

Desens que te arme contra tí mismo. ¿Hallaré recursos á tu favor en las lecciones de la filosofia? ¿Me difundiré, como los sábios antiguos, en largos discursos morales, que dejan al hombre un poco mejor instruido en sus deberes, pero tan débil como antes para cumplirlos? ¿Emplearé el lenguaje de aquel estoico célebre, que en su desgracia tan elocuentemente declamaba contra las vanidades del mundo, como estaba aficionado al mundo y á sus vanidades? No, hijo mio; respecto de tí se trata de lecciones mas grandes, de mas importantes objetos y de motivos mas sólidos: te voy á hablar como cristiano.

Me permites trabajar en tu conversion con mas eficacia que hasta hoy. Amigo mio, ¡con cuántos gemidos y lágrimas no he cesado de pedirla al Señor! El es de quien la espero: porque, ¡ah!

¡que pueden los hombres para tan grande obra! Une tus gemidos á los míos, tus instancias á mis oraciones; pide, insta, conjura, nada omitas por alcanzarlo. Tu reposo en la tierra.....¿qué digo? tu salvacion pende de esto.

Tu salvacion.....sí, hijo mio: iluminado ahora por la religion, abre á tus ideas y á tus inclinaciones una carrera mas vasta; lánzate á la eternidad: sondea los abismos, y medita profundamente todo lo que contiene esta palabra, esta sola palabra, tan poco sentida de la mayor parte de los cristianos.... *la salvacion eterna.*

Una eternidad bienaventurada, de una verdadera felicidad, de una felicidad inmensa, infinita, inmutable como el mismo Dios, que se ha de adquirir, que se ha de poseer algun dia, una eternidad de desgracias que se debe temer; tal es la alternativa que la fe te presenta. Segun ella, medita bien las fuerzas de estas palabras de tu divino maestro: ellas valen por todos los libros, y dicen todo á quien sabe comprenderlas: „de qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¡y qué dará en cambio de ella?“

¡Oh hijo mio! Estás aficionado á este mundo que te encanta. ¡Oh! aun cuando recobraras todos tus bienes, aun cuando acumularas en tu favor todas las riquezas y todos los honores, ¿de qué te serviria haber gozado de ello, si por un apego indigno de tí te condujesen á tu perdicion? ¡y que te indemnizaria en efecto de lo que perdieras? Por el contrario, desnudo, despojado, desterrado, herido, abandonado de todas las criaturas, pero desprendido de todo para estar apegado solo á Dios, despues de males que acabarán tarde ó temprano, ¡que tendrías que echar ménos, cuando, en la posesion del mismo Dios, te serian ofrecidos y asegurados para siempre todos los bienes verdaderos? ¡Ah mi amigo! aquí es donde debes comprender mui bien toda la fuerza de esta otra palabra del Salvador: „solo una cosa es necesaria de todo esto.“ No, no es necesario que conserves algun tiempo todavía, algunos

días, algunos momentos quizás, estos bienes frágiles que irritan tus deseos; pero es necesario... que en la eternidad seas feliz.

¡Ah! Considera lo que aun en esta vida son esos bienes por que suspiras. Emplea para verlos mejor un ojo más religioso y más sabio. Toma socorro de la experiencia, y tómallo en ti y en tus semejantes. Valmont! ¿estos bienes son la felicidad? Siempre te engañas buscándola donde no está. La felicidad del verdadero sabio en la tierra está en la paz, y no son los falsos bienes los que la dan. ¡Ah! De cuantas inquietudes son origen; ¡qué vacío dejan en el alma cuando se les posee (1), qué pesares, qué amarguras cuando llegan á perderse! ¿Quieres conocer bien la verdad de esto? preguntala al monarca en su trono, y que te diga si entre sus súbditos hay un hombre que sufra más que él la saciedad (a) y el fastidio que traen consigo; pregunta al más mentado entre los reyes, y el más feliz en apariencia, al que mejor sabia gozar de ellos, en mi concepto, y que habia reunido más, y agotado todas las especies de goces, los de la gloria, de las riquezas, de las ciencias, de las artes y placeres; y escúchale despues de la brillante enumeracion que hace de ellos, exclamando: „vanidad de vanidades; y todo vanidad.“ ¿Y por qué todo es vanidad en la tierra? ¡Ah! nuestro corazon es muy vasto para tan pequeños objetos, y que no han sido hechos para llenarle: Dios que ha formado este corazon, no lo ha formado sino para él, y es quien imprimiendo en nosotros el deseo necesario de felicidad, ha querido que no podamos hallarla sino en él.

Más para desengañarte mejor, vé á recibir en la pálida llama de la muerte nuevas luces (2). Desciende en espíritu á las bóvedas sagradas que cubren las tumbas de nuestros reyes. Recorre con te-

[a] Esta saciedad dictó á un rey de Persia el edicto; por el que prometia una gran recompensa á cualquiera que inventase un placer desconocido. La historia atribuye este edicto á Xerxes.

mor esas sombrías moradas; busca en ellas el pomposo cortejo que acompañaba en otro tiempo á estos señores de la tierra. Al vislumbre sombrío de una lámpara sepulcral, admira los tristes monumentos de su grandeza pasada; ó más bien, penetrado de un religioso terror, y en medio de aquel profundo silencio, vé aniquilada toda su grandeza y su magestad hecha polvo (3).

Haz todavía mejor: que tu alma se traslade toda entera al lugar en que habito. En esta misma tierra, la heredad antigua de tus abuelos, siéntate vivo en medio de estas sombras, entre las que descansarás despues de la muerte: evócalas, y que te respondan. „Hijo mio, te dirán, no temas que tus miradas curiosas profanen este asilo, la escuela de la sabiduría. Instrúyete con el ejemplo nuestro; ojea en estos féretros; recoge un puñado de estas cenizas; ved aquí todo lo que queda en la tierra, de tus antepasados, de aquellos hombres que te precedieron en la brillante carrera de los honores y de las pompas mundanas, y que generalmente han gozado de ellas con más seguridad y por más tiempo que tú. En aquel momento en que nosotros pensabamos menos en esto, cuando nos dormiamos en una dulce y muelle seguridad, en el seno de la gloria y de los placeres, repentinamente la muerte ha terminado para nosotros el sueño de la vida. Hemos despertado.... ¡Y qué triste sueño! Lee estas inscripciones fastuosas, esos epitafios cargados de nombres y de títulos; enseñándote lo que hemos sido, te dirán más claramente todavía lo que ya no somos, y que todo lo que pasa *no es más que vanidad*. Entre estas inscripciones, algun día... no muy tarde, se leerá la tuya; y si no ha podido añadirse á vanos elogios el de una virtud constante y de una piedad sólida, ¿qué anunciará al mundo? ¿que hay en la tierra un débil mortal ménos; y que hay un réprobo más en los infiernos...!“

¡O hijo mio! ¡cuán útiles son y penetrantes las lecciones que nos ofrece la muerte! Instruye á los

voluptuosos, á los culpables adoradores de una belleza frágil, con el espectáculo de un cadaver hecho presa de la podredumbre y de los gusanos; ella instruye al rico con el espectáculo de la desnudez que trae consigo; ella instruye al soberbio, al hombre constituido en dignidad y fiero con su pretendida grandeza, con las humillaciones y la nada á que nos reduce [a]: tarde ó temprano á todos nos instruye cuando nos despoja, cuando hierre: y el único medio de arrancarle entónces su aguijón, y de arrebatarle su triunfo, es forzarla con nuestras obras á que nos dé en el cielo mucho mas de lo que puede quitarnos en la tierra.

Vendrá para tí, querido Valmont, aquel momento fatal, en que tocando á las puertas de la muerte, pasarás en una exacta balanza todas las cosas humanas; en que viendo desvanecerse la figura engañosa de este mundo, hundirse á tus pies todos los bienes sensibles, y no dejarte otro fruto de tu apego á ellos, sino el arrepentimiento, reconocerás que no hay otra cosa real sino el bien que se ha hecho, y cuya recompensa se puede aguardar en paz en el siglo futuro [a].

[a] El Emperador Severo, reconociendo en el momento de la muerte la vanidad de las grandezas humanas, exclamó: „Yo he sido todo lo que un hombre puede ser; pero de qué me sirven hoy aquellos honores pasados?” Ocupado del mismo pensamiento mandó que le llevarán la urna, en que habian de depositarse sus cenizas; y cuando la vió, la tomó en sus manos y dijo: „pequeña urna, ¡tu vas pues á contener lo que no podía contener el mundo entero!” (*Historia Romana de Laurent Echard, tom. 6.º.*)

[b] Así es como el mariscal de Luxembourg, tendido en la cama de la muerte, y con los pesares que le arrancaba el recuerdo de haber servido mejor á su rey que á su Dios, exclamó, que hubiera preferido al brillo de tantas victorias, que le eran inútiles en el tribunal del soberano juez de los reyes y de los heroes, el mérito de un vaso de agua dado á los pobres por el amor de Dios.

Mas ¡qué momento tan diverso cuando no se ha previsto, cuando no se ha preparado uno para él, cuando con una buena vida no aprendió á morir bien! ¡Qué momento aquel en que se pase del tiempo á la eternidad, de los prestigios é ilusiones del mundo á la luz del mismo Dios! ¡Oh luz viva y pura! que disipará todo el hechizo de nuestras pasiones, todas las ilusiones de nuestro orgullo, todas las preocupaciones del ejemplo y de la costumbre, y que no dejará ver al hombre culpable, sino la ley y la verdad! Salido de esta mansión de crimen, suspenso entre el cielo y la tierra, entre el cielo y el infierno, entre todos esos inmensos globos que descubren el poder y la gloria de un Dios criador, viendo á la tierra como un punto, sola con su Juez, sin apoyo, sin defensa, no teniendo para justificarse, sino sus buenas obras; juzgada ya por su propia conciencia; juzgada por la regla inmutable del orden, de la verdad, de lo justo y de lo honesto; comparándose á su pesar con la fuente inefable de toda belleza, con el modelo de toda perfeccion de que debia ser imagen; hasta entónces envilecida, degradada por inclinaciones vergonzosas, por pensamientos bajos y terrenos, por acciones indignas del hombre; reducida en fin á su propio valor: concibe, si puedes, su turbacion y su desesperacion.

Con todo, una escena mui mas terrible se ofrece á mis ojos todavía, é infunde á mi alma espanto y horror. La fe, siempre mas digna de nuestros respetos á medida que uno se penetra mas de ella, me muestra en el porvenir el mas grande, el mas ma-

El mariscal de Villeroy, siempre disgustado de la corte y de las grandezas por el vacío que sentia con ellas, siempre atraído y detenido por la ambicion, al fin fué sorprendido por una enfermedad que le arrebató en pocas horas, no cesando en repetir estas palabras, que marcaban mas su terror que su sabiduría: „¡O mundo que engañoso eres!” (*Historia de Maria de Medicis y de Luis XIII.*)

gestuoso y mas terrible de todos los espectáculos. Traspártate al fin de los tiempos, al último de los dias; dia solemne para el cual han sido hechos todos los demas; dia para siempre memorable, en que acabarán de desarrollarse todas las maravillas del Altísimo, todo el plan de su sabiduria, toda la economía de su religion, todas las obras de la naturaleza y de la gracia; dia de manifestacion y de gloria para sus escogidos, de confusion y de dolor para los hombres injustos y perversos [4].

¡Qué cuadros ofrece á mis pensamientos! ¡qué imágenes tan propias para elevarme sobre mi mismo! La muerte, con rápido vuelo recorre el universo, destruyendo, devorando todos los seres para rendirlos de homenaje al único autor de la vida, desordenados y confundidos todos los elementos; des-
 carriado el sol de su ruta; los mundos errantes por el espacio, chocando, quebrándose en su carrera; inflamada la tierra, viniéndose abajo las montañas, abriéndose los abismos; montones de ceniza en vez de coronas, de tronos y de imperios; los sepulcros devolviendo su presa al sonido agudo de la trompeta; los hombres todos confundidos, todos pueblos y súbditos, todos iguales... Digamos mejor, solamente distinguidos por sus virtudes ó por sus vicios, por la forma brillante ó deforme de su resurreccion; los hombres en expectativa del Justo juez, testigo de aquellos grandes cambios; qué revolucion! qué espectáculo!

Aparecerá entonces el Juez. El Hijo del Altísimo, su Verbo, el esplendor de su gloria, anunciado por sus ángeles, rodeado de un torbellino de fuego; llevado sobre nubes y tempestades, vendrá para interrogar en alta voz por las obras de sus manos. Su cruz, escándalo del judío y del impío, consuelo del verdadero fiel, distintivo de los escogidos entre los réprobos, el estandarte de su cruz brillará en los aires, y será el mas bello adorno de su triunfo. Acercaos, exclamará, espíritus audaces y soberbios; vosotros enemigos de mi poder, de mi bondad, de mi sabiduria y de todos mis atributos; vo-

sotros enemigos de mi Padre y de los míos, acercaos, y sed los jueces entre vosotros y yo." Entonces, hijo mio, ¡cuán abatido será el orgullo del espíritu humano! ¡qué grandes aparecerán los caminos de Dios, y sus obras cuán admirables! ¡qué dignamente lo justificarán sus secretos descubiertos, y cómo confundirá nuestras quejas y murmuraciones! ¡qué pequeños y miserables aparecerán los argumentos amontonados de nuestros pretendidos espíritus fuertes, contrapuestos á todo el conjunto de la creación!

¡Juzgado y justificado así Dios por sus obras, ¡cuál será en su vez el juicio del hombre rebelde á su Dios! ¡Las vergonzosas fuentes de la incredulidad de nuestros falsos sabios, puestas á toda luz, los cubrirán de oprobio! ¡Los héroes del mundo, compareciendo en su rango, dejarán ver en ellos, cuando caiga la máscara, la indignidad y la bajeza! ¡Los grandes acontecimientos, aproximados á sus causas, infundirán horror y compasion! ¡Los tan ponderados resortos de la política y sus escondidas maldades, presentadas antes como rasgos de ingenio, pero iluminados entonces por los rayos de la divina sabiduria, causarán indignacion y desprecio! ¡Los conquistadores homicidas gemirán con sus laureles teñidos en sangre, cuando escuchen lamentables voces, que les reprochan sus combates y sus victorias, como las injusticias mas patentes y como los mas enormes atentados! ¡Los gefes de secta y de partido temerán por la devastacion que su orgullo ha causado, y por la sangre que sus largas disputas hicieron derramar! ¡Los hombres de talento se avergonzarán del abuso que hicieron de él! ¡Las virtudes falsas por sus principios y por sus motivos, serán puestas en la elace de vicios! ¡Los corazones dobles é hipócritas, que ostentaban afectadamente una moral severa, solo dejarán ver en el gran día la desnudez mas ignominiosa! ¡Los proyectos mas injustos, los deseos desenfrenados, las acciones feas escondidas en la sombra en y el silencio, se presentarán á la faz del universo, para eter-

na infamia de los que se abandonaron á ellos! Mas tambien, la virtud sencilla y modesta, el verdadero mérito ignorado y oscuro, los combates interiores tenidos con la carne y con el mundo á vista de solo Dios, el justo despreciado, calumniado, perseguido ¡cuanto aparecerán honrados y recibirán gloria y elogios, de los mismos que en la tierra los deshonraron!

¡O Valmont! ¡Cuales serán en este dia los objetos de tu ambicion y de tus deseos? ¡Qué puesto querrás ocupar entónces? ¡Qué rango querrás tener? ¡Entiende este decreto definitivo, esta palabra irrevocable que concluye todo, que pone fin á todo! „Venid benditos de mi padre, entrad á poseer el reino que os está preparado; y vosotros malditos, id al fuego eterno que os está reservado.”

¡Un fuego eterno! Aquí la pasion, el libertinage, la impiedad exclaman: ¡Por faltas de un momento una infinidad de tormentos? ¡Sí, impios! Ved aquí el freno mas potente, y único sin duda suficiente, que la religion ha puesto al vicio, y que vosotros querriais quitar. ¡Mas á quien creeria yo mas, á un Dios que nos amenaza para hacernos virtuosos y salvarnos, ó á vosotros que procurais tranquilizarnos, es verdad, mas para hacernos todavía mas viciosos y para perdernos? ¡A quién creeré mas, á los textos de un Evangelio divinamente anunciado, tan claramente interpretado por la tradicion y por la Iglesia, á esta autoridad mas respetable y mas santa que todas, ó á vuestros razonamientos capciosos, cuya sola incertidumbre bastaria para desesperarnos? Recompensas eternas y sin límites no os admirarian; y tormentos infinitos os parecen un absurdo: sin embargo, la misma equidad es la que debe distribuir los unos y los otros; y si la virtud puede mui bien merecer al hombre una eternidad de dicha; ¡por qué el crimen, por una proporecion igual, no habia de tener fuerza para hacerlo digno de un eterno castigo? ¡Ah! no conocéis lo que es un Dios viva-

mente ultrajado por una voluntad rebelde, y que lo es con conocimiento y con eleccion; lo que se una magestad suprema ofendida, insultada en sus leyes mas precisas y en sus mandamientos mas santos; lo que es una bondad infinita, desconocida, despreciada por el ser mas obligado para con su criador: no sabeis cual es el precio de la sangre de un Dios hecho hombre; de aquella sangre adorable, profanada por la constante infidelidad de estos mismos hombres á quienes vino á rescatar.

Si, hijo mio, hay un infierno; y los hombres, tan fogosos en seguir objetos que los halagan, son hechos de modo que el temor de los males futuros, por terribles que debieran ser, puesto en una balanza con el insentivo de un placer presente, los moveria mui poco, luego que supiesen que no debian durar siempre [5]. Hay un infierno: ¡cuanto lo teme, querido Valmont, quien tantas veces lo mereció, y quien cada dia de su vida sigue mereciéndolo todavía! Sus fuegos materiales y sensibles, encendidos por la justa cólera de un Dios, castigarán con los mas vivos dolores un cuerpo impuro y manchado, así como el arrepentimiento mas amargo atormentará con los reproches mas duros al alma infiel [a]. Hay un infierno, fuegos y demonios, es decir espíritus rebeldes, los primeros que se rebelaron contra la magestad del Altísimo; que, degradados por su orgullo, y hechos desgraciados por su falta; han envidiado nuestra

[a] Bastante se sabe, que, si de ordinaria el alma sufre en la tierra con ocasion del cuerpo y por sus órganos, por otra parte no necesita esencialmente de este cuerpo para sufrir: se sabe que todos los dias en sueños, ó aun estando despierta, experimenta un dolor imaginario de que el cuerpo no es instrumento; y que v. g., en ciertos casos refiere el mal que siente, á un miembro que sin embargo le acaban de arrancar. No es pues menester, que nuestros cuerpos resuciten, para que el alma pecadora sufra ya los tormentos infernales.

suerte, y han querido asociarnos á su desgracia; que, triunfando de nuestra infidelidad, han llegado á ser los ministros de los juicios de Dios; para con el hombre culpable, y le han sufrido sin cesar por invenciones dignas de ellos, la pena de su desobediencia. En la mansion horrible que habitan estos espíritus de tinieblas, los réprobos, ligados los unos á los otros por una cadena de calamidades y de infortunios; no verán por todas partes más que objetos de consternacion y de horror; no escucharán sino imprecaciones y blasfemias; no verán correr sino lágrimas; no exhalarán sino gemidos y gritos; se reprocharán mutuamente las ocasiones, los ejemplos, los medios de seducción, las cobardes condescendencias, los locos amores, todas las pasiones que recíprocamente los han extraviado; se reprocharán á sí mismos el abuso de las luces y de las gracias, el olvido de los deberes, su pérdida voluntaria, su eternidad de contento y de gloria, sacrificada por una momentánea satisfaccion; se preguntarán en vano cuando acabará la eternidad; levantarán sus cadenas abrazadoras para apagar su sed, para refrescar su ardor, para lanzarse en el seno de la felicidad suprema, á la vez que una mano vengadora los rechazará en cada instante, para tenerlos sumergidos en el abismo de la desesperacion [a].

¡Ah! hijo mio, hay un infierno; y tu te has burlado tantas veces de la augusta verdad; has vuelto irrisión la ley santa de tu Dios; has blasfemado de lo que no conocias; has ardidado en un fuego adultero; te has hecho homicida; has entregado á tu semejante al anatema, y te has entregado tu mismo; y tu vives ...! Y la paciencia del Altísimo

[a] Por estas tristes, pero importantes verdades, exclamaba un padre de la Iglesia; *¡Un momento... y una eternidad!* (San Crisostomo).

„El placer que acompaña al pecado pasa, dice otro padre, pero las consecuencias del pecado no pasan. *„Peccare transit, peccasse manet.* (San Agustín).

no se ha cansado [6]. ¡Y todavía puedes con el arrepentimiento y la penitencia, alejarte la triste condicion que te estaba reservada! ¡Y sensible á tu estado, temblando por tus peligros, el alma tierna y compasiva de un padre, voló toda entera delante de tus desgracias! ¡Y tu Dios, querido amigo, llamándote por mi voz, solicitándote, instándote, ilustrándote con grandes ejemplos, proporcionándote reveces, ofreciéndote donde quiera motivos de conversion, te tiende los brazos, todavía te muestra la perspectiva de la felicidad, te hace mirar el cielo como el término de tus trabajos, y te promete en esta dichosa morada una recompensa digna de él! ¡Qué recompensa! El goce de todas tus perfecciones, el conocimiento de todas las verdades de que es fuente, el desarrollo de todas sus maravillas, la sociedad de aquellos espíritus inmortales que brillan con su luz, y arden con sus fuegos, la embriaguez de su amor, torrentes de una delicia santa, una penetrante y celestial armonia, una paz inefable, un reino estable, una corona inmortal, una beatitud en fin [7], que el apóstol no pudo transmitir sino diciendo, „que el ojo no ha visto, que el oído no ha escuchado, que el espíritu no puede concebir, y que el corazón no puede sentir en la tierra, nada que se acerque á lo que „Dios ha preparado á los que le aman.“

¡O bondad! ¡O clemencia de un Dios por largo tiempo tan indignamente ultrajado! ¡Y que, para perdonarte, para hacerte feliz, no te pide más que el sentimiento de un corazón contrito y humillado! ¡Ah! ¡Podrias, querido Valmont, dejar de ser sensible á su ternura? ¡Recuerda todo lo que ha hecho en tu favor; el ser que te ha dado, las facultades de que te ha adornado, los bienes de que te ha hecho gozar; los momentos, los años que se ha dignado dejarte, cuando con quitártelos te perderia para siempre; acuérdate del beneficio de la redencion, de todo lo que le ha precedido, anunciado, preparado por tantos siglos; y de todas las gracias que han sido el dichoso fruto de ella.

Considera á Jesucristo hecho víctima por tus pecados: y, por poco susceptible de sentimiento que tengas el corazón, atrévete todavía á ser ingrato y á permanecer infiel!

Mas quizás el mismo tamaño de tus culpas es lo que en este instante detiene la efusion de tu reconocimiento, y lo que, por el desaliento y abatimiento en que te pone, impide tu conversion. ¡Ah! Tus crímenes, por mas grandes que fuesen aun, no igualarán jamás á la misericordia de tu Dios y á los méritos de su Hijo. Que el impío forme del Dios de los cristianos un fantasma odioso, para dispensarse de adorarlo; que lo pinte á los demas y á sí mismo vengativo, celoso, cruel, enexorable, cuando no es mas que justo, y cuando su celo, su cólera y sus venganzas no son en él, sino el amor del orden y la soberana equidad; que solamente lo vea como un Dios terrible, y que olvide su misericordia y su bondad; tu no debes sorprenderte de esto: así es como la pasion pinta todo con sus propios colores. Empero, formado ahora en la escuela de la verdad, consulta la religion, abre nuestros libros sagrados; y encontrarás en ellos por todas partes al verdadero Dios enemigo del pecado, y castigando á su pesar al pecador; amenazándolo como padre, para no herirlo como juez; no queriendo la muerte del impío, sino que se convierta y viva. Tu le oirás decirnos, que su clemencia es tan grande como él; que en el ejercicio que hace de ella, es todavía muy superior á sus obras, y que nos ofrece tambien algunas veces prodigios de misericordia [8]; que no debe jamás permitir á los mas grandes pecadores que sierren su corazón á la esperanza, ni que por dilaciones afectadas, le dejen continuamente abierto á una loca y ciega presuncion; le oirás llamar á su pueblo con las palabras mas tiernas, por los motivos mas penetrantes; y hacerle conocer que abandonando á su criador; á su bienhechor, al principio de todo bien, se ha despreciado, ha cambiado una fuente de aguas vivas, de regocijos puros

inalterables, por falsos placeres y por infames deleites: aun mas todavía, oirás á tu divino maestro, que ha venido, no para perder á los pecadores, sino para que tengan vida; no para juzgar al mundo, sino para salvarlo: lo verás, bajo la forma del buen pastor, correr tras de la oveja descarriada, y al travez de las rocas y malezas traerla al seno del rebaño: lo verás en las parábolas mas consoladoras y con las mas vivas imágenes, pintarte con rayos de fuego la vergüenza de tus extravíos y la facilidad de tu conversion: se te presentará bajo la forma de un hijo pródigo, y te manifestará los sentimientos de un padre, que, luego que de muy lejos percibe á su hijo, corre á su encuentro, se echa á su cuello, le estrecha entre sus brazos, le cubre de besos y le colma de sus favores.

¡Amable pintura! ¡Cuadro fiel en que están expresadas con tanta gracia y energía las dulzuras y los primores de la conversion! Si, hijo mio, cree á mi propia experiencia, nada hay tan delicioso como el momento de convertirse. La penitencia es dura y penosa solo para un corazón levemente movido, y que lo está solo á medias; pero cuando el corazón está bien penetrado, cuando se abre todo entero al arrepentimiento y al amor, ¡oh! ¡qué dulces son las lágrimas que este arrepentimiento hace verter! Y la unción que los acompaña, el toque secreto de la gracia que eleva y arrebató el alma, ¡qué poco la dejan sentir los falsos bienes que sacrifica (a)! Haz tú mismo la prueba, hijo mio; y mil veces bendecirás el momento feliz en que te volvieres á tu Dios; y en medio del desprendimiento que inspira, reconocerás que es uno muy mas feliz

[a] „Ordinariamente se piensa que la vida espiritual solo tiene dulzuras hasta el fin, y que aun es menester comprarlas con grandes penas: esto no es verdad cuando el amor se mezcla en ello. Dá, es cierto, al alma que lo necesita, remedios amargos; pero la fortifica secretamente en su sufrimiento, y la corona en sus trabajos.” (El Abate Choisy.)

en su servicio, aun con las privaciones que el deber exige, que lo que son los mundanos por sus conexiones frívolas, por sus goces y por sus placeres [a] [9].

NOTAS:

PÁG. 152.

[11] ¿Qué vacío dejan en el alma cuando se les posee? ¿Qué pesares, &c. No veo nada que deba contribuir á moderar el apego demasiado vivo que tenemos á los bienes sensibles, sino estos dos caracteres que son peculiares de ellos: su impotencia para hacernos felices, y su inestabilidad. En cualquiera grado que los poseamos, no nos satisfacen; aun cuando fueran capaces de satisfacerlos, sería menester perderlos: estas dos reflexiones bien meditadas, bastarían en mi concepto para reprimir todos los impetus de nuestras pasiones.

No se puede pintar mejor la vanidad de los bienes mundanos, que como lo hizo madama de Maintenon, cuando en la situación mas brillante y que parecia no dejar nada que desear, escribía á madama de Maisonfort: „¿Que no pueda yo

[a] „Los mártires de la sociedad serian muy admirados, si tuviesen la buena fe de darse cuenta de sus pretendidos placeres. Yo conocí un hombre, á quien una prueba tal convirtió derrepente á la razon: una noche le ocurrió, entrando en su casa, someterse á una especie de examen sobre las variadas inacciones de todo el día; pintose de ella un cuadro fiel: el amor propio como la opinion se rebelaron igualmente en él: halló que habia dicho y oído trivialidades, voces faltas de ideas, mentiras groseras; que su corazón no se habia interesado para nada en ellas; que su espíritu habia quedado desaplicado y menesteroso, mientras que habia tenido la flaqueza ó mas bien la insigne falsía de hacer creer que la sociedad le gustaba. Se avergonzó de sí mismo. Desde este momento renunció principalmente á lo que tan falsamente llaman buena compañía. . . . No confundamos la vida real con la vida facticia, habrá muy pocos goces de que seamos celosos” (D'Alembert, nota sobre D'Almanzi).

daros mi experiencia! ¿Qué no pueda yo patentaros el fastidio que devora á los grandes, y la pena que tienen para ocupar sus dias! ¿No veis que yo muero de tristeza en una fortuna que apenas pudiera imaginarse? Yo he sido jóven y festiva; he gustado de placeres; he sido amada en todas partes. En una edad mas avansada, he pasado años enteros en el comercio del espíritu, he llegado al favor, y os protesto, mi querida hija, que todos los estados dejan un vacío espantoso” Si alguna cosa, añade Voltaire citando estas palabras, pudiera desengañar á la ambicion, sería ciertamente esta carta. (Siglo de Luis XIV).

Mad. de Maitemon, que por tanto no tenia otro pesar que la uniformidad de su vida cerca de un gran rey, decía una vez al Conde de Auvigné su hermano: „no puedo estar apegada á él, quisiera estar muerta” Se sabe que respuesta le dió: „¿uego teneis palabra de desposaros con Dios Padre? (Allí mismo).

El ambicioso, dice Young, desdena sus buenos resultados, y su gloria le causa compasion. „Esto es todo? exclama Cesar sentado en el trono del universo. Se ha visto á los mas grandes monarcas abdicar el imperio, para terminar en la vida privada un reposo, que sin una piedad sólida, ella no puede tampoco darnos.

La gracia se sirve muchas veces de esta insuficiencia de las criaturas, para convertirnos: así es como conmovió el corazón de un hombre muy conocido en la diócesis de Ch... por su celo y por sus virtudes. Era oficial del regimiento de... y daba un baile á ciertas damas de la ciudad en que estaba de guarnicion. En medio de la noche, y entre los ardientes placeres á que se abandonaban en derredor suyo, él sintió un cansancio, un disgusto que no podia vencer. Su melancolía llegó á ser tan fuerte, que suplicó á uno de sus amigos hiciera en su lugar los honores del baile, y se fué á pasear á la orilla del mar, cuya ribera circundaba los muros de la ciudad. El espectáculo de un cielo desahacido á sus pies, el silencio y la calma de toda la naturaleza solicitaron vivamente su corazón, y dieron libre curso á sus reflexiones. „¿Qué hago? decía, y ¿donde busco una felicidad que me huya? porque me detengo en objetos criados, cuando el que ha formado este mundo tan magnífico se me ofrece todo entero para cumplir mis deseos? ¡O Dios mio! exclama como S. Agustin, ¡muy en vano nuestro corazón se vuelve y se revuelve por todas partes, pues que donde quiera experimenta inquietud y tormento, hasta que descansa en vos! Esto es hecho, ¡vos sois á quien me quiero consagrar para siempre!” Luego que volvió á su casa, puso en orden sus negocios, y consagrándose al servicio de los altares, llegó á ser lo que es hoy, un hom-

bre poderoso en obras y en palabras, que movido hasta con las armas de las verdades que anuncia, obra las mas grandes conversiones por su discurso y por sus ejemplos.

PÁG. 152.

[2] Algunos escritores estimables, y entre otros el traductor de las *Noches de Young*, y d'Arnaud en muchas de sus obras, han aco-tumbrado mui felizmente en nuestros dias, à los espíritus mas diffeiles en este género, la pintura de las grandes y terribles verdades de la religion, para que debiesemos temer aqui, por una delicadeza mal entendida, concervar las imágenes que el Marquez de Valmout ha trazado de ellas à su hijo. Por otra parte, la religion en boca de un hombre de mundo hace muchas veces mas efecto, que en la de aquellos que por su estado son llamados à anunciarla. Recuérdese por lo demas que en todo el curso de esta carta, no son cuadros de fantasia los que el Marquez ofrece à su hijo, desde que ha probado, con la certeza de la religion cristiana, que cuanto ella nos enseña es verdad. Recuérdese tambien, que aquel à quien escribe, y cuya salvacion le es infinitamente querida, es un jóven cuyo espíritu está convencido, pero cuya razon resiste un cambio cuyos motivos y necesidad le son bien poco conocidos. Finalmente dignense recordar, que este mismo hombre que está forzado à desapegar à su hijo de los falsos bienes que le encantan en el momento mismo en que los pierde, es un hombre de mundo, es verdad, pero consagrado del todo en su retiro à la meditacion de los objetos mas propios para interesar vivamente à una alma como la suya.

PÁG. 153.

[3] *Ve aniquilada toda su grandeza y su magestad hecha polvo.* Este espectáculo convirtió à Francisco de Borja, Duque de Candia y lo formó un santo. Llamado por Carlos V. para conducir de Toledo à Granada, y hacer enterrar allí el cuerpo de la Emperatriz Isabel, „cuando le fue menester, dice el autor de su vida, entregarlo al clero de Granada y abrir el séretro de plomo, para acreditar que era el cuerpo de esta princesa, fué un espectáculo espantoso para todos los que estaban presentes, no hallar en él nada que lo pudiese dar à conocer, y hallar en él, solo un conjunto asqueroso de podredumbre y de corrupcion. Las personas que debian servir de testigos de una semejanza de que ya no quedaba ningun vestigio, rehusaron darlo, y se retiraron mui léjos para disiparse el horror que les causaba la vista y hediondez del cuerpo de aquella señora de tantos grandes estados, que pocos dias antes pasaba por la

mas bella, mas poderosa y mas feliz princesa del mundo. Francisco de Borja comparó el estado en que veía à esta princesa, con aquel en que la habia visto poco tiempo antes; el cuidado que se tenia en huir de ella, con el empeño que se habia tenido de acercársele y de cortejarla; aquellos restos horribles de ella misma, que no se atrevia à mirar, con la pompa y la magnificencia de que estaba rodeada; y comprendiendo mejor que nunca la vanidad de las grandezas humanas y de los cuidados que se tienen para conseguirlas, aprendió à no apegarse ya à los objetos que se pueden perder con la muerte.

PÁG. 156.

[4] *Dia de manifestacion y de gloria.* Nada mas digno de Dios y de la religion, nada mas grande, que la idea del juicio final, tal como la fe nos la dà. Dios, manifestándose al universo en todo el brillo de su grandeza; mostrándonos toda la dependencia y toda la nada de los objetos criados; descubriéndonos todos los sistemas de la creacion, los caminos inefables de su providencia, los tesoros de su bondad, los decretos de su justicia, la cadena inmensa de todos los seres, el órden y fin de todos los acontecimientos; colocando cada hombre frente à frente del mundo entero; iluminando à los espíritus con los rayos mas puros de su luz; disipando todas las ilusiones; confundiendo todos los pretestos; poniendo à cubierto todos los corazones; dando à cada uno de nosotros la gloria ó el oprobio que háyamos merecido; pronunciando un juicio definitivo, una sentencia sin recurso; distinguiendo del modo mas solemne al justo del injusto, al vicio de la virtud; Qué sublimes ideas para quien sabe meditarlas! No me admito de que un rey bulgaro se haya hecho cristiano, por haber visto y haberse hecho explicar un cuadro del juicio final. (*Vease à Lebeau, Historia del bajo imperio, tom. XV, pág. 42.*) Se refiere que un filósofo llamado Constantino, enviado por un emperador de Constantinopla à Wladimiro, duque de Rusia, le hizo ver un cuadro que representaba el juicio universal, que le aterró mucho. *¿A qué lado quisierais estar puesto en aquel momento terrible?* le preguntó Constantino. *A la derecha del Hijo de Dios,* respondió Wladimiro. *¿Pues bien!* exclamó el filósofo, *haceos cristiano;* y el príncipe se convirtió. (*Anécdotas de bellas artes.*)

PÁG. 159.

[5] *Hay un infierno; y los hombres, tan ardientes en seguir objetos que los halagan &c.* „La justa determinacion

de las penas depende de la relacion que tienen con el fin del gobierno, que es hacer observar las leyes. Para conseguir este fin, no es necesario que haya una proporcion exacta entre el crimen y la pena: basta que la pena sea tal que sea necesaria para el bien público; es decir, que sea capaz, infundiendo un justo terror, de procurar en lo posible la observancia de las leyes, é impedir que los hombres, seducidos por sus pasiones, sean llevados á infringirlas: así, todo castigo proporcionado á este fin no es injusto. Por este fin pues es necesario medir la eternidad de las penas. Pero yo pregunto á esa muchedumbre de hombres crueles, bribones, desnaturalizados, adúlteros, incestuosos, sa- crilegos y parricidas, que diariamente inundan la tierra de crímenes; yo les pregunto, ¿que impresion haria en sus espíritus la conminacion con un castigo limitado y pasajero, supuesto que, en los momentos terribles de pasiones y furrores, muchas veces el temor de penas eternas, no puede contener su feroz arrebato; puesto que, suspendidos sobre abismos eternos con un hilo que puede trozarse á cada instante, se ve á estos hombres con una espantosa seguridad, aguzar tranquilamente el puñal que debe degollar á la inocencia? ¿Qué sería pues del género humano, si faltara este freno á su perversidad? Una fatal experiencia nos prueba que la eternidad en las penas, por terrible que sea, no es mui fuerte para separarnos del crimen. Este castigo, es pues proporcionado al fin que se propone el Legislador Supremo de evitar cuanto se pueda, la infraccion de sus leyes. Si es proporcionada á este fin, ya no es injusto. La experiencia, probando su necesidad, prueba su justicia.

„Nada es mas aterrador para la imaginacion que la idea de las penas eternas. Nuestros ojos espantados se pasean con terror por la vasta inmensidad de aquel mar ardiente. Nosotros descubrimos allí solamente objetos eternamente lúgubres, objetos de desolacion y de horror: una rueda inmensa de dolores, en derredor de la que los hombres culpables girarán sin cesar, sin hallar jamas el punto en que acaba; tal es horrible cuadro de la eternidad de las penas. Mas ¿qué! ¿por qué esta imagen sea horrorosa, será menester procurar debilitarla? ¿El que una verdad sea terrible, es una razon para combatirla?...Pues que la eternidad, si existe, ha de subsistir apesar de los esfuerzos impotentes de vuestra razon, la voz de la sabiduría, vuestro propio interes os exigen que tomeis el partido mas seguro. Aun en una incertidumbre igual, siempre deberiais obrar como si las penas fueran eternas. Es una ley que la prudencia os impone; ningun riesgo correis en creerla; pero si la eternidad existe y no la creéis, os precipitais vosotros mismos en males eternos. Así, para resolveros á no creer, no bastan sencillamente dudas frívolas, son menester las razo-

nes mas decisivas y mas triunfantes. Pero, yo sostengo por el contrario, que teneis las razones mas fuertes para dudar de la verdad de vuestra opinion. Estas razones son, primero la autoridad de la revelacion, que es necesario combatir y trastornar antes de establecer vuestro sistema, pues la eternidad de las penas es un dogma revelado. Segundo. Si recibis la revelacion, la autoridad de los libros sagrados, en que se hallan muchos pasajes cuyo sentido no puede ser equívoco, y que de acuerdo establecen con la mayor evidencia la eternidad de las penas, así como la eternidad de las recompensas. Tercero. La autoridad de diez y siete siglos, en los que la Iglesia entera, y cuantos grandes hombres ha habido en ella, siempre creyeron la eternidad, y así entendian los pasages de los libros santos sobre este asunto. Cuarto. La flaqueza del espíritu humano que, reducido á límites tan estrechos, no puede ser un juez competente para determinar hasta donde debe extenderse la bondad del Ser Supremo, y hasta que punto debe detenerse la justicia. Quinto. La imposibilidad de conocer por la razon cual es la pena proporcionada á una ofensa cometida contra un Ser infinito; porque no se puede conocer la extension de la ofensa, sin conocer la grandeza del Ser ofendido; pero solo Dios se conoce á sí mismo; luego solo Dios puede decidir esta proporcion.

Estas reflexiones son sacadas de una obrita cuyo principal objeto es la refutacion del deísmo, y se titula: *Reflexiones filosóficas y literarias sobre el poema de la religion natural*. Esta obra está llena de religion y de verdadera filosofia.

[6] *¿Y la paciencia del Altísimo no está ya cansada!* En el concierto de su misericordia y su justicia, no podemos decir cual de estos dos atributos es el que Dios va á ejercer con nosotros, si continuamos resistiéndole. Es el dueño de sus gracias, y nosotros no sabemos medir las respecto á cada uno de nosotros. Algunas veces se digna todavía esperarnos; otras muchas nos hiere cuando estamos menos preparados para ello; y nada es mas absurdo que aventurar la salvacion por un tal vez, y poner la eternidad á merced de un mañana. Testigo un jóven cuya familia era conocida de quien me ha referido este hecho. Mucho tiempo hacia que una madre tierna é ilustrada le instaba para que cambiase de conducta, y siguiese con mas regularidad los principios de la religion en que no habia cesado de creer. „Estoy dispuesto, dijo á su madre, á seguir vuestros consejos; comienzo á cansarme de la vida que llevo. No os pido por todo plazo mas que estos tres dias en que acaba el carnaval, y os prometo que al siguiente me halléreis mui diferente. El

insensato, según el uso de tantos cristianos ciegos, se preparó con el goce de todos los placeres, á la penitencia que debía hacer el primer día de cuatesma. Los tres días pasaron. El martes volvió á su casa mas tarde que de ordinario. El miércoles de ceniza, á la madrugada se oyó un ruido en su recámara. Un criado entró: le halló tendido en el suelo, y sofocado por un ataque de sangre, antes que hubiera tenido tiempo de socorrerlo.

PÁG. 161.

[7] *Una felicidad en sí, que el apostol no ha podido transmitir sino diciendo &c.* Sin hacer comparacion, pues efectivamente, siendo la felicidad celestial tan superior á los placeres de la tierra, como lo infinito es superior á todo lo finito, no hay hombre un poco sensible á los placeres del espíritu y del corazón, que no haya tenido en su vida algunos momentos deliciosos, que no haya experimentado el dulce efecto de un sentimiento vivo, de un trasporte encendido que le hacia salir de sí mismo, que le embriagaba de contento y de alegría; y si esta ha sido un arrebato de amor divino, sabe cual sea su dulzura inefable. Que este hombre se considere como fijado por el poder del mismo Dios, en aquel trasporte tan arrebataador y tan dulce, en la contemplacion de esta verdad tan amable á sus ojos, en aquel sentimiento tan agradable y tan vivo, que no ha durado para él mas que un instante; que mire como un estalo permanente esta situacion, mui corta, rápida y facilmente y á su pesar pasada, y tendrá una idea del cielo tal como se puede tener en la tierra.

PÁG. 162.

[8] *Y que nos ofrece tambien algunas veces prodigios de misericordia.* Hay uno que citaré, como referido por la persona mas fidedigna, y que se puede contar sin faltar al secreto mas inviolable y mas sagrado, porque es imposible que sepan á quien aconteció, principalmente despues de mucho tiempo que ha pasado.

En un canton mui distante, una jóven nacida de padres virtuosos, pero que habia correspondido mui mal á la educacion cristiana que le habian dado, alimentaba en su corazón las mas vivas pasiones y los deseos mas desarreglados. Retenida mal de su grado por la autoridad de quienes dependia, formó el detestable proyecto de deshacerse de ella, y lo ejecutó de manera que quedase á cubierto de las mas leves sospechas. Libre de toda sujecion, viuo á fijar su mansion en Paris, y allí se abandonó enteramente al fuego de sus inclinaciones.

Al cabo de cierto tiempo, hallándose cerca de una Iglesia, quiso pasar por ella para llegar por mas corto camino al lugar á que se proponia ir. Celebrábase con mucha solemnidad en aquella Iglesia una fiesta particular. Apenas hubo entrado en ella, cuando se encontró rodeada de mucha gente, y detenida por la multitud de los que venian tras de ella. El predicador acababa de subir al púlpito, y predicaba sobre la misericordia de Dios. La atencion que le prestaban, la naturaleza del asunto, la dificultad de retirarse, todo contribuyó á fijarla. Escuchó, y se sintió tan conmovida, tan penetrada de las verdades que le anunciaron, que al fin del sermón, léjos de estar tentada de salir, se aprovechó del momento en que se dispersan por todas partes, para ganar el pie del púlpito. Bajó el predicador despues de una corta oracion, y ella le dijo: „Padre mio, ¿podriais hacerme la gracia de escucharme?—Id, hija mia, le respondió, á tal capilla que le designó, allí hallaréis un confesonario, y no dilataré en estar allá.” Vino á sentarse allí luego que cambió de ropa, y escuchó atentamente á esta persona.

„Padre mio, dijo ella ante todo, ¿no habeis exagerado, al hablar como lo habeis hecho, las misericordias del Señor? ¿Hay crímenes tan horrosos! el parricidio, por ejemplo? No, hija mia, no; no hay uno que Dios no perdone al verdaderamente arrepentido. Bajo esta condicion, su misericordia no tiene límites, y los méritos de Jesucristo son infinitos.—Pues bien, recibid la confesion de todos mis crímenes.

Hizo desde los primeros extravios de su juventud, una confesion tan extensa como pudo hacerla, en medio de los sollozos que cortaban su voz, y con el socorro de aquel digno ministro. Cuando acabó su confesion, le dijo: „Amada hija mia, nada podia yo añadir á lo que os dicen en este momento la gracia y vuestro propio corazón. Haréis por penitencia un acto de amor de Dios, y voy á daros la absolucion.—A mí, padre mio, á una culpable como yo! ¿y qué penitencia!—Nada hay, hija mia, que no borre una contricion como la vuestra.”

Mientras que la absolvió, exclamó ella: „¡mi Dios! ¡misericordia de mi Dios! ¡Amor de mi Dios...!” y espiró.

PÁG. 164.

[9] *Mas feliz que los mundanos... con sus gozes y placeres.* Muchos rasgos de madama de la Vallière prueban bien estas grandes verdades. Un día comunicó á madama de Scarron el designio que tenia de entrar de Carmelita. „Este es un designio, dijo, que medito hace mucho tiempo, y para prepararme á las austeridades del estado que trato de abrazar, llevo un silicio: no se puede expiar demasiado el crimen de haber amado mucho.—Y como sostendréis, le dijo madama Scarron, la vida de una Carmelita, estando,

hecha desde la niñez á la molicie y á los placeres?—
¡Ah, madama, le respondió madama de la Valliere mostrando al rey y á madama de Montespan, si hallare yo penas allí, no haré mas que traer á la memoria las que estas dos personas me han hecho sufrir.”

Algun tiempo despues que cumplió su resolucion, madama de Montespan, yendo á las Carmelitas con la reina y con madama de Maintenon, propuso una lotería é hizo traer todo lo que podia convenir á las religiosas. Estas santas hijas tuvieron escrupulo de ello; les pareció que los agnus, los crucifijos, las tocas, los rosarios tenían algo de la mano impura que se los ofrecia: para asegurarse, suplicaron á madama de Montespan que pagase las suertes; y suplicaron á madama de Maintenon que las distribuyera. Sor. Luisa de la Misericordia, se sacó una Magdalena. Madama de Montespan fijó los ojos en la imagen, y quedó conmovida. Aquellos cabellos esparcidos, aquellas manos juntas, aquellos ojos mojados en lágrimas, aquella frente llena de confusión, de amor, de temor, de esperanza; la presencia de madama de la Valliere, que tenia todo esto, la vergüenza de ser lo que la Valliere habia sido, un primer desco de imitarla en su penitencia como la habia imitado en sus extravios, echaron á madama de Montespan en una turbacion mal disimulada con una jocosidad forzada, y aumentada por las preguntas que hizo á madama de la Valliere. „Deveras, le dijo, ¿estais tan satisfecha como se dice?—No, respondió la Carmelita, no estoy satisfecha, pero estoy contenta. ¿Y vos madama?—En quanto á mi, no estoy ni lo uno ni lo otro.”

Esta es aquella misma madama de la Valliere, que cuando le avisaron la muerte del duque de Vermandois que habia tenido de Luis XIV, respondió: „debo llorar su nacimiento mas todavía que su muerte.”

Se teme llevar sobre sí el yugo del Señor, aquel yugo que nos hace dulce con su gracia; y no se piensa en lo que cuesta llevar el del mundo y de las pasiones. Aun en los puestos mas eminentes, en las mas envidiadas posiciones, ¡qué sujecion, que disgustos y que violencia que quizás no se sospecharía! Se puede juzgar de esto por el modo con que una muger célebre, la princesa de Breiús pintaba á la mariscal de Noailles las penas de su empleo cerca de Felipe V. y de la reina de España, de quien era camarera mayor ó dama de honor: por satírica que sea su carta, todo ministra en ella materia para las mas serias reflexiones.

„En qué empleo, buen Dios, me habeis puesto! No tengo el mas leve reposo, ni tengo tiempo de hablar á mi secretario. Ya no se trata de descansar despues de la comida, ni de comer cuando tengo hambre. Soy muy dichosa cuando puedo mal comer de prisa, y aun es muy raro que no me llamen al momento de ponerme á la mesa. En verdad, madama de Maintenon se reiria, si supiese todos los pormeno-

res de mi empleo. Decidle, os ruego, que á mi me toca el honor de llevar la ropa de la cámara del rey de España cuando se mete á la cama, y de dársela con sus chinelas cuando se levanta. Hasta aquí yo tuviera paciencia; pero que todas las tardes, cuando el rey entra á casa de la reina para acostarse, el conde de Benavente me encarga de la espada de S. M. de un vacín y de una lámpara que ordinariamente derrama sobre mis vestidos; esto es muy grotesco. El rey nunca se levantaría si yo no fuese á recorrer la cortina; y sería un sacrilegio, si otra que yo entrara en la recámara de la reina cuando ellos están en la cama. Ultimamente la lámpara se habia apagado, porque derramé la mitad. No sabia donde estaban las ventanas, porque habia llegado la noche á este lugar; pensé aplastarme la nariz contra la pared; el rey de España y yo, al cabo de un cuarto de hora nos testereamos buscándolas. S. M. se acomoda tan bien conmigo, que á veces tiene la bondad de llamarme dos horas antes que yo quiera levantarme. La reina tiene sus chanzas; pero sin embargo, no he ganado todavía la confianza que hacia de las camareras piemontesas. Estoy admirada de esto: porque la sirvo mejor que ellas, y estoy segura de que no le lavarán los pies ni la descalzarán tan pronto como yo.”

„Esta es una muger muy alta, añade Millot trascribiendo esta carta, que se sujetó hasta este punto, que se complace en un servicio tan propio para disgustarla: ella tiene su fin, lo conseguirá. Desea verdaderamente alivio; pero aguar dándolo, hace todos sus esfuerzos para sacar ventaja de sus fatigas.” ¡qué ventaja! y en el fondo ¡qué proporcion entre la pena y la recompensa!

Esta princesa, en la pobreza de que se quejaba tan á menudo, mantenía ordinariamente en Roma cuatro gentilhombres, muchos pages, doce lacayos, &c.; y se habia propuesto aumentar mucho su número en España. „Soy pobretona, es verdad, escribia á la mariscal, pero soy todavía mas soberbia, y nada lo prueba tanto como la opinion que se tiene de mis grandes riquezas. En esta ocasion haré punto de honor no pedir nada, y sin embargo haré un gasto proporcionado al decoro del empleo con que el rey me honra.” (*Memorias políticas y militares, &c., por el Abate Millot.*)

CARTA QUINCAGESIMA SETIMA.

EMILIA AL MARQUEZ.

Un dia nuevo luce al fin para mí: el cielo no

hecha desde la niñez á la molicie y á los placeres?—
¡Ah, madama, le respondió madama de la Valliere mostrando al rey y á madama de Montespan, si hallare yo penas allí, no haré mas que traer á la memoria las que estas dos personas me han hecho sufrir.”

Algun tiempo despues que cumplió su resolucion, madama de Montespan, yendo á las Carmelitas con la reina y con madama de Maintenon, propuso una lotería é hizo traer todo lo que podia convenir á las religiosas. Estas santas hijas tuvieron escrupulo de ello; les pareció que los agnus, los crucifijos, las tocas, los rosarios tenían algo de la mano impura que se los ofrecia: para asegurarse, suplicaron á madama de Montespan que pagase las suertes; y suplicaron á madama de Maintenon que las distribuyera. Sor. Luisa de la Misericordia, se sacó una Magdalena. Madama de Montespan fijó los ojos en la imagen, y quedó conmovida. Aquellos cabellos esparcidos, aquellas manos juntas, aquellos ojos mojados en lágrimas, aquella frente llena de confusión, de amor, de temor, de esperanza; la presencia de madama de la Valliere, que tenia todo esto, la vergüenza de ser lo que la Valliere habia sido, un primer desco de imitarla en su penitencia como la habia imitado en sus extravios, echaron á madama de Montespan en una turbacion mal disimulada con una jocosidad forzada, y aumentada por las preguntas que hizo á madama de la Valliere. „Deveras, le dijo, ¿estais tan satisfecha como se dice?—No, respondió la Carmelita, no estoy satisfecha, pero estoy contenta. ¿Y vos madama?—En quanto á mi, no estoy ni lo uno ni lo otro.”

Esta es aquella misma madama de la Valliere, que cuando le avisaron la muerte del duque de Vermandois que habia tenido de Luis XIV, respondió: „debo llorar su nacimiento mas todavía que su muerte.”

Se teme llevar sobre sí el yugo del Señor, aquel yugo que nos hace dulce con su gracia; y no se piensa en lo que cuesta llevar el del mundo y de las pasiones. Aun en los puestos mas eminentes, en las mas envidiadas posiciones, ¡qué sujecion, que disgustos y que violencia que quizás no se sospecharía! Se puede juzgar de esto por el modo con que una muger célebre, la princesa de Breiús pintaba á la mariscal de Noailles las penas de su empleo cerca de Felipe V. y de la reina de España, de quien era camarera mayor ó dama de honor: por satírica que sea su carta, todo ministra en ella materia para las mas serias reflexiones.

„En qué empleo, buen Dios, me habeis puesto! No tengo el mas leve reposo, ni tengo tiempo de hablar á mi secretario. Ya no se trata de descansar despues de la comida, ni de comer cuando tengo hambre. Soy muy dichosa cuando puedo mal comer de prisa, y aun es muy raro que no me llamen al momento de ponerme á la mesa. En verdad, madama de Maintenon se reiria, si supiese todos los pormeno-

res de mi empleo. Decidle, os ruego, que á mi me toca el honor de llevar la ropa de la cámara del rey de España cuando se mete á la cama, y de dársela con sus chinelas cuando se levanta. Hasta aquí yo tuviera paciencia; pero que todas las tardes, cuando el rey entra á casa de la reina para acostarse, el conde de Benavente me encarga de la espada de S. M. de un vacín y de una lámpara que ordinariamente derrama sobre mis vestidos; esto es muy grotesco. El rey nunca se levantaría si yo no fuese á recorrer la cortina; y sería un sacrilegio, si otra que yo entrara en la recámara de la reina cuando ellos están en la cama. Ultimamente la lámpara se habia apagado, porque derramé la mitad. No sabia donde estaban las ventanas, porque habia llegado la noche á este lugar; pensé aplastarme la nariz contra la pared; el rey de España y yo, al cabo de un cuarto de hora nos testereamos buscándolas. S. M. se acomoda tan bien conmigo, que á veces tiene la bondad de llamarme dos horas antes que yo quiera levantarme. La reina tiene sus chanzas; pero sin embargo, no he ganado todavía la confianza que hacia de las camareras piemontesas. Estoy admirada de esto: porque la sirvo mejor que ellas, y estoy segura de que no le lavarán los pies ni la descalzarán tan pronto como yo.”

„Esta es una muger muy alta, añade Millot trascribiendo esta carta, que se sujetó hasta este punto, que se complace en un servicio tan propio para disgustarla: ella tiene su fin, lo conseguirá. Desea verdaderamente alivio; pero aguar dándolo, hace todos sus esfuerzos para sacar ventaja de sus fatigas.” ¡qué ventaja! y en el fondo ¡qué proporcion entre la pena y la recompensa!

Esta princesa, en la pobreza de que se quejaba tan á menudo, mantenía ordinariamente en Roma cuatro gentilhombres, muchos pages, doce lacayos, &c.; y se habia propuesto aumentar mucho su número en España. „Soy pobretona, es verdad, escribia á la mariscal, pero soy todavía mas soberbia, y nada lo prueba tanto como la opinion que se tiene de mis grandes riquezas. En esta ocasion haré punto de honor no pedir nada, y sin embargo haré un gasto proporcionado al decoro del empleo con que el rey me honra.” (*Memorias políticas y militares, &c., por el Abate Millot.*)

CARTA QUINCUAGESIMA SETIMA.

EMILIA AL MARQUEZ.

Un dia nuevo luce al fin para mí: el cielo no

solo me saca de las sombras de la muerte, de los umbrales del sepulcro; no solamente, padre mio, puedo escribiros aún, expresaros mis tiernos afectos, aprender de vos á emplear santamente la vida, la salud que Dios se ha dignado volverme, y que yo creo deber á vuestros votos y á vuestros ruegos; sino que vuestro hijo, vuestro querido hijo, es todo entero de la religion, de la verdad, de la virtud. Vuestra última carta vino á poner fin, para su conversion y su felicidad, á lo que vuestras anteriores no habian hecho mas que bosquejar. ¡Qué port menores tengo que daros, y cuan vivamente vais á participar de la alegría que experimento!

Apenas salia yo del estado de debilidad que sigue á los bellos dias de la convalescencia, cuando circunstancias imprevistas me hicieron saber todas las pérdidas que mi marido tenia, y el puesto con que la reina queria honrarme. Valmont, siempre á riesgo de ser aprehendido, no podia verme sino dificilmente; yo me sentí con bastantes fuerzas para hacer que me llevasen luego á casa de Mr. de Veymur, donde tuve con él la mas interesante conversacion. Luego que me vió se echó á mis plantas, y no conseguí levantarlo, sino amenazándole con tomar la misma postura. Me dió muestras, como lo habia hecho muchas veces, de los mas tiernos pesares por los males que me habia causado, mas al mismo tiempo de las mas grandes inquietudes por su suerte y por lo que sucedería conmigo. Sus temores celozos penetraban de nuevo al través de la viva expresion de sus afectos y de sus lágrimas. „Vamos á ser separados, me decía: el favor te detiene en la corte, y á mí me abandona. En el momento en que mi corazon te hace la justicia que te es debida, en que trataba de reparar todas mis faltas con la mas constante fidelidad, te me arrebatan, y una vez que se halla decretado mi destierro, acaso, ¡ah! me olvidarás para siempre.” Querido esposo, respondí á Valmont, ¿así es como me haces justicia? ¿Ultrajando mi ternura pretendes acreditarme la tuya? ¿Ignoras que tu for-

mas el hechizo de mi vida, y que ella no puede agradarme sin ti? „¿Y que puedo yo, exclamó con el acento del dolor mas amargo, que puedo ahora para tu felicidad, yo que no conocia otra ninguna, sino la de hacerte feliz? ¿Que me queda que ofrecerte? ¿Que bien hay todavía en mi poder?” —Tu corazon, querido Valmont. De todos los bienes este es el único que deseo me conserves; y si he de creer al mio, no, no serémos separados. — ¡Ah! es menester, madama, replicó vivamente: es menester, y te obligarán á ello. Lo debes además por tu hijo, lo debes por ti misma; ¿y por que te has de asociar á mis desgracias? ¿Tu no las has merecido! — ¡O amigo mio! ¿Que llamas desgracias? Siempre me has de conocer tan poco! ¿Qué! ¿el no verte ya decorado con títulos fastuosos, no arrastrarte entre la multitud de los cortesanos, no incensar á la fortuna y sus caprichos, no correr en pos de sombras, no idolatrar un mundo que te ha perdido; que! ser dueño de ti mismo con seguridad, en el seno de la calma y de la sabiduría, es lo que llamas desgracias? Valmont! ¿No siempre te he amado por tí mismo? ¿Alguna vez te he parecido muy ofuscada con la brillante quimera de las riquezas y de los honores? Ahora que en la primavera de mis años he visto tan de cerca la muerte, he recibido en su escuela nuevas luces; cuando sus amenazas y todo su aparato me han instruido tan bien sobre la nada y la inestabilidad de las cosas humanas; cuando mi alma ha tomado nuevas fuerzas para resistir á sus peligrosos atractivos, ¿he de llegar á tener mucho pesar por ellas? Vaya, amigo mio, lo que pido al cielo para contento de ambos, es que tu no las eches ménos, mas que yo. — Querida Emilia, me respondió Valmont con trasporte, ¿no dejarás de hacerme sonrojar de mi mismo? . . . Pero al cabo la autoridad! — La autoridad, amigo mio, será en mi juicio mui equitativa para que me violentara; fia en mi ternura, por cuanto á los medios que emplearé para rendirla. — Has pues lo que gustes, me dijo mi marido. Tierna Emilia, dis-

pon de tí, de mí, de todo mi ser; por que solo quiero vivir para tí.—Para Dios, sobre todo querido Valmont; para Dios que te ha formado, y el único que puede hacerte feliz.—Pues bien, mi buena amiga, tu me enseñarás á vivir para él. ¿Y podría yo no amarlo, cuando tu me lo haces tan amable?

Dejé á mi marido preparado así para el paso que yo trataba de dar, sin decirle nada mas de lo muy preciso, y al dia siguiente corrí á ponerme á los pies de la reina; le manifesté las mas vivas acciones de gracias por el interés que se habia dignado tomar en mi situacion, y por el alto favor que queria hacerme; pero le conjuré que no me obligase á recibir sus dones, por mas preciosos que fuesen á mis ojos en virtud de mi respeto y de mi adhesion á ella. „¿Qué, desairais al rey! me dijo; y cuando á instancia mia os deja en la corte y cerca de mí, ¿me desairais tambien á mí?” O madama, le respondí penetrada de sus bondades, os lo confesaré con la sinceridad de mi corazon; de todos los favores de la corte, y de todo cuanto esta tiene de mas atractivo, solo siento la dulzura que gustaria viviendo cerca de vos, formándome á vuestra vista y por vuestros ejemplos, y mostrándoos con mis cuidados todo mi celo y todo mi reconocimiento. Pero Mr. de Valmont.... Y bien, replicó la reina, Mr. de Valmont.... es culpable hasta no mas; es quien ha causado todos vuestros males; no podria sino haceros aún mas desgraciada; y cabalmente para escusaros nuevos pesares os detengo cerca de mí—¡Ah! madama, yo lo quiero; siempre es mi marido, y su suerte debe ser la mia. Os lo han pintado ademas con muy negros colores: su espíritu es naturalmente recto, su corazon es bueno; me ama, y lo habian extraviado—Lo habian extraviado.... ¿y quien? ¡el mejor de sus amigos, Lausane, que os hacia tanta justicia, que pensaba tan bien de vos, y á quien el indigno celo del Conde nos ha tan desgraciadamente arrebatado? Ah! cualquiera que sea el

funesto lance que le ha hecho tan criminal, el rey no le perdonará jamas.—Sin embargo, repliqué derramando algunas lágrimas, es muy digno de perdon.—¿Pretenderéis justificarlo?—No, madama; entregándose totalmente á un arrebató que debia reprimir, tomando venganza por sí mismo, ha faltado á las leyes, al príncipe, á la religion; ¿y puede uno con esto no ser culpable? Pero es jóven, vivo y sensible; y su sensibilidad se puso á muy duras pruebas.... Tal vez he dicho demasiado; y me expondré á volverme culpable como él.—Hablád, me dijo la reina, lo exijo y os lo mando.

Después de toda la resistencia que pude hacer, me ví precisada á obedecer y á entrar en todos los pormenores de la conducta del Barón para conmigo, para con mi marido. Comencé desde nuestro destierro, y acabé con los votos que Lausane habia hecho al Conde ántes de morir, y que la jóven madama de Veymur, instruida por Valmont, me habia referido. La reina quedó sobrecogida de la mayor admiracion con el relato de tantas perfidias, y no pudo resistir á las pruebas que le daba de ellas. ¿Que he oido? me dijo, ¿y quien no habria sido el juguete de tantas intrigas y dobleces? Mi mayor pena, continuó en el tono mas afectuoso y tierno, es que participando ahora de vuestras desgracias, no puedo ponerles fin. En este momento, sobre todo el rey nada querria escuchar; no cesa de sentir al Barón á quien amaba, y que tan artificioosamente habia sorprendido su confianza y su religion. Está furioso contra vuestro marido, por que le han asegurado que no se sabe de su paradero, y que se creia que habia pasado á países extrangeros; por lo que se contentó con despojarle de cuanto poseia en la corte. Hoy, contando con que os ha de tener aquí, y por una consecuencia de aquella bondad que le conoceis, está determinado, ya no como ántes á poner preso al Conde si comparecia, sino á tenerlo desterrado lejos y para siempre. Todo lo que puedo pues prometeros, es conseguir para vos el permiso de ir á juntaros con

él, y de reuniros ambos al Marquez de Valmont, á quien he sentido siempre como mi mejor amigo. Vendrán dias mas favorables, en que podré abogar ventajosamente por vuestra causa, y si el rey os llama á la corte, segun el modo de pensar que os conozco, creeré que yo gáno en ello mas que vos. Me dijo adios, abrazándome y con los ojos mojados de lágrimas. Su bondad hizo correr las mias apesar del júbilo que sentia por todas las buenas noticias que iba á dar á mi marido.

Lo hallé meditando en vuestra última carta que acababa de recibir. Esto es hecho, me dijo, luego que me vió á lo mas lejos; tu marido ya no vive para el mundo; el mundo ya nada es para él. Sus falsos bienes no merecian cautivar mi corazon: de hoy mas ya no serán objeto de mis pesares. Dios es todo, mi querida Emilia, y mi único dolor es haber podido ofenderle. ¡Ojalá que al ménos le agraden mi arrepentimiento y el resto de mis dias! Emilia, ¡que bueno es Dios! ¡y que culpable soy yo! Pues bien, amigo mio, le respondí estrechándolo entre mis brazos, mi querido amigo, si tu lo reconoces, Dios te perdona; él no desecha un corazon contrito y humillado. ¡Ah! que acabe, exclamó, de ablandar el mio! ¡podré yo nunca expiar con muchos gemidos y lágrimas los ultrajes que le he hecho? ¡podré yo expiar...? ¡O Dios! ¡Que triste recuerdo viene á aumentar mi pena! ¡que horrorosa imágen me sigue por todas partes! ¡Cruel homicidio! ¡A qué exceso me dejé llevar! ¡Lausane, querido Lausane! ¡que no pueda yo volverte la vida á costa de mis dias!... Aparté de Valmont, en cuanto pude, aquel doloroso recuerdo que le abrumba, que me abrumba tambien á mi; y para calmarlo mas llevándolo á ideas menos tristes, que insensiblemente le preparasen para todo lo favorable que iba yo á comunicarle, le hablé en el idioma de la ternura. Emilia, me dijo interrumpiéndome, ¿como puedes amarme todavía, cuando soy tan indigno de ello? ¿mereceré alguna vez el perdón que me concedes? Y sean cuales fueren para

en adelante mis afectos y mis costumbres, ¡me quitarán la obligacion que tengo hácia mi padre, hácia el mas tierno, el mejor de todos los padres, por lo que ha hecho en mi favor? ¡O quanto me arrepiento de no haber creído siempre sus sabios consejos, de no haber pensado siempre como él! Mi buen amigo, prométenos olvidar tus extravios, para no ver mas que tu arrepentimiento. Ven á recoger los frutos de él en los brazos de tu padre y en los míos: vamos á estar todos reunidos. Y al instante le participé la conversacion que acababa de tener con la reina, la libertad en que me dejaba, sus bondades hácia nosotros. ¡Oh Dios! exclamó al fin de mi relacion, levantando los ojos y las manos hácia el cielo, ¡Dios bueno! ¡Dios infinitamente bueno! ¡así es como me castigais! ¡Ah! Emilia, ¡mi corazon no puede bastar á mi gratitud al Señor, y á lo que debo á tu amor! Qué! Valmont te suplirá por todo, mi tierna amiga! ¡Ah! ¡Soy muy feliz! vamos, me dijo, levantándose con trasporte, vamos á participarle á la joven Veymur, á su cuñada, á su marido, la suerte que nos espera; vamos á participarles que formaremos con ellos una sola casa, una sola familia; vamos á comunicar nuestros afectos, nuestros regocijos y nuestra felicidad, á tan queridos y leales amigos.

Imaginad, padre mio, la impresion que en ellos hizo noticia tan feliz. Mi amada Veymur, mi querida Senneville, porque tal es el nombre que me agrada todavía darle, cayó casi desfallecida en mis brazos; nuestras lágrimas se confundieron, y este momento fué para nosotros el preludio de dias mas deliciosos todavía que nos prometemos á vuestro lado. ¡Ah! padre mio, ¡hay por ventura en la tierra placeres mas verdaderos que los que nacen de la religion y del sentimiento?

Aguardamos impacientes el resultado de las promesas de la reina, y el momento de nuestra partida; pero hasta entónces podemos todavía recibir una de vuestras cartas. Aprovechamos el tiempo que nos queda para ordenar nuestros negocios; Val-

mont, muy ocupado en el de su salvacion, abandona los otros á Peycourt, de quien está seguro como de sí mismo, y se ha puesto con la mas justa confianza en manos de su cura, quien le hace hacer una confesion general, llorando de júbilo por su conversion. Os escribo por los dos, puesto que él ha querido confiar á mi estos pormenores, y os ruego en su nombre y de mi parte, que pongais el colmo á vuestros cuidados, trazándonos por escrito los caractéres de una piedad sólida, y lo que es menester hacer para conseguirla y para perseverar en ella. Juntarémos esta carta con todas las otras; serán nuestro código de religion y de moral; las releerémos incesantemente, y siempre tendran para vuestros hijos un mérito, que nadie sino un padre podria darles.

CARTA QUINCUAGESIMA OCTAVA.

EL MARQUEZ Á SUS HIJOS.

¡Hijos míos! ¡mis amados hijos! en quienes vivo, respiro, consuelo, hechizo de mis últimos años; oh! hijos míos, ¡puede uno experimentar los transportes que me causais, y no morir de sorpresa y de placer! ¡digna esposa! ¡hija mía! date prisa para venir á recoger en el seno de tu padre las lágrimas de alegría que le haces derramar. ¡Mi querido hijo! abrevia con ella tu partida para gozar mis abrazos, y para que yo goce de los tuyos. ¡Dulces abrazos! ¡vivas conversaciones! ¡Podréis bastar á mi ternura? Deja, mi buen amigo, deja ese mundo tan poco digno de echarse ménos, y ven á tomar en el retiro todas las fuerzas que necesitarás un día para desafiarte con todos sus usos, con todos sus peligros; digamos mejor... para serle útil. Ven á ensayar aquí la virtud, el contento y la felicidad. Vas á pagarme con usura las inquietudes que me has causado. Eres pues de Dios sin reserva, le ofreces por tus

faltas el sacrificio del arrepentimiento y del amor; ¿podria no agradarle?

¡O hijo mio! me pides por conducto de Emilia consejos propios para arreglar y alimentar en tí la piedad. ¡Y quien soy yo para instruirte en objetos tan elevados! un viejo niño que no puede balbutir contigo los primeros elementos de tal ciencia. No importa, mi propio guia, mi pastor va á ayudarme en obra tan grande; y en adelante la concluirá, conversando contigo, lo que el tuyo habrá tan felizmente comenzado. ¡Que estos ángeles de paz, estos dignos consoladores de los hombres [1], su refugio en sus penas, su sosten en sus debilidades, su recurso despues de sus extravios, sus guias y sus amigos fieles en las situaciones mas críticas de la vida, desempeñen respecto de nosotros un precioso ministerio! y cuando lo desempeñan dignamente, oh! ¡que bien merecen nuestra confianza y nuestros homenajes! Aquel que el cielo clemente nos ha dado, á mi y á todas las buenas gentes de nuestras cabañas, es su padre y el mio. Será el tuyo, hijo mio; y veré sin pena partir contigo este título tan lisonjero y tan dulce. Su alma tierna y sensible se abre á todas las especies de miseria; su caridad ingeniosa halla para todos los remedios necesarios. El mejor de los príncipes se quejaba de haber perdido un día; mi pastor me reprocharía haber pasado una hora, sin haber hecho bien. Si supieras, querido Valmont, cuanta parte ha tomado en mi pena, cuanto se ha interesado en tu conversion á Dios, cuantas luces me ha dado para atraerte é ilustrarte, no, no crearías nunca poder manifestarle demasiada ternura y gratitud. ¡Cuanto he bendecido al Señor por la eleccion que me ha hecho hacer cuando le nombré para mi cura! ¡Y que mal se conocen las ventajas de que uno se priva, y las cuentas de que se hace responsable, cuando se deja tal eleccion al favor ó á la casualidad!

Sostenido, guiado por sus lecciones, voy pues, hijo mio, á corresponder á tus deseos. Voy á ocu-

mont, muy ocupado en el de su salvacion, abandona los otros á Peycourt, de quien está seguro como de sí mismo, y se ha puesto con la mas justa confianza en manos de su cura, quien le hace hacer una confesion general, llorando de júbilo por su conversion. Os escribo por los dos, puesto que él ha querido confiar á mi estos pormenores, y os ruego en su nombre y de mi parte, que pongais el colmo á vuestros cuidados, trazándonos por escrito los caractéres de una piedad sólida, y lo que es menester hacer para conseguirla y para perseverar en ella. Juntarémos esta carta con todas las otras; serán nuestro código de religion y de moral; las releerémos incesantemente, y siempre tendran para vuestros hijos un mérito, que nadie sino un padre podria darles.

CARTA QUINCUAGESIMA OCTAVA.

EL MARQUEZ Á SUS HIJOS.

¡Hijos míos! ¡mis amados hijos! en quienes vivo, respiro, consuelo, hechizo de mis últimos años; oh! hijos míos, ¡puede uno experimentar los transportes que me causais, y no morir de sorpresa y de placer! ¡digna esposa! ¡hija mía! date prisa para venir á recoger en el seno de tu padre las lágrimas de alegría que le haces derramar. ¡Mi querido hijo! abrevia con ella tu partida para gozar mis abrazos, y para que yo goce de los tuyos. ¡Dulces abrazos! ¡vivas conversaciones! ¡Podréis bastar á mi ternura? Deja, mi buen amigo, deja ese mundo tan poco digno de echarse ménos, y ven á tomar en el retiro todas las fuerzas que necesitarás un día para desafiarte con todos sus usos, con todos sus peligros; digamos mejor... para serle útil. Ven á ensayar aquí la virtud, el contento y la felicidad. Vas á pagarme con usura las inquietudes que me has causado. Eres pues de Dios sin reserva, le ofreces por tus

faltas el sacrificio del arrepentimiento y del amor; ¿podria no agradarle?

¡O hijo mio! me pides por conducto de Emilia consejos propios para arreglar y alimentar en tí la piedad. ¡Y quien soy yo para instruirte en objetos tan elevados! un viejo niño que no puede balbutir contigo los primeros elementos de tal ciencia. No importa, mi propio guia, mi pastor va á ayudarme en obra tan grande; y en adelante la concluirá, conversando contigo, lo que el tuyo habrá tan felizmente comenzado. ¡Que estos ángeles de paz, estos dignos consoladores de los hombres [1], su refugio en sus penas, su sosten en sus debilidades, su recurso despues de sus extravios, sus guias y sus amigos fieles en las situaciones mas críticas de la vida, desempeñen respecto de nosotros un precioso ministerio! y cuando lo desempeñan dignamente, oh! ¡que bien merecen nuestra confianza y nuestros homenajes! Aquel que el cielo clemente nos ha dado, á mi y á todas las buenas gentes de nuestras cabañas, es su padre y el mio. Será el tuyo, hijo mio; y veré sin pena partir contigo este título tan lisonjero y tan dulce. Su alma tierna y sensible se abre á todas las especies de miseria; su caridad ingeniosa halla para todos los remedios necesarios. El mejor de los príncipes se quejaba de haber perdido un día; mi pastor me reprocharía haber pasado una hora, sin haber hecho bien. Si supieras, querido Valmont, cuanta parte ha tomado en mi pena, cuanto se ha interesado en tu conversion á Dios, cuantas luces me ha dado para atraerte é ilustrarte, no, no crearías nunca poder manifestarle demasiada ternura y gratitud. ¡Cuanto he bendecido al Señor por la eleccion que me ha hecho hacer cuando le nombré para mi cura! ¡Y que mal se conocen las ventajas de que uno se priva, y las cuentas de que se hace responsable, cuando se deja tal eleccion al favor ó á la casualidad!

Sostenido, guiado por sus lecciones, voy pues, hijo mio, á corresponder á tus deseos. Voy á ocu-

parme contigo en el objeto mas interesante de que el hombre puede ocuparse, del único objeto que ofrece al alma un alimento digno de ella:

Si, hijo mio, el hombre ha sido hecho para la piedad, para la sólida piedad; y solo por que no se analizan los sentimientos de ella ni se conoce su excelencia, se atreve cierta especie de gentes á ridiculizar hasta su mismo nombre [2]. ¿Y qué cosa es la piedad, sino el culto del reconocimiento, del amor para con el mas amable y mas bienhechor de todos los seres? ¿para que mas noble fin ha sido puesto el hombre en la tierra, sino para servir de ministro y de intérprete á toda la naturaleza y celebrar al criador de ella? ¿quien goza mas que él todos los tesoros que ella contiene? ¿quien siente mejor todos sus trasportes, quien gusta mejor todos sus encantos? ¿y que ser en la tierra pagará este tributo de gloria al Ser supremo, si, á nombre de todas las criaturas, el hombre no lo glorifica? ¿Qué! ¿Nuestro corazon es capaz de amar, y le será permitido ser indiferente para con el autor de su existencia, para con quien nos ha hecho todo lo que somos, y que nos ha dado todo! ¿Qué! ¿la gratitud ha de ser la primera virtud de las almas bellas, el vínculo que une mas firmemente al deber por el sentimiento, el carácter esencial de los corazones bien formados, y solo para con Dios, para con el primero y mas grande de todos los bienhechores, nos será permitido ser ingratos! ¿Qué! ¿propendemos á alabar, á bendecir, á honrar la bondad, la equidad, la sabiduría y todo lo que lleva un carácter de orden, de belleza, de perfeccion en nuestros semejantes, y no lo bendeciríamos en él ser soberanamente perfecto que lo es por si mismo! ¡Ah! nuestro corazon nos castigará por ello. ¿Cómo en efecto acontece, que, hablando en general, toda conversion sobre si, toda mira, todo sentimiento de interes, de ambicion, de orgullo, de envidia, de pasion, tienen alguna cosa de turbulento que inquieta y fatiga nuestra alma; y las conversiones hácia Dios, de

confianza, de resignacion, de ofrenda, de alabanza y de amor, tienen algo de tranquilo, de dulce y de consolador, que la pone como en su centro? No, solo amando bien á Dios se puede decir con verdad que el alimento, la vida, la dicha de un ser inteligente, es el amor [3].

¿Mas por que medida debe amarse? ¡Ah! No hay otra, decia una alma piadosa y tierna, que el amar sin medida. ¿No es así como el mismo nos ha amado? Y el cristiano que ya no mira en su Dios tan solo al dios de la naturaleza, sino al autor de la gracia, á un Dios que se ha manifestado bastantemente grande, bastantemente lleno de amor, bastantemente bueno para consentir que su Verbo se uniese á la naturaleza humana, para inmolarse en la persona de su Hijo por la salvacion de los hombres; para escogerse en él una víctima digna de su justicia, propia para servir de instrumento á su misericordia; el cristiano que no amase á un Dios como este de todo su corazon, con toda su alma, con todas sus fuerzas, ¿no sería el mas desnaturalizado de todos los seres? ¿no sería un monstruo? Mas si uno lo ama de este modo, es piadoso, es devoto, está uno consagrado á él, dedicado todo entero [4] [a]. Es decir, que sus intereses vienen á ser los nuestros; que su gloria sola nos toca y nos conmueve; que se le halla en todas partes y en todas sus obras, que se goza uno con enagenamiento en sus dones, por lo mismo que nos vienen de él; que está uno sumiso á las pruebas á que nos pone; que observa con cui-

[a] *Amar á Dios de todo su corazon, con toda su espíritu, con toda su alma, con todas sus fuerzas, y al prójimo como á si mismo por amor de Dios (Marc, XII 31) no es un consejo, es un precepto; es el primer mandamiento de la ley; es el compendio de toda la moral evangélica; de todas las lecciones de nuestro Divino Maestro. ¡O vosotros que creéis en Jesucristo, y que sabéis que exige de vosotros tal amor, atreveos á decir que la devocion, que la piedad no es un deber!*

dado sus preceptos; que tiene celo por su culto; que procura extender su nombre; que se anticipa en lo que puede agradarle; que escucha y sigue con alegría sus inspiraciones y sus consejos; que en todas las cosas no tienen mas voluntad que la suya.

¿Y qué sentimientos son mas propios para honrar á Dios, y mas dignos del hombre? ¿qué hay que pueda elevar mejor el alma y hacerla verdaderamente sublime? ¡Ah! hijo mio, si Dios existe, si con todas nuestras facultades somos obra suya, la piedad recta y sincera, mui léjos de ser una supersticion, una ridiculez ó una debilidad, es el primero de todos los deberes, y su divina llama es, despues de Dios, lo que hay mas grande en el cielo y en la tierra.

¡Desgraciadas, hijo mio, desgraciadas aquellas almas flacas y pusilánimes á quienes espanta solo el nombre de la devocion, á quienes el menor obstáculo detiene, á quienes el mas leve sacrificio asusta! ¡Desgraciados aquellos medio cristianos, cuya religion es una rutina, cuyo culto es una ceremonia, que honran con los lábios al que solo se honra dignamente con el corazon! ¡Desgraciados aquellos hombres que creen de un modo y obran de otro [5]; que desmienten su creencia con su conducta; que con sus obras hacen blasfemar de su fe; que están apegados al mundo, al tiempo, á la tierra, á la vez que hacen profesion de tener á Jesucristo por jefe y por modelo, la eternidad por fin, el cielo por patria; y que hacen así del Evangelio de salvacion, el objeto de su juicio y de su reprobacion! ¡Desgraciados, desgraciados en fin aquellos cristianos de nombre, contenidos ó exitados tan solo por el temor; casi siempre mas acá de la ley, para no estar á riesgo de hacer mas de lo que manda; que racionan, andan con ambigüedades acerca del precepto, para dispensarse de cumplirlo; que miden, comparan su mas ó ménos fidelidad por solo el peligro de perderse; esclavos bajo el imperio de un

señor, y nunca hijos bien inclinados bajo la dulce ley de un padre! ¡Oh! arrastran el yugo del señor, que no tienen fuerza para llevar; sus prácticas muertas y estériles, porque no son vivificadas por el amor, forman en torno de ellos un círculo trabajoso y penoso que vanamente se fatigan en recorrer. Sin pertenecer, hablando propiamente, ni á Dios, ni al mundo, son un objeto de horror para el uno y de burla para el otro; ni gustan las delicias de la religion, ni los deleites de la vida, y son á la par desgraciados por lo que se permiten y por lo que se niegan.

¡O cuanto es mas sabia el alma piadosa y fiel! Su fervor la sostiene y la anima; nada la molesta, nada la esclaviza, nada le parece difícil; hace las mayores cosas, y aún las halla pequeñas; adelanta siempre, y nunca se cansa, corre de virtud en virtud, y las prácticas de piedad, abrazadas con júbilo, mui léjos de parecerle una carga pesada, tienen para ella toda la dulzura del yugo amable de Jesucristo [a].

¡O hijo mio! sigue pues la noble carrera que se abre á tus deseos; inflámate por el objeto que merece mas inflamarte, y no te asemejes á esos adoradores sacriligos de la Divinidad, que profanan los bellos nombres de amor y de caridad, que osan decir, „amo... amo á Dios de todo mi corazon,” y que á cada momento le olvidan, pues solo se acuerdan de él para buscar pretextos de rebelarsele, para desconocerlo ó para ultrajarlo.

¿Mas que cosa debe inspirarte hácia á él una piedad sincera? Ya te lo he dicho, amado Valmont, debes sobre todo conducirte al cuidado de sus intereses y de su gloria. Es menester que esta gloria de tu Dios sea el móvil y la regla de todas tus acciones, como ha sido respecto de sí mismo el fin de todas sus obras [b]. Glorificar á Dios

[a] Ved mi yugo sobre vosotros... dijo el Salvador á sus discípulos; porque mi yugo es suave y mi carga ligera. (*Math XI*).

[b] Dios todo lo ha hecho para sí mismo (*Prov. 16*).

[a], glorificarle á nombre de Jesucristo [b], es la fuente de los méritos del hombre y del cristiano, el gran secreto de la religion, y lo único que puede hacer á tus menores acciones dignas de una recompensa eterna. ¿Y qué hay mas capaz de santificar y de ennoblecer que un fin semejante? Ella encierra eminentemente la constante pretension del mayor bien que puedes hacer, y el mejor uso de todas tus facultades: ella rectificará por sí misma tus juicios y tu conducta, si te acuerdas que la gloria de tu Dios no puede procurarse dignamente, sino por el cuidado que tengas en perfeccionarte de dia en dia, y por la mayor felicidad posible que te empeñarás á procurar á tus semejantes: ella te hará separar de las miras falsas, estrechas y limitadas que inspiran el orgullo y las pasiones; de las miras serviles y destructoras de la ambicion, de las miras sombrías y obscuras de una política puramente humana; de las miras miserables y sordidas de un interes personal y momentaneo; para hacerte concebir los designios mas vastos y mas generosos; para adherirte á un plan fijo de orden, de equidad y de beneficencia; para levantarte hasta los sacrificios mas magnánimos, cuando el interes de la verdad y el bien comun lo exijan: ella dará á tu alma una fuerza verdaderamente duradera, un valor que no se agote jamás: ella levantará su vuelo sublime hasta la Divinidad, y armará con las fuerzas del Omnipotente á esta alma toda entera; y le asegurará una gloria inmortal y una verdadera grandeza. Si, Valmont, si amas la gloria [6], si este fuego sagrado,

[a] „Sea que comais, sea que bebais, cualquiera cosa que hagais, hacedlo para gloria de Dios.”

[b] „Cualquiera cosa que hagais al hablar, al obrar, hacedlo en nombre de N. Sr. Jesucristo, dando gracias por él á Dios padre.” (Colos 3).

„Dando gracias en todo tiempo y por todas las cosas á Dios Padre, á nombre de N. Sr. Jesucristo.” (Efes. 5. 20).

[c] Dios todo lo ha hecho para si mismo (Prov. 16).

si este deseo inquieto de las almas bellas te devora, procura por lo ménos una que sea verdadera y que no pueda perecer; esta se halla solo en el cielo por la gloria de Dios.

Sostenido por un motivo tan bello, guiado hácia un fin tan puro, juntarás á este primer principio de una verdadera y sólida piedad, la sumision plena de confianza que entraña, la conformidad con la voluntad del Altísimo. ¡Dichosa sumision! ¡Amable conformidad, que forma el carácter esencial del verdadero justo, y su felicidad aún en esta vida! Esta conformidad es la que pone la práctica de los deberes, mucho antes que la de las obras de simple consejo y supererogacion; la que entre las diferentes obligaciones de la vida civil, da el primer lugar á las que nuestro estado nos impone; la que tiene todo en orden, reduce todo á la verdad, guarda en todas la cosas el justo medio, y excluye á la par los abusos de la supersticion y los excesos de la singularidad [7]. Es la que nos pone á cubierto de la turbacion de los acontecimientos adversos, de los temores y de las inquietudes por el porvenir, de las quejas y murmuraciones de lo presente, de esas especies de blasfemia contra la Providencia, de esas desaprobaciones tácitas de la equidad, de la sabiduría y de la bondad del Todopoderoso [a]. Es la que nos hace gustar los frutos de la paciencia [b]; la que, sometiéndonos á las leyes del mas grande de todos los señores, nos hace descansar en paz en el seno del mejor de todos los padres; la que no permite que nuestras esperanzas queden frustradas, (R)

[a] El cristiano verdadero no olvida estas bellas palabras de su divino Maestro. „No os inquieteis como los paganos; porque vuestro padre sabe vuestras necesidades. Buscad ante todas cosas el reino de Dios y su justicia, y todo lo demas se os dará por añadidura. (Math. 6)”

[b] La raíz de la paciencia es amarga, dijo un autor moderno; pero ¡qué dulces son sus frutos!

ni erremos en nuestros deseos; y la que siempre nos deja igualmente satisfechos, en cualquiera circunstancia.

Esta santa conformidad, vuelvo á decir, es la que no limitándose á prescribirnos el cumplimiento de los deberes mas esenciales, nos hace fieles aún en las cosas mas ligeras. ¿Qué digo? No nos permite distinguir, para la direccion de nuestra propia conducta, entre las faltas pequeñas y las grandes. Nada es leve para una alma cristiana, nada es ligero de cuanto puede ofender á su padre, á su amigo, á su Dios. La primera ley de un amor delicado y tierno, es no dejarse llevar jamas con reflexion á la mas pequeña falta: ¿y para quién, ó Dios mio, sería toda la delicadeza del sentimiento, si no fuera para vos? Por otra parte, amado Valmont, esta escrupulosa solícitud por no permitirse nada de lo que el amor nos veda, es lo que nos pone mas seguramente á cubierto de las recaídas, y la que nos conduce gradualmente á las mas elevadas virtudes. Porque es un oráculo del Salvador, „que quien es fiel en las cosas pequeñas lo será tambien en las grandes; y que quien al contrario, es infiel en las unas, lo será tambien en las otras [a].” *El que teme á Dios, dice la Escritura, nada desprecia:* con mayor razon el que le ama [b].

[a] San Luc. XVI, 10.

[b] Nada es mas necesario que una gran delicadeza de conciencia, para ponernos en lo sucesivo al abrigo de las ilusiones, de los crímenes, de la ceguera, del endurecimiento y de la impenitencia. Si no se pone mucho cuidado en formar y mantener en si una conciencia fiel, exacta y tímida, muy bien podrá uno, conforme á los primeros principios de educacion, sentir horror por algun tiempo á ciertas faltas; pero en seguida se familiarará insensiblemente con ellas; luego habrá uno cometido el pecado con pena y con remordimiento; y muy pronto lo cometerá sin dolor.

„Ah! si el primer desorden, dice Rousseau, es penoso

¡O tú, hijo mio! ¿podrías ahora no conocer el precio de una vida toda pasada en esta constante fidelidad? ¿Podrías al ménos no empezar una época, para ella, en estos momentos de luz, en que el Dios de las misericordias se te manifiesta con todos sus atractivos; en estos momentos de gracia y reconciliacion, en que tan dichosamente te hace volver á entrar bajo su imperio? ¡Qué bella vida! que puede terminarse diciéndose á sí mismo; „Desde „que aprendí á conocer á mi Dios y á gustar su „dulzura, he tenido flaquezas, he cometido faltas, „pero se me han escapado, y ántes de cometerlas „no las veía: y si las hubiera previsto, si solamen- „te las hubiera sospechado, ¡ó Dios mio! mi cora- „zon me asegura consoladoramente, que no las „hubiera cometido.” ¡Dichosa muerte aquella en que Dios acaba de perfeccionarlo todo con el completo sacrificio de nosotros mismos, de purificarlo todo con este último rasgo de su justicia, de perdonarlo todo por su clemencia, y en que uno puede poner así tranquilamente su alma en manos de su Criador!

Empero esta muerte tan preciosa supone que todo se ha hecho de nuestra parte, para satisfacer á medida de nuestras fuerzas á su gloria ultrajada. Hasta hoy, querido Valmont, tu has contraído deudas para con el Señor; y á la penitencia corresponde pagarlas. Un hombre Dios, víctima por tus pecados, dando mérito á tu arrepentimiento, precio á la reparacion de tus culpas, no por eso te ha dispensado de repararlas. Miembros de este

y lento, ¡qué prontos y fáciles son los otros! Prestigio de las pasiones, así fascinas la razon, engañas á la virtud y cambias la naturaleza ántes que uno lo advierta. Uno se extravía en un momento de la vida, se aparta un solo paso del camino recto; inmediatamente una pendiente inevitable nos arrastra y nos pierde: al fin cae uno en el abismo, y despierta uno espantado de hallarse cubierto de crímenes con un corazón nacido para la virtud.”

augusto jefe, es menester que cumplas en tí, lo que, no de su parte sino de la tuya, falta á sus padecimientos [a]. Los santos rigores de la penitencia, tan escarneídos por la falsa sabiduría y por la prudencia de la carne, están consagrados en el tribunal de la razon misma; lo están por la voz de la conciencia y por el clamor de la naturaleza. En efecto, todos los hombres, en todas partes y en todo tiempo, por un instinto natural, han respetado los derechos de la justicia divina, violados por el pecado, y el cuidado que se tiene de satisfacerlos. En donde quiera, este cuidado de vengar en sí á la divinidad ofendida por nuestros crímenes, mal que nos pese, se atrae la veneración mas profunda; y la penitencia de tal suerte ha parecido una ley del celo y del amor, que ningún pueblo reputó por santos en su religion, sino á los que se habian mostrado penitentes.

No ignoro sin embargo cuan comunes son en esto los abusos, y cuan frecuentes los excesos. Yo sé distinguir la locura endemoniada y cruel del Bonso y del Faki, la hipócrita vanidad del Dervis, la afectacion y los exteriores de la Reforma protestante [8], de la humilde y prudente austeridad de una penitencia verdaderamente religiosa, cristiana y racional. Sé cuales son los límites que ha puesto la religion [9]; pero respetando estos límites, respetando una salud, unas fuerzas, una vida que no nos pertenecen, sé tambien cuan santos son los rigores de la penitencia, cuan justos y necesarios [b]. Ademas, hijo mio, la mortificacion cristiana infunde al alma una fuerza y un

[a] San Pabl., Colos., 1, 24.
[b] „Desgraciada de tí, Corosain! exclama el Salvador; desgraciada de tí, Bethsaida! porque si los milagros que se han obrado en medio de vosotros, hubieran sido hechos en Tiro y en Sidon, tiempo hace que hubieran hecho penitencia con el cilicio y la ceniza.” (San Math., 11); „Yo castigo mi cuerpo, y lo reduzco á servidumbre, dice

vigor, que sin ella es como imposible adquirir. Quien se creyese con derecho de satisfacerse en todas las cosas inocentes y permitidas, fácilmente correria riesgo de ser mui débil en las ocasiones importantes, para poderse negar aun las cosas que le fueran prohibidas. Tal es el oráculo del sabio: „Si concedeis á vuestra alma todo lo que los sentidos le piden, os pedirá mui pronto la alegría de vuestro enemigo [a].” Tal es tambien la máxima del Apostol: „Mortificad vuestros miembros... llevando sin cesar en vuestro cuerpo la mortificacion de Jesucristo, para que su vida se dé á conocer en nosotros [b].”

Pero, hijo mio, la verdadera piedad, haciéndonos severos con nosotros mismos, nos hace buenos, indulgentes, caritativos para con los demas. Léjos de ella esa excesiva rigidez, esa virtud salvaje, esa dureza de carácter que deshonorá, que hace blasfemar de la devocion. Léjos de ella ese orgullo farisaico, esa complacencia secreta que hace decir al falso justo reprobado por Jesucristo: „yo no soy como los demas hombres.” Léjos de ella esas vivacidades del humor y del temperamento, tan contrarias al espíritu del Evangelio; esas sensibilidades de un amor propio siempre exigente, siempre inquieto, que de todo se ofende, que por todo se irrita, y al que nada calma ni aplaca; aquel espíritu puntilloso y celoso, implacable en sus odios y en sus venganzas; aquel espíritu cáustico y mordaz [c], siempre pronto á juzgar, á censurar y á

[a] Ecl. 18. 31.

[b] Colos. III. 5 y 6. Cor. IV. 10.

[c] La propension á criticar y murmurar, casi siempre va con la falsa piedad. La maledicencia, tan abominable á los ojos de la divinidad, en los que caen en ella y en los que la escuchan, es horrorosa aun á las gentes del mundo, en quienes queda todavía cierta virtud moral. En efecto, ella es peste de la sociedad;

reprender; aquella inflexibilidad en la conducta, aquella pertinacia en las opiniones, de que frecuentemente nace el menosprecio de las mas legítimas y mas santas autoridades. Léjos de ella una vida osiosa y estéril, tan altamente condenada por nuestro divino Maestro; el ocuparnos únicamente de nosotros mismos; una especie de apatía, de insensibilidad por cualquiera otro interes que no sea nuestro; una estúpida y bárbara indiferencia con las necesidades de los desgraciados... que no piensan como nosotros. Tales son, hijo mio, los tristes caracteres de esa falsa devocion que desacredita la verdadera [10]. Ósase confundirla, lo mismo que las vanas fórmulas en que se apoya, con un sentimiento que es el mas bello don del cielo, objeto de las complacencias del Altísimo, el espíritu de la religion y la gloria de la humanidad. Trátase la piedad como se trataria en el mundo á un hombre de bien, que por accidente ó por violencia, se hallase mezclado y confundido con una chusma de criminales [11]. No obstante, la piedad reclama llorando sus derechos y los de la divinidad á quien se ultraja; gime, habla por sus hijos; nos los manifiesta ménos esparsidos, ménos puestos á las miradas de los hombres, que cuanto lo estan aquellos por quienes la juzgan y la condenan, pero dedicada en secreto y sin ostentacion, á la práctica de las mas amables y de las mas altas virtudes. La caridad mas compasiva y mas tierna es el alma de sus afectos y de sus acciones: ven á todos los hombres como hermanos; ven en ellos al mismo Dios que los ha criado á su imagen, y al hijo de Dios que los ha rescatado con

es el vicio mas funesto en sus consecuencias, mas difícil de reparar en sus resultados. Ah! ¿qué cosa mas mortífera que una mordacidad? Además, tráigase á la memoria que la aplicacion del ridiculo, hace á veces mayor mal que aun la imputacion de un defecto considerable. Bacon, dijo en cierta parte, hablando de la sátira: „La buena sal no es amarga.”

su sangre. Soportan sus flaquezas y sus errores; perdonan su injusticia, vuelan á su socorro; los alivian sin excepcion de rango ó de persona, y se inmolan por sus necesidades. Se consideran como deudores de aquellos á quienes obligan. No se abrogan ninguna especie de imperio; ponen la persuacion en su vez de la violencia y de la autoridad. Son afables sin procurar parecerlo. Por esfuerzos continuos sobre sí mismo mandan á sus pasiones y á su corazon. Adquieren un carácter feliz, un humor igual, una dulzura constante. Son humildes y pequeños á sus propios ojos; pero son grandes á los ojos del verdadero sabio, y mas grandes aún á los ojos del Señor.

¡Amable dulzura! ¡preciosa humildad! ¡Caridad santa! Vosotros formais en efecto los caracteres distintivos de la verdadera piedad. ¡Y cuán augustos son estos caracteres! ¡Qué bien merecen nuestros homenajes! La dulzura adquirida por el hábito es el hechizo mas verdadero; es á la virtud, lo que el pulimento es al diamante, realza su belleza y le da todo su brillo. La humildad, que la produce y la acompaña, fuente de los verdaderos méritos y basa esencial en que reposa, es la sal de la sabiduría y el heroismo de la virtud. Ella aprecia al hombre en lo que vale por sí mismo; le remite á su origen, le manifiesta su nada, y le hace conocer su impotencia y su miseria; lo eleva despues hasta su criador, y lo enseña á buscar en él su fuerza y su grandeza. El alma, humilde, pequeña y débil en su fondo, se hace grande y fuerte por aquel en quien se apoya. Sin presuncion, como sin pusilanimidad y sin bajeza, cree que nada puede por su propia energia, y que todo lo puede por su Dios. De él recibe una luz viva y segura, una gracia pujante y victoriosa [a], que la eleva sobre todas las pomposas quimeras del orgullo y de la vanidad; no se la ve arrastrarse delante del

[a] Dios resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes. (Santiago, 4, 6.)

favor; ni sigue como esclava la brillante carrera de la fortuna; ni se deja ofuscar por el falso brillo de las grandezas humanas; la verdad y la justicia, forman su mas rico heredamiento. Sus mas hermosas victorias son las que consigne contra nosotros mismos: el mas verdadero y mas fácil contra todos los triunfos, es el que la humildad alcanza sobre el amor propio. Esta virtud, tan digna de nuestros votos y de nuestros esfuerzos, esencialmente contribuye á la felicidad del hombre, aún acá en la tierra. Ella nos libra de los tormentos casi continuos que experimenta un corazón vano y soberbio [a]; nos hace ménos sensibles los abatimientos, las contradicciones; muchas veces nos los evita, porque la humildad nos preserva bien de las humillaciones. La paz es el fruto de sus combates y el premio de sus victorias. „Aprended de mí, dijo el hijo de Dios (Math, 11, 29), hecho hombre para servirnos de modelo, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis el reposo de vuestras almas (12).”

Si estos caracteres de la verdadera piedad, tales como nos los trazan la religion cristiana y el ejemplo de los verdaderos justos, no se hallan en todos los que hacen profesion de ser devotos, ¡oh hijo mio! cúltese solo á estos, y no á esta piedad que

[a] „La vanidad del hombre es la fuente de sus mayores penas, y nadie hay tan perfecto y tan celebrado, á quien no cause mas pesares todavía que placeres.—Si la vanidad hizo alguna vez un dichoso en la tierra, ciertamente que este dichoso no era mas que un necio. (Rousseau).”

Efectivamente, la vanidad es el amor desarreglado de nosotros mismos, que haciéndonos aún mas sensibles á las distinciones y consideraciones que se nos niegan, que á las que se nos conceden, agrandándonos, rebelándonos á la menor contradicción como á la menor ofensa, nos llena cada momento de disgustos y amarguras; es la causa mas ordinaria de nuestros impetus y de nuestros furiosos.

los desaprueba, los reprende, los condena y los reforma cuanto está de su parte [a]. Quitada estas almas piadosas bajo algun aspecto, pero muy poco ilustradas en su piedad y muy imperfectas; quitadas este sentimiento de religion que las contiene, y entonces conoceréis lo que es el hombre abandonado al fuego de sus pasiones y á la impetuosidad de su carácter: apesar de su devoción era vivo, y lo veréis arrebatado y furioso; era sensible y puntilloso, lo veréis fiero y arrogante; era rígido y severo, y lo veréis cruel y desnaturalizado. ¡Mundo injusto y extravagante, si hubiera estado sin ley, sin freno, sin religion como tú, le hubieras perdonado sus defectos; y porque se empeña en hacerse piadoso y fiel, no te dignas ni aún de excusar sus flaquezas [13]!

Dejemos, amigo mio, dejemos al mundo dirigir invectivas contra la piedad; y trabajando por formarla en nosotros, pongamos todo nuestro esmero en hacerla sólida y exenta de reproche. ¡Mas qué se necesita para alcanzarla y perseverar en ella? Jesucristo nos lo ha dicho en dos palabras „vigilad y orad.” ¡Ah! sin duda Dios conoce nuestros males, ve nuestras miserias; y para aliviarlas no necesita de nuestras oraciones: mas para dispensarnos de hacerlas, hijo mio, ¿hay un argumento mas débil? Dios quiere que oremos, que supliquemos, que instemos á él, porque no quiere que olvidemos nuestra dependencia, que perdamos de vista el homenaje que le debemos y los derechos que tiene sobre nosotros. Dios se debe á sí mismo la confesión que le hacemos de nuestra impotencia, el tributo de nuestras alabanzas, y es justicia en él exigirnoslo. El nos asegura un remedio poderoso contra nuestra flaqueza, en el sentimiento que quiere conservemos de él; y á nuestro interés con

(a) „El amor propio es origen de esa liga impura que se halla tanto aun en la piedad; lo que ha hecho decir tan acertadamente, que, „donde quiera que Dios tiene una Iglesia, el diablo quiere tener una capilla.”

viene que la expresion continua de este sentimiento tan necesario al hombre, sea para nosotros un deber [a]. Oremos pues sin canzarnos jamás. Todo está prometido á la oracion cuando es el gemido de un corazon que siente sus necesidades, que está animado por la fe y que está sostenida por la perseverancia (b).

Y que cosa mas dulce que estos tiernos gemidos, esos coloquios afectuosos, esos suspiros inflamados por los que el alma se lanza hácia su Dios, le manifiesta sus deseos, le pinta su amor, le alaba sus perfecciones, le da gracias por sus beneficios, le habla de las penas que sufre, de los males que experimenta, de los peligros que teme, de las tentaciones que la afligen; implora su socorro, se consuela, se desahoga en su presencia; se olvida, se pierde deliciosamente en él, y recobré en su seno un vigor nuevo (14).

Mas cuando oremos, vigilemos constantemente,

(a) No hay idioma en que no se halle esta exclamacion: ¡O Dios mio! No hay pueblo en que un hombre oprimido por la calumnia, en que un padre y una madre privados de sus hijos, no levanta los ojos al cielo y no formen en su dolor una aspiracion secreta hácia el Ser Supremo." (*D. Arnaud, Cartas sobre Eufemia*).

¿Este grito del corazon, este grito de la oracion tan natural al hombre, debe ser ménos vivo para los bienes eternos, que para los temporales, para las necesidades del alma que para las del cuerpo? ¿y debemos nosotros orar con ménos constancia y fervor, cuando se trata de hallar un remedio para nuestras pasiones, para nuestros vicios, para nuestros errores, que cuando se trata de curar nuestras enfermedades y de obtener algun alivio á nuestros dolores?

(b) „Pedid, y se os dará; buscad y hallaréis, tocad y se os abrirá." (*Math 7, 7*).

„Es menester orar siempre y no canzarse jamás." (*Luc. 18, 1*).

y combatámos con valor (a). La grande obra de nuestra santificacion supone el concurso feliz de dos causas que le son igualmente necesarias, Dios y el hombre: de Dios por su gracia; y del hombre, por su vigilancia y sus esfuerzos.

Estos dos medios esenciales, la vigilancia y la oracion, contienen todos los demas (15):—el recogimiento y el retiro (16), cuanto es compatible con nuestro estado, y con las obligaciones que tenemos que desempeñar: ¡dulce retiro! que nos hace gozar en paz de nosotros mismos; que nos convierte á Dios, á nuestro deberes, á la verdad; que nos aynda á conciderar á sangre fria las falsas opiniones del mundo; esas conversaciones contagiosas y funestas, en que cada idea que se recibe es una preocupacion, en que cada principio que se adopta es una fuente de errores:—la fuga de las ocasiones que pueden inducirnos al mal; porque quien ama el peligro, dice la Escritura, en el perecerá:—la eleccion de libros, de conversaciones (17), de las compañías, que decide casi infatiblemente de nuestros afectos y de nuestras costumbres, y que aun muchas veces nos hace perder en un dia el fruto de muchos años (b):—el sentimiento de la presencia de Dios (18), que nos pone á cubierto de las excitativas de las pasiones, que nos sostiene en los males de la vida y nos los hace mas faciles de sobrellevar, y nos hace gozar de los verdaderos bienes con sabiduria y con reconocimiento:—la feliz eleccion de un guia ilustrado que vigile con nosotros sobre nosotros mismos; y que ve sin prevencion, sin ilusion, lo que la ceguera del amor

(a) „Si la vida es corta para el placer, ¡qué larga es para la virtud! Es menester estar en guardia incessantemente. El instante de gozar pasa y no vuelve ya; el de hacer mal, pasa y vuelve sin cesar: se olvida uno un momento, y está perdido." (*Rousseau*).

(b) „Un dia de compañía instigadora, tiene fuerza para disgustar de las buenas lecciones de algunos años." (*Muralori*).

propio pudiera ocultarnos; que une á nuestras débiles luces, las que la experiencia le da, y las gracias comunicadas á su ministerio:—la frecuencia de los sacramentos, que por la prueba que los precede, por las disposiciones que los acompañan, por los socorros abundantes que nos ofrecen, por los favores y dones que contienen, mantienen nuestra vigilancia, sostienen nuestra exactitud, aumentan nuestro fervor, se hacen para nosotros el santuario de la sabiduría y la escuela de la virtud (19):—los actos contrarios de las tentaciones que nos cercan, esas prácticas de renuncia y abnegación (20), que dan vigor á nuestra alma, disminuyen la violencia de nuestras inclinaciones, desenraizan nuestros vicios, nos preparan con armas para el combate y son ya como los presagios de la victoria:—el arreglo general de nuestra conducta; que pone la exactitud en nuestras miras, orden en nuestras acciones; firmeza y constancia en nuestras resoluciones:—las ocupaciones cotidianas, el trabajo continuo (a); el buen empleo del tiempo, tan opuesto al que ordinariamente hacen de él esos divertidos de ambos sexos, para quienes la vida no es mas que un círculo fastidioso de tocador, de visitas, de paseos, de espectáculos, de juego, de comida, de cama todavía mas que de sueños de cuidados minuciosos y frívolos, de ocupaciones estériles, de importantes bagatelas; ¡qué vida para un ser que piensa!—el cumplimiento de todos los deseos de religión y en particular de las de un parroquiano celoso, deberes tan ignorados y sin embargo tan necesarios, pues que contribuyen esencialmente á la edificación pública, que nos reúnen mucho mejor que otro ejercicio ningun en la comun adoracion y en la bservancia de un mismo culto; que nos aseguran ins-

(a) No podría repetirse por demas:—la ociosidad es madre de todo vicio. „Enviadle al erabajo, dice la Escritura, por temor de que no sea ocioso; porque la ociosidad enseña mucho mal.” *Multam malitiam docuit ociositas.* (Ecc. 33, 29).

trucciones tan sencillas como sólidas (a), que influyen eficazmente en las costumbres por el buen ejemplo, y que ademas nos están prescritas por la Iglesia (21):—la ofrenda continua de este sacrificio adorable por el que se perpetua en nuestros altares el de la Cruz, de aquel sacrificio en que el hombre Dios es á la vez el primer sacerdote y la víctima, y que desde entonces, por su misma naturaleza, y á los ojos del soberano Ser y del cristiano fiel, es el acto mas excelente de la religion:—finalmente todas las prácticas de piedad, propias para nutrir-la y aumentarla en nuestra alma, tales como el exámen de prevision para el dia, en la oracion de la mañana; el exámen de conciencia en la noche; las santas lecturas; las aspiraciones frecuentes hácia el cielo; la visita de los enfermos; el alivio de los desgraciados; las limosnas abundantes con las que prestamos al Señor con usura; el empeño en establecer el reino de Dios en las almas; ilustrando á quienes están en las tinieblas, sosteniendo á los débiles, librando de la seducción á los que están en peligro de perderse, enderezando á los que se extravían; tales son tambien los testimonios de confianza en los amigos de Dios, las muestras de compacion, de interés por la Iglesia que sufre; aquellos efectos verdaderamente respetables de la uncion tan bella, que en Iglesia catòlica enlaza á la alma verdaderamente cristiana con todos los seres inteligentes y sensibles, destinados á procurar la gloria del Altísimo; que la enlaza con la tierra, con el cielo, con todo el universo, por una cadena de amor, cuyo término es Dios mismo. ¡Prácticas santas y

(a) La antigüedad nada nos ofrecasemejante en este genero. Es una bella institucion la que reúne á los ciudadanos en un tiempo y lugar señalados, para exponerles de un modo claro, sólido y penetrante las reglas de conducta mas propias para procurar la felicidad de la sociedad y la de cada uno de sus miembros. Esto es, por decirlo así, sembrar la virtud.” (*Diario Enciclopédico, de 15 de Octubre de 1762.*)

sublimes que la irreligion del siglo trata de pequeneces y minuciosidades; que lo son en efecto, si se penetra mal su espíritu, y si se desvian del culto esencial de la virtud, pero que serán siempre grandes mientras que conduzcan á grandes cosas (a).

Pero, Valmont, para hacer uso de estos medios que conducen á la piedad, ó que la sostienen y aumentan, es menester fuerza, convengo en ello [b]; es menester arrostrar el respeto humano... ¡El respeto humano! el obstáculo mas peligroso para la piedad, el enemigo mas fatal de todo bien, el que lo sofoca, el que arranca su germen en su nacimiento; el tirano, hijo mio, de las almas flacas y cobardes, que, dejándolas olvidar que „la verdadera gloria es seguir á su Señor,” las hace apostatar de la religion, traicionar á su conciencia, afrentarse de Jesucristo y renegar de sus mas santas máximas, el que sin embargo nos hace al mundo tan temible por el terror que nos infunde; mientras que la censura del mundo es tan poco temible para quien la desafía y la desprecia [c]; él en fin, este respeto humano, no es fuerte contra nosotros, ni nos engaña, si no en tanto que nosotros lo queremos. ¡Ah! Valmont, para enseñar á vencerle, acuérdate de los extravíos á que te condujo, de las viles preocupaciones en que se apoya, de los principios vergonzosos que lo hacen nacer y lo fortifican, de esa bajeza de alma que lo acompaña, del oprobio que algun dia lo cubrirá, cuando á los ojos del universo reunido, Jesucristo se avergüen-

[a] „Admiro mas la religion en las pequeñas prácticas que inspira á las gentes de ingenio, que en las grandes cosas que hace emprender al comun de los hombres.” (*El rey de Polonia, Reflexiones sobre diversos asuntos de moral*).

[b] „No hay virtud sin fuerza, y el camino del vicio es la cobardía.” (*Rousseau*).

[c] El mundo es un tirano á quien esclavizo: a-bruma con el peso de su censura á quien le teme; se deja encadenar por quien le arrostra. (*Desmavis*).

za de todo aquel que se hubiese avergonzado de él, y de su Evangelio. ¡Y qué te importan los elogios y las censuras, de un mundo insensato, que juzgado tambien él, estará obligado á tributar homenaje á la verdad, á la virtud, que habrá desconocido y deshonrado?

Los mas grandes intereses, los mas grandes cuidados, hijo mio, deben ocuparte hoy. Tu levantas el edificio mas importante y mas noble, el de tu perfeccion: trabaja en ella sin demora, sin debilidad, sin descanso; esto es elevarte al mismo tiempo el monumento mas duradero á tu gloria y á tu felicidad.

Con la gracia de Dios todo lo he hecho para procurarte esta felicidad, que tan ardientemente te deseo. ¡Plugiera al cielo coronar mis votos, como se ha dignado prevenir y secundar mis esfuerzos!

¡Ó hijo mio! para corresponder dignamente á sus designios sobre tí, no pierdas de vista las grandes verdades que hemos discutido: medita frecuentemente sus pruebas y sobre todo las pruebas esenciales que las demuestran; las de la existencia de Dios, tomadas de la naturaleza y existencia del Ser necesario:—de la espiritualidad del alma, sacadas de su facultad de raciocinar y de comparar;—de la ley natural, tomadas de los atributos del Ser supremo, y de la diferencia intrínseca del bien y del mal, así como de los efectos que de ella resultan;—de nuestra inmortalidad, tomadas del plan de la legislacion divina:—de la religion cristiana, tomadas de su conjunto y de sus principales caracteres, de su necesidad, de su antigüedad, de su unidad; de su perpetuidad, de su excelencia ó santidad [22]; de la Iglesia, tomadas de la necesidad de una autoridad:—de la obligacion indispensable de una piedad sólida, tomadas de su naturaleza y de las virtudes que entraña. Convertidos así á mejores principios, donde quiera volverás á hallar el feliz concierto de la religion con la sana y verdadera filosofia [a].

[a] En efecto „la religion como ha dicho mui bien

Para dar á estas pruebas todo el brillo de que eran susceptibles, y persuadirte mas prontamente, que no pudiera yo tomar la pluma y el ingenio de alguno de nuestros incrédulos! Mas que cambien de papel; que empleen, para hacer valer la religion cristiana, toda esa mágia de estilo, toda esa fuerza de expresion, toda esa riqueza de pormenores, todo el arte que algunos de ellos han empleado para embellecer la impiedad y adornar la mentira; que hagan para la verdad, consecutivamente y por principios, lo que por un sentimiento involuntario ó por capricho, hacen á veces en favor de ella: qué causa tendría que defender! qué viva persuacion hacian nacer! qué obras maestras producirían! y qué admiracion, elogios y gratitud merecerian de nuestra parte!

Tal vez, hijo mio, esta especie de revolucion está mas próxima que lo que se piensa. Los extremos se tocan. Nuestros incrédulos han ido muy léjos; han trastornado todos los principios, han quitado á la irreligion su máscara, y han manifestado muy claramente sus tristes y horrosas consecuencias. Ahora sabe uno á que atenerse, y ellos en cierto modo traen consigo su contra-peso. No les falta pues, para darse un nuevo realce y fundarse un imperio nuevo, sino volver sobre sus pasos y marchar en sentido contrario. Además, todo es negocio de moda entre nosotros; y me parece que entre los literatos de cierto mérito, ya no era tan general la moda de aparecer irreligioso. Algunos toman en sus obras hace algun tiempo el tono de la religion, de modo que hacen creer se sienten con bastante fuerza de espíritu, para levantarse muy sobre la preocupacion filosófica que se empeñaba en degradarla. ¡Ojalá que su ejemplo influya en el resto de la nacion, y que haga aparecer entre nosotros los mas bellos dias del cristianismo!

d'Aguesseau, es la verdadera filosofia." (Tomo 1.º de sus obras, instruccion 2.ª.)

Adios, mis amados hijos; os aguardo con el mas vivo anhelo, y mi alma toda entera vuela al encuentro de vosotros.

NOTAS.

PÁG. 118.

[1] Estos ángeles de paz, estos dignos consoladores de los hombres. He visto con gusto, aún en obras de pura literatura y en simples diarios, que el tono de nuestro siglo, apesar de su incredulidad, se levantaba hasta una especie de entusiasmo en favor de la noble funcion de los curas. Rousseau y el traductor de las *Noches de Young* y de las *Meditaciones de Hervey*, celebran su dignidad y sus ventajas, cada uno á su modo. En cuanto á mí, que lo veo todo con relacion á la religion, estoy persuadido de que la confianza que tenemos en ellos, cuando la merecen, es lo que mantiene entre nosotros la poca fe que nos queda.

Creo por otra parte, que la imagen que de su cuidado pastoral nos ha pintado Le Tonneur es muy interesante y muy útil, para que no la ofreciésemos aquí á los curas de nuestros pueblos, como el mas bello modelo. No conozco en la tierra dignidad mas interesante ni respetable que la de un cura, que va á llevar una razon sana y un corazón puro en medio de unas cincuenta chozas, y allí fija el domicilio de su vida; adopta aquellas familias de labradores; vive y se complace con ellos como un padre con sus hijos; los junta en ciertos dias señalados para hablarles del Dios que fecunda sus campos, en presencia de sus beneficios de que estan rodeados; se pone á su alcance y traduce en su lengua sencilla las ideas mas sublimes, ó los mas abstractos principios de la moral y de la religion; les enseña á sentir la dicha fácil de su condicion pacífica, y á no envidiar las fortunas agitadas de las ciudades; diezma sobre la porcion de los ricos la parte del pobre en la suya, gusta de su fiesta, y ríe en su regocijo; los alivia y los consuela en las plagas que caen sobre ellos; alegra por muchos dias á la madre de familia que acaricia un momento á su hijo; alienta al trabajo al jóven robusto, mostrándole á su padre decrepito, para quien ha llegado el tiempo de descansar; se pasea con el viejo en la estacion de los dias hermosos, y le habla graciosamente de la muerte bajo el árbol añoso que todavía reverdece; al moribundo facilita la entrada de la muerte, y lo acerca dulcemente á ese término que sus enfermedades y dolores deseaban."

„Un buen cura, dijo Rousseau, es un ministro de bondad, como un buen magistrado es un ministro de justicia, un cura nunca tiene mal que hacer; si no siempre puede hacer bien por sí mismo, siempre está en su puesto cuando lo solicita; y muchas veces lo alcanza cuando sabe hacerse respetar.”

Lo que se ha dicho aquí de los curas debe aplicarse proporcionalmente á todos los que participan mas ó ménos de sus funciones, y no excluye el tributo de respeto y gratitud que se debe al estado religioso, que mui á menudo les ofrece los mas dignos cooperadores.

Que la irreligion les declare una guerra abierta, que haga de este estado el objeto mas ordinario de sus invectivas y de sus declamaciones, el verdadero fiel, el ciudadano ilustrado, solo ven en él útiles recursos, cuando esta contenido en sus justos límites y reducido á su verdadero espíritu. Honrar al Ser supremo por el ejercicio y prácticas regulares de una piedad fervorosa; renunciar á las dulzuras del siglo y al comercio del mundo, para darle desde una distancia conveniente el espectáculo edificante de las mas altas virtudes; no estar aficionado á los hombres, segun la carne, sino para estar mas estrechamente unido con ellos por el espíritu: en las órdenes estudiosas y sabias, ilustrar á la sociedad con obras profundas; en algunas, servir las con trabajos penosos; en otras instruir la por el ministerio de la palabra ó formar discípulos del Estado y de la Religión; en todas, ablandar con santos gemidos y con una continua oracion, al cielo irritado por nuestros crímenes; levantar hácia él manos limpias, interesarlo en nuestras empresas, en nuestras necesidades, en nuestras miserias; en las comunidades de niñas en que no se ha introducido todavía el espíritu del mundo, ofrecer un asilo al infortunio, un refugio á la inocencia, un socorro al arrepentido, una escuela de piedad y de virtud á la juventud, para formar en ella en adelante honrosas esposas y dignas madres de familia; ved aquí el objeto y los preciosos frutos del estado religioso, tan calumniado en nuestros días; ved aquí lo que el verdadero sábio y el cristiano fiel admiran en él, cuando la regla de él está en vigor y cuando los abusos no han entrado en él.

Puede verse lo que, sobre estas ventajas puramente civiles escribió en muchos pasages el *Amigo de los hombres*. Me contentaré con citar aquí lo que dijo, en parte respecto de sí, uno de nuestros mas ilustrados y de nuestros mas sábios literatos. „Es menester no creer lo que la secta de los economistas novadores repite con énfasis á acerca de la inutilidad de los monasterios. Al marquez de Mirabeau toca decidir en semejante materia, por que él la ha profundizado, y no á ese enjambre de agrónomos modernos, que

quieren inovarlo todo en la agricultura, como los filósofos en la religion y en las costumbres. Pero, Señor, bien sabeis lo que piensa el *Amigo de los hombres*, sobre las ventajas políticas de las casas religiosas repartidas en los campos. Los Ingleses mismos han confesado cien veces, que la destruccion de los monasterios habia sido entre ellos una de las principales épocas de la decadencia de la agricultura; y sus historiadores atestiguan unánimemente, que los monges solos han desmontado cerca de un tercio de la Inglaterra. Que se lamente pues, con el santo reformador de la Trapa, la cesacion del trabajo de manos en las órdenes religiosas, y los desórdenes en que la ociosidad y la mansion en las ciudades, han sumergido á algunos de sus miembros; que se haga empeño para reducir con suavidad las órdenes monásticas á su antiguo espíritu de regularidad, de clausura; pero que la ingratitud y el amor de novedades, no pongan una mano homicida en estos viejos asilos de las letras y de la virtud.” (*Freron*, año literario).

Casi del mismo modo se expresa el abate Velly que no se sospechará ser mui favorable á los religiosos. Despues de haber hablado de las exenciones peligrosas y de los privilegios que en los primeros tiempos los eximieron de la jurisdicción ordinaria; „sea lo que fuere, añade, el gobierno sacó grandes ventajas de tantos establecimientos piadosos. Ellos han dado santos á la religion; eran escuelas de la virtud; historiadores para la posteridad; ellos son quienes nos conservaron los fastos de la nacion; ciudadanos útiles al Estado, pues que á su industria debe la Francia una gran parte de su fecundidad. Desolada estaba por las repetidas incursiones de los bárbaros; donde quiera se veían solamente áridas campiñas, extensas florestas, matorrales, pantanos: se creyó que se daba mui poco, cediendo á los monjes bienes que no eran de ningun provecho; se les dejaron tantas tierras como pudiesen cultivar. Estos santos penitentes no se habian consagrado á Dios para vivir en la ociosidad; rezaban, desmontaban, desecaban, sembraban, plantaban, edificaban: el cielo bendijo un trabajo tan puro. El interes no temia en ello participio ninguno, era la frugalidad misma; la mayor parte de lo que recojian se empleaba en alivio de los pobres. Estas soledades incultas y desiertas mui pronto se convirtieron en lugares agradables y fértiles.” (*Historia de Francia*, tomo 1.^o) . . .

Los que han sucedido á estos religiosos y que recogen el fruto de sus trabajos, conservan todavía en muchas casas el mismo espíritu que animó á sus santos fundadores. En nuestros días se han citado muchos ejemplos, y despues de uno de estos rasgos dignos de ser transmitidos á la posteridad, el sábio autor del *Diario de Francia*, hace las reflexiones siguientes.

Nos parece que estos ejemplos, que no podría dejarse de convenir en que son demasiado multiplicados de parte de los monjes dotados con rentas, deberian servir para cortar la cuestion agitada mucho tiempo ha, sobre su utilidad ó inutilidad con respecto al Estado. Ellos consumen sus restos en los cantones que habitan; derraman por consiguiente la abundancia en las ciudades circunvecinas; estas son pruebas de hecho muy acreditadas en contraposicion de lo que sucede, cuando se suprimen conventos en ciertos lugares, en que la mas espantosa miseria succede á la comodidad de que habian gozado hasta entónces los habitantes. Los pobres hallan socorros en sus limosnas constantemente sostenidos. En qué manos podrian colocar sus bienes, para hacer de ellos un uso mejor. Es inútil entrar en pormenores á cerca de este punto; pero se pueden hacer todas las suposiciones que se quieran, y si uno no está ciego por el interés personal, ni por la preocupacion, decida, si, por el interés mismo de los desgraciados, no vale mucho mas dejar las cosas tales como están actualmente." (*Diario general de Francia, año de 1784, pág. 305 y 339*).

En una materia tan importante que lo es en efecto mucho mas de lo que se piensa, yo no temeria confirmar estas reflexiones, con las que contiene un discurso sobre agricultura del marquez de Pompadour, en la coleccion completa de sus obras. Desde hace mucho tiempo, no se ven en Francia heredades superiormente cultivadas, provistas de habitaciones cómodas y de habitantes laboriosos, como las órdenes religiosas, sobre todo de los grandes propietarios, tales como los benedictinos, los bernardinos, los cartujos, &c. Esto solo, independientemente de la gratitud que se les debe, y de la utilidad de su profesion, debia ponerlas á cubierto de la destruccion epidémica que los persigue. Me parece que antes de proceder á la extincion de una orden monástica, seria menester examinar imparcialmente, si su existencia es dañosa ó ventajosa al Estado; si los bienes de que se despojará á estos monjes, caerian en mejores manos; si sus posesiones serian mejor cultivadas; si en los cantones que habitan los pobres serán mejor socorridos por los nuevos propietarios, ya fuesen legos ya eclesiásticos. Dejo á un lado, como se ve, el interés de la Iglesia y de la Religion. Estos objetos no entran hoy para nada en las consideraciones políticas. No veamos en todas las supresiones hechas ó por hacer, mas que el bien físico y temporal; ¿cuál será? ¿qué ganarán el príncipe y el Estado? Cualquiera que sea su destino, no enriquecerán ni enverdecen las campiñas. ¿Cómo serán administrados tantos ricos establecimientos monásticos? porque hay algunos, lo confieso, numerosos y considerables. ¿Cómo serán administrados estos vastos edificios, contruidos con tanta solidez, aquellos magníficos tem-

plos del Señor, aquellas bellas haciendas pobladas de obreros y cultivadores; que todo esto sea entregado á establecimientos militares, á arrendatarios de fundos, abades, comandadores, quienes se quiera, muy pronto no encontraremos de ellos mas que campos donde fué Troya. Dirijamos la vista á las tierras de una abadia cualquiera. ¿Que grande diferencia entre la mesa abacial y la mesa monacal. La primera tiene muchas veces el aspecto del patrimonio de un disipador; la otra es como una heredad en que diligentemente se ha procurado la mejoría. No patrocino aquí la causa de los monjes; patrocino la de todas las labranzas, de todos los propietarios, de los pobres, del trabajo y de la poblacion. Resucitemos un momento á Virgilio, á Varrón á Columela; empleémoslos como peritos, en el examen de nuestros campos. Como paganos reirán de nuestros institutos monásticos; mas como economistas y cultivadores, colmarán de alabanzas á los hijos de San Bruno, de San Bernardo y de San Benito."

Pues que me he detenido en esta nota sobre aquellas órdenes monásticas, espero que se tendrá gusto en que yo cuente aquí una muy singular anécdota que me ha contado Beauze, de quien he hablado mas de una vez, y la cual es una leccion excelente para quienes, comprometidos en alguna de estas órdenes en medio de las naciones en que florecen todavia, tuvieren tentaciones de abjurar su estado y de hacerse lo que llamabamos antes *apóstatas*.

En una rica abadia, un procurador de la casa pervertido por el espíritu del mundo que estaba obligado á frecuentar de nuevo, y por la disipacion continua en que su especie de ocupaciones le tenia, formó el designio de renunciar á sus obligaciones. Habiéndose formado un fondo considerable, á costa de su comunidad, fijó la vista en un jóven profeso, á quien deseaba juntar á su proyecto; y se limitó en el primer instante á preguntarle si tenia disposicion de venir á pasar con él algunos dias en una de las haciendas de la abadia. El jóven religioso consintió en ello, despues de haber conseguido de su Superior el permiso que necesitaba. Al cabo de dos ó tres dias, el procurador, que llamaremos Don Silvestre, dijo al jóven religioso: amigo mio, veid á gustar las primicias de una vida muy mas dulce, que aquella á que la regla nos somete: ¿queriais recobrar para siempre vuestra libertad? seguidme, que me voy á Ginebra. El fondo que me he proporcionado, bastará para los dos, y nos permitirá gozar de todos los placeres de la vida. El jóven disimuló su sorpresa y respondió muy dulce y francamente que amaba su estado, su casa, su genero de vida, sus estudios, que tendria mucho gusto en continuar Basta, dijo el procurador, sois dueño de quedaros: mas poseis mi secreto: juradme que no lo rebelareis.

El joven profeso juró lo que se le pedía; y se separaron. De vuelta á su casa, dijo solamente que Don Silvestre se disponía para ir mas lejos, y que no creyó deber acompañarlo.

„En cuanto al procurador, se puso en camino sin dilacion alguna; y habiendo llegado cerca de Ginebra, entró por una vereda separada, tupida de espesos matorrales, se apeo del caballo, sacó de su maleta un vestido de militar, y colgó, como se dice, los hábitos; despues de esto volvió á tomar el camino principal que habia elegido. A mui poca distancia de allí una especie de viador le detuvo y le dijo: Padre mio, seguramente sois procurador de tal orden. Yo trabajaba en mi viña en una colina cercana, cuando os vi cambiar de vestido: vais á Ginebra: Yo he hecho lo que vos, era procurador de comunidad como vos: aprovechaos de mis ejemplos y de mis consejos. Pronto se sabrá quien sois; y os despreciarán. No tardaréis en disipar en la molicie y en los placeres todo el dinero que hayais juntado. La indignencia, los pesares y los remordimientos se adunarán para atormentaros. Credme, venid á pasar en mi cabaña la noche que se acerca, os trataré allí lo menos mal que pueda, tendréis tiempo de hacer vuestras reflexiones, y mañana temprano tomaréis el partido que juzgueis mas conveniente. Fué aceptada la oferta. En la cabaña de su huésped, nuestro viagero halló una muger y niños que lo recibieron de lo mejor, aunque todo en torno de ellos respiraba la desnudez y la pobreza. Habiendo tomado consejo en la noche, que pasó en la mayor agitacion, al asomo de la aurora ensilló su caballo, dió gracias á su huésped y le propuso volver con él, prometiéndole que le haría entrar en su casa. Yo lo quisiera dijo el desgraciado; pero estoy atado por lazos mas difíciles de romper, que unas cadenas de hierro; habeis visto á mi muger y á mis hijos: compadece-me y orad por mí.

„Don Silvestre fué á volver á tomar su hábito de religioso donde lo habia dejado. A su entrada en el patio de la abadía, ántes que hubiese podido sospechase la verdadera causa de su ausencia, la primera persona que encontró fué al joven profeso. ¿Me habeis guardado el secreto? le pregunto al momento.—Si, padre mio, os lo habia jurado.—Pues bien, no estaréis obligado á guardarlo mucho tiempo. Tengo aquí, poniendo la mano en su corazon, un peso que me abruma; y la pena que siento no tardará en llevarme al sepulcro. Despues de mi muerte os permito revelarlo todo. Atacado casi luego de una enfermedad de descaecimiento, murió dentro del año.” Beauzcé que me refirió el hecho, lo supo de la boca misma del joven religioso.

[2] *A ridiculizar hasta su mismo nombre.* Rousseau ha hecho decir á madama de Wolmar: ¡Soy pues devota á vuestra cuenta ó presta á serlo! Sea enhorabuena; ¿caso las denominaciones depresivas cambian la naturaleza de las cosas? Si la devocion es buena, ¿qué mal hay en tenerla? ¿mas por ventura esta palabra es mui baja para vos? La dignidad filosófica desdeña un culto vulgar; ella quiere, servir á Dios mas noblemente; lleva sus pretenciones y su fiereza hasta el cielo mismo. ¡O pobres filósofos!

En el mundo se lamenta que la devocion trastorne la cabeza. Es verdad, viene á ser un delirio en las cabezas mal organizadas, que torna en extravagancia y en locura todo lo que las afecta vivamente. Se han hecho locas en la devocion; y lo hubieran sido en la galanteria, si hubieran declinado por ellas.

[3] *La dicha de un ser inteligente es el amor.* Tal es el lenguaje que Rousseau pone en boca de madama de Wolmar: ¡y qué preciosas son estas confesiones, de cualquiera parte que nos vengan, pues es fácil conocer que la razon misma es la que las arranca! ¿Habrá otra mas sencilla que yo? ¿tendrá una vida mas de su gusto? ¿tendrá mas vínculos que la ligen al mundo? y siempre yo estoy inquieta en ella, mi corazon ignora lo que le falta, desea sin saber por qué. No hallando pues nada en la tierra que le baste, mi alma busca con avidéz de qué llenarse: elevándose á la fuente del sentimiento y del ser, pierde allí su següedad y languidez; renace allí, allí se reanima; allí halla un resorte nuevo, allí adquiere una vida nueva, allí recibe otra existencia que no pende de las pasiones del cuerpo: ó mas bien, no está en sí misma, está en el ser á quien contempla: y suelta un momento de sus trabas, se consueta con volver á entrar en ella, por ese ensayo de un estado tan sublime, que espera ser un día el suyo.”

„Sin consultar mas que á la sana filósofa, ¿no es fácil advertir, dice D'Arnaud, la poca solidez de las afecciones terrestres? ¿donde están las amistades desinteresadas y constantes, los verdaderos placeres, las fortunas que no están sometidas á reveses? ¿dónde está la felicidad real? en vano la pediremos á cuanto nos rodea. Y en nuestras desgracias, ¿quién acude á consolarnos cuando todo nos abandona dejando en nosotros un horroroso vacío? ¿que mano se apresura á enjugar nuestras lágrimas, quien nos sostiene en los horrores de la pobreza, espectáculo tan espantoso para to-

do el mundo? ¿Cual es en fin el amigo que hallamos siempre pronto á recibirnos, á escucharnos, á proporcionar alivios á nuestra alma afligida? ¿necesito decirlo? Solo la idea de Dios puede hacernos soportar la vida; á presencia de esta grande imagen se desvancen todos los demas objetos, aun á los ojos del razonador, que aprécia todo sin el socorro de la religion." (*Cartas sobre Eugenia.*)

PÁG. 105.

[4] *Está uno consagrado á él, dedicado todo entero.* Asi es como Rousseau pinta una alma piadosa; por que es menester, que imágenes tan bellas esten en un libro, en que ninguna persona, sin mision particular, ha de ir á buscarlas. "Todo se vuelve sentimiento en un corazón sensible. Julia no halla en el universo entero, mas que objetos de ternura y de gratitud; donde quiera percibe la mano bienhechora de la Providencia; sus hijos son el querido depósito que ha recibido de ella; recoge sus dones en las producciones de la tierra; ve su mesa cubierta por sus cuidados; se duerme bajo su proteccion; su pacífico despettar le viene de ella; siente sus lecciones en las desgracias y sus favores en los placeres; los bienes de que goza, todo lo que ama, son otros tantos nuevos motivos de homenaje; si el Dios del universo se esconde á sus débiles miradas, donde quiera ve al padre comun de los hombres. Honrar así sus beneficios supremos, no es servir en lo posible, al ser infinito?"

PÁG. 161.

[5] *Desgraciados aquellos hombres que creen de un modo y obran de otro.* "Hay gentes que se limitan á una religion exterior, amanerada, que sin tocar al corazón aquieta la conciencia; con simples fórmulas, creen exactamente en Dios á ciertas horas, para no pensar en él lo demas del tiempo. Escrupulosamente apegados al culto público; nada saben sacar de él para la práctica de la vida. No pudiendo concertar el espíritu del mundo con el del Evangelio, ni la fe con las obras toman un medio que contenta su vana prudencia: tienen unas máximas para creer, olvidan en un lugar lo que han pensado en otro; son devotos en la Iglesia y filósofos en su casa. En tal caso, en ninguna parte son nada; sus oraciones son palabras, sus razonamientos sofismas; siguen por única luz el falso vislumbre de fuegos errantes, que los guia para perderlos." (*Rousseau.*)

Desgraciadamente no se hallan muchas personas que quieran aliar lo que hay de mas incompatible, Dios y Belial, como habla la Escritura; la luz y las tinieblas; el vicio y la religion. Puede darse por ejemplo, este rasgo de la céle-

bre marquez de Montespan." Se habia formado una moral mui laxa para una cristiana, mui severa para la querida de un rey. Sus bellas manos no se desdenaban de trabajar en favor de los pobres. Creia que las limosnas, la frecuencia á los divinos oficios, algunas prácticas exteriores, expiaban ante Dios el desarreglo de su conducta. Se acercaba á la sagrada mesa á favor de algunas absoluciones, alcanzadas por sorpresa de algunos sacerdotes mercenarios ó ignorantes. Un dia pretendió conseguir una de un cura de un pueblo, cuya facilidad le habian ponderado. Mas este hombre de Dios le dijo: „¡que! ¿sois aquella madama de Montespan que escandaliza á toda la Francia? Id, madama, renunciad á vuestros culpables hábitos y luego vendréis á este tribunal terrible." Salí furiosa, fué á quejarse al rey, y le pidió justicia de la generosa firmeza del confesor, como si fuese un ultraje; pero el monarca no creyó que su autoridad se extendiese hasta juzgar en los sacramentos lo que pasa entre Dios y el hombre. (*Diccionario de educacion.*)

PÁG. 186.

(6) *Si amas la gloria.* Hai en la vida de San Ignacio un rasgo que siempre me ha conmovido. Empeñó ganar para Dios á Xavier que enseñaba la filosofía. Xavier tenia ingenio agudo, humor agradable, alma noble y costumbres puras: pero era por carácter un poco vano y amigo del boato. Ignacio, que observaba todos sus movimientos, viéndolo un dia dispuesto á escucharle, lo estrechó mas vivamente que nunca. „Xavier, le dijo, ¿de qué sirve al hombre ganar el universo y perder su alma? Si no hay mas vida que la presente, ni otra gloria que la del mundo, tendréis razon en no pensar mas que en parecer bien y en elevaros entre los hombres; pero si hay una eternidad, como seguramente la hay, ¿para qué pensais limitar vuestros deseos á solo esto? ¿Y preferís lo que pasa como un sueño sobre lo que no pasará jamás? Creedme, los vanos honores de la tierra son mui poca cosa para un corazón tan generoso como el vuestro: solo el reino de Dios es digno de vos. No pretendo extinguir el ardor que tenéis por la gloria, ni inspiraros sentimientos bajos: sed ambicioso, sed magnánimo; pero llevad mas alto vuestra ambicion; mostrad la grandeza de vuestra alma despreciando todo lo que es despreciable." Xavier movido de estas palabras se rindió al fin y consagró á Dios el resto de sus dias.

(7) *Quita igualmente los abusos de la supersticion y los excesos de la singularidad.* „Los que hablan de las virtudes cristianas, sin estar bien instruidos en las virtudes morales y civiles, á que las primeras son superiores sin serles jamas contrarias; caen en negligencias que fácilmente advierten los que saben los principios. Las negligencias vienen ordinariamente de la prevenicion cómoda para el declamador perezoso, que le hace creer que no se puede pecar hablando demasiado. Sucede algunas veces por esto, que los espíritus escrupulosos que los escuchan, caen con relacion á los otros (muchas veces con relacion á sí mismos), en excesos perniciosos. Pero sucede casi siempre que los oyentes ménos tímidos confunden lo esencial con lo sobreañadido, y no pueden aspirar á esto, dispensándose tambien de lo demas.” [El Abate Terrasson, la Filosofía aplicable, &c.]

(8) *La afectacion y las exterioridades de la Reforma.* „El espíritu de mortificacion está necesariamente unido á la verdadera devocion; pero nada hay mas engañoso que estas exterioridades. Se puede decir en un sentido que, si de todas las virtudes la mortificacion es una de las mas útiles, es tambien una de las mas equívocas, la que prueba ménos en lo exterior, y la que es mas fácil de falsear. Muchas veces es la máscara del hipócrita; es el cartel de casi todas las sectas; es la red en que mas generalmente se deja cojer la credulidad de los hombres, porque es la que mas vivamente hiere los sentidos. Sin embargo, las religiones mas extravagantes la imitaron; y ninguno de nuestros sectarios que conozco ha dejado de acercarse en este género á lo que hacen diariamente por vanidad y por supersticion los Bonsos y los Talapuinios. Un aire masilento, un rostro triste y severo, una cabeza inclinada, todo ese aparato de penitencia y de reforma, que Jesucristo reprendió tan vivamente y con tan sencillas pinturas en los fariseos, no está muy cerca de la virtud; fácilmente se adquiere, y á poca costa forma un santo de la secta y del partido: todo esto tambien se aduna muy bien con la mentira, el dobléz, la murmuracion, la calumnia, la dureza, el orgullo, la obstinacion; pero lo que no se aduna tan fácilmente con los vicios, lo que es muy difícil de falsear, y lo que ninguna secta pudo imitar jamas, es la humildad, la docilidad, la abnegacion de sí mismo, la dulzura y la bondad.

[9] *Yo sé cuales son los limites que ha puesto la religion.* „Esta religion sublime y bienhechora, dice Arnaud, que corriendo siempre al socorro de la naturaleza, le prohíbe dañarse, y le impone la obligacion sagrada de su propia conservacion.” Acúsase á los santos de haber traspasado estos limites. ¿Me será permitido aventurar aquí una reflexion que someto á la crítica de las almas piadosas é ilustradas? En siglos poco instruidos, algunas de nuestras vidas de los santos, ni tan exactas, ni tan precisas como debieran ser, fueron formadas ménos conforme á las miras y conducta de los santos mismos, que conforme á las ideas particulares y á la imaginacion muy viva de quienes bien ó mal trazaron sus rasgos: de donde proviene algunas veces, que por un celo mal entendido inventaran el modelo, que nos presentaban mas bien que copiamos; y echaron en la religion, á juicio de muchas gentes, un borron que por su naturaleza nunca hubiera tenido.

Es menester ademas no pretender de modo alguno dar un golpe á la creencia de la Iglesia, sobre los efectos de la gracia en algunas almas privilegiadas, en quienes Dios ha obrado de una manera muy especial, y en quienes quiso manifestar su poder por caminos extraordinarios. Mas yo quisiera que esa especie de ejemplos no formasen una ley para una multitud de personas á quienes obliga un celo inconsiderado, guíe la presuncion, seduce á veces la vanidad, y que haciéndose homicidas de sí mismas, son muchas veces víctima de la ilusion y del amor propio, creyendo serlo de la penitencia y de la caridad. La moderacion es el carácter del sábio; lo es todavia mas del cristiano humilde y dócil.

Entre las conferencias de Casiano, hay una en la que un solitario pregunta á los demas; ¿cuál de todas las virtudes es la que conduce con mas seguridad á Dios? Cada uno dice su opinion: y el que preside despues de haber recojido todas las opiniones, hace ver que esta virtud es la discrecion; „por que ella es la que apartándose igualmente de los dos extremos, nos enseña á caminar por la senda recta, y no permite que el espíritu se extravíe, ni traspasando por una parte los limites de una justa continencia por un fervor excesivo y una indiscreta presuncion, ni dejándonos llevar por otra, so pretexto de no abrumar al cuerpo, á la relajacion y al ocio.” (Segunda Conferencia, cap. 2.)

[10] *Tales son los tristes caracteres de esa falsa devoción que desacredita la verdadera.* „Lo que distingue mas á los devotos de profesion (los falsos devotos) es esa aspereza de costumbres que los hace insensibles á la humanidad; es ese orgullo excesivo que los hace mirar con lástima el resto del mundo. Cuando se dignan bajar de su elevacion sublime á un acto de bondad, es de un modo tan humillante, compadecen á los otros en un tono tan cruel, es tan rigurosa su justicia, tan dura su caridad, tan amargo su celo, su desprecio se parece tanto al odio, que la insensibilidad misma de las gentes del mundo es menos bárbara que su conmiseracion. El amor de Dios les sirve de excusa para no amar á nadie, no se aman el uno al otro. ¿Se vió jamas amistad verdadera entre los falsos devotos? Mientras mas se desprenden de los hombres, mas exigen de ellos, y se diria que solo se elevan á Dios para ejercer su autoridad en la tierra.” (Rousseau)

[11] *Se trata la piedad como se trataria en el mundo &c.* Así es como el mundo juzga á los ministros mismos de la religion. El vé á los que impunemente se presentan en medio de él, cuando deberian ocultarse y sonrojarse; á los que afectan con la mas criminal indescencia el tono del siglo, las costumbres y las opiniones del dia, bajo un vestido cuyo reflejo, si puedo hablar asi, pone mas en evidencia y hace mas odioso todavía el escándalo de su conducta: los vé y los desprecia; porque aun á los ojos del mundo solo es estimable lo que lleva el espíritu de su estado. Pero no vé á los que crecen en la santa oscuridad de su ministerio, y que podrian mostrarse con ventaja: no vé al sacerdote, al religioso, que se sepultan en el retiro, únicamente ocupados en el estudio, en la oracion, en los deberes que su estado les impone, y los confunde con aquellos que por desgracia tiene á la vista, y que le alusinan en cuanto á su corto número, porque se reproducen en todo lugar y se les encuentra á cada paso: no vé, al menos muchas veces y de cerca, al Pontífice verdaderamente digno de nuestros homenajes, por su celo y por la pureza de sus costumbres: al pastor vigilante limitado al cuidado de su rebaño. Si los conociese mejor, ¡ah! sin duda respetaria sus funciones y sus personas, siendo tan injusto como es.

Por lo demas, hay en todas partes hombres que se engañan; que engañan á los demas; que abusan aun de lo que hay mas santo en el cielo y en la tierra; y Dios los juzgará: mas escúchense á este propósito los sábios consejos que el autor del *Tartufo* pone en boca de Cleante.

„Siempre pasais de un exceso á otro. Veis vuestro error, y habeis conocido que estabais prevenido por un fingido celo; mas para corregiros, ¿qué razon exige que paseis á un error mas grande, y que confundais los corazones de todas las personas honradas con el corazon de un pérfido bribon? Qué, por que un píllo os engañe con audacia bajo el pomposo brillo de un gesto severo, ¿queréis que donde quiera se haga como él, y que hoy no se halle un verdadero devoto? Dejad á los libertinos ese género de consecuencias, distinguid la virtud de sus apariencias: no aventuréis nunca vuestra estimacion tan pronto, y colocaos para esto en la medianía que es menester. Guardaos si es posible, de honrar á la impostura, pero tampoco vayais á injuriar al verdadero celo.”

[12] *Y hallaréis el reposo de vuestras almas.* Jesucristo nos dice tambien, hablando de la humildad: „si no os hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos.” (Math. 18, 3.). Pero es menester no creer por esto, que la humildad cristiana nos haga tomar un carácter de baja za y de abyeccion, que trastorna el órden de la sociedad que nos haga dependientes de aquellos á quienes debemos mandar, ni que la sencillez que nos inspira sea flaqueza é imbecilidad. El mismo Dios que nos dijo: *Sed pequeños como los niños*, nos dijo: *sed prudentes como serpientes, y sencillos como las palomas*. Hay mas; la misma religion que nos dijo: *sed humildes*, nos dijo en mil diferentes modos: *sed grandes, sed valerosos, sed generosos y magnánimos*. Hay en toda alma verdaderamente cristiana una noble altivez, tan distante del envilecimiento y de la bajeza, como de la inchazon y del orgullo. La humildad del cristiano lo eleva, mui lejos de envilecerlo. Solamente por Dios se abate delante de los hombres; y no lo hace sino cuando Dios quiere y como quiere. Opongámosle á los perseguidores y á los tiranos, al mundo y los insentivos honjeros, al respeto humano y á sus cobardes complacencias, á la servidumbre vergonzosa de las pasiones y de los vicios, á la bajeza de la adulacion y de la mentira, á la cábala, á las intrigas, al manejo de las cortes y á todos los indignos procederes de los cortesanos, á todo lo que envilece y degrada. Su alma grande y generosa, sin soberbia

y sin ostentacion, desplega toda su fuerza y su valor; desdena todo lo que no es digno de ella; se levanta sobre todo, y sacrifica todo por la verdadera felicidad y por la virtud.

PÁG. 195.

(13) *Ni aun os dignaréis de excusar sus flaquezas.* Nada mas conforme á la equidad natural, que respetar á las personas piadosas con sus defectos. „He vivido cien años, decia Fontenelle, y moriré con el consuelo de no haber nunca ridiculizado en lo mas leve la mas pequeña virtud.”

El mundo, tan injusto como es, se complace principalmente en hacer caer sobre la piedad las sospechas y el barniz de hipocresía. Sin embargo, la falsa piedad, el abuso demasiado funesto de la religion, ha hecho en todos tiempos, y sobre todo en este siglo, mucho menos hipócritas que el mundo mismo apesar de todos sus escándalos. Hipócritas de rectitud, de providad, de honor; hipócritas de desinterés, de humanidad, de beneficencia; hipócritas de bravura, de valor, de firmeza de alma; hipócritas de sabiduría, de honestidad de costumbres, de delicadeza de sentimiento; hipócritas tambien de incredulidad, de pretendida fuerza de espíritu y de filosofía; hipócritas en todos géneros, que no tienen de las vanas cualidades que afectan, sino el vano renombre que les dan, y las falsas exterioridades de que se revisten: ved aquí lo que el mundo produce en todas las condiciones y sobre todo entre los grandes, ved aquí el secreto importante que procura ocultarnos, y que una fatal experiencia, circunstancias mas ó ménos críticas, á cada momento nos revelan apesar suyo.

PÁG. 196.

(14) *Y adquiere en su seno un vigor nuevo.* „Si alguna vez necesito mi gabinete, será cuando alguna emoción me agita, y cuando estaría ménos bien en cualquiera otra parte. Así es como entrando dentro de mí mismo, recobro allí la calma de la razon. Si algun cuidado me turba, si alguna pena me aflige, allí voy á depositarlos. Todas las misérias se desvanecen ante un objeto mas grande. Pensando en todos los beneficios de la Providencia, me avergüenzo de ser sensible á tan leves pesares, y de olvidar tan grandes gracias. . . . Si la tristeza me sigue allí apesar mio, algunas lágrimas vertidas delante de quien consuela, alivian mi corazon al momento. Mis reflexiones nunca son amargas ni dolorosas; mi arrepentimiento mismo

está exento de alarmas. ¡O Dios de paz! ¡Dios de bondad! Tú eres á quien adoro! ¡Soy obra tuya, lo conozco; y espero volver á encontrarte en el juicio final, tal como hablas á mi corazon durante mi vida!”

„No podré deciros cuanta dulzura dan á mis dias estas ideas, y cuanto júbilo en el fondo de mi corazon. Saliendo de mi gabinete dispuesto de este modo, me siento mas ligero y mas contento. Toda la pena se desvanece, todos los embarazos desaparecen; nada de acervo, nada de angustioso; todo se hace facil y corriente; todo adquiere á mis ojos una faz mas risueña; la complacencia no me cuesta ya nada; amo todavia mejor á quienes aman, y les soy mas agradable. Mi marido mismo está mas contento de mi humor.” Así es como Rousseau hace hablar á Madama de Wolmar.

PÁG. 197.

(15) *Estos dos medios esenciales, la vigilancia y la oracion, contienen todos los demas.* Se puede ver el desatroya de estas verdades en un libro de devocion que no es bastante conocido, el *Combate Espiritual*, obra excelente que conduce á la práctica, y que es el libro de los que comienzan, como el de la *Imitacion* es el libro de los perfectos. El no será nunca el manual de las gentes del mundo; pero lo era de San Francisco de Sales, que confesaba deberle todas las luces que habia adquirido en materias de piedad, y que tan gran maestro se mostró tambien él en su *Introduccion á la vida devota*, y en todas sus obras espirituales, cuya sencillez llena de buen sentido se despreciará tal vez, así como el antiguo lenguaje lleno de gracia y de energía, y su amable sencillez, mientras que se admirarán en todas sus partes los *Ensayos de Montaigne*. Por lo demas, los que quieren ver reunido, hasta en los libros de piedad, los pensamientos y la dición, hallarán mucho con que satisfacerse en los *Pensamientos de Bourdaloue*, acaso tambien mas admirables que el resto de sus obras.

PÁG. 197.

(16) *El recogimiento y el retiro &c.* „La soledad es la dieta del alma” ha dicho ingeniosamente un autor moderno.

„Es menester tener una alma sana para sentir los hechizos del retiro; se ven pocas gentes buenas que se complacen en el seno de su familia y que voluntariamente se encierran allí; si hay en el mundo una vida feliz, es sin duda la que pasan allí; pero los instrumentos de la felic-

dad nada son para quien no sabe ponerlos en obra, y uno no conoce en lo que consiste la felicidad verdadera, sino cuando es propio para buscarla." (Rousseau.)

Nada mas filosófico ni mas cristiano que lo que dijo sobre este asunto el padre Bourdaloue. „No hay estado mas envidiable, ni mas tranquilo, ni mas seguro, que el de un hombre, que en un retiro voluntario sirve á Dios y á su prójimo, sin ostentacion, sin nombradía, contento con un trabajo oscuro, con tal que sea útil y conforme á las miras de la Providencia." [Pensamientos, tom. 2º, Ilusion y peligro de una gran reputacion.]

PÁG. 197.

(17) *La eleccion de libros, de conversaciones.* „Las conversaciones de tuno preparan las costumbres libertinas." [Rousseau].

Y los discursos impíos gastan á la par el espíritu y el corazon.

Lo que hace gemir mas á toda una alma honesta y sensata, es el ver hombres que por otra parte piensan bien y no pasan una vida libertina, que únicamente por chancearse aventuran las conversaciones mas irreligiosas y las máximas mas licenciosas. Se creen plenamente justificados cuando al pie de semejante pasatiempo han hecho una especie de retractacion. Però, á mas de que siempre es mui criminal y mui indecente jugar con materias tan serias, y hacerse, jugando con ellas, eco del vicio ó apóstol de la mentira, el veneno que sus discursos contienen ha producido ya su efecto en imaginaciones tiernas y suceptibles: en corazones medio corrompidos y que solo aguardaban, para serlo enteramente y sin remedio, esta facilidad que se les da de justificarse á sí mismos el desarreglo de sus pasiones; en jóvenes cuyo espíritu fácilmente se abre á las impresiones peligrosas, y que mui mas fácilmente retienen un sofisma ingenioso que los halaga, que conmovese por la desaprobacion que debilmente responde á los capciosos razonamientos que uno puede hacer.

PÁG. 197.

[18] *El sentimiento de la presencia de Dios.* Este recuerdo habitual de la Divinidad este sentimiento mui profundo de su presencia, es una de las señales ménos equívocas de que amamos á Dios, segun la idea tan verdadera como ingeniosa de un autor italiano: *La memoria es como el pulso del amor:* es ademas uno de los medios mas seguros de arreglar bien nuestros pensamientos, nuestros afectos

tos y nuestras acciones. „Qué cosa mas propia para inducirnos al bien y separarnos del mal, que este pensamiento, *Dios me ve?* „Si queréis pecar, decia San Agustin, buscad un lugar en que Dios no os vea.

Para que este sentimiento se imprima con mas fuerza en nosotros y adquiriera mas imperio sobre nuestra alma, es menester no solo penetrarse bien de la magestad y de la inmensidad de Dios, sino acostumbrarse á verlo en todos sus dones; y la naturaleza nos los ofrece por todas partes, es menester ademas no hablar nunca de él sin con el respeto mas profundo. „Yo me acuerdo, dijo Voltaire, que en muchas conferencias que tuve en 1726 con el doctor Clarke, jamas pronunciaba este filósofo el nombre de Dios, sino con un aire de recogimiento y de respeto mui notable. Yo le confesaba la impresion que esto hacia en mí; y me dijo que de Newton habia tomado insensiblemente esta costumbre, la cual debe ser en efecto la de todos los hombres." [Metafísica, cap. 1.º]

PÁG. 198.

[19] *La frecuencia de los sacramentos, que se ha de tener para nosotros el santuario de la sabiduria y la escuela de la virtud.* Así es como se debiera considerar particularmente el tribunal de la penitencia, cuando está desempeñado por un ministro en quien se adunan las leyes y la piedad. Los medio cristianos que desmienten su fé con sus obras, miran la confesion como un yugo intolerable; los que solo tienen una fé parcial, y los que se glorian de no tenerla, la miran como una institucion arbitraria; mas el verdadero fiel, para quien ademas está suficientemente probada por la tradicion mas antigua ó mas sencillamente aún por la autoridad de la Iglesia, la vé al contrario como uno de los socorros mas útiles y mas consoladores que la sabiduria y la bondad divina reservaron á la flaqueza humana. Efectivamente, nada es mas propio para tranquilizar nuestras almas, para traerlos á nosotros mismos, para reprimir y corregir nuestros vicios. [a]. Para formarnos en la práctica de las virtudes, que el uso frecuente del sacramento de la penitencia, recibido con las disposiciones convenientes, y separado de los abusos que se deslizan en las instituciones mas santas. Entre los protestantes mismos, algunos de sus ministros no han tenido dificultad en confesar que la supresion de la confesion entre ellos, habia tenido las consecuencias mas funestas con respecto á las costumbres. La humilde confesion de nuestras faltas cuando

(a) „Se puede mirar la confesion, ha dicho Voltaire, como el mayor freno de los crimenes secretos."

no queda alguna especie de rectitud, el único capaz de producir en nosotros las mas serias reflexiones acerca de nuestros extravíos, de descubrirnos su fuente y de dicipar la ilusion de los pretestos, ó tambien la de los falsos principios que nos háyamos formado hasta entónces. Citaré, para mas garantía de lo que afirmo un rasgo que las personas mejor instruidas acerca de esto me han asegurado, y que al mismo tiempo prueba que la incredulidad está las mas veces en el corazon, mas que en el espíritu.

Un teniente general, que estimaba mucho á un oficial, á quien el mariscal de Sajonia honraba con su confianza, le habia participado sus dudas acerca de la religion. Este oficial, tan distinguido por su piedad como por su valor, lo habia inducido á ilustrarse sobre un objeto tan importante. Vencido por sus solicitudes, se habia determinado á conferenciar muchas veces con el padre Neuville, con el P. Renaud, y apesar de la solidéz de sus racionios, no habia podido llegar á la conviccion, cuando el oficial, haciendo el último esfuerzo lo comprometió á dirigirse á un eclesiástico á quien habia elegido por su confesor. El teniente general fué á verlo de su parte. Díjole lo que lo llevaba, los pasos infructuosos que habia dado para dicipar sus dudas. Señor mio, le respondió el eclesiástico, ¿qué puedo yo decir á mas de lo que os han dicho un padre Neuville, un padre Renaud? Qué razonamientos podré hacer, que tuviesen mas fuerza que los empleados para convenceros? No me queda mas que un recurso, dignos experimentarlo. Entrad á mi oratorio; roguémos al Señor que ilumine vuestro espíritu, que toque vuestro corazon; y comenzad por confesaros.—¡Yo! Señor, si apenas creo en Dios.—Créis en él, Señor mio, y en toda la religion, mas de lo que pensais. Poneos de rodillas; haced la señal de la cruz; voy á recordaros vuestro *confiteor* y á interrogaros. Despues de muchas muestras de admiracion que parecian mui fundadas, de muchas repeticiones sobre sus dudas y aun sobre su incredulidad, despues de contestaciones y dificultades, nuestro militar obedeció alcabo, y respondió sencillamente á las diferentes preguntas que se le hicieron. Se fijó con él la época de sus primeros extravíos, entraron en algunos pormenores sobre los desórdenes que habian sido la consecuencia de ellos. Insenciblemente se abrió el corazon de este hombre; su voz comenzó á alterarse; apesar suyo se escaparon de sus ojos algunas lágrimas: el eclesiástico percibió su turbacion, dejó las preguntas; y entregándose á todo el ardor de su celo, hizo una exhortacion viva y penetrante, que acabó lo que sus interrogaciones y confesiones primeras habian comenzado. ¡O padre mio, le dijo el penitente, al través de mil sollosos, habeis tomado la única senda que podia conducir á mi corazon! Yo soy un desgraciado á quien solo las pasiones extraviaron,

que llevaba su juez en el fondo de su conciencia y sofocaba su voz; que no se atrevia á confesarse de sus crímenes, y que mejor queria no creer nada que ser obligado á vivir bien. Desde mañana volveré á buscaros, y os haré una confesion mas extensa. Hízolo con los sentimientos de la mas viva compuncion, y murió algunos años despues en todos los ejercicios de la penitencia y de una vida verdaderamente cristiana.

PÁG. 198.

[20] *Aquellas prácticas de renuncia y de abnegacion.* &c. „Nuestra libertad, como todas nuestras otras facultades, necesita de ser engrandecida, dirigida y perfeccionada. Para engrandecer y fortificar la libertad, seria menester acostumbrarse desde la mas tierna infancia á no hacer nada sino por eleccion; á no hablar, á no callarse, á no obrar sino despues de habérselo mandado á sí mismo; á desterrar todo ímpetu, todo ardor, todo arrebató que nos sacára fuera de nosotros; en fin á consultar incesantemente á la razon y á ser dócil á ella. Así, para domar un corcel generoso, para darle mas fuerza y agilidad, una mano diestra lo dirige; ora precipita sus pasos, ora le detiene repentinamente enmedio de su carrera, á cada momento le dá un andar nuevo. ¡Desgraciados hombres aquellos que cuales máquinas animadas, siguen irreflexiblemente la propension del hábito! Tal hábito fué indiferente, y aun á veces útil en sus efectos, se hace sin embargo funesto, acostumbrando la voluntad á la servidumbre, y enervando las fuezas de la razon. En estas ocasiones faciles es cuando nuestra razon debe hacer el aprendizaje del imperio que debe ejercer en las ocasiones difíciles. ¡Ah! Sí, mientras que nada le cuesta sino mandar, obedece ó permanece ociosa, ¿cómo se ha de resolver á ejercer un poder honroso en las ocasiones difíciles! El piloto que en un tiempo favorable y sereno no se acostumbra á manejar el timon, ¿qué facilidad tendrá para maniobrar enmedio de la borrasca? . . . ¡O vosotros, que estais llenos del deseo de la virtud, ejercitad las fuezas de vuestra libertad sobre las pasiones nacientes, sofocad en su cuna todos los deseos peligrosos; no olvidéis nunca el precepto del sabio, asotad contra la piedra á los leonsillos cuando estan mamando; si aguardáis que sean mas grandes seréis entre gemidos su presa” [*La verdadera filosofia*]

PÁG. 199.

[21] *Y que ademas nos están prescritas por la Iglesia.* Es cierto que está prescrita por los cánones la asistencia á la

parroquia. Lo está especialmente (al ménos de tres domingos uno) en cuanto á la misa parroquial y á las instrucciones que se dan en ella. ¿Mas qué son hoy para la mayor parte de los cristianos los preceptos de la Iglesia? Los hay todavía mas formales que todo el mundo conoce, y cuya violacion sin causa real y suficiente es un pecado mortal; por ejemplo los del ayuno y de la abstinencia en ciertos dias, de la santificacion de los domingos y fiestas, por la cesacion de la venta ó del trabajo, y la frecuencia á los divinos oficios y á la oracion; ¿Y quién es hoy el que los desempeña como es necesario? Uno se dice cristiano; quiere estar unido por algun lado á Jesucristo y á su Iglesia; segun esto se reserva un dia en la semana para guardar la abstinencia; se reservan dos ó tres por semana en la cuaresma; no se permite vender ó trabajar en los dias privilegiados que se fijan al antojo; ayuna el viernes santo; y á favor de mil pretextos dictados por la pasion, por la sensualidad, por el excesivo cuidado de una salud que solo es delicada y débil para el deber, pero que siempre es fuerte y robusta para los placeres; qué digo? tambien á favor de algunos pasajes de la Escritura Santa, tan mal entendidos como torsidamente aplicados contra el tenor del precepto, se asegura uno, se tranquiliza, se acerca tambien una vez al año á los sacramentos. Es un arreglo que se ha pretendido hacer con Dios, con la Iglesia, con la conciencia, una especie de avenimiento que algunos ministros tienen la bondad de aprobar en el tribunal de la penitencia, por la que creen que se pueden pasar sin ellos siendo muy difíciles. A la verdad, ¿una conducta semejante merece que se llame cristiana? ¿O hombres! que en vuestras opiniones y en vuestras costumbres no sois mas que absurdos y contradicciones, ¿no habrá pues, apelacion de vuestros juicios, y las ilusiones que os hacéis no justificarán en el gran dia del Señor las infidelidades de que os háyais hecho culpables. ¿Ah! dejad de mentir á vuestro propio corazón. Sed cristianos en todo el rigor de la palabra, ó abjurad, á despecho de sus pruebas y de vuestras lices, una religion que os condena y que vosotros deshonrais.

PÁG. 201.

[22] *Su excelencia ó su santidad.* Y no olvidemos que este conjunto tiene principalmente por objeto á Jesucristo, como el único término de toda la religion, y el centro de reunion de uno y otro testamento; que contiene, como garantes de la divinidad de Jesus, en primer lugar las *promesas que le anunciaron*; los *justos*, que fueron figura de él; los *profetas* que lo predijeron; que vieron la mezcla admirable de su divinidad y de su humanidad, de su grandeza y de sus ignominias; que á causa de él, y para hacer de

antemano mas sensibles sus profecias, han predicho igualmente las revoluciones de los mas grandes imperios; en segundo lugar, *Jesucristo mismo*, tan distinto del resto de los hombres por su carácter enteramente divino, por la extension de su poder, por la sublimidad de su moral, por el espíritu de su religion, que, como se ha dicho muy bien, pareciendo no tener mas objeto que la felicidad de la otra vida, hace tambien nuestra felicidad en esta; en tercer lugar, los apóstoles, desde luego tímidos, groseros, carnales, sin educacion, sin literatura, muy poco después transformados en hombres nuevos; se dividen el universo para ilustrarlo y renovarlo; y dan testimonio á costa de su sangre de hechos que pasaron públicamente y á su vista, lo mismo que otros muchos discipulos; en cuarto lugar el *establecimiento del cristianismo* por medios tan débiles, tan poco naturales, tan poco humanos, y que no tenían, segun es el curso ordinario de las cosas, ninguna proporcion con una empresa tan grande; en quinto lugar, *los judios*, que miran cumplirse en ellos mas ha de diez y ocho siglos aquella imprecacion de sus padres, cuando pidieron con tantas instancias la muerte de Jesucristo, que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos; en sexto lugar, *el estado de la sociedad cristiana*, bajo el gobierno de un gefe sucesor del primero de los apóstoles, y bajo el de los obispos que de edad en edad le han sucedido igualmente; sociedad en la que se cumplen tan fielmente las promesas del Salvador, sociedad siempre subsistente en una gran parte del universo, siempre visible, siempre una, siempre triunfante, apesar de tantos enemigos conjurados para destruirla.

CARTA QUINCAGESIMA NOVE-

NA
DE EL CONDE DE VALMONT Á SU PADRE.

Sin el triste castigo que me habéis hecho presentir, sin aquella dolorosa imágen de mi desgraciado amigo, que muchas veces me persigue, y que en muchos momentos viene á perturbar mi alegría mas viva, yo seria, padre mio, el mas afortunado de todos los hombres. Ya conozco, ya gusto todas las ventajas y todos los hechizos de la religion. Mis pasiones están mas calmadas; mi espíritu está mas tranquilo; mi conciencia reposa cuanto es posible, y mi corazón está satisfecho.

parroquia. Lo está especialmente (al ménos de tres domingos eno) en cuanto á la misa parroquial y á las instrucciones que se dan en ella. ¿Mas qué son hoy para la mayor parte de los cristianos los preceptos de la Iglesia? Los hay todavía mas formales que todo el mundo conoce, y cuya violacion sin causa real y suficiente es un pecado mortal; por ejemplo los del ayuno y de la abstinencia en ciertos dias, de la santificacion de los domingos y fiestas, por la cesacion de la venta ó del trabajo, y la frecuencia á los divinos oficios y á la oracion; ¿Y quién es hoy el que los desempeña como es necesario? Uno se dice cristiano; quiere estar unido por algun lado á Jesucristo y á su Iglesia; segun esto se reserva un dia en la semana para guardar la abstinencia; se reservan dos ó tres por semana en la cuaresma; no se permite vender ó trabajar en los dias privilegiados que se fijan al antojo; ayuna el viernes santo; y á favor de mil pretextos dictados por la pasion, por la sensualidad, por el excesivo cuidado de una salud que solo es delicada y débil para el deber, pero que siempre es fuerte y robusta para los placeres; qué digo? tambien á favor de algunos pasajes de la Escritura Santa, tan mal entendidos como torsidamente aplicados contra el tenor del precepto, se asegura uno, se tranquiliza, se acerca tambien una vez al año á los sacramentos. Es un arreglo que se ha pretendido hacer con Dios, con la Iglesia, con la conciencia, una especie de avenimiento que algunos ministros tienen la bondad de aprobar en el tribunal de la penitencia, por la que creen que se pueden pasar sin ellos siendo muy difíciles. A la verdad, ¿una conducta semejante merece que se llame cristiana? ¿O hombres! que en vuestras opiniones y en vuestras costumbres no sois más que absurdos y contradicciones, ¿no habrá pues, apelacion de vuestros juicios, y las ilusiones que os hacéis no justificarán en el gran dia del Señor las infidelidades de que os háyais hecho culpables. ¿Ah! dejad de mentir á vuestro propio corazón. Sed cristianos en todo el rigor de la palabra, ó abjurad, á despecho de sus pruebas y de vuestras lices, una religion que os condena y que vosotros deshonrais.

PÁG. 201.

[22] *Su excelencia ó su santidad.* Y no olvidemos que este conjunto tiene principalmente por objeto á Jesucristo, como el único término de toda la religion, y el centro de reunion de uno y otro testamento; que contiene, como garantes de la divinidad de Jesus, en primer lugar las *promesas que le anunciaron*; los *justos*, que fueron figura de él; los *profetas* que lo predijeron; que vieron la mezcla admirable de su divinidad y de su humanidad, de su grandeza y de sus ignominias; que á causa de él, y para hacer de

antemano mas sensibles sus profecias, han predicho igualmente las revoluciones de los mas grandes imperios; en segundo lugar, *Jesucristo mismo*, tan distinto del resto de los hombres por su carácter enteramente divino, por la extension de su poder, por la sublimidad de su moral, por el espíritu de su religion, que, como se ha dicho muy bien, pareciendo no tener mas objeto que la felicidad de la otra vida, hace tambien nuestra felicidad en esta; en tercer lugar, los apóstoles, desde luego tímidos, groseros, carnales, sin educacion, sin literatura, muy poco después transformados en hombres nuevos; se dividen el universo para ilustrarlo y renovarlo; y dan testimonio á costa de su sangre de hechos que pasaron públicamente y á su vista, lo mismo que otros muchos discipulos; en cuarto lugar el *establecimiento del cristianismo* por medios tan débiles, tan poco naturales, tan poco humanos, y que no tenían, segun es el curso ordinario de las cosas, ninguna proporcion con una empresa tan grande; en quinto lugar, *los judios*, que miran cumplirse en ellos mas ha de diez y ocho siglos aquella imprecacion de sus padres, cuando pidieron con tantas instancias la muerte de Jesucristo, que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos; en sexto lugar, *el estado de la sociedad cristiana*, bajo el gobierno de un gefe sucesor del primero de los apóstoles, y bajo el de los obispos que de edad en edad le han sucedido igualmente; sociedad en la que se cumplen tan fielmente las promesas del Salvador, sociedad siempre subsistente en una gran parte del universo, siempre visible, siempre una, siempre triunfante, apesar de tantos enemigos conjurados para destruirla.

CARTA QUINCAGESIMA NOVE-

NA

DE EL CONDE DE VALMONT Á SU PADRE.

Sin el triste castigo que me habéis hecho presentir, sin aquella dolorosa imágen de mi desgraciado amigo, que muchas veces me persigue, y que en muchos momentos viene á perturbar mi alegría mas viva, yo seria, padre mio, el mas afortunado de todos los hombres. Ya conozco, ya gusto todas las ventajas y todos los hechizos de la religion. Mis pasiones están mas calmadas; mi espíritu está mas tranquilo; mi conciencia reposa cuanto es posible, y mi corazón está satisfecho.

¡O Dios mio! ¡por qué os he conocido tan tarde! ¡y cuan ciegos son los que buscan lejos de Dios la verdad y la bienandanza!

En el silencio del retiro, á favor de un guia tan tierno como sábio, he meditado los objetos que me habéis pintado, aquellos poderosos motivos de una perfecta conversion á Dios; aquellas grandes verdades cuyo primer brillo, me habia herido tan vivamente desde el momento en que recibí vuestra carta. ¡Qué felices rayos de luz me han comunicado! ¡qué sentimientos han desarrollado en mí! ¡Oh! ¡qué grande y misericordioso me ha parecido Dios! ¡pero cuán criminal me he encontrado yo! ¡qué pequeño y miserable me he visto en su presencia! Yo he repasado mis años en la amargura de mi alma; he subido á la fuente vil é impura de mis desórdenes y de mis errores; he seguido su huella; y ¡qué he notado, gran Dios que no fuese propio para humillarme y confundirme!. Encorvado bajo el peso de mis infidelidades, he descubierto mi vergüenza y confesado mis crímenes. El cielo se dignó escucharme. Con el socorro de su ministro ayudaba tanto á mi memoria como á mi flaqueza; tocaba, hería mi corazón con la contraposicion penetrante de sus beneficios y de mi ingratitude; exitaba mis gemidos y hacia correr mis lágrimas. ¡Lágrimas mas dulces que amargas, ellas aliviaban este corazón oprimido; eran para mi alma lo que para tierra seca y árida es un rocío abundante en los ardores del estío. El ministro de un Dios salvador ha visto mi arrepentimiento; me ordenó obras de satisfaccion propias para servir de remedio por lo pasado y de precaucion para el porvenir: me dió las mas sábios consejos; me ha fortificado y consolado: y decidido al fin por la proximidad de mi partida, ha abierto en mi favor todos los tesoros de la misericordia de mi Dios; me ha reconciliado.

¡O día feliz que me devolvió todos los derechos á la felicidad, y me ha puesto en posesion de los títulos mas gloriosos, ojalá nunca te olvidel. No,

padre mio, el desgraciado cautivo que derrepente vé romper sus lazos y quebrar sus cadenas no experimenta un contento tan vivo como el que semejante favor me ha hecho experimentar. Mucha razon teniais en decirlo: si la penitencia tiene sus rigores, si exige privaciones y sacrificios. ¡Oh! qué bien recompensada queda con la uncion de la gracia que los acompaña! ¿Mas qué digo sacrificios? Mi amada Emilia, es la que hace uno á su ternura y á nuestra union; la que huella con los pies las riquezas y las grandezas, cuando podia gozar de ellas con tanta virtud: mas encuan-to á mí, á quien las arrebatan, para nada consentí en perderlas; yo cuyas inclinaciones habian envenenado tanto y cuya conducta habian desarreglado; yo, padre mio, que tan mal usaba de ellas, y que por mis deseos insaciables formaba con ellas mi tormento, ¿de qué sacrificios puedo gloriarme? ¿y qué pérdida tengo perdiendo tales bienes? ¡Ah! yo gano todo, puesto que comienzo á conocer la felicidad. Esta solo se halla en el cumplimiento de nuestros votos siempre renacientes, en la consecucion de nuestros proyectos tan mal concertada como se halla, en la moderacion de nuestros deseos; y solo la religion nos la dá.

¡Qué recuerdo para mí el de los exesos, de la ceguedad y de las desgracias de que me he escapado! ¡qué pasiones me agitaban! ¡qué vicios habia contraido! ¡qué sistemas extravagantes he adoptado sucesivamente! qué habito de falsedad habia contraido! Vos solo me obligáis á una especie de respeto á la verdad; mas que bien consigo ahora lo precioso del amor que habéis querido inspirarme hácia ella, cuán necesaria nos es la rectitud del espíritu y del corazón, y qué influencia ejerce para el bien sobre nuestros afectos y sobre nuestras costumbres. Sí, padre mio, el carácter de un hombre veráz se ha hecho á mis ojos el mas santo, el mas augusto de todos los caracteres; y si yo hubiéese conservado el mio tal como se tuvo cuidado en formármelo, ¡Ay de

mi! jamas, jamas, hubiera dejado de ser fiel. Falsos amigos, ayudados del fuego de mis inclinaciones, me arrastraron, me pervirtieron. ¡Ah! ¿de qué medios se ha servido Dios para convertirme! Me conservaba una esposa tierna y piadosa, cuyo carácter dulce é insinuante, cuyos atractivos, siempre sencillos y puros me aficionaban á ella, cuando al parecer de ella me alejaban; cuyos ejemplos me contenian, cuya virtud me sujetaba con imperio cuando era bastante vil para tener sospechas de ella. Me conservaba un padre bueno, indulgente, lleno de celo, pero de un celo ilustrado, prudente y circunspecto; un padre, un amigo, que tenia consideracion á mi debilidad, que sostenia mi confianza, que con arte aplacaba el ímpetu y el fuego de mis pasiones; sin tal padre, sin semejante amigo, la conversion á la verdad y á la virtud nunca se me hubiera facilitado. Este Dios bueno me preparaba todavía sucesos desgraciados, pero útiles; lecciones, revoces. ¡Oh! ¿qué no ha hecho en mi beneficio! Despues de tales favores, ¿qué grandes cosas no debe prometerse de mi reconocimiento! ¿Y quién mejor que yo debe celebrar sus misericordias con la perseverancia en servirle!

Hoy mismo aguardo de su infinita bondad una nueva gracia, que va á poner el colmo á todas las demas. En estos dias de salud en que un precepto formal de la Iglesia llama á sus hijos á la mesa santa, se me permite, por mas indigno que me haya mostrado hasta hoy, sentarme allí con ellos. Se me asegura que Dios atenderá á la sinceridad y la viveza de mi arrepentimiento; que vencido por mis gemidos y mis lágrimas, me iusta, me manda que me acerque; y sin embargo, temo tanto como deseo que este momento se aproxime. No veo mi indignidad sino con terror; no miro la magestad de mi Dios, sino con sobrecogimiento y turbacion. Por otra parte, su bondad me asegura; las tiernas parábolas del Evangelio me alientan; por la confianza que me inspiran; la idea de felicidad que voy á gozar me trasporta y me arrebatada.

¡Ah! ¿lo creeréis? Yo conocia todavía todo el precio de tal felicidad, despues que por mi culpa me privé de ella, y en los primeros tiempos de mis extravíos. Sí, padre mio, hace un año, que en un dia como el en que os escribo, combatido por un resto de fé, por mis dudas, entré en el templo, sin saber bien lo que iba á hacer en él: ví el dichoso concurso de los fieles que rodeaba los santos altares, y se alimentaban con el pan de los ángeles: su fé, su piedad, su porte modesto, una expresion de contento y de júbilo pintada en todo su exterior, el recuerdo de las inefables dulzuras que yo habia gustado en esta accion santa cuando la hice por primera vez, todo se adunaba en aquel momento para producir en mí las mas fuertes impresiones: me oculté para derramar lágrimas; me compadecí yo mismo del estado de duda en que me habia undido, de las perplejidades que sentia; me reproché una conducta tan diversa de lo que habia sido cuando no habia perdido la fé; eché ménos mis primeros afectos, y parecia que los iba á recobrar mas vivos y mas puros que nunca. Mas ¡ay de mí! ¡Volví á ver á Lausane, á Senneville y todo se olvidó.....!

En el momento en que os escribo comienza para mí la luz. Al fin brilla para mí la aurora del mas hermoso dia; la he prevenido para desahogar mi corazon y para conversar con vos. La union mas santa va á poner el colmo á mi dicha. ¡Ah! ¡Quiera el cielo que sean duraderas sus consecuencias, que nada en lo futuro me haga ingrato y perjuro, que nada del mundo sea capaz de alterar mi fidelidad! Yo me apoyo en la gracia de mi Salvador, mucho mas que en mis resoluciones y mis promesas; mas lo que creo poder asegurar es, que ahora Jesucristo es todo para mí. Su doctrina me encanta; sus ejemplos me inflaman; su vida, su muerte, su sacrificio, el don que me hace, todo arrebatada mi corazon y enciende mi amor. Medito sus beneficios y sus leyes, le contemplo, le admiro; y desengañado como estoy de toda la falsa idea de

grandeza y de heroísmo, de todos los vanos objetos de mi culto y de mis homenajes, mi Dios, mi Señor, mi modelo, mi héroe es Jesucristo.

¡Cuánto amo, cuánto reverencio las virtudes que este hombre Dios me enseña! ¡y cuán dispuesto estoy á seguirlas! ¡Oh padre mio! ¡qué espectáculo es á mis ojos el del cristiano verdadero! ¡verdaderamente virtuoso, porque todas sus miras, sus acciones van dirigidas á este fin único, la gloria de su Criador; virtuoso apesar de las pasiones, apesar del ejemplo, apesar de las preocupaciones y de la costumbre; sin cesar luchando contra el mundo, contra el demonio, contra su propia flaqueza; y siempre vencedor, siempre refiriendo sus triunfos á Dios; siempre recto, equitativo, templado, bienhechor; siempre firme en sus principios; siempre de acuerdo consigo mismo, su vida se desarrolla con un sistema uniforme de conducta y de sabiduría, consagrado totalmente al honor y alabanza de su Dios!

¡Qué contraste con el carácter de los incrédulos tales como los he visto, tales como los he conocido en su mayor parte! Sin principios fijos, sin freno, sin regla de costumbres y de conducta, sin otra ley que sus inclinaciones, sin otro fin que el placer, sin otro móvil que el interes del momento, casi todos sin juicio y sin razon; ¡he podido confesarlos por mis maestros, ó de gloriarme á veces de tenerlos por mis discípulos? ¡Ah! ¡qué sistemas los suyos! ¡qué horribles sistemas! son tales, que cuando los exponen no quisiera uno depender de un hombre que los redujese á práctica, y que admitiese para sí mismo y en el curso de su vida las horribles consecuencias!

Hoy que repaso todos sus sofismas, todos sus vanos razonamientos, me parece que veo ese conjunto de imposturas huyendo y desapareciendo á vista de la verdad eterna, como se desaparecen y dici-pan las sombras de la noche al venir un dia claro. Me parece que escucho al padre de las luces, dicipar aquella nube tenue que osan levantar en su pre-

encia, y que mui indignado de su presuncion y de su osadía les decia como en el libro de Job: "¿Quién es aquel que mezcla sentencias con discursos llenos de ignorancia y de locura?" Con todo, estos son los hombres á quienes he visto formar una liga contra su Señor y contra su Cristo; tratar de espíritus débiles y supersticiosos, de fanáticos y de entusiastas á todos aquellos que no piensan como ellos: repeler en alta voz y sin miramiento los tiros que se dirigen contra la irreligion; y desafiando juntamente á Dios, á los hombres y á las leyes, presentarse desvergonzadamente como los apologistas del vicio y de la impiedad. ¡Oh Dios mio! ¿os dignaréis olvidar que he tomado parte en sus blasfemias, y que he podido sentarme en medio de ellos? ¡Ah! perdonad, Señor, los extravíos de mi juventud; perdonadme los errores que corro á retractar al pié de vuestros altares, y que mi corazon desaprueba para siempre.

Se acerca el momento feliz por que suspiro, y voy de nuevo á prepararme para él. Dentro de poco, padre mio, vuelo á vuestros brazos con mi querida Emilia, y con toda la amable familia que me habeis enviado. Todo está dispuesto para nuestra partida. Mañana dejaré una mansion de la que nada echaré ménos, pues lo hallaré todo cerca de vos.

¡Adios, mundo engañoso, que me habias seducido, que me habias prometido felicidad y nada me has dado! ¡Adios, favores todos de la corte, que érais el objeto mas vivo de mis votos, y que hoy lo sois de mi indiferencia! Voy á aprender lejos de vosotros á ser veráz, prudente y virtuoso. Bajo los auspicios del mejor de los ciudadanos, del mas tierno de los padres, voy á aprender en adelante á ser yo tambien ciudadano, á hacerme digno por mi estudio y por mis cuidados de servir alguna vez á mi rey, á mi patria, si mi rey se digna perdonarme; y si muero en su desgracia, habré por lo ménos enseñado á mis hijos á servirle y amarle. ¡Adios, mis amigos antiguos, mis compañeros de incredulidad! Conoceréis mi cambio, porque yo no temeré mani-

festarlo; tendréis lástima de mí, y yo no me sonrojé de esto; con el auxilio de vuestras ingeniosas burlas, pondréis á los burlones de vuestra parte y no tendréis razon; me compadeceréis, y yo me compadeceré todavía mas de vuestra ceguedad, y rogaré al cielo que dicipe vuestras tinieblas, y me felicitaré cada dia porque no pienso como vosotros. Gracias á la religion, voy á tener principios, costumbres: pues nada de esto tenia.



REMISION

que se hallaba al fin de la carta 51 que el Conde de Valmont escribió a su padre, rindiendose a las pruebas de la religion. Vease la nota de la carta 49, pagina 45.

Os remito copia del proyecto que el desgraciado Lausane habia puesto bajo la cabecera de su cama, y que yo aperebí allí en el momento de su muerte. No está escrito de su mano; ni creo que sea de él, aunque allí reconozco su espíritu y sus principios: sin duda lo emprendieron de su orden, y he tenido lugar de pensar que su designio era, despues de haberlo meditado despacio, sostenerlo en seguida y difundirlo. Algun dia quizas os dignaréis remitírmelo con las notas que le convengan. ¡Gran Dios, que monstruosa es la incredulidad del siglo, cuando se ve sin disfraz! (a).

(a) Esta copia se halló sin notas. Se ha creído poder formar con un corto número de cambios y ligeras adiciones, el resumen de las obras y de los sistemas del dia; y se han puesto en notas las observaciones mas necesarias. La mayor parte de estas adiciones citadas, están tomados de la *Encyclopèdia*, del libro *del Espíritu*, del *Sistema de la naturaleza*, que se han citado con especialidad, así como de la *Interpretacion de la naturaleza*, que aunque mucho mas antiguo que el *Sistema*, le sirvió como de preluicio. Se nos agradecerá que háyamos reemplazado con pasages tomados de nuestros autores modernos, las citas de Bayle, de Espinosa y de todos aquellos, que en tiempos mas lejanos levantaron el estandarte de la incredulidad, en el seno de la religion cristiana.

LA GRANDE OBRA.

El secreto de transformar los metales en oro es una quimera; es obra de la preocupacion: mas la verdadera obra grande, la obra por excelencia, y para decirlo en una palabra, la obra maestra de la filosofia, es establecer la libertad de las opiniones sobre la ruina de las supersticiones, quitar á los hombres sus trabajos, quebrar sus ídolos, ensanchar para ellos el camino de la felicidad, legítimar sus placeres y hacer callar sus temores y sus remordimientos. [a]

Seria menester, para conseguirlo, que los mas ilustrados de nuestros sábios consertasen un plan uniforme que abrazase los medios mas seguros de adelantar esta obra única, el remedio de todos nuestros males y la salvacion del género humano. Aguardando que se reuna para un objeto tan im-

(a) „Es menester para ser feliz, sofocar los remordimientos, ha dicho uno de nuestros sábios; inútiles „antes del crimen, para nada sirven despues que se comete: la buena filosofia se deshonrara ocupándose de „estas feas reminiscencias, y deteniéndose en estas viejas „preocupaciones.” (*Discurso sobre la Vida feliz.*)

¡Qué filosofia la que pretende cegarnos hasta el grado de no reconocer en el hombre un sentimiento moral, una conciencia, remordimientos que son consecuencia del des-arrovo de su razon y que forman parte de su naturaleza! ¡O filósofos! ¡tal es en parte lo que llamais preocupaciones! Veause las cartas 21 y 23 del tomo 1.º

No disimulemos la respuesta dada por estos mismos sábios; es calumniar la filosofia imaginar que invita al crimen librado de los remordimientos; invita solamente al reposo en el crimen.

portante [1], ved aquí un plan que creo poder ofrecer á los que se sientan con bastantes fuerzas y luces para trabajar en este género, y cuyo buen éxito me atrevo á garantizarles.

Primeramente, es natural que procuren su seguridad personal; y voy á enseñarles los medios de hacerlo, indicándoles algunos ardides que podrán emplear segun las circunstancias.

Cuando su nombre esté al frente de sus obras, ó teman ser fácilmente conocidos, afectarán un gran respeto á la ley natural, á las costumbres, á la religion en general, y no atacarán esta en particular, sino bajo el nombre de preocupacion, de supersticion, de entusiasmo y de fanatismo. Se darán tambien en ciertos casos para no comprometer su reputacion ó su interes, un medio tinte de cristianismo, que solo engañe á los necios en que abunda el público, y nadarán como se suele decir entre dos aguas. Arrojarán solamente y como á descubierta algunas verdades atrevidas [a], que, si pasan, prepararán en lo sucesivo un libre acceso á verdades mas atrevidas todavia: si no pasan, y llegaren á descubrir al autor, quedará libre con cantar humildemente la palinodia, y con hacer sin rubor una de esas retractaciones que la necesidad arranca, que la mano firma ó la boca pronuncia, pero que el

[1] Era menester tambien que pudieran convenirse en la enseñanza; este era el punto mas difícil. Tiempo hace que se les pedia un cuerpo de doctrina, y no podian darla; siempre dispuestos á desmentirse unos á otros, establecian principios absolutamente contrarios, ó sacaban de ellos consecuencias enteramente opuestas. Mas parece que alcabo han tomado el partido mas corto, y que aproximándose por grados están ahora bastante de acuerdo en trastornar todo principio, en destruir toda verdad, en no tener en todo mas que el movimiento y la materia; y esto es lo que llaman sistema de la naturaleza.

[a] Encyclopedia.

corazon desaprueba, y que el verdadero sábio no desaprobará jamás en el fondo; porque alcabo, ¿hay nada mas sagrado que nuestro interes propio?

Yo no reprenderia tampoco á los que, impelidos por motivos poderosos, se presentasen al culto público, y tratasen de participar de la santa sena, y forzasen al pueblo á creer que piensan como él. Algunos exclamarian horror, idolatría, impostura, pero no nos dejemos aturdir por estos vanos clamores; no se pegarán chasco, sino los que han sido hechos para llevarlo. ¿Y qué es despues de todo la idolatría para los sábios, que generalmente no creen en Dios? ¿qué es sino falsedad cuando con tanta razon de dudar, no se cree ni aun á la verdad? Si hay un momento en que yo quisiera ser bravo dejando caer la máscara, es el de la muerte, en que es menester dejar tras de sí un ejemplo de valor, y en que ya nada hay que arresgar. [b]

Otro artificio mas derecho todavia, para poder permitirse y decirlo todo impunemente, seria publicar sus obras bajo otro nombre; presentarlas como „la obra mas atrevida y mas extraordinaria que el „espíritu humano haya podido producir hasta „hoy [c];” presentarlas como el libro póstumo de algun académico célebre, cualquiera que por otra parte haya sido su modo de pensar y de escribir, y aprovecharse así de su celebridad para acreditar nuestras opiniones. Las gentes buenas podrán indignarse de esta supercheria; pero que nos importa el antiguo-buen natural de estas almas mogigatas y simples! El autor de este escrito supuesto no se mentará sino á los amigos.

En segundo lugar, para alcanzar sobre la supercheria un triunfo mas fácil, y para difundir la luz

[b] Hay despues de esta vida que correr otra especie de riesgos y es la que hace temblar en ese momento de luz á los mas intrépidos. Vease la nota 23 de la carta 31.

[c] Sistema de la naturaleza. Aviso del Editor.

con mas seguridad, nos darémos la mano; formaremos cuerpo, y nos reproducirémos de un cabo al otro del mundo [a].

Harémos prosélitos á cualquiera costa, les prometerémos, ó por lo ménos les harémos ver como recompensa, la proteccion, el favor, la consideracion, la fortuna y los empleos que podámos proporcionarles. Secretarios, preceptores, ayos, instructores, académicos, corresponsales de todas las academias

[a] Los filósofos y los incrédulos se han convertido realmente, segun la observacion de Ivón, „en una secta que la ignorancia admira, que el libertinage protege, que la ambicion de espíritu fuerte preconiza, con „la que es menester procurar no mezclarse para nada, „porque es una secta, y porque tiene los impetus y el „espíritu de venganza.”

Duclos ha dicho una verdad algo dura, y que con dificultad se repite, ni con relacion á él: „desgraciadamente solo los bribones forman ligas; los hombres „de bien se mantienen aislados.” [Consideraciones sobre las costumbres, capítulo 3.º]

Por lo demas, ved aquí como ha pintado un escritor moderno á esta osada secta: „filósofo...! se da este „nombre, como todos aquellos caballeros que pagados „de su razon, que creyéndose llamados á reformar la tierra han declarado guerra contra todas las preocupaciones. „Padames obscuras y mezquinas, que piensan juntamente ilustrar al universo y dirigir á los reyes; fanáticos por orgullo, su loca manía consiste en creerse con derecho exclusivo al génio; aduladores, á la vez que fingiendo desprecio á la grandeza; murmuradores audaces de todo lo venerable; demasadamente crédulos de cuentos „ridículos y neciamente incrédulos, en cualquiera otra materia; piensan que nada se esconde á sus penetrantes miradas; predicán la tolerancia, y son intolerantísimos; „desde un tribunal erigido por ellos mismos, juzgan á todos los talentos como árbitros supremos; protectores „orgullosos de cuantos los adulan, ardientes perseguidores de quienes los reprenden: en fin, se arrojan los „homenajes del mundo entero, con solo haber usurpado „la calidad de sábios.” (Palissot.)

en Francia, en Inglaterra, en Prusia, en Suecia, en Rusia, nombraremos todo, dispondremos de todo para nosotros y para nuestros emisarios. Tendremos una casa en que se recojan muchas noticias, en que se lleve un registro de todos los empleos vacantes, y de todos aquellos que, con las trazas de la nueva filosofía y bajo la garantía de nuestros mas fieles asociados, se presenten á desempeñarlos. Serán otros tantos apóstoles que enviaremos á todas partes sin dificultad, sin molestia, sin peligro y sin tener temor de que sean mártires. Tendremos tambien para las necesidades urgentes una gaceta filosófica y á nuestras expensas, autorcillos famélicos que formen como tropas ligeras siempre dispuestas á servirnos.

Eusatzaremos á porfia á los que piensen como nosotros; y por poco talento que alguno manifieste, harémos de él, á fuerza de elogios pomposos y repetidos de boca en boca, un génio raro y un hombre extraordinario. Deprimiremos al contrario con el tono del mas completo desprecio, á cualquiera que se haga de nombre apesar nuestro, y que manifieste acerca de la religion otras opiniones que las nuestras (a). Ni aun manifestaremos que hemos leído sus escritos; ó si es menester que todo el mundo hable de ellos, nosotros los tomaremos por el aspecto chistoso y ridiculo. Para con ellos y para con todos los hombres emplearemos aquella especie de ceño que sienta tan bien al verdadero sábio, aquel tono arrogante y aquel estilo enfático: „Jóven, „toma y lee. (b).” Emplearemos tambien muchas veces aquellos términos raros, sentenciosos y sublimes, con los cuales se extasía el comun de los hombres: aquellas frases oscuras, inchadas, que ad-

(a) Ninguno tendrá ingenio, sino nuestros amigos y nosotros. (Molière, en *Las mugeres doctas*)

„¿Qué hacen los filósofos, sino darse á sí mismos muchos elogios, que, no siendo repetidos por nadie, casi nada prueban en mi concepto?” (Rousseau.)

(b) Interpretacion de la naturaleza.

mira, que hace valer con tanto mas calor, cuanto ménos puede comprenderlas. „El génio tiende naturalmente á elevarse, y procura la region de las nubes.” Así daremos á todas nuestras producciones un aire grande y misterioso. Para nuestros otros eruditos, „el verdadero modo de filosofar, sería aplicar el entendimiento al entendimiento, el entendimiento y la experiencia á los sentidos, los sentidos á la naturaleza, la naturaleza á la investigacion de los instrumentos, los instrumentos al estudio y perfeccion de las artes, que se echarian al pueblo para enseñarlo á respetar la filosofía (a).”

Repasarémos los siglos pasados de suerte que hagamos entender, que los génios de aquellos tiempos se quedaron muy mas acá de la esfera de nuestros conocimientos, „que solamente habian iluminado á algunas partes de la inmensa noche que circunda los espíritus medianos; que los centros de tinieblas comenzaban ciertamente á ser mas raros y á estrecharse; pero los focos de luz no estaban muy cerca, ni bastante multiplicados, ni bastante extendidos (b),” y que entre nosotros por la antorcha de nuestros conceptos, han comenzado las grandes luces. Probarémos al género humano que somos sus instructores y sus maestros, y siempre sus bienhechores (3).

En tercer lugar, me pareceria muy bien que se formase una grande obra que fuese como el reper-

[a] Interpretacion de la naturaleza.

[b] Allí mismo.

(3) Para pintar á nuestros filósofos con algo mas de verdad, no se puede hacer cosa mejor que tomar la pluma de Rousseau que los conocia tanto, y á quien persiguieron vivamente, merced á la envidia filosófica y literaria. „He consultado á los filósofos, he hojeado sus libros, he examinado sus diversas opiniones: á todos los he hallado arrogantes, afirmativos, dogmáticos aun en su pretendido escepticismo, que nada ignoran, que nada prueban, que se burlan los unos de los otros, y este punto, comun á todos, me pareció el

torio de nuestros descubrimientos y de nuestros conocimientos, y en la que, con giros manejados diestramente se tratase de conciliar las cosas mas opuestas, que no dejarían de encontrarse en una producción tan inmensa; explicar las que no hayan querido anunciarse muy claramente, y dar así á los espíritus inteligentes la palabra del enigma, que siempre quedará lo mismo para los espíritus ordinarios. „Las citas previstas de léjos y preparadas

„único en que todos tienen razon. Triunfando cuando atacan, no tienen virgor cuando se defienden. Si pesais sus razones, solo las tienen para destruir, si contaís sus votos, cada uno está reducido al suyo; solo están de acuerdo para disputar: escucharlos no era el medio de salir de mi incertidumbre. Yo concebí que la insuficiencia del espíritu humano, es la primera causa de esta prodigiosa diversidad de opiniones, y el orgullo la segunda.” ¡Ah! ¡Qué no conociera por una consecuencia recta la necesidad de una revelación!

„Huid, dijo en otra parte, de aquellos que, so pretexto de explicar la naturaleza, siembran en el corazón de los hombres doctrinas desoladoras, y cuyo escepticismo aparente es cien veces mas afirmativo y mas dogmático, que el tono decisivo de sus adversarios. Bajo el altanero pretexto de que solo ellos son ilustrados, veraces, de buena fé, nos sujetan imperiosamente á sus decisiones cortantes, y pretenden darnos por principios verdaderos de las cosas los inteligibles sistemas que han levantado en su imaginación. Por lo demas, trastornando, pisoteando cuanto los hombres respetan, quitan á los afligidos el último consuelo en su miseria, á los poderosos y á los ricos el único freno de sus pasiones; arrancan del fondo de los corazones los remordimientos del crimen, la esperanza de la virtud, y todavía se precian de ser los bienhechores del género humano. Jamas, dicen, la verdad es dañosa á los hombres: yo lo creo como ellos; y esto es en mi concepto una prueba concluyente de que ellos no enseñan la verdad.” Con mucha cordura decia un hombre de mucho ingenio, en la justa indignación de que estaba lleno: *initium sapientiæ, timor philosophorum.*

„con destreza, tienen la doble función de confirmar y de refutar, de turbar y de conciliar. La obra entera recibe de ellas una fuerza entera y una utilidad secreta, cuyos efectos sordos son necesariamente sensibles con el tiempo (a).” Podía suceder en muchos casos que los disfraces estuviesen mas en las palabras que en las cosas; pero este método anunciado con cierta confianza, engañará por lo ménos á los ignorantes. Yo quisiera que una obra tan importante y que, „no obstante el desórden de las materias, será la admiración de los siglos,” (b) tuviera una especie de uniformidad en las miras, en los principios, en la enseñanza, y que no pasase por toda especie de manos. Pero si la unidad en ningún género puede hallarse (4), si aun se desespera de poner en ella la verdad, que realmente no está en ninguna parte, sino entre no-

(a) *Encyclopédia.*

(b) *Encyclopédia.*

[4] Tenemos una obra casi de este gusto. Vease la crítica que ha hecho el mismo D...., y que se halla en la colección singularmente interesante de las *Memorias de Lunéau de Boisjermain con motivo de la Encyclopédia.* Ved aquí lo que decia D.... respondiendo á unos libreros que vinieron á consultarle sobre el proyecto de una nueva edición: „la imperfección de la Encyclopédia tomó su origen de una muchedumbre de causas diversas. No hubo tiempo de elegir escrupulosamente los colaboradores: entre algunos hombres excelentes los hubo débiles, mediocres, enteramente malvados.... Unos trabajando sin honorario, por mera afición á los editores, perdieron pronto su primer fervor; otros, mal recompensados escribieron como se dice según la paga, otros hubo que encargaron toda su tarea á una especie de mozos que se encargaron de ella por la mitad del precio que aquellos habian recibido.....hubo otra raza detestable de trabajadores que, no sabiendo nada, y preciándose de saberlo todo, procuraron distinguirse por una universalidad desesperante, se arrojaron á todo, todo lo embrollaron, lo gastaron todo, poniendo su enorme hoz

sotros, por lo ménos será menester ensalzarla, apuntarla con el favor de los funcionarios públicos y formando, en lo posible, el diccionario de la nación, aun á despecho de ella.

En cuarto lugar, para la mas pronta destruccion de todo linage de fanatismo, es esencial establecer en todas nuestras obras, sin distincion ninguna la tolerancia religiosa y la tolerancia civil, „porque esta distincion es una quimera,“ el tolerantismo universal excepto para los intolerantes (a); y esta palabra se extiende demasiado. Solamente con estos nada de armonía, nada de paz, ni de tregua. Las invectivas mas sangrientas, las ironias mas picantes, la mas depreciativa rechifla, [5] las injurias mas groseras, si es menester, y la justa imputacion de cuanto los juzgásemos capaces de hacer, aun cuando no lo hayan hecho: veed aquí, con relacion

„en mi s agena. La Encyclopédia fué una gran concavidad, en que estas espe ies de trapetes echaron „mezcladas i finidad de cosas inconexas, mal redactadas, „buenas, malas, detestables, verdaderas, falsas, inciertas y siempre incoherentes y disparatadas, &c. &c.“

Para apreciar bien esta obra, agreguemos todavia el juicio imparcial que el editor ha formado en la palabra *Encyclopédia*. „Aquí estamos abotagados y de un gran „volumen; allá flacos, mezquinos, secos y descarnados. „En un pasage parecemos esqueletos; en otro tenemos „un aire hidropico; somos alternativamente ó enanos „ó gigantes, colosos y pigmeos, rectos, bien hechos y „proporcionados, chuecos, cojos, contrahechos. Añadid „á todas estas extravagancias las de un discurso enteramente abstracto, oscuro ó estudiado, las mas veces descuidado, vulgar y bajo, y comparad la obra „toda con el monstruo del Arte poetico, ó con alguna „otra cosa mas fea.“

[a] Se conoce una carta de Voltaire escrita con estas palabras. „Solo una cosa detesto en el mundo y „es á los intolerantes. ¡Ojalá viera yo á todos estos „fanáticos eternamente aplastados por un rayo, ser testigo de esto y morir de placer!“ ¡que espíritu de tolerancia, cuanta humanidad en semejante deseo!

á ellos, la única conducta y el único lenguaje que nos conviene emplear [6].

Todo es bueno y nos conviene, cuando se trata de rehabilitar los verdaderos principios y de derrocar el ídolo del cristianismo, erigido por la supersticion. Contra él es menester dirigir todos nuestros esfuerzos; es menester que le hagamos de cargo la ignorancia, la credulidad, el fanatismo, las guerras, la tiranía y todas las plagas que afligen al linage humano. Degradarémos á todos sus héroes, á un Constantino, á un Teodosto, á un Luis IX; al contrario exaltarémos á los enemigos del nombre cristiano, á Juliano, por ejemplo, no obstante sus ridículas supersticiones, aun á los ojos de los mismos paganos (7), y á pesar del horror de sus sacrificios humanos. Sacarémos al paganismo, si es necesario, del envilecimiento en que cayó; restablecerémos sus dioses; darémos á toda su mitología un sentido racional y los mas engañosos colores; y nos formarémos un sistema de religion mui superior al de la religion cristiana.

Para minar con mas seguridad á esta, inventarémos fábulas, juntarémos cuentos persas, indios ó chinos; recalentarémos historias viejas y su fundamento, que pondrémos gravemente junto á las suyas; darémos á las cosas mas absurdas, á las mentiras mas groseras, un aire de verdad, para hacerlas contrastar con lo que ella nos enseña; y anonadarémos todas estas pruebas, negando con el mayor tono de seguridad los títulos en que se fundan.

Haciéndonos físicos, historiadores, geógrafos, para contradecirla en todos sus sucesos, llevarémos á donde quiera el espíritu sistemático y la marcha sábia de la incredulidad [8]; formarémos cuadros de hombres y de costumbres, llenos de arte y de imaginacion [9]; colocarémos los hechos á gusto de nuestras opiniones y siempre para probar contra la religion alguna gran verdad.

En quinto lugar, como consecuencia de esta tolerancia universal pondrémos por primer artículo de creencia, por primer medio de salud, „pensar

„y obrar libremente” dudar de todo y no creer nada; admitir todo sistema que no sea la religion, como si todas tuvieran sus razones y sus verosimilitudes; cifrar la mas alta sabiduria en el mas modesto pirronismo [a], y disipar así todo el orgullo dogmático y toda la confianza teológica. Tolerar todo, porque no hay seguridad en nada; dos principios que mutuamente se apoyan, y que realmente formarán en la tierra la mansion de la paz y de la concordia, ó, como dicen los supersticiosos, un paraíso anticipado.

Estableciendo la libertad de pensar, claro es que nos reservaremos la libertad de decirlo todo. En efecto ¿de qué serviria para nuestras miras que nos dejarán la una si pretendian quitarnos la otra? ¿y cómo se formaría la comunicacion de luces, sin haber libertad para difundirlas. Llamaráse á este feliz atrevimiento avilantez, libertinage. Pero „el público ilustrado sabe que es útil pensar y decir todo (10), y que los mismos errores dejan de ser peligrosos cuando es permitido contradecirlos.... pronto se unden tambien ellos en los abismos del olvido; y solamente las verdades sobrenadan en la vasta extension de los siglos (b).” Si algunas de estas verdades son necesarias, son principalmente las nuestras, puesto que rompe todas las cadenas de la esclavitud (11).

En sexto lugar, despues de haber adormecido por algun tiempo á los hombres con las bellas palabras de *gran Ser, de ley natural*, y de haberlos entretenido con estos ensueños brillantes, es menester dejar caer, en cuanto podamos sin comprometernos, el velo trasparente con que tapamos nuestras verdaderas opiniones, y con que debilitábamos á los ojos todavía tímidos del vulgo profano el esplendor de la verdad.

„Es tiempo de que la razon, injustamente degradada, deje aquel tono pusilánime que la hacia

(a) Vease la carta XVI del tomo primero.

(b) Prólogo del *Libro del Espíritu*.

„cómplice de la mentira y del delirio. La verdad es una; ella es necesaria para el hombre, jamás puede dañarle.” [a]. Ved aquí el momento en que ella debe brillar con toda su luz; este es el tiempo dichoso de la revolucion predicha por nuestros sábios, este es el gran siglo en que todo el universo se ha de hacer filósofo. Es por tanto necesario que alguno de nuestros gefes publique una de esas obras verdaderamente filosóficas, y pensadas con vehemencia, en que el materialismo sea predicado sin rodeos; esta doctrina ya preparada, anunciada por tantos escritos, pero todavía no publicada tan abiertamente, ni tan perfectamente desarrollada como es de desearse.

Entonces, á la palabra Dios, á este espantajo de flacos y de imbéciles (y hasta hoy casi todo el universo lo ha sido), se sustituirá la gran palabra, *naturaleza*, procurando definirla lo mas claro que se pueda [12].

Que se tenga cuidado en esto, y esto es un artículo importante. Si se deja al pueblo el fantasma de la divinidad, esa vieja preocupacion, la mas antigua, la mas universal, la mas arraigada de todas, ya nada tenemos. Los atributos de sabiduria, de justicia, de amor al orden y al bien, reaparecerán siempre; y con ellos renacerá la ley natural, con ellos se reproducirán las ideas de castigos y recompensas despues de esta vida; por ellos el cristianismo mismo recobrará una fuerza nueva. Porque alcabo entre la idea de Dios tal como lo habian imaginado, y la ley natural; entre ésta, y la religion cristiana, hay mas enlace de lo que se cree ordinariamente. La idea de perfeccion que parece corresponder á esta última, parece como un suplemento necesario á la insuficiencia de la otra. Supuesto Dios una vez, seria mui natural pensar que aquello mas conforme á su santidad y á su gloria procede de él.

(a) Veanse las últimas palabras de la nota 3.^a puesta sobre este documento.

Es pues, de la mayor trascendencia hacer conocer, que aquello que mas admiramos en el universo, puede ser explicado (13) por combinaciones fortuitas, ó hablando con mas exactitud, por la esencia necesaria de las cosas, por las leyes del movimiento y las propiedades de la materia (14).

Aquí se ofrecen de nuevo aquellas graves cuestiones, anunciadas con grandes palabras, ya por sí muy propias para admirar y causar impresion: „Si la materia muerta se combina con la materia viva, ¿cómo se verifica esta combinacion? ¿Cuál es su resultado, si los moldes son el principio de las formas? ¿qué cosa es un molde? ¿es por ventura un ser real y preexistente, ó no es mas que los límites ininteligibles de una molécula viva, unida con la materia muerta ó viva, límites determinados por la energía en todos sentidos? (a).” Cuestiones sábias y profundas, con las cuales nos habremos ensayado para otras obras.

Sobre esto todavía cuidaremos mucho de establecer (a) „que no hay orden propiamente dicho en la naturaleza... que lo que se llama orden, no es mas que el encadenamiento uniforme y necesario de las causas con los efectos, ó la serie de las acciones que provienen de las propiedades de los seres, mientras permanecen en cierto estado (b)... que la inteligencia es un modo de ser y obrar propio de algunos seres particulares; y que, si queremos atribuirlo á la naturaleza, se convertiria en la facultad de conservarse por medios necesarios en una existencia activa. De este modo negando á la naturaleza la inteligencia de que nosotros gozamos, desechando la causa inteligente que se supone motor ó principio del orden que

(a) Interpretacion de la naturaleza.

(a) Sistema de la naturaleza, capítulo 5.º.

(b) „Está en el orden que el fuego nos quema, porque es de su esencia quemar: está en el orden que el malvado nos daña, porque es de su esencia dañar.”

(Sistema de la naturaleza, capítulo 5.º.)

„encontramos en ella, no damos nada á la casualidad ni á una fuerza ciega; pero atribuimos todo lo que vemos á causas reales ó fáciles de conocer (15).

„Cada ser, dirémos tambien, es un individuo que en la gran familia desempeña su tarea necesaria en el trabajo general. Todos los cuerpos obran segun las leyes inherentes á su propia esencia, sin poder separarse un solo instante de aquellas por las cuales obra la naturaleza: fuerza central á la que todas las fuerzas, todas las esencias, todas las energías están sometidas; arregla los movimientos en todos los seres por la necesidad de su propia esencia; los hace concurrir de diferentes maneras á su plan general...; los acrece y los altera, los aumenta y los disminuye, los acerca y los aleja, los forma y los destruye, segun es necesario para la conservacion de su conjunto, hácia lo cual se dirige por necesidad esta naturaleza (c) (16).”

Conforme á estas brillantes verdades manifestaremos que sin orden, sin regla, sin la intervencion de ningun ser inteligente, y solo en consecuencia de las leyes necesarias del movimiento y de las propiedades de la materia el sol, v. g., ese globo ardiente y luminoso, ha sido formado por el incendio de un planeta, que se halló tan exactamente á cierta distancia mas bien que á otra: que nuestra tierra podria muy bien inflamarse á su vez por una consecuencia de las mismas leyes, y convertirse en sol para otro mundo, que en un tiempo fijo se hallase con necesidad de su calor y de su luz: que todos los astros atrayéndose, repeliéndose en razon de su masa y su distancia, gravitando los unos hácia los otros y hácia un centro comun, siguen por leyes tan sencillas su marcha constante y regular, sin que estas leyes tengan otros principios que ellas mismas, sin que esta colocacion, esta relacion de los astros entre sí, su distancia y su masa reciprocas, tan exactamente combinadas para los

(c) Sistema de la naturaleza, capítulo 4.º.

efectos que resultan, hayan sido arregladas de un modo tan preciso mas que por la necesidad de las cosas; necesidad que, como ántes hemos dicho, no es una fuerza ciega, pero tan poco es una fuerza inteligente: que nuestro globo, las plantas, los árboles, los animales, los hombres, los insectos, los frutos, todas las producciones de la tierra, que nos admiran con las incórtadas y felizmente halladas relaciones que en ellas percibimos, no son efectivamente mas que concurrencias necesarias de gérmenes, de moléculas orgánicas, de partes homogéneas, sin que las moléculas, los gérmenes primitivos, las moléculas interiores, tengan otra causa que la esencia y las propiedades de la materia. [17].

Aquí, como en todo lo demas, no tanto se trata de ratiocinar, de probar, cuanto de embrollar, de oscurecer, de negar, de afirmar, de repetir y de concluir; y en el fondo, el punto fuerte para nosotros, es el escepticismo. Tendremos en contra nuestra á los mas profundos geómetras, á los mas sábios astrónomos, á los mas instruidos físicos; porque todos estos creen en Dios: pero seguramente están engañados, pues que todo hombre está sujeto al error. Harémos valer en nuestro favor el sistema de Newton, aunque haya sido tan reverente hácia la Divinidad: alguna frase de Descartes, aunque suponga una inteligencia que disponga sabiamente el movimiento y la materia: alguna experiencia de Necdham, que darémos como demostracion de las generaciones equívocas, bien que este autor de ningun modo sea favorable al materialismo (18); aunque esta experiencia tal cual se hizo, de ningun modo pruebe lo que pretendemos; aunque no admita tampoco esa especie de generacion, considerada por los mejores observadores como una produccion monstruosísima de los siglos ignorantes, ó como una produccion extravagantísima de la moderna filosofía (19).

Importa poco que estas gentes estén de nuestra parte, con tal que nos crean bajo nuestra palabra. Y por otra parte nos habrémos fortificado

mucho, cuando háyamos hablado de la energía de la naturaleza, de su laboratorio secreto, de sus hileras, &c. &c.; cuando háyamos apelado tan abiertamente de la creencia general á la experiencia (a); cuando lo háyamos referido todo á la física, de la que mui pocos saben lo suficiente para descubrir nuestras equivocaciones; cuando háyamos colocado algunos términos geométricos, algunas proposiciones que nadie ignora, y que nosotros habrémos aplicado bien ó mal; cuando nos háyamos equivocado sobre los infinitamente grandes y sobre los infinitamente pequeños. De esta suerte, cuando ménos habrémos hecho una ostentacion de saber que casi siempre engaña; y como la prevencion es la que decide, todo lo hemos conseguido si prevenimos á nuestro favor.

En septimo lugar, el conocimiento mas necesario al hombre, han dicho mui bien los sábios de todos tiempos, es el del hombre mismo, y á nosotros estaba reservado pintar al hombre tal cual es. De este modo le quitamos las locas esperanzas que le engañan en cuanto al porvenir, y le impeden gozar de lo presente; los temores religiosos y los vanos terrores que le hacen cobarde y medroso; que le impiden librarse de la vida cuando empieza á fastidiarse de vivir; que por la idea de un mal quimérico, muchas veces le privan de un bien real; que circunscriben su ser y el uso de sus facultades en vez de ensancharlos; que limitan sus goces y amargan sus placeres.

El hombre es una máquina mejor organizada quiza que las que lo rodean, pero siempre máquina. Puede compararse (a) á una harpa sensible, que suena por sí misma, y quese pregunta qué es lo que produce tal sonido: ella no ve mas que

(a) „No tenemos, dice el autor de la *Interpretacion de la naturaleza*, mas que una experiencia lenta y una reflexion tímida. Mas la filosofía se ha propuesto conmovier al mundo con estas dos palancas.

(a) *Sistema de la naturaleza*, parte 1.^a, capítulo 7.^o.

„su calidad de ser sensitivo se pulsa por sí misma,
„y cuanto la toca, la pulsa y la suena.”

„Y no se diga que es degradar al hombre, re-
„ducir sus funciones á un mero mecanismo; que es
„envilecerle vergonzosamente compararlo con un
„árbol ó con una vegetacion abyecta..... el fi-
„losófo exento de preocupaciones no escucha ese
„lenguage, inventado por la ignorancia de lo que
„constituye la verdadera dignidad del hombre. Un
„árbol es objeto que en su especie une lo útil á
„lo agradable; merece nuestro afecto, cuando pro-
„duce frutos dulces y una sombra grata. Toda
„máquina es preciosa desde que es verdaderamente
„útil, y desempeña bien las funciones á que está
„destinada.”

¡Oh hombre! ¡deja esas vanas prerrogativas con que
te lisongea un orgullo estúpido, y permite que el
sábido te lleve á tu verdadera dignidad!

El hombre tiene su rango en la escala de los
seres; es precisamente un grado superior al oran-
gutan (a): tiene dos facultades (b) „la sensibilidad
física y la memoria; estas dos facultades le son
„comunes con los animales; él solamente les aven-
„taja por la diferente organizacion, pues que tiene ma-
„nos, v. g., y no patas;” lo que no impide como se
percibe claramente, que sea un mero animal, un ser
puramente físico. Lo cual probarémos fácilmente,
haciendo derivar todas sus facultades intelectuales
y morales, como las llaman, de la facultad de sen-
tir y de las operaciones de la materia.

„Y luego hallaréis (*Sistema de la naturaleza*)
„que sentir es aquel modo particular de moverse,
„propio de ciertos órganos de los cuerpos anima-
„dos, ocasionado por la presencia de un objeto ma-
„terial que obra sobre estos órganos, cuyos movi-
„mientos ó vibraciones se transmiten al cerebro. No-
„sotros sentimos á favor de los nervios esparcidos

(a) Mono de especie bastante grande. Veanse en
el tomo 1.º las notas 1 y 5 de la carta XXIV.

(b) *Del Espíritu*, discurso 1.º, capítulo 1.º.

„por nuestro cuerpo, el cual por decirlo así, es un
„grande nervio semejante á un árbol cuyas ramas
„sienten la accion de las raices comunicadas por
„el tronco..... si nos preguntan de donde
„viene á la materia la *sensibilidad*, dirémos que
„es el resultado de una colocacion, de una combi-
„nacion propia del animal (20), de suerte que una
„materia bruta é insensible, deja de ser insensible
„y bruta *animalizándose*, es decir, combinándose
„con el animal. Toda *sensacion* es un sacudimien-
„to dado á nuestros órganos; toda *percepcion* es
„un sacudimiento propagado hasta el cerebro; toda
„*idea* es la imágen del objeto que produjo la sen-
„sacion y la percepcion. La *refleccion* es el ejer-
„cicio del poder que nuestro órgano interior tiene
„para modificarse, para replegarse. El *juicio* es la
„facultad que tiene el cerebro de comparar entre sí
„las ideas ó modificaciones que recibe, ó que tie-
„ne el poder de producir en sí mismo, para des-
„cubrir sus relaciones y efectos.

„Las moléculas materiales que producen todas
„las operaciones de nuestro entendimiento (*Sistema*
„*de la naturaleza, parte segunda, capítulo 5.º*)
„pueden compararse á los dados, es decir, producen
„siempre ciertos efectos determinados; siendo las mo-
„léculas esencialmente variadas por sí mismas y
„por sus combinaciones, son dados, por decirlo así,
„diversos á lo infinito. La cabeza de Homero ó
„de Virgilio no han sido mas que conjuntos de mo-
„léculas, ó si se quiere, *dados por naturaleza*, es
„decir, elaborados de modo que produjesen la *Ili-*
„*da* y la *Eneida*.”

Todas estas nociones acerca del entendimien-
to humano son claras, sencillas, precisas y eviden-
temente solo suponen movimiento y materia.

„Así tambien, la *conciencia* no es mas que el
„sacudimiento distinto ó la modificacion determi-
„nada que experimenta el cerebro. Se llaman *espí-*
„*ritu, honestidad, bondad, prudencia, virtud*, aque-
„llas disposiciones ó modificaciones constantes ó pa-
„sageras del órgano interior, que hace obrar á los

„seres de la especie humana. *El amor propio* es „una tendencia ó direccion, una gravitacion sobre „sí, una *fuerza de inercia*; la inclinacion á un „objeto cualquiera, una *atraccion* tal que está es- „parcida en toda la naturaleza; el *odio* es una re- „pulsion: porque así como la *atraccion* aproxi- „ma todos los seres, cuando están en la esfera de „su accion reciproca, la repulsion los aparta.” (*Sis- tema de la naturaleza, parte 1^a, capítulo 8^o*).

Este sistema físico tan sencillo, tan luminoso, tan fecundo, explica todo y corresponde á todo. Es el de la simpatía y la apatía reducido á sus principios evidentes; ya no son las ocultas cualidades de la antigua filosofía, son las verdaderas propiedades de la materia (21).

De aquí resulta que todo es necesario en el hombre, como en el resto del mundo físico; que no hay libertad en él; que todo está sugeto á los mismos efectos, á las mismas leyes, á los mismos movimientos que el resto de la naturaleza; „con esta diferencia sin embargo, (*Sistema de la naturaleza, parte primera, capítulo 8^o*) que está „movido por un órgano interior, que tiene sus leyes „propias, y que está determinado necesariamente „por consecuencia de las ideas; de las percepcio- „nes, de las sensaciones que recibe de objetos ex- „teriores... Los hombres se hacen buenos ó ma- „los segun el modo con que obran los unos „sobre los otros” (a). Todo esto equivale á una demostracion; y sobre todo, nada me parece mejor imaginado que esa doctrina, *órgano interior*, ella trae consigo por caracteres esenciales la claridad, la sencillez, y la precision.

Si el hombre no es libre, ya no hay para él bien ni mal moral, ni vida ni virtud: quedan desde luego rotas todas las cadenas, quedan gastadas todas las trabas; el hombre no tiene ya mas que seguir su inclinacion que por otra parte lo

(a) Sí; esto es, proporcionalmente á su masa y distancia.

determina necesariamente. De esta suerte podemos ensalzar mucho las pasiones. En todo caso les daremos la preferencia sobre la imbécil y fria razon; las presentaremos como el móvil de las grandes acciones, y como la fuente única de la verdadera felicidad. „Las pasiones fuertes son las que hacen ejecutar acciones valerosas (*Del Espíritu*), concebir aquellas ideas que pasman y admiran á todos los siglos. Por pasiones fuertes, entiendo una pasion cuyo objeto sea tan necesario á nuestra dicha, que no soportémos la vida sin tal objeto (a).”

Y despues de todo, „si examinamos despreocupa- „damamente las cosas [*Sistema de la naturaleza, parte 1^a, capítulo 17*] hallaremos, que la ma- „yor parte de los preceptos que la religion, ó su „moral fanática y sobre natural, impone á los hom- „bres, son tan ridículos como imposibles de prac- „ticar. Prohibir las pasiones á los hombres, es prohi- „birles que sean hombres; es aconsejar á una perso- „na de una imaginacion exaltada, que modere sus „ideas, sus deseos; es aconsejarle que cambie su „organizacion; es mandar á su sangre que corra con „mas lentitud; decir á un hombre que renuncie á sus „hábitos, es querer que un ciudadano acostumbrado „á vestirse consienta en andar desnudo [22].”

No obstante, acerca de esta materia y tratándose de verdades relativas á las costumbres, podria bastar en ciertos casos que se sentaran los principios, sin sacar las consecuencias. ¿Qué digo? Acaso todavía es necesario, para disimular á los ojos del vulgo una doctrina tan elevada y tan contraria á sus preocupaciones, exitar vehementemente á los hombres á la virtud; declamar contra sus vicios; manifestarles cuán léjos van del sendero de la verdad y del bien; hablarles de la honestidad, de la beneficencia, del imperio de la moralidad y de la virtud.

(a) Es cierto que la codicia, la ambicion, el deseo de vengarse, la lujuria, todas las pasiones en una palabra llevadas á cierto el exceso, son muy propias para producir grandes y bellas cosas.

En todo esto solo pulso una dificultad, y es la contradicción que puede hallarse entre nuestros principios y nuestros raciocinios. Si todo es necesario, nos dirán, si también el hombre está bajo el imperio de la necesidad, ¿para qué formar un libro que lo ilustre? Él es lo que debe ser, causas necesarias han producido su estado actual y siempre para el bien de la gran familia, para el sostenimiento del todo, ¿a qué la naturaleza que somete todas las fuerzas, todas las esencias, todos los seres, está esencialmente forzada á dirigirse; está, como todo lo demás, en el orden de la naturaleza, en que todos los seres no hacen mas que seguir las leyes que les están impuestas. Las esencias de las cosas [*Sistema de la naturaleza, parte 1^a, capítulo 12*] han producido sus ideas, sus miras, sus propensiones y hasta la religión que pretendéis destruir. ¿Luego la naturaleza está en contradicción consigo misma? ¿Vosotros mismos pretendéis contrariar su obra bajo pretexto de restablecerla! El hombre sin movimientos espontáneos, sin libertad, ¿puede depravarse por sí mismo? ¿acaso la naturaleza se deprava? ¿impediréis que la piedra sea pesada, que el fuego quemé, que el hombre sea malvado, si por su temperamento y su organización es necesario que lo sea? „Está en el orden que el malvado dañe, porque es de su esencia dañar.” ¿Por qué pues, y á qué fin tantas instrucciones, exhortaciones? Instruid á la piedra para que caiga, é invitadla á que suspenda su caída; reprended al fuego porque quema, y exhortadlo á que reprima su actividad. Si el hombre es un ser puramente físico, ¿qué mayor poder pretendéis sobre él?

Todo esto sin embargo tiene una respuesta; hela aquí. La misma necesidad que os obliga á ser bueno ó malo, me obliga á exhortaros, á ilustraros, á reprenderos á hacer un buen ó mal libro. Todos tenemos razón, puesto que todos estamos bajo el fatal imperio de la naturaleza y de la sociedad.

Por lo demás, fácil es conocer (*Sistema de la*

naturaleza, parte 2^a, capítulo 9) „que solo „nuestros principios pueden dar á la moral una „solidéz inalterable....no se trata de fundarla, ni „de fundar tampoco nuestros deberes en la naturaleza del hombre, en las relaciones que median „entre seres inteligentes que procuran cada uno de „su parte la felicidad....en una palabra, es necesario basar la moral en la necesidad de las cosas.”

Así es como podremos decir con mas autoridad y con fruto (*Sistema de la naturaleza, parte 1^a, capítulo 14*): „sois bueno, porque la bondad encadena todos los corazones....sois dulce, „porque la dulzura atrae el afecto....sois agradecido, porque la gratitud alimenta y nutre la bondad. Sois modesto, porque el orgullo hace repugnantes á los espíritus que lo tienen. Perdonáis las injurias, porque la venganza eterniza los ódios....sois continente, sóbrio, casto, porque el deleite, la intemperancia y los excesos destruirán vuestro ser y le harán despreciable.”

Toda esta moral, establecida en último recurso sobre nuestro propio interes, descansa, como claramente se advierte, en el único fundamento racional, en lo único que nada puede alterar [23]. No es necesario recurrir á las quimeras teológicas para arreglar uno su conducta en este mundo visible. Estará uno en estado de contestar á los que pretenden que sin un Dios no puede uno tener moral [24]. La nuestra, derivada de la naturaleza de las cosas, tiene todavía otra ventaja; en los males de la vida ella nos consuela eficazmente. *Nosotros sufrimos*, podemos decir con los mas dulces sentimientos de confianza y de resignación, *porque es esencial á ciertos seres dislocar la economía de nuestra máquina.* [*Sistema de la naturaleza, parte 1^a, capítulo 12*].

En octavo y último lugar, para la perfección de la grande obra que emprendemos, nos resta quitar á los hombres el oneroso yugo de la sociedad civil, y sobre todo, sacarlo de la dura esclavitud en que los tiene el poder y la política de los soberanos.

Por lo que respecta á la sociedad, (a) „es im-
 „ posible imaginar por qué en el estado primi-
 „ tivo, un hombre tendria necesidad mas bien de
 „ otro hombre, que un mono ó lobo de su seme-
 „ jante.” Es menester pues, en lo posible, llevar
 todos los pueblos á aquel estado en que nuestros bu-
 nos abuelos no conocian los nudos del matrimonio, ni
 los lazos del parentesco. „Formábanse sus unio-
 „ nes por casualidad.... con la misma facilidad se
 „ libraban de ellas. La madre alimentaba luego á
 „ sus hijos por su propia necesidad; y como el
 „ hábito se los hacia mas queridos, los nutria des-
 „ pues por cariño: luego que ya tenian fuerza para
 „ buscar alimento, no tardaban en dejar á la ma-
 „ dre.... muy pronto llegaban al estado de no co-
 „ nocerse los unos á los otros. ¡Feliz estado! Pa-
 „ rece que el linage humano fué formado para per-
 „ manecer siempre en él; y que este estado es la
 „ verdadera dicha del mundo.... el fierro y el trigo
 „ han civilizado á los hombres, y han perdido á la
 „ especie humana.” En su primer origen, con aquel
 modo de vivir sencillo y solitario, no habia que re-
 flexionar, ni que discurrir; no estaba hecho para
 sentir, y casi me atrevo á asegurar, „que el estado
 „ de reflexion es un estado contra la naturaleza,
 „ y el hombre que medita es un animal deprava-
 „ do (25).”

Pero finalmente, si los vínculos del hábito son
 muy fuertes; si la preocupacion está muy arraiga-
 da; si no nos es posible sacar á los hombres de
 esa depravacion, de este temor á que los ha reducido
 la sociedad civil, que con tanta fuerza los tiene apre-
 tados, es menester al ménos atreverse á todo, de-
 cirlo todo, para romper las cadenas vergonzosas que

(a) Véase el *Discurso sobre el origen de la des-
 igualdad &c.* Por lo demas, al citar aquí este discurs-
 o, no pretendo poner al autor en paralelo con el au-
 tor del *Sistema de la naturaleza*; aquel ha probado
 muy bien en muchos pasages de sus escritos, que al
 ménos creía en Dios y en la virtud.

forjan á las naciones los que las gobiernan. ¿No
 es muy extraño, „que el hombre esté sometido sin re-
 „ serva á otros hombres como él, que sus preocu-
 „ paciones le hicieran reconocer como seres de un
 „ orden superior, como dioses de la tierra....?” Tal
 es el triste resultado de la ignorancia. „Por no co-
 „ nocer su propia naturaleza, su propia tendencia,
 „ sus necesidades y derechos, el hombre en la socie-
 „ dad pasó de la libertad á la esclavitud: descono-
 „ ció ó se creyó obligado á sofocar los deseos de
 „ su corazon, y á sacrificar su bienestar á los ca-
 „ prichos de sus gefes.... se aprovecharon del error
 „ del hombre para esclavizarlo, para romperlo, pa-
 „ ra hacerlo vicioso y miserable.” (*Sistema de la
 naturaleza, parte 1ª, capítulo 1.º*).

Es por tanto necesario declamar contra ellos con
 una fuerza nueva, y con un noble entusiasmo. Es
 menester infundir el espíritu republicano en las
 monarquías; armar á los súbditos contra sus prin-
 cipes, por medio de nuestros escritos y de nuestros
 discursos; hacer la guerra contra los reyes de la tierra,
 como contra los dioses del cielo; quebrar el cetro
 en sus manos (*Sistema de la naturaleza, parte
 1ª, capítulo 9*); „dar á la sociedad el poder
 „ de revocar el que ella concede á sus soberanos,
 „ á sus legisladores, á sus magistrados, á sus repre-
 „ sentantes, cuando su interes lo exija; de cambiar la
 „ forma de su gobierno (26); de extender ó limitar
 „ la autoridad que confiere á sus gefes, sobre quie-
 „ nes conserva siempre una autoridad suprema de que
 „ nadie puede privarlo. (27)”

Para conseguirlo, no temamos decir de los so-
 beranos cuanto mal se pueda (28); calumniarlos, si
 es menester, en nuestras historias y á los ojos del
 universo; hablarles tambien á ellos como instruc-
 tores y maestros; decirles á menudo las injurias mas
 ultrajantes, llamarlos vulgo, populacho de los reyes;
 degradar su magestad; pintar, exagerar donde quiera
 los abusos del poder sin conocerlo, con los viles
 políticos, con los frios moralistas, con la pretendi-
 da necesidad y conveniencia; minar el trono, y

trastornar de un solo golpe el altar en que se apoya. La autoridad de los reyes y de los pontífices mutuamente se sostienen; es menester pues atacar juntamente á la una y á la otra (29). „Los ministros del Altísimo, tiranos siempre ó fautores de tiranos, ¿no creen siempre que los monarcas son imágenes del Altísimo? (*Sistema de la naturaleza, parte 2^a, capítulo 9*)... ¿los tiranos y los sacerdotes no han combinado con buen éxito sus esfuerzos para impedir que las naciones se ilustren, que busquen la verdad, que hagan su condicion mas dulce, y sus costumbres mas honestas? Desacreditémos pues juntamente á los reyes, á los sacerdotes y á los magistrados: llamémoslos opresores, bribones, mentecatos, pícaros, malvados (30); y por el contrario, probémos que el espíritu filosófico es el gran pacificador de los estados, y que nosotros somos los sábios por excelencia, y los amigos de la verdad.

Al calce del proyecto, el Conde vuelve á hablar y prosigue así:

¡Oh padre mio! ¿qué sabiduría ésta, ó diré mejor, qué monstruosos excesos! y qué frenesí! ¿Luego ya no hay nada sagrado para la nueva filosofía! ¿Ved aquí, pues, reunidos en un solo punto de vista los sistemas que yo adopté, y los medios que aquellos amigos de la verdad emplean para propagarlos! ¿Ved aquí todos los delirios que sus pasiones producen, y con los cuales rempazan las luces vivas y puras que nos ofrece la religion! La misma exposicion que nos hacen de sus dogmas insensatos y perversos, quitadas todas las precauciones que toman para disimularlos, toda la ostencion que emplean para darles crédito, ¿no seria bastante para refutarlos! El cristianismo tiene sus pruebas, como tiene tambien sus misterios. ¿Pero ellos qué cosa nos presentan? misterios sin pruebas a-

compañados de los mayores absurdos. La materia y el movimiento formando en todas partes obras maestras, por combinaciones que nadie produce, que nadie combina, si no es una ciega y fatal necesidad; efecto sin causa propiamente dicho; una naturaleza contradictoria consigo misma; suposiciones todas gratuitas; definiciones arbitrarias puestas como principios; órganos de nuestras sensaciones, de nuestras percepciones, confundidos con la sensacion y con la percepcion que ellos ocasionan; aniquilada toda verdad moral; sueltas enteramente todas las pasiones; el hombre reducido á vivir en las selvas como los animales, entre los cuales es la especie mas noble, ó segun algunos, la parte mas depravada; la confusion en vez del orden, y la anarquía sustituida á la autoridad civil, á la sabiduría del gobierno; tal es á lo que se reduce toda su doctrina! La falsedad en el carácter y en los manejos; la altanería en la enseñanza y en los procederes; la ironía, la invectiva ó la seduccion en el lenguaje; la extravagancia y la afectacion en las palabras; la confusion y la hinchazon en los pensamientos; el entusiasmo y el delirio en la imaginacion; la osadía y la inconsecuencia en los racionios; la tiranía en las opiniones, á la vez que se predica el tolerantismo; donde quiera las cábalas, la artería y la intriga, la audacia ó la singularidad, una perpetua charlataneria, ¿ved aquí en lo que se fundan sus progresos! y de este modo han podido hallar consideracion y crédito! y todavía el linage humano no se ha levantado contra ellos! ¡Ah! ¡luego en efecto el linage humano es mui estúpido y mui depravado! Mas ¿qué digo? ¿es tan poco numerosa su secta, sin embargo de su pretendido triunfo y de sus clamores! ¡felizmente se desacredita tanto de dia en dia (31)! Que publiquen todavía algunas obras con el gusto que proponen, en el género que han ensayado tan temerariamente, y la ilusion se disipará enteramente. Con una poca de rectitud y de principios en los que leen, no, yo no quisiera mas que sus libros para acabar de desacreditarlos.

¡Empero son muy raros los principios, se dejan los hombres seducir con mucha facilidad!. De manera, padre mio, que yo voy á dar á Mr. de Veymur para que quemese sin compasion todas las obras de esta especie, que yo habia cuidado de recoger. ¡Ah! ¿de qué desgracia no sería causa yo, si durante mi vida ó despues de mi muerte, algunos de estos libros cayeran por mi culpa en las manos de algun desgraciado (32)? un exceso de furor, una muerte violenta serian el triste fruto que sacaría de semejante lectura; y si los quemó, ya lo evito. ¡Ah! ¿qué plagas fueran para la humanidad nuestros sábios, según la reflexion que me habéis hecho, si la naturaleza no hubiese puesto en el corazon de los hombres ese instinto moral que combate fuertemente sus dogmas impios, y si por otra parte no acabaran combatiéndose y destruyéndose á sí mismos! ¡Cuánto hubiéramos perdido con la religion, si hubiéran podido conseguir quitárnosla para siempre [33]! ¡Oh! sin ella no hay creencia en que fijarse; ninguna felicidad que esperar y mucho ménos en que poderse detener: es uno arrastrado por una pendiente rápida; camina uno de deseos en deseos, de fruicion en fruicion, hasta perderse en todos los horrores del infortunio y de la desesperacion. Se pierde de vista todo lo que hay de mas consolador, para no quedarse con mas esperanza que la nada, ni mas motivos de resignacion que la dura ley de la necesidad: mientras que en la religion todo induce á la moderacion, á la templanza, á la prudencia; todo contribuye á mantener la igualdad de ánimo, el contento y la paz en medio de los sufrimientos, todo nos sostiene, nos consuela y nos conduce á la felicidad.

Creerás, me deciais padre mio, en la religion cristiana, cuando la consideres con relacion á la virtud; y yo creo ahora en ella, viéndola solamente con relacion á la verdadera felicidad.

Nuestros filósofos, para gozar mejor, se quitan los medios mas seguros de ser felices. Se abren una fuente inagotable de pesares y de penas; y el único remedio que preparan á sus males es librarse de la vida. Mas según sus mismos principios, ¿están muy ciertos de que nada hay mas allá de ella? ¡y qué! la naturaleza tan previsiva en apariencia y tan sabia en su marcha, tan ciega como se supone en el principio de sus operaciones, esta naturaleza que ha uniformado á todos los hombres en admitir ciertos principios, como necesarios para el sostenimiento del orden y de la sociedad; que les ha dado universalmente nociones del bien y del mal moral; que les ha impreso la idea y el sentimiento de la inmortalidad; que aun en la tierra unió felizmente al vicio la turbacion y los remordimientos, la paz y el contento á la virtud, ¿no podría tambien por sus combinaciones diversas, haber hecho un paraíso para los buenos, y un infierno para el materialista, que piensa como piensa y que obra como obra? ¿no habría efectivamente ménos dificultad en presumirlo, que en dejar de creerlo con estos falsos sábios, para quienes todo lo que se ve bien enlazado, bien ordenado en el universo, ha sido producto solamente de una fatal necesidad?

NOTAS. (a)

PÁG. 233.

(1) ¡Y de qué desgracia no fuera yo la causa si en mi vida, ó despues de mi muerte, algunos de estos libros llegasen á manos de un desgraciado! Nada prueba mejor las funestas consecuencias que puede acarrear la lectura de todos estos libros impios, de todos estos libros falsamente filosóficos de nuestro tiempo, como una anécdota

(a) Las 2, 3 y 4 están puestas al calce del texto, y por eso no aparecen aquí.

sacada de los papeles anglo-americanos. El 11 de Diciembre, al salir el sol, ha pasado en Wetherfield un acontecimiento de la clase mas extraña y admirable. William Beadle, nacido en el medio día de la Inglaterra, y que residió veinte años en América, y cerca de diez en Wetherfield, se habia casado en Wetherfield, con una muger amable y de buena familia. Habia tenido cuatro hijos, cuya educacion dirigia él mismo con sumo esmero, y manifestaba ser juntamente un excelente padre y un buen marido. Despues de algunos años que sus negocios de comercio declinaban, se dio á la lectura, y por desgracia tomó gusto de preferencia por los libros formados contra la religion; adoptó todos los principios de ellos, depuso toda idea de bien y de mal moral, y miró á los hombres como simples máquinas; se creyó con derecho de disponer de su vida y de la de su familia. En sus papeles y en muchas cartas escritas á personas conocidas suyas, pocos dias antes de su muerte, se halló que hacia cuatro años que estaba ocupado en la funesta catástrofe, á que procedió con la mas completa reflexion. Al salir despidió á su criada, única persona de su casa que sobrevivió, á llevar una carta á un amigo vecino á quien anunciaba su terrible resolución, declarándole que antes que hubiese acabado de leerla, estaria con su muger y sus hijos en un estado mas feliz: le rogó que llevase consigo dos personas, que fuesen á su casa sin alarmar á los vecinos, y se revistiera de la posible tranquilidad de espíritu. Al recibir esta carta, el amigo voló; pero era muy tarde; el desgraciado habia empleado el puñal, el hacha y la pistola; se habia servido de las primeras armas para destruir á su familia, y habia vuelto contra sí la última. Algunos dias hacia que guardaba estas armas asesinas en su cuarto, so pretexto de que las necesitaba para los ladrones. Con el mayor secreto y sin que nadie lo advirtiera, quitó la vida á una muger amable á la mitad de su carrera, y á cuatro niños que comenzaban la suya, entre los cuales el primogénito tenia doce años y á la sazón dormia pacíficamente. Parece, segun muchas circunstancias, que antes de que se acostaran les habia dado ópio: terminó esta sangrienta tragedia dándose la muerte á sí mismo. En una de las cartas que habia escrito antes, se leía esto: *por humanidad, por ternura, pues que ningún padre fué tan sensible como yo, preparo la muerte de seis personas.* El jurado, despues de una pesquiza, condenó su memoria; su cuerpo fué expuesto al opróbio público y tirado á un muladar; su muger y sus hijos fueron enterrados con decencia: los corazones humanos y sensibles han derramado lágrimas por la suerte de esta familia; y deplora-

do los funestos principios que formaron un monstruo, de un hombre que antes de su extravío habia merecido la estimacion de sus conciudadanos." PÁG. 240.

(5) *Depresiva rechista.* No solamente contra aquellos que creen en la religion y la defienden se emplea este estilo burlesco y chistoso; sino contra la religion misma: y nuestros espíritus fuertes así es como la atacan con frecuencia. Por mí lo confieso, todas las veces que los oigo divertirse así, á expensas de las verdades mas respetables, dar sus empalagosos chistes y sus pretendidas buenas sentencias por otras tantas demostraciones, hablarnos de Moises buscando y recogiendo las llervas en los bordes del Mar-Rojo, y decirnos otras mil gracias de este jaez, me veo tentado á aplicarles aquella sentencia de Sully, cuando llamado á la corte por Luis XIII, y viendo al derredor de sí á los cortesanos que se burlaban de su vestido, porque no estaba ya en moda, de su porte y sus maneras, dijo al rey: „Señor, cuando el rey vuestro padre de gloriosa memoria, me hacia el honor de consultarme sobre sus grandes é importantes negocios, hacia salir antes á todos los burlones de la corte y á todos los farsantes.”

(6) *La única conducta y el único lenguaje que nos interesa conservar.* Este lenguaje ha venido á ser tan familiar en nuestros sábios, que frecuentemente se sirven de él ellos mismos, para despedazarse los unos á los otros, cuando no son de un mismo dictámen, ó cuando la envidia los irrita.

Así, Rousseau que lo habia experimentado, ha exclamado algunas veces con su vehemencia ordinaria: „Bien, si para ser filósofo, es necesario destruir la reputacion de mis semejantes, publicar á los ojos del universo cosas que deberian permanecer envueltas en un eterno silencio, urdir, dirigir y presidir secretas tramas; en una palabra, si para ser filósofo es preciso renunciar á la humanidad, á la justicia, á la buena fé, yo renuncio á la filosofia y al nombre de filósofo, y dejo este título para tantos pícaros dignos de llevarlo.”

Con tan bello campo como Rousseau abria á los filósofos, ¿á quién de ellos le habria ocurrido intentar en el tribunal de la nacion un proceso para delatarlo? ¿Cómo han despreciado á su turno este nuevo método que algunos de

ellos tan felizmente han imaginado? Yo confieso sin embargo, que ellos dan alguna gana de reír, cuando exhortan tan cordialmente á sus antagonistas á usar con respecto á ellos de una poca mas caridad. No es muy diverso de esto lo que ellos decian: „mis amigos, cuando echamos por tierra como escritores vuestra religion, vuestras leyes, vuestro gobierno, vuestras costumbres, todo lo que tenéis de mas caro y mas sagrado; cuando empleamos contra vosotros la burla, la injuria y la calumnia, dejadnos en paz como filósofos; y puesto que formamos un cuerpo, temblad y respetadnos.”

PÁG. 241.

(7) *Y á pesar del horror de sus sacrificios humanos*, &c. Juliano creía todo, dice Le Beau, excepto el Evangelio. Celso sin embargo de este espíritu de luz, de sabiduría y de caridad que se veía obligado á admirar en la Iglesia de Jesucristo, se empeñó en copiar á lo ménos en lo exterior hasta en el paganismo, las prácticas de la religion cristiana; y por esto con mucha exactitud le llama San Gregorio Nacianceno *el mono del cristianismo*. (*Historia del Bajo Imperio*).

PÁG. 241.

(8) *Formaremos cuadros de los hombres y de las costumbres, llenos de artificio y de imaginacion*, &c. Es cierto que por esta conducta sabia, las obras filosóficas é históricas de nuestros sabios, sus *Elementos de historia*, sus *Ensayos sobre las costumbres de las naciones*, su *Historia de los hombres*, han llegado á convertirse exactamente en los romances de la filosofia moderna. Todo se encuentra allí basado sobre sus designios y sus falsos principios; y por poco que uno se haya penetrado de la manera de pensar del historiador, se puede decir de antemano á cada acontecimiento que representa, el colorido que le dará su imaginación, y las reflexiones del todo nuevas que van á seguirle.

En otros géneros mas propios aun para producir la ilusión, no se puede uno admirar lo bastante, cuando se considera todo este aparato de ciencia, de pompa de expresiones, de riqueza de las descripciones, de profundidad de cálculo, de aire imponente de demostración, que nuestros filósofos emplean para apoyar las suposiciones mas gratuitas y los mas descabellados sistemas. Se proponen desenvolver en la extensión de dos ó trescientas páginas toda la gerga de la Física y de las Matemáticas, pa-

ra establecer una opinion extravagante, un hecho inventado, una causa imaginaria; mientras que dos ó tres reflexiones sencillas y comunes, que la menor tintura en estas dos ciencias puede hacer nacer, va á trastornarlo todo. Tan bien combinados sistemas parece á primera vista que forman el mas grandioso y sólido edificio; pero soplad sobre una obra tan bella, y no de queda por fundamento mas que absurdos.

PÁG. 241.

(9) *Arreglaremos los hechos á la norma de nuestras opiniones*, &c. No son los filósofos quienes mejor conocen á los hombres; ellos no los ven sino al través de las preocupaciones de la filosofia; y yo no conozco un estado en donde haya tantas. [Rousseau].

Los filósofos mismos, dice D^o Alembert, fomentan las preocupaciones que les son útiles, con tanto ardor como se esfuerzan en destruir las preocupaciones (y mas frecuentemente aun las verdades) que les dañan. (*Ensayo sobre los literatos*).

PÁG. 242.

(10) *Pero el público ilustrado sabe que es útil pensar y decir todo*, &c. Un hombre agudo ha dicho sin embargo con bastante fundamento: „es peligroso enseñar al pueblo á raciocinar (sobre todo cuando hay peligro de enseñarlo á raciocinar tan mal). Es necesario no ilustrarlo mucho, porque es imposible ilustrarlo lo bastante.”

PÁG. 242.

(11) *Pues que ellos rompen todas las cadenas de la violencia y de la esclavitud*, &c. Si, sin duda, y ante todas cosas los lazos de la religion. Algunas veces hay que creer á Voltaire en el *Tratado mismo de la tolerancia*, capítulo 20. „En donde quiera que exista, dice, una sociedad establecida, será necesaria una religion. Las leyes vigilan sobre los crímenes públicos, y la religion sobre los crímenes secretos.”

„Se nos quiere quitar la religion; ¡qué! la religion, este objeto grande y sublime, la sancion mas inviolable de las leyes, la única ley que el hombre lleva por todas partes consigo, la única que coloca el suplicio al lado del crimen en el corazón del malvado, que reprime igualmente en la oscuridad del secreto como á la faz de la tierra,

„tan terrible para el poderoso como para el que habita en
„la cabaña, freno necesario, freno universal, mil veces el
„dique de la furia de un pueblo ciego; mil veces cubier-
„to de espuma por el déspota sorprendido de encontrar un
„poder superior al suyo!” (Elogio de Dumaulin, por Henrrion).
„Se nos quiere quitar la religion! y para cada uno de
„nosotros en particular, ¿qué pérdida puede compararse á
„esta? ¿qué recursos quedan al que rehusa sus tiernas impre-
„siones y su luz clarísima? ¿De cuántas dulzuras no se ve
„privado? ¿qué sentimiento podrá consolarle en sus penas?
„¿Qué espectáculo anima las buenas acciones que practica
„en secreto? ¿qué voz puede hablar en el fondo de su alma?
„¿qué galardón puede aguardar de su virrud? ¿Cómo de-
„be contemplar la muerte?” (¿Y qué buen uso puede hacer de
„la vida?). (Rousseau)

PÁG. 243.

[12] *Tratando de definirla un poco claramente si posi-
„ble es &c.* He aquí, despues de todo, una definicion bastan-
„te exacta y bastante completa, para todo el que no puede
„percibir en el universo sino movimiento y materia. Es
„lástima que no nos ofrezcan sino efectos, ella trae al espíri-
„tu la idea misma de la causa que se quiere destruir. A
„vista del ejemplo que sigue á ésta definicion, serviria mas
„bien para combatirla, para oscurecerla, que para hacerla
„mas sensible.

„La naturaleza en su mas amplia significacion es el gran
„todo que resulta del conjunto de las diferentes materias, de
„sus diferentes combinaciones y de los diversos movimien-
„tos que vemos en el universo. La naturaleza, en un
„sentido ménos extenso, ó considerada en cada ser, es el
„todo que resulta de la esencia, es decir, de las propieda-
„des, de las combinaciones, de los movimientos ó maneras de
„obrar, que los distingue de los otros seres. Así es co-
„mo el hombre viene á ser un todo que resulta de las combi-
„naciones de ciertas materias dotadas de propiedades particu-
„lares, cuyo conjunto se nombra *organizacion*, y cuya
„esencia consiste en sentir, en pensar, en obrar, en una pa-
„labra, en moverse de una manera que lo distinga de los
„otros seres con los cuales él se compara.” [Sistema de la
„naturaleza, capítulo 1.º]

PÁG. 244.

[13] *Lo que mas admiramos en el universo puede ser ex-
„plicado por combinaciones fortuitas &c.* „Es una manía co-

„mun á los filósofos de todas las edades, el negar lo que
„és, y explicar lo que no és.” (Rousseau).

„Vease, por otra parte, acerca de todas estas explicaciones
„tan felices de que está lleno el *Sistema de la naturaleza*,
„la obra de Holland: es cierto que en materia de Fi-
„sica, de Geometría, de Astronomia, y en todo lo que con-
„cierne á las ciencias elevadas, cuyos términos emplea fre-
„cuentemente el autor del *Sistema* para causar ilusiones,
„es tratado aquel por su adversario tan cariñosamente como un
„hijo; pero es preciso confesar, que bien lo merece, y que por la
„extrema diferencia de raciocinar, que se nota en ellos se
„cree ver en Holland un atleta vigoroso, un gigante que se
„burla de un pigmeo.

PÁG. 244.

[14] *Por las leyes del movimiento y las propiedades de la
„materia.* „El universo, ese vasto conjunto de lo que existe,
„solo nos ofrece donde quiera materia y movimiento.” [Sis-
„tema de la naturaleza, capítulo 1.º]. „Pero se nos dirá, ¿de
„dónde ha recibido la naturaleza su movimiento? responderé-
„mos, que de sí misma, pues que es el gran todo, fuera del
„cual consiguientemente nada puede existir.” [Sistema, capí-
„tulo 2.º]. He aquí lo que se llama una petición de prin-
„cipio.

„El autor del Sistema de la naturaleza, de esta obra tan
„ensalzada por quienes osan leerlo todo sin profundizar nada,
„por quienes toman las palabras por ideas, y las declamaciones
„por pruebas, para sacarlo todo de estos principios, el mo-
„vimiento y la materia, establece primeramente: (capítulo 1.º)
„que „los hombres deben recurrir en sus investigaciones á la
„física y á la experiencia; que nosotros estamos ligados á la
„naturaleza universal por nuestros sentidos; que por ellos po-
„demos experimentarla y descubrir sus secretos; y que todos
„los errores del hombre son errores de física.” ¿Mas qué
„física, qué experiencia, qué sentidos nos manifiestan la na-
„turaleza universal, el gran todo, cuando nada puede existir
„fuera de él? ¿qué experiencia, qué sentidos nos manifies-
„tan nuestra alma y nos enseñan, á despecho de las prue-
„bas insensibles que tenemos de su espiritualidad, que no es
„mas que una combinacion del movimiento de la materia? ¿qué
„experiencia, qué sentidos, qué física algo ilustrada que no
„sea la que hace nacer seres organizados de la harina y del
„agua, nos dicen que las leyes del movimiento y las propie-
„dades de la materia bastan y han debido bastar por sí
„mismas desde el origen, para infundir vida, sentimiento, ór-
„den, inteligencia, sabiduría en el universo y en las com-
„binaciones innumerables que nos presentan? ¿qué nueva obra

maestra producen hoy á nuestra vista esas leyes y esas propiedades; y qué ser organizado producen que no tenga su germen? ¿cuál de nuestros sentidos pudo enseñarnos que la materia es eterna? ¿cuál experiencia, cuál física y cuáles sentidos nos dicen que no hay Dios? ¡Ah! si para que los hombres evitasen los errores de física, para que se decidiesen, para juzgar, para hacer uso del sentimiento y de la razón, fuese menester aguardar las experiencias de nuestros sabios, ¿dónde estaría el linaje humano?

Para no dejarnos seducir por sus falsos principios, reflexionemos que la experiencia y los sentidos no nos manifiestan sino verdades particulares de las que no puede formarse una proposición general, sin temor de engañarse; mientras que la evidencia por el contrario los conduce con seguridad y por su propia luz á proposiciones mas universales. Si un hombre por ejemplo, en tiempos muy atrás, ni hubiese oído jamás hablar de él, hubiera dicho, según una experiencia constante y uniforme con relacion á él y á todos aquellos que le rodeaban, que todos los hombres eran blancos, ciertamente se habría engañado: pero si este mismo hombre, partiendo de un principio evidente por la naturaleza misma de las ideas que encierra, hubiese afirmado que el todo es mayor que su parte, él hubiera enunciado una verdad incontestable y que nadie hubiera podido desmentir: tan cierto es que solo la evidencia es infalible, y que sin su recurso la experiencia misma no existe! Demostrando las verdades geométricas es como vienen á ser tales á nuestros ojos, sin que haya necesidad de instrumentos ni de experiencia para hacerlas efectivas, y para lo que basta que sean corolarios evidentes de proposiciones evidentes por sí mismas.

En segundo lugar, el autor del Sistema establece (capítulo 2.º), que el movimiento es una manera de ser que resulta necesariamente de la materia; que ella se mueve por su propia energía; que es de la esencia de la materia el moverse; y lo prueba con esta única aseveración, que toda partícula de materia está en movimiento. Pero, analizando esta aseveración tan poco demostrada, se ve que de ninguna manera puede inferirse de que toda materia se mueve, que ella se mueva necesariamente.

En tercer lugar, el autor establece (en el mismo capítulo), todo lo que se mueve es movido por otro ser; de suerte que hablando con rigor, no hay movimientos espontáneos en los diferentes cuerpos de la naturaleza, es decir, según la definición misma del autor, aquellos movimientos que hacen que un cuerpo obre y se mueva por su propia energía; porque, si existiese un ser tal, dice él, [capítulo 10] tendría la fuerza de destruir ó de suspender el solo el movimiento en el universo.

Mas ved, así en el principio como en todo lo que forma

la base del Sistema una terrible contradicción. Confrontad estos dos principios establecidos desde el segundo capítulo: que, según el primero, la materia se mueve por su propia virtud, y según el otro, no hay movimientos espontáneos, aquellos movimientos que hacen que un cuerpo se mueva por su propia virtud, y ningun cuerpo se mueve así.

Mas insistiendo en las contradicciones del autor del Sistema, si todo lo que se mueve es movido por otro ser, si no se mueve por sí mismo, el movimiento no le es pues esencial, no es de la esencia de la materia el moverse.

Ademas, si todo lo que se mueve es movido por otro ser, antes de ser movido estaba pues en reposo; luego en la naturaleza de las cosas, la idea del reposo sería anterior á la del movimiento?

Por último, cómo un ser que no se mueve por sí mismo ha tenido, según los principios del autor, la fuerza de moverse y de mover á los otros? esta fuerza de dónde la ha tomado en su origen? y de dónde la ha recibido? Si todo lo que existe en la naturaleza no tiene como él se explica, sino movimientos adquiridos y comunicados; si según él, son tales aun los movimientos internos y ocultos; si la naturaleza es el gran todo que abraza todos los seres, de suerte que no hay fuera de ella nada que pueda dar el movimiento á la materia, cómo ha podido darselo á sí misma? y qué significa una serie de movimientos producidos, sin una causa que haya tenido fuera de esta serie infinita, la fuerza de producirlos?

Segun todas estas contradicciones, qué viene á ser un sistema que no se funda todo entero sino en ellas? Ademas, lo que hay de mas esencial que observar es, que estas contradicciones son inevitables en todo sistema, tal como este: porque, ó la materia y toda porción de materia se mueve necesariamente, ó se mueve por otro. Si necesariamente es como se mueve, no puede tener movimientos comunicados, porque ella no puede cambiar ni modificar el que tiene, sin alterar su manera de ser necesaria, sin alterar su esencia; y entónces nada puede explicarse; nada, según lo habíamos dicho ántes, puede ser tal como es en la naturaleza. Si por el contrario, toda porción de materia no tiene sino movimientos adquiridos, es necesario recurrir en consecuencia á una causa superior y extraña que se los haya dado. Que el materialista conteste claramente á esto.

El pretende sostener que Dios es un ser inútil: un ser inútil, aquel sin el cual no se puede dar razon de nada, y sin el cual todo lo que está en nosotros y fuera de nosotros no viene á ser sino ficción y absurdo! Se habla sin cesar de leyes necesarias del movimiento: Sí, sin duda, el movimiento tiene leyes necesarias; pero de una necesidad condicional, hipotética, como se le llama, y relativo á la voluntad del primer motor: pero es de una necesidad

absoluta, que necesitaba probarse que estas leyes son necesarias.

PÁG. 245.

[15] *Mas nosotros atribuimos todo lo que vemos á causas reales ó fáciles de conocer.* Bien se conoce cuán luminoso es todo esto. Y para dar luz mas copiosa, el autor del *Sistema* previene así una objecion que pueden hacerle: „Sin duda nos dirán que la naturaleza, dado que contiene y produce seres inteligentes, ó debe ser inteligente tambien, ó debe estar gobernada por una causa inteligente. Respondemos que la inteligencia es una facultad propia de seres organizados, es decir, constituidos y combinados de cierto modo, de que resultan ciertos modos de obrar que expresamos con nombres particulares, segun los diversos efectos que estos entes producen.” (*Allí mismo*).

Es menester confesar que este autor es demasíadamente feliz en desatar dificultades, y que no podia dar ni mayor fuerza ni mayor luz á sus respuestas.

Mas en medio de toda esta vehemencia filosófica, que nos diga ¿cómo pudiera probar que esta inteligencia, que segun él, es una facultad propia de seres organizados, no sería por esto mismo propia de la naturaleza que los contiene y los produce? Porque en fin, si nosotros que somos una mui pequeña produccion de esta naturaleza, reunimos sin embargo una porcion de materia organizada, una porcion de inteligencia, ¿por qué la naturaleza tomada en su conjunto no sería una gran máquina, un gran cuerpo perfectamente organizado, unido á una alma mui superior á la nuestra, y dotada de una inteligencia soberana? Esta duda, aunque poco fundada para los que reconocemos por razones invencibles, una substancia puramente espiritual, creatriz de este universo, pero que tiene fundamentos mui reales en el sistema del ateo, ¿cuánto no inquietaría á este, si quisiera raciocinar de una manera consecuente!

PÁG. 190.

[16] *Hacia el cual esta naturaleza tiene una necesidad de dirigirse, &c. Esencialmente necesitada... por la necesidad de su propia esencia... Fuerza central á la que todas las fuerzas, todas las esencias, todas las energías están sometidas... ¡Esencias sometidas! ¡sometidas á otra esencia! ¡esencias en todas partes! ¡Qué feliz manera de filosofar, de explicarlo todo! ¡y qué nueva claridad arroja este método sobre toda la naturaleza!*

Mas lo que hay de mas admirable es, que se haya definido esta misma naturaleza (*capítulo 1º*), *el gran todo que resulta del conjunto de diferentes mat-rias, de sus diferentes combinaciones, y de los diferentes movimientos que vemos en el universo*; esta naturaleza, que no viene á ser mas que una idea abstracta, una palabra vacia de sentido, si se le aplica á un ser particular, esta naturaleza destituida de inteligencia, y que sin embargo se encuentra esencialmente necesitada de dirigirse á un fin, hácia un plan general, que es (*capítulo 4º*) *la conservacion de su conjunto, aun la conservacion de todo por el cambio continuo de sus partes, que ella obliga á concurrir al bien general de la gran familia.* Entre tantas maravillas, quién no exclamaría: ¡O naturaleza! ¡o madre mia! ¡qué bellas cosas dices á mi espíritu y á mi corazon!

PÁG. 246.

[17] *Sin que las moléculas... los moldes interiores tengan otra causa que la esencia y las propiedades de la materia.* ¡De esta manera, y por las propiedades de la materia, es como las varias especies de avejas, las avispas, las horugas, la polilla, todos los animales y todos los insectos tienen desde su nacimiento, y sin haberlas adquirido jamás, propiedades tan análogas á sus necesidades, tan industriosas, tan dignas de admiracion á los ojos del observador fiel! ¡Qué materia está, qué fuerza no inteligente que tan felizmente los ha organizado por tales recursos y tales medios, cuanto arte é inteligencia tenía! [*Véase la Historia natural de los insectos, de Reaumur; la Teología de los insectos, de Lesser, y la Contemplacion de la naturaleza de C. Bonnet*].

PÁG. 246.

[18] *Aunque este autor no sea en manera alguna favorable al materialismo.* He aquí en efecto lo que dice en su prefacio sobre sus *Observaciones microscópicas*, página 16; y su testimonio honra demasíado á la religion revelada, para dejar de insertarlo aquí todo entero. „Despues de algunos años en que me he divertido con este género de estudio, jamás he encontrado principios opuestos á la religion, fuera de aquellos que eran falsos en filosofia: es natural creer que tengo yo la libertad de dar este testimonio, en un siglo en que tantos semi-filósofos tratan con tan poco respeto una religion, en la que se hallan tan poco instrui-

BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD NOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE

dos, como en su pretendida filosofía. Yo he citado además con bastante frecuencia las mismas palabras de la Escritura Santa; y por extraordinario que parezca esto en un filósofo moderno, no tengo vergüenza de confesar que he encontrado en ella mas sublimidad que en todas las obras de los filósofos, y que á la Escritura Santa debo las ideas mas altas á que he podido elevarme jamás." Vease además una reclamacion muy auténtica y una respuesta directa contra el autor del *Sistema de la naturaleza*, en una nota añadida por el mismo Needham, en el excelente libro que lleva por título, *La verdadera filosofía*.

PÁG. 246.

(19) O una de las producciones mas atrevidas de la moderna filosofía. Vease sobre las generaciones equívocas, la *Contemplacion de la naturaleza* de Bonnet, tomo 1º, parte 7ª, capitulo, 3º, y siguientes, las *Consideraciones sobre los cuerpos organizados* del mismo autor, tomo 1º, capitulos 7, 8, y 11; la *Memoria* de Haller sobre la formacion del corazón en el pollo; las *Cartas á un americano*, carta XI y siguientes; las *Memorias de Reaumur*.

„Durante cuántos siglos, dijo un sábio mejor instruido y mas inteligente que el autor del *Sistema de la naturaleza*, no se ha sostenido en las escuelas que la putrefaccion hacía nacer á los insectos y á muchas plantas que parecían imperfectas! Las experiencias de *Rhedi* y de *Micheli* hicieron en poco tiempo lo que el raciocinio no había podido hacer; y las de *Reaumur*, *Linneo*, haciéndonos conocer mas y mas cuánta necesidad tenia la imaginacion de ser arreglada por la observacion, han hecho ruborizar á aquellos que habían sostenido el *Sistema* sobre la generacion unívoca y equívoca. La casualidad no es ya mas que una palabra gastada, desprovista de sentido, incapaz de producir ningun ser organizado. La formacion del mas pequeño de los insectos, de un mosquito tan bien proporcionado en todas sus partes, no es con mas razon el resultado de un movimiento confuso ó de una combinacion fortuita, que la de un elefante. El musgo de la misma manera que el roble es el hijo de la naturaleza, y la putrefaccion no es mas que un principio destructor. Hoy el trigo, la cebada, la habena, no son ya capaces de producir malas yerbas en un campo. Esto se atribuye únicamente á los granos superfluos mezclados con las semillas ó trasportadas por los vientos, y á las tierras sobrecargadas de raices inútiles. Los insectos, de la misma manera que las plantas, vienen á ser el producto necesario de otros vegetales ó animales de la misma especie. La

naturaleza tan avara en las esperanzas, como liberal en la ejecución, somete á sus leyes inmutables hasta las partes mas pequeñas de la materia, perpetúa constantemente los seres por otros seres semejantes; y su grandeza se reconoce hasta en los mas pequeños objetos." [Durandé].
„Nosotros no tenemos, dice el autor de la *Interpretación de la naturaleza*, mas que una experiencia lenta y una reflexión limitada. Pero con estas dos palancas la filosofía se ha propuesto mover al mundo."

PÁG. 249.

(20) De una combinacion propia del animal, &c. „El animal, como lo explica muy claramente el sábio autor de la *Interpretacion de la naturaleza*, es un sistema de moléculas orgánicas, que por la impulsión de una sensacion semejante á un tacto embotado y sordo, que le ha comunicado el que crió la materia, se han combinado hasta que cada una ha encontrado el lugar mas conveniente á su reposo." *Obscurum per obscurius*, dice muy bien un autor moderno: ó en otros términos, es lo que Boileau llamaba *doble oscuridad*.

PÁG. 250:

(21) Estas son las verdaderas propiedades de la materia, &c. En efecto, no puede haber cosa mas evidente. ¿Qué hay, por ejemplo, que explique mejor lo que llamamos sentir, que esta manera particular de ser movido, propia de ciertos órganos de los cuerpos animados, y este gran nervio que se parece á un grande árbol cuyos ramages experimentan la accion de las raíces comunicadas por el tronco? ¿Qué cosas hay mas parecidas que el sacudimiento dado á mis órganos y la sensacion que él me hace experimentar; que el movimiento propagado hasta mi cerebro, y la percepcion que él ocasiona; que el encogimiento del órgano interior sobre sí mismo, y mi reflexión? Sacudimiento, cerebro, órgano, materia que se modifica, que se dobléga, sensacion, idea, percepcion, reflexión, son exactamente una misma cosa. Una materia bruta é insensible, que analizándose á sí misma, forma la sensibilidad del animal; una harpa que saca los sonidos de sí misma, que se toca ella misma y se pregunta qué es lo que la hace sonar; una modificacion del órgano interior que forma la prudencia; un sacudimiento que se siente por sí mismo, que reflexiona sobre sí mismo y que forma

la conciencia; ¡qué luces y qué filosofía! ¡Dados compuestos, moléculas compuestas para formar la liada! ¡una infinidad de moléculas que se cargan las unas en las otras para su combinacion! ¡toda una naturaleza que se combina, que es combinada por sí misma! ¡ah! exclamaba un hombre de buen sentido, ¡¡qué fullería es todo esto!!

PÁG. 251.

[22] *Es querer que un ciudadano acostumbrado á vestirse consienta en andar enteramente desnudo. Nadie que tenga buen sentido y rectitud dejará de horrorizarse de semejante lenguaje y de conocer que es absurdo. ¡Ah! él viene á excusar todos los vicios, á autorizar todos los crímenes, y á ahogar completamente la voz de la razon y de la conciencia! Opongamos á semejantes máximas lo que ha dicho Rousseau en ciertolugar: „Me creo ménos culpable reprochándome mis faltas, que esforzándome en justificarlas; y considero como el colmo del crimen el querer quitarle sus remordimientos.”*

PÁG. 253.

[23] *El único que no puede ser conmovido, &c. No, nada conmovirá este fundamento fuera del deseo mismo de la felicidad por el cual se pretende obligarnos. ¡Cuántas circunstancias en que el interes de la vida presente se encuentra en oposicion real, ó á lo ménos mui aparente, con nuestros deberes! Sed reconocidos, decís vosotros, porque el reconocimiento alimenta y nutre la bondad. Pero hay una ocasion tal, en que yo ganaría mas en un momento con ser ingrato, que con empeñarme en la série de nuevos beneficios por medio del reconocimiento. Pero ¡qué viene á ser este fundamento inamovible de la moral, si yo soy bastante desgraciado para hacer consistir mi felicidad en la desgracia de mis semejantes; si por otra parte yo adopto esta ley fundamental de uno de nuestros sábios, hacer mi propio bien con el menor mal posible de otro cualquiera? [Discurso sobre el origen, &c.]. Pero en fin, en cuanto á la regla de mis deberes, tomada de la naturaleza del hombre y de las relaciones que existen entre los seres inteligentes, ¡qué será lo que determine de una manera precisa estas relaciones? ¡Las de reconocimiento V. g., entre el que está obligado y el que obliga; principalmente cuando leo en ciertos escritos, que „la historia de los benefactores añadiría un nuevo*

capítulo á la de los tiranos” [a]! ¡qué determinará las relaciones del hijo con su padre, cuando oigo que los filósofos nos dicen „que la edad que dá la razon pone á los hijos fuera del poder paternal, y los hace señores de sí mismos; que la obligacion de estarle sometidos no es mas que por el tiempo en que los hijos se encuentran en un estado de ignorancia y de embriaguez” [b]!

¡Ah! se pretende que no haya Dios en el mundo moral, ni en el mundo físico; y sin Dios, sin religion, todo carece de fundamento. ¡Oh! la filosofía que pone á Dios por principio es una filosofía mucho mas sábia y mas dulce.

PÁG. 253.

[24] *A los que pretenden que sin Dios no puede haber moral. „Un incrédulo que tenga felices inclinaciones, dice Rousseau, se entrega á las virtudes que ama, practica el bien por gusto y no por eleccion. Si todos sus deseos son rectos, sin violencia los sigue: si no lo fueran, tambien los seguiría; porque ¿para qué molestarse? Mas quien reconoce y sirve*

(a) *L' Harpe en el elogio de Catinat, ha dicho mejor: „las almas generosas encuentran el reconocimiento muy dulce para permitir que se les dispense de él.” Y esto sin embargo lo hacen de una manera directa la mayor parte de nuestros sábios: „Un hombre no obliga, dice uno de ellos, sino porque siente placer en obligar. ¡Qué atrevimiento imaginar que se debe felicitar á un hombre que ha sido hecho y organizado para ser liberal! Esto viene á ser poco mas ó ménos, como si yo le agradeciera que fuese á un baile, que ame el baile: su locura consiste en querer obligar; y su voluntad es la que le hace obrar.”*

(b) *„¡Qué flaqueza, exclama uno de estos filósofos, es llorar la muerte de un padre! su muerte es „como la de cualquiera otro individuo; es una consecuencia necesaria del orden del universo. Un padre „al dar á su hijo la vida, solo pensó en sí mismo „y en sus placeres: contarle este beneficio, es darle „gracias por sus cenas voluptuosas, y por los excelentes vinos que tomara.” ¡Padres tiernos, que tan ardentemente habeis deseado reproduciros en otros vosotros mismos, ved aquí bien pagados los cuidados, zozobras, trabajos y vigilias que os costaron vuestros hijos!*

al padre común de los hombres se cree con mas alto desí-
no; el arder de cumplirlo anima su celo; y siguiendo una
regla mas segura que sus propensiones, sabe hacer el bien
que le cuesta, y sacrifica los deseos de su corazón á la ley
del deber.

PÁG. 254.

(25) *Y el hombre que medita es un animal depravado.* No
habla en los mismos términos Rousseau en un lugar del *Con-
trato Social*, pues dice contradiciendo un poco su sistema: „el
tránsito del estado natural al estado civil, produce un cam-
bio mui notable en el hombre, sustituyendo la justicia al ins-
tinto. . . . Sus facultades se ejercitan y se desarrollan; au-
méntanse sus ideas; sus afectos se ennoblecen; su alma se
eleva tanto, que si el abuso de aquella nueva condicion no
lo degradase las mas veces, aun mas que la de que salió, de-
bería bendecir incesantemente el momento dichoso en que
salió para siempre de ella, y en que de un animal estúpi-
do y limitado formó un ser inteligente y un hombre.”

Es cosa triste que lo que se ha citado mas arriba salie-
ra de la misma pluma que en otras materias nos escribió
tan sábias máximas; y que un hombre que dijo tantas cosas
buenas y útiles, mejor que otro cualquiera, se haya contra-
dicho en tantos lugares.

Por lo demas, así es como el autor de una carta inser-
ta, si no estoy engañado, en una edicion de sus obras, se
expresa con relación á su asunto: „Rousseau nos ha
enseñado para qué pueden servir sus sistemas, y cuál ha
sido su fin al escribir. „Yo escribo, dijo, para dar á los
genoveses razones fuertes porque amen á su gobierno, pa-
ra infundirles humanidad, amor á la patria y á la liber-
tad, y obediencia á las leyes.”

„Me parece que oigo á Rousseau diciendo á sus con-
ciudadanos: amad á vuestro gobierno, porque el hombre
„hubiera hecho mejor en no establecerlo. Amad á vues-
„tros semejantes, porque hicimos mal en salir de aquel
„estado antiguo en que solo procurábamos el descanso,
„una mugercilla y alimento. Amad á vuestra patria, aun-
„que es verdad que no deberíamos jamás tener otra que
„una caverna ó el pie de un árbol. Sed libres, aten-
„diendo á que somos dignos de lástima, porque no depen-
„dimos de un león ó de un oso que nos hicieran huir
„en su presencia. En fin, obedeced las leyes, puesto que
„estais hechos para no estar sujetos á ninguna.” Si los
hombres no tuvieran razones mejores para ser buenos ciu-
dadanos, ¿qué derecho tendríamos de esperarlos?

„Ah! ¿Qué necesidad habia de que la *egoista* manía de
tener cada uno su sistema por separado, hubiese arrebatado
á la verdad el mortal mas propio para pintarla con ras-
gos de fuego, y para gravarla en todos los corazones? Casi
nos atrevemos á esperar que algun dia se convertirá: hu-
biera sido una de sus mas bellas conquistas; pero induda-
blemente hubiera recibido de ella mas honor todavia, que
cuanto él pudiese hacerle.

PÁG. 255.

[26] *Cambiar la forma de su gobierno.* „Los gobiernos
pueden ser derrocados, se ha dicho en la *Encyclopdia*, cuan-
do los poderes legislativo y ejecutivo traspasan á fuerza la
autoridad que se les ha confiado.” [Artículo Gobierno].

„Ah! Que nos digan nuestros sábios, con qué medida mui
exacta podremos fijar el punto preciso, en que estos pode-
res hayan traspasado su autoridad, de modo que merezcan
ser depuestos. ¿Y quién tendrá derecho de determinar este
punto crítico en que todo gobierno puede ser derrocado?
¿quién no ve, que con semejantes máximas todo estado po-
lítico queda mui luego sujeto á los caprichos de una mul-
titud desenfrenada, conducida por capataces ambiciosos,
siempre prontos, como los tribunales de la antigua Roma, á
declarar contra los abusos de la autoridad, y á tapar su
interes particular con un fantasma aparente de bien común?
Paso en silencio otras muchas máximas no ménos perniciosas,
á que se puede dar la misma respuesta, y que se hallan
consignadas en una muchedumbre de escritos, que el espí-
ritu de impiedad y de rebelion incesantemente propaga.

PÁG. 255.

[27] *Una autoridad suprema de que no puede deshacerse.* ^R
Independientemente de lo que la religion revelada nos en-
seña, que estos pretendidos sábios no conocen, y suponiendo
tambien que en su origen toda autoridad en los gefes,
esencialmente se apoya en el consentimiento y voluntad de
los miembros, sería menester probar en efecto que la sociedad,
por su propio interes y la mayor seguridad de su quietud, no
pudo consentir expresa ó tácitamente en prohibirse el ejercicio
del poder supremo, cuyo ejercicio acarrea tantos males, bajo
pretexto de un bien mayor, y depositarlo integro bajo la ga-
rantía de las leyes en manos del soberano (*Vease atras la
carta LVI*).

Ademas de esto, mientras mas se sostenga que las luces

naturales no han podido bastar para producir aquel consentimiento, la multitud al desprenderse de la soberanía, mas debiera conocer la exactitud de esta observacion de Rousseau: „Las discusiones espantosas, los desórdenes infinitos que trae consigo este peligroso poder, muestran mas que ninguna otra cosa, que los gobiernos humanos necesitaban una basa mas sólida que la sola razon, y cuán necesario era al reposo público que la voluntad divina interviniese para dar á la autoridad soberana un carácter sagrado é inviolable, que quitase á los súbditos el funesto derecho de despojarla de ella. Cuando la religion no hubiera hecho á los hombres este bien, aquello sería bastante para que debiéramos todos buscarlo y adoptarlo, aun con sus abusos (y es menester acordarse que se abusa de todo), pues que excusa mas sangre, que la que hace derramar el fanatismo.” (*Discurso sobre el origen, &c.*)

PÁG. 255.

(28) *No temamos decir de los soberanos cuanto mal se pueda.* „Supongamos en un púlpito de Paris á un orador educado en la escuela del patriarca de los impíos de hoy, que virtiera en presencia de un pueblo numeroso esta singular doctrina: „Escuchad y atended: Los soberanos son incapaces de amar, de conocer y de recompensar la virtud. Su ciencia es ser injustos á la sombra de las leyes; su arte consiste en oprimir á la tierra; son unos bárbaros sedentarios, animales feroces por quienes aquellos que defienden la patria cometen la locura de hacerse degollar; á ellos debiera castigarse en su persona, y no á las tropas que devastan las campañas: en fin, el hombre que ocupe un trono por todo el pueblo, lo tendrá con mas justicia, que quien lo ocupa por derecho de nacimiento [a].” Si este orador hallase oyentes dóciles, yo diria á vuestra magestad: ¡O gran Rey! temblad por vuestro trono; temed que una mano temeraria, alentada con este discurso sedicioso, os quite la corona de la cabeza; temed tambien... ¿mas qué digo? aseguro: la religion que protejéis habla de este modo á sus súbditos. Hijos míos, les dice, *el poder de vuestros príncipes viene de Dios, de quien dimana todo poder. Quien resiste á las potestades, resiste al órden de Dios mismo. Debéis obedecerlos no solamente por temor, sino tambien por deber.* (S. Pablo á los Rom. cap. XIII, vv. 1, 2, 5.) *Dad al Cesar lo que pertenece al Cesar, y á Dios lo que pertenece á Dios.* (S. Marcos cap. XXII, v. 12.) *Estad pues sometidos al rei como que impera sobre todo, y á sus ministros, como enviados por*

[a] Todos estos horrores están esparcidos en las obras de nuestros sábios cuyas citas pueden rectificarse.

él á proteger el bien y castigar el mal, porque tal es el órden de la Providencia. Tales son, ó rey, las lecciones con que la religion establece vuestro trono en la conciencia misma de los súbditos.” (*Jamin.*)

PÁG. 256.

(29) *Es menester atacar al mismo tiempo una y otra.* Confieso, que esto, v. g., me parece torpe. Nuestros filósofos se han empeñado mucho en confundir los intereses de las dos potestades. Esto era confundir juntamente á Dios y al monarca; á los ministros de la religion y al ministerio público: de este modo los reunirían mas fuertemente aun, en lugar de separarlos y dividirlos; los enseñan á conocer y temer á sus mas peligrosos enemigos. Era menester aplicarse únicamente á desarraigar toda idea de religion en el espíritu de los pueblos, y mui poco despues, sublevándose los pueblos contra la autoridad, solo quedara la anarquía. . . . Esta vino con la revolucion, pocos años despues que estas cartas se publicaron de nuevo por la décima vez.

PÁG. 256.

(30) *Malvados.* Así es como en un folleto mui filosófico, al mismo tiempo que se tocaba rebato contra los ministros de la religion, se llamaba á los magistrados, ántes de su restablecimiento, *asesinos* justamente castigados por haberse manifestado enemigos de los filósofos, y haber vendido á los sacerdotes *la sangre del inocente*, encruelciéndose contra [el hidalgo] de Abbeville, cuyo único crimen en verdad fué haber ultrajado tan pública y tan indignamente á la religion. No citaré el folleto que contiene estas invectivas, por consideracion al nombre respetable con que sus partidarios lo han propagado. Todo lo que puedo decir de este escrito es, que á la vez que allí se declama contra el fanatismo, él es un modelo de presuncion, de fanatismo y de furor. Como se ha observado mui bien, el autor atribuye en todo él á la religion, lo que es obra de las pasiones que la religion condena.

PÁG. 257.

(31) *Felizmente se desacredita de dia en dia.* No es de admirarse que, en concepto de las gentes sensatas y racionales, los filósofos hayan caido en tanto descrédito y desprecio. ¿A qué se reduce en último resultado su filosofía?

No será difícil repetirlo: despues de grandes promesas, solo presentan paradojas; todo lo han reducido á problema; se han alzado contra toda autoridad; han destruido todos los principios; sofocado en los corazones todo gérmen de sabiduría y de virtud; han deturpado todo mérito; han prodigado la amargura y las injurias; han empleado la intriga y la cábala, la sátira y la calumnia; se han mordido y despedazado unos á otros; han multiplicado en sus obras y en sus conversaciones, las imágenes licenciosas y los propósitos indecentes; han degradado los talentos, extragado el gusto, corrompido las costumbres; han adulado bajamente á los protectores, declamado contra los protegidos, cuando no lo eran ellos; han escrito en favor de la libertad de imprenta, cuando trataban de difundir sus opiniones, de destruir la religion y el gobierno; y han declamado contra ella, cuando se ha emprendido responderles y desmascararlos; han publicado sus errores desde los techos, luego que se sintieron apoyados y alentados; se retractaron vergonzosamente cuando tuvieron miedo; han engañado á los simples con el tono equívoco que resaltaba en sus escritos, mientras que inculcaban el veneno de la seducción y del error, en aquellos que siquiera por su lenguaje tenían el don de propagarlos; han tenido imaginación viva, ardiente, cabeza caliente y corazón frío, inaccesibles á la compasión, á la amistad pura, al amor, al orden y á la virtud, á un tierno interés por la felicidad de los demas hombres: la sensibilidad del egoísmo ha extinguido en ellos el sentimiento. Han afectado á veces, es verdad, las grandes palabras de *honestidad, moralidad, decoro*; han empleado el hipócrita lenguaje del *celo*, de la *humanidad*, de la *beneficencia*; han llamado la atención con algunas obras aparentes; y los que han vivido con ellos estrechamente, quienes los han oido hablar entre sí, quienes no han perdido de vista sus pasos, quienes por circunstancias particulares los han acompañado en sus trabajos, en su conducta, en sus errores, solo han descubierto en ellos sinrazon, desorden, arrebatamiento, indiferencia para con sus semejantes y un amor excesivo de sus locas invenciones, de su gloria, de sus intereses y de sus placeres. El público tambien se ha desengañado por su medio; y, como ha dicho muy bien uno de sus mas célebres antagonistas, „ha comprendido al fin, que estas sirenas alevos procuraban halagar á los hombres con sus cantos, á fin de conducirlos á los escollos, y recrearse con el espectáculo de sus naufragios. Los brevages que presentan á manera de los *Circe*, solo sirven para convertir en brutos á los que son bastante imprudentes para probarlos.”

(32) *Que publiquen todavía algunas obras con el gusto que proponen, en el género en que se han ensayado tan temerariamente, &c.* Así es tambien como ha pintado la falsa filosofía de nuestro tiempo un autor igualmente célebre por los golpes que le ha dado.

„Esta es una filosofía para la que nada es sagrado, y „que incesantemente demuestra su fanatismo con excesos „nuevos; una filosofía contra la cual se deben levantar en „todos los estados de la Europa los ministros de las leyes; „una filosofía en fin sediciosa y asesina, que juntamente mina los cimientos de todos los altares y de todos los „tronos, y cuyas perniciosas máximas, si desgraciadamente „te llegaran á generalizarse, convertirían la sociedad en „una guarida de bribones y criminales.” (*Palissot*, tomo 6.º, pagina 412 de sus *Obras*.)

(33) *Si hubieran podido conseguir arrebatárnosla para siempre* „Esta religion augusta, que ofrece á nuestros espíritus verdades eternas y tan grandes intereses, hoy gimiendo y casi pisoteada, por donde quiera encuentra los talentos y las letras armados en su contra. La humanidad, que solo es grande por la religion, reunió todos sus esfuerzos para despedazar el único apoyo que la sostiene. „Cuál es pues la esperanza frívola de todos esos hombres audaces? son impotentes sus esfuerzos; aquel árbol sagrado puede ser sacudido por el huracán; empero afianzado en raíces inamovibles, nunca podrá ser arrancado. Nuevos ataques solo anuncian victorias nuevas.” Así ha hablado Mr. Thomas, en sus *Reflexiones filosóficas y literarias sobre el poema de la religion natural*. (Véase atras la parte final de la nota 4.ª en la carta LVI.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

DE LAS

CARTAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

- CARTA XLIII. El Conde de Valmont á su padre. *Segun los rumores que Lausane hace llegar al Conde, respecto de Emilia, este la cree infiel: sus amenazas, sus resentimientos, su furor. No obstante, vuelve á dudar de ello; quiere proporcionarse datos mas seguros. Pide á su padre consejos é instrucciones nuevas á cerca de la religion, cuya unidad admira.....* pág. 3.
- CARTA XLIII. El Marquez á su hijo. *Su dolor por haberse separado de su hijo en la situacion de ánimo en que lo ve. Justicia que Valmont debe á Emilia, y consideracion que su estado requiere. Lausane pudo ser vano, pero no en el grado que Valmont lo cree; por culpable que sea, no corresponde al Conde castigarlo: consecuencias funestas y tembles de esta venganza, y de la pasion que le arrebató. El Marquez se sintió obligado á dejar para otra carta la continuacion de los caracteres de una revelacion divina....* 5.
- Nota sobre el duelo.....* 8.
- CARTA XLV. El mismo al mismo. *Per-*

petuidad de la religion cristiana. La serie de los hechos basta para probar su divinidad, independientemente de los libros del Nuevo Testamento que contienen la revelacion de estas maravillas. Mas el Marquez de Valmont, para no dejar nada que desear á su hijo, discute la autencidad de estos libros: hace mas, manifiesta cuán incontestable es el testimonio que dan. Pasa despues á los hechos considerados en sí mismos y en sus consecuencias, su correspondencia reciproca, su encadenamiento necesario entre sí y con aquellos de que hoy somos testigos. Circunstancias de la venida de Jesucristo, su carácter, su doctrina, sus ejemplos, sus milagros, y sus predicciones, su muerte y su resurreccion. Los apóstoles; el establecimiento del Evangelio. Conversion de los gentiles, la Iglesia, los Judios. Admirable ojeada que el cristiano fiel puede echar á todo el conjunto de la religion..... 11.

Notas..... 27.

CARTA XLVI. El Conde de Valmont, á su padre. *Lausane peligrosamente herido: Emilia moribunda*..... 42.

CARTA LXVII. El Marquez á su hijo. *Las señoritas de Veymur y el hermano del Conde de Veymur vuelan á socorrer á Valmont y á Emilia*..... Id.

Nota sobre el suicidio..... 43.

CARTA XLVIII. El Conde de Valmont á su padre. *Muerte de Lausane. Su familia trabaja en perder á Valmont. Es occultado en la casa de las Señoritas de*

Veymur que habian llegado á Paris y que tomaron allí un alojamiento bajo nombre fingido..... 44.

CARTA XLIX. El mismo. *Pormenores sobre su duelo con Lausane, sobre la muerte del baron, sobre el parto y estado de Emilia, sobre la situacion en que se halla*..... 45.

Notas..... 61.

CARTA L. El Marquez á su hijo. *Consecuencias que saca de la relacion de Valmont. Ventajas de la religion. Su excelencia ó su santidad. Lo que hace para la gloria de Dios con la idea que nos da de su esencia y de sus atributos, con el culto que le tributa. Lo que hace para la perfeccion y dicha del hombre: su influencia en su espíritu, en su corazon, en toda la sociedad: virtudes que nos inspira para con los demas, para con nosotros mismos: paz y dulzura que nos procura. Caracteres particulares de la moral de Jesucristo. Unidad de plan, de miras, de sabiduría, que se hallan en los autores del Nuevo Testamento. Socorros y motivos que el cristianismo nos ofrece para separarnos del mal y llevarnos al bien. Insuficiencia de cualquier otro recurso que no sea suyo. Respuesta á las objeciones sacados de la austeridad de su moral, de las costumbres de la mayor parte de sus hijos y de muchos de sus ministros, de las persecuciones, de las guerras, &c. que dicen trae consigo. Bienes infinitos que la religion cristiana ha hecho á la sociedad con su espíritu y con su doctrina. Paralelo entre el espíritu fuerte, obrando segun*

sus principios, y el simple fiel obrando segun los suyos, entre un pueblo de incrédulos y un pueblo de verdaderos cristianos. Preocupaciones en todo género contra los incrédulos de nuestros dias. Santidad del cristianismo, prueba accesible á todos los hombres y que habla á todos los corazones. Resumen de los caracteres de la religion, y lo que se debe concluir de su conjunto. Lo que se ganaria con a-lucinarsc..... 62.

Notas..... 84.

CARTA LI. El Conde de Valmont á su padre. *Abjura su incredulidad. Afectos que la religion le inspira. Combates interiores que sus temores por las consecuencias de los sucesos le hacen experimentar. Pide á su padre nuevas luces.....* 93.

CARTA LII. El Marquez. *Sus sentimientos por la conversion de su hijo á la fé de sus padres. Resignacion que procura inspirarle con todo lo funesto que en adelante le acontezca. Nuevas ilustraciones que le dá. Necesidad de una autoridad en el seno mismo de la religion cristiana. Promesa de Jesucristo sobre este particular. Iglesia católica y romana. Insuficiencia de cualquiera otra autoridad. Bello espectáculo que la Iglesia nos ofrece. Paz y ventajas que el cristiano fiel gusta en su seno. Clamores de sus enemigos y su conducta para con ella; la que deben tener sus verdaderos hijos. Las dos potestades....* 95.

Notas..... 107.

CARTA LIII. El Conde al Marquez. *Situacion de Emilia. Pesadumbre de Valmont. Nuevas alarmas. Quejas y murmuraciones contra la autoridad que lo persigue, siendo inocente como él se cree. Su sumision en este punto á la que su padre le ha dado á conocer en materia de religion.....* 123.

CARTA LIV. El Marquez á su hijo. *Sentimientos de compasion por el estado de su hijo, y lecciones que le dá. Respeto y obediencia á la autoridad que nos gobierna. Amor á nuestros príncipes. Patriotismo frances.....* 126.

Notas..... 136.

CARTA LV. El Conde á su padre. *Su esposa se restablece; pero Valmont teme que lo separen de ella para siempre. La reyna quiere conservarla cerca de sí. ¿Emilia renunciará todos los favores de la corte? ¿se sujetará á los mas grandes sacrificios? Necesidad que el Conde tendria de ella para que lo sostuviera, lo consolara, le diera fuerzas contra si mismo. Ambicion, pasiones que reynan todavía en su corazon.....* 147.

CARTA LVI. El Marquez á su hijo. *No se inquieta por lo que hará Emilia: pensando como ella piensa, no puede ménos que hacer bien. Enteramente se ocupa en cambiar el corazon de Valmont, en despegarlo del mundo, y en hacerlo mas docil á las inspiraciones de la gracia. Motivos de conversion, motivos de temor y de amor.....* 150.

Notas..... 164.

CARTA LVII. Emilia al Marquez. *Conversacion que ella tiene con su marido al salir de su convalescencia. Ella va á echarse á los pies de la reyna: favor que espera de ella. El Conde se convierte. Su partida procsima. Lecciones diversus que Emilia pide á su padre.....* 173.

CARTA LVIII. El Marquez á sus hijos. *Suspira por el momento feliz en que se reunirán con él. Corresponde á sus deseos sobre las instrucciones que le piden. Necesidad de la verdadera piedad: medios de adquirirla y de perseverar en ella. Compendio de las verdades mas importantes que se han discutido en estas cartas..* 180.

Notas..... 203.

CARTA LIX. El Conde de Valmont á su padre. *Habla con él de sus disposiciones mas secretas y de la dicha de que vá á gozar. Su despedida del mundo.....* 223.

Envio del proyecto en favor de la irreligion que se halló al morir Lausane..... 231.

La grande obra. Código de la incredulidad acerca de Dios, acerca del hombre, acerca de la religion, de la moral, de la sociedad y de la autoridad..... 232.

Reflexiones del Conde sobre este documento..... 256.

Notas..... 259.

051 FIN.

101

UAN

IDAD AUTÓNOMA DE NUEV
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE

